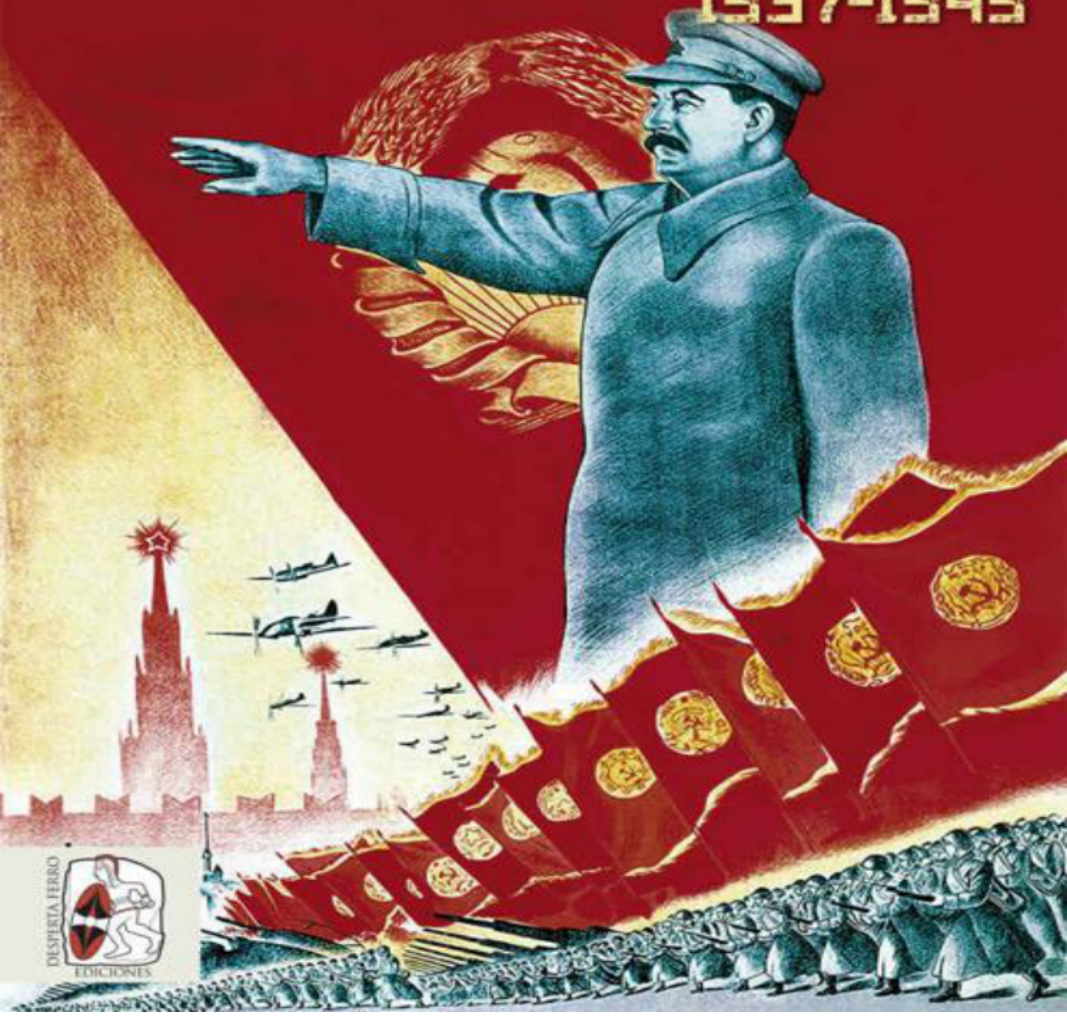
MARK EDELE

ESTALINISMO EN GUERRA

1937-1949

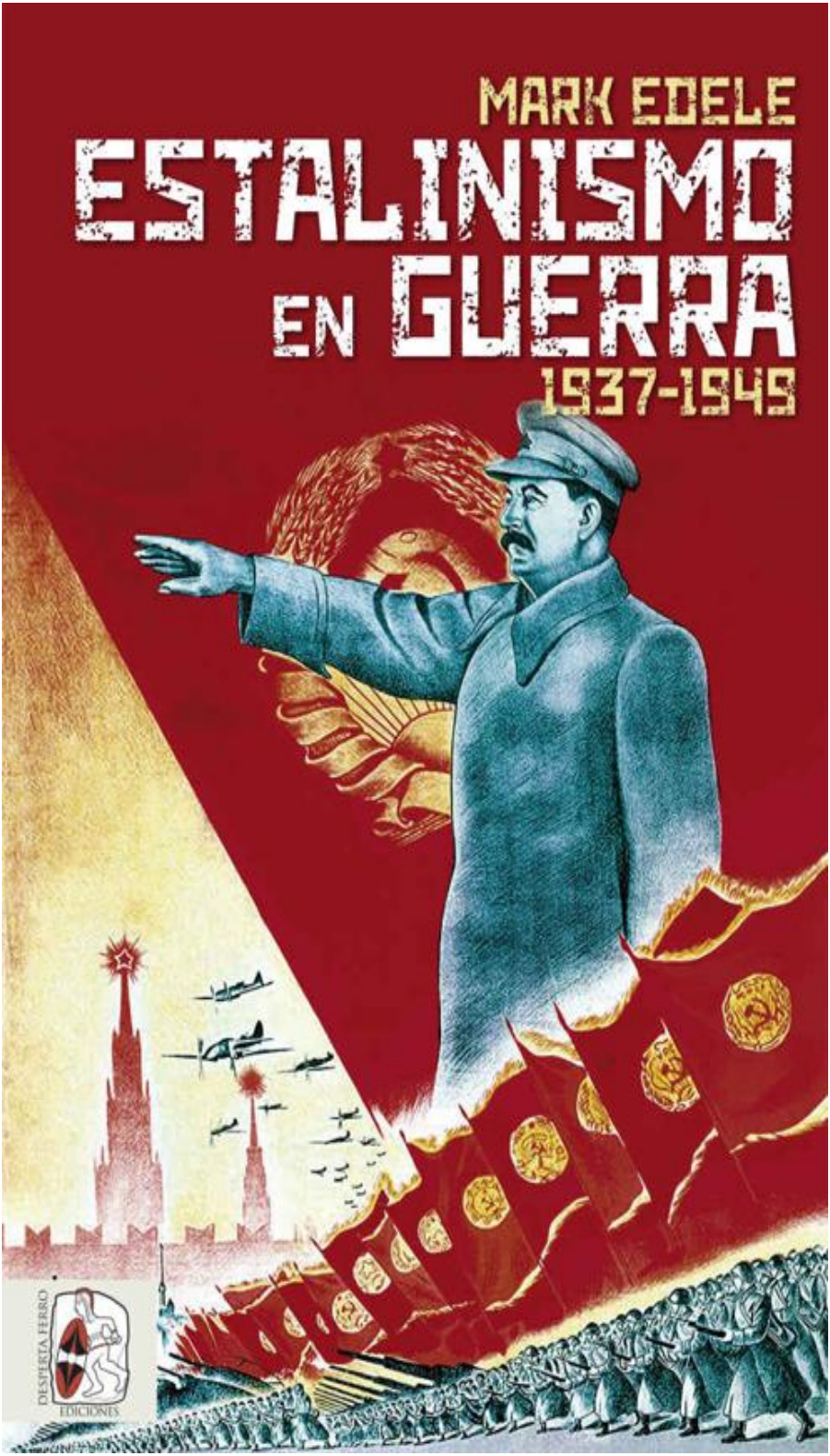


DESPERTA FERRO EDICIONES

MARK EDELE

ESTALINISMO EN GUERRA

1937-1949



DESPERTA FERRO EDICIONES

ESTALINISMO EN GUERRA
1937-1945

MARK EDELE

ESTALINISMO EN GUERRA 1937-1945

Prefacio del autor a esta edición

Estalinismo en guerra
Edele, Mark
Estalinismo en guerra / Edele, Mark [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022. – 304 p. ; 23,5 cm – (Segunda Guerra Mundial) – 1.ª ed.
D.L: M-17318-2022
ISBN: 978-84-124830-2-4
94(47)
355.48 “1937/1949”

ESTALINISMO EN GUERRA

1937-1949

Mark Edele

Título original:
Stalinism at war
by Mark Edele
This translation of Stalinism at War: The Soviet Union at II World War, *First Edition is published by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.*
Esta traducción de *Estalinismo en guerra* se publica según el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© Mark Edele, 2021
ISBN: 978-1-3501-5351-6

© de esta edición:
Estalinismo en guerra
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.° dcha. 28014 Madrid www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124830-6-2
D.L.: M-17318-2022

Traducción: Javier Romero Muñoz Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro Cartografía original revisada: Desperta Ferro/Jesús Jiménez y Javier Veramendi Todas las imágenes del libro son de dominio público.

Primera edición: septiembre 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com ; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

A mis compañeros de
burbuja por el Covid-19:
Debra, Anna y Chino.

Índice

Agradecimientos
Prefacio a esta edición
Introducción: *El estalinismo en guerra, 1937-1949*

CAPÍTULO 1
Preparativos bélicos

CAPÍTULO 2
El inicio de la guerra en oriente, 1937-1939

CAPÍTULO 3
La guerra en el oeste, 1939-1940

CAPÍTULO 4
Armagedón, 1941-1942

CAPÍTULO 5
Recuperación, 1941-1942

CAPÍTULO 6
Triunfo, 1943-1945

CAPÍTULO 7
Guerra de ideologías

CAPÍTULO 8
La guerra después de la guerra, 1944-1949

CAPÍTULO 9

Impacto y consecuencias

Apéndice. Mapas
Bibliografía

Agradecimientos

Empecé a trabajar en el presente libro en el oeste de Australia, hace más de una década. Lo terminé en 2020 en Melbourne, después de un tiempo de viajes de investigación, durante un año apocalíptico de incendios forestales sin precedentes y una pandemia global. La crisis del Covid-19 estuvo a punto de hacer que este proyecto descarrilara; primero, porque durante la emergencia se incrementaron mis labores de burócrata y de profesor universitario y, cuando pude volver a dedicar al menos parte de mi atención al nuevo proyecto, viajar era imposible y no tenía acceso a los volúmenes de mi despacho en la universidad y de la biblioteca universitaria, los cuales conforman buena parte de mi biblioteca profesional. El confinamiento supuso una gran carga emocional para todos los que tuvieron que soportarlo. Tener que dar clases desde casa nos volvía a todos locos y cuanto más tiempo pasábamos encerrados, mayor era nuestra claustrofobia.

Así, me inspiré en el ejemplo de los estudiosos soviéticos de la Segunda Guerra Mundial, que durante el sitio de Leningrado continuaron produciendo textos académicos; algunos llegaron incluso a caer muertos de inanición sobre sus manuscritos. Comparado con su sufrimiento y heroísmo, el «arresto domiciliario» colectivo de los habitantes de Melbourne para ralentizar la propagación del virus mortífero me parecía un lujo indudable. En última instancia, la crisis ha enflaquecido mis notas, algo que los colegas cuyo trabajo he omitido no me perdonarán jamás, aunque la mayoría de lectores agradecerá unas notas más breves.

Nuestro pequeño colectivo –mi esposa Debra McDougall, nuestra hija Anna Edele y Chino, nuestro fiero labrador– nos dimos apoyo mutuo durante las semanas de la cuarta fase de restricciones. Es por ello que quiero dedicarles este libro a los tres. Sin su respaldo, dudo que hubiera podido aguantar sin enloquecer las semanas finales de trabajo.

El grueso de la investigación y redacción del presente libro fue financiado por una generosa beca de cuatro años del Australian Research Council Future Fellowship (2015-2019, FT140101100). Sin embargo, este libro asienta sus cimientos en dos décadas de lecturas, reflexiones y escritos acerca de la guerra que se iniciaron en 1999, el año que publiqué mi primer artículo. Desde entonces, una serie de pequeñas becas me han permitido emprender estudios preliminares que, de muchas maneras, han culminado en este volumen: un proyecto de estudios del Australian Research Council Discovery Project (DP130101215; 2013-2015), una concesión para el desarrollo de investigación de la University of Western Australia en 2010; y una beca de desplazamientos para el personal de la escuela de humanidades de la University of Western Australia en 2011.

En el transcurso de los años me he beneficiado de la colaboración de un grupo de académicos de increíble talento, entre ellos Iva Glisic, Oleg Beyda y Rustam Alexander. Natalie Belsky tuvo la generosidad de compartir sus notas de investigación, las cuales me resultaron de gran utilidad para orientarme entre las transcripciones de entrevistas de la New York Public Library. Sandra Wilson ha respondido todos estos años mis preguntas acerca de Japón y Neil Diamant fue un interlocutor imprescindible en relación con la historia china. Alan Barenberg me asesoró acerca del ferrocarril del Pechora septentrional. El congreso celebrado en París en 2011 en torno a la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial me influyó profundamente: en particular, las conversaciones con Urufu-san (también conocido como David Wolff), Mie Nakachi, Tsuyoshi Hasegawa, David Holloway, Alexander Statiev, Terry Martin, Lennart Samuelson y Amir Weiner me acompañaron durante la década siguiente.* En Kyiv, Iurii Shapoval fue un compañero y apoyo esencial. En Melbourne, mi colaboración con Filip Slaveski definió mis puntos de vista en cuanto a los orígenes de la oleada criminal de posguerra. Oleg Beyda, David Goodman y Brandon Schechter leyeron el penúltimo borrador del original. Sus comentarios, críticas y observaciones fueron de inmensa ayuda para la revisión final.

Presenté un primer borrador con parte del Capítulo 1 , con el título «Was the Soviet Union Prepared to Fight the Second World War?», en la conferencia «Preparing for War, 1914-1945», celebrada en la Murdoch University los días 17 y 18 de junio de 2013. Un párrafo de esta conferencia fue incluido en mi reseña del libro de Alexander Statiev acerca de la guerra de montaña, publicada en *European History Quarterly 49* , n.° 3 (2019), págs. 536-537, y algunos fragmentos de la

sección en torno a Stalingrado (Capítulo 5) vieron la luz en una reseña de la historia en tres volúmenes de David Glantz de dicha batalla, recensión publicada en *New Zealand Slavonic Journal* 45 (2011), págs. 181-183. También se han publicado ya partes de algunos capítulos. Estas fueron versiones primeras, con notas más prolijas, *vid* .: «"What Are We Fighting For?" Loyalty in the Soviet War Effort, 1941-1945». *International Labor and Working-Class History 84* , otoño (2013), págs. 248-268; *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 15* , n.° 4 (2014), págs. 829-835; «The Soviet Culture of Victory», *Journal of Contemporary History 54* , n.° 4 (2019), págs. 780-798; «Who Won the Second World War and Why Should You Care? Reassessing Stalin's War 75 Years after Victory», *Journal of Strategic Studies 43* , n.° 6-7 (2020), págs. 1039-1062, publicado en línea en 2019. Agradezco a todos los editores que me autoricen a emplear estos materiales en el presente libro.

Un apunte en relación con la terminología. En la Unión Soviética abundaban los acrónimos, hasta el punto de que dejan en ridículo incluso a las universidades australianas. He tratado de evitarlos todo lo posible. Los órganos de seguridad soviéticos, o policía secreta, plantean un problema especial para el autor que aspire a no inundar sus textos con una sucesión de letras mayúsculas. La policía secreta, nacida en 1917 como Cheká, se convirtió en 1922 en la GPU bajo supervisión del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD); más tarde fue renombrada OGPU en 1923 y en 1934 pasó a ser la GUGB, subordinada al NKVD. En 1941, los servicios de seguridad fueron divididos entre NKVD y NKGB, luego reunidos ese mismo año, pero separados de nuevo en 1943 y renombrados «ministerios» (MVD, MGB) en 1946. Durante la guerra con Alemania, el Ejército Rojo contaba con su propia policía, la cual acabó por unificarse en un organismo de temible nombre, «Muerte a los Espías» (SMERSh). Así pues, para no confundir al lector he evitado estos variables acrónimos siempre que ha sido posible. En su lugar, he empleado los términos «fuerzas de seguridad», «servicios de seguridad» o «policía». Este último término puede hacer referencia a la «milicia» regular y, en ocasiones, empleo el término informal «chekista», con el que tanto propios como adversarios se referían a un miembro de la policía secreta.

Es posible que los puristas se sientan irritados por el uso de la transliteración más popular de los nombres «Laurenti Beria» en vez de «Lavrentii Beriia», más científico; o mi propensión a emplear el nombre actual de las ciudades ucranianas (Kyiv) en lugar de su, hasta

fechas recientes, más común nombre ruso (Kiev). En las notas al pie proporciono los títulos breves de la documentación archivística en inglés, no en ruso o ucraniano transliterado, pero no empleo la transliteración estándar de las publicaciones académicas para así permitir que otros estudiosos puedan localizarlas, si así lo desean.**

---

* N. del A.: Versiones revisadas de algunos de estos artículos aparecieron en *Cahiers du monde Russe 52* , n.° 2/3 (2011).

** N. del E.: En la traducción al castellano, en cuanto a la toponimia se ha mantenido en la transliteración del ucraniano, como es la intención del autor. En el caso de los personajes, se ha optado por la castellanización habitual. En las notas al pie, se han traducido al castellano los títulos breves de la documentación archivística.

Prefacio a esta edición

El 24 de febrero de 2022, Rusia entró en guerra contra Ucrania. El presidente ruso, Vladímir Vladimírovich Putin, abandonó toda prudencia y tomó una decisión que dejó atónitos incluso a sus más allegados: ordenó una ofensiva en masa contra el país ucraniano, en el cual Rusia llevaba librando una guerra por delegación desde 2014. Las fuerzas rusas avanzaron sobre cuatro ejes: desde el norte hacia Kyiv, por el nordeste en dirección a Járkiv, desde el sudeste hacia Luhansk y Donetsk y en el sur para establecer un puente terrestre entre el Donbás y Crimea (anexionada de forma ilegal en 2014). Mientras escribo este prefacio, la guerra acaba de superar su centésimo día. Aunque Ucrania ha ganado las batallas por Kyiv y Járkiv, los combates continúan en el sur y en el este del país. Rusia ocupa en este momento el 20 por ciento de Ucrania, aunque a un coste terrible. Han muerto miles de soldados ucranianos y decenas de miles de civiles. Por su parte, las fuerzas armadas rusas han sufrido entre 15 000 y 30 000 bajas mortales. Hasta el momento, han sido destruidos 38 000 edificios residenciales, que han dejado sin hogar a centenares de miles de personas. De los 6,8 millones de ucranianos que han huido al extranjero, 4,6 permanecen fuera del país y 7 millones más han tenido que irse a otras regiones de Ucrania. A muchos ucranianos, el nivel de desplazamiento y destrucción, así como la brutalidad descarnada del ataque y los crímenes de guerra perpetrados por los invasores, les recuerdan la contienda que narra el presente volumen. Casi ocho décadas después de la derrota de la Alemania nazi, Ucrania ha vuelto a convertirse en un gran campo de batalla, si bien esta vez el agresor viene del este. [1]

La agresión de Putin tiene varios motivos. El régimen ruso, cada vez más autoritario, se siente amenazado por la cercanía de la dinámica democracia ucraniana, cuya presencia podía animar a la oposición rusa. La invasión es el equivalente de política exterior de la

estrategia de «contrarrevolución preventiva» que Putin lleva implementando en Rusia desde hace mucho tiempo. [2] Las aspiraciones geopolíticas también representaron su papel. El presidente ruso no ha logrado vincular a Ucrania a Rusia y expulsarla de la órbita europea. Finalmente, se estaba quedando sin tiempo para dejar una impronta duradera en los libros de historia. En 2022, su intento anterior de ser recordado como el presidente que trajo prosperidad y calidad de vida a su gente se ha esfumado entre casos de corrupción y enriquecimiento personal; y qué mejor forma de alcanzar la inmortalidad que reconstruir el imperio ruso y traer a Ucrania de vuelta «a casa». [3]

Por otra parte, la agresión de Putin también es el resultado de una obsesión malsana con la Segunda Guerra Mundial, tanto en Rusia como en Ucrania. Putin ha dedicado mucho tiempo a reflexionar acerca de la historia de la guerra de la Unión Soviética. Como él mismo escribió en 2020, su familia, al igual que la mayoría de las de la Unión Soviética, padeció inmensos sufrimientos:

> La guerra sometió a mis padres a las terribles pruebas del sitio de Leningrado, en el que murió mi hermano Vitia, de dos años de edad. Fue el lugar donde mi madre logró sobrevivir de forma milagrosa. Mi padre, a pesar de estar exento de servicio activo, se presentó voluntario para defender su ciudad natal. Tomó la misma decisión que millones de ciudadanos soviéticos. Combatió en la cabeza de puente de Nevsky Pyatachok, donde cayó herido de gravedad. A medida que pasaban los años, sentía con más urgencia la necesidad de hablar con mis padres y saber más del periodo bélico de su vida. [4]

Este interés personal le llevó a intervenir en varias ocasiones en el debate en torno a la conmemoración de la contienda. El ejecutivo de Putin fomentó el Día de la Victoria (9 de mayo), una celebración cada vez más pomposa de las proezas bélicas de Rusia. Este culto de la «Gran Guerra Patriótica», nombre con el que todavía se sigue denominando en Rusia al conflicto germano-soviético de 1941-1945, tenía un claro propósito político: el orgullo de la victoria soviética era quizá la única cosa en la que todo el mundo estaba de acuerdo en una sociedad desunida en todo lo demás. Mas esta guerra también era una obsesión personal del presidente. [5] Menos de un mes antes de que los tanques de Putin se lanzasen sobre Ucrania, un periodista ruso bien informado escribió: «Según personas conocedoras de las

conversaciones del señor Putin con sus asistentes en los dos últimos años […] el presidente ha perdido todo interés en el presente: la economía, las cuestiones sociales, la pandemia del coronavirus […] todo eso le irrita. Por el contrario, está […] obsesionado con el pasado». [6]

La invasión de Ucrania fue legitimada con un lenguaje y unas analogías sacados de la Segunda Guerra Mundial. Los objetivos oficiales de la «operación militar especial» eran la «desnazificación» y la «desmilitarización» de Ucrania. El presidente parecía haberse autoconvencido de que se enfrentaba a una creciente amenaza militar de un país gobernado por nazis. En su discurso de celebración del Día de la Victoria, pronunciado en el tercer mes de su propia guerra, Putin explicó su argumento:

> En nuestras mismas fronteras crecía sin cesar una amenaza absolutamente inaceptable. Todos los indicios señalaban la inevitabilidad de un choque con los neonazis y los banderistas apoyados por Estados Unidos y sus secuaces.
>
> Permítanme que insista que estábamos presenciando la acumulación de infraestructura militar, cómo centenares de asesores extranjeros iniciaban sus trabajos, y el suministro regular de armamentos de última tecnología desde países de la OTAN. La amenaza aumentaba día tras día.
>
> Rusia lanzó un ataque preventivo contra la agresión. Era la única decisión correcta, obligada y oportuna. La decisión de una nación soberana, fuerte e independiente. [7]

La alusión a los «banderistas» nos lleva al papel de la obsesión ucraniana con la Segunda Guerra Mundial en la génesis de la decisión de Putin de ir a la guerra. Este término se refiere a los miembros de la facción, liderada por Stepán Bandera, de la OUN (*Organizátsiya ukrayínskyj natsionalístiv* [Organización de Nacionalistas Ucranianos]), una entidad ultranacionalista de los años treinta y cuarenta del siglo XX. En su búsqueda de un pasado útil sobre el que construir un sentido positivo de pertenencia nacional, el Gobierno de Ucrania y buena parte de la *intelligentsia* del país adoptaron como ejemplo de liberación nacional la lucha contra alemanes y soviéticos de la OUN y de su ala militar, el UPA (*Ukrayínska Povstánska Armiya* [Ejército Insurgente Ucraniano]). Como se darán cuenta los lectores del Capítulo 8 del presente libro, esta elección fue muy problemática. Es indudable que los ultranacionalistas ucranianos combatieron tanto a

germanos como a soviéticos; sin embargo, también mataron a un elevado número de polacos, por no mencionar la liquidación de ucranianos a los que consideraban «traidores». Es más, miembros de la OUN colaboraron con los nazis en la implementación del Holocausto, ya fuera en apoyo de los pelotones de exterminio o como ejecutores de los crímenes. Otros asesinaron judíos por propia iniciativa. De ahí que la conmemoración de estos hombres como luchadores por la libertad y precursores de la Ucrania democrática provocase alarma tanto en los Gobiernos de Rusia, Polonia e Israel como entre numerosos especialistas extranjeros que, por lo demás, simpatizaban con la lucha de Ucrania por su independencia nacional. En Rusia, el presidente no fue el único que se convenció del carácter fascista del régimen de Kyiv. Resulta irónico que, en el momento en que Putin ordenó a sus tropas «desnazificar» Ucrania, el nuevo presidente, Volodímir Zelenski (un patriota ucraniano, pero también un judío rusoparlante) había empezado a abandonar el relato hagiográfico de la OUN. Es más, el combate desesperado por la supervivencia de Ucrania como nación independiente reducirá aún más su dependencia de los ultranacionalistas de la Segunda Guerra Mundial como encarnación de la nación. Esta contienda produce a diario héroes ucranianos democráticos, cuyas hazañas podrán ser conmemoradas y celebradas con mucha menos ambivalencia. [8]

Tales sutilezas, no obstante, se le escaparon a un presidente que dedicaba muchas horas de vigilia a reflexiones obsesivas acerca de la Segunda Guerra Mundial. Esta obcecación contribuyó a que Putin decidiera ir a la guerra, pues interpretaba los hechos por medio de analogías con la contienda que traumatizó a sus padres. Los paralelismos eran alarmantes. A pesar de que las pretensiones de Ucrania de unirse a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) no habían llegado a ninguna parte, su ejército estaba ahora mejor entrenado, equipado y comandado que en 2014, cuando Rusia pudo tomar Crimea sin disparar un tiro. Además, había adquirido una importante experiencia de combate en la guerra del Donbás contra las fuerzas locales apoyadas por los rusos. Si el potencial militar de Ucrania seguía su trayectoria ascendente, ¿acaso no estaría en condiciones de amenazar a Rusia en un futuro próximo? ¿Se enfrentaba Rusia a una situación parecida a la que vivió la Unión Soviética en 1940 y principios de 1941, cuando Alemania se disponía a atacar? ¿Tal vez era ahora el momento de pasar a la ofensiva, tal y como Stalin habría hecho para prevenir la agresión germana?

En su anuncio de la «operación militar especial» del 24 de febrero

de 2022, Putin hizo explícita esta asociación. Su discurso demuestra de forma inequívoca que su percepción de la realidad está modelada por «las lecciones de la Segunda Guerra Mundial»:

> Sabemos que en 1940 y principios de 1941 la Unión Soviética hizo grandes esfuerzos para prevenir la guerra o al menos retrasar su estallido. Para tal fin, la URSS trató de no provocar al posible agresor hasta el último momento, al abstenerse o posponer los preparativos más urgentes y necesarios que debía tomar para defenderse del ataque inminente. Cuando por fin actuó, era demasiado tarde.
>
> El resultado de esto fue que el país no estaba preparado para responder a la invasión de la Alemania nazi, que atacó a la madre patria el 22 de junio de 1941 sin declaración de guerra. El país detuvo al enemigo y logró derrotarlo, pero a un coste tremendo. El intento de apaciguar al agresor con anterioridad a la Gran Guerra Patriótica fue un error que costó un alto precio a nuestro pueblo. En los primeros meses desde el estallido de las hostilidades, perdimos vastos territorios de importancia estratégica, así como millones de vidas. No cometeremos el mismo error por segunda vez. No tenemos derecho a hacerlo. [9]

El que esta amenaza fuera una completa fantasía –Ucrania no se disponía a invadir Rusia– no impidió que le pareciera lo bastante real a un líder que vivía cada vez más aislado de sus asesores cercanos mientras leía libros de historia. Su obsesión con la guerra estaba teñida de resentimiento contra el mundo exterior, al que acusaba de no reconocer el papel central del esfuerzo bélico soviético en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Como escribió el mismo Putin en 2020: «No importa lo que los demás traten de demostrar, la Unión Soviética y el Ejército Rojo hicieron la contribución principal y más crucial a la derrota del nazismo». [10]

Tal y como demuestra la presente obra, Putin está en lo cierto al remarcar el rol central de la Unión Soviética en la derrota de la Alemania nazi. Pero se equivoca al inferir que la victoria es la esencia única de la conflagración. Esta tuvo muchas más facetas, algunas de ellas oscuras y nada edificantes. La Unión Soviética no siempre fue la víctima de una agresión exterior; en otras ocasiones, perpetró violencia contra sus propios soldados y civiles y agredió a sus vecinos. La colaboración con el enemigo no fue una especialidad ucraniana: de hecho, los rusos sumaban el mayor número de colaboradores.

Combatieron más ucranianos en las filas del Ejército Rojo que en las de OUN-UPA. Tal y como subraya este libro, el concepto de «guerra rusa» supone una flagrante tergiversación del carácter multinacional de esta contienda. La Unión Soviética era un imperio plurinacional y el Ejército Rojo una fuerza de combate formada por múltiples naciones.

Escribí este libro con bastante anterioridad a la invasión rusa de Ucrania de 2022. Finalicé el original en inglés en 2020 y publiqué el volumen en 2021. Es difícil juzgar qué hubiera cambiado de haberlo concluido dos años más tarde. Creo que la guerra presente no habría tenido demasiado impacto, pues es una obra que trata de repensar la Segunda Guerra Mundial soviética desde una perspectiva más global de lo acostumbrado. Como escribí en el último capítulo, «el presente libro es un intento de restablecer, al menos en parte, la complejidad de la historia real de la Segunda Guerra Mundial soviética. Por tanto, rechaza tomar partido en las guerras historiográficas actuales que ponen en peligro las relaciones pacíficas entre las naciones de Eurasia».

Hoy, por supuesto, las relaciones pacíficas entre Rusia y Ucrania han cesado por completo. La obsesión malsana por ciertos detalles de esta contienda, a uno y otro lado de la línea del frente, han contribuido a llegar a este perturbador estado de cosas. En este sentido, el argumento general del libro, es, en todo caso, aún más relevante en estos días que en 2020. Si tuviera que finalizar hoy el libro, es probable que alargase ese último capítulo para extenderme con mayor detalle acerca del persistente trauma y las obsesiones resultantes por esta guerra en la región de la antigua Unión Soviética. [11] Aunque sigo negándome a alinearme con un bando en las guerras historiográficas, ningún demócrata actual puede permanecer neutral en la lucha por la supervivencia de Ucrania contra su neoimperialista y dictatorial vecino.

Mark Edele,
Cracovia y Riga, junio de 2022

_____

NOTAS

1 «At 100 Days, Russia-Ukraine War by the Numbers», VOA, 3 de junio de 2022 [https://www.voanews.com/a/at-100-days-russia-ukraine-war-by-the-numbers/6601899.html]. Una historia militar detallada y continua de esta

guerra está disponible en el Institute for the Study of War [https://www.understandingwar.org/backgrounder/ukraine-conflict-updates].

2 Horvath, R., 2013.

3 Para una demostración de que el desafío democrático a su régimen, no la ampliación de la OTAN, impulsó los movimientos agresivos de Putin en la región, *vid* . Person, R. y McFaul, M., 2022, 18-27. Acerca del sentido de misión de Putin y su preocupación por la historia, *vid* . Hill, F. y Gaddy, C. G., 2013.

4 Putin, V., 18 de junio de 2020: «The Real Lessons of the 75th Anniversary of World War II», *The National Interest* [https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lessons-75th-anniversary-world-war-ii-162982].

5 Edele, M., 2020b, capítulo 8; Norris, S. M., 2011, 201-229.

6 Zygar, M., 10 de marzo de 2022: «How Vladimir Putin lost Interest in the Present», *The New York Times* .

7 «Victory Parade on Red Square», [Kremlin.ru], 9 de mayo de 2022 [http://en.kremlin.ru/events/president/news/68366].

8 Acerca de Bandera: Rossolinski-Liebe, G., 2014. Acerca del papel de la OUN-UPA en el Holocausto, Himka, J.-P., 2021. Para una amplia introducción al acalorado debate en torno a la historia y la memoria de la OUN, incluso si esta organización era o no «fascista», *vid* . las secciones especiales editadas por Andreas Umland y Yulia Yurchak en *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 3* , n.° 2 (2017); 4, n.° 2 (2018); 6, n.° 2 (2020); 7, n.° 1 (2021) y 7, n.° 2 (2021). Para un trasfondo más amplio, aunque ahora algo anticuado, Marples, D. R., 2007.

9 «Address by the President of the Russian Federation», [Kremlin.ru], 24 de febrero de 2022 [http://en.kremlin.ru/events/president/news/67843].

10 Putin, V., *op. cit* .

11 En otro lugar, he llamado a esta preocupación «terapia tóxica» para el trauma profundo sufrido: Edele, M., 2022, 321-331.

INTRODUCCIÓN

El estalinismo en guerra, 1937-1949

VICTORIA

> Nuestro pueblo soviético no reparó en esfuerzos ni en trabajo en aras de la victoria. Hemos vivido años duros. Pero ahora, cada uno de nosotros puede afirmar: hemos vencido. A partir de este momento podemos considerar que nuestra patria está libre de la invasión germana por el oeste y de la invasión japonesa por el este. La largamente esperada paz para los pueblos del mundo ha llegado […] ¡Que nuestra patria perdure y prospere!

Fue el día 2 de septiembre de 1945 cuando Iósif Stalin leyó este discurso a su pueblo. «¡Camaradas! –proclamó–, la Segunda Guerra Mundial ha finalizado». [1]

El dictador tenía motivos para estar orgulloso. Su Unión Soviética había vencido en la contienda más grande y terrible de la historia de la humanidad. La noche del 8 al 9 de mayo de 1945, Alemania se había rendido. Hitler se había suicidado antes, el 30 de abril, mientras el Ejército Rojo tomaba Berlín al asalto en una batalla increíblemente costosa que se prolongó hasta el 2 de mayo. Una semana más tarde, el 9, finalizó la contienda terrestre más destructiva de la historia. [2] Cuatro meses después, Japón siguió el ejemplo alemán. Su economía bélica había colapsado, la armada y fuerza aérea apenas podían operar, desmanteladas por la supremacía estadounidense por aire y mar, y el país había sido sometido a un constante ataque aéreo desde junio de 1944. El 6 de agosto, la Fuerza Aérea estadounidense descargó sobre Hiroshima una nueva y terrorífica arma. El 9 de agosto, las unidades soviéticas se lanzaron en tromba sobre Manchuria. Ese mismo día, los norteamericanos descargaron su

segunda bomba atómica, esta vez sobre Nagasaki. El Gobierno de Japón, ante esta embestida simultánea desde todas direcciones, tiró la toalla. El 15 de agosto, el emperador anunció la rendición; el 2 de septiembre, el ministro de Exteriores firmó el documento oficial; la Segunda Guerra Mundial había terminado por fin. [3]

La Unión Soviética era un componente esencial de la alianza victoriosa. Si bien en el Pacífico o en África los principales combatientes fueron el Imperio británico y Estados Unidos, en Europa la guerra fue ganada sobre todo por el Ejército Rojo. Las fuerzas soviéticas se enfrentaron al mayor número de tropas germanas y mataron más alemanes que cualquier otro país. Los soldados de Stalin también fueron los que destruyeron o capturaron mayores cantidades de equipos militares germanos. [4]

Los soviéticos pagaron un alto precio por su victoria sobre el nacionalsocialismo: 27 millones de muertes relacionadas con la contienda, esto es, un 12 por ciento de la población prebélica. Según una comisión gubernamental para el estudio de la devastación, más de 1710 pueblos y ciudades habían sido destruidos y unas 70 000 aldeas quemadas y bombardeadas. La destrucción afectó a más de 6 millones de edificios, unas 32 000 empresas industriales y 98 000 granjas colectivas. Millones quedaron sin hogar y muchos millones más mutilados y enfermos, traumatizados por años de miseria y horror sin fin. Para empeorar aún más el panorama, poco después del discurso triunfal de Stalin una terrible hambruna asoló a la población debilitada por la guerra, que acabó con entre 1 y 1,5 millones de personas en 1946-1947. Se continuó combatiendo en los territorios fronterizos recién adquiridos en Ucrania occidental, Bielorrusia occidental y las tres repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania. En estas regiones, que los soviéticos habían tomado durante los primeros compases de la guerra europea, las tropas soviéticas se enfrentaron a guerrillas nacionalistas que resistían la sovietización de su país. Aquí la pacificación no llegó hasta después de una nueva y brutal serie de deportaciones, en 1949, que roturó el terreno en el que arraigaba la insurgencia. [5]

INICIOS ASIÁTICOS

Por tanto, en ciertos confines del imperio estalinista, la Segunda Guerra Mundial soviética fue considerablemente más larga de lo que se suele estimar. La memoria soviética, y más tarde la rusa, puso el foco en la contienda con Alemania, la «Gran Guerra Patriótica» que es

como aún se denomina en Rusia. Esta guerra se inició el 22 de junio de 1941, con el ataque germano, y finalizó el 8-9 de mayo de 1945, con la rendición de Alemania. Lo ocurrido antes y después fue, en todo caso, una precuela y un epílogo de la verdadera guerra. [6]

Nada más lejos de la experiencia vivida por Ten San Din y su familia. En el otoño de 1937, Ten San, estudiante de 19 años de edad de Vladivostok, fue deportado al Asia Central soviética. No había hecho nada para merecer tal suerte: solo había sido incluido en la primera deportación de un grupo étnico al completo. Se trataba de los coreanos soviéticos, sacados de las regiones fronterizas del Lejano Oriente soviético y arrojados a las estepas y pueblos de Kazajistán. El 29 de octubre de 1937 la operación había finalizado casi por completo. Un total de 171 781 coreanos, según el reporte del jefe de la policía de Stalin, habían sido metidos en vagones de ganado. Tan solo quedaban 700, cuya remesa corrió la misma suerte antes del 1 de noviembre. [7]

Esta deportación era una reacción al estallido bélico en China en julio de 1937, que Stalin esperaba aprovechar. Japón ambicionaba las tierras soviéticas desde hacía mucho tiempo y Stalin lo sabía. Pero este calculó que los imperialistas orientales no atacarían a los soviéticos mientras estuvieran ocupados en China. De este modo, en agosto de 1937, el Gobierno soviético firmó el tratado de no agresión mutua con China, con el que esperaba que el gabinete nacionalista chino bloquease a Japón, para impedirle así que amenazara el flanco oriental soviético. Pero, si aun así Tokio decidía atacar, los soviéticos estarían preparados. De ahí la deportación de los coreanos, a los que Stalin consideraba una quinta columna en potencia, enemigos interiores que podrían apoyar a los invasores nipones. Estas dos decisiones estaban relacionadas: las dos fueron tomadas el mismo día, el 21 de agosto de 1937. [8]

La Segunda Guerra Mundial de Ten San Din fue íntegramente asiática. Deportado a causa del inicio de la guerra en China, sus repetidos intentos de alistarse en el ejército fueron rechazados. En 1945 fue movilizado y participó en una rápida operación en Corea, durante el asalto soviético contra el Imperio japonés del verano de 1945. Petr Fedórovich Katasónov nos proporciona otra visión correctiva del enfoque eurocéntrico del esfuerzo bélico soviético. Nacido en 1914, sirvió en la contienda fronteriza soviético-nipona de 1938-1939 y participó en 1939 en la batalla de Jaljin Gol como servidor de una ametralladora. Una vez finalizada la contienda, fue desmovilizado y trabajó en una granja colectiva en la República

autónoma buriato-mongola, en el sur de la Unión Soviética. Tras el embate alemán del 22 de junio de 1941, volvió a ser movilizado por el ejército, aunque no le enviaron a combatir a los invasores. En lugar de ello, sirvió en la línea divisoria con Manchuria. «En 1941-1942 –recordó–, había provocaciones constantes en la frontera. Ayudábamos a las fuerzas fronterizas a capturar todo tipo de espías y saboteadores». Cuando la guerra en el Pacífico se activó, la línea fronteriza se calmó, hasta el 9 de agosto de 1945, cuando «pasamos a la ofensiva contra Manchuria». Katasónov combatió contra las fuerzas japonesas en descomposición en el norte de China, custodió prisioneros de guerra y fue desmovilizado poco después de la capitulación de Japón. Su guerra, al igual que la de Ten San Din, fue un asunto exclusivamente asiático. [9]

Tales experiencias bélicas contradicen algunas de las suposiciones más arraigadas acerca de la Segunda Guerra Mundial en general y en torno a la Segunda Guerra Mundial soviética en particular. Los historiadores europeos no suelen empezar el relato de esta guerra ni en Asia ni en 1937, sino en Polonia el 1 de septiembre de 1939; los rusos suelen iniciar su «Gran Guerra Patriótica» en junio de 1941 con la invasión germana; y, desde la perspectiva norteamericana, la Segunda Guerra Mundial no empezó hasta diciembre de ese año, con la entrada de Estados Unidos en la contienda tras el ataque a Pearl Harbor. Por el contrario, los historiadores japoneses hacen retroceder el inicio de lo que denominan «la Guerra de los 15 Años» hasta la invasión de Manchuria de 1931; los historiadores en lengua inglesa han ignorado el teatro asiático, quizá porque pocos hombres blancos combatieron allí y quizá porque el derramamiento de sangre en el Pacífico preocupaba a la opinión pública estadounidense mucho más que la extraña contienda que se libraba en una tierra muy lejana, o puede que porque la enormidad del conflicto europeo, el frente germano-soviético, y, en particular, el Holocausto judío que relegó a las sombras todo lo demás. [10]

UNA GUERRA EUROASIÁTICA

El presente libro opta por seguir el ejemplo de trabajos recientes que amplían los confines de la Segunda Guerra Mundial para abarcar de ese modo no solo la experiencia europea o la norteamericana, sino también la asiática. La guerra soviética, como ya hemos visto en los recuerdos de los dos veteranos y en el discurso de Stalin, no fue una cuestión europea en exclusiva. Fue una conflagración euroasiática

librada por igual en el frente oriental de la Unión Soviética en Asia y en sus confines europeos. Y fue una guerra imbricada en un conflicto más amplio y global, que, a su vez, constituía una amalgama de varias confrontaciones armadas. [11]

La Segunda Guerra Mundial se componía de cinco guerras diferenciadas: una terrestre asiática, que empezó en 1937 con el estallido del conflicto sino-nipón; una europea, iniciada con el ataque de Hitler contra Polonia en 1939; una norteafricana librada desde 1940 a 1943; el conflicto germano-soviético, desde el verano de 1941; y la guerra del Pacífico, que se desencadenó con el bombardeo de Pearl Harbor en diciembre de ese mismo año. Fue a finales de 1941 cuando todas estas escaladas bélicas individuales quedaron unidas en una misma conflagración global. [12]

La participación soviética en la Segunda Guerra Mundial dio inicio en 1937 con su intervención en la contienda asiática, una guerra defensiva en oriente. Stalin proporcionó ayuda a China y emprendió una limpieza étnica y una concentración de tropas para proteger el flanco oriental. Poco después, en 1938-1939, el Ejército Rojo libró una guerra fronteriza, a menudo olvidada, pero crucial, contra Japón (batallas del lago Jasán y de Jaljin Gol). A continuación, vino una guerra ofensiva en Europa, donde los soviéticos se sumaron a los alemanes en el desmantelamiento de Polonia en septiembre de 1939. Después, atacaron en solitario a Finlandia en la Guerra de Invierno (1939-1940) y anexionaron Estonia, Letonia, Lituania, el norte de Bucovina y Besarabia en 1940. En la tercera fase, iniciada en el verano de 1941, los soviéticos volvieron a estar a la defensiva en su catastrófica campaña contra los alemanes. La cuarta fase, que empezó a principios de 1943, testimonió la victoria soviética en una guerra de desgaste contra Alemania y, tras la victoria en Europa, una guerra ofensiva contra Japón en el verano de 1945. La fase final consistió en la pacificación y reorganización de los territorios. Comenzó con la liberación de territorios iniciada en 1943 y finalizó en el núcleo central con la abolición del racionamiento alimentario en 1947 y la conclusión de la desmovilización en masa en 1948. Mientras tanto, en las fronteras occidentales pasó al primer plano otro aspecto de la guerra soviética: la campaña convencional soviética contra Alemania y Japón estaba entrelazada con una serie de luchas civiles contra grupos de la población, algunos de los cuales estaban armados y resistían, pero muchos otros eran simples civiles considerados enemigos del poder soviético a causa de su perfil sociológico o nacional. La contienda civil continuó hasta 1949, cuando las deportaciones a gran

escala en el oeste y la victoria de los comunistas chinos en el este pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial soviética.

ÁMBITO Y FUENTES

La presente historia de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial combina el relato de las operaciones militares y de la política internacional con el estudio de la economía, la cultura y la sociedad durante los años de conflicto. [13] Su perspectiva oscila constantemente desde el relato individual a la historia general de la que forman parte. Por tanto, este volumen combina una antología de experiencias bélicas individuales con un estudio histórico, a grandes rasgos, de las estructuras principales: sociales, económicas, culturales y gubernamentales. El punto de vista estatal queda reconstruido a partir de datos de archivos, antaño secretos, de Rusia, Ucrania, Letonia, Lituania, Estonia, Alemania, Australia y Estados Unidos. [14] Sin embargo, los archivos, depósitos de documentos generados por el Gobierno, no siempre captan el lado humano de la contienda. De ahí que el presente libro también haga un uso extensivo de diarios, memorias y entrevistas a supervivientes. Algunas de estas entrevistas se hicieron poco después de los hechos y han sido publicadas en colecciones de fuentes, mientras que otras, como el Proyecto Harvard del Sistema Social Soviético o la colección de historia oral de la biblioteca judía Dorot de la New York Public Library, fueron redactadas o registradas lejos de la Unión Soviética por *émigrés* . Otras, como la gran recopilación de entrevistas con veteranos del Ejército Rojo disponible en línea, fueron grabadas después de la disolución de la Unión Soviética. [15]

Por desgracia, Stalin no redactaba un diario ni tampoco dejó memorias. Para este actor principal, debemos confiar en los puntos de vista de quienes lo conocieron, así como en los vestigios que dejó en los archivos. Hemos orientado nuestra interpretación de los mismos por medio de la notable literatura biográfica existente. [16] Comprender a Stalin es crucial. La Unión Soviética de las décadas de 1930 y 1940 fue una de las dictaduras más represivas del siglo XX: Stalin dirigía con mano férrea al país, al Partido Comunista, al aparato estatal y a sus colaboradores más estrechos. Es natural, por tanto, que Stalin ocupe un papel central en nuestro relato. Sin embargo, el presente volumen no es ni una nueva biografía del dictador ni tan solo un estudio monográfico de la guerra de Stalin. Por el contrario, el líder está rodeado de otros actores, grandes y pequeños: civiles y soldados,

comunistas y sus adversarios, hombres y mujeres, generales y soldados rasos, obreros y campesinos, burócratas y académicos, lealistas y resistentes, rusos y miembros de un elevado número de minorías nacionales. Esta visión caleidoscópica de la contienda nos impide una exploración en profundidad de la diplomacia de Stalin o un relato detallado de las operaciones militares. Estas han sido tratadas por otros estudiosos con suficiente detalle como para permitirnos relegarlas a breves esbozos. [17]

Por otra parte, es posible que los historiadores profesionales esperen más cobertura de las controversias académicas y del debate historiográfico. Podrán encontrarla en mis ensayos y monografías especializadas, las cuales han dado lugar al presente volumen. *Estalinismo en guerra* , al contrario que dichos estudios anteriores, fue escrito para un lector no especializado, por lo que he reducido al mínimo el debate historiográfico, la polémica académica y las notas bibliográficas.

EL IMPACTO DOMÉSTICO DE LA GUERRA EN CADA FASE

Presentar una visión general de la historia soviética mediante una serie de experiencias individuales suscita la cuestión de lo importantes que fueron las diferentes fases de la larga Segunda Guerra Mundial para las vidas de los ciudadanos corrientes. Desde la perspectiva doméstica, los diferentes periodos de la Segunda Guerra Mundial soviética tuvieron un impacto diverso. A no ser que uno fuera coreano o un soldado soviético en China, Mongolia o en el Lejano Oriente, la guerra defensiva en Asia en 1937-1939 solo le afectó de forma periférica, más como lector de la prensa que otra cosa. Participaron en estos combates un total de 97 000 efectivos, con unas pérdidas bastante bajas, de quizá unos 11 000 muertos. [18] El Gran Terror estalinista afectó durante este periodo a muchas más vidas: solo en 1937-1938 fueron arrestados 1,6 millones de personas, de las cuales 682 000 fueron ejecutadas. [19]

En la segunda fase, 1939-1941, la guerra tuvo un efecto mucho más general. El número de combatientes implicados pasó de unas decenas de miles a 1,3 millones, sin contar a los que participaron en las anexiones del Báltico y de Besarabia. Unos 128 000 soviéticos perecieron en los combates de Polonia y Finlandia. Un mínimo de medio millón de soldados vio el mundo exterior en Polonia y en los países bálticos, una experiencia desorientadora. [20] El pacto Hitler-

Stalin de agosto de 1939 provocó una confusión ideológica generalizada y las deportaciones desde las fronteras occidentales extendió la experiencia coreana a 383 000 víctimas más. El desvío de recursos a la producción de armamento, junto con las entregas de alimentos a Alemania durante el pacto Hitler-Stalin, redujo aún más el consumo civil, incrementó la escasez, las colas, la inflación y el movimiento de personas. La producción económica *per capita* se estancó entre 1937 y 1940, el consumo civil experimentó una caída significativa y el rearme absorbió más y más recursos. Las autoridades reaccionaron en 1940 con la imposición del racionamiento a ciertas regiones del país y una serie de leyes laborales nacionales para militarizar a los obreros industriales. [21]

Pero fueron las fases tercera y cuarta –la pugna a vida o muerte con Alemania en 1941-1945– las que universalizaron la experiencia bélica. El consumo experimentó un desplome catastrófico, para algunos civiles hasta niveles de inanición. En conjunto, sirvieron durante este periodo 34,5 millones de hombres y mujeres, de los cuales perecieron 7,8. Todo el que no combatía fue movilizado para trabajar y la mortandad entre los civiles fue tres veces superior a la de los soldados. [22]

En la fase final, la experiencia de la guerra volvió a quedar localizada, esta vez a las fronteras occidentales. En esos territorios, las insurgencias de los nacionalistas estonios, letones, lituanos, polacos y ucranianos fueron reprimidas por la fuerza. La confrontación militar abierta había finalizado en 1945, una vez que los partisanos antisoviéticos fueron derrotados por la superior potencia de fuego de los sóviets. La resistencia adoptó entonces tácticas terroristas, que siguieron haciendo mortal la vida de los partidarios del poder soviético. En una fecha tan tardía como 1946, los funcionarios comunistas de la campiña letona solían seguir llevando armas automáticas para la autodefensa. [23] Sin embargo las pérdidas no fueron en absoluto comparables con la magnitud de los enfrentamientos contra Alemania o incluso contra Japón. En conjunto, unos 70 000 efectivos participaron en operaciones de contrainsurgencia en las fronteras occidentales. No perdieron más de 6000 hombres. [24] Mas los partisanos antisoviéticos acabaron con una cifra muy superior en confrontaciones no militares, en su mayoría «objetivos blandos», esto es, civiles acusados de colaborar con los soviéticos. [25] En 1948, por citar un ejemplo que exploraremos en más detalle en el Capítulo 7 , en las operaciones contra la clandestinidad lituana, las fuerzas de seguridad soviéticas mataron a diez adversarios por cada baja que

sufrían. Pero, si se suman las víctimas de los ataques antisoviéticos contra civiles, la ratio queda más igualada: 1,6 partisanos por cada muerto «soviético». [26]

En otras regiones, el núcleo de esos años ya no era la guerra, sino la reconstrucción. La desmovilización, el retorno de las personas desplazadas y los evacuados y la reparación de la economía eran la prioridad del momento, así como la lucha coordinada contra la violencia y el crimen provocados por la contienda. Una vez superada la hambruna de posguerra de 1946-1947, la vida empezó a retornar a la normalidad, aunque esta fuera una normalidad estalinista. Volvió la represión, si bien menos letal: las personas perdían los trabajos ante acusaciones de «cosmopolitismo desarraigado», o eran encarceladas conforme a las draconianas leyes antirrobo de 1947. Las excepciones fueron los hechos de Leningrado (1949-1950) y Mingrelia (1951-1952), que recordaron a un gran terror en miniatura por las acusaciones inventadas que condujeron a la ejecución de un grupo relativamente pequeño de personas. [27] En ocasiones, los repatriados que regresaban se enfrentaban a un arresto, ya fuera durante el proceso de comprobación inicial o más tarde. No obstante, el estudio de los archivos ha revelado que este fenómeno fue mucho menor de lo que especula la literatura anterior. [28] Una vez que las deportaciones de 1949 pusieron fin a la contrainsurgencia en las fronteras occidentales, estas nuevas regiones del imperio también se incorporaron a la normalidad estalinista: una vida cotidiana en circunstancias extraordinarias, incluso en tiempos de paz. [29]

UNA REVISIÓN DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL SOVIÉTICA

El presente libro hace una revisión de la Segunda Guerra Mundial soviética; presentada como una prolongada contienda euroasiática que abarca de 1937 a 1949. Sin embargo, ello no significa negar el carácter central de la experiencia de la «Gran Guerra Patriótica». Por el contrario, la sitúa en un marco geográfico e histórico más amplio. ¿Qué implica este nuevo enfoque para nuestra comprensión de la Segunda Guerra Mundial soviética?

En primer lugar, el rol del frente oriental soviético es mucho más crucial. China desempeñó un papel vital, pues cubrió las espaldas de la Unión Soviética hasta, al menos, 1942, momento en que la US Navy pasó a soportar el embate de la mayor parte de las fuerzas japonesas. Incluso entonces China continuó haciendo valer su peso. Mientras los

norteamericanos combatían a la flota y a la fuerza aérea niponas, los chinos detuvieron a los efectivos terrestres que podrían haber amenazado a los soviéticos. La llegada de ayuda aliada (Préstamo y Arriendo) por aguas japonesas a Vladivostok y desde allí por el Transiberiano, esencial para el esfuerzo bélico soviético, solo pudo ser posible gracias a que Stalin había firmado la paz con Japón en 1941. Había otras rutas para el envío de suministros: por las aguas del Ártico, o por Irán. Pero, como veremos en el Capítulo 6 , estas rutas eran mucho más problemáticas que la del Pacífico, que pronto se convirtió en la conexión principal entre la Unión Soviética y sus aliados. A pesar de la neutralidad en la guerra del Pacífico, los dirigentes soviéticos jamás perdieron interés en el frente del Lejano Oriente, donde los efectivos desplegados nunca bajaron de 1 100 000 hombres. La región fue transformada en un enorme campo de entrenamiento donde los reclutas se preparaban para la batalla antes de ser enviados al frente y, una vez ganada la contienda contra Alemania, ciudadanos soviéticos como Ten San Din o Petr Fedórovich Katasónov hicieron su contribución para obligar a Japón a rendirse. [30]

En segundo lugar, el desplazamiento de población es un tema central del presente libro. Ya fueran soldados, personas movilizadas para trabajar, deportados, reos enviados al gulag, refugiados, evacuados y reevacuados, plenipotenciarios y enviados especiales: en la Unión Soviética en guerra casi todo el mundo estaba en movimiento. Stalin, por el contrario, fue el único que apenas se movió de su puesto, desde donde, flanqueado por Viacheslav Mólotov, controlaba este flujo de personas. En 2013, el historiador Peter Gatrell reclamó a sus colegas que integrasen la historia de los refugiados en sus historias generales. Este volumen va un poco más allá, pues argumenta que toda historia de la guerra soviética ha de abordar en serio los diversos tipos de desplazamiento que definieron la experiencia bélica de gran parte de la población. [31]

En tercer lugar, la Segunda Guerra Mundial soviética fue multinacional. Pese a que tanto los observadores de la época como los historiadores posteriores hablaron de «la guerra rusa», cerca de la mitad de la población soviética, un porcentaje importante de las fuerzas combatientes, y más de la mitad de las víctimas civiles no eran rusas. [32] Por tanto, no solo fue la «guerra de Iván» sino también la de Ten San Din, de Susanne o de Nachman… y, por supuesto, también de Stalin, un georgiano que hablaba ruso con un fuerte acento. [33] En este libro, el lector encontrará una gran variedad de soviéticos: coreanos, alemanes, judíos, polacos, ucranianos, lituanos y, desde luego, rusos.

La atención prestada a las tierras fronterizas del este y del oeste pone el foco sobre los coreanos, bálticos o polacos desplazados. Dedicaremos particular interés al sufrimiento y al heroísmo de los judíos soviéticos, que no han vuelto a las páginas de la historia de la Segunda Guerra Mundial soviética hasta fechas recientes. Estos incluían numerosos «nuevos judíos soviéticos», que se integraron en la historia soviética durante la fase de expansión agresiva de 1939-1941. [34]

En cuarto lugar, el lado totalitario de la Segunda Guerra Mundial soviética, que numerosos historiadores han resaltado en las fronteras occidentales, fue también una experiencia de unión absoluta que obedecía a una dinámica propia. La Segunda Guerra Mundial soviética empezó con la deportación de los coreanos en 1937 y finalizó en 1949 con la deportación desde el oeste de los «kulaks» y sus familias. El Gran Terror de 1937-1938 sirvió de telón de fondo de la crisis internacional del oriente de 1937-1939 y fue provocado por los preparativos bélicos. Cuando se desencadenó el ataque germano hubo un resurgir de la violencia contra su propio bando: lo que un historiador denominó «el Gran Terror de 1941». Cuando las unidades soviéticas empezaron a liberar territorios ocupados por los alemanes, volvió la policía de Stalin y, con esta, el terror estalinista, si bien su naturaleza era diferente con respecto a la de principios de la década de 1940: la represión fue mucho más generalizada, pero también mucho menos letal. En Estonia, por citar un ejemplo particularmente bien documentado, aunque la oleada de arrestos de 1944-1945 afectó a un grupo más numeroso de personas que su antecesora de 1940-1941, el porcentaje de supervivientes fue mucho mayor. La pena capital era empleada con menos frecuencia y fue abolida en el conjunto de la Unión Soviética en 1947; las condiciones de los detenidos mejoraron. Las deportaciones de 1949 siguieron una pauta similar. Sumó el doble de víctimas que su predecesora de 1941, pero la tasa de mortalidad se redujo a un 15 por ciento, cuando en 1941 había sido del 60. Sorprendentemente, el inmenso sufrimiento y la brutalidad incesante de la Segunda Guerra Mundial soviética no hicieron más brutal al régimen de Stalin. Tuvo el efecto opuesto: los historiadores han observado que, en los años de posguerra, el terror fue reemplazado por una vigilancia policial estricta, pero legal. [35]

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El presente libro desarrolla estos temas en nueve capítulos, más o

menos cronológicos, cada uno de los cuales responde a una cuestión diferente en torno a la Segunda Guerra Mundial soviética. El Capítulo 1 plantea si la Unión Soviética estaba preparada para la guerra cuando esta estalló. La respuesta es ambigua: las políticas estalinistas de la década de 1930 ayudaron y dificultaron a un tiempo los preparativos bélicos: la forma estalinista de conducción bélica era, a un tiempo, efectiva pero ineficiente; el terror, concebido como parte de la preparación para la guerra, tenía efectos adversos sobre la disposición para el combate.

El Capítulo 2 narra la historia de la fase, a menudo olvidada, durante la cual Stalin logró evitar una grave amenaza que le causaba profunda preocupación: un conflicto en dos frentes. Se pregunta qué rol desempeñó la Unión Soviética en la guerra asiática de 1937-1939. Durante esta fase, las políticas de Stalin fueron destructivas en el interior, pero cruciales en el frente internacional. El auxilio soviético ayudó a China a resistir a Japón y la victoria soviética en la contienda fronteriza de 1938-1939 impulsó a Tokio a emprender una «estrategia meridional» que mantuvo en calma el frente oriental soviético hasta 1945 y empujó a Japón al choque con Estados Unidos. Por tanto, las acciones soviéticas del periodo fueron esenciales para la historia posterior del conjunto de la Segunda Guerra Mundial. [36]

En el Capítulo 3 , que abarca 1939-1941, la acción principal se traslada del este al oeste. Responde a la pregunta acerca del papel de los soviéticos en los compases inaugurales de la contienda europea. Fueron los años de la alianza con Alemania, cuando los soviéticos actuaron con agresividad en el este de Europa y no solo anexionaron tierras extranjeras, sino que también las sometieron a un terror totalitario a gran escala. La ambivalencia con la que muchos ven este periodo en la actualidad está arraigada en la experiencia de esos años, que fueron profundamente turbadores para muchos ciudadanos soviéticos. En las tierras fronterizas, se caracterizaron por la violencia y la conquista extranjera. Aunque también fueron tiempos inquietantes en la vieja Unión Soviética. ¿Cómo podía uno explicar una situación en la que un supuesto Estado antifascista, antiimperialista y socialista hacía causa común con los nazis y ocupaba tierras vecinas por la fuerza de las armas? Las tácticas estalinistas habían sido dictadas por el oportunismo: quería ganar tiempo, incrementar la extensión de su Estado y esperar que la situación fuera favorable. Como veremos, tal estrategia fracasó y la expansión hacia el oeste dejó a los soviéticos más vulnerables que antes de 1939. Es más, era difícil vender esta cínica *realpolitik* , por lo

que el liderazgo soviético tuvo que esforzarse por hallar una fórmula que explicase sus acciones no solo en el terreno internacional, sino también en el doméstico. La explicación final que se dio fue que la expansión soviética no era imperialismo, sino liberación nacional: liberaba a hermanos eslavos (ucranianos, bielorrusos) de la opresión polaca. Si bien esta lógica no podía argüir la anexión de los países bálticos o la agresión contra Finlandia, apuntaba a las pautas del futuro: el principio etnonacionalista constituyó un aspecto central en el futuro trazado de las fronteras de posguerra.

El Capítulo 4 se ocupa del primer periodo de la contienda germano-soviética, esto es, 1941-1942. Se pregunta qué causó la catástrofe y cómo se sobrevivió a ella. Como el propio Stalin reconoció en un momento de debilidad, el caos inicial fue culpa suya. Había debilitado al ejército en el Gran Terror; había apoyado y suministrado a los alemanes desde 1939; se había negado a creer que el ataque era inminente. Los preparativos bélicos fueron desbaratados y el sentimiento antisoviético generalizado de la población –causado por el terror contra sus propios habitantes, iniciado con la colectivización de 1929 y la ocupación terrorista de las fronteras occidentales en 1939– no contribuyó a preparar al país para su defensa. Y la respuesta inmediata de Stalin fue más terror, lo cual desestabilizó aún más la situación. Sin embargo, el dictador no se rindió, como tampoco lo hizo un núcleo de partidarios incondicionales procedentes de todos los territorios soviéticos. A pesar del desastre general y del completo caos, continuó habiendo una resistencia decidida. La táctica de algunos elementos del Ejército Rojo de contraatacar sin tregua aterraba a los soldados germanos. Además, como aceptan cada vez más historiadores, también quebró el esfuerzo bélico germano ya durante la primera mitad de la contienda: en las postrimerías de 1941, Hitler había perdido la guerra en el este, aunque todavía no lo sabía. [37]

Cómo fue posible esta notable recuperación se explora en el Capítulo 5 . En este se muestra que el régimen soviético experimentó un proceso dual de centralización (de toma de decisiones) y de descentralización (de su implementación). Mientras los individuos y sus familias sorteaban las grietas y fisuras del sistema de movilización, el Gobierno soviético se recuperó del *shock* de las primeras semanas, consolidó la estructura bélica y empezó a movilizar el país. El dictador representó un papel vital en este esfuerzo, como clave de vuelta de todo el sistema y como símbolo de un gabinete fuerte y decidido. Aunque no actuó solo. Su dictadura se tornó mucho más flexible de lo que lo había sido antes del ataque germano, lo cual permitió una

movilización masiva de recursos para la defensa. Las contradicciones de la guerra estalinista, sin embargo, también se anularon mutuamente.

En el aspecto positivo, el que Stalin evitase una contienda en dos frentes generó dividendos: oriente permaneció en calma y se pudo relocalizar allí industria y entrenar tropas para el combate en el oeste. Los líderes soviéticos habían ganado una valiosa experiencia en la gestión de crisis gracias a las perturbaciones internas que sus preparativos bélicos habían provocado desde el mismo año de 1929. Su habilidad para la resolución de problemas ayudó al «equipo» de Stalin durante el caos bélico. La industrialización a marchas forzadas para la creación de una industria pesada también dio sus frutos: los soviéticos superaron la producción del enemigo con cifras masivas de equipamiento estandarizado. Y la dictadura era lo bastante fuerte como para movilizar a la gran mayoría de la población para combatir o para trabajar por la victoria. En el aspecto negativo, no obstante, la pobre productividad de la agricultura soviética fue exacerbada por los efectos de la contienda, de modo que el hambre fue la compañera constante de la ciudadanía soviética durante la guerra. [38]

Los dos capítulos siguientes abordan la siguiente pregunta complementaria: ¿por qué la Unión Soviética ganó la guerra? El Capítulo 6 abarca los años 1943-1945, una época de triunfo contra la Alemania nazi primero y después contra Japón. Presenta argumentos que confirman la importancia capital del esfuerzo bélico soviético en la victoria en Europa y explora la importancia de la ayuda y del apoyo aliado en los éxitos soviéticos. También debate el papel menor que los soviéticos desempeñaron en la victoria en el enfrentamiento en Asia y vuelve a recordar al lector el papel de China a la hora de cubrir las espaldas de Stalin. Analiza los orígenes de la crisis alimentaria en tiempo de guerra y la importancia del trabajo forzoso en el esfuerzo bélico.

El Capítulo 7 pasa de la historia económica a la cultural. Nos muestra cómo y por qué una proporción creciente de ciudadanos soviéticos apoyó el esfuerzo bélico de Stalin contra Alemania. La represión, por sí sola, no ganó la contienda. Incluso durante los oscuros días de 1941, cuando Stalin optó por aumentar la represión para salvar el régimen, podía seguir contando con un núcleo de partidarios incondicionales en todos los niveles de la jerarquía política y social. En todas partes –desde las trincheras al Kremlin, desde las fábricas al aparato del Comité Central– había hombres y mujeres comprometidos con una ideología, que creían en la causa soviética y

también en el liderazgo del camarada Stalin. Estos fueron decisivos para organizar la resistencia al asalto nazi. A medida que transcurrió el tiempo, el grupo de partidarios fue creciendo. Venganza, patriotismo e ira por lo que los germanos habían provocado se combinaron con un creciente compromiso con los triunfos del Estado soviético y del Ejército Rojo contra la Wehrmacht. Con el paso del tiempo, el núcleo de partidarios siguió creciendo hasta abarcar sectores cada vez más grandes de la población. Cada vez eran más los ciudadanos soviéticos que consideraban que sus intereses coincidían con los del régimen. La excepción fueron las fronteras occidentales, donde la contienda asumió la forma de múltiples luchas civiles en el marco de la contienda convencional. [39]

El Capítulo 8 vuelve a esas tierras fronterizas y explora la contrainsurgencia en los territorios de reciente adquisición durante los años 1944-1949 antes de abordar la pacificación general de una sociedad marcada por la violencia bélica y desbordada por una terrible oleada criminal. Muestra las dificultades que experimentó el Estado soviético para restablecer su monopolio de la violencia, pero también cómo, en última instancia, logró culminar la misión con éxito. [40]

El capítulo final pasa a situar la Segunda Guerra Mundial en el contexto general de la historia soviética y postsoviética. Se pregunta qué impacto tuvo la contienda sobre la sociedad soviética y cómo es recordada en los Estados sucesores tras la ruptura de 1991. De este modo, vincula esta historia al presente, el cual continúa siendo definido por aquella. [41]

NOTAS

1 Stalin, I. V., 2002, 157-159, en particular 157 y 159.
2 Zeidler, M., 1996; Beevor, A., 2003; Kershaw, I., 2011.
3 Frank, R. B., 1999.
4 Edele, M., 2020, 1039-1062.
5 Edele, M., 2015c [DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199236701.013.028]. Acerca de la cifra de víctimas de la hambruna: Ellman, M., 2000, 603-630.
6 La producción historiográfica rusa más reciente en torno a la guerra es de calidad desigual. Entre las contribuciones más destacables tenemos las obras de Seniavskaia, E. S., 1995; Zolotarev, V. A. y Sevost'ianov, G. N. (eds.), 1998; Zima, V. F., 2000; Shoigu, S. K. (ed.), 2015; y Larionov, A. E., 2015. Malkov, P. V. (ed.), 2020, nos presenta estadísticas resumidas de una amplia gama de indicadores económicos y demográficos. Los siguientes proyectos combinan estudios de especialistas rusos y occidentales: Budnitskiiy, O. y Novikova, L.

(eds.), 2014; y Fieseler, B. y Markwick, R. D. (eds.), 2019.

7 Entrevista a Ten San Din (27 de febrero de 2015) [https://iremember.ru/memoirs/razvedchiki/ten-san-din/]. Reporte del comisario del Interior N. I. Ezhov (29 de octubre de 1937), en *Istoriia Stalinskogo Gulaga: Konets 1920-kh-pervaia polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh* [Historia del Gulag de Stalin: finales de 1920-primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], 2004-2005, vol. 5, 237.

8 Jlevniuk O., 2000, 159-169, en particular en pág. 168, apunta la relación entre las dos decisiones.

9 Entrevista a Petr Fedórovich Katasónov (13 de diciembre de 2013) [https://iremember.ru/memoirs/razvedchiki/ten-sandin/https://iremember.ru/memoirs/pulemetchiki/katasonov-petr-fedorovich/].

10 El argumento de que se inició en 1931 y en Asia es defendido por Paine, S. C. M., 2012. La idea de que empezó en 1939 es sostenida por Weinberg, G. L., 2005. Mawdsley, E., 2012 argumenta que empezó en 1941. Para una crítica del marco de análisis de la «Guerra de los 15 años», *vid* . Wilson, S., 2001, 155-164.

11 Pueden leerse dos resúmenes de esta historia en Harrison, M., 2004, vol. 4, 1683-1692 y en Edele, M., 2019b, 123-143.

12 Mawdsley, E., 2009, 7, argumenta por qué no debe iniciarse la historia de la Segunda Guerra Mundial ni con la invasión japonesa de Manchuria de 1931 ni con el ataque italiano contra Abisinia en 1935 ni con el estallido de la Guerra Civil española en 1936.

13 Los siguientes libros son buenas introducciones a la historia militar y económica: Barber, J. y Harrison, M., 1991; y Glantz, D. M. y House, J. M., 1995. Los estudios principales acerca de la historia sociocultural de los años de guerra son: Moskoff, W., 1990, recientemente superada por la obra de Goldman, W. Z. y Filtzer, D. (eds.), 2015; Thurston, R. W. y Bonwetsch, B. (eds.), 2000; Berkhoff, K. C., 2004; Filtzer, D., 2010; Kucherenko, O., 2011; Graffenried, J. de, 2014; Voisin, V., 2015; Kucherenko, O., 2016; Cerovic, M., 2018; y Schechter, B. M., 2019.

14 He trabajado en los siguientes archivos físicos: Archivo de la Federación Rusa (GARF), el Archivo estatal ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), el Archivo estatal ruso de Economía (RGAE) y el Archivo estatal ruso de Historia Contemporánea (RGANI), todos ellos en Moscú; el archivo KBG de Ucrania (GDA SBU) y el Archivo de Ucrania del antiguo Partido Comunista (TsDAGO), ambos en Kyiv; el Archivo Militar alemán (BA-MA) en Friburgo; los Archivos Nacionales de Estonia en Tallin (ERA) y Tartu (ERAF); los Archivos estatales de Letonia (LVA) en Riga; los Archivos del KBG de Lituania (LYA) en Vilna; el Archivo Bakhmeteff de la Universidad de Columbia; y el Museo memorial del Holocausto de Estados Unidos (USHMM) de Washington, DC. He accedido a documentos de archivo ubicados en múltiples lugares, algunos de ellos en línea. Por ejemplo, el Archivo de Stalin está disponible en RGASPI, pero desde mi traslado a la Universidad de Melbourne en 2017 pude utilizar su suscripción al Archivo Digital de Stalin [https://www.stalindigitalarchive.com/]. Algunos de los documentos del TsDAGO y GARF con los que trabajé primero en Kyiv los consulté más tarde en el USHMM con la copia que había adquirido este último. Ciertos fondos documentales seleccionados han sido publicados en [http://istmat.info] y en [http://sovdoc.rusarchives.ru/#main] (estos últimos solo pueden consultarse desde direcciones IP de Rusia).

15 Pueden consultarse entrevistas de la época en Hellbeck, J., 2015; y Zhuravlev, S. V. (ed.), 2017; hay transcripciones del Proyecto Harvard disponibles en línea en [https://library.harvard.edu/collections/hpsss/index.html]; la base de datos de historia oral reciente es [https://iremember.ru]. En cuanto a las memorias y diarios, véanse las notas del libro.

16 Las mejores biografías publicadas antes de la apertura de archivos y que incluyen los años de guerra son las de Deutscher, I., 1967; y Ulam, A. B., 1989. Las mejores obras basadas en las nuevas evidencias documentales son las de Volkogonov, D. A., 1991; y Khlevniuk, O. V., 2015. Para un debate acerca de la producción historiográfica general en torno a Stalin, véase también Edele, M., 2020b, capítulo 5.

17 Tenemos varios compendios de historia diplomática: Haslam, J., 1985; Pons, S., 2002; Roberts, G., 2006; Gellately, R., 2013; Rieber, A. J., 2015; y Naimark, N. M., 2019. Una historia militar sucinta de esta guerra es la de Mawdsley, E., 2016.

18 Edele, M., 2015, 17-40, en particular pág. 29; Krivosheev, G. F., 2001, 595.

19 «Spravka 1 spetsotdela MVD SSSR o kolichestvearestovannykh i osuzhdennykh v period 1921-1954 gg» [Certificado del 1.er Departamento Especial del Ministerio del Interior de la URSS acerca del número de arrestados y condenados en el periodo 1921-1954] (11 de diciembre de 1953), reimpreso en Kokuriny, A. I y Petrov, N. V. (eds.), 2000, 431-434, en particular pág. 433.

20 Gross, J. T., 2002. Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 187, 214, 595. La cifra de los que habían visto el mundo exterior es limitada. Solo comprendía a los efectivos que participaron en la operación contra Polonia de 1939 (466 516) y a los efectivos estacionados en los países bálticos hasta el 1 de enero de 1940 (58 055).

21 Davies, S., 1997, capítulo 5; Johnston, T., 2011, capítulo 1. Edele, M., 2015, 24 (números). Osokina, E., 1999, 206-213. Acerca del cambio a la defensa, *vid* . Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018, en especial el capítulo 9; y Gatrell, P. y Harrison, M., 1993, 424-452, en particular pág. 438. Acerca de la ley laboral, *vid* . Kragh, M., 2011, 1253-1273.

22 Harrison, M., 1994, 244-245; 256-260; Filtzer, D., 2015, 265-335. El mejor análisis de las cifras disponibles es el artículo de Ellman, M. y Maksudov, S., 1994, 671-680.

23 *Vid* ., por ejemplo, el reporte del interrogatorio a uno de ellos, acusado de tener demasiados tratos con la clandestinidad nacionalista: Archivo estatal de Letonia (LVA) f. PA-101, op. 9, d. 69, l. 147-49.

24 Statiev, A., 2010, 7 (número de efectivos del NKVD en la contrainsurgencia, 1945-1947), la cifra de pérdidas proviene de Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 594.

25 Statiev, A., *op. cit* ., 128.

26 Calculados con arreglo a los reportes mensuales de alto secreto del MGB correspondientes a 1948. Archivo del KGB de Lituania (LYA) f. K-41, op. 1, d. 278, ll. 35, 66, 71, 73, 75, 77, 79, 81, 84, 86, 154, 162.

27 Fitzpatrick, Sh., 1985, 129-156; Zubkova, E., 1998; Filtzer, D., 2002; Gorlizki, Y. y Khlevniuk, O., 2004; J. Fürst (ed.), 2006; Jones, J. W., 2008; Edele, M., 2008; Qualls, K., 2009; Fürst, J., 2010; Dale, R., 2015; Blackwell, M. J., 2016; Edele, M., 2019c, 780-798.

28 El artículo de Seth Bernstein expone todo lo que sabemos en la actualidad. *Vid* . Bernstein, S., 2018, 193-226.

29 Fitzpatrick, Sh., 1999; Boeckh, K., 2007; Mertelsmann, O., 2012; Liber, G. O., 2016.

30 Sutskov, N. P. *et al* ., 1985; Haslam, J., 1992; Slavinskii, B. N., 1995; Glantz, D. M., 2003; Holloway, D., 2007, 145-148; Gorbunov, E. A., 2010; Hasegawa, T., 2011, 245-271. Acerca de los efectivos desplegados, *vid* . Achkasov, V. I. (ed.), 1980, 184 (tabla 7).

31 Acerca del manifiesto, *vid* . Edele, M., 2014, 285-307. Existen diversos resúmenes: Gatrell, P. y Baron, N., 2009, 255-268; Gatrell, P., 2013. Además de las deportaciones, que son abordadas en el clásico compendio de Pohl, J. O., 1999, el fenómeno que ha recibido más atención son las evacuaciones. Con respecto a las obras más recientes, *vid* . Kovalchuk, V. M., 2000, 15-24; Snegireva, L. I., 2005; o Potemkina, M. N., 2006. Entre las obras en inglés tenemos Manley, R., 2009; Holmes, L. E., 2012; Belsky, N., 2014; Megowan, E. T., 2016; y Holmes, L. E., 2017. Un estudio pionero de la migración en un contexto soviético más general es el volumen de Siegelbaum, L. y Moch, L. P., 2014.

32 Entre las contribuciones más importantes a la historia multinacional de esta guerra tenemos los libros de Glantz, D. M., 2005, capítulo 13; y Carmack, R. J., 2019.

33 Overy, R., 1997; Weiner, A., 2000b, 305-336; Merridale, C., 2006.

34 Por ejemplo: Altman, I. y Terushkin, L., 2007; Budnitskii, O. V., 2009, 629-682; Chervinsky, J., Kreiswirth, A., Reines, L. y Gitelman, Z. (eds), 2011; Murav, H. y Estraikh, G. (eds.), 2014; Shneer, D., 2011; Edele, M., Fitzpatrick, Sh. y Grossmann, A. (eds.), 2017; Adler, E., 2020.

35 Khlevniuk, O. V., 1995; Mertelsmann, O. y Rahi-Tamm, A., 2009, 307-322, especialmente págs. 310, 312-313, 315; Shearer, D. R., 2009; Budnitskii, O. V., 2019, 447-480.

36 Alvin D. Coox nos descubrió el papel central de la contienda fronteriza de 1938-1939. *Vid* . Coox, A. D., 1985; y Goldman, S. D., 2013.

37 Stahel, D., 2009.

38 Para un conciso relato de los líderes soviéticos durante la contienda, *vid* . Fitzpatrick, Sh., 2015, capítulo 6. Viktor Cherepanov proporciona una relación más detallada en Cherepanov, V., 2006.

39 La cuestión de la lealtad lleva ocupando desde hace décadas a los historiadores del estalinismo y, en fechas recientes, ha pasado al primer plano del debate, tanto para la década de 1930 como durante los años de contienda. Para un debate en torno a los años treinta del siglo XX, *vid* . Chatterjee, Ch. y Petrone, K., 2008, 967-986. Para los años de contienda, *vid* . Edele, M., 2013b, 248-268. Las contribuciones más recientes son Edele, M., 2017; y Enstad, J. D., 2018.

40 Rieber, A. J., 2003, 129-162.

41 Lovell, S., 2010.

CAPÍTULO 1

Preparativos bélicos

EXPECTATIVAS SOMBRÍAS

«¿Acaso queréis que nuestra patria socialista sea derrotada y pierda su independencia?». Stalin, en su discurso ante una asamblea de directores fabriles en 1931, estaba mostrando su registro más retórico. [1] El dictador planteó esta cuestión en un momento en que su estrategia de preparativos bélicos estaba dando resultados caóticos, catastróficos incluso. Había habido éxitos, esto era indudable. La doble decisión de emprender la industrialización acelerada y ordenar a los campesinos que se incorporasen a las granjas colectivas –la primera «revolución desde arriba» de Stalin– había duplicado con creces el empleo y la producción industrial neta entre 1928 y 1932. Sin embargo, el precio de tal revolución industrial fue el desplome del nivel de vida y la resistencia de los trabajadores, que tuvo que ser reprimida. El consumo calórico declinó entre un 20 y un 30 por ciento: hasta bastante después de la muerte de Stalin los trabajadores soviéticos no volvieron a comer tan bien como en 1928. Se vivía en condiciones de hacinamiento e incomodidad. Los más afortunados residían en apartamentos comunales, con una familia por habitación y cocina y baño compartido, en caso de que lo hubiera. Otros vivían en barracones, en tiendas de campaña, en refugios improvisados o en chabolas hechas de cualquier material disponible. Los obreros se quejaban de su dura existencia: ¿de verdad esto era el socialismo? [2]

Pero si la vida en las ciudades era lóbrega, una catástrofe se cernía sobre el campo. Stalin todavía no lo sabía, pero se estaba gestando una hambruna de enormes proporciones que mataría a millones de personas en 1932-1933, en particular en Ucrania, el norte del Cáucaso y Kazajistán. El hambre fue consecuencia directa de las políticas agrarias de Stalin, en particular la requisa constante de grano para pagar la industrialización y ganado con el que alimentar a las

ciudades. El Gobierno pronto descubrió lo que estaba ocurriendo, pero el dictador rehusó actuar de forma decisiva, ya fuera porque no creía que la situación fuese tan precaria como desprendían los informes, o porque estaba dispuesto a sacrificar campesinos ucranianos y nómadas kazajos por el bien de su socialismo. [3]

Este era el contexto de crisis social, económica y política en el que Stalin defendía su modelo de desarrollismo de choque. Rusia, afirmó, siempre había sido derrotada por las potencias extranjeras, debido al atraso cultural, tecnológico y militar del país. De sus palabras se deducía que la Unión Soviética era el sucesor del Imperio ruso y, por tanto, estaba sujeta a las mismas leyes geopolíticas: debía superar su atraso o perecer. El que el imperio rojo fuera el único país socialista, una isla en el mar de capitalismo, y, para aquellos que creían en las doctrinas del marxismo-leninismo, la única esperanza de un futuro mejor para la humanidad, solo contribuía a hacer más diáfana esta disyuntiva: Stalin insistía en que habría una conflagración. Marx, Engels y Lenin habían dictaminado que el capitalismo conduce a la guerra de forma ineluctable. Tal y como sermoneó en 1929 a un corresponsal extranjero apenas un mes después del crac bursátil que inauguró la Gran Depresión del mundo capitalista, no estaba claro «cuándo, dónde y con qué pretexto» empezaría la guerra. Pero que esta vendría, estaba fuera de toda duda. «Es inevitable –explicó el dictador en su visión del mundo– que el intento de las potencias más fuertes de superar la crisis económica les llevará a aplastar a sus rivales más débiles». En última instancia, esta dinámica solo podía tener un resultado: «las potencias gigantes deberán combatir entre ellas por los mercados». El orden de entreguerras, instituido con el Tratado de paz de Versalles de 1919, estaba condenado a romperse, explicó el dictador. Europa era un campo armado. [4] La Unión Soviética debía estar preparada. Un país de campesinos con una agricultura atrasada volvería a perder, como le había ocurrido a Rusia en la Primera Guerra Mundial. Tenían la misión de transformarla en una máquina bélica industrializada capaz de ganar contiendas modernas.

Las predicciones de Stalin acerca de un conflicto inminente eran correctas. Pero ¿lo era la estrategia de respuesta que había diseñado? ¿Estaba la Unión Soviética preparada cuando estalló la contienda, primero en Asia en 1937 y luego en Europa en 1939? No hay una respuesta categórica a esta pregunta.

EL DICTADOR Y SU PAÍS

En 1931, Stalin no podía saber qué resultado darían sus medidas. Pero lo que sí sabía era adónde se dirigía. También sabía de dónde venía. La Unión Soviética había surgido de la Primera Guerra Mundial y de su violento epílogo en el este de Europa. Derrotado en la guerra, sacudido por perturbaciones políticas y sociales, el imperio zarista se había quebrado en un mosaico de nuevos Estados, la mayoría de ellos apenas capaces de restablecer la función de gobernanza más básica: monopolizar los medios de violencia. Los bolcheviques de Lenin, entre los que se contaba Stalin, estuvieron a la altura de la misión. Tenían el control del corazón de Rusia, la región de Moscú, donde instauraron el núcleo central de su nuevo Estado. Los bolcheviques demostraron ser los más aptos para volver a ensamblar el imperio fracturado y derrotado… un hecho paradójico, dada su ideología antiimperialista. En 1920 y 1921, el Ejército Rojo reconquistó la mayor parte de los territorios zaristas. Solo Polonia, Finlandia y las tres repúblicas bálticas (Letonia, Lituania y Estonia), conservaron, por el momento, su independencia. [5]

El Estado que edificaron abarcaba buena parte del mismo territorio que el del predecesor zarista. Sin embargo, se trataba de una entidad completamente diferente: era una dictadura, pero de un nuevo tipo. Dado que los bolcheviques contaban con escasos cuadros técnicos –burócratas, doctores, ingenieros, estadísticos, mandos militares, etc.– necesitaron reclutar a buena parte de la vieja élite. Estos, por descontado, no eran de fiar, por lo que fue necesario el establecimiento de ciertos mecanismos de vigilancia. Parte de la respuesta fue la policía secreta. Sin embargo, esta situación también requería un liderazgo político de los «especialistas burgueses», como los denominaba Lenin. La respuesta a este problema se convirtió en un rasgo central de los Estados leninistas: la dualidad de las administraciones del partido y del Estado. Con el fin de vigilar el Estado, gestionado por personal especializado considerado hostil, se creó una jerarquía paralela de cargos del Partido Comunista, que supervisaría el trabajo de los tecnócratas.

Los hombres de Lenin habían logrado recomponer el imperio, pero ahora controlaban un país hambriento. La clase obrera, en cuyo nombre gobernaban estos revolucionarios marxistas, había desaparecido casi por completo en la vorágine de guerra, revolución y contiendas civiles. Lo que quedaba de la industria zarista –que en un tiempo había crecido a un ritmo superior al de ninguna otra– producía una miseria. La producción industrial neta, que en 1913 había sido de 8431 millones de rublos y que, a consecuencia del *boom* armamentista

bélico, había crecido hasta los 9220 millones en 1916, hacia 1920 había colapsado, con tan solo 1718 millones de rublos. El régimen, popular en 1917-1918 por poner fin a la guerra y dar tierras a los campesinos, se enfrentaba a la agitación política: en 1920-1921 los trabajadores estaban en huelga, los campesinos se rebelaban y los marinos revolucionarios exigían el fin de la dictadura bolchevique. Lenin respondió con una doble política: los alzamientos fueron reprimidos con brutalidad desenfrenada; se hicieron concesiones económicas para reducir el descontento. [6]

El resultado de esto fue la Nueva Política Económica (NEP, 1921-1927), una solución de compromiso. Esta combinaba gobierno dictatorial, economía de Estado planificada y un emergente sector privado gobernado por las fuerzas del mercado. Este arreglo estaba sentenciado por una compleja combinación de razones. Sufría de contradicciones económicas y era impopular entre la militancia del Partido Comunista, muchos de los cuales se sentían irritados por haber derramado su sangre proletaria durante la Guerra Civil para que ahora cosechasen los beneficios los pequeñoburgueses y los avaros campesinos. La NEP también dependía de créditos extranjeros y acceso a los mercados mundiales (en particular de grano) lo cual resultó problemático a causa del deterioro de la economía global que culminó en el crac bursátil de 1929. Además, para que la NEP funcionase a medio plazo era necesaria una gestión económica ponderada justo cuando los lugartenientes de Lenin estaban enzarzados en una violenta pugna sucesoria tras la muerte prematura del líder en 1924. Finalmente, la NEP solo permitía un crecimiento económico relativamente modesto en un momento en que el atraso soviético en relación con el mundo capitalista amenazaba con destruir al primero. Aunque a finales de la década de 1920 la NEP había llevado la mayoría de indicadores a niveles de preguerra, no dejaba de ser un retorno al mismo rendimiento económico con el que el Imperio ruso había perdido la Primera Guerra Mundial una década antes. Esta normalización se centró en bienes de consumo, no en la industria pesada con la que formar la base de una moderna economía de guerra. «Estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados –afirmó Stalin en 1931–. Debemos recuperar esa distancia en diez años. O lo hacemos, o perecemos». [7]

Así pues, Stalin fue el sepulturero de la NEP. Una vez que la enterró, se convirtió en uno de los dictadores más feroces del siglo XX, pero también en el hombre que dirigió con puño de hierro la Segunda Guerra Mundial soviética. Stalin había sido uno de los pocos plebeyos

en un partido bolchevique prerrevolucionario dominado por intelectuales. Mientras Lenin se recuperaba en Suiza de sus migrañas, él había permanecido en el país y había trabajado en la clandestinidad. Antes de la revolución, Stalin había demostrado ser un político práctico y, tras la toma del poder de los bolcheviques, dio pruebas de sus capacidades con su dictadura terrorista de Tsaritsin, la ciudad que fue renombrada Stalingrado en su honor. Como comisario (ministro) de Nacionalidades, gestionó la cuestión nacional en el multiétnico imperio soviético. En 1922, Lenin le nombró secretario general del Partido Bolchevique, el cargo más poderoso de la dictadura soviética excepto el del propio Lenin. Tras la muerte de su maestro, Stalin demostró más destreza para la pugna sucesoria que sus competidores más sofisticados. Ya en el poder, en 1928, heredó un sistema económico en crisis profunda y un país que se exponía a combatir guerras contra Japón en oriente, contra Polonia o Alemania en el oeste y contra Finlandia en el norte. Sin una industria moderna, era improbable que pudiera imponerse ante semejante escenario.

LA ESTRATEGIA DE STALIN

Para hacer frente a este problema, Stalin desarrolló una estrategia basada en tres pilares. Primero, el Estado fomentaría una industrialización de choque, compraría equipamiento avanzado a los capitalistas extranjeros y emplearía especialistas foráneos para instalar dicha tecnología y formar a la fuerza de trabajo nacional. Segundo, con objeto de pagar esta inversión masiva en industria pesada, sería necesario someter al campesinado. La población agrícola, obligada a incorporarse a las granjas colectivas, perdió el control sobre su trabajo y sobre los frutos de este y quedó sometida a recolecciones arbitrarias de grano. Tercero, se formaría a una nueva élite de orígenes proletarios que debería reemplazar a los tibios intelectuales vinculados al viejo régimen.

En conjunto, estas tres ambiciosas medidas conformaron la primera revolución desde arriba de Stalin: la revolución industrial del primer plan quinquenal, la revolución agraria de la colectivización y la revolución cultural de reemplazar la vieja élite mediante la formación de su reemplazo. Las medidas edificaron los pilares básicos del Estado bélico que venció en la Segunda Guerra Mundial: una población sometida, un aparato policial en expansión, una economía centralizada, una maquinaria propagandista que trataba de impulsar al conjunto de la población hacia los objetivos del régimen y un grupo

de beneficiarios: cuadros jóvenes que le debían su ascenso social al camarada Stalin y al socialismo. Junto con los comunistas de la siguiente generación, más jóvenes y sometidos a un adoctrinamiento completo, estos formaron el «núcleo» de los combatientes soviéticos de la Segunda Guerra Mundial. Unos militantes que apostaron por el sistema estalinista e hicieron suyos los objetivos del socialismo. Lejos de ser autómatas a los que se les había lavado el cerebro, eran actores creativos, empeñados en un proceso constante de autoadoctrinamiento. Se consideraban a sí mismos combatientes en una contienda global por un mundo mejor, eran disciplinados, aplicados y comprometidos con la causa… unas características que les resultaron de mucha utilidad en la inminente conflagración. [8]

Un aspecto crucial de la revolución de Stalin fue que esta preservó el rasgo central de la dualidad de los aparatos del Estado y del partido, que, en origen, había sido desarrollado para controlar un Estado gestionado por cuadros no leales al régimen. En un ejemplo de preservación de estructuras que habían sobrevivido a su justificación original, la dualidad partido-Estado siguió siendo una característica fundamental del régimen soviético. Como veremos en capítulos siguientes, hasta 1941, Stalin, desde un punto de vista técnico, no dirigió en absoluto la jerarquía estatal: solo era el secretario general del Partido Comunista y nada más que eso. Algo que cambió con posterioridad. Desde el verano de 1941, Stalin se convirtió en el jefe de ambas jerarquías, el dirigente supremo responsable de todo.

No obstante, en el momento en que Stalin leyó el discurso en el que afirmaba que Rusia había sido derrotada una y otra vez a causa de su retraso, su revolución desde arriba estaba incompleta. Sí, se habían formado nuevos cuadros, pero la mayoría de las palancas de poder del Partido Bolchevique, del aparato del Estado y la gestión económica seguían estando en manos de especialistas prerrevolucionarios o de viejos bolcheviques, leales al partido de Lenin, pero no necesariamente afectos al liderazgo de Stalin. Desde el punto de vista de este, la situación era peligrosa: en caso de guerra, las élites de dudosa lealtad podrían incitar a una revolución, como ya habían hecho en 1917. De hecho, si entonces la revolución había sido en contra del zarismo, el capitalismo y la guerra imperialista, la siguiente sería contra el único bastión del socialismo, la única y exclusiva alternativa radical al capitalismo, el cual, según la visión marxista de Stalin, era culpable de la explotación y también de las guerras. No podían correr ese riesgo. Era necesario adoptar medidas extremas. [9]

EL GRAN TERROR

El 1 de diciembre de 1934 Stalin consiguió su pretexto para lanzar su segunda revolución desde arriba. Ese día, un desequilibrado abatió a tiros al jefe del partido en Leningrado. De inmediato, Stalin se hizo cargo de la investigación del asesinato del camarada, que aprovechó para «desenmascarar» a todo tipo de «enemigos» en las filas del partido. Algunas de las víctimas de la incipiente Gran Purga eran verdaderos opositores, pero muchos más eran leales estalinistas a los que arrancaron sus confesiones a golpes. Cada arresto desencadenaba nuevas detenciones, pues los acusados eran obligados a señalar a supuestos colaboradores. La purga se inició en los aparatos estatales y del partido, aunque pronto se extendió al Ejército Rojo, que fue defenestrado. De un total de cinco mariscales, tres no vieron el fin de la década. Entre 1936 y 1941 fueron fusilados más jefes de ejército que los que habían ostentado estos cargos al inicio del periodo: el terror fue devorando a sus sustitutos. Otros muchos cuadros especializados salvaron la vida, aunque sus carreras fueron destruidas. En los grados inferiores del escalafón el impacto fue menos espectacular y las rehabilitaciones redujeron la cifra total de víctimas a un 8 por ciento del cuerpo de oficiales en 1937 y a un 4 por ciento en 1938. Sin embargo, la purga solo se convirtió en el Gran Terror cuando afectó a todo el conjunto de la población, con las «operaciones en masa» de 1937 y 1938. En suma, en estos dos años, fueron arrestados cerca de 1,6 millones de personas, de las cuales perecieron ejecutadas la sobrecogedora cifra de 681 692. Muchos otras murieron bajo arresto, víctimas de torturas, malnutrición, agotamiento, enfermedades o accidentes, lo cual elevó la mortandad de esos dos años sangrientos hasta quizá el millón y medio. [10]

Para Stalin, este derramamiento de sangre constituía un elemento esencial de los preparativos bélicos. Los saboteadores, dijo en 1937 al Comité Central, estaban por todas partes, dispuestos a «hacer su trabajo de sabotaje […] en el periodo inmediatamente precedente a la guerra, o durante la propia contienda». [11] Cuanto más profundizaba su policía en las redes personales del partido, más conspiraciones creían descubrir. Cuanto más sabían de las opiniones de la población, espiada sin descanso por agentes de policía y miembros del partido, más aislado se sentía. El debate público acerca de la nueva constitución, la promesa de elecciones más abiertas y el censo poblacional revelaron una hostilidad generalizada a su modelo de socialismo. Ante la amenaza inminente de Japón en oriente y una Alemania nazi en

proceso de militarización en el oeste, era evidente que no sería suficiente purgar Estado, partido y ejército de enemigos ocultos. Los antiguos campesinos acomodados, los «kulaks» cuyas propiedades habían sido confiscadas y que habían combatido contra los bolcheviques durante la Guerra Civil, junto con oficiales y funcionarios del antiguo régimen, miembros de los partidos rivales socialistas y no socialistas, sacerdotes, criminales comunes, «elementos antisoviéticos», polacos, alemanes, fineses, letones, chinos, coreanos y otras nacionalidades de la diáspora; todos ellos también cayeron víctimas del terror. [12]

¿PREPARÓ EL ESTALINISMO A LA UNIÓN SOVIÉTICA PARA LA GUERRA?

Cuando Stalin detuvo el baño de sangre en noviembre de 1938, había logrado su objetivo: ya no quedaba oposición alguna ni en su imperio ni en su partido. Incluso sus más íntimos colaboradores del Politburó estaban tan aterrorizados que nadie osaba contradecirle. Fue en ese intervalo, entre 1938 y la invasión alemana del verano de 1941, cuando Stalin fue lo más parecido a un dirigente totalitario de lo que nunca llegó a ser. Y fue entonces cuando se embarcó en las aventuras de política exterior que exploraremos en el Capítulo 3 : al hacer causa común con Hitler, consiguió recuperar las antiguas tierras de los Románov, que habían logrado resistir el avance del Ejército Rojo en 1918-1921. Una vez consolidado su poder interno, Stalin estaba preparado para exportar su revolución. Las decisiones de política exterior de 1939-1941, que a muchos coetáneos les resultaban como mínimo incomprensibles, cuando no escandalosas, ya no eran tomadas por un liderazgo colectivo. Estas nacían de la idiosincrasia de Stalin, a la cual ya no refrenaba un aparato independiente o un equipo dirigente fuerte. Stalin podía ahora acometer sus empresas de política exterior porque su dominio sobre la Unión Soviética y la preparación bélica del país parecían garantizados.

Mas ¿realmente lo estaba? ¿De verdad las dos revoluciones desde arriba de Stalin habían creado un Estado bélico totalitario, presto para la guerra moderna? Dar respuesta a esta pregunta requiere aclarar primero qué se entiende cuando se afirma que un país está «preparado para la guerra». Los historiadores militares diferencian entre la capacidad de combatir y hacerlo de forma continuada («efectividad militar») y de la forma menos costosa, esto es, con «eficiencia». La historia económica y cultural ensancha nuestra visión al incluir los

factores económicos y culturales. Este amplio marco de fondo nos permitirá evaluar el grado de preparación de los soviéticos para la contienda cuando estalló en China en 1937, en Europa en 1939 y en el corazón de la URSS en 1941.

PREPARACIÓN MILITAR

En cierto sentido, ya sabemos la respuesta: al fin y al cabo, los soviéticos ganaron. Se impusieron a los nipones en el lago Jasán (29 de julio-11 de agosto de 1938) y en Jaljin Gol (11 de mayo-16 de septiembre 1939), derrotaron al Ejército polaco (17 de septiembre-6 de octubre de 1939), a los finlandeses (30 de noviembre de 1939-13 de marzo de 1940), a los iraníes (25-28 de agosto de 1941) y vencieron a los alemanes (22 de junio de 1941-9 de mayo de 1945) y a los japoneses (9 de agosto-2 de septiembre de 1945). Por tanto, es evidente que los soviéticos tenían «efectividad militar».

Sin embargo, no eran eficientes. La acción del lago Jasán fue una masacre de infantería soviética en la que se impusieron a base de superioridad numérica. Jaljin Gol, otra campaña limitada, fue una combinación de guerra muy moderna con los métodos, típicamente soviéticos, de amenazas y ejecuciones para motivar a la tropa, como veremos en el Capítulo 2 . La operación polaca que describiremos en el Capítulo 3 costó 1475 muertos y 2383 heridos contra un adversario desbordado y ya derrotado por la maquinaria bélica nazi que le había invadido por el oeste y que además libraba una contienda civil contra insurgentes locales. En el enfrentamiento contra Finlandia pereció una cantidad sobrecogedora de soldados del Ejército Rojo, 126 875, además de acumular 264 908 heridos, congelados o enfermos. La catástrofe del primer año de la guerra germano-soviética se describe con detalle en el Capítulo 4 ; el Ejército iraní, que también se vio inmerso en una campaña en dos frentes (contra los soviéticos en el norte y contra los británicos en el sur) se desmoronó casi de inmediato, con lo que las bajas soviéticas apenas sumaron 15 muertos, la mayoría ahogados, y 18 heridos. Durante la guerra contra Alemania, los soviéticos siempre perdían más hombres que el enemigo, con una ratio que descendió de un catastrófico 10:1 en 1941 a 3:1 en 1943; la campaña de Manchuria del verano de 1945, emprendida contra las fuerzas relativamente débiles de un imperio en descomposición, costó 6729 muertos en China y 528 en Corea del Norte. [13]

Por tanto, en términos castrenses, los soviéticos eran efectivos sin

ser particularmente eficientes. Esta caracterización también es aplicable a todos los aspectos de la participación de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. En términos estrictamente militares, son dos los aspectos de particular importancia: la preparación tecnológica, doctrinal e institucional del Ejército Rojo para una contienda relativamente moderna y el nivel de entrenamiento marcial del conjunto de la población.

Con frecuencia, se pasa por alto esto último, pues el discurso oficial daba amplia repercusión a logros de relativa modestia. Sin embargo, cuando los alemanes atacaron y hubo que movilizar a un elevado número de civiles, los militares se enfrentaron a una gran falta de preparación. «La aplastante mayoría de los soldados carecen de entrenamiento militar moderno. No saben utilizar sus fusiles –escribió un profesor que servía con campesinos en una compañía de fusileros recién creada en octubre de 1941–. No he disparado nunca, no conozco mi arma y espero que nos den la oportunidad de prepararnos un poco, aunque sea rápido». Los soldados eran asignados a servir ametralladoras que no habían visto nunca, y aun menos utilizado antes, como recordó un veterano: «Aquí, camaradas –se les instruyó–, tenemos la ametralladora más nueva […] son necesarias cuatro personas para operarla […] para hacer fuego, tenéis que apretar esto, apretar esto, tirar de aquí, insertar esto y disparáis. ¿Entendido?». La tropa gritaba al unísono «¡entendido!», pero la realidad era que «nadie comprendió absolutamente nada. Y con semejante conocimiento de la ametralladora marchamos al frente, donde de inmediato empezaron a dispararnos». Incluso los oficiales, tanto en la guerra de Finlandia como después, en la Gran Guerra Patriótica, no siempre sabían leer un mapa o emplear una brújula y, en muchas ocasiones, la tropa no estaba ni alfabetizada. Los oficiales, en particular los de grados inferiores, jefes de unidades pequeñas, escasearon durante todo el conflicto. [14]

Estas deficiencias eran rematadas por una falta grave y continuada de material, en particular transporte motorizado, pero también armas automáticas, por no mencionar equipos de transmisiones. Las impresionantes estadísticas de producción que estudiaremos en el Capítulo 5 deben verse dentro de un contexto de bajas extremadamente elevadas y de expansión en masa del Ejército Rojo. En consecuencia, el fusil continuó siendo el arma estándar de la infantería y botas y caballos su medio de transporte básico. Así, por citar un ejemplo muy tardío, cuando los soviéticos iniciaron su asalto contra Japón, el 9 de agosto de 1945, disponían de más caballos que

coches y de más soldados que armas de fuego individuales (fusiles y subfusiles). [15]

Esta modernización parcial del Ejército contrastaba de forma muy marcada no solo con los Ejércitos británicos y estadounidenses, completamente mecanizados, sino también con la doctrina soviética de batalla en profundidad. Este equivalente soviético de la *Blitzkrieg* preveía interacciones complejas entre armas de elevada movilidad. Dada la falta de preparación, armamentos y transporte motorizado, ¿cómo podía hacerse realidad esta visión? El mando soviético resolvió el dilema mediante la creación de un sistema doble. Por un lado, había tropas de élite, quizá un 20 por ciento del total, bien encuadradas, entrenadas, comandadas y aprovisionadas. Tenían un nivel muy elevado de cohesión y contaban con numerosos miembros del Partido Comunista y del Komsomol, así como compromiso ideológico. Solían ser más jóvenes que la infantería regular. Estas unidades de choque formaban la vanguardia móvil de las operaciones en profundidad, que, tras un primer ensayo en Jaljin Gol en 1939, hacia 1942-1943 se habían convertido en el modelo operativo estándar del Ejército Rojo. El resto de las unidades les seguía a distancia, a pie. A los infantes soviéticos les apoyaba el transporte hipomóvil, un elemento esencial de su movilidad desde el combate del lago Jasán de 1938 hasta la campaña de Manchuria de 1945. El combate de la infantería regular era menos complejo que el de sus homólogos de élite y se basaba en una masiva preparación artillera (ejecutada por otra arma de élite del ejército) seguido de un asalto frontal de los infantes, que encajaban graves bajas. [16]

En definitiva, la preparación militar era dispar. También fue algo discontinua, pues la experiencia de la Guerra Civil española (1936-1939) los llevó a extraer conclusiones erróneas en torno a la guerra de blindados, las Grandes Purgas eliminaron a muchos de los oficiales más emprendedores y preparados y la campaña finlandesa suscitó una atención equivocada a la guerra de sitio. Por tanto, el Ejército Rojo estaba poco preparado para la guerra a principios de la década de 1930; había hecho grandes avances hacia 1937, pero estos habían quedado parcialmente deshechos hacia 1940. A partir de 1940, se emprendió una reorganización masiva y cierta reorientación, aunque esta estaba inconclusa en el momento de la embestida germana. [17]

El caso de la guerra de montaña es aplicable a todos los preparativos bélicos soviéticos: hubo una pauta de progreso durante la primera mitad de los años treinta del siglo XX, seguida de la

destrucción de muchos de estos logros durante la segunda mitad de la década. Hasta 1937 se dieron importantes avances: se entrenó a un alto número de montañeros y se trazaron planes para emplearlos en caso de conflagración. Los escaladores soviéticos estaban a la altura de sus homólogos europeos; como indicó su historiador: «En 1937, la Unión Soviética contaba con más hombres que habían ascendido a cimas de más de 7000 metros que ningún otro país». Pero entonces llegó el Terror. Los militares que habían abogado por la creación de tropas especializadas de montaña perecieron, la red de campamentos alpinistas para civiles fue desmantelada y algunos de los más destacados montañeros fusilados por fascistas y terroristas. Cuando dio inicio la batalla por el Cáucaso, en 1942, los efectivos soviéticos no sabían hacer un nudo, ni esquiar, ni evitar aludes o utilizar crampones. Eran tropas regulares sin equipamiento de escalada o ni siquiera calzado adecuado, que se enfrentaron a algunas de las unidades de montaña mejor entrenadas y equipadas del mundo. Los resultados fueron predecibles. [18]

La guerra irregular experimentó una situación similar. Los soviéticos habían preparado guerrillas (o «partisanos», como los denominaban) en caso de ocupación extranjera. A principios de la década de 1930, el Ejército estableció escuelas especiales de partisanos, cuyos estudiantes participaban en las maniobras del ejército regular. Las fuerzas de seguridad también formaron pelotones especiales. Se prepararon depósitos de armas en las regiones susceptibles de ocupación enemiga: Ucrania, Bielorrusia o la región de Leningrado. Sin embargo, a mediados de la década, este programa partisano «impresionante, aunque limitado» quedó en entredicho. La nueva doctrina militar preveía que todo ataque debía ser rechazado en la frontera para luego pasar a la ofensiva y destruir con rapidez al enemigo en su propio territorio. Por tanto, no habría ocupación extranjera; en consecuencia, no era necesario prepararse para la guerra de guerrillas. Así, los partidarios de preparar semejante eventualidad eran o derrotistas o, más probablemente, enemigos (¿para qué ocultaban todas esas armas?). El programa fue desmantelado y muchos de los defensores de la guerra partisana más notables, así como el cuerpo de instructores al completo, fueron arrestados y ejecutados durante el Gran Terror. Cuando llegó el momento de librar una guerra partisana, en el verano y otoño de 1941, nadie estaba preparado. [19]

PREPARACIÓN ECONÓMICA

Sin embargo, tal y como comprendió el propio Stalin, en la guerra industrializada de masas –el tipo de contienda que se libró entre 1914 y 1945– la eficiencia militar era una cuestión secundaria. Lo que contaba era el número: cuántos hombres, máquinas y cañones podía alinear un país y a qué ritmo podía reemplazar las pérdidas. La efectividad militar, por tanto, dependía del sistema económico.

¿Qué es lo que hace que la economía de una sociedad esté preparada para la guerra total? Primero, la economía debe ser capaz de producir y distribuir comida suficiente para alimentar al Ejército y a la fuerza de obreros industriales y, por ello, garantizar la base más elemental para el sostenimiento del esfuerzo bélico. Segundo, el sistema industrial ha de ser capaz de producir las armas necesarias para ganar la guerra. Los soviéticos lograron ambas cosas, si bien a un coste increíble, un rendimiento muy deficiente en comparación al de los Estados bélicos democráticos como Gran Bretaña o Estados Unidos durante ese mismo periodo. [20]

Los años treinta del siglo XX fueron un ciclo de expansión masiva del gasto militar, tanto en términos de producción de armamentos y municiones como de inversión en infraestructuras. La tasa de crecimiento fue asombrosa. En 1930, la producción de defensa era el 2,6 por ciento de toda la industria; hacia 1940, el porcentaje había crecido hasta el 22,5 por ciento. [21] Incluso en un contexto de crecimiento general de la industria, la inversión en armamento fue cuantiosa, tal y como han señalado los historiadores de la economía: «Entre 1932 y 1937 el presupuesto de defensa aumentó en un 340 %». Si los gastos de defensa de 1929/1930 sumaron 1046 millones de rublos, o cerca del 8 por ciento del presupuesto estatal, hacia 1932 estos se habían disparado a los 4034 millones de rublos, cerca del 11 por ciento del presupuesto. En los años siguientes, las cifras, tanto absolutas como relativas, se mantuvieron dentro de esta horquilla, hasta 1936, año en el que el desembolso militar se elevó hasta los 14 858 millones de rublos, el 16 por ciento del presupuesto. El siguiente cambio relevante llegó en 1939, cuando se gastaron 39 200 millones de rublos, más de una cuarta parte del presupuesto; seguido de un tercio, o 56 752 millones de rublos, durante el año siguiente. Hacia 1940, el gasto militar consumía cerca de un tercio del presupuesto del Estado: más dinero «que todo el presupuesto estatal de 1934». [22]

Así pues, la capacidad de producir armamentos creció a pasos agigantados. Cuando Stalin tomó las riendas del Estado soviético, a finales de la década de 1920, el país poseía 45 factorías e instalaciones de investigación de defensa. A finales de 1936, esa cifra había crecido

hasta 183 y llegó a 218 en 1939. [23] La producción anual de aeroplanos había pasado de 869 en 1930-1931 a 3758 en 1935-1937. Las cifras equivalentes para carros de combate eran de 740 y 3139; para piezas de artillería, 1911 y 5020; para fusiles, 174 000 y 397 000. En 1936, la Fuerza Aérea Roja disponía de más aviones que la suma de Alemania y Japón. En 1937, las fuerzas armadas soviéticas habían alcanzado 1,4 millones de hombres y la Unión Soviética de Stalin se había convertido «en la primera potencia militar del mundo». [24] Este aumento de capacidades militares explica el notable cambio de actitud de Stalin con respecto a Japón. Si en la primera mitad de la década de 1930 había hecho todo lo posible por evitar el conflicto, en 1938 y 1939 lo encaró y combatió en el lago Jasán y en Jaljin Gol, puesto que ahora se lo podía permitir (*vid* . Capítulo 2).

Por otra parte, estas cifras impresionantes ocultaban una ineficiencia extrema. La producción industrial soviética generaba una cantidad increíble de desperdicio. La obligatoriedad de cumplir los planes provocaba, por un lado, el acopio de materiales y, por otro, la práctica del «asalto»* al final del ciclo del plan. Ambos usos generaban escasez: las fábricas acumulaban gran cantidad de material en preparación del esprint final de la fase de planificación, en *stocks* que eran invisibles para los planificadores. Estos materiales no estaban a disposición de otras fábricas y solo podían obtenerse mediante negociaciones informales que requerían tiempo, de los denominados «conseguidores» (*tolkachi*). Este acelerón final, a su vez, producía muchos productos de pésima calidad, que tenían que ser descartados, lo cual hacía que escasearan aún más. Los lugartenientes de Stalin y todo un ejército de delegados especiales pasaron la mayor parte de la guerra tratando de solucionar el problema de la falta de material, lo cual, como no podía ser de otra manera, solo tornaba el proceso todavía más caótico e improvisado: si un cuello de botella en una parte de la economía se solucionaba con medidas improvisadas de un emisario de Moscú, el arreglo creaba escasez en otros lugares. [25]

Es más, toda la estrategia de los años de preguerra se basó en la premisa de acumular enormes cantidades de armas, lo cual hacía inevitable que quedasen obsoletas. «En cierto sentido –escribió el autor de un estudio histórico pionero de la militarización de la Unión Soviética durante los años de entreguerras–, la Unión Soviética se rearmó para la Segunda Guerra Mundial seis o siete años demasiado pronto. Al producir tanto armamento entre inicios y mediados de los años treinta, la Unión Soviética empezó la Gran Guerra Patriótica lastrada por decenas de miles de carros y aviones obsoletos». Por el

contrario, Stalin debería haber «reducido el énfasis en la producción inmediata y centrarse en construir capacidades y en mejorar el diseño y la tecnología». [26] No obstante, como ha subrayado otro historiador económico, este costoso método de preparación bélica tuvo un efecto secundario positivo: «implantó […] la experiencia de la producción en masa […] en fábricas y equipos de trabajo antes de que estallase la guerra». Gracias al camino, en extremo ineficiente y costoso, que Stalin había tomado para preparar a la Unión Soviética para la guerra, la industria soviética «fue capaz de producir mayor cantidad de tanques y aeroplanos y en menos modelos y en series más largas que su adversario alemán». [27] El sistema industrial estalinista combinaba efectividad con ineficiencia.

El segundo aspecto de los preparativos económicos es la producción alimentaria. La cuestión del rendimiento de la economía es aún más compleja. Con la colectivización, como Stalin había explicado al Comité Central en julio de 1928, se pretendía establecer una reserva de grano para medio año de combates hasta que «el campesino» entrase en razón y empezase a defender a su país. [28] Este objetivo no fue cumplido. Hacia 1940, la producción de grano *per capita* todavía no había recuperado los niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial. De hecho, en vísperas del ataque germano del verano de 1941, el régimen tan solo disponía de reservas de grano, cereales y harina para un mes. Como ha observado un historiador: «Simple y llanamente, la agricultura colectivizada no proporcionó al Estado grandes reservas de grano. –En 1941–, la Unión Soviética se encontró en una posición precaria extrema en relación con el suministro de alimentos». [29] El país sobrevivió porque el régimen, como veremos en el Capítulo 4 , se centró en alimentar a la fuerza de trabajo urbana y al Ejército.

Nos encontramos, de nuevo, ante efectividad combinada con ineficiencia: dejar morir a los civiles para alimentar al Ejército no es una forma muy eficaz de dirigir una contienda. Pero, a pesar de ello, podía resultar efectiva, como deja claro este descarnado análisis:

> Cuando estalló la guerra, las políticas de colectivización y rearme dieron sus frutos […] en el suministro de alimentos, el paso más importante había sido convertir al campesino en un consumidor residual de alimentos […] en consecuencia, no hubo hambrunas urbanas, con excepción de Leningrado […] en otros lugares no pudo evitarse el hambre generalizada, pero se logró proteger el suministro al ejército, la industria de defensa y a la

población urbana. El resultado fue el contrario a la experiencia de la Primera Guerra Mundial [...] precisamente el resultado que se buscaba con la colectivización. [30]

Es posible que a los lectores este análisis les parezca inhumano. Aunque así era, exactamente, como pensaban Stalin y su equipo dirigente: el fin siempre justificaba los medios; los campesinos eran prescindibles. Y la contienda contra Alemania no era una lucha a vida y muerte solo en la mente de los estalinistas. También lo era en la realidad.

PREPARACIÓN CULTURAL

En la guerra total, las prácticas militares y administrativas están entrelazadas. La economía, el Ejército y la administración no eran entidades abstractas o máquinas que funcionasen solas; estaban compuestas por personas conectadas entre sí mediante relaciones más o menos estables. Y a estas personas y relaciones las orientaban normas, ideas, símbolos y creencias. Por tanto, una parte de la preparación de una sociedad para la guerra total también ha de ser cultural. Esta incluía tanto la lealtad al régimen vigente como el conocimiento de cómo actuar ante las circunstancias bélicas.

En el momento en que Stalin pronunció el discurso que da inicio al presente capítulo, su régimen experimentaba graves problemas de lealtad. La colectivización y deskulakización, el ataque contra el modo de vida de los campesinos por parte de los urbanitas impíos, habían alienado profundamente a la mayoría de la población. [31] La gran mayoría de los campesinos odiaban al régimen, querían ver muerto a Stalin y desmanteladas las granjas colectivas. [32] Esta hostilidad de la mayoría rural se mantuvo inamovible durante los años de Stalin en el poder, pero, a principios de la década de 1930 este se enfrentaba a problemas adicionales. La clase obrera, en cuyo nombre gobernaba el régimen, también se mostraba rebelde. Solo en la región industrial de Ivánovo, 16 000 obreros fueron a la huelga en 1931. [33] Aún más inquietante era la creciente oposición en el seno del Partido Comunista a su liderazgo y a las políticas de industrialización acelerada y colectivización forzosa, expresada en la célebre «plataforma Riutin» de marzo de 1932, que comparaba al gran líder con una pila de excrementos. [34]

La reacción de Stalin a esta hostilidad generalizada se basó en cuatro medidas: primera, el alivio de la carga económica al redirigir

algunos recursos de la industria pesada a los bienes de consumo, con lo que inauguró los «tres años buenos» de 1934-1936, durante los cuales el consumo civil se recuperó un poco y la vida se hizo, según la célebre fase de Stalin de 1935, «más dichosa». Segunda, hizo todo lo posible por evitar una guerra; para apaciguar a Japón, en 1935 le vendió el ferrocarril de Manchuria al Estado títere de Manchukuo. Tercero, reforzó la represión, que empezó por la limpieza de indeseables de las ciudades en 1933 y la purga del Partido Comunista de críticos, reales o supuestos, a partir de ese mismo año, hasta culminar en el Gran Terror de 1937-1938. Por último, modificó las tácticas propagandísticas, dado que estaba claro que la agitación a favor del «socialismo» no era suficiente para garantizar la lealtad de la mayoría de la población, al menos no mientras el régimen de austeridad bélica se viera obligado a proyectar la consecución de los logros materiales del socialismo a un futuro indefinido. Durante los años 1932-1936, los propagandistas de Stalin desarrollaron una línea más popular, que combinaba el foco en los héroes militares, en la producción y en el partido, con el fomento del amor por la patria socialista. Según los estudios recientes de opinión popular, este cambio tuvo cierto éxito. Cada vez más y más soviéticos, en particular los de las generaciones más jóvenes, empezaron a creer que era razonable sacrificarse para defender la nación de los enemigos que la rodeaban por todos lados. La relajación económica de los «tres años buenos» también contribuyó a apaciguar la hostilidad popular. [35]

Si en 1931 había serias dudas de la lealtad de la ciudadanía soviética, en julio de 1937 las cosas podrían haber ido algo mejor, de no haber sido por el Gran Terror. La coincidencia del estallido de la guerra en Asia y el inicio de las matanzas en masa (por cuotas) de supuestos «elementos antisoviéticos» (orden n.° 00447 de 30 de julio de 1937) tuvo sobre la lealtad el mismo efecto que la sangrienta purga del Ejército para la preparación militar: en lugar de incrementarla, causó el efecto contrario. Esta purga afectó, de un modo u otro, no solo a soviéticos ordinarios, sino que pereció todo un panteón de héroes, lo cual desestabilizó la útil línea ideológica de culto al héroe y patriotismo soviético.

Por tanto, en septiembre de 1939, la Unión Soviética estaba peor preparada para esta contienda que en 1937. Y en 1941 las lealtades estaban lo bastante divididas como para que una minoría sustancial recibiera a los alemanes como libertadores, mientras la mayoría esperaba a ver qué ocurría. Solo una minoría defendió la bandera roja. Incluso el renovado esfuerzo movilizador de la Gran Guerra Patriótica

fue un fracaso en lo concerniente a la lealtad. «Lo que salvó a Stalin –concluye el estudio más detallado de la propaganda bélica soviética–, no fue su propaganda, sino la realidad: el régimen de Hitler no ofrecía una alternativa plausible al de Stalin». [36]

CONOCIMIENTO PRÁCTICO

La preparación cultural para la guerra también incluía saber qué hacer y cómo vivir en tiempos de guerra. Este conocimiento práctico estaba generalizado. En relación con su experiencia en enfrentamientos previos, Stalin y su séquito no eran diferentes a la sociedad que querían movilizar. Si consideramos que los niños tienen memoria desde los 4 años de edad, todos los nacidos en o antes de 1910 tenían, al menos, algún recuerdo de toda la Primera Guerra Mundial, los nacidos en o después de 1912 de la Revolución y de las contiendas civiles subsiguientes y los nacidos en o después de 1916 de esta conflagración de violencia. Es decir, una parte sustancial de la población tenía experiencia bélica directa: en 1939, por ejemplo, el 22 por ciento de los habitantes de la República rusa tenía más de 29 años, esto es, el grupo con recuerdos vitales durante los años de crisis posteriores a 1914. Es más, la vida en los años treinta del siglo XX se parecía en muchos aspectos a una situación bélica: racionamiento, escasez, censura, propaganda, control policial y restricciones generalizadas a la libertad de movimiento. [37]

Así pues, los civiles sabían qué hacer en caso de guerra: acumular alimentos, estar preparados para huir o ser evacuados (deportados), saltarse las restricciones si fuera necesario, hallar fuentes alternativas de información, cuidar de familia y amigos, pues solo ellos podrán asegurar su supervivencia, y así sucesivamente. Los funcionarios del Estado también tenían mucha experiencia en la gestión de crisis. Precisamente fue esta experiencia –que algunos obtuvieron en la Guerra Civil y otros en las crisis internas de la década de 1930– lo que preparó bien a estos hombres para afrontar el caos bélico.

La administración durante la guerra era una variante extrema del método habitual de funcionamiento de la economía dirigida estalinista en época de paz. En este sistema, los funcionarios subalternos operaban con más autonomía de lo que se suele creer. Eran lo que un historiador ha calificado de «subcontratas forzosas»: actores económicos de relativa independencia pero que vivían bajo la amenaza de consecuencias severas, letales incluso, si no rendían. [38] Los historiadores suelen destacar la centralización extrema del Estado

bélico soviético, aunque este foco en las estructuras formales es, en cierto modo, engañoso. Como veremos en el Capítulo 5 , en la práctica, la guerra se gestionaba de forma improvisada por mandatarios todopoderosos delegados por Stalin para solucionar problemas. Unos plenipotenciarios que tenían una considerable capacidad de decisión, siempre y cuando lograsen que se hiciera el trabajo.

PREPARADOS ¿O NO?

Así pues, ¿logró Stalin lo que se había propuesto en 1931? Esto es, ¿consiguió cerrar la brecha económica que le separaba de los países capitalistas, construir un Estado bélico capaz de resistir la acometida de la moderna e industrializada guerra de masas? En 1945, a muchos, dictador incluido, les pareció que sí. En los años treinta del siglo XX los soviéticos habían construido, más o menos desde cero, una poderosa maquinaria bélica; acumularon cantidades inmensas de armas y máquinas; entrenaron civiles para la inminente conflagración y formaron el mayor ejército terrestre del mundo. Entre 1937 y 1945 vencieron en todos los enfrentamientos militares en los que participaron, con independencia de la pobre actuación contra Finlandia o la catástrofe de la segunda mitad de 1941.

La primera revolución desde arriba de Stalin, la de 1928-1932, había edificado un enorme Estado militar en el que todo y todos estaban orientados a los preparativos bélicos. La colectivización forzosa y la industrialización acelerada centrada en la industria pesada no habían creado abundancia, ni cohesión social, ni lealtad generalizada o una economía planificada que funcionase. Sin embargo, había dado poder al Estado sobre las principales palancas de control de la vida económica, la capacidad de confiscar la mayor parte de la producción agrícola para distribuirla según le conviniera y la capacidad de producir en masa equipos militares estandarizados y en cantidades prodigiosas. El enorme aparato policial suprimía toda oposición y un departamento propagandístico no menos grande martilleaba a la población con sus mensajes. Este Estado bélico no era particularmente eficiente. Pero era efectivo: podía movilizar para la guerra y cumplir su misión, aunque fuera a un coste increíble. [39]

Al mismo tiempo, algunos de estos preparativos bélicos estalinistas resultaron contraproducentes. El sometimiento del campesinado mediante la colectivización y la expropiación de los granjeros acomodados en 1929-1932, así como la hambruna subsiguiente de

1932-1933, habían creado un enorme grupo de ciudadanos de segunda, muy descontentos y que no era nada probable que arriesgaran la vida por el régimen. Incluso los obreros industriales, en cuyo nombre gobernaba Stalin, no estaban nada satisfechos con su situación. Aún más desastrosa fue la segunda revolución desde arriba de Stalin: el Gran Terror de 1937-1938 tenía como objetivo eliminar cualquier posible oposición que pudiera desafiar al régimen durante la próxima contienda. En lugar de ello, creó el caos productivo, ya que gestores e ingenieros desaparecieron en celdas y campos de trabajo, socavó gravemente la capacidad del cuerpo de oficiales de dirigir al Ejército Rojo y sembró la confusión incluso en la esfera ideológica, pues hubo que reemplazar a todo un panteón de héroes. En consecuencia, la Unión Soviética estaba mejor preparada para la guerra a primeros de 1937 que en 1940. [40]

Es más, los enemigos a los que se enfrentaba el país de Stalin eran, en comparación, relativamente menores. La guerra de 1938-1939 contra Japón fue librada por una subsección del grupo de ejércitos que guardaba Manchuria (el Ejército de Kwantung), no por el conjunto de las fuerzas terrestres niponas, que estaban ocupadas en China. Polonia ya estaba derrotada cuando los soviéticos la invadieron el 17 de septiembre de 1939 y el hecho de que la diminuta Finlandia plantease obstáculos es algo en todo punto remarcable. Incluso Alemania era un país relativamente pobre en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de sus notables ingenieros, su disciplinada fuerza laboral y su ejército, bien entrenado y profesional. Si bien el alemán medio era más rico que el soviético medio, esto no era así para el tamaño de las respectivas economías: aquí, la Unión Soviética tenía una ligera ventaja sobre su enemigo. ¿Qué habría ocurrido si los soviéticos hubieran tenido que combatir de verdad contra el «cerco capitalista» al que afirmaban enfrentarse? Por fortuna para Stalin, sus ideas acerca de «los imperialistas» y los «capitalistas» eran erróneas, pues el centro del capitalismo mundial –Estados Unidos de América, con un PIB de más del doble que el de la Unión Soviética– no atacó al «primer país socialista». Y, cuando llegó esta confrontación en 1945, Stalin contaba con el prestigio de la victoria y pronto dispuso de la bomba atómica. Esta conflagración habría de ser fría, librada a base de amenazas e intimidación mutua. [41]

En conclusión, estamos ante una paradoja: la maquinaria bélica soviética era efectiva aunque no eficiente. Cuando estalló la guerra total, los soviéticos no estaban preparados. Pero estaban acostumbrados a no estar preparados: la experiencia de la década de

1930 había fomentado una cultura de improvisación que familiarizó a dirigentes y ciudadanos ordinarios con la inventiva necesaria en épocas de guerra. Los soviéticos iban a necesitar hasta la última de estas enseñanzas en la segunda gran conflagración bélica.

_____

NOTAS

1 Stalin, I. V., 1952, 31-44, en particular págs. 40-41.

2 Acerca de las cifras de crecimiento, *vid* . las tablas publicadas en Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), 1994, 282, 292. Acerca de la vida en las ciudades, *vid* . Fitzpatrick, Sh., 1999; acerca de la opinion popular: Davies, S., 1997. Para las cifras en torno al declive económico: *vid* . Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018, 120-121.

3 Acerca del debate en torno a la gran hambruna de 1932-1933, *vid* . Edele, M., 2020b, capítulo 9.

4 Duranty, W., 1949, 57.

5 Gerwarth, R., 2016; Engelstein, L., 2018.

6 Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit* ., 321; Smith, S. A., 2017.

7 Fitzpatrick, Sh., Rabinowitch, A. y Stites, R. (eds.), 1991; Sanchez-Sibony, O., 2014.

8 Tucker, R. C., 1977, 77-108; Fitzpatrick, Sh., 1979, 377-402; Fitzpatrick, Sh., 1979b; Fitzpatrick, Sh. (ed.), 1984; Hellbeck, J., 2006; Reese, R., 2011, 312.

9 Acerca del pensamiento de Stalin, *vid* . Ree, E. van, 2002.

10 Lenoe, M. E., 2010; Hill, A., 2017, 60-61; Reese, R., 2005, 121. Los reportes estadísticos de la represión en 1921-1953 fueron preparados por el Ministerio del Interior en 1953 y reproducidos en Kokuriny, A. I y Petrov, N. V. (eds.), 2000, 433; y Wheatcroft, S. G. y Davies, R. W., 1994, 57-80, en particular pág. 76. Mark Junge y Rolf Binner subrayan que las operaciones en masa fueron lo único que hizo «grande» al terror; *vid* . Junge, M. y Binner, R., 2001, 557-613. La historia del terror más reciente es la de Harris, J. R., 2016.

11 «Materialy fevral'sko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda» [Materiales del pleno de febrero-marzo del Comité Central del PCUS (en) 1937], *Voprosy istorii* [Cuestiones de historia], n.° 3, 1995, 3-15, en particular pág. 12.

12 Khlevniuk, O. V., 1995; Khlevniuk, O. V., 2000, 159-169; Edele, M., 2011, 112-118; acerca del aspecto nacional: Martin, T., 1998, 813-861.

13 Las cifras proceden de Krivosheev, G. F., 2001, 213, 595; Hasanli, J., 2006, 3; Edele, M., 2013, vol. 1, 169-185, en particular pág. 174; Krivosheev, G. F., 1997, 227.

14 Mel'tiukhov, M. I., 2005-2006, 142-151, en particular pág. 143; Elena Siniavskaia, entrevista a Danil Fedorovich Zlatkin (13 de julio de 2006) [https://iremember.ru/memoirs/pekhotintsi/zlatkin-daniil-fedorovich/]. Acerca de la falta de oficiales: Glantz, D. M., 2005, 466-469. Acerca de la falta de entrenamiento: Reese, R., 1996, capítulo 4 y para la incapacidad de leer mapas o utilizar una brújula: 140, 149, 157. Acerca de la preparación militar

general: Bernstein, S., 2017, en especial el capítulo 7.
15 Reporte del 1.er Frente del Lejano Oriente (9 de agosto de 1945), reproducido en *Russkii arkhiv/Velikaia Otechestvennaia* [Archivo ruso/Gran Guerra Patriótica], 1997, vols. 18-17, n.° 1, 340 [a partir de ahora: RA/VO].
16 Erickson, J., 1997, 233-248. Edele, M., 2013, vol. 1, 172-173. Acerca de la vida en la infantería, *vid* . Temkin, G., 1998. Acerca del uso de la artillería, *véase también* Glantz, D. M. y House, J. M., 1995, 100-101; y Glantz, D. M., *op. cit* ., 117-120.
17 Reese, R., 1996; Reese, R., 2005, 134-157. Acerca del impacto de las grandes purgas en las fuerzas armadas, *véase también* Hill, A., *op. cit* ., 52-76.
18 Statiev, A., 2018, cita pág. 39.
19 Slepyan, K., 2006, 17-21, cita pág. 20.
20 Sparrow, J. T., 2011; Edgerton, D., 2011. Gran Bretaña, por supuesto, contaba con el lujo de un imperio que explotar en beneficio de la metrópoli: Mukerjee, M., 2010.
21 Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit* ., 300.
22 Harrison, M. y Davies, R. W., 1997, 369-406, en particular págs. 382, 372 (figura 1), 371.
23 *Ibid* ., 377.
24 Manning, R., 1993, 116-41, en particular págs. 132, 133 (cita); 134 (tabla comparativa de efectivos militares internacionales).
25 Edele, M., 2011, capítulo 8.
26 Stone, D. R., 2000, 216.
27 Harrison, M., 2010, 26.
28 Danilov, V. D. *et al* . (eds.), 1999, vol. 1, 327.
29 Ganson, N., 2010, 70, 88 (cita).
30 Harrison, M., 2010, 23-24.
31 Graziosi, A., 1996.
32 Fitzpatrick, Sh., 1994, 288.
33 Rossman, J. J., 2005, 151.
34 Edele, M., 2011, 140.
35 Brandenberger, D., 2011. La cita de Stalin está extraída de su discurso en la primera conferencia de estajanovistas de toda la Unión, 17 de noviembre de 1935, en Stalin, I. V., 1943, 546-560, en particular pág. 552. El término «tres años buenos» es de Naum Jasny. *Vid* . su obra clásica Jasny, N., 1961, capítulos 6 y 7.
36 Berkhoff, K. C., 2012, 277. Para más reacciones populares y cambios en el apoyo popular, *vid* . los capítulos 4, 7 y ss.
37 *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1939 goda. Osnovnye itogi. Rossii* [Censo de población de toda la Unión de 1939. Resultados principales. Rusia], 1999, 31, tabla 2.
38 Hachten, P. Ch., 2005, 50.
39 Acerca de la vigilancia policial: Hagenloh, P., 2009; Shearer, D. R., 2009. Acerca del Estado propagandista: Kenez, P., 1985. El concepto de que el Ejército Rojo era efectivo pero ineficiente es un elemento central del trabajo de Reese, R., 2011.
40 Acerca de los campesinos: Viola, L. (ed.), 2005. Acerca de los obreros: Filtzer, D., 1986. Acerca de los efectos del terror: Brandenberger, D., *op. cit* . El impacto en el ejército es abordado por Reese, R., 2005, capítulo 3; Hill, A., *op.*

cit ., capítulo 3; y Whitewood, P., 2015.

41 Si bien la renta *per capita* alemana era de más del doble con respecto al ciudadano soviético, en 1940 la ratio entre el PIB soviético y el germano era de 1,1 a 1. El PIB estadounidense equivalía a 2,3 veces el soviético, con una renta *per capita* 3,5 veces más elevada. *Vid* . Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit* ., 270 (PIB *per capita*); y Harrison, M. (ed.), 1998, 10 (GDP).

---

* N. del T.: La práctica del «asalto» (штурмовщина, en ruso) se refiere a la producción a toda prisa, a menudo descuidada y de mala calidad, para cumplir la cuota asignada para un periodo concreto.

CAPÍTULO 2

El inicio de la guerra en oriente, 1937-1939

UN INCIDENTE DE ORIENTACIÓN

Cuando en 1937 llegó la guerra, fue a causa de un incidente de orientación. La noche del 7 de julio, un soldado japonés se perdió al sur de Pekín. Su comandante, convencido de que había sido capturado por los chinos, puso en marcha una cadena de sucesos con consecuencias de amplio alcance: el inicio de la Segunda Guerra Mundial en Asia.

Desde el Protocolo Bóxer de 1901 había habido tropas japonesas estacionadas en China. En 1931, los japoneses le arrancaron Manchuria, con la que, en 1932, formaron el Estado títere de Manchukuo. Durante la década de 1930 hubo una serie de choques. En la noche del 7 al 8 de julio de 1937 se entablaron negociaciones, pero estas quedaron rotas a causa de la acción independiente de otras unidades niponas. Estalló un combate por el puente Marco Polo y la estructura cambió de manos dos veces antes de que se estableciera una frágil tregua. Esta no duró mucho: el «incidente del puente de Marco Polo», como llegó a ser conocido, dio inicio a un conflicto a gran escala entre Japón y China y, con él, a la Segunda Guerra Mundial en Asia. La contienda duró hasta la rendición japonesa en 1945, pero, sin solución de continuidad, se transformó en la Guerra Civil china que había interrumpido. Los comunistas se impusieron en esta última en 1949. [1]

China tenía escasas posibilidades de resistir a las fuerzas niponas. Hacia finales de 1937, las principales regiones industrializadas estaban controladas por el enemigo. Las ciudades de Pekín, Nankín y Hangzhou habían sido tomadas. El Gobierno de Chiang Kai-shek no podía hacer otra cosa que emplear como arma el tamaño del país. Se

retiró a Chongqing, donde pasó toda la contienda bajo el castigo constante de los bombardeos aéreos. Pero, como cada vez más historiadores reconocen, su obstinada negativa a rendirse tuvo importantes efectos en el desarrollo posterior del conflicto global. Esto «garantizó que Japón tuviera que combatir la Segunda Guerra Mundial en dos frentes, uno contra los aliados occidentales y otro en la masa continental asiática en China, que retuvo a fuerzas japonesas sustanciales». Como veremos en este capítulo, la Unión Soviética fue, a un tiempo, un apoyo crucial y un importante beneficiario del esfuerzo bélico chino. [2]

EL APOYO A CHINA

Stalin decidió de inmediato que alinearse con China redundaría en el interés estratégico de su Estado. Los soviéticos habían apoyado desde hacía mucho tiempo a los revolucionarios nacionalistas del Kuomintang (KMT) dirigidos por Chiang Kai-shek. En 1924 se habían enviado las primeras armas y asesores y, a pesar de la relación en ocasiones tormentosa entre Moscú y el KMT, los soviéticos continuaban siendo «la influencia extranjera decisiva en China». [3]

Stalin era un revolucionario veterano y un marxista-leninista convencido. Por ello, cabría esperar que su apoyo a China se debiera a la ideología, esto es, a la aspiración de expandir el socialismo por Asia. Todo lo contrario: la política soviética obedecía a fríos cálculos geopolíticos. Stalin y su equipo se enfrentaban a Estados potencialmente agresivos en oriente (Japón) y en el oeste (primero Polonia y después Alemania). Todos estos enemigos habían participado en la Guerra Civil «rusa» que siguió a la Primera Guerra Mundial. Fuerzas germanas habían ocupado Ucrania y más tarde habían combatido en los países bálticos junto con los contingentes «blancos» (antibolcheviques). Japón había intervenido en el Lejano Oriente en 1918-1922. Polonia había derrotado a la Rusia revolucionaria en una espectacular contienda (1919-1921), una humillación que todavía dolía. Ninguno de estos vecinos aceptaba la existencia de un Estado socialista y Moscú los consideraba a todos imperialistas agresivos. [4]

Incluso en circunstancias más favorables una guerra en dos frentes era problemática, aunque en el caso soviético la enorme distancia entre los dos teatros potenciales planteaba un obstáculo particular. En 1905, el zar había sido incapaz de resistir la revolución en el corazón del imperio porque no había podido traer a los efectivos que

combatían contra Japón en el Lejano Oriente. La conexión ferroviaria entre los confines imperiales europeo y asiático había mejorado desde entonces y para entonces un tramo más prolongado del Transiberiano tenía doble vía. Sin embargo, seguía constituyendo un largo viaje: más de 9000 kilómetros desde Moscú a Vladivostok. [5]

Esta valoración realista no contradecía la ideología de Stalin ni aún menos su intención de mantenerse en el poder y sobrevivir a la próxima guerra. En su visión del mundo, lo personal, lo ideológico y la *Realpolitik* se entrelazaban sin fisuras. Al fin y al cabo, la Unión Soviética era el único Estado marxista-leninista sobre la tierra. Stalin vinculaba su supervivencia a la del movimiento comunista en general. Y, como el líder que lo había arriesgado todo y había arrastrado a un país campesino a la modernidad industrial, también asociaba sus intereses personales a los estatales. [6]

En los años treinta del siglo XX una guerra en dos frentes parecía una posibilidad real. Los historiadores suelen prestar más atención a las relaciones soviéticas con Alemania, su principal adversario en 1941-1945. Pero, durante toda la década, Stalin se tomó la amenaza de conflagración en el este tan en serio como el peligro de guerra en el oeste. La Unión Soviética tenía 4083 kilómetros de frontera con Manchuria, 24 con Corea y 132 con Japón. En 1931, los informes de inteligencia acerca de las intenciones agresivas de los nipones le llevaron a asignar recursos a las industrias militares, una militarización de la economía que fue potenciada después de la entrada japonesa en Manchuria, en septiembre. Stalin consideraba esta invasión un asunto «serio». El dictador calculó que «no está excluido y es incluso probable […] que Japón extienda su mano hacia nuestro Lejano Oriente, y posiblemente a Mongolia». En 1936, observó que era difícil decidir cuál de los «focos bélicos», el oriental o el occidental, era más amenazador. «Hasta ahora –añadió–, el foco del Lejano Oriente está más activo, pero es posible que el centro de peligro se desplace a Europa». (Cuando se le preguntó por el «motivo principal» de este persistente peligro de guerra en todos lados, el dictador marxista replicó impasible: «capitalismo»). [7]

Esta preocupación continuó toda la década. En 1936, Japón y Alemania firmaron el Pacto Antikomintern, que invocaba el fantasma de una alianza militar de los dos Estados contra la Unión Soviética. A finales de marzo de 1937, un alto mando del Ejército del Lejano Oriente abordó el «problema de la guerra en dos frentes», en referencia al análisis de Stalin de la situación geopolítica. Había dos «focos bélicos», uno en el este, atizado por Japón; y otro en el oeste,

alimentado por Alemania. La Unión Soviética debía estar preparada para rechazar un ataque conjunto. Ante esta eventualidad, la cuestión era: ¿cómo limitar la guerra en oriente para lanzar todos los efectivos posibles contra Alemania? La amenaza nipona no era producto de una imaginación paranoide, pues el frente oriental no estaba tranquilo en absoluto: en 1935 hubo 136 choques fronterizos a lo largo de la extensa frontera entre los imperios japonés y soviético. En 1936, la cifra aumentó hasta los 203 incidentes. [8]

Stalin, mientras preparaba a su país a toda prisa para la guerra mediante la industrialización, la construcción de un Estado bélico y la liquidación de supuestos enemigos, trató de evitar la conflagración, costara lo que costase. Dado que no creía que su país estuviera preparado para una contienda e inseguro de poder evitar una confrontación en dos frentes, optó por apaciguar a los imperialistas nipones. En lugar de plantarles cara, cedió y les vendió el ferrocarril manchú –que durante mucho tiempo había sido motivo de disputa entre Rusia y Japón– al régimen títere japonés de Manchukuo.

Asimismo, el apaciguamiento fue acompañado de un intento de empujar a los agresores a atacar en otras regiones. El estallido de la guerra en China parecía abrir una oportunidad para esta estrategia. Si se podía empantanar en China a los imperialistas nipones, estos carecerían del tiempo y los recursos necesarios para combatir a los soviéticos. Por tanto, Moscú renovó su compromiso de apoyar al KMT con la firma, en agosto de 1937, de un Tratado de No Agresión Mutua, que estipulaba que ambas partes se abstendrían «de agresión mutua alguna» y no ayudaría a ningún otro agresor. En cumplimiento del pacto, los soviéticos entregaron miles de armas automáticas y decenas de miles de fusiles, centenares de aviones y vehículos, incluidos tractores y carros de combate. También facilitaron préstamos con los que pagar todo este equipamiento. [9]

La ayuda fue despachada de inmediato. En octubre de 1937, los soviéticos enviaron una columna de camiones desde Alma Ata (hoy Almatý), en Kazajistán, a Lanzhou, en el noroeste de China: una exigente ruta de 3000 kilómetros. Como recordó uno de los participantes:

> La ruta recorría montañas, desiertos y zonas semidesérticas con dunas de arena móvil. Las tormentas de arena eran frecuentes. Podías conducir durante centenares de kilómetros sin encontrar ni una poza de agua. Por ello, además del cargamento militar, necesitábamos llevar más de un tanque de agua para que la

> gente pudiera beber y enfriar los motores de los camiones. A menudo, una súbita ráfaga de viento de lluvia arrancaba las sujeciones de un avión R-5, elevaba la máquina por el aire como si fuera un avión de papel, y la arrojaba al suelo a no menos de un centenar de metros. El desierto de Gobi nos recordaba constantemente su mal carácter. En el camino, incluso cuando hacía buen tiempo, ropa, oídos, nariz, cabello… todo quedaba cubierto de fina arena, de la que era imposible deshacerse. A todas horas nos crujía entre los dientes.

Se construyeron bases cada 200-250 kilómetros para dar apoyo a las dotaciones de los transportes y mantenimiento a los camiones. También servían de centros de comunicación a lo largo de la ruta gracias a sus radios alimentadas por generadores diésel. [10]

También se envió gente. Primero fueron pilotos voluntarios con sus aviones, y no solo a entrenar a sus homólogos chinos, sino también a desafiar la superioridad aérea japonesa. «Se nos advirtió –recordó uno de ellos–, que tendríamos que combatir con nombres falsos». Los pilotos eligieron el apellido de soltera de la madre o su autor clásico favorito: se hacían llamar Pushkin o Gógol. Así preparados, viajaban por tren a Alma Ata. Si alguien les preguntaba, afirmaban ser obreros industriales de élite. Una vez en Kazajistán, a finales de 1937, tomaron posesión de aviones de caza soviéticos con insignias chinas con los que volaron a China. «Combatíamos vestidos de civil –recordó el veterano–, sin documentos de identidad […] solo teníamos un certificado de seguridad emitido por las autoridades chinas». [11]

Los pilotos soviéticos participaron en la defensa de Nankín en 1937, así como en otras batallas olvidadas de la Segunda Guerra Mundial. Una de estas fue la campaña aérea sobre Wuhan en 1938, en la que 150 pilotos de caza soviéticos combatieron con la ayuda de 500 aeroplanos soviéticos. «Casi todos los días de agosto –escribió un historiador–, las multitudes acudían a las calles para ver a los pilotos rusos y chinos […] batirse en duelo aéreo con los Zeros* japoneses […] docenas de pilotos rusos fueron abatidos; su sacrificio fue conmemorado con gran solemnidad y aún hoy se les recuerda». Los aviadores soviéticos continuaron sirviendo después de la caída de Wuhan. Entre junio de 1939 y mayo de 1940, 405 pilotos volaron misiones de bombardeo y entablaron combate aéreo con cazas nipones. Estos derrotaron «no más de cuarenta» aeroplanos enemigos y destruyeron muchos más en el suelo. Los soviéticos perdieron 13 aviadores durante estas incursiones. Otros 7 resultaron heridos. [12]

En conjunto, de los 5000 pilotos, asesores, sanitarios y técnicos soviéticos enviados a China, 227 murieron o desaparecieron en combate durante la intervención soviética. Otras fuentes hablan de «más de 200» aviadores soviéticos que «dieron sus vidas por la causa de la libertad del pueblo chino». Es posible que también luchasen por eso. Aunque su misión principal era distraer a los japoneses para que Stalin pudiera tener libertad de acción en la conflagración mundial. Como dijo el dictador al brindar por «nuestros combatientes en China –era mejor– luchar contra los fascistas japoneses en China que en la URSS». Su misión fue cumplida de forma satisfactoria. En 1938, la mayoría de las fuerzas terrestres niponas estaban desplegadas en China: 27 de un total de 37 divisiones. [13]

LOS PREPARATIVOS BÉLICOS DE STALIN EN ORIENTE

Sin embargo, el resultado final de la guerra no estaba claro en absoluto. Nadie sabía si China, con o sin ayuda soviética, sería capaz de impedir que Japón atacase a la Unión Soviética. Por tanto, Stalin reforzó sus defensas en el frente oriental. En 1937, los distritos militares del Lejano Oriente disponían del 17 por ciento de todas las piezas de artillería y del 22 por ciento de todos los carros del inventario de las fuerzas armadas soviéticas. Los efectivos militares pasaron de 242 311 hombres a principios de 1935 a 354 093 en julio de 1936 y alcanzaron los 450 000 en los inicios de 1939. Contaban con el apoyo de 5785 piezas y más de 3000 carros. [14]

Stalin se preparó para la contienda con Japón con su paranoia habitual: limpió las regiones limítrofes de coreanos soviéticos, que habían migrado al otro lado de la frontera desde la segunda mitad del siglo XIX, en parte en busca de tierras de cultivo y en parte para escapar del imperialismo japonés. Muchos habían resistido la intervención nipona en el Lejano Oriente tras la revolución, de modo que, en la década de 1920, la mayor parte de los antiguos emigrantes y su descendencia se habían convertido en ciudadanos soviéticos. En los comienzos de 1937 había en la Unión Soviética 168 259 coreanos, casi todos ellos (165 165) en la región del Lejano Oriente. Stalin sospechaba que podían ser espías de los japoneses. Su traslado pondría fin «a la penetración del espionaje japonés en la Región del Lejano Oriente», como recogía la resolución secreta que ordenó su deportación. [15]

Estas sospechas eran anteriores al estallido de la guerra en China.

Ya en 1922 se planteó la deportación de los coreanos de las regiones fronterizas, sospechosos de colaborar con Japón. En el contexto de caza de brujas del Gran Terror, tales fantasías se convirtieron en realidad. El 23 de abril de 1937, *Pravda* reportó que los «imperialistas japoneses» estaban activos en el Lejano Oriente y que se preparaban a conciencia para una «guerra expansionista» contra los soviéticos. Estos recopilaban información de la flota y de las vías férreas soviéticas, infiltraban espías entre la población y organizaban células durmientes de «saboteadores y terroristas» en empresas de defensa, personal de ferrocarriles y en el seno del Partido y las Juventudes Comunistas. Estos enemigos ocultos serían activados en caso de ataque. Estaban bien entrenados y se escondían con gran habilidad, por lo que no era fácil diferenciarlos del resto de la población. Además, se aprovechaban de la confianza de los ciudadanos corrientes, a los que reclutaban (o eso pensaba el autor del artículo) para trabajar para el enemigo. [16]

Hubo un segundo artículo del *Pravda* de similar alarmismo. Escrito por un miembro de la policía secreta, pasó por el escritorio de Stalin solo dos semanas antes del estallido del conflicto en China. Este advertía de que los espías japoneses solían infiltrarse «haciéndose pasar por coreanos o chinos» y de que reclutaban entre los coreanos soviéticos a «kulaks», «desclasados» y otros «elementos». «En el Lejano Oriente soviético –advertía con severidad el autor– existe un gran número de jornaleros coreanos que viven en una masa compacta. Los agentes japoneses crean luchas de grupo y faccionalismos en las organizaciones sociales coreanas. Tratan de destruirlas desde dentro y reclutar a nuevos miembros para su misión». El artículo fue publicado dos días después del inicio de la guerra en China. De hecho, la noticia de las hostilidades en el puente de Marco Polo venía en la misma página que el artículo. [17]

En aquel momento, lo que podía haber sido el inicio de la purga de la comunidad coreana, similar a lo que estaba ocurriendo en los demás territorios durante el demencial año 1937, pasó a ser una tarea mucho más urgente. El 21 de agosto, Stalin ordenó al NKVD «retirar a toda la población coreana de la zona fronteriza». Para evitar riesgos innecesarios, un mes después emitió una resolución adicional que ampliaba la deportación a todos los coreanos de la región íntegra del Lejano Oriente. [18]

Stalin atribuía gran urgencia a esta cuestión, como demuestra el telegrama que remitió el 11 de septiembre a los hombres a cargo del Lejano Oriente: el primer secretario de la Región del Lejano Oriente, Iosif Vareikis; el comandante del Ejército Especial del Lejano Oriente,

Vasili Konstantínovich Blücher; y el nuevo jefe de la sección del Lejano Oriente del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), Guénrij Samóilovich Liushkov. «Es evidente –dictaminó el dictador a sus subordinados– que la expulsión de los coreanos es una cuestión urgente. Es posible que ya sea tarde. Pero, si esto es así, la deportación debe ser llevada a cabo con aún mayor rapidez […] propongo que cada uno de ustedes tome medidas estrictas y urgentes en su área de jurisdicción con el fin de garantizar la ejecución exacta y puntual del plan de expulsión. Las personas que saboteen este asunto –advirtió Stalin–, sean quienes sean, deben ser arrestadas y castigadas para dar ejemplo a los demás». [19]

Que los coreanos, cuya tierra de origen estaba bajo ocupación de Japón desde 1910, fueran a hacer causa común con esos mismos imperialistas de los que ellos mismos, o sus padres, habían escapado, era, por supuesto, absurdo. Mas los caminos de la desconfiada mente de Stalin solían ser inescrutables. ¿Quién podía distinguir entre un coreano y un japonés? ¿Acaso no eran leales a fuerzas situadas fuera del Estado soviético? En este sentido, tenía razón al considerar que los patriotas coreanos no solo eran leales a su Unión Soviética. Ten San Din, cuya experiencia bélica da inicio al presente libro, recordó cómo su padre, arrestado por la policía de Stalin y fusilado en 1938, le había dicho repetidas veces: «Hijo mío, posiblemente yo no lo veré, pero debes intentar cumplir la misión de mi vida: liberar el país de los japoneses». El país en cuestión, por supuesto, era Corea, no la Unión Soviética. Pero el Estado de Stalin podía ayudarlos. El «odio a los ocupantes» llevó al hijo a alistarse voluntario en el Ejército Rojo, con el que participó en la campaña de Manchuria de 1945: los objetivos bélicos de Stalin coincidían con la aspiración de Ten San Din de liberar de los imperialistas nipones la tierra de sus ancestros. Sin embargo, estas lealtades complejas eran sospechosas para Stalin: demasiado impredecibles para un hombre habituado a pesar en términos de rojo o blanco. [20]

La desconfianza de Stalin hacia los no rusos, y en particular con las diásporas –aquellas minorías que podían considerar un Estado extranjero su potencial hogar– se remontaba a su época como comisario de Nacionalidades, durante la Guerra Civil que siguió a la Revolución (1917-1923) y que resurgió una vez llegó al poder. Durante la década de 1930, dirigió sus políticas de terror, una y otra vez, contra los no rusos, sospechosos de «nacionalismo burgués», de tendencias secesionistas o de espiar para potencias extranjeras. Pero fue con el estallido de la guerra en Asia cuando «el concepto de nación

enemiga […] emergió por completo», como escribió el historiador más destacado de la cuestión nacional en la Unión Soviética. La expulsión forzosa de los coreanos en 1937 marcó un momento importante de la evolución de la política soviética de nacionalidades. Fue la primera deportación de todo un grupo nacional sin distinción de edad, sexo, clase social, militancia en el partido o lealtad a la causa soviética. Los coreanos no fueron expulsados por algo que hubieran hecho, sino por lo que algunos de ellos podrían hacer. Pronto les siguieron otras «naciones enemigas». [21]

La operación de retirada de los coreanos de la frontera fue planificada con precisión castrense, hasta el punto de que los oficiales del NKVD y el personal ferroviario que participaron fueron felicitados por el Gobierno por su «cumplimiento ejemplar y preciso de una tarea gubernamental relacionada con el transporte». El 29 de octubre de 1937, 171 781 coreanos habían sido deportados en 124 trenes hacinados en vagones para ganado. Habían llegado 76 de los trenes y el resto estaba de camino. De un total de 36 442 familias, 16 272 fueron enviadas a Uzbekistán (75 525 personas) y 20 170 a Kazajistán (95 256 personas). [22]

El viaje se completaba en un mes o más. Los trenes eran el primer punto de reunión solo para quienes vivían en ciudades o cerca de líneas de ferrocarril. Otros deportados tenían que ser transportados primero a una estación de tren. Un trayecto que se hacía en barca, camión o a pie. Ya en la estación, tenían que esperar sin que se les proporcionase alimento alguno. «Toda la masa de coreanos que esperaba –reportó un testigo que experimentó la deportación con 5 años de edad– era vigilada por un sólido círculo de soldados con fusiles. La gente, atemorizada, ni se planteó escapar al reasentamiento». Una vez subidos a un vagón, tenían que esperar más tiempo. «Es imposible describir sin emocionarse las condiciones que tuvimos que soportar mientras esperábamos subir a los vagones, el momento de partida de cada escalón –prosigue el testimonio–. Antes de la partida, los soldados cerraron las puertas, pero las manos de las personas, llorosas y apesadumbradas, no les permitían cerrarlas del todo. De los trenes salían sin cesar gritos, llantos y lamentos». [23]

El escalón avanzaba un trecho, se paraba, volvía a avanzar. A menudo permanecía en vías muertas para dejar paso a otros trenes, o para esperar la llegada de locomotoras. Las líneas de ferrocarril estaban sobrecargadas y con frecuencia había cierto grado de improvisación en el transporte. Un diplomático británico fue testigo: «a algunas millas de Barnaul, donde el ramal de Biisk se une al

Turksib […] varios vagones de ganado repletos de coreanos fueron "enganchados a nuestro tren"». [24] Los vagones iban abarrotados, cada uno de ellos con unas 30 personas, que «dormían, comían, caían enfermos, morían y se aliviaban» en ese confinado espacio. [25] En poco tiempo, la vida devino en una rutina deprimente y cargada de inquietud.

> En el tren de carga, las personas estaban colocadas en literas de tres niveles. Entre las hileras de literas había una estufa de hierro forjado, donde ardía un fuego día y noche. Los niños, por norma, eran asignados al tercer nivel. El tren iba atestado de personas, como arenques en un barril. [26]

Las condiciones sanitarias «empeoraban con cada día que pasaba. No había agua para lavarnos las manos y aún menos para limpiarnos por completo. La gente empezó a tener piojos […] el mero recuerdo de la suciedad en la que vivíamos me resulta repugnante». [27] La comida planteaba otro problema. Los que tenían dinero podían comprar comestibles en las estaciones de tren del camino, si es que los campesinos locales acudían a los vagones a vender alimentos. Estaba prohibido salir, pues los guardias amenazaban con disparar a quien lo intentase. En algunas estaciones se permitió salir, bajo escolta, a hombres escogidos para obtener agua caliente y comida. [28]

Muchos de los deportados coreanos fueron enviados lejos de las estaciones ferroviarias, a menudo después de nuevos retrasos en espera de transporte, ya fuera una barcaza, si había un río, o trineos, si estaban disponibles. En esta época ya era otoño e incluso invierno. «Viajamos en trineo un día y una noche completa –recordó un superviviente–. Hambrientos y helados hasta los huesos, solo deseábamos una cosa: que todo esto acabase de una vez». [29]

Sin embargo, la llegada no supuso el fin de las desdichas de los «reasentados», como se les llamaba de forma eufemística. Cuando se les notificó que serían deportados, se les dijo que tendrían trabajo y alojamiento. Pero se limitaron a dejarlos en aldeas y pueblos sin más; sin trabajo, ni dinero y, en el mejor de los casos, viviendas improvisadas. «La gente empezó a excavar refugios en el barro e instalarse como mejor podía», reportó un testimonio. «La gente fue acogida en una especie de club –recordó otro–. Pasamos los días invernales del primer año de reasentamiento en condiciones inhumanas». Meses después, muchos seguían buscando trabajo. Sus hijos pasaban hambre. No es extraño que quisieran volver a casa, pero

hacerlo significaba violar la ley. Sobre el papel, los deportados coreanos tenían todos los derechos de los ciudadanos soviéticos, excepto uno: no se les permitía abandonar la región en la que habían sido reasentados. Intentaron, sin éxito, obtener pasaportes internos. [30]

En teoría, los deportados podían llevar con ellos bienes muebles y ganado, aunque muy pocas veces había espacio suficiente en los vagones para tanto equipaje. El 5 de septiembre de 1937, el Politburó solucionó el problema limitando los enseres que podían llevarse a utensilios de casa y materiales agrícolas. El Estado se haría cargo del ganado y compensaría a los propietarios. En la práctica, se aplicaron restricciones aún mayores. «Solo nos permitieron llevarnos las cosas más imprescindibles –recordó un superviviente–, comida para cinco o seis días». Otro testigo informó de que se autorizaron 30 kilos de equipaje por persona. Se suponía que los deportados serían compensados por las propiedades que dejaban atrás. Esto también fue una promesa vacía. Una vez llegados a Kazajistán, recuerda otro testimonio, «vivimos todo el primer invierno junto con otras diez familias y sus ovejas –bajo un mismo techo–. No nos proporcionaron el alojamiento prometido. No nos compensaron las propiedades y casas que habíamos abandonado. No nos devolvieron nuestro ganado». [31]

Por tanto, las deportaciones fueron en realidad una nueva confiscación estatal y un empobrecimiento forzado de la población víctima de estas medidas, cuyo impacto material fue recordado durante décadas:

> Tuvimos que dejarlo todo: una casa nueva, dos caballos y una vaca lechera, toda la cosecha de arroz, kimchi en salazón […] un arcón lleno de sábanas y mantelería, y todos los platos: ollas de cobre, boles hondos y planos, platos, cucharas y palillos, todos hechos de reluciente cobre pulido […] todos los platos se quedaron atrás, esparcidos por el suelo. [32]

No obstante, la pérdida de propiedad era lo menos grave. Las deportaciones fueron acompañadas por el arresto de 2500 coreanos. Estas detenciones formaban parte de una pauta general. Los coreanos eran arrestados por toda la Unión Soviética, desde Moscú a Leningrado, de Omsk a Barnaúl. Al fin y al cabo, eran los años de las operaciones en masa del Gran Terror: «En 1937-1938, casi toda la *intelligentsia* coreana [de la Unión Soviética] fue fusilada», como observó un testimonio con apenas exagerada hipérbole. [33]

Y, por descontado, hubo pérdida de vidas humanas, tanto durante

el transporte (554, según las cifras oficiales) y después de la llegada a Asia Central. «Murieron muchos por el camino –recordó uno de los supervivientes–. Los niños, en particular, perecieron en gran número […] nuestro vecino de vagón, Ivan Kim, perdió a dos niños: su hijo, que tenía unos seis años, y una niña pequeña de tres años de edad». Esta sufrió terribles quemaduras en el horno al rojo vivo que calentaba el vagón y la madre, al tratar de ayudarla, volcó el caldero de sopa hirviendo, que escaldó a su hija. Los padres trataban de ocultar las muertes, pues esperaban llegar pronto y enterrar a sus hijos en un lugar donde pudieran visitar las tumbas. Pero incluso este pequeño consuelo se les negaba, pues pasados tres días los cadáveres comenzaban a oler y los guardias de seguridad los retiraban de los trenes. «Casos así ocurrían a diario en el escalón –reportó el testigo–. Uno podía escuchar gente llorando a todas horas». [34]

Las muertes continuaron tras la llegada.

> La gente que vivía en refugios de barro se empezó a morir porque carecían de las condiciones vitales más elementales. En nuestra familia, los niños murieron: la hija de nueve años de mi hermano mayor, la niña de cinco y el niño de seis años de mi tercer hermano, la niña de tres años de edad de mi cuarto hermano, así como su hijo recién nacido. Casi todo el mundo padecía diarrea, tos, los niños sarampión […] mi madre falleció en diciembre.

El primer invierno de exilio fue terrible. «La gente se empezó a hinchar a causa del hambre. Morían de frío». Cuando llegó la primavera, lo peor había pasado. [35] Al igual que otras deportaciones antes, durante y después de la guerra, la mortalidad inicial durante el transporte y la llegada declinó rápidamente una vez que los supervivientes se organizaron para vivir en su nuevo entorno. «Empezó una gran batalla por la vida –observó un superviviente–. Nuestras brigadas de construcción trabajaron día y noche para construir refugios, cada uno de los cuales acogía a dos familias». Se plantaron arrozales y la cosecha de finales de 1939 fue buena. «Así fue como empezó la labor heroica de los reasentados», afirma al recordar con orgullo esos duros años de su niñez. [36]

Sin duda los coreanos no experimentaron el declive numérico catastrófico que sufrieron kazajos y ucranianos a consecuencia de la hambruna de 1932-1933. Según los datos del censo, su población crecía con más rapidez que la de sus homólogos rusos. Pero esto era

resultado de su resistencia, no de las atenciones de las autoridades soviéticas hacia estos «recursos humanos». Si Ten San Din pudo combatir a los japoneses en 1945, fue gracias a los esfuerzos de su familia y de sus amigos, que habían ganado la lucha desesperada por la supervivencia provocada por las tóxicas sospechas de Stalin hacia su propio pueblo. [37]

EL TERROR

Las nacionalidades minoritarias de aspecto asiático no eran los únicos enemigos ocultos que Stalin creía necesario neutralizar para salvaguardar su frente oriental. ¿Acaso no podía haber también traidores entre las filas del Ejército del este? Como dijo a Liushkov, el verdugo que envió a deportar a los coreanos, pero también a incriminar y arrestar a los supuestos opositores del Ejército del Lejano Oriente: «La guerra con Japón es inevitable; el Lejano Oriente es, sin duda, un teatro bélico. Es necesario limpiar con gran determinación el ejército y su retaguardia de espías enemigos y elementos projaponeses». Estas fueron las órdenes que impartió al jefe del NKVD en el Extremo Oriente: «aterrorice el distrito y la frontera para prevenir cualquier actividad japonesa». [38]

Desde hacía mucho tiempo, las fuerzas de seguridad de Stalin sospechaban que el Ejército de Lejano Oriente estaba repleto de traidores y agentes extranjeros. Entre finales de 1936 y primeros de 1937, una vez se incrementó la vigilancia del Ejército del Lejano Oriente, llegaron nuevos materiales que reforzaron tal convicción. Cada vez más, «se consideraban crímenes políticos actos en apariencia inocuos de militares». Hubo un importante aumento de arrestos por «agitación contrarrevolucionaria» y espionaje. Hacia agosto de 1937 habían sido detenidos y fusilados 15 jefes de brigada, división y otros altos mandos. Los cuarteles generales de cuerpos, divisiones y brigadas también perdieron personal relevante en la sangrienta purga. Los arrestos continuaron durante todo el año siguiente. En conjunto, fueron apresados al menos 432 comandantes del Extremo Oriente, la gran mayoría de los cuales fueron ejecutados, murieron en prisión o se suicidaron. [39]

El terror tampoco respetó a los altos cargos del partido, del Ejército y la policía que acababan de llevar a cabo la deportación de los coreanos. En octubre de 1937, el jefe del partido, Vareikis, fue arrestado. En julio de 1938 fue declarado culpable y fusilado; se le acusaba de ser uno de los líderes en el Lejano Oriente de una

imaginaria conspiración contra Stalin. El jefe militar Blücher fue el siguiente, en octubre de 1938, después de haberse impuesto en la batalla del lago Jasán a un elevado precio. Los policías de Stalin le acusaron de sabotaje y de otros crímenes y trataron de arrancarle una confesión a golpes. «Tenía toda la cara negra y azul –reportó el médico de la cárcel–. Había una hemorragia en el ojo. Estaba anegado de sangre». Blücher murió poco después. [40]

De los tres responsables de la deportación de los coreanos, solo Liushkov escapó al temor paranoico de Stalin a los supuestos traidores y espías del enemigo japonés. El jefe de la policía secreta en el Lejano Oriente, de 38 años de edad, no era ningún ingenuo. Había visto cómo las purgas que él mismo había organizado entre las fuerzas de seguridad, el partido y el Ejército del Lejano Oriente se iban acercando cada vez más a su persona. En la primavera de 1938, recibió orden de presentarse en Moscú. Tales órdenes solían ser el primer paso hacia un arresto, como había ocurrido con Vareikis. Cualquier operativo con experiencia conocía el procedimiento. Pero, de repente, Liushkov encontró su antiestalinista interior y decidió huir. Tras haber hecho el trabajo sucio del dictador, ahora quería «continuar desde el exterior su lucha contra Stalin». Vestido con una gabardina y un gorro de cazador sobre el uniforme, cruzó la frontera de Manchuria la madrugada del 13 de junio de 1938 y se convirtió en el desertor a Japón más espectacular de la historia soviética. [41]

LA GUERRA FRONTERIZA SOVIÉTICO-NIPONA

La deserción de un cargo de tan alto rango fue un duro golpe para unos dirigentes que temían un conflicto militar en dos frentes. Desencadenó la última guerra que libró Blücher antes de su arresto: la batalla del lago Jasán, denominada por los japoneses incidente de Changkufeng (29 de julio al 11 de agosto de 1938). Algo menos de tres meses antes, Borís Mijaílovich Sháposhnikov, jefe del Estado Mayor General del Ejército Rojo, había redactado un informe de la situación estratégica a la que se enfrentaba la Unión Soviética.

> Japón está debilitado a causa del uso de parte de sus recursos humanos y materiales en la guerra con China. Debe mantener a buena parte de sus divisiones en los territorios que ha ocupado en ese país. Por otra parte, Japón ya dispone de un ejército movilizado, que ha sido transferido por completo al continente [asiático]. Esto es, no está impedido por el transporte por mar

en la fase crucial.

> Aun cuando Japón sufriera pérdidas de importancia en la guerra con China, en caso de conflicto armado en Europa entre el bloque fascista [esto es, Alemania e Italia] y la URSS, ese bloque impulsaría al primero a iniciar las hostilidades contra la URSS […]
>
> Por tanto, la Unión Soviética necesita estar preparada para combatir en dos frentes: en el oeste contra Alemania y Polonia, y en parte contra Italia […] y en el este contra Japón. [42]

Ante esta coyuntura, la defección de un alto cargo era alarmante. Era evidente que la frontera debía cerrarse de forma más efectiva, precisamente lo que trataron de hacer los soviéticos. Unidades del Ejército Rojo ocuparon la colina de Changkufeng, una altura dominante en la región fronteriza, mal cartografiada y muy disputada, situada entre Corea, Manchuria y la URSS. [43]

Japón reclamaba que esta colina formaba parte de su territorio y despachó tropas para expulsar a los invasores. A continuación, se lanzó una contraofensiva soviética, que no escatimó hombres en asaltos frontales y cuesta arriba contra posiciones atrincheradas. Hubo duros combates en la remota posición. En esta región no vivía «ni una persona», como informó el comandante que había tomado la colina por primera vez a los líderes políticos y militares del país. Los únicos humanos en toda aquella extensión, como observó Grigori Mijáilovich Shtern, vivían en un puñado de puestos fronterizos. El movimiento de tropas y suministros era un problema. «En realidad, no había carreteras en este sector, solo un sendero recorrido cada tres días por un carro o un coche de la guardia fronteriza». En el interior soviético había carreteras, pero a estas las cruzaban lechos secos que con las lluvias se convertían en torrentes furiosos. No había puentes que las atravesaran, de ahí que el mal tiempo interrumpiera por completo el transporte. «Teníamos grandes problemas para mover nuestras fuerzas –reportó Shtern–, todos nuestros planes de marcha quedaban desbaratados». Dado que el territorio carecía de árboles, no había «ni siquiera un pequeño matorral», no era posible ocultar al enemigo el movimiento de tropas durante el día. De ahí que los soviéticos marchasen de noche, lo cual les ralentizaba aún más. Las unidades de carros avanzaban a ritmo de caracol, entre 1,5 y 2 kilómetros por hora. Al otro lado de la línea de frente, la situación era mucho mejor. Los nipones disponían de numerosas carreteras, transporte fluvial y una vía férrea que llegaba «directa al campo de batalla». [44]

Blücher acabó dirigiendo la batalla en persona. Superó los problemas tácticos y logísticos a base de fuerza bruta: envió tres veces más hombres y cuatro veces más artillería de la que los defensores japoneses podían reunir y lanzó una oleada tras otra contra el fuego nipón. La cooperación entre artillería, carros e infantería era pobre, como señaló después del choque el comisario de defensa Kliment Voroshílov: «Me parece que hemos fracasado en la denominada coordinación de armas, lo cual nos ha provocado un sinfín de problemas». Casi un millar de muertos y más de 3000 heridos después, la colina volvía a estar en manos soviéticas. Por cada japonés caído habían perdido la vida casi dos soldados soviéticos. Este generoso uso de vidas soviéticas por un objetivo dudoso y la falta de pericia táctica en el uso de los recursos militares constituyeron un anticipo de lo que vino en etapas posteriores de la Segunda Guerra Mundial. [45]

De todos modos, Stalin había enviado un mensaje a Tokio: las repuestas débiles a las provocaciones japonesas eran historia. El lago Jasán supuso un claro abandono de la política soviética de apaciguamiento hacia Japón que se venía aplicando desde el inicio de la década. La situación objetiva, por descontado, seguía siendo muy peligrosa, pues el país estaba soportando la destrucción del Gran Terror sin haber superado todavía el caos que había provocado el primer plan quinquenal, el terror de la colectivización y la gran hambruna de esa misma década. Sin embargo, Stalin parecía tener un control mucho más férreo de un país en el que ya nadie le decía la verdad al poder y donde las estadísticas productivas creaban una ilusión de fortaleza. Es más, Stalin sabía que Japón continuaba empeñado en China, lo cual reforzaba su posición en el frente oriental. Este fue el punto decisivo que le llevó a asumir una posición mucho más firme en el Lejano Oriente. Solo un año antes, justo antes de la escalada del puente de Marco Polo, los soviéticos se habían echado atrás en un choque fronterizo similar: el incidente del río Amur, cerca de Blagovéshchensk, el 30 de junio de 1937. Los japoneses habían hundido un cañonero soviético de los que patrullaban el río entre Manchuria y la Unión Soviética, además de dañar a otros dos. Los supervivientes que trataron de llegar a nado a la orilla fueron ametrallados. El motivo de la disputa era si una isla situada en mitad del río era territorio soviético o manchú. Después del asalto a las cañoneras, los soviéticos se echaron atrás y evacuaron la isla, que quedó en manos de los japoneses. Esta escaramuza inspiró una famosa canción bélica soviética acerca de tres conductores de carros, [46] aunque la realidad estaba muy lejos de ser heroica: había sido una

humillante retirada para evitar un choque con el Ejército imperial. Un año más tarde, con el enemigo ocupado en China, los soviéticos les hicieron frente.

La prueba final de esta confianza renovada fue la batalla de Jaljin Gol, o «incidente de Nomonhan» como la llamaron los japoneses. Desde el punto de vista técnico, no fue un «incidente fronterizo» soviético-nipón, pues tuvo lugar en la línea de demarcación indefinida entre Mongolia y Manchukuo, satélites respectivos de soviéticos y japoneses. Mongolia fue el primer Estado títere de los soviéticos. Establecido en 1924, sirvió de modelo de experiencias similares en el este de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Manchukuo, fundado en 1932, fue el modelo que los japoneses emplearon para gobernar Manchuria por delegación. El trazado exacto de la frontera entre ambos Estados estaba en disputa. Uno de los puntos de fricción era si la línea pasaba por el río Jalja (Jaljin Gol en mongol) o la aldea de Nomonhan, unos 16 kilómetros al este. Después de una serie de escaramuzas en mayo y ataques aéreos nipones en junio, en julio empezó una batalla a gran escala.

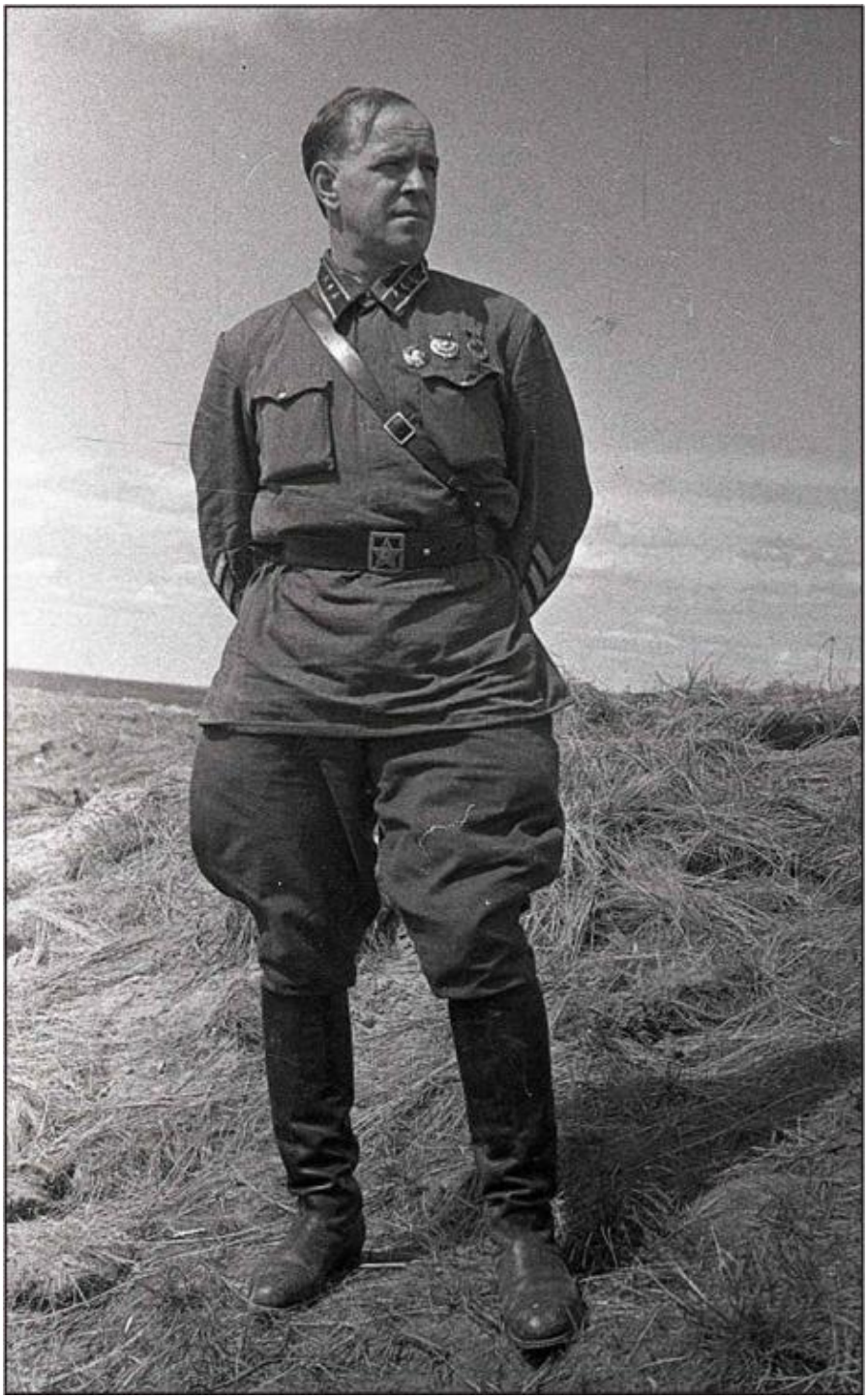
El bando soviético estaba al mando de Gueorgui Zhúkov, de 42 años de edad y una de las estrellas ascendentes del Ejército. Zhúkov, que, al igual que Stalin, provenía de orígenes en extremo humildes, había combatido en la Primera Guerra Mundial y después en la Guerra Civil y permaneció en el Ejército Rojo para hacer carrera en él. Su desempeño militar se aceleró durante la década de 1930, a causa de la gran expansión del Ejército y también a causa de la purga de sus superiores, que le facilitó el camino. En su autobiografía afirma que estuvo a punto de perecer en las purgas y su hija comentó que siempre tenía preparada una bolsa por si lo arrestaban. No obstante, como señala su biógrafo, llegó a Mongolia como verdugo, no como víctima: «fue enviado al Lejano Oriente a ejecutar una purga». [47]

Zhúkov llegó a Mongolia el 24 de mayo, entre los primeros choques del 11-12 de mayo y el primer enfrentamiento a gran escala, el 28 de mayo. Remitió una serie de duros informes en cuanto a las carencias de mando, táctica y entrenamiento en la región. Esto hizo que el 12 de junio fuera nombrado comandante del LVII Cuerpo. Impuso orden, organizó la recopilación de información y mejoró el entrenamiento. Cuando se reemprendieron los combates, en julio, amenazó con un consejo de guerra a los jefes subordinados que no dirigieran a sus efectivos:

Por su manifiesta inactividad en la organización del vadeo [del

río] y su incapacidad de establecer el control de sus tropas para preparar la batalla, amonesto al comandante de regimiento, camarada Stepánov, al comisario militar, camarada Musin, así como al jefe de Estado Mayor, camarada Nerot. Les advierto que si no ponen orden en el regimiento, si comandante y Estado Mayor permanecen inactivos, plantearé un consejo de guerra al comisario de defensa popular. [48]

No eran amenazas vacías. «El 12 de julio el comandante de una compañía de ametralladoras, Potapov, fue arrestado y fusilado de forma ejemplar delante de sus soldados», reportó pocos días después un oficial político. El jefe de batallón German, que «había provocado en persona la retirada de sus soldados», también fue ejecutado. Igualmente, hubo castigos ejemplares para las clases de tropa: los soldados del Ejército Rojo Nikitin y Maltsev, que se habían disparado la mano izquierda para escapar del combate, fueron sentenciados a muerte por cobardía, además de sufrir la confiscación de todas sus propiedades. «¡Muerte a los despreciables cobardes y traidores!», proclamaba la orden del día de Zhúkov a sus unidades, a las que informaba de las ejecuciones. Tales palabras y actos se repitieron una y otra vez durante toda la Segunda Guerra Mundial soviética. [49]



Gueorgui Konstantínovich Zhúkov en Jaljin Gol, agosto de 1939. Tras vencer en la batalla de Jaljin Gol para Stalin, Zhúkov acabó siendo uno de los jefes militares soviéticos más célebres de la Segunda Guerra Mundial.

La batalla de Jaljin Gol fue más que un incidente fronterizo. Fue una sucesión de escaramuzas y batallas disputadas durante meses a lo largo de un prolongado frente, que se iniciaron el 11 de mayo y no finalizaron hasta el 16 de septiembre, más de dos semanas después de que estallase la guerra en Europa con la embestida alemana contra Polonia del 1 de septiembre. En todo caso, las múltiples batallas de Jaljin Gol constituyeron una «pequeña guerra no declarada», como la denominó un historiador. Incluso podemos ir más allá y considerarla la culminación de la contienda fronteriza soviético-nipona de 1938-1939, que, a su vez, fue parte integrante de la Segunda Guerra Mundial global.

En Jaljin Gol entraron en liza 100 000 hombres y 1000 vehículos de combate en varios choques que se prolongaron durante cuatro meses. Los 30 000-50 000 muertos y heridos de ambos bandos son indicativos de la magnitud de los enfrentamientos. La victoria soviética, como veremos, tuvo consecuencias inmensas en la evolución posterior de la Segunda Guerra Mundial. [50]

Aunque hoy apenas se le recuerda, tras la batalla de Jaljin Gol se celebró el brillante uso que hizo Zhúkov de las concentraciones de blindados e infantería motorizada, apoyadas por aviación y coordinadas con fuego artillero: esto es, una «batalla en profundidad» modélica. Era un ejemplo de lo que el Ejército Rojo podía hacer si sus modernas fuerzas mecanizadas estaban en manos de los comandantes adecuados. La logística planteaba un desafío inmenso, con una línea de suministros de 650 kilómetros hasta la línea de ferrocarril más próxima. Una flota de 4900 camiones y otros automóviles, que incluía vehículos de combate como tractores de artillería, iba y venía para transportar 18 000 toneladas de proyectiles de artillería, 6500 de munición de aviación, 22 500de lubricantes y fuel, 4000 de víveres y 4000 toneladas de «otros bienes». Los conductores eran héroes como «auténticos colosos», se maravilló Zhúkov en sus memorias. Estos «hicieron prácticamente lo imposible. En medio del calor sofocante y de vientos tórridos, ¡la circulación del transporte en un diámetro de 1300-1400 kilómetros duraba cinco días!». [51]

La batalla, modelo de operación coordinada mecanizada interarmas, presentó un marcado contraste con la acción del lago Jasán. En retrospectiva, parecía ser un anticipo del futuro: las batallas de 1944 en las que la apisonadora del Ejército Rojo laminó a la Wehrmacht en una serie de combates ofensivos que implementaban la teoría de la «batalla en profundidad». Este punto de vista ha sido matizado por historiadores militares que han señalado que la realidad

no era tan ideal como la presentan los recuerdos de Zhúkov. Incluso bajo su liderazgo, el Ejército Rojo era efectivo, pero no eficiente. Las fuerzas acorazadas se lanzaban sin apoyo de infantería, la coordinación entre armas era a menudo deficiente y tenía que compensarse con el uso de una «fuerza abrumadora». [52]

Es más, el moderno Ejército Rojo de Zhúkov –tanto el de 1939 como el posterior, de 1941-1945– estaba integrado en una fuerza decimonónica cuya movilidad dependía de caballos, trenes y marchas forzadas. La guerra en Jaljin Gol fue particularmente motorizada, pues las distancias que había que recorrer hacían del todo esencial el transporte automóvil para el suministro y el terreno favorecía la guerra de maniobra con unidades mecanizadas. Sin embargo, en Mongolia también hubo numerosos caballos. «En enero de 1939 –recordó un veterano–, llegué a Mongolia con la 6.ª Brigada de Caballería […] asumí el mando de una sección. Había 30 personas y 60 caballos». ¿Por qué tantas bestias? Porque la artillería también era hipomóvil y cada pieza necesitaba cuatro monturas. «Así pues, en la sección había más caballos que personas», concluyó. Las primeras escaramuzas fueron libradas por efectivos de caballería, de modo que hacia el 8 de agosto las 6.ª y 7.ª divisiones de caballería mongolas habían perdido más caballos (553 muertos y 558 heridos) que hombres (133 muertos, 407 heridos y 8 desaparecidos en combate). [53]

LOS RESULTADOS DE LA VICTORIA SOVIÉTICA EN EL ORIENTE

Ni soviéticos ni japoneses denominaron «guerra» a los combates de la frontera. Para Stalin, el lago Jasán y Jaljin Gol fueron «pequeños episodios […] minucias, no una guerra». [54] Los historiadores, de forma involuntaria, siguieron su ejemplo, pues trataron los «incidentes fronterizos» como hechos sin consecuencias. Habían sucedido en un lugar olvidado, en regiones que la mayoría de europeos, estadounidenses o australianos serían incapaces de encontrar en un mapa. Además, muy pocos territorios cambiaron de manos a consecuencia de estos choques. La línea fronteriza permaneció relativamente estable, a pesar de las vidas que se habían perdido en ella. En todo caso, estas escaramuzas fueron consideradas una guerra menor, pero no parte integrante de la Segunda Guerra Mundial. En fechas recientes, este menosprecio de la lucha fronteriza soviético-nipona ha sido cuestionado por historiadores que consideran que la historia de Asia fue parte integral de la conflagración global. Una

visión que queda respaldada por buenos argumentos.

En primer lugar, las batallas del lago Jasán y de Jaljin Gol formaban parte de una pauta más extensa. Hubo choques fronterizos entre soviéticos y japoneses en el invierno y en la primavera de 1936, en junio de 1937, en julio y agosto de 1938, en febrero de 1939 y más tarde de mayo a agosto de ese mismo año. Si consideramos todo el conjunto de «incidentes» militares entre los mismos adversarios, y a lo largo de la misma frontera, es posible denominarlo «guerra». En segundo lugar, estos «incidentes» que en 1936 y 1937 fueron acciones menores, en 1938 y 1939 constituyeron batallas de importancia. No era lo mismo que Stalin las infravalorase desde su puesto privilegiado en el Kremlin, que experimentar de primera mano esas supuestas trivialidades. «Para nosotros, los pilotos del 22.° Regimiento de Cazas –observó un veterano–, la Gran Guerra Patriótica empezó en la primavera de 1939». Para otros participantes en los combates también era obvio que «lo ocurrido en Jaljin Gol […] no era un choque, sino una guerra real, aunque no declarada». Los cerca de 10 000 soviéticos muertos y desaparecidos en Jaljin Gol, o las 25 000 «bajas irrecuperables» del otro bando constituyeron una guerra «real». En 1939, los alemanes solo perdieron 16 000 hombres en Polonia y a nadie se le ocurre sostener que esto fuera un «incidente» o un «choque fronterizo», pero no una contienda. La Guerra Chino-Japonesa también está considerada una verdadera contienda por los historiadores, aun cuando en 1939 los dirigentes nipones estuvieran más preocupados por el «incidente» de Nomonhan que por la «guerra» con China. [55]

El liderazgo soviético también permanecía en ascuas. Hasta 1937, el esfuerzo económico soviético había seguido lo que los planificadores denominaban «modelo americano»: la construcción de «industrias de doble propósito» que podían cubrir las necesidades civiles en tiempo de paz y ser reconfiguradas para la producción de defensa en caso de guerra. En los años 1938 y 1939, sin embargo, los soviéticos optaron por una militarización exhaustiva de la industria, dado que la guerra total parecía asomar por el horizonte. Jaljin Gol fue uno de los episodios de tal alarma bélica: el 1 de agosto de 1939, el comisario de defensa Voroshílov ordenó a todas las fuerzas del Lejano Oriente prepararse de inmediato para el combate. En caso de ser atacadas, debían estar dispuestas para lanzarse a la ofensiva. El frente oriental parecía a punto de estallar en cualquier momento. [56]

En tercer lugar, los combates entre las fuerzas japonesas y soviéticas de 1938 y 1939 estaban profundamente imbricados con la

contienda chino-nipona. Ya hemos visto cómo el inicio de las hostilidades en China animó a los soviéticos a mostrar más firmeza en la frontera con Japón, lo cual provocó las encarnizadas batallas de 1938 y 1939. La participación soviética en la lucha por la supervivencia de China también contribuyó al conflicto fronterizo con Japón. El esfuerzo bélico soviético en Nomonhan recibió el apoyo de los asesores militares que operaban en China: la información de inteligencia reunida en torno a las unidades imperiales en China les ayudó a derrotar al enemigo en Mongolia. De igual modo, la batalla también apoyó la resistencia china, pues obligó a retirar efectivos y material de la batalla de Wuhan. [57]

Cuarto, y el más importante: las consecuencias a largo plazo de los resultados de la guerra fronteriza soviético-nipona de 1938-1939. «Una gran lección […] para los samuráis –como afirmó un veterano–. Incluso cuando los alemanes estaban en las afueras de Moscú –a finales de 1941, en el momento más aciago de la Segunda Guerra Mundial soviética–, Japón no acudió en ayuda de su aliado Hitler. El recuerdo de la derrota de Jaljin Gol estaba todavía muy reciente». La decidida resistencia del Ejército Rojo en Manchuria y Mongolia convenció a Tokio de que la Unión Soviética era un adversario que tener en cuenta. «Se revisaron al alza las estimaciones de lo que sería necesario para derrotar a los rusos», escribe el autor de una historia diplomática pionera. Los planificadores japoneses preveían que el 70 por ciento de las fuerzas terrestres niponas apenas eran suficientes para atacar a la Unión Soviética. «En tales circunstancias –concluye otro historiador–, Japón no podía plantearse una guerra en dos frentes». Por tanto, debía tomarse una decisión: el resultado de Jaljin Gol reforzó a la facción que abogaba por la estrategia «meridional» o «del Pacífico» y debilitó a quienes consideraban a los soviéticos el principal enemigo. En último término, este giro hacia el sur los llevó a la guerra con Estados Unidos tras el ataque de Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941, uno de los puntos de inflexión más decisivos de la Segunda Guerra Mundial. Hizo que la mayor economía del mundo entrase del bando de la alianza que se impuso en la guerra. A partir de 1942, la US Navy adoptó el papel que China había desempeñado para los soviéticos desde 1937, con lo que le ahorró a Stalin tener que combatir una guerra de dos frentes. Por ello, la batalla de 1939 en la línea divisoria mongola-manchú ha sido definida, con toda justicia, como «la batalla más importante de la Segunda Guerra Mundial de la que la mayoría de personas nunca han oído hablar». [58]

Prisioneros soviéticos capturados en Jaljin Gol se disponen a cenar, 1939. La olvidada contienda fronteriza soviético-nipona fue una parte integral de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de sus muchas consecuencias, la contienda de la frontera soviético-nipona no fue una guerra de agresión, sino defensiva. El liderazgo soviético se aseguró de que los combates quedasen localizados. El Ejército Rojo no explotó las victorias para tratar de conquistar nuevos territorios. Por el contrario, los combates trataban de defender la línea fronteriza y mantener en manos soviéticas lo que estos afirmaban que era suyo. Tal carácter defensivo presentó un marcado contraste con lo que ocurrió en el oeste una vez ganada la batalla de Jaljin Gol.

En consonancia con esta postura defensiva, los soviéticos firmaron un tratado de no agresión con Japón en abril de 1941, pocos meses antes de que la URSS fuera atacada por el socio germano de Japón. El tratado permaneció en vigor hasta que Stalin lo rompió en el verano de 1945, cuando hubo liquidado a Hitler. Hasta entonces, los soviéticos se mantuvieron neutrales en el Pacífico, lo cual les ayudó en dos aspectos. Primero, les cubrió las espaldas, de modo que pudieron concentrar sus fuerzas en la guerra en el oeste. A pesar de que nunca despojaron por completo de tropas el frente oriental, la neutralidad con respecto a Japón permitió a la Unión Soviética lanzar al matadero del frente occidental muchos más efectivos de lo que habría sido posible en caso contrario. En momentos esenciales, en particular la

batalla de Moscú del invierno de 1941-1942, esta capacidad de transferir efectivos al oeste resultó decisiva. Por último, como veremos en el Capítulo 5 , la neutralidad en el Pacífico también mantuvo abierta una relevante vía para la asistencia aliada durante la guerra contra Alemania: las rutas marítimas de las aguas niponas. Por tanto, debemos concluir que la contienda con Japón de 1937-1938 no solo fue una verdadera guerra, sino que también fue una importante victoria soviética. La victoria en el oriente, junto con lograr convencer a los aliados occidentales de que Europa oriental debía ser el patio de atrás después de 1945, fue el mayor logro diplomático militar de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial.

_____

NOTAS

1 La historia militar más actualizada de la contiendas sino-japonesas es la de Peattie, M., Drea, E. y Vee, H. van de (eds.), 2011.

2 O'Sullivan, Ch. D., 2013, vol. 1, 63-76, en particular pág. 63.

3 Taylor, J., 2009, 47.

4 Acerca de la complejidad de las guerras civiles «rusas», *vid* . Smele, J. D., 2015; y Engelstein, L., 2018.

5 Harmon Tupper escribió una vívida historia del ferrocarril Transiberiano. *Vid* . Tupper, H., 1965.

6 Por tanto, en el debate de si Stalin era realista o si le impulsaba la ideología, el presente libro sigue la opinión de los especialistas que sostienen que es una falsa dicotomía: era ambas cosas. *Vid* . Pons, S., 2002.

7 Davies, R. W., 1996, 80-81, 113-118; Stone, D. R., 2000, capítulo 8 y 1931 cita pág. 185. Cita de 1936: conversación de Stalin con un periodista estadounidense, transcripción reproducida en Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS (ed.), 1974, vol. 19, 105-114; en particular pág. 107. Cifras: Buriakova, A. M. y Shinin, O. V., 2013, 234.

8 Komkor Lapin, reporte del 27 de marzo de 1937, RA/VO 18-17, n.° 1, 74-78, en particular pág. 78; incidentes fronterizos: Naumkin, V. V. *et al* . (eds.), 2010, 75-76.

9 «Treaty of Non-Aggression Between the Republic of China and the Union of Soviet Socialist Republics. Signed at Nanking, August 21st , 1937», en *League of Nations Treaty Series: Treaties and International Engagements Registered with the Secretariat of the League of Nations (1937-1938)* , 1938, vol. 181, 103-105; Zhang, B., 2011, 289-290.

10 Pokrovskii, K. M., 1989, 205-221, en particular pág. 205-206 (cita), 209-210.

11 Memorias de Andrei Rovnin, en Koshelev, A. (ed.), 2005, 168-169.

12 Reporte del jefe de inteligencia del Estado Mayor General del Ejército Rojo de los resultados de los asesores soviéticos en el Ejército chino (octubre de 1939 a febrero de 1941) (7 de marzo de 1941), RA/VO 18-17, n.° 1, 224-229, en particular pág. 225; Zhang, B., *op. cit* ., 290; Mitsuro, H., 2011, 244-245.

Cita del historiador MacKinnon, S. R., 2008, 102.

13 Zhang, B., *op. cit* ., 290-291. Krivosheev, G. F., 2001, 168; Discurso de recepción al Kremlin de los miembros del Sóviet Supremo de la URSS, 20 de enero de 1938, en Nevezhin, V. A. (ed.), 2003, 178; Coox, A. D., 1985, 174.

14 Mil'bakh, V. S., 1 de diciembre de 2003, 58-130, en particular pág. 64; Gorbunov, E. A., 2010, 141, 194, 214.

15 Pak, B. D. y Bugai, N. F., 2004; Suturin, A., 1991, 181-183; Poliakov, Iu. A. *et al* . (eds.), 2007, 88, 106. También había en la región del Lejano Oriente 24 589 chinos (Poliakov, Iu. A. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 106). Resolución del Politburó del 21 de agosto de 1937: «Sobre los coreanos», reimpreso en Khaustov, V. N. *et al* . (eds.), 2006, 325-326. Resolución paralela (en los mismos términos exactos) del Consejo de Comisarios del Pueblo y Comité Central del Partido Comunista (n.° 1428-1432 y ss), 21 de agosto de 1937, «Sobre la expulsión de la población coreana de las regiones fronterizas de la Región del Lejano Oriente», (firmado por Stalin y Mólotov) reproducido en Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005, 83-84.

16 Pak, M., 2002, 42-55, en particular pág. 51; I. Bolodin, «Espías enemigos en el Lejano Oriente soviético», *Pravda* , 23 de abril de 1937, 5.

17 Ezhov a Stalin, 5 de julio de 1937, RGASPI f. 558, op. 11, d. 203, l. 93-97; «Actividad subversiva de la inteligencia japonesa», *Pravda* , 9 de julio de 1937, 4-5; continuado en *Pravda* , 10 de julio de 1937, 4-5; «Provocación japonesa en China septentrional», *Pravda* , 9 de julio de 1937, 5; continuación en *Pravda* , 10 de julio de 1937, 5.

18 Resolución del Politburó del 21 de agosto de 1937: «Sobre los coreanos», 325; Resolución n.° 1b47-377 ss del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, 28 de septiembre de 1937 (firmado por Mólotov y N. Petrunichev), reproducido en: Pobol, N. L. y Polian, P. M., *op. cit* ., 89, en particular pág. 45.

19 Stalin a Vareikis, Blücher, Liushkov, 11 de septiembre de 1937, 17.40 h, RGASPI f. 558, op. 11, d. 57, l. 72.

20 Entrevista a Ten San Din (27 de febrero de 2015) [https://iremember.ru/memoirs/razvedchiki/ten-san-din/].

21 Martin, T., 2001, 305-337, en particular págs. 321-322.

22 «En el Consejo de Comisarios del Pueblo y el CC del PCUS(b)», *Pravda* , 20 de diciembre de 1937, 6. Reporte del comisario del Interior N. I. Ezhov (29 de octubre de 1937), en *Istoriia Stalinskogo Gulaga: Konets 1920-kh-pervaia polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh* [Historia del Gulag de Stalin: finales de 1920-primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], 2004-2005, vol. 5, 237.

23 Kim, V., 2002, 61-70, en particular pág. 62. Citas: Li, G. N., 1997, 308-316, en particular págs. 310-311.

24 Maclean, F., 2009, 60.

25 Li, G. N., *op. cit* ., 310.

26 Ten, K., 2002, 56-60, en particular pág. 57.

27 *Ibid* ., 58.

28 Kim, V., *op. cit* ., 62.

29 Ten, K., *op. cit* ., 59 (cita). Acerca de las barcazas: Kim, V., *op. cit* ., 63.

30 Reporte del responsable del Banco Agrícola de la URSS, M. V. Vynosov (15 de diciembre de 1937); carta colectiva a Mólotov (29 de enero de 1938); ambos documentos reproducidos en *Istoriia Stalinskogo Gulaga: Konets 1920-kh-pervaia*

polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh [Historia del Gulag de Stalin: finales de 1920-primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], *op. cit* ., vol. 5, 238-240; citas: Kim, V., *op. cit* ., 63; Li, G. N., *op. cit* ., 312; Del responsable del departamento de asentamientos de trabajo del GULAG al comisario adjunto de Asuntos Internos de la Unión Soviética, camarada Chernyshov (5 de octubre de 1939). Reproducido en Dugin, A. N. (ed.), 1999, 84.

31 Decreto del Politburó de fecha 5 de septiembre de 1937. Reproducido en Gatagova, L. S. (ed.), 2012, 140-141; Kim, V., *op. cit* ., 61; Li, G. N., *op. cit* ., 310; Sergei Iugai, «O nasheisem'e» [Sobre nosotros], en Kim, A. (ed.), 2002, 33.

32 Anatolii Kim, «Zheltye kholmy Kazakhstana» [Las colinas amarillas de Kazajistán], en Kim, A. (ed.), 2002, 23-29, en particular pág. 25.

33 Pak, M., *op. cit* ., 46-47; Sergei Iugai, *op. cit* ., 31.

34 Sergei Iugai, *op. cit* ., 33; Kim, V., *op. cit* ., 63. cifras: Pak, B. D. y Bugai, N. F., *op. cit* ., 258.

35 Kim, V., *op. cit* ., 64-65.

36 Li, G. N., *op. cit* ., 312.

37 Si tomamos como referencia la cifra de 1926, su número se incrementó en un 93 por ciento en 1937 (previa a la deportación) y hacia 1939, a pesar de las deportaciones, se había duplicado con creces. Mientras tanto, la cantidad de rusos solo aumentó en un 28 por ciento, el de ucranianos descendió un 10 por ciento y la cifra equivalente de coreanos en un 22 por ciento [https://www.demoscope.ru/weekly/ssp/ussr_nac_26.php]; Poliakov, Iu. A. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 86; *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1939 goda. Osnovnye itogi. Rossii* [Censo de población de toda la Unión de 1939. Resultados principales. Rusia], 1999, 57.

38 Coox, A. D., 1998, 145-186, en particular págs. 151, 152, 159. Acerca de Liushkov y la deportación de los coreanos: pág. 155.

39 Whitewood, P., 2015, 209, 220. Mil'bakh, V. S., *op. cit* ., 58-130, 89-91, 123, cita en pág. 80.

40 Khaustov, V. N., Naumov, V. P. y Plotnikova, N. S. (eds.), 2004, 643-44 n.° 32; Mil'bakh, V. S., *op. cit* ., 113 (cita). La muerte de una paliza fue confirmada en el reporte final de la Comisión del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética acerca de los motivos de la represión de la década de 1930 (1963), en Artizov, A. N. *et al* . (eds.), 2003, 541-670, en particular pág. 589.

41 Coox, A. D., 1998, cita en pág. 160.

42 De B. M. Sháposhnikov al comisario de defensa K. E. Voroshílov, reporte secreto, 24 de marzo de 1938, publicado en línea en 2019 por el Ministerio de Defensa ruso [http://pakt1939.mil.ru].

43 Salvo que se especifique lo contrario, la presente sección se basa sobre todo en los tres libros siguientes: el magistral volumen de Coox, A. D., 1985; el trabajo de Stuart D. Goldman, más accesible y un poco más actualizado, Goldman, S. D., 2013; y el capítulo dedicado a Jaljin Gol de la obra de Geoffrey Roberts (Roberts, G., 2012), un fidedigno relato que evita algunos errores presentes en los dos estudios anteriores, que se basaban demasiado en la memorias de Zhúkov y no utilizaban otras fuentes documentales, ahora disponibles, del bando soviético.

44 Protocolo del reporte del comandante del 1.er Ejército de la Bandera Roja, camarada Stern, acerca de la operación del lago Jasán, en la reunión del

consejo militar del comisario de Defensa (al que asistieron Stalin, Mólotov, Kaganovich, Kalinin, Andreev, Zhdánov y Mikoyán), 26 de noviembre de 1938. Reproducido en *Voennyi sovet pri narodnom komissare oborony SSSR. 1938, 1940 gg.: Dokumenty i materialy* [Consejo Militar dependiente del Comisario de Defensa del Pueblo de la URSS. 1938, 1940: Documentos y materiales], 2006, 206-216, en particular págs 210-211.

45 Gorbunov, E. A., *op. cit* ., 265-266 (cita). Acerca de la superioridad soviética en hombres y artillería, *vid* . Goldman, S. D., *op. cit* ., 72. En un principio, los soviéticos admitieron haber sufrido 236 muertos y 611 heridos: RA/VO 18-17, n.° 1: 103. Los reportes procedentes de los archivos indican unas pérdidas totales de 960 muertos y 3279 enfermos y heridos; Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 81. Las pérdidas niponas ascendieron a 526 muertos y 914 heridos: Goldman, S. D., *op. cit* ., 73. Por tanto, la ratio de pérdidas entre japoneses y soviéticos fue la siguiente: 1 a 1,8 en muertos, 1 a 3,6 en heridos. Acerca de la falta de coordinación entre las diversas armas: Korotaev, V. I., 2005, 107; la cita de Voroshílov está en Gorbunov, E. A., *op. cit* ., 265-266.

46 «Tri tankista/Three Tank Drivers», (1937), texto en ruso y en inglés extraído de Geldern, J. von y Stites, R., 1995, 318-319.

47 Roberts, G., *op. cit* ., 47. Acerca de la bolsa preparada: *ibid* ., 46.

48 Orden n.° 06 a las tropas del LVII Cuerpo Especial n.° 06 (11 de julio de 1939), firmada por Zhúkov, Nikishev, Testov, reproducida en Krasnov, V., 2005, 112.

49 Reporte del jefe de la administración política del Ejército Rojo, Abramov, por la situación político-moral del personal de la 82.ª División de Fusileros (16 de julio de 1939), RA/VO 18-17 (1): 124; Orden n.° 012 a las tropas del LVII Cuerpo Especial (13 de julio de 1939), firmada por Zhúkov, Nikishev, Testov, reproducida en Krasnov, V., *op. cit* ., 113-114.

50 Cita: Goldman, S. D., *op. cit* ., 79, cifras en pág. 3. Los soviéticos perdieron 9703 muertos y 15 952 enfermos y heridos: Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 179.

51 Zhúkov, G. K, 2002, vol. 1, 167-168.

52 Hill, A., 2017, 95-97, 106, cita en pág. 97.

53 Coox, A. D., 1985, 189, 190, 191, 206, 207, 229, 231, 232, 248, 306, 576, 579, 667, 190-191; Artem Drabkin, entrevista a Aleksandr Filippovich Panuev (22 de julio de 2006) [https://iremember.ru/memoirs/gmch-katiushi/panuev-aleksandr-filippovich/]; Pozniakov y Voronin, reporte secreto de las batallas del río Jaljin Gol del 15 de mayo al 10 de agosto de 1939 (10 de agosto de 1939), reproducido en Artizov, A. N. *et al* . (eds.), 2014, 278-281 y en particular pág. 280. Acerca de las primeras escaramuzas, *vid* . Coox, A. D., 1985, 190-191.

54 Stalin al frente de los altos mandos del Ejército Rojo, 14 de abril de 1940, en Naumov, V. P. (ed.), 1998, 603.

55 Acerca de los incidentes fronterizos: RA/VO 18-17, n.° 1: 67-69, 72, 90, 111. Recuerdos de los veteranos: Pavel Soklov'even, en Koshelev, A. (ed.), *op. cit* ., 144; y Ganin, N. I., 2013, 23-24; comparación con las cifras de Polonia: Mawdsley, E., 2009, 72; acerca de las inquietudes chinas, Ryoichi, T., 2011, 217.

56 Samuelson, L., 2000, 202-203; acerca del paso a la producción de defensa, *véase también* Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018, capítulo 9. Orden de Voroshílov al mando de las fuerzas soviéticas del

Lejano Oriente, 1 de agosto de 1939, RA/VO 18-17, n.° 1, 125-126.

57 MacKinnon, S. R., *op. cit* ., 102; Goldman, S. D., *op. cit* ., 74.

58 Cita del veterano Nikolai Bogdanov en Koshelev, A. (ed.), *op. cit* ., 151; Haslam, J., 1992, 141 («in these circumstances»); Coox, A. D., 1985, xiii, 1078-1079 (Jaljin Gol como punto de inflexión); Goldman, S. D., *op. cit* ., 5 («most important […] battle»).

---

* N. del T.: (sic). El A6M2 Zero no entró en servicio sobre China hasta julio de 1940.

CAPÍTULO 3

La guerra en el oeste, 1939-1940

PACTO CON EL DIABLO

«Los últimos minutos antes de partir. Adiós, querido diario. Me han movilizado y marcho al centro de reclutamiento». Stepan Podlubny, autor de un diario cuya crónica desesperada de la década de 1930 ha asumido cierta notoriedad entre los historiadores del estalinismo, se disponía a morir en la contienda que se había iniciado en Europa. Aunque la entrada del 11 de septiembre de 1939 no sería la última de su diario. Su movilización resultó ser un error y continuó, al menos por el momento, con su vida civil. Al igual que muchos ciudadanos soviéticos, tenía conocimiento de la guerra en el oriente, presente en los medios soviéticos durante todo 1938 y 1939. «Hubo los sucesos del lago Jasán, las batallas de Jaljin Gol –recordó una voluntaria, Maria Iakovlevna Starchúkova, nacida en 1924–. Teníamos presente a todas horas la amenaza del Japón militarista. Constantemente llegaban noticias de que los guardias fronterizos habían capturado a saboteadores enemigos ocultos en la taiga. Así es como nos preparábamos para el trabajo y la defensa». La Unión Soviética, escribió Podlubny el 17 de septiembre, había librado «una guerra menor contra los japoneses y los manchúes» después de una primera serie de escaramuzas. «Acabamos por acostumbrarnos a las noticias del conflicto en oriente». [1]

En el oeste era diferente. Aquí, pensaba Podlubny, todo había permanecido en calma hasta ahora. Sin embargo, el 22 de agosto, los ciudadanos soviéticos supieron de las negociaciones en curso con Alemania: dos días más tarde, el pacto se hizo público en la prensa soviética, que lo celebró como un gran avance hacia la paz. Inmediatamente después de su ratificación por el Sóviet Supremo, el 28 de agosto, los alemanes atacaron Polonia el 1 de septiembre. Ese día, el comisario de Asuntos Exteriores, Viacheslav Mólotov, ocupó

toda la portada y un tercio de la página tercera del *Pravda* para defender el pacto. La noticia del estallido de la guerra fue notificada al día siguiente en la segunda página. El 17 de septiembre, Mólotov informó a la población soviética en una alocución radiofónica que el Alto Mando soviético había ordenado al Ejército Rojo entrar en Polonia. [2]

Podlubny estaba estupefacto. «Ahora nos disponemos –lamentó– a conquistar un pedazo de lo que Alemania ya casi ha tomado por completo. Hemos dejado en la estacada a los Estados democráticos y nos hemos aliado con los fascistas». Pero todo iba a acabar bien, se convenció a sí mismo. La marcha contra Polonia marcaría el inicio de las hostilidades contra los germanos, que serían expulsados de Polonia por el Ejército Rojo.

Mas Podlubny no era el único en sentirse confuso por el pacto Hitler-Stalin, un giro radical de la política soviética con respecto a Alemania. Desde que Hitler tomó el poder en 1933, Alemania había reemplazado a Polonia en el rol de principal amenaza en el oeste. Se había instruido a la ciudadanía soviética acerca de la barbarie de los «los fascistas» y del peligro que suponían para la paz mundial. Moscú se había convertido en el destino principal de los comunistas germanos que escapaban de la persecución. Muchos de ellos cayeron víctimas del Gran Terror y ahora algunos de los supervivientes fueron entregados a los nazis.

Los reportes del estado de ánimo de la población en 1939, si dejamos de lado el apoyo obligado a la nueva línea ideológica, incluían numerosas expresiones de «confusión, alarma y muchas preguntas del tipo "¿por qué antes gritaban que los fascistas eran el enemigo y ahora firman un tratado con ellos?"». «Ellos acusaron a Inglaterra y Francia de traicionar a Checoslovaquia en Múnich –señaló uno de los comentaristas de la tropa–, pero no mencionan que ahora en Moscú hemos traicionado a Polonia, al dejarla en manos de Alemania». La URSS estaba llevando a cabo «una política de gran potencia, en nada diferente a la de la Rusia prerrevolucionaria», señaló otro. El objetivo era, especuló, recuperar las fronteras del antiguo imperio. Hacer causa común con Hitler era inmoral, observó un tercero, que exclamó: «¿Qué ha sido de nuestra ética?». [3]

La turbación provocada el Tratado de No Agresión entre Alemania y la URSS del 23 de agosto de 1939 se ha prolongado hasta nuestros días. El pacto, más conocido como «Hitler-Stalin» o «Mólotov-Ribbentrop», incluía un protocolo secreto que dividía el este de Europa en «esferas de influencia». «En el caso de una reorganización

territorial y política de las áreas pertenecientes a los Estados del Báltico (Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania) –afirmaba el anexo secreto–, el confín septentrional de Lituania constituirá la frontera entre las esferas de influencia de Alemania y la URSS». También se preveía una «reorganización» de Polonia. Aquí, las «esferas de influencia» respectivas serían «delimitadas, de forma aproximada, por las líneas de los ríos Narew, Vístula y San». Se dejaba abierta la cuestión de la posible existencia, o no, de un Estado polaco. Ambas partes «resolverían este asunto por medio de un acuerdo amistoso». [4] Dado del persistente afán hitleriano por deshacer el orden europeo posterior a la Primera Guerra Mundial, esto solo podía interpretarse como un respaldo a la guerra. Hitler ya no tenía que preocuparse de que los soviéticos acudiesen en ayuda de Polonia. La pregunta que se hicieron los testigos de la época, y que los historiadores continúan ponderando hasta hoy, es: ¿por qué Stalin se alineó con Hitler, si el resultado lógico de ello sería una guerra en Europa? [5]

Hay historiadores que argumentan que Stalin no tenía otra elección. La posición soviética durante toda la década de los años treinta del siglo XX había sido tratar de crear un marco de seguridad colectiva contra Hitler. Mas, según este argumento, Francia y Gran Bretaña desbarataron de forma sistemática tales intentos. Aún peor: con los primeros ministros Ramsay MacDonald, Stanley Baldwin y en particular Neville Chamberlain, Gran Bretaña alentó abiertamente a Alemania con su política de «apaciguamiento». El momento álgido de esta forma desastrosa de tratar con un dictador que busca la guerra fueron los Acuerdos de Múnich de 1938, esto es, la traición de Checoslovaquia. Gran Bretaña y Francia aceptaron que Alemania ocupase los Sudetes. Hitler, por descontado, no tuvo suficiente con esta renuncia de las democracias, puesto que también engulló el resto de Bohemia y Moravia. Las demás regiones checas bien se convirtieron en un régimen títere nazi o bien fueron anexionadas por Hungría y Polonia.

Si Múnich en 1938 constituyó un intento desesperado, moralmente repulsivo y de indudable ineptitud política de evitar la guerra, Moscú en 1939 fue una maniobra oportunista para acelerar la contienda y expandir su esfera de influencia al este de Europa. Tras el desastre de Múnich, Francia y Gran Bretaña decidieron por fin mostrarse firmes: proclamaron que la invasión de Polonia justificaría una guerra. Con Hitler decidido a atacar Polonia, la Unión Soviética tenía que decidir qué era más ventajoso: alinearse con los aliados occidentales contra los nazis o sacar ventaja de la situación. Cuando Alemania propuso un

trato, Stalin lo aceptó. «Con respecto a Polonia –recordó el eventual sucesor de Stalin, Nikita Jrushchov–, Stalin dijo a su círculo más íntimo que Hitler la atacaría, ocuparía y convertiría en un protectorado». El primer secretario de Ucrania explicó el razonamiento del líder:

> Está a punto de iniciarse una guerra y el oeste está azuzando a Hitler a que venga por nosotros, uno contra uno. Con la firma de este tratado, Hitler será el que empiece la guerra, lo cual es ventajoso para nosotros desde el punto de vista militar, político y moral. Sus acciones retarán a Gran Bretaña y Francia a que le declaren la guerra, pues estará atacando a su aliada, Polonia. Por lo que respecta a nosotros, nos mantendremos neutrales […] simplemente, no tenemos otra alternativa. [6]

Por supuesto, existían alternativas: un pacto de neutralidad con Alemania que incluyera garantías contra una guerra de agresión; una verdadera neutralidad que descartase alianzas formales con ninguno de los bandos; o una alianza con Gran Bretaña contra los nazis. Esto último seguía siendo una posibilidad real. A pesar de que las negociaciones con los soviéticos eran lentas e incompetentes, desde mayo de 1939 el Gobierno británico estaba dispuesto a aceptar un acuerdo con Stalin y trabajó de forma activa para lograr tal objetivo. Stalin tenía varias opciones y se limitó a aceptar la mejor oferta. [7]

Aceptar la oferta puso a Stalin «de muy buen humor» la tarde del 23 de agosto. Creía que había «engañado a Hitler» y también a británicos y franceses, cuyas misiones diplomáticas seguían en Moscú para tratar de cerrar un trato con los soviéticos. «Se van a ir con las manos vacías», se regodeó Stalin. [8]

El dictador nunca había confiado en las potencias occidentales. Para el suspicaz conspiranoico, la parsimonia y la torpeza de las negociaciones de los británicos le parecían una táctica siniestra de los capitalistas, que querían utilizar a Hitler para destruir al primer Estado socialista. Para el marxista Stalin, solo había una diferencia de matices entre nazis y conservadores. Ambos eran capitalistas; los dos eran imperialistas; y los dos anticomunistas. Una alianza con uno u otro siempre iba a ser táctica. Lo que importaba era servir a los intereses soviéticos.

Stalin sabía que se aproximaba una guerra. Sus tropas estaban combatiendo contra Japón en oriente y desconocía cuándo finalizaría esta contienda. Quería evitar a cualquier precio un choque en dos

frentes, pues consideraba, y con razón, que supondría un peligro extremo para su Estado. El pacto con Alemania probablemente aceleraría el estallido de la guerra entre Alemania y Polonia, lo que, a su vez, podía provocar una contienda entre el Reich y Gran Bretaña, así como con Francia. Estos sucesos mantendrían en paz el frente oeste de Stalin mientras este trataba de asegurar el oriente y continuaba preparando al país para la guerra. Si los soviéticos podían mantenerse fuera de la conflagración europea, esto les permitiría consolidar las defensas y completar los preparativos bélicos mientras los capitalistas se desangraban entre sí. «No vemos nada malo –dijo Stalin a sus camaradas en la reunión del 7 de septiembre de 1939 en el Kremlin, en que los países capitalistas– combatan duramente y se debiliten entre sí». Sería excelente, continuó el dictador, «si Alemania debilita la posición de los países capitalistas más ricos (en particular Inglaterra)». En la práctica, explicó Stalin, Hitler estaría haciendo posible la revolución mundial: «sin comprenderlo ni pretenderlo –estaría– sacudiendo y socavando el sistema capitalista». [9]

Si todo iba realmente bien, la guerra conduciría a la revolución, como había ocurrido durante la Primera Guerra Mundial en Rusia, Alemania y en otros países de Europa oriental. Pero si saliera mal, la Unión Soviética habría dispuesto de más tiempo para preparar el combate contra el capitalista que se impusiera. En todo caso, lucharía contra un enemigo ya debilitado por enfrentamientos previos. Fuera cual fuese el escenario, la posición soviética sería más ventajosa que en el momento presente, en que se veía rodeada de potencias capitalistas hostiles que, seguramente, planeaban destruir el primer Estado proletario.

LA URSS ENTRA EN GUERRA CONTRA POLONIA

En un primer momento, todo discurrió de acuerdo con el plan previsto. Alemania atacó Polonia el 1 de septiembre y el día 3 los imperios francés y británico le declararon la guerra a Alemania. Pero entonces, las cosas empezaron a torcerse. Los aliados no hicieron nada por auxiliar a Polonia: ni Gran Bretaña ni Francia atacaron Alemania y la Wehrmacht avanzó con una terrible rapidez. El 5 de septiembre, los soviéticos rechazaron una petición polaca de ayuda militar e impidieron que terceros hicieran llegar ayuda militar a través de territorio soviético. «La Unión Soviética –mintió Mólotov– no quiere verse arrastrada a esta guerra». [10] Ese mismo día, respondió a la solicitud germana de aplicar el acuerdo de agosto y atacar Polonia

desde el este. Todavía se combatía en Jaljin Gol y Stalin se negó con rotundidad a verse implicado en un conflicto en dos frentes. Por tanto, Mólotov declinó educadamente: «Consideramos que apresurarnos podría perjudicar nuestra causa y reforzar a nuestros adversarios». [11]

Hubo que esperar a la entrada en vigor del alto el fuego con Japón, el 16 de septiembre, para que el dictador lanzase al oeste al Ejército Rojo. Este entró en Polonia el 17 de septiembre de 1939, con lo que violó el pacto polaco-soviético de no agresión del 23 de julio de 1932. Los soviéticos lo negaron, pues, afirmaron, el Estado con el que habían firmado el tratado había dejado de existir. Además, se proclamaron neutrales en la contienda europea. Sofismas aparte, lo importante es que el 17 de septiembre de 1939 Stalin entró en la Segunda Guerra Mundial en Europa. Y, al menos por el momento, estaba en el bando hitleriano. Fue lo que su comisario de Asuntos Exteriores vino a decir en el discurso leído en el Sóviet Supremo de la URSS el 31 de octubre: «Bastó con un rápido golpe contra Polonia, primero del Ejército alemán, y luego del Ejército Rojo, y no quedó nada de esa fea criatura del Tratado de Versalles». [12]

¿Por qué Gran Bretaña no declaró la guerra a los sóviets? El acuerdo público de mutua asistencia con Polonia habría posibilitado dar ese paso, pese a que una adenda secreta especificaba que la «potencia europea» que provocara la agresión solo podía ser Alemania. Aunque, dada la naturaleza secreta de tal cláusula, cabía la posibilidad de ignorarla. Entonces, ¿por qué dejar tranquilos a los soviéticos después de que estos eligieran el bando hitleriano y desbaratasen los planes bélicos británicos, que buscaban emplear su poder marítimo para impedir a Hitler abastecer a sus ejércitos? Gracias a los suministros soviéticos, ese bloqueo había quedado roto.

La primera parte de la respuesta es que los actores de la época –al contrario que nosotros en la actualidad– no conocían el protocolo secreto que dividía al este de Europa. Esta ignorancia hacía creíble el engaño soviético: su pretendida neutralidad, la intervención para salvar civiles y que su ruptura del bloqueo no era sino un comercio legal entre un neutral y un beligerante. Churchill, que por aquel entonces todavía era primer lord del Almirantazgo, aunque pronto sería primer ministro, concedió a Stalin el beneficio de la duda. En lugar de condenar la agresión soviética en Polonia, mostró respeto hacia «la afirmación de poder de Rusia», según su alocución radiofónica del 1 de octubre, muy citada. Esta continuaba:

Un coronel de artillería soviético y oficiales alemanes en Polonia discuten sobre un mapa la línea de demarcación y el despliegue de tropas asociadas a ella en septiembre de 1939. Las tropas alemanas avanzaron muy al este de las líneas previamente acordadas, cruzaron el Vístula y llegaron a Brest y Lvov.

> Rusia ha seguido una fría política en su propio interés. Habríamos podido desear que los ejércitos rusos se mantuvieran en sus líneas como amigos y aliados de Polonia, no como invasores. Pero la presencia de los ejércitos rusos en esta línea era sin duda necesaria para la seguridad de Rusia contra la amenaza nazi. En todo caso, la línea está ahí y se ha creado un frente oriental que la Alemania nazi no se atreverá a asaltar.

Lo que ocurrió a continuación era imposible de prever, añadió en una célebre frase: «Rusia –era– un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma; pero quizá exista una pista. Esa pista es el interés nacional ruso». Este exigía limitar el avance germano en el este de Europa, lo cual coincidía con los intereses de Gran Bretaña. [13]

Asimismo, muchos miembros del *establishment* de la política exterior británica consideraban desaconsejable una declaración de guerra, ya que Gran Bretaña no era solo una potencia europea: era un imperio global. La contienda contra los soviéticos podría abrir un nuevo frente en el sur de la Unión Soviética, lo cual amenazaría los intereses petrolíferos británicos en Irán e Irak, una base aérea en este último país y, en último término, incluso la India, separada de la Unión Soviética solo por Afganistán, que había sido designado Estado colchón entre los dos imperios durante el «gran juego» decimonónico por Asia Central. De este modo, la geopolítica alimentaba vanas ilusiones nacidas de la ignorancia: algunos esperaban que los soviéticos resistieran contra los germanos, otros que Alemania viera por fin la luz y se uniera a Gran Bretaña en una campaña contra los bolcheviques; en todo caso, era mejor que Alemania no fuera la única gran potencia que permaneciese en el este de Europa. Fue así como la agresión de Stalin quedó impune. [14]

La campaña soviética no tuvo demasiados contratiempos. «Cuando el Ejército Rojo pasó a la ofensiva, el Ejército polaco estaba tan desmoralizado que casi no opuso resistencia», escribió pocos días después el comisario adjunto de Defensa, Grigori Ivánovich Kulik, en un informe de alto secreto. Los soviéticos capturaron «gran cantidad» de prisioneros, para lo cual no estaban preparados. Muchos escaparon y volvieron a casa con la familia. El progreso soviético fue ralentizado, aunque no por las fuerzas polacas, sino por las torrenciales lluvias, las crecidas de los ríos y el caos de las carreteras. Los conductores eran inexpertos, la infantería no estaba habituada a trasladarse en camiones y los comandantes no estaban preparados para las complejidades del control de tráfico. A medida que los soldados avanzaban, dejaban tras

de sí un vacío de poder de uno o dos días, hasta que llegaban los trabajadores políticos a tomar el mando. Las tensiones étnicas latentes estallaron y desencadenaron luchas entre ucranianos y polacos. [15]

Aunque el Alto Mando polaco había ordenado a sus efectivos que no resistieran contra los invasores soviéticos, hubo momentos de feroces combates. En Grodno, los días 21 y 22 de septiembre, las unidades polacas se hicieron fuertes en las casas y arrojaron botellas de gasolina a los carros enemigos. Los soviéticos perdieron 16 carros y 3 vehículos blindados. En los combates por la ciudad, el Ejército Rojo acumuló 47 muertos y 156 heridos. En conjunto, participaron en la campaña 466 000 efectivos, de los cuales resultaron muertos o desaparecidos 1475 y 2383 cayeron enfermos o heridos. Este contingente ganó para Stalin 200 000 kilómetros cuadrados de territorio y 13,5 millones de nuevos súbditos. [16]

Los testigos quedaron estupefactos a causa del aspecto del Ejército Rojo, una combinación incongruente de modernidad y pobreza. «A unas pocas docenas de pasos después de los carros cabalgaba la caballería –recordaba un testimonio–. En lugar de sillas de montar, cubrían los caballos con mantas». Los animales estaban mal alimentados y exhaustos. Estos «se derrumbaban bajo sus jinetes […] estaban tan delgados que era aterrador mirarlos». Aunque los caballos no eran los únicos que padecían malnutrición en el Estado bélico estalinista. «Cuando las fuerzas soviéticas entraron en la ciudad –escribió otro autor de memorias–, uno enseguida se fijaba en su apariencia física y en su necesidad. Nosotros, que estábamos habituados al aspecto saludable y vigoroso de los soldados polacos, nos sorprendimos de la corta estatura de los recién llegados». Las penurias de décadas de régimen soviético habían dejado raquíticos a aquellos hombres. El equipo de la tropa también era deficiente. «Terrible –fue el calificativo de un observador–: uniformes desgarrados, abrigos, manos y rostros sucios, lavaban las botas en charcos, recogían papeles de la calle y se liaban cigarrillos. Daban lástima». [17]

Las interacciones entre ocupantes y ocupados oscilaban entre la violencia y la burla. Los reportes internos soviéticos mencionan ejecuciones arbitrarias, violaciones y saqueos. Los soldados soviéticos quedaron asombrados de la riqueza que hallaron en este confín más bien pobre de Europa. Empezaron a comprar sin parar, aunque a veces también tomaban por la fuerza lo que querían. Los relojes de pulsera eran un artículo muy popular entre la tropa, como más tarde lo fue en Alemania, Manchuria o Corea. A su vez, los polacos se divertían

ridiculizando la ignorancia de los ocupantes. «¿Tenéis naranjas?», le preguntaban a un mozo campesino vestido con el uniforme del Ejército Rojo. «Las producimos en fábricas», les respondía este. El bromista subía entonces la apuesta: «¿Tenéis Ámsterdam, o a Greta Garbo?». «A montones», respondía confiado. La evidente pobreza de los ocupantes también provocó pullas, a las que, en ocasiones, los soviéticos respondían con un sucinto resumen de la diferencia entre la economía capitalista y el Estado bélico estalinista: Polonia tenía perfume y medias de seda; la Unión Soviética había invertido en «carros, cañones y aeroplanos». [18]

Soldados soviéticos distribuyen diarios en Polonia oriental, septiembre de 1939. La invasión de lo que se convirtió en Bielorrusia occidental y Ucrania occidental se enmarcó en una guerra propagandística en la que se trató de ganar el apoyo de las poblaciones bielorrusas y ucranianas de las tierras fronterizas.

En el otro extremo del espectro, el Ejército Rojo fue bienvenido como liberador de la opresión polaca. «Incluso las unidades de vanguardia que combatieron [en el este de Polonia] fueron recibidas con una lluvia de flores», reportó el jefe de la administración política principal del Ejército Rojo, Lev Mejlis, el 21 de septiembre. Muchos de los habitantes locales, añadió, «lloraban de felicidad». Ucranianos, bielorrusos y judíos –grupos que se habían sentido discriminados bajo el dominio polaco– eran los más propensos a reaccionar de ese modo. En el caso de estos últimos, no obstante, las relaciones pronto se agriaron, pues la burguesía judía, así como los no comunistas

políticamente activos, fueron expropiados y, en algunos casos, deportados. Michael Goldberg relató en sus memorias inéditas su decepción. Este había crecido en Pinsk, en el seno de una familia de izquierdas, sionista-marxista. «En aquel tiempo creíamos, con todo nuestro corazón, que solo en el Este se hallaba el verdadero paraíso». [19]

Antes de la guerra, Goldberg había sido «un miembro activo del ilegal movimiento marxista». Ahora, sus amigos de los días de la clandestinidad se convirtieron en los «máximos dirigentes del régimen» y también lo llamaron. «Cuando se organizó la cooperativa de sastres, me convertí en el gerente –recordó–. De repente, tuve que asumir el papel de jefe de mi padre y de otros como él». A finales de 1939, le enviaron a una conferencia del partido en Minsk. «Allí tuve una primera impresión de las verdaderas condiciones de vida en la Unión Soviética». Las primeras dudas empezaron a turbar al verdadero creyente. A los simpatizantes locales tampoco les tranquilizó que los soldados soviéticos les advirtieran de que se avecinaban malos tiempos. Estos expresaban su decepción «por haber traído el comunismo a Polonia en lugar de ser liberados de él por los polacos». [20]

TRAZANDO FRONTERAS

Al igual que los historiadores posteriores, numerosos ciudadanos soviéticos, nuevos y antiguos, trataron de comprender esta fase de la Segunda Guerra Mundial soviética. Proliferó la confusión ideológica.

Tanto en el interior como en el exterior, los soviéticos habían presentado a la URSS como un país amante de la paz, antiimperialista y antifascista. No obstante, desde el pacto Hitler-Stalin se comportaban como belicosos imperialistas, que invadían un país vecino y hacían causa común con los nazis. Los ciudadanos soviéticos llegaron a peligrosas conclusiones: con la firma del pacto de no agresión, la Unión Soviética era responsable de la embestida alemana contra Polonia, como afirmaba un modesto analista de los acontecimientos mundiales. «Considero que existe también un acuerdo secreto entre la URSS y Alemania –añadió–. Es obvio que este prevé la división de Polonia», concluyó con acierto. «Fascismo y comunismo son el mismo concepto –exclamó otro ciudadano soviético–. El acuerdo de partición de Polonia lo confirma». El Gobierno soviético tenía constancia de estos sentimientos. Tanto el Partido Comunista como la policía secreta compilaba con regularidad dosieres acerca del estado de ánimo de la población y los del verano y otoño de 1939

estaban llenos de expresiones de incomprensión y alarma. [21]

La justificación original de la invasión soviética de Polonia había sido que, a consecuencia del ataque germano, el Gobierno polaco había colapsado y ya no existía *de facto* (una afirmación cuestionada tanto por las autoridades polacas de la época como por todos los historiadores polacos). Esto impulsó a los soviéticos a avanzar para defender a ucranianos y bielorrusos del asalto de sus vecinos polacos y «tomar bajo su protección las vidas y propiedades de la población de Ucrania occidental y Bielorrusia occidental», en palabras del propio Mólotov. La guerra, proseguía, era responsabilidad de los dirigentes polacos y las tropas soviéticas traían la paz. Este argumento «debía hacer plausible a las masas la intervención de la Unión Soviética –explicó Mólotov al embajador alemán el 10 de septiembre– y al mismo tiempo evitar dar a la Unión Soviética apariencia de agresor». [22]

Esta campaña de relaciones públicas, bien pensada, tuvo éxito entre la población. Numerosos ciudadanos soviéticos consideraban que todos los ucranianos debían vivir en Ucrania y todos los bielorrusos en Bielorrusia. El 1 de noviembre, V. I. Motorkin, un ciudadano moscovita escribió al Parlamento soviético (la carta incluía su dirección completa). En su misiva, Motorkin describe su confusión inicial y su posterior revelación. ¿Cómo podía haberse pactado con un país como Alemania y tan rápido? ¿Cómo podía uno explicar que Alemania, «un Estado burgués», se retirase del territorio que controlaba y lo cediera a los soviéticos sin combatir? «Pero ya no debemos sentirnos estupefactos» por «la sabia política de nuestro Gobierno», añadió con alivio. Por fin había comprendido el sentido último de la política soviética: esta buscaba «la liberación de los pueblos de Bielorrusia occidental y de Ucrania occidental del yugo de los capitalistas y terratenientes de la antigua Polonia». Esta explicación nacionalcomunista lo aclaraba todo. [23]

El problema era que los límites trazados en el protocolo secreto no encajaban con esta teoría: el pensamiento nacional había desempeñado, en todo caso, un papel menor en las negociaciones originales, que en el lado soviético se debían al oportunismo, impulsado, al tiempo, por la estrategia general de evitar una guerra en dos frentes contra Alemania y Japón, además de debilitar a las potencias capitalistas. El motivo del pacto había sido aislar a Japón en oriente y «enfrentar entre sí a ambos bandos» en el oeste. A consecuencia del tratado, los capitalistas combatirían entre ellos «lo más duramente posible», como Stalin explicó a su círculo íntimo. La Unión Soviética solo tendría que recoger los pedazos. Como formuló

de forma retórica Stalin: «¿Qué tiene de malo que la derrota de Polonia nos permita extender el sistema socialista a nuevos territorios y poblaciones?». [24]

Así pues, la interpretación nacionalista funcionó muy bien para vender el imperialismo rojo como una intervención humanitaria. La campaña polaca no era una guerra, sino una operación para salvar a sus hermanos ucranianos y bielorrusos. Para que esta explicación fuera coherente en el interior, debían cambiar las fronteras trazadas en el protocolo secreto, algo que los negociadores soviéticos procedieron a hacer. El tratado de fronteras del 28 de septiembre de 1939 asignó a la esfera germana regiones de abrumadora mayoría polaca, pero compensó a los soviéticos con la concesión de Lituania. El plan inicial de crear una república polaca incorporada a la Unión Soviética quedó descartado. [25]

Stalin, el viejo revolucionario, tenía sentimientos encontrados con respecto a este giro nacionalista. Incluso después del reajuste fronterizo de septiembre de 1939, un número significativo de polacos seguía viviendo en territorio bajo ocupación soviética. Estos a menudo eran maltratados por las nuevas autoridades, que adoptaron una línea antipolaca. El idioma polaco era tabú, los refugiados polacos eran ignorados por las autoridades y no se les daba trabajo, como se quejó Stalin en julio de 1940 en un telegrama remitido al jefe del partido en la región. Un estado de cosas inaceptable. «El Comité Central del Partido Bolchevique –escribió Stalin con severidad– le pide que asuma responsabilidad personal para liquidar ese y otros problemas similares y tome medidas para el establecimiento de relaciones fraternales entre los trabajadores ucranianos y polacos». [26]

LOS PAÍSES BÁLTICOS EN 1939

Pronto se vio que Stalin no se había convertido de repente en un nacionalista ruso. Si la Unión Soviética se había transformado de verdad en el hogar nacional de los eslavos del este, tal y como se deducía de la propaganda relacionada con las anexiones en Polonia, entonces ¿por qué reconquistar los países bálticos? En estos habitaban notables minorías rusas, pero nada comparable a los ucranianos y bielorrusos que residían en los antiguos territorios polacos. Mas el pensamiento de Stalin era confuso, pues entremezclaba pulsiones revolucionarias, imperiales, nacionalistas y estratégicas. Letonia, Lituania y Estonia habían formado parte del Imperio ruso antes de la Primera Guerra Mundial y, lo más importante, tenían relevancia

estratégica para la defensa de la Unión Soviética. Stalin recurrió a métodos algo más sutiles que en Polonia.

Al haber ofrecido pruebas de que el Ejército Rojo estaba dispuesto a invadir países vecinos, se presionó a Letonia, Lituania, Estonia y Finlandia para que aceptasen conceder de buen grado derechos soberanos a la Unión Soviética: Stalin quería bases militares. El argumento fue recalcado por medio de la amenaza real de invasión militar: los tres enanitos bálticos no tenían la menor posibilidad de resistir contra el gigante rojo. El 29 de septiembre de 1939 se firmó un tratado con Estonia que autorizaba la entrada en el país de 25 000 soldados del Ejército Rojo. Letonia fue el siguiente, el 5 de octubre (30 000 soldados) y Lituania cinco días más tarde (20 000). Estos efectivos, como recogió en su diario un estrecho colaborador de Stalin, eran algo más que bases avanzadas de defensa. Según su entrada del 25 de octubre, «nuestros pactos de asistencia mutua (Estonia, Letonia, Lituania) son la forma más adecuada de incorporar a cierto número de países a la esfera de influencia de la Unión Soviética». [27]

LA GUERRA CON FINLANDIA

Si bien la intimidación había producido el resultado deseado con los tres Estados bálticos, en Finlandia las cosas no fueron según el plan previsto. Al igual que las repúblicas bálticas y Polonia, Finlandia había sido territorio zarista en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Se había desligado durante la Revolución y preservó su independencia tras las guerras de secesión de 1918-1921. La breve pero brutal Guerra Civil finlandesa se había saldado con la victoria de los «blancos» antibolcheviques y una masacre de comunistas. Reincorporar a Finlandia al imperio soviético podía considerarse tanto recuperar las tierras de los Románov bajo la bandera roja como vengar la derrota de los comunistas finlandeses. Sin embargo, existían consideraciones estratégicas aún más importantes. El territorio finlandés estaba demasiado cercano a Leningrado, cuna de la Revolución, la segunda capital oficiosa y significativo centro industrial, «uno de los mayores productores de armas y municiones del mundo», como han señalado los historiadores. [28]

Stalin empleó este argumento a la hora de defender ante sus altos mandos militares la decisión de ir a la guerra una vez finalizado el humillante conflicto. ¿Podría haberse evitado? No, respondió Stalin. «La guerra era necesaria, porque las negociaciones pacíficas con Finlandia no dieron resultado y teníamos que proteger Leningrado,

pues su seguridad es la seguridad de nuestra patria. Y esto no solo se debe a que Leningrado representa un 30-35 por ciento de la industria de defensa de nuestro país […] sino también porque Leningrado es la segunda capital de nuestro país». Si el enemigo hubiera tomado Leningrado y establecido allí un «gobierno burgués, de la Guardia Blanca», prosiguió Stalin, esto habría proporcionado a los imperialistas «una importante base para la contienda civil contra el poder soviético». [29]

Las negociaciones quedaron rotas rápidamente ante las inaceptables exigencias soviéticas: una base naval con artillería, blindados, infantería y dos regimientos aéreos en territorio finlandés, así como un nuevo trazado de las líneas fronterizas. [30] El 30 de noviembre de 1939, Stalin lanzó al poderoso Ejército Rojo contra su vecino del norte. El frente oriental estaba tranquilo tras la victoria de Jaljin Gol, al igual que el oeste, que se mantenía estable gracias al pacto con Hitler y la reticencia de las potencias occidentales a castigar a Stalin, que esperaba que sus soldados entrasen en el país con la misma facilidad que en Polonia. Como demuestra un estudio histórico reciente del plan de operaciones soviético: «El objetivo era aniquilar al ejército finlandés y ocupar el país con rapidez». Después de la victoria soviética, Stalin había organizado un Gobierno títere liderado por el refugiado comunista finlandés Otto Kuusinen. El 1 de diciembre, Kuusinen proclamó el Gobierno popular de Finlandia en Terijoki, una apacible localidad de Carelia a apenas 50 kilómetros de Leningrado, al otro lado de la frontera soviético-finlandesa. Al día siguiente, se hizo público otro pedazo de papel: el «tratado de asistencia mutua y amistad» entre este Estado imaginario y la Unión Soviética. Acto seguido, Kuusinen se limitó a esperar la victoria soviética. [31]

Kuusinen esperó en vano. Al contrario que Polonia, cuyas fuerzas militares fueron destrozadas en una contienda en dos frentes en la que los alemanes habían hecho casi todo el trabajo sucio, Finlandia resistió con eficiencia. Se habían preparado defensas, los efectivos estaban bien entrenados, conocían el terreno y tenían una motivación excelente. Muy móviles gracias a sus esquíes, casi invisibles con el camuflaje invernal y dotados de preparadas fortificaciones, los finlandeses infligieron terribles daños a un enemigo superior en número. En 105 días de combates, el Ejército Rojo perdió 333 000 hombres a causa de heridas, quemaduras y congelación, de los cuales perecieron 65 384. [32]

No obstante, una nación de 3,7 millones de habitantes no tenía ninguna oportunidad contra el gigante soviético, que lanzó al combate

casi un millón de combatientes apoyados por el 63 por ciento de toda su flota de bombardeo y el 38 por ciento de la aviación de caza. [33] En febrero de 1940, la principal línea defensiva finlandesa fue rota, con lo que la ruta de Helsinki quedó abierta. Pero ahora Stalin titubeó. La primavera estaba cerca y con esta el periodo de «ausencia de carreteras», que afectaba por igual a Finlandia y a la Unión Soviética. La lucha de la valerosa Finlandia se había convertido en una causa global. Era patente que el Gobierno de Finlandia no se había desmoronado. No había minorías eslavas que necesitaran ser salvadas. Entonces, ¿qué hacían allí los soviéticos? Era tan evidente que ellos eran los agresores que la Unión Soviética fue expulsada de la Sociedad de Naciones, con lo que retornó al aislamiento diplomático que había superado cuando se incorporó a esta en 1934.

Es más, le alarmaban los planes de franceses y británicos de intervenir en el conflicto. El que fuera posible, o no, desplegar una fuerza expedicionaria era irrelevante (Noruega y Suecia no hubieran consentido el paso de tropas por su territorio). Una confrontación con los imperios británico y francés habría abierto nuevos frentes en el sur de la Unión Soviética. Gran Bretaña disponía de una base aérea en Irak y dominaba la India, por lo que existía la posibilidad de que amenazarse Tayikistán en Asia Central y Armenia y Azerbaiyán en la Transcaucasia. Siria y Líbano eran mandatos franceses y podían convertirse en punto de partida de una campaña contra el Cáucaso. De cumplirse estos planes, estos podrían haber hecho realidad la vieja pesadilla bolchevique del «cerco capitalista». Esto amenazaba con anular todos los esfuerzos por evitar una guerra en dos frentes, que sería reemplazada por una amenaza aún más terrorífica: un combate en múltiples frentes. Británicos y franceses ya habían intervenido en Rusia en el pasado, como Stalin recordaba de los años bélicos posteriores a 1917. ¿Podrían intentarlo de nuevo? El dictador decidió recortar las pérdidas. [34]

De todos modos, el Tratado de Paz de Moscú del 12 de marzo de 1940 fue severo. Los finlandeses perdieron más territorio que el que los soviéticos habían solicitado antes de la contienda. La mayor parte de la Carelia finlandesa, que incluía buena parte del corazón industrial del país, así como relevantes áreas de producción forestal, pasó a formar parte de la Unión Soviética. En conjunto, los finlandeses perdieron una décima parte de su territorio y un 13 por ciento de la riqueza nacional. Stalin también obtuvo su base naval en la península de Hanko. [35]

La guerra finlandesa tuvo un resultado ambiguo. Demostró a los

vecinos de la Unión Soviética que Stalin estaba dispuesto a arriesgarse a una lucha ofensiva si no se aceptaban sus exigencias territoriales. Había mejorado la situación táctica en torno a Leningrado, que ahora se encontraba más lejos de la frontera con Finlandia. Sin embargo, también empujó a los finlandeses a establecer una alianza con Hitler, la cual castigó a Stalin durante el verano y otoño de 1941. Además, la pobre actuación del Ejército Rojo acabó de convencer a Hitler de que la Unión Soviética era un gigante con pies de barro. El Gran Terror parecía haber destruido la competencia que pudiera haber tenido, con lo que parecía plausible una repetición de la experiencia de la Primera Guerra Mundial: «Rusia» se derrumbaría ante una acción militar alemana decidida. [36]

ENGULLENDO LOS PAÍSES BÁLTICOS, BESARABIA Y BUCOVINA SEPTENTRIONAL

Finlandia no fue el único error de cálculo. En la primera mitad de 1940, la estrategia de Stalin que condujo al pacto con Alemania empezó a venirse abajo. Según este plan, Alemania debía empeñarse en una prolongada contienda en el oeste contra Francia y Gran Bretaña, la cual no solo debilitaría el Estado hitleriano, sino también el capitalismo global. Pero, en lugar de ello, Stalin vio cómo las potencias occidentales sufrían una derrota completa. Alemania solo necesitó 46 días para ocupar Francia. La Fuerza Expedicionaria Británica fue arrojada al mar y escapó por muy poco gracias al «milagro de Dunkerque». El 22 de junio, los franceses, humillados, firmaron el armisticio. Este triunfo germano imprevisto dejó a Stalin en una posición precaria. Lejos de quedar debilitado, el Reich hitleriano salió reforzado de esta guerra. Con la división de Polonia, las tropas nazis estaban en las fronteras de la Unión Soviética.

Ante esta situación, contar con bases militares y regímenes amistosos en los países bálticos ya no sería suficiente. Habría que anexionarlos para escudar a la Unión Soviética de una posible agresión germana. Las unidades soviéticas estacionadas en el interior de las repúblicas bálticas y concentradas en las fronteras superaban el medio millón de efectivos, dispuestos a invadir una región habitada por menos de 6 millones de habitantes y cuyos contingentes, en época de paz, sumaban un total de 73 000 hombres. [37] Los Gobiernos de los tres pequeños Estados optaron por evitar heroicidades sin sentido. El 15 de junio, el Ejército Rojo cruzó la frontera lituana sin oposición. Un día más tarde, llegó el turno de Letonia y Estonia. Las anexiones

reiteraron la pauta establecida en Polonia: elecciones fraudulentas seguidas de peticiones oficiales para incorporarse a la Unión Soviética. La diferencia fue que las regiones polacas habían sido agregadas a repúblicas ya existentes de la Unión –Bielorrusia y Ucrania–, mientras que los tres países bálticos se convirtieron en nuevas repúblicas de la URSS.

La última víctima de las agresiones estalinistas fue Rumanía. Después de una persistente intimidación de Moscú, se evitó un conflicto armado. El Gobierno rumano, privado de su aliado francés, cedió territorio. El 28 de junio, el Ejército Rojo cruzó la frontera; hacia el 4 de julio había completado la ocupación de Besarabia y Bucovina septentrional, con lo que añadió 50 762 kilómetros cuadrados y 3,8 millones de habitantes al imperio. Hubo algunas pérdidas menores causadas por accidentes y algunos tiroteos con las fuerzas rumanas en retirada, pero, en general, la ocupación se acometió sin novedad. También aquí los motivos eran estratégicos: desplazar las fronteras hacia el oeste, dar acceso a una línea de ferrocarril de importancia regional, abrir la posibilidad de ataques aéreos contra los pozos petrolíferos rumanos, notables suministradores del Ejército alemán. También aquí se recurrió a una mezcla de argumentos históricos, revolucionarios y nacionales para legitimar la anexión. Rumanía había «arrancado» Besarabia a la fuerza «a la Unión Soviética (Rusia) a principios de 1918», escribió *Pravda* el día después de la invasión, pasando por alto el hecho de que a principios de 1918 no existía la Unión Soviética y «Rusia» estaba sumida en la guerra y en la revolución. Ahora se recurría al viejo imperio para legitimar la conquista emprendida por el nuevo. Sin embargo, esta misma lógica no era aplicable a Bucovina septentrional, que nunca había formado parte del Imperio ruso. No importaba: al igual que Besarabia, estaba habitada «por una mayoría de ucranianos», «hermanos y hermanas de sangre de los habitantes de la Ucrania soviética». De este modo, podían volver al seno de su «Madre patria –lo cual era– el sueño de las masas trabajadoras de Besarabia y de Bucovina septentrional». [38]

Entrada del Ejército Rojo en Vilna, 15 de junio de 1940. United States Holocaust Memorial Museum.

También en este caso numerosos soviéticos corrientes estimaron convincente esta línea argumental. Y también de nuevo las poblaciones anexionadas se mostraban «muy preocupadas, indecisas y divididas», como observó en sus memorias inéditas Markus Lecker, residente en Bucovina: [39]

> Hubo quienes sentían que los rumanos se marchasen. Pero otros estaban contentos de deshacerse de ellos y acogieron a los rusos con los brazos abiertos. Estos formaban parte de la clase trabajadora y eran simpatizantes de los comunistas desde hacía mucho tiempo. Esa gente se llevaría el disgusto de su vida, por la decepcionante economía soviética, pero también por el terror político que instauró la nueva administración, con arrestos y detenciones de todo tipo y, según nuestro punto de vista, sin motivo alguno. [40]

REVOLUCIÓN IMPORTADA

Con independencia de toda la retórica nacional e imperial, la Unión Soviética seguía siendo un Estado revolucionario. Las actividades del

Ejército Rojo, afirmó Stalin, eran «una cuestión de revolución mundial». [41] Por ello, conquista y anexión no era suficiente. Una vez estabilizadas las nuevas fronteras, era necesario sovietizar los nuevos territorios: las industrias tenían que ser nacionalizadas, los campesinos colectivizados y los enemigos eliminados. Era una repetición de la revolución desde arriba estaliniana en forma de «Revolución importada». [42]

La política agraria del periodo fue diferente en cada una de las regiones recién anexionadas. En los antiguos territorios polacos, los grandes terratenientes fueron expropiados y algunas de sus fincas distribuidas entre los campesinos pobres. La colectivización se inició en la primavera de 1940, pero avanzó con lentitud. En vísperas del ataque alemán, solo un 13 por ciento de los campesinos de Ucrania occidental y un 7 por ciento de los de Bielorrusia occidental habían sido colectivizados. Los que fueron integrados en las granjas colectivas estaban tan descontentos con el resultado como sus homólogos de la Unión Soviética a principios de los años treinta del siglo XX. «Qué terrible es ahora nuestra pobreza, la sufrimos como nunca –escribió una de sus víctimas en una carta que abrió el cuerpo de seguridad del Estado–. Vivimos día a día, en espera de que alguien nos libere de esta Ucrania. Al fin y al cabo, esto no es un Estado ucraniano, sino una enfermedad rusa. Si no quieres trabajar, te facturan de inmediato a Siberia, donde atormentan a la gente obligándola a vivir en agujeros». Aunque albergaban la esperanza de que «el Señor Hitler» lea esta carta y venga pronto «a protegernos bajo su poder». Al otro lado de la línea del frente en este enfrentamiento civil contra la población rural, los jóvenes comunistas locales enviados a intimidar al campesinado para que se uniera a las granjas también experimentaron lo mismo que habían vivido una década antes sus predecesores en los «viejos» territorios soviéticos. «Nos enfrentamos a una resistencia terrible de los granjeros. En una de esas aldeas en la que pasé la noche después de una reunión casi me mataron unos disparos contra la ventana de mi habitación». [43]

Mientras tanto, en los países bálticos, en Bucovina septentrional y Besarabia solo se instituyó la primera fase de la reforma agraria soviética: la expropiación de grandes terratenientes, cuyas tierras fueron entregadas a pequeños agricultores. En Rusia, esta medida fue parte integral de la Revolución bolchevique de 1917; una concesión táctica a los campesinos pobres para que estos apoyasen el nuevo poder «proletario». A largo plazo, por supuesto, esta dejaría paso a la colectivización forzosa. Pero, por el momento, Stalin juzgó que estas

regiones no estaban maduras para la revolución agraria desde arriba. De todos modos, en las ciudades y localidades de las tres repúblicas bálticas, así como en todos los nuevos territorios, los propietarios de casas perdieron las propiedades y las empresas grandes y medianas fueron nacionalizadas. [44]

El tercer y más importante pilar de la revolución desde arriba era la eliminación de enemigos, tanto reales como imaginarios. La purga de los nuevos territorios asumió muchas formas. Una era el arresto seguido de una sentencia a un campo de trabajo en Siberia u otros lugares del interior soviético. Los activistas de partidos políticos no comunistas eran uno de los objetivos. Estos incluían tanto organizaciones de izquierdas –como los socialistas judíos del Bund de Polonia– como de derechas. Fueron presos funcionarios de alto rango, policías, oficiales y capitalistas por su condición de enemigos de clase y pilares del antiguo régimen. Las detenciones afectaron a decenas de miles de personas. En las tres repúblicas bálticas se arrestó a un total de 14 467 personas hasta el 17 de junio de 1941. [45] En las regiones tomadas a Rumanía, la cifra equivalente fue de 6250 hasta el 13 de junio de 1941. [46] En los antiguos territorios polacos en Ucrania y Bielorrusia, 107 140 personas fueron apresadas entre la llegada de las tropas soviéticas en 1939 y el golpe alemán de junio de 1941; de estas, un 40 por ciento eran polacos, 23 por ciento ucranianos, 22 por ciento judíos y 8 por ciento bielorrusos. Estas detenciones ascendían al 52 por ciento de todos los arrestos acometidos en el conjunto de la Unión Soviética durante ese mismo periodo, lo cual indica que la represión se centró en las regiones recién anexionadas. [47]

En Ucrania occidental y en Bielorrusia occidental, los arrestos empezaron casi de inmediato tras la ocupación soviética de septiembre de 1939. En mayo de 1941, la represión empezó a abarcar también a las repúblicas bálticas. El Gobierno soviético ordenó a los servicios de seguridad de Letonia, Lituania y Estonia que prendieran a los «elementos criminales», así como a toda clase de gente «socialmente peligrosa». La lista de objetivos incluía «militantes activos de partidos contrarrevolucionarios y miembros de organizaciones antisoviéticas, nacionalistas, de Guardia Blanca», antiguos policías y guardianes de prisiones, propietarios de fábricas y de grandes latifundios, funcionarios de alto rango del viejo régimen y oficiales del antiguo ejército. Estos recibieron condenas de cinco a ocho años en campos de trabajo, así como la confiscación de las propiedades. Si sobrevivían a los campos, debían vivir en el exilio veinte años más «en regiones remotas de la Unión Soviética».

Sus familias sufrieron el segundo método de limpieza soviética: la deportación. Esta se extendía también a los parientes de «contrarrevolucionarios» emboscados, de sentenciados a muerte, de repatriados de Alemania y a aquellos que habían solicitado emigrar. [48] Al contrario que los detenidos, que eran acusados de quebrantar la ley, los deportados no eran acusados de nada. Al igual que los coreanos en 1937, se les trasladaba de forma preventiva, no porque hubieran hecho nada, sino por quienes eran y lo que, por tanto, podrían hacer en el futuro. Eran un ejemplo más de la incapacidad del Estado bélico estalinista de desarrollar métodos eficientes: las deportaciones eran una táctica de control policial en extremo costosa. Ocupaban recursos humanos, trenes, vías férreas y recursos administrativos. Causaban un sufrimiento humano extremo y no hacían que las víctimas se identificasen con el régimen. Provocaban conflictos sociales y culturales en las regiones a los que eran enviados los deportados. Pero eran efectivas para suprimir o prevenir la resistencia, como Stalin sabía desde su guerra contra el campesinado de principios de la década de 1930.

También en el *modus operandi* las deportaciones de las fronteras occidentales se parecieron a las de los coreanos del inicio de la conflagración. Camiones o carros de caballos se detenían a la puerta de las casas de los deportados y oficiales del NKVD, entraban en las casas y ordenaban a los moradores que hicieran las maletas. Solo podían llevarse bienes esenciales. A continuación, los subían a los vehículos, que los llevaban a la estación de tren, donde, después de una espera más o menos larga, se les obligaba a entrar en los omnipresentes vagones de ganado que, durante todos los años que duró la Segunda Guerra Mundial, acarrearon por igual deportados, soldados movilizados, evacuados, repatriados o prisioneros de guerra retornados, a lo largo y ancho del espacio soviético.

«Solo me llevé mi piel de oveja y dos maletas de ropa», recordó Irena Protassewicz, una polaca deportada solo dos días antes del ataque alemán contra la Unión Soviética del verano de 1941. Dado que no sabía lo que le esperaba, «me dejé mis pieles», una decisión de la que se arrepintió. La deportación era la última de una larga serie de tribulaciones. Cuando los soviéticos invadieron Polonia en septiembre de 1939, su familia perdió su casa de campo: primero se la quitaron los campesinos bielorrusos, que dieron rienda suelta al resentimiento acumulado contra la dominación de los señores polacos, y después los nuevos amos soviéticos, que la confiscaron. Ahora, la despertaban en mitad de la noche, le ordenaban que cogiera sus cosas y la metían en

un carro de campesinos. Pasó toda la «bella noche de junio» que duró el trayecto conversando con el soldado que había venido a llevársela acerca de la existencia de Dios (ella pensaba que sí existe, el soldado pensaba que no). «La conversación se desarrolló con gran cortesía soviética», añadió Irena. El idilio finalizó cuando llegaron a la estación de tren. Se hallaba «en un estado de gran agitación: montones de personas, llantos y lamentos generalizados». Pasó tres semanas en un vagón camino de Siberia. [49]

En conjunto, fueron deportados entre 1940 y el verano de 1941 unas 383 000 personas de los sectores recién anexionados de la frontera occidental. La mayoría procedía de los antiguos territorios polacos de Ucrania y Bielorrusia: colonos militares, guardabosques, familias de arrestados y de prisioneros de guerra, refugiados (en su mayoría judíos) de los territorios ocupados por los alemanes que se negaban a aceptar la ciudadanía soviética y otros «elementos foráneos» como Protassewicz. [50] En las tres repúblicas bálticas, un total de 49 331 personas, esto es, casi el uno por ciento de la población, fueron deportadas. [51] El resto procedía de los antiguos territorios rumanos.

Los relatos del viaje de estos deportados que han sobrevivido recuerdan a los de los supervivientes de la operación coreana, que se repitieron una y otra vez durante la Segunda Guerra Mundial soviética: finlandeses y alemanes en 1941, calmucos y karacháis en 1943, chechenos e ingusetios, balkarios, tártaros, griegos, kurdos, turcos y otros en 1944, soviéticos repatriados remitidos a campos de verificación después del fin de la guerra en Europa o las nuevas deportaciones de las fronteras occidentales vinculadas a la «deskulakización» y contrainsurgencia de 1944-1949. Los deportados no sabían adónde iban. Tenían que soportar hacinamiento e insalubridad en los vagones. Un cubo o un agujero en los tablones hacían las veces de retrete. A la gente rara vez se le permitía salir de las estaciones y la cantidad de comida y bebida que recibían era insuficiente. Niños y ancianos eran particularmente propensos a morir, a causa de los elementos, accidentes, malnutrición o enfermedades. Una vez llegaban, los supervivientes tenían que adaptarse al duro trabajo en asentamientos especiales. Estos eran, en esencia, gulags sin alambradas o guardias de vigilancia, en los que a las víctimas se les permitía vivir con la familia. Algunos fueron construidos *ex profeso* , otros anexos a granjas estatales o colectivas ya existentes. Los internos tenían que trabajar muy duro a cambio de escasas raciones o una exigua paga; no se les permitía marcharse y la tasa de mortalidad era

elevada. [52]

En Pinsk, el nuevo funcionario soviético Goldberg trataba de comprender estos sucesos. Su confianza en el paraíso soviético ya había sufrido una primera sacudida después de su visita a Minsk a finales de 1939 y en 1940 recibió nuevos golpes. Su trabajo de «controlador político principal» de una cooperativa de sastres era muy exigente. «Teníamos grandes dificultades para obtener suministros debido a que toda la economía era un desastre», escribió. Goldberg tenía que «presionar a los trabajadores para que produjeran, a pesar de que era consciente de la escasa paga que recibían». También tenía que «defender la línea política, lo cual en el invierno de 1940 me resultó difícil para mi conciencia». La Guerra de Finlandia y el aumento de la represión «me provocó una crisis intelectual. Veía cosas que no podía explicar, no solo a los trabajadores, sino a mí mismo». Goldberg se sentía impresionado por la «resistencia heroica de la pequeña nación finlandesa», al tiempo que observó la mano dura de la policía soviética. «Primero, durante la noche, empezó a desaparecer parte de la población polaca de Pinsk, que era deportada a Siberia. Después vino la deportación de los judíos sospechosos de ser miembros de organizaciones socialistas y sionistas bajo la dominación polaca». Por último, en el verano de 1940, le enviaron al campo a colaborar en la colectivización, lo cual le defraudó aún más. Tiempo después, un amigo le aconsejó que dimitiera de su cargo y buscase un trabajo menos expuesto. Goldberg resumió en una frase una ley de las carreras políticas en el seno del régimen soviético: «Cuanto más subiera, más dura sería la caída». Así pues, dimitió y pasó a trabajar como obrero en una planta química… «mis mejores meses bajo la dominación soviética». [53]

ASESINATO EN MASA

Lo que Goldberg ignoraba en aquel momento era que el arresto o deportación no eran, en absoluto, los medios más radicales que los soviéticos aplicaban a enemigos reales o supuestos. También recurrían al «máximo castigo»: el tiro en la nuca. No tenemos cifras de cuántos de los detenidos en 1939-1941 en las tierras fronterizas occidentales fueron sentenciados a muerte. Sabemos que eran una minoría: 221 de los arrestados en Ucrania occidental entre 1939 y primeros de abril de 1941. [54]

También conocemos una estadística particularmente truculenta. Por orden del Politburó (esto es, Stalin y sus camaradas más

allegados) la policía soviética ejecutó a 21 857 polacos: oficiales, policías, colonos militares y otros supuestos enemigos del nuevo régimen. Las ejecuciones tuvieron lugar en abril y mayo de 1940 en varios puntos. El más famoso de ellos fue el bosque de Katyn, en la región de Smolensko, donde fueron inhumadas 4421 víctimas mortales. [55]

Este asesinato en masa recordaba a las ejecuciones del Gran Terror. En los sótanos del edificio del NKVD en Smolensko las víctimas se llevaban a una habitación. Se abría una trampilla en el suelo y se obligaba al reo a tumbarse, donde recibía un disparo en la nuca o en la sien, «al gusto del ejecutor», como reportó un testigo. Al menos un oficial se resistió, arrancó el arma a su asesino y le disparó. Mas estos actos heroicos solo retrasaban lo inevitable. En la prisión de Járkiv el procedimiento requería un policía de alto rango, que cumplía la sentencia; el fiscal del Estado, para verificar la identidad del condenado; y un guardia, que trasladaba uno a uno a los prisioneros a la sala de ejecución y luego procedía a retirar los cadáveres. «Tenías que envolverles la cabeza con algo para que la sangre no corriera por el suelo», recordó. En un tercer punto, una prisión en Kalinin, las ejecuciones eran llevadas a cabo por un veterano del Gran Terror. Vasili Mijáilovich Blojín era un especialista en esta tarea. Llevaba un maletín con pistolas y ropa protectora especial de cuero: delantal, gorro y largos guantes que llegaban por encima de los codos. Así ataviado, Blojín y sus colaboradores ejecutaban de 250 a 300 personas por noche; en cada turno tenía que cambiar de arma varias veces, pues se recalentaban con rapidez. Al final de cada jornada de trabajo, repartía vodka entre sus adjuntos, que se emborrachaban para olvidar. Antes se lavaban con perfume, para tratar de desprenderse del «hedor a sangre y descomposición». Aunque no lo lograban, como recordó uno de ellos: «incluso los perros nos rehuían». [56]

La jerga legal soviética otorgaba a todo este proceso una pátina de legitimidad. Como escribió a Stalin Lavrenty Beria, su jefe de policía: «Sobre la base del hecho […] de que todos eran enemigos endurecidos e irrecuperables del poder soviético», era necesario recurrir a un «procedimiento especial» para examinar sus casos y «aplicarles el máximo castigo». [57]

Dado que el resultado de estos «exámenes» era evidente desde un principio, que estos hombres no habían quebrantado ninguna ley soviética, que su único crimen era ser leales a su Estado y arrogantes con sus interrogadores y que la mayor parte de ellos eran prisioneros de guerra, protegidos por las leyes internacionales, los usos bélicos e

incluso la legislación soviética este truculento episodio fue un crimen de guerra de proporciones inmensas. Nada de lo que los soviéticos hicieron durante su Segunda Guerra Mundial fue comparable a esta violación flagrante de las leyes de la guerra, tanto formales como oficiosas. [58]

Sin embargo, dado que esto permaneció en secreto, logró su objetivo: la destrucción de buena parte de la élite polaca, que ya no podría organizar la resistencia contra la dominación soviética.

UNA EXPANSIÓN AMBIGUA

Así pues, a principios de 1941, un observador maquiavélico podría haber llegado a la conclusión de que Stalin había jugado bien sus cartas. Después de estabilizar el frente oriental contra Japón en 1937-1939, emprendió sus campañas en el oeste amparado por el pacto Hitler-Stalin. Estas contiendas olvidadas de la Segunda Guerra Mundial prosiguieron la recuperación de las tierras de los Románov que los bolcheviques no habían logrado completar tras la ruptura de 1917. Esta reconquista de territorio de la Rusia histórica, así como algún otro que nunca había formado parte del imperio, expandieron a la Unión Soviética hacia el oeste. Pasó de 11 repúblicas habitadas por 167 millones de habitantes a 16, que abarcaban 22 millones de kilómetros cuadrados y albergaban a más de 190 millones de personas en vísperas de la invasión germana. [59]

Sin embargo, si en el frente oriental los logros de Stalin habían supuesto una mejora sin paliativos de la seguridad estatal, en el oeste la situación era, sin duda, más compleja. La expansión hacia el oeste agregó nuevas poblaciones que podían movilizarse para trabajar y defender, pero de dudosa lealtad. Las anexiones habían obligado a las fuerzas de defensa a multiplicarse y habían dejado inservibles las fortificaciones de la antigua frontera. La nueva línea de demarcación estaba mal protegida de las hordas germanas que acechaban al otro lado. Los nazis podían ahora golpearlos de forma directa, sin tener que abrirse paso por el territorio de un tercer país.

La situación con respecto a Finlandia era aún peor. Las ganancias territoriales relativamente menores que Stalin tuvo que aceptar no valían en absoluto la sangre de los muertos y heridos que le habían costado a esta contienda. La agresión soviética llevó a los finlandeses a establecer una alianza con Alemania más estrecha de lo que se habrían planteado de otro modo. Este alineamiento con los alemanes reforzó la fuerza ofensiva hitleriana en el verano de 1941.

En el interior, la expansión también fue una espada de doble filo. Desde mediados de la década de 1930, el régimen había empleado el nacionalismo ruso como ideología movilizadora. Pero, ahora, debido a la incorporación de regiones habitadas por otras nacionalidades, el porcentaje de rusos del imperio se redujo del 58 al 52 por ciento de la población. Después de haber barrido a toda posible oposición en las ejecuciones en masa del Gran Terror, en la práctica, Stalin había abierto las puertas a nuevos enemigos. La expansión occidental hizo entrar en la esfera soviética a organizaciones nacionalistas de ucranianos, polacos y bálticos, que provocaron a los soviéticos importantes problemas durante el resto de la Segunda Guerra Mundial. En la primera mitad de 1941, solo en Ucrania occidental las fuerzas de seguridad soviéticas «liquidaron» a 38 «bandas políticas» y 25 «bandas criminales». Fueron arrestadas o muertas un total de 485 personas en dichas operaciones, que, en ocasiones, daban lugar a prolongados tiroteos. Durante esos mismos meses también fueron detenidos 747 «ilegales» y se deportó a 1865 integrantes de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). [60]

LA CONTINUADA RELEVANCIA DEL TEATRO ASIÁTICO

Mientras tanto, los temores soviéticos de una guerra en dos frentes nunca se desvanecieron por completo. China seguía siendo uno de los principales medios para evitarla. En junio de 1939, la Unión Soviética concedió un nuevo y cuantioso préstamo para la adquisición de equipamiento militar, que no tardó en llegar. A finales de 1940, Vasili Chuikov recibió orden de asumir un puesto de asesor militar en China. Stalin le dijo: «lo más importante es unir a todas las fuerzas de China para repeler al agresor». El objetivo de la ayuda soviética a China seguía siendo «detener la agresión nipona», «atar con firmeza las manos del agresor japonés». Las razones, explicó el dictador, eran estratégicas: «Solo si el agresor japonés tiene las manos atadas podremos escapar a la guerra en dos frentes si los alemanes atacan nuestro país». [61]

Dotación de una ametralladora del Ejército del Lejano Oriente, 1941. El «frente oriental» soviético contra Japón continuó desempeñando un importante papel durante la Segunda Guerra Mundial. Library of Congress.

Solo el tiempo diría si esta estrategia podía funcionar. Por el momento, los líderes soviéticos seguían inquietos. Un documento del Estado Mayor General con fecha 11 de marzo de 1941 advertía de un posible enfrentamiento en el oeste contra Alemania, Italia, Hungría, Rumanía y Finlandia, simultáneo a una contienda en oriente con Japón. Los autores recomendaban concentrar la mayor parte de efectivos en el oeste. Era allí donde se esperaba la mayor concentración de tropas y material enemigo. Aunque había que mantener unidades de importancia en el este, donde se había identificado una amenaza secundaria. [62] En esa misma época, a Chuikov se le dieron instrucciones de evaluar las pruebas que tuviera de las intenciones niponas. ¿Se estaban preparando para atacar la Unión Soviética? [63] El pacto de no agresión soviético-japonés del 13 de abril de 1941 no aliviaba su nerviosismo: ¿cumplirían los japoneses el pacto?

El frente oriental también continuó siendo relevante debido a que el ferrocarril Transiberiano se convirtió en una línea vital tanto para agresores como para víctimas. Para combatir su guerra europea, Alemania necesitaba suministros de Asia, en particular caucho natural para los neumáticos de los camiones militares pesados. Japón se lo

podía proporcionar, pero el bloqueo naval aliado le impedía enviarlo por mar. Después del Pacto Mólotov-Ribbentrop y los subsiguientes acuerdos económicos, el Transiberiano se convirtió en la respuesta al bloqueo. Una media de 300 toneladas de caucho natural recorría cada día sus vías desde Manchukuo a Berlín vía Vladivostok y Moscú. [64] El último tren con suministros pasó la frontera germano-soviética la mañana del 22 de junio, en el mismo momento en el que los soldados germanos abandonaban los puntos de concentración para iniciar su malhadada guerra contra la Unión Soviética. Y, a pesar de que después los soviéticos trataron de restar importancia a esta interacción económica, lo cierto es que, en resumidas cuentas, Alemania se benefició mucho más que los soviéticos. [65]

EL IMPACTO ECONÓMICO DE LA GUERRA

Es indudable que los civiles soviéticos padecieron a causa de la participación soviética en la contienda. El declive de los estándares de vida fue más drástico en las recién conquistadas tierras fronterizas del oeste, que sufrieron en particular a causa del saqueo soviético, la confiscación de la propiedad privada y la caída inevitable de los niveles de consumo asociada a la imposición de la economía dirigida soviética. «Justo después de que el Ejército Rojo invadiera nuestra localidad –recordó un muchacho polaco–, todo comenzó a escasear: sal, harina, pan, azúcar, ropa, zapatos, etc.». No obstante, en el interior soviético también aumentó el desabastecimiento, toda vez que empezó a notarse el desvío de recursos a la producción defensiva a partir de 1938 y las entregas de alimentos a Alemania. Las colas de espera en las tiendas se hicieron más largas. En septiembre de 1939, la movilización parcial de hombres durante la fase previa a la campaña polaca provocó un pánico comprador. Sal, cerillas y otros productos desaparecieron de las estanterías y fueron acopiados por los particulares. En diciembre de 1939 era difícil encontrar pan o harina en los establecimientos. Los trabajadores empezaron a dejar sus trabajos en busca de mejores condiciones de vida en otros confines del extenso país soviético. Los precios de mercado de los comestibles se dispararon, los campesinos acudían a las ciudades a comprar pan. Los informadores de la policía y los esbirros del partido reportaron largas colas ante las tiendas y un malestar creciente de las muchedumbres hambrientas. En las granjas colectivas, se generalizó la escasez de grano. En abril de 1940, Stalin estaba recibiendo reportes de casos de malnutrición en los pueblos. [66]

El Gobierno reaccionó de la única forma que sabía. Resistió la tentación de permitir el racionamiento, pero reintrodujo sistemas cerrados de distribución de alimentos en los sectores estratégicos de la economía. Las colas fueron prohibidas. A continuación, vino la reglamentación del trabajo y de la movilidad. A partir del 26 de junio de 1940, era ilegal ausentarse del trabajo o llegar tarde o cambiar de empleo sin permiso. Esta ley supuso la militarización de los obreros industriales: al igual que los soldados, quedaron sometidos a una severa disciplina. Muy pronto las autoridades locales, y en algunos casos los ciudadanos, introdujeron el racionamiento, pues no veían otra alternativa. Los habitantes de Leningrado tuvieron que soportar esta medida ya durante el conflicto con Finlandia. Hacia finales de 1940, el país estaba en pie de guerra, al menos en lo relativo a trabajo, movilidad y consumo. [67]

DESPLAZAMIENTOS EUROASIÁTICOS

Mientras las entregas que llegaban por el Transiberiano ayudaban a alimentar la maquinaria bélica hitleriana, los judíos del este europeo recorrían las mismas vías para escapar de la persecución nazi, solo que en sentido opuesto. En el interludio transcurrido entre la división de Polonia y la anexión soviética de las repúblicas bálticas, unos 2700 refugiados judíos de la Polonia ocupada lograron obtener visados de salida del vicecónsul nipón de Kaunas, en la Lituania todavía independiente. Provistos de estos documentos, recorrían miles de kilómetros por el espacio soviético hasta Vladivostok y de allí a la supervivencia, muy a menudo el gueto de Shanghái. Mucho más paradójica fue la consecuencia no intencionada de las deportaciones soviéticas a Siberia, Asia Central o el Extremo Norte: dejaron fuera del alcance de los pelotones de la muerte alemanes a decenas de miles de judíos polacos. Y, si bien la vida en el exilio soviético era dura, a menudo letal, las posibilidades de supervivencia allí eran mucho más elevadas que para los judíos de la Polonia bajo ocupación nazi. «Esto fue una paradoja», reflexionó una persona cuya familia fue obligada a subir a un tren en Pinsk el mismo día que los alemanes atacaban la Unión Soviética. La brutalidad de las fuerzas de seguridad de Stalin les libró de tener que vivir en el gueto, que había sido liquidado en octubre de 1942. «Resultó que el exilio en Siberia nos salvó la vida», concluyó. La imagen de un tren de deportación salvador resume la ambigüedad política y moral del esfuerzo bélico soviético de este periodo. [68]

A menudo, los grupos de deportados que eran trasladados al este tenían que esperar la llegada de trenes que trasladaban cargamento humano en dirección opuesta. Stalin no podía creer que Hitler fuera lo bastante loco como para iniciar una guerra en dos frentes, pero sus fuerzas armadas no ignoraron por completo las señales de advertencia. El 13 de mayo, el Estado Mayor General ordenó el traslado de efectivos desde el interior a la frontera. En poco tiempo, fueron despachados al oeste 28 divisiones de fusileros y 4 cuarteles generales de ejército. [69] «Cada día –recuerda un veterano de este enorme movimiento de fuerzas– nos sobrepasaban nuevos escalones de tropas de camino a la frontera». [70] A menudo este fenómeno es malinterpretado: se consideran preparativos para una guerra ofensiva contra Alemania, una tesis que remonta sus orígenes a la propaganda alemana de la época y que ha sido revivida gracias a la revelación, tras la disolución de la Unión Soviética, de nuevas evidencias de despliegue de efectivos y de movimiento de tropas. [71]

El movimiento de unidades era tan evidente que el 14 de junio de 1941 la agencia de noticias soviética TASS se vio obligada a desmentir tales «rumores». Se trataba, anunciaron en los diarios, de las habituales maniobras veraniegas para entrenar tanto a las tropas como a los trabajadores del ferrocarril. Esta declaración fue leída a los soldados y anunciada a las multitudes de las ciudades por megáfonos públicos. [72] Causó gran confusión entre los marinos de la Flota del Mar Negro, que solo dos días antes habían recibido orden de prepararse para el estallido de una guerra. ¿A quién debían creer? [73] En otros sectores, a los soldados que se preparaban para un embate enemigo inminente se les dijo que este mensaje solo era una señal diplomática y que debían continuar con lo que estaban haciendo. [74] Los oficiales del Estado Mayor General también reaccionaron con «cierta sorpresa» al mensaje, aunque luego lo interpretaron como los agitadores de la tropa: dado que se le habían dado «nuevas directivas», «era evidente que [el mensaje] no iba dirigido a las fuerzas armadas, o al conjunto del país». [75] Sin embargo, hubo otros que interpretaron el mensaje al pie de la letra. «Si he de ser honesto, no esperábamos la guerra» observó en sus memorias Aleksandr Mijáilovich Vasilevski, que, por entonces, era oficial del Estado Mayor. «El reporte de TASS lo confirmó […] después de este, todos coincidimos en que no habría un conflicto armado en un futuro próximo». [76]

Mientras los soldados trataban de descifrar los mensajes contradictorios, las líneas de ferrocarril iban sobrecargadas de efectivos que se dirigían al oeste y suministros para los alemanes. Los

deportados marchaban en dirección opuesta y todo esto se sumaba a la circulación habitual de bienes y personas. Así pues, muchos de los que habían sido destinados a la frontera germano-soviética tuvieron que ir a pie. Un veterano recordó que, en la primavera de 1941, su unidad recibió orden de partir del campamento de instrucción cerca de Bélgorod, en el sudoeste de Rusia. La división de fusileros marchó durante semanas por Ucrania, evitando las ciudades para mantener el secreto. Primero llegaron hasta el mar Negro y desde ahí a Poltava. «Mientras marchábamos por la estepa –escribió–, veíamos avanzar a otras divisiones hacia el oeste, en paralelo a nosotros». [77]

Sin embargo, no les permitieron atacar. Stalin había estudiado suficiente historia como para creer que nadie en su sano juicio se arriesgaría a una guerra en dos frentes si podía elegir. Dado que Hitler seguía en guerra con Gran Bretaña, y que no había indicios de que este conflicto finalizase pronto, sería una locura golpear a los soviéticos a la vez. Todas las pruebas que le llegaban de las fuentes de inteligencia locales y en el extranjero no eran sino humo y espejismos que trataban de obligarle a embestir a los alemanes y provocar una conflagración. Eran engaños de belicistas procedentes del seno del Ejército alemán o de los pérfidos ingleses, que ya en el pasado sospechaba que habían tratado de empujarlo a entrar en guerra con Alemania. Él, Stalin, no se dejaría engañar por tales tentativas de obligarle a hacer el trabajo sucio de los imperialistas. «Camarada Merkulov –escribió al jefe de su agencia de espionaje menos de una semana antes del ataque germano–, puede mandar a su “fuente” del Estado Mayor de la fuerza aérea alemana con su puta madre». El alemán que había advertido de los preparativos bélicos era, prosiguió, «no una “fuente” sino un desinformador». [78] Muy pronto, millones de ciudadanos soviéticos, tanto soldados como civiles, pagaron con la vida la negativa del dictador a comprender que Hitler no era Stalin.

_____

NOTAS

1 Las entradas del diario de los días 11 y 17 de septiembre de 1939 proceden de Hellbeck, J. (ed.), 1996, 275-277. Iu. Trifonov, entrevista con Mariia Iakovlevna Starchúkova (4 de julio de 2013) [https://iremember.ru/memoirs/letno-tekh-sostav/starchukova-shebarshina-mariya-yakovlevna]. Acerca de los reportajes periodísticos del lago Jasán, *vid* . «Los belicistas japoneses continúan sus provocaciones», *Pravda* , 30 de julio de 1938, 1; «Sobre los hechos acaecidos en las inmediaciones del lago Jasán», *Pravda* , 12 de agosto de 1938, 1. La primera noticia de TASS en torno a Jaljin Gol fue publicada en *Pravda* el 26 de

junio de 1939, 2. Otros ejemplos: «Los provocadores japoneses no cejan», *Pravda* , 6 de julio de 1939, 2; o el reporte de las operaciones de limpieza: «Liquidación de los restos de las fuerzas japonesas y manchúes de la región fronteriza de la república popular de Mongolia», *Pravda* , 1 de septiembre de 1939, 3.

2 La noticia del pacto ocupó la mayor parte de la portada del número del 24 de agosto de 1939 de *Pravda* . *Véase también Pravda* , 29 de agosto de 1939, 1; 1 de septiembre de 1939, 1, 3; 2 de septiembre de 1939, 1; *Pravda* , 18 de septiembre de 1939, 1.

3 Davies, S., 1997, 97; Reporte secreto del comisario adjunto del Interior de Ucrania, A. Kobulov, al secretario del partido de Ucrania, N. S. Jrushov (27 de agosto de 1939), 968-970; reporte secreto de las reacciones al discurso de Mólotov, 3 de septiembre de 1939, en Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), 2009, 968-970, 974-980, citas, págs. 970, 977.

4 El Tratado y el protocolo secreto fueron publicados por primera vez en Sontag, R. J. y Beddie, J. S. (eds.), 1948, 76-78.

5 Para un análisis de esta historiografía y la vigencia en la actualidad, *vid* . Edele, M., 2020b, 213-214.

6 Jrushchov, N. S. (ed.), 2004, vol. 1, 225-226.

7 Puede leerse un comentario de las alternativas en Semiriaga, M. I., 1992, 57-59; acerca de la opción británica: Manne, R., 1974, 3-26; Manne, R., 1981, 83-102; una vision más crítica: Shaw, L. G., 2003, capítulo 6. Una evaluación de las nuevas fuentes archivísticas disponibles en Pons, S., 2002, capítulo 5, en especial 179-180.

8 Jrushchov, N. S. (ed.), *op. cit* ., vol. 1, 225.

9 Banac, I. (ed.), 2003, 114 (entrada del 7 de septiembre de 1939). Acerca del papel de los combates en el este en esta decisión, *vid* . Haslam, J., 1992, 134; y Goldman, S. D., 2013, 160.

10 Nota acerca de la conversación entre Mólotov y el embajador polaco W. Grzyybowski, con sello de «secreto», 5 de septiembre de 1939, en Mezhdunaronye otnozheniia [Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS] (ed.), 1974, libro 2, [a partir de ahora, *Dokumenty v neshnei politik iXII* , n.° 2], 25-26.

11 *Ibid* ., 25.

12 Discurso de Mólotov reproducido en *Vneocherednaia piataia sessiia Verkhovnogo Soveta SSSR, 31 oktiabria-2 noiabria 1939 g. Stenograficheskii otchet* [Quinta Sesión Extraordinaria del Sóviet Supremo de la URSS, del 31 de octubre al 2 de noviembre de 1939 Transcripciones], 1939, 8.

13 Winston Churchill, «The First Month of War» (alocución radiofónica, 1 de octubre de 1939), en James, R. R. (ed.), 1974, vol. 6, 6160-6164, en particular pág. 6161.

14 Osborn, P. R., 2000, 1-26.

15 G. I. Kulik a Stalin, Mólotov, Voroshílov, 21 de septiembre de 1939, alto secreto. Publicado en Kurdriashov, S. V. (ed.), 2018, vol. 1, 166-167.

16 Reporte secreto del Grupo de Caballería Mecanizada a Stalin y Voroshílov, 1 de octubre de 1939, en Kurdriashov, S. V. (ed.), vol. 1, *op. cit* ., 170-174, en particular pág. 172; Krivosheev, G. F., 2001, 187; Gross, J. T., 2002, 17.

17 Apolinary, H., 1981, 205; Nil Valentinovich Milovskii, memorias inéditas, Archivo Bakhmeteff, Columbia University, mecanografiado, 46; Stanislaw H.,

en Grudzinska-Gross, I. y Gross, J. T., 1981, 68.
18 Mel'tiukhov, M. I., 2009, 478-502; Gross, J. T., *op. cit* ., 45-48, cita pág. 48.
19 Lev Mejlis, telegrama cifrado a Voroshílov, Stalin, Timoshenko, Jrushchov y Borisov (21 de septiembre de 1939), publicado en 2019 por el Ministerio de Defensa ruso [http://pakt1939.mil.ru]; Goldberg, M., s.f., 18.
20 Goldberg, M., *op. cit* ., 20-21; Gross, J. T., *op. cit* ., 49.
21 Davies, S., *op. cit* ., 99 (cita); y reportes del ánimo de la población reproducidos en Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), 2009, 968-997, cita en págs. 977-978.
22 Alocución radiofónica de Mólotov, 17 de septiembre, *Pravda* (18 de septiembre de 1939), 1. Telegrama n.° 317 de Schulenburgal, ministro alemán de Exteriores, 10 de septiembre de 1939, con el sello de «muy urgente» y «alto secreto». Reproducido en *Documents on German Foreign Policy 1918-1945* , Washington, United states Government Printing Office, 1954, Series D, vol. VIII, 44-45, cita en pág. 44. El embajador polaco en Moscú protestó contra esta declaración soviética cuando se le notificó la intervención soviética en las primeras horas del 17 de septiembre de 1939, según reportó de inmediato el comisario adjunto de Asuntos Exteriores soviético, V. Potemkin. *Dokumenty v neshnei politik iXII* , n.° 2, 94.
23 Reportes del ánimo de la población en relación con la campaña polaca. GDA SBU f. 16, op. 1, d. 381. También: Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), *op. cit* ., 998-1045; V. I. Motorkin al Presídium del Sóviet Supremo de la URSS, 1 de noviembre de 1939. Publicado en: Livshin, A. Ia. y Orlov, I. B. (eds.), 2003, 15-16, cita en pág. 15.
24 Banac, I. (ed.), *op. cit* ., 115-116.
25 *Vid* . el artículo pionero de Plokhy, S., 2011, 293-319.
26 Stalin a Grishuk, 3 de julio de 1940, RGASPI f. 558, op. 11, d. 59, l. 2-4, en particular l. 2.
27 Banac, I. (ed.), *op. cit* ., 120 (entrada del 25 de octubre de 1939). Dimitrov era el jefe del «Komintern», la organización estalinista encargada del control del movimiento comunista internacional.
28 Bidlack, R. y Lomagin, N., 2012, 17.
29 Discurso de Stalin en la reunión de altos mandos militares del 17 de abril de 1940, RGASPI f. 558, op. 11, d. 1124, l. 8-43, en particular l. 9.
30 «Memorandum of the Government of the USSR Handed in Moscow on October 14, 1939», en Ulkoasiainministeriö [Ministerio de Asuntos Exteriores de Finlandia] (ed.), 1940, 46-49, en particular pág. 47.
31 Los historiadores no se ponen de acuerdo en si el objetivo de la guerra era la anexión de Finlandia o tan solo desplazar la frontera. La existencia del «gobierno» Kuusinen puede ser interpretado como un intento de instalar un gabinete amistoso o un primer paso hacia una anexión directa (como sucedió con las repúblicas bálticas). Dicha anexión era una posibilidad real, como demuestra el hecho de que Mólotov, lugarteniente de Stalin, le preguntase a Hitler en noviembre de 1940 si los alemanes tolerarían un «arreglo» de la cuestión finlandesa «de una escala similar al de Besarabia» (que había sido anexionada a principios de ese año). *Vid* . las notas de la conversación entre Hitler y Mólotov del 13 de noviembre de 1940 en Sontag, R. J. y Beddie, J. S. (eds.), *op. cit* ., 240. Acerca del plan de guerra, Tuunainen, P., 2012, 139-188, en particular pág. 140 (cita).

32 Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 195. Algunos historiadores aducen que las pérdidas fueron mucho más elevadas. *Vid* . el estudio de Aptekar', P., 2004, 329.

33 Para ser precisos, 848 570 hombres: Krivosheev, G. F., *op. cit* ., 197. Las estadísticas históricas de la población finlandesa pueden consultarse en [http:// www.stat.fi/tup/satavuotias-suomi/vuosisadan-vertailut_en.html]. Acerca de los planes: reporte secreto de la actuación de la fuerza aérea durante la Guerra de Finlandia, remitido a Voroshílov y Stalin, 19 de marzo de 1940, en Kurdriashov, S. V. (ed.), vol. 1, *op. cit* ., 227-435, en particular pág. 227.

34 Acerca de los planes, *vid* . Woodward, Ll., 1970, vol. 1, 31-106; y Osborn, P. R., *op. cit* . Acerca de la información que recibía Stalin y cómo esta influía en sus decisiones: Rentola, K., 2013, 1089-1112.

35 Acerca de las cifras: Kirby, D., 2006, 215-216.

36 Acerca de las lecciones equivocadas que extrajeron los alemanes, *vid* . Reese, R., 2008, 825-852.

37 Mel'tiukhov, M., 2008, 142, 147.

38 «Larga vida a la Besarabia y a la Bukovina soviéticas», *Pravda* , 29 de junio de 1940, 1. Acerca de los datos y las razones estratégicas: Zolotarev, V. A. (ed.), 2015, vol. 2, 245.

39 Reporte secreto del NKVD acerca del estado de ánimo de la población de Kyiv (28 de junio de 1940), Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), *op. cit* ., 1161-1163.

40 Lecker, M., s.f.

41 Banac, I. (ed.), *op. cit* ., 124 (entrada del 21 de enero de 1940).

42 En palabras de Jan Gross.

43 Sword, K., 1991, 86-101; Statiev, A., 2010, 41, 142; reporte secreto de la inspección del correo particular, 6 de junio de 1941, en Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), *op. cit* ., 1202-1207; en particular pág. 1203; Goldberg, M., *op. cit* ., 22.

44 Semiriaga, M. I., *op. cit* ., 246-27. Acerca de Besarabia y Bukovina, *vid* . los decretos del 14 de agosto de 1940, reproducidos en Gatagova, L. S. (ed.), 2012, 239, 243-244.

45 Reporte secreto del jefe del NGB SSSR V. N. Merkulov a Stalin, Mólotov, Beria (17 de junio de 1941), reproducido en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), 2004, 404-405.

46 B. Z. Kovulov a Stalin, Mólotov, Beria (13 de junio de 1941), reproducido en *ibid* ., vol. 1, 401.

47 Gorlanov, O. A. y Roginskii, A. B., 1997, 77-96, en particular págs. 82, 86, 89.

48 Reproducido en Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005, 215-217.

49 Protassewicz, I., 2019, 95-132, cita en pág. 121.

50 Edele, M., 2015, 17-40, en particular pág. 24; Edele, M. y Warlik, W., 2017, 95-131, en particular pág. 106.

51 Semiriaga, M. I., *op. cit* ., 248. En 1940, la población total era de 5,9 millones (2 880 000 en Lituania, 1 950 000 en Letonia y 1 120 000 en Estonia). *Ibid* ., 254.

52 Acerca de la experiencia polaca de deportación, *vid* . Jolluck, K. R., 2002; acerca de la experiencia judeo-polaca, *vid* . Edele, M., Fitzpatrick, Sh. y Grossmann, A. (eds.), 2017.

53 Goldberg, M., *op. cit* ., 22, 25.
54 Reporte secreto del teniente del NKGB Tsvetujin de la cifra de «penas máximas» en Ucrania occidental, 22 de abril de 1941, GDA SBU f. 42, op. 1, d. 46, l. 8.
55 A. Shelepin a N. S. Jrushchev, reporte secreto, 3 de marzo de 1959; reproducido en Cienciala, A. M., Lebedeva, N. S. y Materski, W., 2007, 332-33. Propuesta de ejecución de Beria, anterior al 5 de marzo de 1940, Pikhoia, R. G. (ed.), 1999, 384-390. Decisión del Politburó de implementar la proposición (5 de marzo de 1939), Pikhoia, R. G. (ed.), *op. cit* ., 390-392.
56 Urban, Th., 2015, 43-47; Pikhoia, R. G. (ed.), *op. cit* ., 521-522.
57 Beria a Stalin, 5 de marzo de 1940, Cienciala, A. M., Lebedeva, N. S. y Materski, W., *op. cit* ., 118-120.
58 Los soviéticos no habían firmado la Convención de Ginebra de 1929, pero Rusia había ratificado la Convención de La Haya de 1907 y durante la guerra contra Alemania la Unión Soviética anunció que actuaría con arreglo a las normas de la primera, si bien no siempre fue así. Edele, M., 2016, 342-379. Acerca de las convenciones, págs. 348-349. Acerca de la normativa soviética con respecto al trato de prisioneros, *vid* . «Regulaciones sobre prisioneros de guerra», (19 de septiembre de 1939), en Pikhoia, R. G. (ed.), *op. cit* ., 78-83.
59 Poliakov, Iu. A. *et al* . (eds.), 2007, 10-11; Poliakov, Iu. A. (ed.), 2001, vol. 2, 6, 7, 12, 61.
60 Reporte del NKVD de la lucha contra el bandidaje en las regiones occidentales de la RSS de Ucrania, de enero a junio de 1941, reproducido en: Artizov, A. N. (ed.), 2012, vol. 1, 313-319, en particular pág. 314.
61 Acuerdo entre la URSS y China, 13 de junio de 1939; contrato para el suministro de «equipamiento especial» a China, 20 de junio de 1939, ambos documentos en Bondarenko, A. P. (ed.), 1990, 20-24, 43-44; Chuikov, V. I., 1981, 57-58.
62 Naumov, V. P. (ed.), 1998, vol. 1, 741-746.
63 Chuikov, V. I., *op. cit* ., 186-187.
64 Martin, B., 1969, 155.
65 Reporte de S. Tochilin, «Compendio de resultados del comercio de la URSS con Alemania en 1941 (26 de marzo de 1942)», Archivo estatal Ruso de Economía (RGAE), f. 413, op. 12, d. 5515, l. 16-24. Cita en pág. l. 21. Los soviéticos recibieron material por valor de 482,6 millones de marcos alemanes, los alemanes 691 millones. RGAE f. 413, op. 12, d. 5515, l. 19.
66 Sergiusz M., en Grudzinska-Gross, I. y Gross, J. T., 1981, 93; Osokina, E., 1999, 206-213.
67 Osokina, E., *op. cit* ., 213-218. Acerca del racionamiento en Leningrado, Peri, A., 2017, 37.
68 Edele, M. y Warlik, W., *op. cit* ., 103-104; entrevista a Rozenberg de G. Koifman (25 de abril de 2014) [https://iremember.ru/memoirs/pekhotintsi/rozenberg-samuil-iosifovich/].
69 Zhúkov, G. K, 2002, vol. 1, 241.
70 Entrevista con Aleksandr Fedorovich Sobakin [https://iremember.ru/memoirs/artilleristi/sobakin-aleksandr-fedorovich/].
71 Acerca de este debate, *vid* . Mawdsley, E., 2003, 818-865.
72 «Comunicado de TASS», *Pravda* , 14 de junio de 1941, 2; Fleischhauer, I., 1991, 336.

73 Kuznetsov, N. G., 2003, 9-10.
74 Pliev, I. A., 1976, 12-13.
75 Vasilevski, A. M., 1978, 109-110.
76 [https://iremember.ru/memoirs/desantniki/lubentsov-aleksandr-grigorevich/].
77 Chukhrai, G., 2001, 29-32.
78 Khaustov, V. N. *et al* . (eds.), 2006, 286-287.

CAPÍTULO 4

Armagedón, 1941-1942

CAOS

«Lenin nos dejó un gran legado –afirmó enojado Stalin– ¡y nosotros, sus herederos, la hemos cagado!». Había transcurrido poco más de una semana desde que los alemanes atacaran sin advertencia previa ni declaración de guerra. A primera hora del 22 de junio, las fuerzas de choque hitlerianas barrieron a los soviéticos y se adentraron en territorio soviético por tres ejes de avance. El Heeresgruppe Nord se dirigía a Leningrado, el Heeresgruppe Mitte marchaba sobre Moscú y el Heeresgruppe Süd avanzaba en dirección a Kyiv. El día del exabrupto de Stalin, los Panzer hitlerianos alcanzaron las estribaciones de Lviv, en el sur, y en el centro controlaban la región al sur de Minsk. El Heeresgruppe Nord progresaba por el interior de Lituania. [1] Stalin no tenía una idea clara de lo que estaba sucediendo en su frente occidental. Se reunió con su círculo más íntimo para debatir la situación: Viacheslav Mólotov, Gueorgui Malenkov, Anastás Mikoyán y Lavrenty Beria. Se telefoneó al Comisariado de Defensa, pero seguían a ciegas, por lo que Stalin decidió ir a ver a los militares. Se celebró una tensa reunión con Semión Timoshenko, Nikolái Vatutin y Gueorgui Zhúkov. Stalin reprochó a su Estado Mayor General que no supiera lo que estaba ocurriendo en el frente. Zhúkov salió de la habitación con lágrimas en los ojos. «Es evidente que solo entonces se dio cuenta Stalin de lo grave que había sido su error de cálculo en relación con la probabilidad, el momento y las consecuencias de un ataque de Alemania y sus aliados», reflexionó Mikoyán. [2]

En el frente reinaba el caos. El 22 de junio, el estruendo del ataque aéreo sobre Pinsk despertó a Michael Goldberg. Cuando la familia escuchó por la radio el discurso de Mólotov que anunciaba la embestida germana, su padre no se hizo ninguna ilusión con respecto al destino que aguardaba a los judíos: «Esto es nuestro fin». Michael se

incorporó a filas; fue enviado de inmediato a una escuela, en espera de nuevas instrucciones. «De repente, nos despertó la alarma. Corrimos afuera. Vimos el cielo de poniente en llamas y escuchamos explosiones». Los reclutas, todavía vestidos de civil, recibieron orden de marchar al este y se adentraron en la noche. Por la mañana, los hombres desarmados fueron atacados, pero lograron unirse a una columna de marinos motorizados.

«Nos dieron armas y juntos destruimos la fuerza alemana». Al fin, consiguieron llegar a Lunietz, donde quedaron acantonados en la estación de tren, un blanco para los ataques aéreos del enemigo. «Al acabar el día, habíamos sufrido nuestro primer ataque de los aviones alemanes, sin tener ningún lugar en que ocultarnos. Fui testigo de una masacre. Esta fue mi primera experiencia bélica». [3]

El supuesto golpe contra Pinsk que provocó su marcha hacia el este había sido una falsa alarma (la aviación germana había atacado una base militar). Les trajeron de vuelta en vagones de ganado, les instalaron en una antigua iglesia de la localidad y por fin les dieron uniformes. Pero, aparte de eso, les dejaron olvidados. «No teníamos nada que hacer y carecíamos de mandos y entrenamiento». Muy pronto, los oficiales que aún quedaban se dieron a la fuga, lo que dejó sin dirección a los reclutas. Fueron en busca de instrucciones a los mandos locales del partido, pero estos se limitaron a informarles de que los alemanes ocuparían muy pronto la ciudad. Abandonados a su suerte, la mayoría de soldados volvió con la familia. Tan solo quedaron 26 «comunistas incondicionales». Goldberg fue de un lado a otro para tratar de contactar con su familia y fue arrestado por desertor. Le liberaron gracias a la mediación del líder local del partido y, después de un encuentro con su padre, regresó con los restos de su unidad. Este le había convencido de marcharse con el Ejército, «pues estaba seguro de que, dado mi expediente político, sería uno de los primeros en ser ahorcados por los invasores alemanes». Este consejo refleja la «ingenua idea», generalizada entre la población local, «de que los activistas políticos estaban en peligro, pero no el ciudadano corriente». Así pues, Goldberg y sus camaradas salieron por el puente de entrada a la ciudad, el cual fue volado una vez lo hubieron cruzado. [4]

Lo que vino después fue una pesadilla. Después de una noche de marcha, los soldados fueron a parar a una carretera «atestada por centenares de civiles movilizados que habían partido de la ciudad antes que nosotros desde varios puntos de concentración». Con la salida del sol, el calor fue en aumento. Iba a ser un día caluroso y no

tenían agua potable. Los aviones alemanes controlaban los cielos y se lanzaban sobre las columnas de marcha, que ametrallaban a placer. Los grupos se desintegraron en pequeñas partidas. Goldberg se unió a un grupo de cinco. [5]

Al anochecer, llegaron a una aldea, donde pudieron comprar pan y leche y negociar un alojamiento. Goldberg tenía los pies llagados. El dolor le impedía dormir, por lo que salió de la cabaña para tomar un poco el aire.

> Escuché entonces una conversación de varios granjeros que conspiraban para matar a los comunistas judíos, ¡porque seguramente llevaban oro! Este acto también les granjearía la confianza de los alemanes. Desperté de inmediato a mis amigos con la noticia y en mitad de la noche continuamos nuestro camino. Este episodio supuso un nuevo golpe a mi confianza en los humanos; esos campesinos eran la misma gente que había convivido con nosotros durante cientos de años. [6]

Los alemanes atacan la Unión Soviética, 22 de junio de 1941.

Al fin, los rezagados fueron recogidos por uno de los pocos oficiales que quedaban y enviados a una estación ferroviaria para ser trasladados al este. «Nos metieron en trenes de ganado, 50-60 personas por vagón, y empezamos un largo viaje sin provisiones ni instalaciones de aseo de ningún tipo». Muy pronto, el medio de transporte tuvo que cambiar de dirección, pues las fuerzas germanas le habían cortado el paso. El tren permaneció días en una estación, bajo el acoso constante de la Luftwaffe. «De ese modo –reflexionó Goldberg–, muchos de los reclutas nunca tuvieron la oportunidad de

participar en la guerra». Por último, los supervivientes fueron llevados a Orel. Siguieron dos semanas más de espera sin sentido, antes de ser enviados a un campamento de instrucción militar ubicado en los bosques. «No había instalaciones. Nuestro único cobijo eran los árboles». Las raciones consistían en arenque ahumado y pan negro. Muchos seguían vestidos de paisano. Nadie se había cambiado la ropa interior ni se había podido lavar desde que partimos de Pinsk. Los asaltos aéreos volvieron, pero los reclutas no disponían de nada con que defenderse de la amenaza que llegaba de los cielos. [7]

EL EJÉRCITO DE TRABAJO

Al cabo de un tiempo, los soldados de las antiguas regiones polacas fueron evacuados al este, en «nuestros viejos amigos, los trenes de ganado», donde se unieron a otros deportados. «Descubrí gente de varias nacionalidades: polacos, ucranianos, alemanes nacidos en la Unión Soviética, en la que sus familias habían vivido desde hacía cientos de años. Pensamos que todas eran personas a las que el régimen soviético consideraba que no eran de fiar». Lo que vio durante el trayecto a través de la antigua Unión Soviética destruyó las escasas ilusiones que le quedaban al joven comunista. «Descubrí la pobreza y las condiciones terribles de las personas de las regiones que atravesamos […] tenían el aspecto de gente que vivía en siglos remotos, tanto en lo económico como en lo cultural. Me quedé estupefacto al descubrir que existiera semejante pobreza tantos años después de la Revolución». Goldberg y sus camaradas viajaron semanas, «sucios y hambrientos, recibíamos raciones insuficientes para sobrevivir», además de padecer diversas afecciones. Por fin, se apearon en Izhevsk, en el norte de Rusia, donde los soldados fueron encuadrados en el ejército de trabajo.

El ejército de trabajo era un «fenómeno peculiar» que combinaba «la movilización de hombres y mujeres por medio de las oficinas de reclutamiento con la militarización de formaciones organizadas en una estructura de tres elementos (destacamento de trabajo, colonia de trabajo, batallón de trabajo)». Este sistema era una mezcla de «elementos de servicio militar, trabajo productivo y un régimen de confinamiento similar al gulag». [8] Se destinaba a este trabajo militarizado a los contingentes bajo sospecha: germanosoviéticos, rumanos, italianos, finlandeses, chinos, coreanos, griegos, calmucos y tártaros de Crimea, así como otros muchos procedentes de las fronteras occidentales. En conjunto, unas 400 000 personas. [9]

Los judíos de las regiones recién anexionadas pertenecieron a esta categoría entre 1941 y 1943. La unidad de Goldberg, instalada en tiendas desperdigadas por los bosques, tenía que construir nuevas fábricas que debían recibir el equipamiento y la fuerza fabril evacuada del confín occidental del imperio soviético. Durante las largas y extenuantes jornadas de trabajo, también edificaban sus propias «casas»: las numerosísimas *zemlianki* , «pequeños refugios subterráneos», que ya conocíamos de las deportaciones coreanas de 1937 y que volveremos a ver una y otra vez en el transcurso de la contienda. La comida era pésima e insuficiente. Muchos se hincharon a causa del hambre. [10] «El trabajo era muy duro y estábamos hambrientos», reportó un judío de Besarabia enviado a trabajar en una planta de municiones de Cheliábinsk. «Todos padecíamos malaria, pero tenías que seguir trabajando». [11] Los obreros-soldado sufrían una elevada mortalidad: en 1942, pereció casi un 11 por ciento, esto es, 11 874 seres humanos; en 1944, a pesar de la mejora de las condiciones, la cifra fue de 2832, un 3 por ciento. [12]

EVACUACIÓN Y HUIDA

Los padecimientos del batallón de trabajo de Goldberg se enmarcan en el denodado esfuerzo para salvar los recursos industriales y de otro tipo del avance alemán. Factorías completas fueron desmanteladas y enviadas al interior, acompañadas de su fuerza de trabajo. Las granjas colectivas recibieron orden de recoger todo y dirigirse hacia el este con su ganado. La evacuación del personal esencial –cuadros directivos y la familia, la fuerza de trabajo de las empresas–, así como el equipamiento de las fábricas tuvo lugar al mismo tiempo que se destruía todo lo que se dejaba atrás. Algunos ignoraron la orden de evacuación, otros trataron de subir a un tren para salvarse. Muchos trataron de escapar al progreso de la Wehrmacht por sus propios medios. Otros se quedaron donde estaban, ya fuera porque no podían organizar un transporte o porque tenían niños pequeños o ancianos de los que cuidar. Las expectativas de los que se quedaban eran muy variadas: algunos esperaban ser liberados del bolchevismo, otros recordaban la última ocupación germana de la Primera Guerra Mundial, que, comparada con los horrores de la Guerra Civil que vino después, fue relativamente benigna y muchos otros pensaron que podrían arreglárselas con cualquier tipo de dictadura. [13]

Ya el 15 de septiembre, las autoridades habían contabilizado un total de casi 2 millones de evacuados, en su mayoría de Moscú,

Ucrania, Bielorrusia y Leningrado, en su aplastante mayoría mujeres (1,3 millones) y niños (42 por ciento). Más de la mitad eran rusos, seguidos de medio millón de judíos (una cuarta parte del total) y 190 000 ucranianos (cerca del 10 por ciento). Hacia el 21 de octubre de 1941, la cifra total ascendía a 3,2 millones de evacuados, la mayoría de los cuales reside hoy en la Federación Rusa. [14] En diciembre el total alcanzó los 5,8 millones. En conjunto, en 1941 y 1942 algo menos del 10 por ciento de la población soviética de preguerra huyó o fue evacuado: 10,4 en la primera oleada, de junio de 1941 a febrero de 1942, y 8 millones en el verano de 1942. Para muchos se trató de evacuaciones temporales o repetidas, de lo que se deduce que el número final es probablemente inferior. [15]

Quedarse atrás, fue, no obstante, la opción mayoritaria: al menos el 65 por ciento de quienes habitaban en las regiones invadidas por Alemania y sus aliados así lo hizo. Lo más probable es que la cifra fuera del 77 por ciento, esto es, entre 55 y 65 millones de personas. [16] A veces, los obreros a los que el Estado movilizaba y obligaba a marcharse con sus empresas desmanteladas y reconstruidas en el este se negaban a irse. Los trabajadores con casas en propiedad o que podían recurrir a huertos urbanos, como era el caso de muchos que vivían fuera de las grandes ciudades ucranianas, eran reacios a intercambiar este acceso a refugio y alimento por la poco fiable ayuda estatal. [17] De igual modo, en las ciudades hubo obreros «[…] propietarios de sus casas, que se negaron» a partir, según reportó el comisario adjunto de Interior de Ucrania. [18] De igual modo, huir por cuenta propia era en extremo difícil. En la época había muy pocos vehículos a motor privados. La gente que escapaba en bicicleta o a pie solía ser superada por las veloces avanzadas alemanas, o ametrallada desde el cielo por los aeroplanos. Solo aquellos que, como miembros de la élite soviética, tenían acceso a transporte, o aquellos que podían sumarse, de un modo u otro, a la evacuación organizada por las autoridades, tenían una posibilidad real de escapar. Los hombres jóvenes sin ataduras eran los que más posibilidades tenían de lograrlo. Las familias con niños pequeños eran los que menos, en caso de que siquiera lo intentasen. [19] Algunos de los refugiados eran subidos a camiones del Ejército Rojo en retirada, a pesar de que los mandos habían prohibido recoger civiles. «Los soldados-campesinos –recordó uno que salvó la vida de ese modo– nos guiñaban el ojo y decían: “los jóvenes no saben mucho de la vida” e ignoraban la orden del comandante. “Mañana vosotros también seréis soldados”. Y así, gracias a su desobediencia, nos llevaron a la Rusia de antes de 1939».

[20]

Los que tenían menos capacidad de decidir eran los presos. Los centros de detención situados en la ruta de avance alemana fueron vaciados de unos 141 000 internos. Solo permanecieron 21 000 y 7000 fueron liberados durante la evacuación. Cerca de 1000 huyeron en la confusión y 346 fueron liberados por «bandidos». Un total de 9817 fueron ejecutados en las prisiones y 1443 durante la marcha hacia el este. Durante el camino murieron 1000 más por otras causas. [21] Aunque estos asesinatos tuvieron lugar durante una situación de catástrofe militar, seguían la misma lógica que las ejecuciones de Katyn de 1940 o las operaciones en masa de 1937-1938: en caso de duda, «liquidar» a posibles adversarios que podrían alinearse con el enemigo.

EL TERROR

Las ejecuciones no siempre eran la alternativa a una evacuación imposible. Veamos el ejemplo del primer comandante de las fuerzas soviéticas en la batalla del lago Jasán de 1938: Grigori Mijáilovich Shtern. Acusado de una serie de pecados doctrinales, trotskismo entre ellos, y de participar en una imaginaria conspiración militar contra Stalin, Shtern fue detenido el 7 de junio, apenas dos semanas antes del ataque germano. Junto con otras víctimas tardías de las purgas militares, fue evacuado de Moscú a Kúibyshev y ejecutado por orden de Beria el 28 de octubre. [22] En noviembre, Beria solicitó a Stalin autorización para liquidar a 10 645 condenados a muerte, cuyas sentencias no habían sido ratificadas por las autoridades judiciales superiores. Muchos de ellos estaban muy lejos del frente, en lugares como Jabárovsk o Uzbekistán. No era probable que el enemigo ocupase esos lugares en un futuro próximo. Aun así, Beria pensó que más valía prevenir que lamentar. [23]

Las ejecuciones de prisioneros no fueron el único momento de este Gran Terror renovado. Durante el año y medio de catástrofe militar fueron ejecutadas más de 30 000 personas por crímenes contrarrevolucionarios: 8001 en 1941 y la escalofriante cifra de 23 278 en 1942. Si bien este repunte no era nada en comparación con las 700 000 víctimas del Gran Terror de 1937-1938, superó las cifras de todos los demás años, desde 1922 a 1953. Solo se había alcanzado un número similar de ejecuciones durante los años de la Guerra Civil. [24]

Esta nueva oleada de asesinatos venía impulsada desde arriba. Ante la catástrofe provocada por sus medidas, Stalin reaccionó según

acostumbraba: responsabilizó a otros. El 16 de julio, Stalin firmó una orden secreta que acusaba a todo el mando del frente occidental de «deshonrar el título de comandante por su cobardía, inacción, mala gestión, desorganización del mando y control, entrega de armas al enemigo sin luchar y abandono no autorizado de posiciones de combate». Stalin, en una flagrante proyección de sus propios fracasos, anunció el arresto del antiguo comandante del Frente Oeste, Dmitri Grigórievich Pávlov, y a otros ocho altos mandos que habían tenido la desgracia de estar al mando de las unidades destrozadas por la Wehrmacht en el verano de 1941. Pávlov fue despojado de su rango, sentenciado a muerte y fusilado, tal y como reportó el mismo Stalin en su orden del día del 28 de julio. [25]

Además de estos asesinatos selectivos, las tropas de seguridad también acabaron con supuestos traidores, espías, saboteadores, derrotistas, cobardes y desertores: 10 201 el 10 de octubre, cifra que debe sumarse a las muertes ya mencionadas, lo cual eleva el total a decenas de miles, sin mencionar los soldados fusilados por sus comandantes sin juicio ni notificación. Un total de 15 000 militares fueron apresados y sentenciados a penas menores y más de medio millón de rezagados fueron arrestados, aunque devueltos al frente. [26]

Las ejecuciones solo eran la punta del iceberg. En el verano de 1941, la movilización en masa de combatientes, la orden de entregar receptores de radio privados a las autoridades (para suprimir fuentes independientes de información), así como la «oleada de arrestos» convencieron por fin a la ciudanía soviética de que «la guerra de verdad había comenzado». [27] La represión asumió una magnitud considerable. En los años 1941-1945, una media anual de 3,2 millones de personas fue sentenciada a prisión, trabajos forzados, muerte u otras resoluciones; la cifra equivalente para los años 1937-1940 fue de 1,8 millones al año. Esta oleada alcanzó la cota máxima en 1941-1942, con 3,4 y 3,6 millones de sentencias. [28]

En el verano de 1941, expresar verdades indiscutibles como «Alemania es un Estado fuerte», que «el Ejército germano ya ha derrotado a varios Estados», que hasta ahora solo se había combatido en territorio soviético o que el enemigo había «tomado varias ciudades nuestras» era suficiente para ser condenado a diez años en un campo de concentración. Estas declaraciones eran, a juicio de las autoridades, «afirmaciones contrarrevolucionarias, derrotistas, calumnias que buscaban reducir la capacidad defensiva del Ejército Rojo». El caso de un obrero convertido en soldado de 23 años de edad que habló demasiado de la situación desesperada y acabó yendo a parar al gulag

no fue un caso aislado. [29] Una amplia serie de afirmaciones por completo razonables podía provocar una acusación de «agitación antisoviética». Manifestar que las ejecuciones de oficiales del Ejército durante el Gran Terror habían provocado falta de mandos; la noción de que la colectivización había dejado el país en bancarrota y rebajado la calidad de vida de tal modo que existían muy pocos incentivos para combatir por el régimen soviético; afirmar que el Gobierno arrestaba a personas inocentes; la conclusión de que el pacto Hitler-Stalin había sido un error; o la convicción de que los reportes de los medios soviéticos no eran de fiar, todo esto se consideraban «falacias contrarrevolucionarias». Se reprimían hasta las «charlas de borrachos», «incluso con la pena de muerte». [30]

Mas la represión iba mucho más allá de la política. En noviembre de 1941, había en el gulag 18 000 antiguos soldados sentenciados por faltas menores como ausentarse de la unidad sin permiso o llegar tarde. Vivían en horribles condiciones, con comida insuficiente, faltos de ropa de abrigo y hacinados y, dado que muchas veces no se les podía dar empleo, a medias raciones, lo cual hizo que, entre julio y septiembre de 1941, la tasa de mortalidad de los internos se triplicase con creces. [31]

LOS ORÍGENES DE LA CATÁSTROFE

Si Stalin responsabilizó del desastre a los demás, los historiadores soviéticos posteriores la atribuyeron a la superioridad germana. Lo cierto es que ni uno ni otro fueron los causantes de la catástrofe del verano de 1941. En primer lugar, tenemos lo que un historiador denominó «el mito de la superioridad alemana»: en conjunto, los tres *Heeresgruppen* alemanes sumaban 3,5 millones de soldados, más de 3000 carros, 600 000 vehículos motorizados, 7000 piezas de artillería y más de 2700 aviones. Los germanos recibían el apoyo de fuerzas rumanas, eslovacas e italianas en el sur y en el norte de los finlandeses, que dieron inicio el 25 de junio a su «Guerra de Continuación» contra la Unión Soviética. Un día después, Hungría sumó otros 25 000 efectivos, que pasaron a formar parte del Heeresgruppe Süd. Ese mismo año, tropas croatas se unieron al esfuerzo bélico germano, así como voluntarios de todo el oeste de Europa, entre ellos la célebre «División Azul» española. En el transcurso de toda la campaña, sirvieron con la Wehrmacht casi 4 millones de combatientes extranjeros, de los cuales algo menos de una cuarta parte procedía del oeste y del norte de Europa; el resto se

distribuía a partes iguales entre colaboracionistas soviéticos y del este de Europa. [32]

Por tanto, Hitler había reunido un contingente ofensivo impresionante, aunque los soviéticos tampoco se habían quedado atrás, como puede verse en el gráfico: casi 5 millones de soldados, 77 000 piezas de artillería, más de 22 000 carros y alrededor de 20 000 aviones de combate. Por supuesto, no todos estos efectivos y material estaban disponibles en el oeste: el posible frente oriental contra Japón continuaba atrayendo la atención de los soviéticos. A pesar de ello, con solo desplegar en el frente oeste la mitad de sus efectivos de combate, los soviéticos seguían superando en número a los alemanes. La gran ventaja germana en el verano de 1941 fue la superioridad táctica, basada en un excelente entrenamiento y en las rutinas adquiridas en las campañas libradas desde 1939. [33]

Los soviéticos, por el contrario, estaban mal preparados para el ataque, pues Stalin se había negado hasta última hora a que los militares hicieran lo obvio. Buena parte del equipamiento estaba anticuado, desplegado en el lugar erróneo y con un pobre mantenimiento. Muchas de las dotaciones carecían de entrenamiento suficiente. Algunos de los mejores mandos habían perecido en el Gran Terror y los sustitutos estaban todavía adaptándose a sus nuevos puestos. El grueso de la tropa eran campesinos sin ninguna motivación para defender la Unión Soviética de Stalin: incorporados a la fuerza a partir de 1929 en las granjas colectivas, habían sido exprimidos durante el resto de la década para crear reservas estratégicas de grano. «Los temas de conversación básicos entre soldados –escribió Konstantín Pétrovich Bunín, un profesor recién movilizado que marchaba con campesinos de 40 a 50 años de edad– es que les tratan como carne de cañón y que van como corderos camino de la matanza». Planeaban rendirse a la primera oportunidad y no creían los reportes de la prensa soviética del maltrato alemán a los prisioneros. No respetaban a sus comandantes, los cuales eran «nada más que muchachos, recién salidos del pupitre de la escuela». Estos, obligados a comandar en combate a soldados sin ninguna instrucción, recurrían a amenazar con el fusilamiento a unos hombres mucho mayores que ellos y a espetarles procacidades. La inmensa mayoría de la tropa carecía de «entrenamiento en combate moderno –señaló Bunín–. En mi vida he disparado un fusil». [34]

Tales eran los combatientes que se enfrentaron a un enemigo que controlaba los cielos, cercaba a las unidades soviéticas en enormes pinzas y liquidaba los «calderos» resultantes con metódica letalidad.

La rendición, como no podía ser de otra manera, fue un fenómeno de masas en el verano y otoño de 1941. Durante este primer medio año de guerra con los soviéticos, la Wehrmacht capturó el 58 por ciento del número total de prisioneros que hizo durante la contienda. Los alemanes también recibieron a más desertores que en ningún otro frente: hombres que no se limitaban a rendirse de forma pasiva, sino que cruzaban por propia iniciativa la línea del frente para escapar a la máquina bélica de Stalin y, en ocasiones, para combatir del lado de los alemanes. [35]

CONTRAATAQUE INCESANTE

Sin embargo, a pesar del hundimiento, la desorientación, el derrotismo, la desesperación y el anhelo desesperado de una vida mejor sin Stalin, también se libró una guerra por completo diferente. Desde los primeros días del golpe germano, hubo formaciones del Ejército Rojo que combatieron con bravura, tenacidad y agresividad. «El enemigo solo se retira después de dura resistencia», reportó el 25 de junio la 56.ª División de Infantería germana, encuadrada en el Heeresgruppe Süd. Las unidades del Ejército Rojo no se limitaban a defender la posición, sino que también contraatacaban. Y de forma incansable. «El enemigo combate con obstinación y responde a los asaltos de nuestra infantería con contragolpes inmediatos», reportó la 79.ª División de Infantería el 13 de julio de 1941. Con la salvedad de algunos momentos de pánico, 1941 no fue una desbandada, sino un

combate en retirada. «El enemigo está en franca retirada, la cual es cubierta por acciones de retaguardia dirigidas y libradas con valor», reportó el 28 de junio la 56.ª División de Infantería. [36] Ni siquiera en las batallas de cerco, en las que se capturaron increíbles muchedumbres de prisioneros en poco tiempo, cesaba la resistencia. «A pesar del constante estrechamiento del cerco –reza un reporte alemán de los últimos días de la batalla de Kyiv, en septiembre de 1941–, el enemigo cercado […] combate de forma empecinada, con feroz determinación. Continúa intentando abrirse paso a pesar de carecer de apoyo artillero». [37]

Era igual en todas partes: colapso, desorganización, falta de mandos, efectivos sin entrenar, rendiciones en masa. Pero, al mismo tiempo, una resistencia de increíble dureza. El 30 de julio, Gotthard Heinrici, un general alemán conocido por el apropiado apodo de «enano venenoso» escribió a su mujer: «El enemigo que tenemos ante nosotros es una gente sorprendentemente activa y dura […] han atacado a la 134.ª División a primera hora de la mañana […] un poco más tarde, nos llegaron setenta y siete desertores. Es casi incomprensible y siempre lo mismo: en general, el ruso combate con tenacidad fanática». [38] El 1 de agosto, con nerviosismo creciente, puso lo siguiente por escrito:

> Todos hemos subestimado al ruso. Siempre se ha dicho que sus líderes son patéticos. Pues bien, han demostrado su capacidad de liderazgo […] una tremenda energía que moviliza sin contemplaciones a todas sus fuerzas, arrojándolas sin piedad […] nuestras pérdidas son importantes. [39]

El combate era de una brutalidad superior a nada que los germanos hubieran experimentado en otros frentes. Un soldado alemán dejó el siguiente relato de un enfrentamiento de primeros de noviembre de 1941:

> La ametralladora pesada próxima quemaba una cinta tras otra de reluciente munición […] los cartuchos vacíos caían del receptor ardiente en un torrente incesante. Granadas de mortero estallaron en el terreno pedregoso situado cincuenta metros frente a nuestras posiciones; nuestras dotaciones de morteros trataban de contener las oleadas de tropas que se arrojaban sobre nosotros. Poco a poco, el asalto fue rompiéndose contra nuestras líneas. El terreno llano frente a nosotros estaba

alfombrado de las formas oscuras de muertos y moribundos. Lo único que podíamos oír en el zumbido de nuestros oídos eran los gritos de los heridos [...]

Menos de veinte minutos después encaramos una nueva embestida y el sol se elevó sobre el horizonte, lo que reveló todo el horror del campo de batalla [...]. En mitad del estruendo escuché la voz del ametrallador, que gritaba: «¡No puedo dejar de matar!», mientras apretaba con fuerza el gatillo, enviando una lluvia de balas del humeante cañón de la MG a las masas de atacantes. [40]

Un jefe de batallón soviético nos presenta la visión de estos embates desde el otro lado de las trincheras. Una parte de sus soldados estaba desarmada; tenía que recuperar las armas de los camaradas caídos. Les obligaban a avanzar los oficiales políticos, cargados de argumentos convincentes: pistolas. Aunque, una vez que empezaron a llover granadas, la mayoría de los asaltantes se arrojaba al suelo y ni las órdenes de los comandantes ni las obscenidades, amenazas y puntapiés de los comisarios conseguían que se pusieran de nuevo en pie. La artillería alemana empezó a batir a los indefensos soldados y cundió el pánico. La gente intentaba escapar en todas direcciones, pero caía abatida a tiros o destrozada por los explosivos. Muchos alzaban los brazos y trataban de entregarse, pero eran acribillados por las ametralladoras alemanas; las banderas blancas tampoco sirvieron de mucho a los aspirantes a prisioneros de guerra. Los mataban a sangre fría. [41]

Sin embargo, no todos los contraataques estaban coaccionados. En 1941 hubo soldados muy motivados que lucharon con extrema agresividad sin que nadie les obligase a ello. El grupo de combate de Nachman Dushanski es un ejemplo. Dushanki, judío lituano nacido en 1919 era comunista desde que se incorporó a los 14 años de edad a la clandestina Liga de Juventudes Comunistas de Lituania. Encarcelado a causa de su activismo político, fue excarcelado en junio de 1940 después de la ocupación soviética del país. En el momento del ataque germano, servía en una unidad de contrainteligencia de la guardia fronteriza y ya era veterano de los servicios de seguridad: en 1940-1941 había capturado personas que trataban de cruzar la frontera («a menudo teníamos que disparar»). Estaba de vacaciones en Crimea, por cortesía de los órganos de seguridad, y fue enviado de regreso a Lituania el 18 de junio, durante los preparativos de último minuto para un probable asalto alemán. Mientras su tren llegaba a la

estación, la noche del 21 al 22 de junio, un aeródromo cercano sufría un bombardeo de la Luftwaffe. Después de intentar (sin éxito, como descubrió más tarde) evacuar a sus padres, su grupo de combatientes de los servicios de seguridad luchó con determinación durante la retirada de Lituania a Rusia en el verano de 1941. Sobrevivió con una esquirla de artillería en la pierna. «Los alemanes tenían razón al llamarnos "fanáticos comunistas" –le dijo a un historiador poco antes de su muerte, acaecida en Israel en 2008–. En junio ninguno de nosotros murió en vano y vengamos a cada uno de nuestros camaradas muertos». [42]

El grupo de Dushanski era característico: en el Ejército Rojo de 1941 hubo muchos como el suyo que combatieron con una determinación feroz contra los invasores nazis. La infantería alemana, con apoyo de carros, penetró en la trinchera de Natan Gimelfarb. Su jefe de sección, alférez Ivan Skiba, dio la orden: «¡Zurrad a los *Fritz* , muchachos!», antes de arrojarse contra un «alemán fornido que estaba disparando a nuestros soldados».

> Se deshizo del gigante con un golpe de pala en la cabeza y de inmediato fue por otro, cuyo subfusil ya apuntaba a Naum Dorfman. Le desgarró el cuello con la hoja de su zapa y el pelirrojo germano se derrumbó. Pero el arma del moribundo se descargó y mató a Naum y a su inseparable amigo y protector, Josef Boguslavsky.

Soldados del Ejército Rojo en la línea de frente en las inmediaciones de Leningrado,

1941. Library of Congress.

Cerca de allí, el alférez Skiba «remataba a los heridos [alemanes] […] de un golpe en la cabeza». [43]

En la batalla de Moscú, en diciembre, hubo escenas similares. Durante el choque por la aldea de Padikovo, un grupo de furiosos combatientes del Ejército Rojo lanzó un ataque a la bayoneta. Sin embargo, la mayoría de ellos no disponía de armas blancas en los fusiles, por lo que «golpeaban a los alemanes con las culatas y, cuando estas se rompieron, les pegaban con los puños». [44]

Se acometieron incontables contragolpes como esos, de más o menos envergadura. Y hubo grandes batallas que los generales alemanes retrataron como victorias innegables, con el fin de sostener la afirmación de que habrían ganado la guerra de no ser por las interferencias de Hitler, el lodo y el frío. En realidad, Alemania ya había perdido la guerra en la época de la batalla de Smolensko, librada desde primeros de julio hasta casi mediado el mes de septiembre. La determinada resistencia del Ejército Rojo y la brutal contraofensiva de Yelnia, impusieron un retraso decisivo al avance alemán hacia el corazón de la Unión Soviética. [45]

Cuando los contraataques no lograban detener al enemigo, el Ejército Rojo devastaba el terreno que abandonaba. En su alocución radiofónica del 3 de julio de 1941, Stalin exigió no dejar nada atrás, «ni una locomotora, ni un vagón […] ni un kilo de grano, ni un litro de fuel». [46] Los soviéticos evacuaban aldeas enteras, quemaban las casas, transportaban fábricas al este y volaban todo lo que quedaba. «Cuando nos retiramos –reportó un participante– destruimos todo lo que dejamos, también almacenes llenos de bienes, incluso las cosechas, mientras la población se limita a observar. Imploraba: ¡dádnoslo, no lo queméis, o moriremos de hambre! Pero eso iba en contra de las órdenes recibidas. ¡Hicimos lo que debíamos hacer y todo quedó reducido a cenizas!». [47] Los soldados germanos se encontraban con la tierra calcinada resultante, donde a veces la calma inicial se tornaba en infierno. Este fue el caso de Kyiv a finales de septiembre, pues por toda la ciudad, en apariencia intacta, empezaron a estallar por doquier bombas de relojería y a activarse trampas explosivas.

La ejecutora más célebre de la orden estaliniana de tierra quemada fue la adolescente Zoia Kosmodemianskaya. Esta muchacha de 18 años de edad se había presentado voluntaria por medio de las Juventudes Comunistas de Moscú, de la que era miembro. A finales de

1941, Zoia fue enviada al otro lado del frente con orden de quemar aldeas en las que efectivos alemanes se resguardaran del frío. Armada con botellas de combustible y una pistola, consiguió infiltrarse en una aldea, en la que incendió tres casas, que provocaron la muerte de veinte caballos y un soldado alemán, así como la destrucción de fusiles y otros equipos. Fue capturada cuando trataba de quemar una cuarta cabaña. Los alemanes la azotaron salvajemente, la obligaron a caminar descalza sobre la nieve durante horas hasta que sus pies quedaron congelados y, por último, la colgaron en el centro de la aldea. La dejaron allí colgada durante mes y medio, como advertencia para los demás, con un cartel del cuello que decía «incendiaria». Tras la liberación de la aldea, su historia se hizo célebre, hasta convertirse en uno de los más celebrados ejemplos de heroísmo soviético. Los aldeanos reportaron que cuando le interrogaban acerca del paradero de Stalin, ella respondía: «¡Stalin está en su puesto!». Cuando la llevaron al patíbulo, ella se dirigió a la multitud: «¡Camaradas! ¡La victoria será nuestra!». También exhortó a los alemanes a rendirse: «¡No es demasiado tarde!». Su devoción a la causa de Stalin estaba fuera de toda duda: Zoia formaba parte del núcleo duro de partidarios que marcaron la diferencia en 1941. Aunque la historia es más compleja de lo que explica la propaganda. Algunos aldeanos, cuyas casas habían sido incendiadas por la partisana, la insultaron antes de morir, furiosos al verse sin un techo que los protegiera del crudo invierno ruso. La mayoría guardó silencio. [48]

LA CATÁSTROFE

El coloso soviético, lejos de tener pies de barro, se asentaba sobre una base sólida y se retiró de mala gana, combatiendo con uñas y dientes. Las posibilidades de que la Wehrmacht derrotase a los soviéticos, por tanto, se fueron haciendo cada vez más remotas. De todos modos, estas nunca habían sido muchas. Combatir en el imperio soviético era sumamente difícil. En verano hacía un calor abrasador y en invierno un frío gélido. Las distancias eran enormes: 580 kilómetros desde Brest a Kyiv; 700 desde Vilna a Leningrado; 400 de Smolensko a Moscú. Las carreteras eran malas y se transformaban en lodazales en otoño y primavera. Las líneas de ferrocarril tenían un ancho diferente al del resto de Europa, eran escasas y estaban alejadas entre sí y buena parte de las vías habían sido destruidas por los destacamentos de tierra quemada. Los entusiastas de la Wehrmacht olvidan a menudo que las afamadas divisiones mecanizadas eran una minoría en este

ejército. La mayoría seguía desplazándose como sus predecesores decimonónicos: siempre que fuera posible en tren, luego a pie, cargados con su equipo personal, mientras que suministros y artillería eran tirados por caballos. Al inicio de la campaña, los alemanes reunieron entre 600 y 750 000 monturas, tantas o más que vehículos a motor. A medida que la campaña se prolongaba y los camiones se averiaban, los soldados hitlerianos fueron aún más dependientes del transporte hipomóvil. [49]

El cadáver de Zoia Kosmodemianskaya, tal y como fue encontrado por los soviéticos en 1942. Zoia, miembro de las Juventudes Comunistas, había sido enviada tras el frente en 1941 para quemar aldeas en las que los alemanes se hubieran refugiado. Los germanos la torturaron y luego la ejecutaron. Su cuerpo quedó colgado en mitad de la aldea durante más de un mes. Kosmodemianskaya se convirtió en una de las heroínas de la propaganda bélica soviética más populares.

Para la mayoría de la fuerza invasora, esta guerra fue una pesadilla de marchas y combates, de hambre, sed y sudor, de dolor de piernas y pies llagados siempre embutidos en las botas militares. «La infantería continuó marchando desde el amanecer al ocaso –recordó un veterano alemán–. Siempre polvorientos, sudorosos y empapados a causa de la brutal meteorología, nos adentrábamos cada vez más profundamente en la Rusia Soviética». Los primeros encuentros con el enemigo –terribles en la época– parecían insignificantes visto en retrospectiva, pues «no nos avisaban de los años de pesadilla bélica que nos esperaban, llenos de privaciones, dolor e incontables víctimas».

Cuando el verano dejó paso al otoño y las carreteras se convirtieron en un lodazal, los soldados germanos empezaron a comprender que estaban siendo «consumidos por esta tierra extranjera». [50]

Si los alemanes, a pesar de todo, pudieron avanzar, aunque con más lentitud de lo esperado, se debió a los desastrosos preparativos bélicos de Stalin. El Ejército había sido sorprendido a medias de una importante reforma y durante un redespliegue a gran escala. Los territorios recién adquiridos en el oeste habían servido de poco para detener a los alemanes. El Heeresgruppe Mitte invadió Bielorrusia occidental en seis días; tomó Białystok el 27 de junio y Minsk al día siguiente. El Heeresgruppe Nord alcanzó la antigua frontera oriental de Letonia y Estonia entre el 4 y el 11 de julio. Más al norte, los finlandeses progresaron con lentitud por las ciénagas de Karelia, hasta alcanzar la vieja frontera el 3 de septiembre. En el sur, los antiguos territorios rumanos y polacos fueron tomados a finales de julio. [51] La marcha continuó hasta las puertas de Leningrado y Moscú. Kyiv se perdió, al igual que el resto de Ucrania: algunas de las regiones agrícolas e industriales más ricas y productivas de los dominios de Stalin.

1941 constituyó la peor catástrofe militar del Imperio ruso desde que Napoleón tomó Moscú en 1812. Fue mucho peor que la derrota sufrida por el zarismo en 1915-1916, que provocó la Revolución, la caída de los Románov y la desintegración imperial. A ambos lados de la línea de frente, muchos pensaron que iba a suceder algo parecido. Al final del año, el contingente de preguerra, formado por 4,8 millones de combatientes, había sido barrido: según las estadísticas soviéticas, se habían perdido 1,3 millones de heridos o enfermos y 3,1 millones de muertos, desaparecidos o capturados por el enemigo. [52] Las cifras alemanas hacen pensar que las bajas fueron aún mayores.

«¡LARGA VIDA A HITLER!»

A pesar de todo, el régimen de Stalin no se vino abajo. Esta era una de las esperanzas de los alemanes: que la historia de 1917-1918 se repitiera. Alemania había ganado la guerra en el este y había ocupado Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos gracias a que el ejército enemigo se había fundido en el caos de la revolución y las luchas civiles. Pero esta vez no se repitió la historia: ni la Unión Soviética se desintegró, ni el Gobierno se derrumbó, ni la revolución se quebró. Esto se debió, en parte, a figuras como Kosmodemianskaya, Dushanski y Skiba; personas muy motivadas, dispuestas a defender la Unión

Soviética a cualquier precio. No obstante, en 1941, eran una minoría. Como veremos con mayor detalle en el Capítulo 5 , la movilización de trabajadores y combatientes fue más importante que el aporte de voluntarios. Con el transcurrir del tiempo, el núcleo de apoyo al régimen de Stalin fue creciendo en respuesta a la brutalidad alemana, su explotación por la sofisticada campaña propagandística soviética y la constatación de que la Unión Soviética estaba ganando la contienda (*vid* . Capítulo 7).

En 1941, por el contrario, hubo una oposición generalizada a la movilización soviética, incluso momentos de rebelión: en las repúblicas bálticas, guerrillas locales atacaron a las unidades del Ejército Rojo en retirada, así como a los destacamentos de tierra quemada y las guarniciones. [53] En la Bucovina septentrional, miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos asesinaron a los funcionarios soviéticos en el momento en el que el Ejército Rojo se retiró, para, acto seguido, dedicarse a matar judíos una vez llegaron los alemanes. [54] En total, en 1941-1944 operaron por toda la Unión Soviética más de 7000 bandas armadas, con unos 54 000 miembros. [55]

La resistencia fue particularmente activa en el sur de los dominios de Stalin. En la república checheno-ingusetia, la deserción en masa de funcionarios locales paralizó la administración. A finales de año, los locales habían desmantelado la mayoría de granjas colectivas. Abundaban los emboscados que huían al reclutamiento forzoso y su número se disparó con la amenaza germana. En agosto de 1941, casi un 9 por ciento de los llamados a filas en Chechenia-Ingusetia no se presentó; hacia enero de 1942, este porcentaje había ascendido hasta el 50 por ciento. En la primavera de 1942, de un total de 14 000 chechenos movilizados solo acudieron unos 4000, de los cuales casi la mitad desertó poco después. En conjunto, entre 1941 y 1944, casi el 88 por ciento de los reclutas de la región no obedeció la orden de incorporarse a filas. Muchos de los que escapaban a los oficiales de reclutamiento se unieron a la resistencia armada en las montañas, un fenómeno que precedía a la invasión germana. «Una insurgencia fragmentada, a pequeña escala» había mantenido a parte de la república «en constante turbulencia». Entre 1937 y 1940, fueron arrestados o muertos más de 1500 insurgentes y «bandidos» y ahora los triunfos alemanes envalentonaron a los guerrilleros. Hacia finales de 1941, toda aldea en Chechenia contaba con su pequeña partida de guerrillas armadas. En octubre-noviembre de 1941 estalló un alzamiento generalizado contra el reclutamiento obligatorio que tuvo que ser reprimido por tropas y apoyo aéreo. Después continuaron

desencadenándose rebeliones locales. Hacia 1944, las unidades de seguridad soviética habían capturado o matado a más de 12 000 guerrilleros. La contrainsurgencia fue de una brutalidad excepcional: hubo destrucción de aldeas, ejecución de mujeres y niños y quema de casas. En último término, en 1944, el Gobierno ordenó la deportación de todos y cada uno de los chechenos e ingusetios. Esta operación fue más brutal que en ningún otro lugar. Las víctimas «intransportables» fueron ejecutadas *in situ* y, en al menos un lugar, centenares de aldeanos fueron «encerrados en un establo y quemados vivos». [56] Más al este, en Kirguistán, Asia Central, en 1942 estalló una importante pero poco conocida rebelión, que también tuvo que ser reprimida por la fuerza de las armas. [57]

En otros lugares, la resistencia fue menos organizada, pero igualmente ubicua. En Ucrania hubo campesinos que se negaron a llevar al ganado al este y obreros que se resistieron a la evacuación e impidieron que los destacamentos de tierra quemada destruyeran las plantas fabriles. [58] Los hombres del Ejército Rojo procedentes de las nuevas regiones abandonaron su puesto y se fueron a casa, pero los soldados de la Ucrania soviética de antes de 1939 también desertaron: aducían que los bolcheviques «nos han chupado la sangre durante veinticinco años. ¡Ya hemos tenido bastante!». Un grupo de 200 soldados, entre los que se incluía un siberiano sin pelos en la lengua, «decidió abrirse camino, costase lo que costase, hacia los alemanes». Cuando los comisarios militares trataron de detenerlos, «los matamos y seguimos nuestro camino». [59] Este grupo no era ninguna excepción, pues en 1941 la defección fue un fenómeno masivo. Los que intentaban pasarse a los alemanes procedían de todas las etnias y ámbitos de la sociedad. Las minorías no rusas estaban sobrerrepresentadas y la mayoría procedía de las clases trabajadoras y de la parte inferior del escalafón militar, aunque es indudable que la mayor parte fueron rusos. No hay cifras claras para 1941, pero la estimación más conservadora para toda la guerra va desde una conservadora de 119 000 a unos 0,25-0,30 millones. [60] La deserción y la evasión del servicio militar fueron fenómenos aún mayores, con no menos de 1,5 millones de casos durante toda la contienda. [61]

Más al este, los granjeros colectivizados de los viejos territorios (anteriores a 1939) acogieron a los «liberadores» alemanes en algunas localidades, mientras que en otras se limitaron a «esperar y ver». [62] El derrotismo estaba muy extendido. [63] «La guerra está perdida» fue una frase muy habitual en el verano de 1941: «el Ejército Rojo es una ruina y huye de los alemanes en todos los frentes». [64] En ocasiones,

tales actitudes se traducían en una oposición más agresiva. En la región de Leningrado, un hombre amenazó con un revólver al funcionario que le llevaba la orden de movilización, diciéndole: «¡No voy a combatir por el poder soviético! ¡Yo combatiré por Hitler!». [65] Ese mismo día, en Moscú, unos obreros celebraron el estallido del conflicto: «Es bueno que haya comenzado la guerra –decían–, matarán a los judíos». [66] En Ivánovo, un antiguo foco de lucha obrera en Rusia, a finales de agosto y primeros de septiembre se llamó a varias huelgas. En octubre se volvieron a convocar paros cuando empezaron los preparativos para el desmantelamiento y evacuación de la maquinaria. Se apaleó a los funcionarios y los obreros debatieron si la vida sería mejor bajo Hitler o bajo Stalin. «Todos vosotros, comunistas, vais a ser ahorcados –amenazó un huelguista–. No permitiremos que os llevéis la maquinaria». «Que se quede aquí para Hitler y trabajaremos para él». Un tercero añadió: «Abajo el poder soviético, viva el padrecito Hitler». [67]

En Moscú, el 16 de octubre se desató el pánico, provocado por la repentina evacuación a Kúibyshev de buena parte de la administración del Estado. [68] El residente más notable –la momia embalsamada de Lenin– ya había sido evacuado a Tiumén a principios de julio y ahora le seguían los representantes vivientes del régimen. [69] «Mientras los vehículos militares se dirigían al oeste –observó el comisario de Industria Aeronáutica–, los vehículos civiles se encaminaban al este, cargados hasta los topes de personas, bultos, maletas, latas de gasolina de repuesto». [70] El difunto líder partió en secreto, pero la huida de los funcionarios fue harto visible. Una muchedumbre, al grito de «apalead a los judíos», los agredió y les sacó de los coches; las pertenencias quedaron desperdigadas por el suelo y muchas fueron «confiscadas» por la turba. Era evidente que la vieja ecuación «judío» igual a «bolchevique», surgida durante la Guerra Civil, gozaba de buena salud ya antes de que los nazis reforzasen tal estereotipo con su propia propaganda. Uno de los agitadores explicó a un célebre escritor soviético, un cosaco, por qué le dejaban ir a él, pero no a los otros: «Camarada Perventsev […] estamos buscando judíos para darles una tunda». [71] La noticia de las «palizas generalizadas a judíos» no tardó en llegar a la línea de frente, donde las agencias policiales del Estado arrestaron a los soldados que expresaban su descontento. [72]

La mayoría campesina de Rusia, Ucrania y Bielorrusia se destacaba por la animadversión hacia el régimen de Stalin. Durante la década de 1930 corrieron rumores que preveían una guerra contra el mundo exterior, el anhelado apocalipsis que los liberaría de las granjas

colectivas y los comunistas. [73] Estos sentimientos no desaparecieron cuando el armagedón se materializó. Durante los negros días de octubre de 1941, el intendente-técnico de primer rango Golosov remarcó que «el campesinado no combatirá por Rusia, pues ha sido arruinado por las granjas colectivas». [74] Los soldados rasos expresaron ideas similares durante los primeros meses de la guerra [75] y, en 1942, el soldado Doronin observó que «sería mejor si ahora viviéramos como antes de 1929. Tan pronto como introdujeron la política del *koljoz* , todo fue mal. Yo me pregunto: ¿por qué combatimos? ¿Qué hay que podamos defender?». Los combatientes de primera línea se quejaban de las «granjas colectivas y de que sería necesario suprimirlas cuando se ganase la guerra». [76] Los generales, conocedores de este estado de ánimo, se dirigieron incluso a líderes destacados del partido, como Nikita Jrushchov, para decirles que «los soldados no morirán por una tierra que no es suya». [77]

La gente no se limitaba a hablar. Durante la fase inicial de la ocupación alemana de la región de Leningrado, cuando el control soviético se había desmoronado pero aún no había sido reemplazado por el dominio germano, hubo una «disolución de los *koljoz* impulsada desde abajo», que fue generalizada y espontánea. [78] En otro sector del núcleo central soviético, la región de Kalinin, al noroeste de Moscú, en noviembre de 1941 incluso los miembros del Partido Comunista distribuyeron los animales de las granjas colectivas. [79] También ese mismo mes, en Riazán, al sudeste de la capital, las dos semanas de presencia alemana supuso un «periodo de no control» de la población rural. Los campesinos desmantelaron la mayoría de granjas colectivas «en cuestión de días». Los detestados *koljoz* fueron convertidos de inmediato en «propiedad de los campesinos individuales». La conducta de la población rural en los territorios no dominados ni por estalinistas ni por nazis, concluye un destacado historiador, demuestra que «los campesinos ni apoyaban la autoridad soviética ni buscaban integrarse en el nuevo orden germano». [80] La mayoría solo quería que los metomentodos ideológicos les dejaran tranquilos para poder seguir con su vida. Para muchos otros, «el miedo y la incertidumbre […] estaban por encima de la lealtad política y el patriotismo». [81]

La perspectiva de una victoria germana provocó resistencia incluso en el gulag. Los internos de las regiones fronterizas occidentales se mostraron particularmente activos. «Hitler ya está a 40 kilómetros de Moscú –exclamó un recluso letón–, pronto tomaremos fusiles y acudiremos en su ayuda». [82] No obstante, estos «nuevos soviéticos» no eran los únicos rebeldes del universo del gulag: en el otoño de 1941

abundaban los rumores de triunfos alemanes y muchos albergaban la esperanza de ser liberados del sistema de campos de concentración. Hacia 1944, los órganos de seguridad declararon haber identificado 603 grupos de resistencia, con un total de 4640 personas. Esto provocó la condena a muerte de 10 087 internos de los campos. Por descontado, no deben tomarse estas cifras al pie de la letra, dada la propensión estalinista a inventar conspiraciones. Mas, como sostiene un destacado especialista, «está fuera de duda» la existencia de complots reales en el gulag. [83] «Se urdieron planes decididamente fantasiosos», recordó un superviviente de los campos que soñaba con huir de estalinistas y alemanes y escapar hasta Escandinavia por el extremo norte ruso. «El objetivo de todos estos planes siempre era resolver el problema de cómo armar a los prisioneros y reducir a los guardias». [84]

Algunos fueron más allá de hacer planes. El 24 de enero de 1942 estalló un alzamiento en el campo del gulag de Vorkutá, «uno de los actos de resistencia en masa más notables de la historia del gulag». Los rebeldes procedían todos de la «vieja» Unión Soviética y habían planificado el golpe con meticulosidad. Según la investigación policial posterior, tenían la intención de provocar un gran alzamiento para ayudar a los alemanes, pero, según el historiador de su rebelión, lo que pretendían con más probabilidad era escapar a las ejecuciones en masa que pensaban que tendrían lugar a causa de la guerra. Una expectativa no falta de lógica, como ya hemos visto. Encabezados por un antiguo interno convertido en guardia de prisiones, desarmaron a los guardias, liberaron a otros prisioneros, abrieron los almacenes para proveerse y abandonaron el campo. Trataron de tomar una localidad cercana, donde cortaron las líneas telefónicas y capturaron varios puntos estratégicos, entre ellos la oficina de comunicaciones. Pronto hubo un primer tiroteo con las fuerzas gubernamentales, en el que los rebeldes perdieron 9 muertos y un herido. Fueron capturados o se entregaron 61 y los 41 restantes escaparon en trineo. El 28 de enero los fugitivos vencieron una batalla con las fuerzas de seguridad antes de separarse en grupos más reducidos para tratar de escapar. El último de estos comandos no fue liquidado hasta primeros de marzo. [85]

Así pues, el gulag se convirtió en la base para la organización de grupos reducidos que se rebelaron contra el orden oficial de las cosas en el marco de las victorias alemanas. Sin embargo, el relevante número de individuos, tanto fuera como dentro del gulag, que albergaba resentimiento, o tenían ideas opositoras, o fantaseaba con la liberación del bolchevismo no pudo forjar un único un desafío

revolucionario a Stalin: no había nadie que coordinase la oposición. Esto fue así porque el Gran Terror se había encargado de ello. «Si se hubiera ido a las fábricas, la gente se habría alzado de inmediato y desmantelado el Kremlin, piedra a piedra», exclamó un antiestalinista durante el pánico de Moscú. Pero nadie fue a organizar a la gente. «Tiene razón, no ha ido nadie», admitió el aspirante a revolucionario. [86] Allí donde existía una oposición organizada –como en el Cáucaso, los países bálticos y Ucrania occidental– estaban demasiado centrados en su propia región y eran demasiado xenófobos para hacer causa común con ningún otro.

TENACIDAD

Mientras tanto, en Moscú, Stalin continuaba aferrado a las riendas del poder. «Bien, no ha sido gran cosa –comentó cuando fue informado del desorden público de Moscú del día 16–. Pensé que sería peor». [87] Es cierto que disponía de un tren y un avión preparados para llevarle lejos, pero la noticia de que permanecía en la capital reforzó la moral de los afectos al régimen. («¡Stalin está en su puesto!», contestó desafiante Kosmodemianaskaya a los alemanes que la torturaban; estaba repitiendo un famoso eslogan propagandístico). El hombre de acero tuvo un breve momento de nerviosismo poco después de la salida de tono de que «habían cagado» el legado de Lenin. Se encerró en su dacha de las afueras de Moscú para ponderar los próximos movimientos. Su libro de visitas del Kremlin del día 30 de junio está vacío. [88] Algunos historiadores aducen que esperaba ser arrestado, otros que dio a sus secuaces una oportunidad para demostrar su lealtad. En todo caso, sabía que él era responsable de lo ocurrido y que era muy probable que esto le costase el cargo (y posiblemente también la vida). Fue lo que vino a insinuar, una vez ganada la guerra, en el discurso del 24 de mayo de 1945: «Nuestro Gobierno cometió unos cuantos errores», admitió, al recordar la «situación desesperada» del inicio del conflicto. Mientras el Ejército Rojo abandonaba aldea tras aldea, ciudad tras ciudad en Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, la región de Leningrado, los países bálticos y la república carelio-finlandesa, la gente «podría haberle dicho al Gobierno: no habéis cumplido con nuestras expectativas, marchaos, vamos a formar un gabinete diferente». [89]

Que no tuviera lugar una revolución semejante tuvo poco que ver con la lealtad «del pueblo» como sostenía el dictador. En el sistema totalitario estalinista, la desafección popular no podía transformarse

en poder. Los únicos que podían destituir a Stalin eran sus más estrechos colaboradores. Sin embargo, los miembros del equipo gubernamental del dictador no se podían imaginar a sí mismos apartados de su «amo». Así, acudieron a la dacha y le imploraron que volviera, que tomase de nuevo las riendas y que los guiase a la salida a la crisis. Stalin, el principal culpable del caos en que estaban inmersos, aceptó de buen grado.

_____

NOTAS

1 Jacobsen, H.-A. (ed.), 1965, 499-501.
2 Kumanev, G. A., 2005, 61-62, cita en pág. 62.
3 Goldberg, M., s.f.:, 27, 35-36.
4 *Ibid* ., 36, 38.
5 *Ibid* ., 39.
6 *Ibid* ., 39-40.
7 *Ibid* ., 41, 42.
8 Pak, B. D. y Bugai, N. F., 2004, 313.
9 Tischler, C., 2006, 92. Acerca de la movilización de estonios para el ejército de trabajo, *vid* . Noormets, T., 2008, 12-14 y memorias: Õispuu, L. (ed.), 2008, 34-40.
10 Goldberg, M., *op. cit* ., 42, 44-45.
11 Treitman, L., 2010, 216-217.
12 German, A. A., 2006, 289.
13 Manley, R., 2009.
14 Información acerca de la cifra de evacuados registrados según las cifras de los departamentos de reasentamiento, a fecha 21 de octubre de 1941, RGAE f. 4372, op. 42, d. 998, l. 19-22.
15 Cifras extraídas de Malkov, P. V. (ed.), 2020, 257 (cifras de evacuados en 1941 y 1942), 259 (total de evacuados registrados a fecha 15 de diciembre de 1941), 24 (población total en 1940).
16 No es posible calcular los porcentajes exactos con los datos disponibles, pero disponemos de algunos indicadores estadísticos. La estimación más reciente de población bajo ocupación alemana es de entre 55 y 65 millones: Pohl, D., 2011, 124. Las regiones ocupadas tenían 84,5 millones de personas en 1939: Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 36. Hacia el verano de 1941, esta cifra había cambiado a causa de la migración de trabajadores, deportaciones, arrestos, etc., pero al menos nos proporcionan un primer punto de partida. Por tanto, la cifra total de personas que fueron desplazadas para evitar que los alemanes las atrapasen rondaría los 20 y 30 millones. Este número incluye a los deportados o arrestados en 1940-1941, los que se desplazaron de forma voluntaria en 1939-1941, los que huyeron o fueron evacuados en 1941-1942 y los deportados después del ataque germano de 1941 (en particular alemanes y finlandeses). (En este cálculo, he ignorado la inmigración y el crecimiento natural de la población). Las deportaciones de los territorios fronterizos en 1940-1941 ascendieron a unos 0,4 millones y los arrestos y ejecuciones a unos 0,2 millones

(*vid* . Capítulo 3), la deportación de alemanes y finlandeses de 1941 afectó a 0,9 millones de personas: Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005, 792-793; las evacuaciones de 1941-1942 trasladaron a 18,4 millones (*vid. supra*). En conjunto, alrededor de 20 millones. Por tanto, nuestra estimación a la baja (20 millones) parece más probable y, por ello, también lo parece la cifra más elevada de personas que permanecieron en territorio ocupado (65 millones). Si nos guiamos por ese número, el porcentaje de los que quedaron atrás sería del 77 por ciento. Si empleamos la cifra más baja (55 millones) llegarían a la estimación, más conservadora, del 65 por ciento.

17 Del comisario adjunto de Interior (Ucrania) Savchenko al secretario del Partido Comunista de Ucrania, Korotchenko (20 de septiembre de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 523, l. 474-477, en particular pág. 477.

18 Del comisario adjunto de Interior (Ucrania) Ratushnyia Sergienko (25 de agosto de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 523, l. 143-45; en particular pág. 144. Esta negativa no se consideró una resistencia: «No hubo constancia […] de manifestaciones antisoviéticas», observó el mismo reporte (l. 145), al igual que la misiva de Savchenko a Meshik (20 de septiembre de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 520, l. 298-300a; en particular pág. 300.

19 *Vid* . el análisis de Edele, M. y Warlik, W., 2017, 110-112.

20 Bushkovitch, P., 1983, 281-308, en particular pág. 284.

21 Reporte del NKVD, 24 de enero de 1942, reproducido por Dugin, A. N. (ed.), 1999, 22.

22 Artizov, A. N. *et al* . (eds.), 2003, vol. 2, 785-786, 906-907. Orden de Beria (18 de octubre de 1941) y documento de ratificación de las ejecuciones (28 de octubre), ambos reproducidos en Patrushev, N. P. (ed.), 2000, vol. 2, libro 1, 215-216, 248-249.

23 De Beria a Stalin, 15 de noviembre de 1941, reproducido en *Rodina* , n.° 7 (1993), 61.

24 Estadísticas internas y secretas del MGB, 11 de diciembre de 1953, reproducidas en Artizov, A. N. *et al* . (eds.), *op. cit* ., vol. 1, 76-77.

25 Decreto del GKO n.° 169ss (16 de julio de 1941), alto secreto, firmado por Stalin, reproducido en *1941 god. Dokumenty* [Año 1941. Documentos], vol. 2, 472-473; orden del comisario de Defensa I. V. Stalin, n.° 0250, 28 julio de 1941, reproducido en RA/VO 13-12, n.° 2: 37-38.

26 De S. R. Mil'shtein a Beria, alto secreto, octubre de 1941, reproducido en Khaustov, V. N. *et al* . (eds.), 2006, 317-318.

27 Evgenii Antonovich Karpovich, memorias (mecanografiado), Bakhmeteff Archive, Columbia University, 1.

28 Estadísticas compiladas para la Corte Suprema de la URSS, 1937-1956 (21 de enero de 1958), reproducidas en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), 2004, vol. 1, 619-620.

29 La caja de su expediente está en USHMM RG-75.001, caja 1, legajo 4.

30 Budnitskii, O. V., 2019, 455-456.

31 Afanas'ev, Iu. N. (ed.), 2004, 424-425.

32 Reese, R., 1996, 195-197; Müller, R.-D., 2010, cifras en pág. 242.

33 Edele, M., 2013, vol. 1, 169-185, en particular pág.170.

34 Mel'tiukhov, M. I., 2005-2006, 142-151.

35 Edele, M., 2017. Con respecto a las cifras, *vid* . capítulo 2; acerca de las motivaciones, capítulo 6.

36 Comandancia General del XVII Cuerpo de Ejército, Sección Ic, «La campaña contra la Unión Soviética» (1941), BA-MA RH 24-17/155, legajos 96, 107, 141.
37 Comandancia General del XVII Cuerpo de Ejército, Sección Ic, «La campaña contra la Unión Soviética» (1941), BA-MA RH 24-17/156, legajo 63.
38 Hürter, J., 2014, 73.
39 *Ibid* ., 73-74.
40 Bidermann, G. H., 2000, 57-58.
41 Valentinov, V., s.f., 10-14.
42 Entrevista de G. Koifman con Nachman Dushanski, primera parte (23 de enero de 2008) [https://iremember.ru/memoirs/nkvd-i-smersh/dushanskiy-nakhman-noakhovich/].
43 Gimel'farb, N., 1999, 64-65. Disponible en [http://natan.gimelfarb.com/PART1.pdf].
44 Abakumov a Beria, con fecha no anterior al 11 de diciembre de 1941, reproducido en Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), 2002, 285-286, en particular pág. 285.
45 Stahel, D., 2009.
46 *Pravda* , 3 de julio de 1941, 1. Este discurso repetía *verbatim* la directiva, firmada por Stalin y Mólotov, remitida el 29 de junio a las organizaciones del partido y del Estado en las regiones del frente, reproducida en *1941 god. Dokumenty* [Año 1941. Documentos], vol. 2, 446-448, en particular pág. 447.
47 Andreev-Khomiakov, G., 1997, 170.
48 *Vid* . la documentación del caso en *Moskva prifrontovaia 1941-1942. Arkhivnye dokumenty i materialy* [Moscú cerca del frente 1941-1942. Documentos y materiales de archivo], 2001, 565-567; acerca del maltrato, pág. 579.
49 DiNardo, R. L., 1991, 40-41.
50 Bidermann, G. H., *op. cit* ., 16, 18, 52.
51 Jacobsen, H.-A. (ed.), *op. cit* ., 421, 422, 424, 425, 427, 431, 432, 437, 442, 445, 486-487.
52 Krivosheev, G. F., 1997, 91, 94.
53 Zubkova, E., 2008, 196; Laar, M., 1992, 11-15; reporte del NKGB del trabajo durante la Gran Guerra Patriótica, 28 de septiembre de 1945, LYA, f. K-41, op. 1, d. 201, l. 88-124 en particular pág. 91.
54 Rudakova, D., 2018, capítulo 4.
55 Kirsanov, N. A. y Drobiazko, S. I.: 2001, 60-75, en particular pág. 64.
56 Statiev, A., 2005, 285-318, en particular pág. 291 («en constante turbulencia»), 292-295, 299; Burds, J., 2007, 267-314, en particular pág. 291, 292, 295, 305 (ejecución e incineración de «intransportables»), 307-308.
57 Florin, M., 2016, 495-516.
58 *Vid* . por ejemplo Surkov (Dnepropetrovsk) a Sergienko (Kyiv, NKVD URSS; agosto 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 523, l. 54-55; del comisario de Interior de Ucrania Sergienko a Khrushchev (10 de agosto de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 523, l. 69-71; Savchenko a Meshik (28 de septiembre de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1., d. 521, l. 357-359; Savchenko a Korotchenko (13 de octubre de 1941), GDA SBU f. 16, op. 1, d. 521, l. 373-375; I. O. Prokuror a USSR R. Rudenko a SNK USSR Tov. Starchenko V. F; TsK KP(b)U tov. Korotchenko D. S. (Voroshilovgrado, 4 de julio de 1942), TsDAGO f. 1, op. 23, d. 195, l. 6-8; «Spravka o khode otseleniia naseleniia iz 30-ti kilometrovoi prifrontofoi polosy

po krasno-limanskomu raionu, Stalinskoi oblasti» [Información del progreso del reasentamiento de la población del frente de 30 kilómetros en el distrito de Krasno-Limansky, la región de Stalin] (sin fecha, no anterior al 5.7.1942), TsDAGO f. 1, op. 23, d. 195, l. 10-12.

59 Berkhoff, K. C., 2004, 12-13.

60 *Vid* . Edele, M., 2016b, 546-560; Edele, M., 2017, cifras pág. 31, tabla 2.3. Acerca de los ucranianos, Edele, M., 2019, 86-102.

61 Krivosheev, G. F., 2001b, 94.

62 Schulte, T. J., 1989, 121; los reportes del NKVD proceden de Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), *op. cit* ., en especial págs. 153, 168, 176.

63 Budnitskii, O. V., 2014, 767-797.

64 Bernstein, S., 2016, 560-582, en particular pág. 574.

65 Reporte policial, junio de1941, reproducido en Dzeniskevich, A. R. (ed.), 2006, 15.

66 Barber, J., 1991, 5-18, en particular pág.14.

67 Werth, N. *et al* . (eds.), 1994, 111-136 (cita en pág. 117); Tochenov, S. V., 2004, 42-47, cita en pág. 45, 46.

68 Existe un estudio pionero de este pánico: *vid* . Barber, J., 1995, 201-218.

69 Acta del traslado del cuerpo de V. I. Lenin a Tiumén (3 de julio de 1941), firmado N. Spiridonov y B. Zbarskii, reproducido en Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 43-44.

70 Memorias de A. I. Shakhurin (años 70), en *Moskva prifrontovaia 1941-1942. Arkhivnye dokumenty i materialy* [Moscú cerca del frente 1941-1942. Documentos y materiales de archivo], *op. cit* ., 266-267, en particular pág. 267.

71 Memorias de G. V. Reshetin, en Bukov, K. I. (ed.), 1995, 111-112 («apalead a los judios»); Perventsev, A. A., 2011, 107. Más ejemplos de coches robados y personas apaleadas por las muchedumbres y despojadas de sus enseres en el reporte secreto del NKVD, M. I. Zhuravlev a L. P. Beria (17 de octubre de 1941), reproducido en *Moskva prifrontovaia 1941-1942. Arkhivnye dokumenty i materialy* [Moscú cerca del frente 1941-1942. Documentos y materiales de archivo], *op. cit* ., 262-263.

72 Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 231, 228-235.

73 Edele, M., 2011, 152-154.

74 Reporte del NKVD, 10 de noviembre de 1941, en Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 238-249, en particular pág. 248.

75 Por ejemplo, Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), *op. cit* ., 205.

76 Figes, O., 2007, 438, 439.

77 Taubman, W., 2003, 150.

78 Hill, A., 2005, 56-58, cita en pág. 57.

79 Stotland, D., 2010, 153. Para las pruebas anteriores a la apertura de archivos, *véase también* Greene, Th. J., 1999, 103-114.

80 Bernstein, S., *op. cit* ., 560, 571.

81 Enstad, J. D., 2018, 42.

82 Reporte del gulag, 22 de diciembre de 1941, reproducido en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., vol. 6: 136-142, en particular pág.140.

83 Zemskov, V. N., 1991, 10-27, en particular pág. 24.

84 Leonhard, S., 1968, 251, 259.

85 Barenberg, A., 2014, 45-52; cita en pág. 46.

86 Andreev-Khomiakov, G., *op. cit* ., 176.

87 Memorias de A. I. Shakhurin (años setenta), *op. cit* ., 267.
88 Korotkov, A. V., Chernev, A. D. y Chernobaev, A. A. (eds.), 2008, 340-341.
89 «Discurso del camarada Stalin», *Pravda* , 25 de mayo de 1945, 1.

CAPÍTULO 5

Recuperación, 1941-1942

CENTRALIZACIÓN

El plan definido por los secuaces del dictador implicaba centralizar aún más el poder. Hasta fechas recientes, Stalin solo había sido secretario general, esto es, el jefe del Partido Comunista. Viacheslav Mólotov había ocupado el cargo de secretario del Consejo de Comisarios (el Gobierno soviético, o Sovnarkom). En mayo de 1941, Stalin asumió también este puesto, por lo que ahora era el responsable tanto del Gobierno como del partido. Además de esto, por descontado, Stalin controlaba desde hacía mucho tiempo, por medio del comisario de Asuntos Internos, la policía secreta en la que se cimentaba su reinado del terror. Después del ataque alemán, la autoridad oficial de Stalin se reforzó aún más. El 30 de junio de 1941, Stalin asumió el cargo de secretario del recién fundado Comité para la Defensa del Estado (GKO). En el transcurso de la contienda con Alemania, Stalin fue acumulando nuevos títulos: comisario de Defensa (julio de 1941), comandante supremo de las Fuerzas Armadas (agosto de 1941), mariscal de la Unión Soviética (1943) y, finalmente «generalísimo» y héroe de la Unión Soviética (1945). No obstante, la fuente principal de su poder durante la contienda siguió siendo el todopoderoso GKO.

El GKO regía todos los aspectos del sistema político. Unificó las jerarquías del Estado y del partido y dirigía, por mediación del órgano militar superior (Stavka), las fuerzas armadas. Además de Stalin, los miembros del GKO eran Mólotov, Kliment Voroshílov, Gueorgui Malenkov y Lavrenty Beria: era el gabinete oficioso de Stalin. Más tarde se incorporaron otros íntimos colaboradores de su círculo: Nikolái Voznesenski y Anastás Mikoyán el 3 de febrero de 1942, que fue reemplazado por Lázar Kaganóvich el 20 de febrero. El 22 de noviembre de 1944, Voroshílov fue reemplazado por Nikolái Bulganin.

El GKO era un organismo encargado de solucionar problemas. Sus miembros, o sus representantes, eran enviados allí donde hubiera algún problema, ya fuera de producción de alimentos, fabricación de carros o un sector del frente. Fueron estos plenipotenciarios quienes organizaron la evacuación de las factorías al este, lejos de la amenaza germana; fueron ellos quienes hicieron funcionar el Estado bélico durante la contienda. [2] El esfuerzo de guerra colectivo constituyó «el momento más brillante» del equipo de Stalin. [3] En febrero de 1942, las tareas del GKO quedaron definidas como sigue: Mólotov estaba a cargo de la producción de armamentos, Malenkov supervisaba las fuerzas de artillería a reacción y Beria debía garantizar una producción de cohetes en cantidad suficiente y calidad aceptable. Malenkov y Beria supervisaban de forma conjunta la producción de aviones y la fuerza aérea soviética en general. Voznesenski debía resolver los problemas de la producción de municiones. Mikoyán era el responsable del abastecimiento del Ejército Rojo. [4]

Para atender cada área de responsabilidad, los miembros del GKO estaban en constante movimiento: resolvían un problema aquí, desbloqueando un cuello de botella allá o amenazaban a un comandante indeciso en algún otro sector. Un reducido ejército de oficiales de inferior rango que no formaban parte del núcleo director del GKO cumplía funciones similares. Stalin, con Mólotov a su lado, no se movió de Moscú, desde donde vigilaba a todo el mundo y se aseguraba de que sus secuaces rindieran. Durante toda la contienda viajó muy poco. Se acercó dos veces al frente, por motivos de propaganda (octubre de 1941 y agosto de 1943) e hizo acto de presencia, a regañadientes, en las tres grandes conferencias de la guerra: Teherán (1943), Yalta y Potsdam (ambas en 1945). Salvo estas excepciones, solo hacía trayectos de ida y vuelta entre Moscú y su dacha suburbana de Kuntsevo. [5]

Stalin permanecía inmóvil en un imperio en movimiento: el ojo del huracán de los años de guerra, el único que no fue nunca desplazado por la conflagración. Mientras, sus adjuntos seguían un calendario agotador. Por ejemplo, Lev Mejlis, responsable de la administración política del Ejército Rojo, nunca estuvo quieto durante la primera fase de la guerra: en junio y julio arengó a la tropa del frente occidental, en agosto amenazó comandantes del frente central, en septiembre u octubre se aseguró de que el Ejército cumplía con su deber en el frente noroeste, para, a continuación, dedicarse a censurar al estado mayor del Ejército de Reserva y luego de nuevo al frente oeste. [6]

Los oficiales del Estado Mayor General estaban en constante

movimiento desde el cuartel general y de un frente a otro. Como reportó uno de ellos en sus memorias,

> Al contrario de lo que dictaba la tradición, Stalin consideraba que un buen oficial de Estado Mayor nunca fracasaría como comandante, y que para ser un buen oficial de Estado Mayor era necesario conocer la vida en campaña. Por este motivo, todos, sin excepción, eran enviados a los frentes con mucha frecuencia y a menudo durante largos periodos. Esta práctica, en algunos casos, causó un notable agotamiento del Estado Mayor General y creó dificultades adicionales en su trabajo cotidiano.

En los estratos superiores, los representantes de Stalin, como Gueorgui Zhúkov o Aleksandr Vasilevski, volaban a Moscú para informar al dictador, el cual, «en cuanto los veía», les preguntaba que «cuándo tenían pensado volver al frente». [7]

DESCENTRALIZACIÓN

Por su parte, la principal labor de Stalin era motivar a su gente y pedirle responsabilidades, una tarea que se le daba muy bien. En julio de 1942 impartió sus órdenes a Nikolái Baibakov, plenipotenciario del GKO para la distribución de combustible al frente. Este debía ir al Cáucaso y asegurarse de que el petróleo soviético no cayera en manos del enemigo. «Si deja aunque sea una tonelada de petróleo soviético que puedan tomar los alemanes –le advirtió Stalin–, le haremos fusilar –pero, añadió– si destruye los campos petrolíferos, y el enemigo no logra conquistar este territorio y nos quedamos sin petróleo, también lo ejecutaremos». Baibakov protestó porque Stalin no le daba ninguna capacidad real de decisión, pero el dictador le corrigió: «joven –dijo al funcionario, de 31 años de edad–, sí que tiene una opción. Vuele allí, y… decida sobre el terreno qué hacer y cuándo hacerlo». Baibakov hizo lo que se le ordenó. [8]

Así pues, el sistema de plenipotenciarios se basaba en la iniciativa y el juicio de los individuos, esto es, una significativa descentralización, que empoderaba tanto al equipo del dictador como a la oficialidad en general. No era posible afrontar la catástrofe de la guerra con las herramientas de la dictadura totalitaria surgida del Gran Terror. En lugar de acudir al dictador, personas como Baibakov debían tomar decisiones sobre el terreno. En este sistema, los individuos empoderados orbitaban como satélites en torno al centro estacionario

del sistema: Stalin. Fue este sistema de dos rostros, como el dios Jano, de centralización y descentralización, lo que permitió que el esfuerzo bélico continuase en condiciones catastróficas.

Esta descentralización fue mucho más allá de la cúspide del sistema. En el GKO, Mikoyán debía garantizar que el Ejército Rojo tuviera víveres, armas y otros suministros que necesitase, aunque no se asignó a nadie la responsabilidad de alimentar a la población civil. Esta fue delegada a niveles jerárquicos inferiores. El organismo superior encargado de la distribución de alimentos a civiles era el Comisariado de Comercio, que pasó a formar parte, *de facto* , del Comisariado de Racionamiento. Su jefe, Aleksandr Liubímov, no pertenecía al núcleo dirigente del GKO, de modo que su administración quedaba fuera de su control inmediato. Su comisariado distribuía las reservas alimenticias por medio de un sistema centralizado que constaba de varios niveles: central, república, región y ciudad, desde los cuales se abastecían empresas y centros de distribución local (tiendas). En un primer momento, solo abarcaba Moscú, Leningrado y algunas provincias, pero en noviembre de 1941 ya alcanzaba a la mayor parte de la población urbana. El campesinado, por su parte, quedó fuera del sistema que en 1942-1943 cubría, como mucho, a un 48 por ciento de la población. Es más, incluso los que estaban sujetos a racionamiento solo recibían en 1942 el 79 por ciento de sus calorías de las reservas centrales, un porcentaje que cayó hasta el 68 por ciento en 1944. El resto provenía de «recursos locales». Estos eran granjas gestionadas por empresas que además trataban de obtener alimentos de forma directa de los productores, huertos de trabajadores y los mercados de las granjas colectivas. Estos últimos, los «mercados de *koljoz* », eran legales desde inicios de la década de los treinta del siglo XX. En ellos, los granjeros koljosianos podían vender los excedentes de sus huertos privados, que cuidaban además de los campos colectivos que producían para el Estado. Durante la guerra, la compra en los mercados de los *koljoz* suponía casi la mitad de estas vitales fuentes de alimento, que marcaron «la diferencia entre la inanición y la supervivencia». [9] Como celebró una crónica de época soviética del suministro de alimentos, «uno de los rasgos característicos de la economía bélica de la URSS fue la preservación de un mercado, donde los trabajadores agrícolas podían vender sus productos con libertad». [10]

Los habitantes de la sitiada Leningrado reciben raciones secas. El racionamiento alimenticio fue un componente esencial de la movilización de recursos que permitió a la Unión Soviética ganar la Segunda Guerra Mundial en Europa.

El pan era el principal alimento distribuido por el Estado. En 1946, solo el 46 por ciento de las calorías procedentes de otras fuentes (carne, pescado, grasas, verduras) provenía de las reservas centrales; el 23 por ciento era de huertos privados y el 19 por ciento de compras en los mercados de las granjas. Hacia 1944, una cuarta parte de estos alimentos la cultivaba las familias y otra cuarta parte se adquiría en el mercado. Es más, en realidad, el papel de las fuentes locales y no estatales era significativamente mayor de lo que se deduce de estas cifras y los recuentos oficiales exageran los *stocks* controlados por el Estado. Como señaló un historiador, sus inventarios «no contabilizaban la gran brecha existente entre lo que planeaba suministrar el Comisariado de Comercio y lo que recibían en realidad los organismos locales de distribución [...] las paradas de los hornos de pan, adulteración, reducción de la calidad, hurtos sin importancia, desfalcos a gran escala, derroches, corrupción y otros problemas crónicos» mermaban aún más los alimentos del suministro estatal. [11]

La crisis se agudizó a principios de 1942, momento en que el Gobierno tuvo que admitir que las reservas centrales eran insuficientes incluso para alimentar a la población urbana. De aquí que se delegase aún más en el escalafón inferior la producción y distribución de alimentos, que pasó a ser responsabilidad de las administraciones

regionales y municipales, de los directores de empresa e incluso de las familias. Las fábricas cultivaban sus propios alimentos en huertos de la compañía para alimentar a su fuerza laboral; cerraban acuerdos con las granjas locales para el suministro de comida; los sindicatos asignaron parcelas a las familias para que pudieran autoabastecerse. Durante la guerra, en las ciudades y localidades de la Unión Soviética podían verse huertos por doquier. Estos medios de supervivencia proliferaron debido a que la distribución centralizada de alimentos era cada vez más insuficiente. En 1940, 4,1 millones de urbanitas recibieron un total de 295 300 hectáreas de huertos privados; en 1944 eran 10,4 millones de personas y 755 000 hectáreas. [12] En el caso extremo del sitio de Leningrado, los parques públicos fueron transformados en campos de patatas y coles. En las aldeas empezaron a multiplicarse los huertos privados, más allá de lo permitido por la legalidad, aunque las autoridades hicieron la vista gorda; mientras la fuerza de trabajo, compuesta por mujeres, viejos y niños, entregase las cantidades de alimentos requeridas para el Ejército Rojo, a los campesinos se les permitía producir alimentos para ellos mismos y para venderlos en las localidades cercanas.

Por ello, los mecanismos subsidiarios de mercado, que habían permitido funcionar a la economía dirigida desde la década de 1930, experimentaron una espectacular expansión. En los años bélicos, fue el mercado el que, en gran medida, alimentó, vistió y abasteció al conjunto de la población civil de la Unión Soviética. Los ingresos de los habitantes urbanos, producto de la venta de «bienes y servicios» a la población rural, pasó de 1300 millones en 1941 a 34 600 millones en 1942 y alcanzó los 111 400 millones en 1943. Por su parte, los moradores de las ciudades gastaron 17 700 millones en los mercados de las granjas colectivas en 1941, 51 600 millones en 1942 y 127 400 millones en 1943. Los precios de los mercados de los *koljoz* aumentaron más de trece veces entre 1940 y 1943 y, aun cuando empezaron a bajar a partir de esa fecha, hacia 1945 seguían siendo cinco veces y media superiores a los niveles de 1940. Por supuesto, las cifras recopiladas por las autoridades no incluyen las interacciones con intermediarios ilegales, esto es, la compraventa en el mercado negro. [13]

El cultivo de huertos y la relevancia creciente de los mercados no era más que un par de síntomas de la extensa dispersión del poder que tuvo lugar en la Unión Soviética en los años de guerra. En la «dictadura descentralizada» de los años bélicos, los responsables locales ganaron mucha autoridad. Los jefes del gabinete local –los

secretarios del partido en regiones o ciudades– devinieron «dictadores regionales», como sostiene un reciente estudio de la administración durante la contienda. «Las administraciones locales, de partido y gubernamentales operaron a un tiempo como "comités estatales de planificación" y también como gobiernos independientes. No solo regulaban el flujo de recursos, sino que cambiaban los planes productivos de las empresas». En la práctica, por tanto, hubo que «violar los cánones de la economía planificada» para gestionar la economía bélica que permitió derrotar a Hitler. Las autoridades centrales autorizaron, y por tanto toleraron, esta toma del poder de las regiones mientras estas suministrasen lo que necesitaba el centro: carros, proyectiles, uniformes, aeroplanos. Así pues, lejos de ser una economía planificada, la Unión Soviética en tiempo de guerra era una economía dirigida: el centro exigía, las regiones producían. Este enfoque, una combinación de establecimiento central de objetivos y resolución local de problemas, es lo que permitió ganar la guerra. [14]

De igual modo, se dio a la *intelligentsia* algo más de libertad para la creación de productos culturales que atrajeran y motivasen al ciudadano para trabajar y combatir. Esto dio lugar a piezas maestras perennes: los carteles de propaganda, la poesía, las canciones e incluso la música sinfónica. La cultura de los años de la guerra utilizó un simbolismo complejo, que convertía la defensa de hogar y tierra, de mujeres y niños, de familia y nación, de la civilización, la religión y la comunidad en poderosas representaciones de aquello que debían defender. [15]

MOVILIZACIÓN

Durante los años de contienda, numerosos ciudadanos soviéticos patriotas experimentaron un tiempo de responsabilidad personal, incluso de libertad… a pesar de las penurias y la represión. En la línea de frente, la responsabilidad individual en el esfuerzo bélico era muy sentida. Soldados y comandantes ganaron más poder para la toma de decisiones que el que tenían en los años del terror. En esos tiempos, la competencia castrense, el profesionalismo y el rendimiento eran más importantes que la pureza ideológica. Los soldados eran admitidos en el Partido Comunista porque eran buenos en su misión, habían matado a numerosos alemanes e inspiraban a los camaradas. El que se supieran de memoria los escritos de Stalin era secundario. Entre el inicio de la guerra y mediados de 1945 ingresaron en el partido unos 4 millones de soldados, la mayoría de ellos (2,7 millones) rusos. [16]

Por tanto, el esfuerzo bélico soviético fue impulsado por un importante «núcleo» en el Estado, el partido y el Ejército. [17] En el verano de 1941, algunas jóvenes trataron de alistarse voluntarias en el Ejército, a semejanza de los voluntarios varones de todas las edades. Como recordó Maria Starchúkova:

> A causa del cálido tiempo veraniego, la oficina de reclutamiento militar había colocado las mesas en la calle, iluminada con bombillas. Había una gran muchedumbre y todos escribían atestados en los que se presentaban voluntarios para el frente. Cuando llegó mi turno, mi amiga y yo dijimos que habíamos nacido en 1924 […] un militar sentado en una mesa lo anotó todo y, a continuación, hizo la pregunta definitiva: «¿tiene usted un pasaporte interno?». Le respondimos: «No, pero pronto tendremos uno […]». Nos interrumpió: «Cuanto tenga uno, vuelva. ¡Siguiente!». Fuimos a otra mesa y volvimos a hacer cola, pero en todas partes obtuvimos la misma respuesta. A todos los de nuestra quinta les pasó lo mismo: los que habían cumplido los diecisiete antes del 22 de junio fueron al frente con el Komsomol [juventudes comunistas]. No me aceptaron porque no cumplí los diecisiete hasta agosto de 1941. [18]

Estos adolescentes podían incorporarse a brigadas de bomberos o unidades de defensa civil. Otros, algunos de ellos aún niños, se unieron a las unidades del Ejército en retirada, que los «adoptaban» como mascotas. [19]

Por supuesto, todo este esfuerzo de voluntariado fue solo una fracción de todos los que trabajaron o combatieron por la victoria. Durante la guerra con Alemania, alrededor de 4 millones de ciudadanos soviéticos se presentaron voluntarios al Ejército, es decir, aproximadamente la misma cifra que se incorporó al Partido Comunista desde el frente. [20] Estos comprendían menos del 12 por ciento de quienes sirvieron en las fuerzas armadas entre 1941 y 1945 e incluían no menos de 0,8 millones de mujeres. Hubo, no obstante, una minoría también sustancial, aunque menor, que resistió la movilización de forma activa: entre 1,6 y 1,8 millones desertaron, se pasaron al enemigo o escaparon al servicio militar, a pesar de los peligros que conllevaba tal decisión. La inmensa mayoría de los 34,5 millones de efectivos que Stalin desplegó contra los alemanes fueron movilizados, tanto si querían como si no. [21]

Combatieron hombres de casi todas las edades. Cuando los

germanos embistieron, las fuerzas armadas soviéticas disponían de 4,8 millones de efectivos: reclutas nacidos entre 1919 y 1922, así como soldados profesionales. Entre julio de 1941 y febrero de 1922 se incorporó el resto de la quinta de 1922, así como los nacidos en 1923 y 1924. Entre 1943 y 1945 les siguieron las quintas de 1925 a 1927. El resto de las fuerzas armadas –unos 23,1 millones, un 67 por ciento– eran hombres de más edad. La cifra de varones de mediana edad del Ejército Rojo queda reflejada en las cifras de bajas. Cerca de un 42 por ciento de los caídos militares soviéticos eran hombres de entre 30 y 50 años. Un 40 por ciento adicional tenía más de 20 años y solo un 18 por ciento tenía 20 o menos. Por otra parte, los hombres de más de 50 servían principalmente detrás de la línea de frente, de modo que tan solo constituyeron una pequeña fracción de los muertos. [22]

EL ROSTRO FEMENINO DE LA GUERRA

A pesar de la visibilidad (y del terror existencial que suscitaban en numerosos hombres alemanes tener que enfrentarse a féminas armadas y letales), los 0,8 millones de mujeres militarizadas no era lo habitual para las de su sexo. Si bien las mujeres uniformadas sirvieron en todo tipo de roles, desde francotiradoras a telefonistas, con una participación particularmente elevada en los servicios sanitarios, la mayoría de sus hermanas fueron movilizadas no para combatir, sino para trabajar: en la industria, en las granjas colectivas o en las estatales, donde reemplazaron a los varones enviados a la picadora de carne del Ejército Rojo. Entre 1940 y 1943, la fuerza de trabajo femenina de la agricultura creció del 38 al 57 por ciento. A finales de 1944, un 53 por ciento de la mano de obra fabril, el 59 por ciento de los empleados gubernamentales y el 62 por ciento de los trabajadores del comercio eran mujeres. Tan solo el transporte (que estaba militarizado en parte) y la construcción empleaban más hombres que mujeres. La feminización más espectacular se dio en las granjas colectivas, que se quedaron sin hombres: tres quintas partes de los recursos humanos del Ejército Rojo procedía de las aldeas, las cuales «se convirtieron en dominio reservado de mujeres, niños, pensionistas y evacuados». [23]

Las granjas colectivas cada vez estaban más habitadas por mujeres, niños y hombres ancianos o discapacitados. Entre 1941 y 1945, las aldeas del corazón soviético no ocupado perdieron como mínimo un 63 por ciento de la población adulta sana. Si al inicio de este periodo el 52 por ciento de la fuerza de trabajo de la aldea se componía de

mujeres, hacia enero de 1945 este porcentaje había crecido hasta el 80 por ciento. Los escasos hombres que regresaron antes de que empezase la desmovilización masiva habían sido licenciados por discapacidad. A menudo, no podían trabajar en absoluto y solo podían acometer tareas subsidiarias. Eran las mujeres las que hacían el trabajo, las que tenían que enfrentarse a unas condiciones catastróficas: además de a sus hermanos, maridos y padres, el Ejército también se había llevado las bestias de tiro y los escasos tractores disponibles. Como recordó la koljosiana Ulianova, de la región de Moscú, los resultados fueron realmente aterradores, incluso con arreglo a los bajos estándares de la agricultura estalinista. «Durante la guerra teníamos que tirar del arado nosotras mismas –evocó–. Nueve o diez mujeres se uncían y tiraban […] y otra mujer, o un muchacho, caminaba detrás del arado». [24]

Mientras tanto, en las ciudades se reclutaban mujeres para excavar trincheras o construir fortificaciones. «Construimos barricadas anticarro […] con palancas, palas, picos, trabajando doce horas diarias –escribió Valentina Bushueva, movilizada en Leningrado inmediatamente después del ataque germano–. El régimen era muy duro y exigente: cincuenta minutos de trabajo, diez minutos de descanso. Luego venía el siguiente turno y así uno tras otro. Después los alemanes empezaron a tirarnos bombas, por lo que dejamos aquello antes de lo previsto». [25]

Por descontado, muchas siguieron con sus roles de preguerra en la administración, educación o atención sanitaria. También empezaron a asumir la presidencia de granjas colectivas u otras posiciones de relativo poder en los puestos inferiores de la jerarquía estatal y del partido. Sin embargo, este cambio de estatus de las mujeres no fue tan espectacular como en otros países beligerantes. En la Unión Soviética, la presencia femenina en la fuerza laboral no era ninguna novedad: el primer plan quinquenal ya se había encargado de que así fuera. Ya en 1934, las mujeres conformaban el 37 por ciento de la mano de obra fabril y en 1940 la fuerza de trabajo fuera de las granjas colectivas también había seguido esa misma pauta, con un 38 por ciento. La guerra elevó ese porcentaje hasta el 55 en 1945. Pero, al contrario que en otros confines de Europa, esta feminización fue la continuación de una tendencia de preguerra, no un cambio radical. [26]

Además de trabajar en una factoría o empresa, las urbanitas solían cuidar de los huertos que proliferaban por doquier para alimentarse tanto ellas como sus familias. «Trabajaba en el turno de noche en la fábrica –observó la obrera Sivakova–. A menudo era así: acababas de trabajar, descansabas dos o tres horas y luego directa al huerto. Con el

aire fresco –añadió optimista–, el cansancio desaparecía». No cabe duda de que estos turnos dobles y la privación de sueño causaron estragos. [27]

Por tanto, eran las mujeres las que soportaban la carga principal de mantener vivas a la familia truncada, ya fuera en casa, durante la huida o evacuación, o en el exilio interior. Este papel recaía muchas veces en mujeres jóvenes, cuya familia había sido despojada de varones por el Ejército, o privadas de padres por el terror. Inna Gaister no había cumplido 16 años cuando estalló la guerra. Estaba de visita a su madre en un campo de concentración en Akmólinsk, donde había sido confinada por ser esposa de un «enemigo del pueblo». El padre de Inna, un alto cargo soviético, había sido detenido y ejecutado en 1937; muchos otros miembros de la familia corrieron la misma suerte. Otros parientes no podían o no querían ayudar a Inna, a sus dos hermanas menores, Natalia y Valeria, y a su primo Igor, que tenía más o menos su misma edad, con lo que, al regresar a Moscú, tuvo que enfrentarse ella sola al pánico provocado por la llegada de los alemanes. Emprendió una odisea con los niños. Primero viajaron a una granja estatal situada a tres días de Irbit, en la región rusa de Sverdlovsk, donde no pudieron hallar ni trabajo ni alimento. Después fueron a Ufa, unos 700 kilómetros al sudoeste, en Baskiria, donde Inna sobrevivió a un acceso severo de tifus, y desde ahí a Ferganá, Uzbekistán, 2500 kilómetros al sudeste, donde les faltó poco para morir de inanición. Cuando por fin pudieron retornar a Moscú, tanto Valeria como Igor habían perecido a causa de las penurias de la evacuación. Inna, sin embargo, consiguió regresar a casa con su hermana mediana. Logró ponerse al día en los estudios mientras trabajaba a jornada completa e ingresó en la Universidad Estatal de Moscú poco después del fin de la contienda. [28]

LOS DESPLAZADOS

Las mujeres también desempeñaron un papel central en la supervivencia de las familias deportadas del Lejano Oriente en 1937 o de los nuevos territorios del oeste en 1940-1941. A los deportados coreanos, polacos o bálticos enviados a Kazajistán, el Extremo Norte y Siberia vinieron a sumarse otras potenciales «naciones enemigas». En 1941, unos 89 000 finlandeses fueron enviados a Kazajistán, con la sospecha de que podían ayudar al contingente invasor finlandés en el frente norte. El mayor grupo de deportados de toda la guerra fueron los alemanes, tanto los que habían vivido en el Volga desde hacía

siglos como los que habían escapado de los nazis en fecha reciente. Vladímir Leonhard fue uno de los 749 613 alemanes deportados a Kazajistán y Siberia. [29]

Vladímir había nacido en Viena en 1921 y era hijo de una comunista casada con el embajador soviético en Austria. Cuando el muchacho tenía 10 años de edad, madre e hijo se trasladaron a una colonia de artistas en Berlín. Tras el ascenso de Hitler al poder, en 1933, Susanne envió a Vladímir –con un pasaporte soviético obtenido gracias al que ahora era su exmarido– a un internado en Suecia, mientras ella se unía a un grupo antifascista clandestino. Durante una visita a su hijo en 1935, el grupo fue descubierto, por lo que se vio obligada a permanecer en el extranjero. Viejas amistades comunistas, entre ellas Alexandra Kollontai, la feminista bolchevique que ahora ejercía de embajadora en Suecia, y Sonja Liebknecht, residente en Moscú y viuda del antiguo líder comunista alemán asesinado, le animaron a emigrar al país de los sóviets. Vladímir, que también era un joven comunista, también insistió en ir a Rusia. Así pues, en junio de 1935 se mudaron a Moscú. Susanne fue arrestada en octubre de 1936: al igual que muchos otros comunistas alemanes, cayó víctima del Gran Terror estalinista. Después de 223 atroces días en una prisión moscovita, fue sentenciada a cinco años en un campo de concentración por «contrarrevolucionaria». Cuando estalló la guerra con Alemania, su condena fue prorrogada hasta el final de la contienda. [30]

Su hijo vivió en Moscú la caza de brujas del Gran Terror, la conmoción del pacto Hitler-Stalin, la invasión soviética de Polonia y el 22 de junio de 1941. El 28 de septiembre fue deportado a Kazajistán, durante la fase final de la expulsión de toda la población germana de Moscú, que se había iniciado el 10 de septiembre. Fue enviado al «Asentamiento n.° 5», donde se encontró con *kulaks* deportados que debatían abiertamente si Hitler podría llegar hasta Kazajistán y «liberarnos». «Sentí frío y calor al mismo tiempo –recordó décadas más tarde, cuando ya era un desertor antisoviético en occidente–. Nunca había escuchado nada semejante en la Unión Soviética». [31]

Siguieron las sorpresas. Vladímir consiguió hablar con el desinteresado jefe del Asentamiento n.° 5 para que le permitiera encontrar a su institución educativa, que había sido evacuada a Alma Ata. Llegó, sin los papeles adecuados, hasta Karaganda, donde quedó consternado por la pobreza («nunca antes me había encontrado nada tan absolutamente miserable»). Al fin consiguió encontrar un hotel propiamente dicho y, más tarde, el «Instituto Educativo de

Karaganda», donde logró que lo admitieran. Estudió con los hijos e hijas de los *kulaks* deportados, los cuales «se habían convertido en estalinistas con el paso del tiempo», pues criticaban a sus padres por no comprender que la colectivización estaba «justificada». A mediados de junio de 1942 recibió el telegrama que iba a sellar su destino: debía incorporarse a una escuela secreta que formaba a los funcionarios de los futuros regímenes satélites del este de Europa. [32]

Es muy probable que la firme intención de Leonhard de tratar de aprovechar como pudiera una situación imposible, evadir los controles militares siempre que fuera posible y aprovechar las oportunidades que se presentasen le salvara la vida. Sin que él lo supiera, esto le permitió escapar de que fuera incorporado al ejército de trabajo. El 10 de enero de 1942, el GKO ordenó el reclutamiento obligatorio de todos los deportados alemanes varones de edades comprendidas entre los 17 y 50 para ser enviados a colonias de trabajo «mientras dure la guerra». El objetivo de esta orden era «un uso racional de los deportados germanos». [33] Una serie de decretos adicionales movilizó «a prácticamente toda la población germana apta» para servir en el riguroso mundo del ejército de trabajo. [34]

Leonhard y Gaister no fueron los únicos individuos con voluntad férrea que, a lo largo de la contienda, aprovecharon el sistema de movilización coercitiva de la URSS para vivir algo mejor. Moshe Lewin, un refugiado de Vilna, fue asignado a una fundición de acero y luego enviado a trabajar en la cosecha, pero desertó del ejército de trabajo y se presentó voluntario para combatir en el Ejército. Logró que lo aceptasen. [35] Adam Broner, otro refugiado judío de los territorios fronterizos occidentales, escapó del ejército de trabajo gracias a que falsificó su documentación durante una estancia en el hospital y trató de unirse al nuevo contingente polaco del general Berling. No obstante, se estimó que no era lo bastante polaco, por lo que lo enviaron a una mina de carbón a trabajar por la victoria. Volvió a desertar, viajó por cuenta propia a un punto de reclutamiento y logró incorporarse a filas a finales de 1943. [36] Grigori Chujrái, un combativo paracaidista ruso, fue asignado a un conjunto de coros y danzas del Ejército Rojo. Este se limitó a desertar y regresó con su unidad, que lo acogió sin más. Al igual que Leonhard, era un ferviente comunista cuya experiencia bélica le abrió los ojos a la complejidad de la vida en su país. Él también conoció a un antiguo *kulak* que no sentía gran amor por el estalinismo o por el dictador, al que veía como el demonio encarnado. Y también encontró a un amigo que consideraba que la colectivización había sido un error… una opinión

que equivalía a la herejía. [37]

«USTED DEBERÍA SABERLO MEJOR QUE YO»

Un grupo que vivió una trayectoria particularmente turbulenta durante los años de la guerra, que incluyó deportación, movilización y traslados espontáneos, fueron los ciudadanos polacos arrestados en 1939-1941 en los recién adquiridos territorios de la frontera occidental o que habían sido deportados desde allí en 1940-1941. Cuando Alemania invadió la Unión Soviética, Gran Bretaña, liberada de la carga de tener que combatir sola a los nazis, perdonó de inmediato a Stalin su colaboración con estos. A partir de ese momento, los imperios británico y soviético lucharon hombro con hombro. Sin embargo, Gran Bretaña también albergaba al Gobierno polaco en el exilio. Por ello, en el momento de mayor necesidad, Stalin se veía en alianza no solo con los terribles imperialistas británicos, de los que siempre había sospechado que trataban de engañarlo para entrar en guerra con Alemania, sino también con los restos del Estado polaco que él mismo había contribuido a destruir. Realmente, era una alianza muy extraña.

El acuerdo Sikorski-Maisky del 30 de julio de 1941 restableció las relaciones diplomáticas polaco-soviéticas. En este, los soviéticos repudiaban el pacto Hitler-Stalin, permitían la formación de un Ejército polaco en suelo soviético (más adelante llegó a ser conocido como el Ejército Anders, por su general en jefe) y aceptaban conceder «amnistía a todos los ciudadanos polacos que en la actualidad se encuentran privados de libertad en el territorio de la URSS como prisioneros de guerra u otras circunstancias adecuadas». La amnistía fue anunciada el 12 de agosto y los detalles del contingente militar en suelo soviético fueron reglamentados dos días después en un acuerdo adicional. [38] Hubo entonces una serie de embarazosas preguntas en torno al paradero de los oficiales que Stalin había asesinado en 1940. No recordaba dónde podrían estar. «Se marcharon de la URSS», afirmó, en respuesta a la insistencia de un representante polaco. «¿Adónde?», le interpeló su interlocutor. «Desconocido –contestó Stalin–. Usted debería saberlo mejor que yo». [39]

Mientras tanto, se informó de repente a 389 382 polacos, deportados e internos de los campos que eran libres de abandonar el lugar de confinamiento, algo que hizo la mayoría. [40] Familias e individuos tenían que pensar qué hacer y adónde ir. «Después de la amnistía –recordó Irena Protassewicz–, pudimos encontrar trabajo. Los

polacos trataron de ayudar a los trabajadores de la granja colectiva a cultivar patatas en las pequeñas parcelas de los mismos trabajadores […] después de varias semanas, me mudé a la pequeña localidad de Aban, al noreste de Kansk». [41] Muchos optaron por dirigirse al sur, con temperaturas más cálidas, donde se rumoreaba que la comida era abundante y la vida mejor. No obstante, el viaje que les esperaba fue una ordalía mortal. «Nuestra ruta a Uzbekistán quedó jalonada por centenares de tumbas», recordó un superviviente de la epidemia de tifus que castigó con gran virulencia a las debilitadas víctimas de la deportación, trabajos forzados y el exilio. [42] Los hombres supervivientes podían incorporarse al Ejército de Anders, que Stalin tenía intención de emplear como carne de cañón. Su comandante, el general Władysław Anders, recién liberado del gulag, protestó y, con el apoyo de diplomáticos estadounidenses, logró irritar a Stalin lo suficiente para que el dictador consintiera al fin que la unidad se marchase a combatir con los aliados occidentales vía Irán (que estaba bajo la ocupación conjunta de soviéticos y británicos desde agosto-septiembre de 1941). Por tanto, en 1942 fueron evacuados 119 865 demacrados supervivientes de los rigores del exilio y la vida en los campos. [43] Uno de estos era Menachem Begin, futuro primer ministro de Israel, miembro del grupo de quizá 6000 o 7000 judíos que partieron con el contingente de Anders. [44]

La evacuación también incluyó a mujeres y niños que dependían de los soldados, o que afirmaban tener dicha relación. También se evacuó a las mujeres encuadradas en el Servicio Auxiliar Femenino del Ejército polaco. Una de ellas era Protassewicz, que, tras lograr llegar a Asia Central, se alistó. Primero sirvió en un puesto de cuarentena del tifus («los enfermos empezaron a morir como moscas»), ella misma lo contrajo y, apenas recuperada, fue enviada a atender a los soldados polacos afectados de disentería. Irena describe las escenas terribles del hospital centroasiático: «Los que no habían sido rematados por el tifus […] yacían en el suelo de los barracones del hospital, en charcos de su propia sangre, sin sábanas. Morían como moscas […] el hedor de la diarrea sanguinolenta me sofocaba». Y entonces llegó «el milagro de poder salir de aquel infierno humano». Los soldados, las enfermeras y los civiles que los acompañaban viajaron en tren hasta Krasnovodsk, un puerto del Caspio. Los debilitados viajeros tuvieron que caminar los últimos 7 kilómetros que separaban la estación de tren del puerto. «Más de un polaco exhausto –acabó en la tumba– en ese último tramo desde la terminal al puerto». Irena lo logró y embarcó en la nave que la liberó de «esta tierra presa del abrazo de Satanás». [45]

Su salida no pudo ser más oportuna. Las relaciones entre el gabinete polaco de Londres y Moscú estaban deteriorándose desde hacía tiempo. En enero de 1943, Moscú informó a la embajada polaca de que volvía a considerar soviéticos a todos los antiguos ciudadanos polacos de los territorios anexionados, lo cual les retiraba de la jurisdicción del Gobierno polaco en el exilio. Pero fueron los alemanes los que vertieron la gota que colmó el vaso. En abril de 1943, el descubrimiento de las fosas comunes de Katyn les permitió lanzar una campaña propagandística cuyo objetivo era desacreditar a la Unión Soviética y sembrar la discordia entre los aliados. Los soviéticos, por supuesto, negaron enérgicamente tener nada que ver con los cadáveres exhumados, aunque muy pocos polacos creyeron que estos fusilamientos en masa hubieran sido obra de los alemanes. Los polacos solicitaron una investigación, lo cual hubiera supuesto tener que establecer cooperación directa con los germanos. El Gobierno soviético respondió el 25 de abril de 1943 con la ruptura de relaciones diplomáticas, con lo que quedaron en la Unión Soviética unos 258 000 antiguos ciudadanos polacos amnistiados en 1941. Más de 11 000 habían muerto desde su liberación. [46]

DEVOLVER EL GOLPE

Stalin ya había recuperado la compostura, zarandeada por la catástrofe que habían provocado los desastrosos preparativos bélicos. Había llegado el momento de mostrar liderazgo, asumir la responsabilidad del esfuerzo de guerra y reparar errores. En su discurso radiofónico del 3 de julio de 1941, que también fue publicado en la prensa, habló por primera vez, con voz algo entrecortada, a la población. Sucedió pocos días después de haber perdido los nervios a causa de la situación militar y haber aceptado la dirección del recién creado GKO. Numerosos oyentes se asombraron ante aquel exseminarista ateo y bolchevique que se dirigía a ellos con el término habitual de los sermones de la Iglesia ortodoxa: «hermanos y hermanas». Esta frase inicial marcó la pauta de los años venideros: una movilización patriótica con frecuentes connotaciones religiosas y énfasis en los crímenes de la ocupación alemana. Stalin hizo un llamamiento a la total movilización del país, a destruir a los desertores, derrotistas, propagadores de bulos y otros enemigos internos, para la decidida defensa de cada metro de territorio soviético «hasta la última gota de sangre» y, allí donde la retirada sea inevitable, aplicar tácticas de tierra quemada y desencadenar una

guerra partisana detrás de las líneas. «La guerra contra la Alemania fascista –advirtió– no es una contienda ordinaria». Era una «guerra patriótica de todo el pueblo». «¡Adelante! ¡Hacia nuestra victoria!», concluyó. [47]

Su decisión de permanecer en Moscú en los sombríos días de octubre y noviembre de 1941 reforzó la moral: todos los demás huían y una unidad de reconocimiento alemana había alcanzado el suburbio de Jimki, ¡pero el comandante supremo continuaba en su puesto! En un gesto de desafío, Stalin presidió en la plaza Roja la tradicional parada militar del aniversario de la Revolución de octubre: las tropas desfilaban directas al frente. En esta ocasión, pronunció un discurso en el que comparaba el momento presente del país con 1918. En aquel entonces, recordó a su audiencia, la situación estaba verdaderamente mal. «Tres cuartas partes de nuestro país estaban en manos de la intervención extranjera», exclamó, mezclando mito y realidad histórica. En comparación, la situación actual era «mucho mejor que veintitrés años atrás», agregó con optimismo. «El enemigo no es tan poderoso como lo presentan algunos intelectualillos asustados». [48] Un día antes, Stalin había dado un discurso mucho más prolongado y feroz, en el que había prometido a los germanos que les daría a probar de su propia medicina. «Los alemanes quieren librar una guerra de exterminio contra los pueblos de la Unión Soviética –exclamó–. Bien, pues si los alemanes quieren una guerra de exterminio, ¡la tendrán!». Una vez se apagaron los estruendosos aplausos y los gritos de «¡cierto!» y «¡hurra!», Stalin añadió: «A partir de ahora, nuestra misión […] ¡es exterminar hasta el último alemán que haya venido a ocupar el territorio de nuestra patria!». [49]

A lo lejos retumbaba la batalla de Moscú. Los soldados escucharon las palabras de su comandante supremo e hicieron pocos prisioneros. [50] La exitosa contraofensiva lanzada el 5 de diciembre en las estribaciones de Moscú demostró que no era posible ganar esta conflagración a gran escala. El gran Stalin tenía razón, los intelectualillos asustados estaban equivocados.

Hubo varios factores que contribuyeron a la victoria soviética fuera de Moscú. Una fue el agotamiento de los efectivos alemanes. Después de cinco meses de marcha y combate estaban al límite de la resistencia física. No estaban equipados para las operaciones invernales y habían vivido sobre el terreno la mayor parte de la campaña. Los soviéticos habían resistido tenazmente y contraatacaban con una ferocidad que atemorizaba al más duro de los soldados hitlerianos. También parecían tener un suministro interminable de hombres, que eran

sacrificados en intentos, en ocasiones suicidas, de expulsar a los invasores. Después de tales contragolpes, los soldados de la Wehrmacht «a duras penas mantenían la consciencia». [51] Apenas recuperados, los supervivientes tenían que volver a marchar, una y otra vez, por las extensiones interminables de la Unión Soviética, con los caballos tirando de cañones y suministros, primero ahogados el calor veraniego, luego por carreteras enfangadas bajo las lluvias otoñales y después en el invierno hostil. En ese momento, en las afueras de Moscú, los soviéticos lanzaron nuevas tropas de refresco. Los contraataques eran apoyados por carros, un porcentaje importante de los cuales –probablemente el 30-40 por ciento de las máquinas medias y pesadas– procedía de Gran Bretaña. Habían llegado por la peligrosa ruta que, tras rodear Noruega, finalizaba en Arcángel y Múrmansk, en cumplimiento del primer protocolo de Préstamo y Arriendo (firmado el 1 de octubre de 1941). [52] La extraña alianza había comenzado a dar resultados.

¿SIN NOVEDAD EN EL ESTE?

Algunos de los hombres que atacaron a los alemanes en las afueras de Moscú en diciembre de 1941 eran veteranos de Jaljin Gol, transferidos desde el Lejano Oriente para salvar a Moscú de los fascistas. No menos de dos divisiones de fusileros y un regimiento de caballería habían sido enviados desde las regiones de Transbaikal y Lejano Oriente a Moscú, donde el 5 de diciembre de 1941 estaban en posición de defender la capital. [53] «No fue ningún incidente –escribió Zhúkov– que las formaciones que habían estado en Mongolia en 1939-1940 combatieron de forma inapreciable cuando fueron lanzadas contra los alemanes en las estribaciones de Moscú en 1941». [54] A medio plazo, sin embargo, fue más importante el rol del Lejano Oriente como inmenso campo de entrenamiento de tropas. En 1942-1943, 300 000 reclutas solo de la región de Moscú fueron enviados allí para prepararse para el frente. Este constante influjo de recursos humanos explica que la región pudiera contener un número inmenso de efectivos ante Japón y al mismo tiempo enviar a más de un millón de hombres al contingente que combatía a los alemanes y a sus aliados. [55]

Esto fue posible gracias a que Stalin había logrado evitar una lucha en dos frentes. Después de la derrota en Mongolia y el *shock* del pacto germano-soviético de 1939, Tokio había llegado a un pacto de neutralidad con Moscú, firmado en abril de 1941. Pero ¿respetaría Japón este tratado? Los temores, como recordó Vasili Chuikov,

aumentaron después del asalto germano del 22 de junio: «un segundo frente en oriente podía empezar en el momento crítico en que sufrimos graves pérdidas en el oeste y nos retirábamos». [56] El espía de Stalin en Tokio, Richard Sorge, reportó los días 12 y 15 de agosto que Alemania continuaba presionando a Japón para que golpease a los sóviets. Había en Corea seis divisiones preparadas para atacar Vladivostok. [57] Las unidades del Lejano Oriente fueron puestas de inmediato en estado de máxima alerta: «los japoneses iniciarán hostilidades contra la URSS en la segunda mitad de agosto sin declaración de guerra». Prepárense, decía el telegrama, y «¡ni un paso atrás!». [58] Los dirigentes soviéticos no podían saber que el Gobierno japonés había optado en julio por la «estrategia meridional», en detrimento de un ataque contra tierras soviéticas. [59] Durante el mismo mes de agosto, los reportes de Sorge fueron menos alarmistas y el 14 de septiembre informó de que el Gobierno nipón había decidido no atacar en 1941, una conclusión reforzada por informes adicionales remitidos a primeros de octubre. [60]

Los informes de Sorge suelen considerarse un elemento central en la decisión de transferir divisiones de Siberia a Moscú, lo cual explicaría la primera gran victoria del Ejército Rojo. Sin embargo, tampoco debe exagerarse este último punto. Stalin nunca creyó del todo que podía dejar indefenso el frente oriental. Incluso en plena batalla de Moscú, permanecieron en el este 1,3 millones de efectivos, más de 3000 carros, una cifra superior a 4000 aviones, 94 buques de guerra y más de 10 000 piezas de artillería. En fases posteriores de la contienda, el dispositivo soviético nunca estuvo por debajo de 1,1 millones. [61]

De todos modos, es indudable que las maniobras de Stalin para que Japón se abstuviera de golpear dieron fruto. Después de optar por no enfrentarse a la Unión Soviética, Japón empeoró aún más el panorama. El ataque contra Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941, dos días después del inicio de la contraofensiva soviética en las afueras de Moscú, hizo que Estados Unidos, aunque a regañadientes, entrase en guerra. Stalin era ahora aliado, por utilizar sus términos, de dos de los principales imperialistas del capitalismo. Esta extraña alianza obligó a ambos bandos a hacer concesiones ideológicas. Gran Bretaña y Estados Unidos tuvieron que superar su arraigado antibolchevismo, mientras que Stalin renunció a la Internacional Comunista, la organización mediante la cual Moscú coordinaba la acción de los partidos comunistas de todo el mundo. Esta fue disuelta en mayo de 1943, a sugerencia de Stalin. Ambos bandos se habían

preparado con anterioridad para dar tal paso: ya en 1939, Churchill consideraba a la Unión Soviética el mal menor y concedió a Stalin el beneficio de la duda incluso después del pacto con Hitler. Stalin se había planteado la disolución del Komintern desde por lo menos abril de 1941. Fue un precio exiguo. La extraña alianza con los «imperialistas» le fue muy útil a Stalin. En lugar de una guerra en dos frentes con Alemania y sus aliados en el oeste y con Japón en el este, solo tenía que ocuparse del frente occidental; tenía de su lado a la mayor economía y al mayor imperio ultramarino del mundo. A partir de entonces, ni Alemania ni Japón tuvieron la menor posibilidad de ganar esta conflagración mundial, si es que alguna vez la habían tenido. [62]

1942

De todos modos, la batalla de Moscú solo fue el final de un catastrófico inicio. Los alemanes se reagruparon y, a finales de la primavera de 1942, pasaron al ataque de nuevo, esta vez hacia el sur, con el objetivo de alcanzar el Cáucaso y los pozos petrolíferos de Bakú. El avance animó a los pueblos de montaña del Cáucaso, que ignoraron cada vez más las órdenes de movilización y se echaron al monte para reforzar la insurgencia. Un grupo de guerrilleros chechenos fuertemente armados enlazó con una fuerza de operaciones especiales germana en la retaguardia soviética, que infligió daños considerables. No fueron los únicos. La cercanía del frente germano dio lugar al inicio de la «fase clave de la guerra de guerrillas en Chechenia». [63] Mientras tanto, los triunfos alemanes causaron la alarma no solo de Stalin, que había enviado a Baibakov y a su equipo a destruir los pozos petrolíferos, sino también a los aliados. Fitzroy Maclean, un diplomático británico que había sido testigo de la deportación de coreanos de 1937, servía en ese momento con las fuerzas especiales británicas en Oriente Medio. Desde su observatorio privilegiado, veía cómo los combates en el interior de la Unión Soviética amenazaban la posición británica. El progreso alemán hacia Stalingrado y más allá, escribió en sus vívidas memorias, era uno de los brazos de un «enorme movimiento en pinza» que amenazaba la posición británica en Oriente Medio. Uno de ellos había llegado a «menos de cien millas de El Cairo y Alejandría» y el otro brazo se extendía por territorio soviético hasta Stalingrado. El objetivo definitivo era el Cáucaso y puede que Irán y más allá. La situación parecía tan desesperada que Mclean fue enviado a Irán a organizar

guerrillas en previsión de que los alemanes invadieran el país por el Cáucaso. [64]

No tuvo que ejecutarlo, pues los soldados de Stalin diezmaron al Sexto Ejército de Hitler. Las tropas germanas, encuadradas en el Heeresgruppe Süd, llegaron el 23 de agosto a los arrabales de Stalingrado tras una marcha genocida a través de territorio soviético. Hitler no pudo resistir la tentación de tomar la ciudad que llevaba el nombre de Stalin, el lugar en el que su adversario había aprendido el arte del dominio totalitario durante la Guerra Civil rusa. Y Stalin, por descontado, lo defendería, costara lo que costase. Muy pronto, los alemanes quedaron clavados en las ruinas de una ciudad que habían bombardeado hasta arrasarla, lo cual solo sirvió para perder capacidad de maniobra. Despojados de la superioridad táctica, se vieron empeñados en un feroz combate urbano casa por casa.

Al otro lado de las trincheras estaba al mando Chuikov, que, en mayo, había dejado su puesto en China. Dirigía a sus efectivos con soltura: «A decir verdad –comentó a una comisión de historia militar que entrevistaba a supervivientes de la batalla– la mayoría de jefes divisionarios no tenían mucho interés por morir aquí. La presión apenas había aumentado y ya empezaban: por favor autorice el paso del Volga. Entonces gritas: "yo también estoy aquí" y les envías un telegrama: "si da aunque sea un paso atrás, lo fusilo». No eran amenazas vanas. «El día 14 [de septiembre de 1942] hice ejecutar al comandante y al comisario de un regimiento y poco después fusilé a dos comandantes y comisarios de brigada», recordó Chuikov. De igual modo, el general Aleksandr Rodímtsev observó que un jefe divisionario y su comisario fueron fusilados por retirarse al otro lado del río. «También tuve que ejecutar» al conductor de una barca que se dedicaba a transferir tropas de un lado a otro del río bajo el fuego, porque, «el hombre se asustó»; un grupo completo de uzbekos –no está clara la cifra exacta– fue liquidado por su comandante porque no habían avanzado bajo el fuego como se les había ordenado. [65]

Así, mediante tales estimulantes métodos, Stalin y sus generales sacrificaban a los defensores de Stalingrado. Su misión era fijar a los atacantes mientras el Ejército Rojo preparaba el cerco a gran escala. Los soviéticos, por tanto, solo enviaban a este infierno a un número preciso de hombres, armas, jabón y alimentos, lo absolutamente imprescindible para seguir desangrando a los alemanes. Esta misión se cumplía, en lo esencial, al ordenar al ejército «morir en las posiciones», al tiempo que suministraban «refuerzos a cuentagotas» a la ciudad devastada, para así asegurar que los soldados «morían por

un motivo». Era un juego peligroso, sangriento e inhumano. Stalin y su equipo sobresalían en él. [66]

Cuerpos amontonados de los soldados alemanes que murieron durante la batalla de Stalingrado en febrero de 1943. La batalla de Stalingrado fue un relevante punto de inflexión en la guerra.

A uno y otro lado de las trincheras, las condiciones de vida eran terribles. Después de un día de enfrentamientos, los alemanes tenían que recurrir a «cocineros y personal de mantenimiento» para la vigilancia nocturna. Los efectivos de combate estaban muertos, heridos o tan exhaustos que se derrumbaban en un «sueño similar a la muerte». Ambos bandos tenían que soportar parásitos, escasa comida y una severa falta de higiene personal. Los alemanes, que se quejaban de una «una dieta de "pan negro seco, carne enlatada y verdura deshidratada"» padecían ictericia y hepatitis infecciosa, pero no estaban mal del todo. Sus adversarios reportaban al hogar cosas peores: «han pasado tres días desde la última vez que comí», «estoy a un pelo de la muerte –escribió un soldado raso del Ejército Rojo–. Mis tripas se retuercen y están muy hinchadas». Y no era a causa de una herida en combate: «el motivo de todo esto son las malditas empanadas e incluso el *kasha* de trigo. Prefiero pasar hambre a comer eso. También nos han servido una cosa que se supone que es harina». La escasa cantidad y calidad de la comida no era la única razón por la que la salud de los héroes de Stalin estaba en peligro. «No podemos lavarnos, no hay jabón. No nos hemos bañado desde mayo». [67]

El propósito de todo este sufrimiento era ganar tiempo para lanzar

un contraataque en los flancos germanos que cercaría al Sexto Ejército y cortaría sus líneas de suministro. Se trataba de la Operación Urano, iniciada el 19 de noviembre. El 23 de ese mes, las dos pinzas se encontraron y los alemanes, que al inicio de la campaña habían sobresalido copando a sus enemigos en batallas de cerco, les tocó ahora tener que sufrir uno. A pesar de las órdenes explícitas de Hitler de morir como héroes, los restos del Sexto Ejército se rindieron, hambrientos, ateridos y enfermos, entre el 31 de enero y el 2 de febrero. De los 91 000 exhaustos supervivientes, solo entre 5000-6000 sobrevivieron a la ordalía del cautiverio y regresaron a Alemania. [68]

EL HAMBRE

Stalingrado fue un punto de inflexión mucho más claro que la batalla de Moscú. A partir de ese momento, el Ejército Rojo empezó a avanzar, a tomar más y más prisioneros, hasta expulsar a los alemanes de las tierras soviéticas. Pero no todo el mundo experimentó este punto de inflexión. Para Susanne Leonhard, la vida en el gulag del Extremo Norte siguió consistiendo en «hambre y mosquitos, mosquitos y hambre». [69] El ansia por obtener alimento afectaba a toda la población soviética. Un superviviente describe su dieta de civil de 1943: «una sopa hecha de alguna especie de brotes densos de una planta que no parecía comestible en absoluto, pan, raras veces arenques. Y por esta "comida", la gente trabaja en las fábricas. En el trabajo pueden obtener un poco más, pero no mucho». [70]

Anna Malginova, evacuada de Moscú a Perm, en los Urales, recuerda el estómago siempre vacío, tanto durante la evacuación como después de regresar a Moscú:

> No vivíamos muy bien. Era un lugar muy inadecuado para la evacuación. Antes de llegar allí, los niños nacidos antes de la guerra nunca habían recibido un terrón de azúcar. Era un lugar de mucha hambre y allí evacuamos a la gente, donde nadie los necesitaba. Medio año más tarde, la organización obtuvo permiso para devolver a sus empleados a Moscú y de inmediato regresamos [el 5 de abril de 1942] […] la comida [en Moscú] era mala […] siempre estábamos un poco hambrientos y cuando mi hija me llamó al trabajo y me dijo «mamá, ¿puedo tomar otra rebanada de pan?» no me gustó demasiado. Pero nos las arreglamos. [71]

Así pues, incluso los soviéticos relativamente privilegiados, de clase media, andaban escasos de alimentos. Solo en la cúspide de la jerarquía se comía verdaderamente bien. «La variedad de comida y bebida –en las cenas de Stalin con sus camaradas– era enorme y predominaban las carnes y los licores espirituosos», según el testimonio de un comunista yugoslavo que había ido de visita. «Todo el mundo comía lo que le placía y tanto como quería; constantemente nos retaban y nos instaban a beber y había demasiados brindis». [72]

En los escalafones inferiores había una compleja jerarquía de consumo creada por la interacción del tipo de cartilla de racionamiento, acceso a cantinas especiales y sistemas de distribución cerrados conforme al lugar de trabajo y rango, así como contactos personales con quienes tenían acceso al sistema oficial de distribución de alimentos. Un funcionario del Gobierno soviético podía conseguir «tocino, comida enlatada, mantequilla, azúcar, harina, cerdo en salazón –todo traído de Estados Unidos– así como productos soviéticos tales como pescado, carne aviar, pescado ahumado, verdura, vodka, vino, cigarillos (sic)», en un tiempo en el que el pan era la principal fuente de calorías para la mayoría de urbanitas. «Sastres especiales, que trabajaban en exclusiva para los cargos más altos, confeccionaban trajes a medida hechos de telas americanas y británicas de Préstamo y Arriendo, en un momento en que un vestido de segunda mano se vendía por miles de rublos en el mercado abierto». [73]

Fuera de la cúspide absoluta, había una jerarquía de necesidad. [74] «Solo los soldados de combate y los trabajadores manuales con las ocupaciones más difíciles y arriesgadas –resume un historiador– tenían garantizada una nutrición suficiente para mantener la salud». Para todos los demás, «la malnutrición era extensa y generalizada». [75] «Nos estamos muriendo de hambre, no tenemos pan ni tampoco patatas», escribió una koljoziana a su marido, miembro del Ejército Rojo, el 14 de diciembre de 1941. «Me hallo en mi lecho de muerte y nuestra hija también está en cama, hinchada a causa del hambre». [76] En ciudades y pueblos sometidos al racionamiento, el robo de una cartilla (un hecho frecuente) era una «catástrofe», un «horror sin límite» y una «pesadilla»: quienes perdían su ración de pan corrían el riesgo de morir de inanición. [77] «Durante 1943 y 1944 –confirma un historiador–, la inanición y la tuberculosis […] sumadas, eran la mayor causa de mortalidad entre la población civil adulta». [78] Stalin recibió informes de inanición en Rusia y en las regiones de Siberia en 1942-1943, de las regiones de Kazajistán, Uzbekistán, Tartaristán, Mordovia, el Altái, Gorki y Sverdlovsk en 1944 y de Uzbekistán y

Buriato-Mongolia en 1945. [79]

La peor situación se vivió en la ciudad septentrional de Leningrado, cuna de la revolución. En 1941, el Ejército finlandés se aproximó por el noroeste. Primero se detuvo en la frontera soviético-finlandesa de 1939, para luego progresar hasta Petrozavodsk. Al nordeste del lago de Ládoga, los finlandeses se adentraron más en territorio soviético, pero se detuvieron al norte de Leningrado. En otoño, la mayor parte de la línea de frente finlandesa se había atrincherado, donde permaneció inmóvil hasta 1944, con tan solo esporádicos combates. Mientras tanto, el Heeresgruppe Nord cortó las comunicaciones al sur y al oeste de la ciudad y alcanzó el Ládoga el 8 de septiembre. A partir de ese momento, la ciudad quedó cercada. Hitler ordenó someterla por hambre y arrasarla hasta los cimientos a base de bombardeos aéreos y artilleros. Lo que sucedió a continuación fue uno de los peores crímenes de toda la Segunda Guerra Mundial, un intento de «genocidio por inanición provocada por el sitio y por bombardeos masivos», como lo han descrito dos historiadores en fechas recientes. Solo el Holocausto supera los horrores del asedio de Leningrado. Muy pronto la comida empezó a escasear y las raciones quedaron reducidas a niveles de inanición. La gente moría de hambre, agotamiento, hambre y enfermedades que provocaba. Todos los animales domésticos, incluso roedores como ratas y ratones, fueron devorados. Hubo casos de canibalismo. El asedio se prolongó durante 872 días, hasta enero de 1944. En total, murieron entre 1,6 y 2 millones de personas a causa de la inanición, enfermedades, bombardeos y heridas en combate. Al menos la mitad de las víctimas fueron civiles. [80]

Víctima del hambre en Leningrado.

El monumento más duradero al asedio es la conmovedora Sinfonía n.° 7 de Dmitri Shostakóvich, titulada *Leningrado* . Fue interpretada por vez primera el 5 de marzo de 1942 en Kúibyshev, donde el compositor había sido evacuado contra su voluntad. Los hambrientos músicos de Leningrado la tocaron el 9 de agosto de 1942. El concierto fue emitido por la radio y difundido por toda la ciudad por medio de altavoces públicos. Otra obra maestra fue el poema de Anna Ajmátova de 1941, que describe con lírica serenidad el efecto devastador de la artillería germana de largo alcance. [81] El 8 de marzo de 1942, las palabras de la poeta, que ya había sido evacuada a Taskent, llegaron a los lectores del *Pravda* . Algo notable, pues el órgano de un régimen la había silenciado por su condición de burguesa decadente y, tras la guerra, la denunció por ser una combinación «de ramera y monja, que mezcla lujuria con preces». [82] Mas ahora, el órgano oficial del Partido Comunista permitía a la altiva aristócrata invocar el patriotismo de los rusos:

Valor
Sabemos que el presente está en la balanza
y que se cumplirá.
La hora del valor marcan nuestros relojes
y él no nos abandonará.
No es terrible morir bajo las balas,
ni amargo el desangrarse.
Pero te conservaremos, lengua rusa,
gran palabra rusa.
¡Libre y limpia te llevaremos,
para entregarte a nuestros nietos,
para siempre librándote
del cautiverio! [83]

Taskent, 23 de febrero de 1942

Мужество
Мы знаем, что ныне лежит на весах
И что совершается ныне.
Час мужества пробил на наших часах,
И мужество нас не покинет.

Не страшно под пулями мертвыми лечь,
Не горько остаться без крова,
И мы сохраним тебя, русская речь,

Великое русское слово.

Свободным и чистым тебя пронесем,
И внукам дадим, и от плена спасем
Навеки!

23 февраля 1942, Ташкент

_____

NOTAS

1 Astakhova, M. S., Gorskaia, G. V., Kirillova, N. A., Sorokin, A. K. y Khlevniuk, O. V., 2015, vol. 1, 5.
2 Estudio pionero: Lieberman, S. R., 1985, 59-76.
3 Fitzpatrick, Sh., 2015, 12.
4 Decreto del GKO del 4 de febrero de 1942. RGASPI f. 644, op. 2, d. 36, ll. 32-33.
5 Volkogonov, D. A., 1991, 405-493, 487-488. Acerca de los viajes al frente: 434-435; 480-482.
6 Rubtsov, I., 1999, 177.
7 Shtemenko, S. M., 1975, 119, 117.
8 Kumanev, G. A., 2005, 596. Baibakov tuvo una distinguida carrera que le hizo merecedor de la concesión, en 1981, de la medalla de Héroe del Trabajo Socialista.
9 Harrison, M., 1994, 262, 264 (citas); Goldman, W. Z., 2015, 50-53; Rzheshevskii, O. A. (ed.), 2000, 156; Ivkin, V. I., 1999, 131, 398-399.
10 Cherniavskii, U. G., 1964, 151.
11 Goldman, W. Z., *op. cit* ., 55, 62-63 (cita).
12 Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1990, 109.
13 El índice de precios ha sido extraído de *ibid* ., 197; gasto por hogares: reporte del presupuesto de las familias, administración estadística central del Gosplan (30 de diciembre de 1944), reproducido en Livshin, A. Ia. y Orlov, I. B. (eds.), 2003, 228-229. Con respecto al rol del mercado negro, así como el de los mercados legales y semilegales, *vid* . Hessler, J., 2004, 249-295.
14 Khlevniuk, O. V., 2018, 470-484, citas: 471, 473, 484.
15 Stites, R. (ed.), 1995; Edele, M., 1999, 89-108; Kirschenbaum, L. A., 2000, 825-847. Berkhoff presenta una visión más escéptica de la libertad que trajo la guerra. *Vid* . Berkhoff, K. C., 2012.
16 Datos computarizados del registro de candidatos a miembro del partido en las fuerzas armadas, del tercer trimestre de 1941 al segundo trimestre de 1945. Archivo estatal Ruso de Historia Contemporánea (RGANI) f. 77, op. 1, d. 3 & 4.
17 *Cf* . Reese, R., 2011, 312.
18 Iu. Trifonov, entrevista con Mariia Iakovlevna Starchúkova (4 de julio de 2013) [https://iremember.ru/memoirs/letno-tekh-sostav/starchukova-shebarshina-mariya-yakovlevna/].
19 Kucherenko, O., 2011, 122-123, 151-153; Braithwaite, R., 2006, capítulo 6.

El mejor relato de las mujeres en el Ejército Rojo sigue siendo la historia oral de Svetlana Alexievich, *vid* . Alexievich, S., 2017. Para una guía y un comentario de la historiografía más reciente, *vid* . Miner, S. M., 2018, 41-65.

20 Reese, R., *op. cit* ., 104.

21 Cifras para las fuerzas armadas en general y para las mujeres: Krivosheev, G. F., 1997, 91. No todas las 0,8 millones de mujeres eran voluntarias, pero no hay datos claros disponibles. Para el número de evadidos, *vid* . Capítulo 4 .

22 *Vid* . Edele, M., 2013b, 248-268, en especial pág. 257, figura 2 y cuadro 1.

23 Harrison, M., *op. cit* ., 259 (cita); Conze, S., 2001, 219.

24 Vyltsan, M. A., 1995, 23-24, 25. Aniskov, V. T., 2003, 87 (porcentaje de mujeres en la fuerza laboral de los pueblos).

25 Entrevista a Valentina Il'inishna Bushueva, junio de 1995, en Simmons, C. y Perlina, N., 2002, 133-140, en particular págs. 133-134.

26 Edele, M., 2011, 179-182. Cifras en pág. 179.

27 Cardona, E. Ch., 2019, 48-68, en particular pág. 66.

28 Shikheeva-Gaister, I., 1998, 56-73.

29 Pohl, J. O., 1999, 5.

30 Leonhard, S., 1968, 1-50, 86-87, 241.

31 Leonhard, W., 1958, cita en pág. 162. Orden secreta de Stalin para la deportación de alemanes de Moscú, la región de Moscú y Rostov con destino a Kazajistán (6 de septiembre de 1941), reproducido en: Bukov, K. I. (ed.), 1995, 77-78.

32 Leonhard, W., *op. cit* ., citas en págs. 165, 169.

33 Decreto secreto del GKO, 10 de enero de 1942, RGASPI f. 644, op. 1, d. 19, l. 49.

34 German, A. A. y Kurochkin, A. N., 1998, 153.

35 Paul Buskovitch, entrevista con Moshe Lewin publicada en Abelov, H., Blackmar, B., Dimock, P. y Schneer, J. (eds.), 1983, 281-308, en particular págs. 284-285.

36 Broner, A., 2007, 43-107.

37 Chukhrai, G., 2001, 194-196, 228-230.

38 *Documents on Polish-Soviet Relations 1939-1945* , 1961, vol. 1, 141-142, 145, 147-148.

39 Transcripción de la conversación entre Stalin y el general Anders en el despacho de Stalin en el Kremlin, 18 de mayo de 1942, sellada «secreto», RGASPI f. 558, op. 11, d. 357, l. 2-15, en particular: l. 11.

40 Beria a Stalin, reporte secreto, 1 de mayo de 1944, en Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005, 178. Según este informe, a fecha 1 de septiembre de 1942 solo permanecían en reclusión 341 «no amnistiados».

41 Protassewicz, I., 2019, 126.

42 Hanka Swiderska in Grudzinska-Gross, I. y Gross, J. T., 1981, 47.

43 Beria a Stalin, reporte secreto, 1 de mayo de 1944, en Pobol, N. L. y Polian, P. M., *op. cit* ., 178; Acerca del apoyo estadounidense: W. Averell Harriman a Stalin por mediación del embajador Laurence Steinhardt, «Aide Memoire», 10 de noviembre de 1941, RGASPI f. 558, op. 11, d. 377, l. 8-10 (en este punto, Harriman sugirió evacuar a los polacos solo de forma temporal, para entrenarlos y equiparlos y luego devolverlos al frente soviético).

44 Begin, M., 1957. Cifras procedentes de Edele, M. y Warlik, W., 2017, 115.

45 Protassewicz, I., *op. cit* ., 133-145, citas: 136, 140, 144, 145.

46 *Documents on Polish-Soviet Relations 1939-1945* , *op. cit* ., vol. 1, 473-44, 523-534. Cifras de finales de 1943: Beria a Stalin, reporte secreto, 1 de mayo de 1944, en Pobol, N. L. y Polian, P. M., *op. cit* ., 178.
47 *Pravda* , 3 de julio de 1941, 1.
48 Publicado al día siguente en la portada de *Pravda* , 8 de noviembre de 1941, 1.
49 Reporte del camarada Stalin en conmemoración del XXIV Aniversario de la gran Revolución socialista de octubre, 6 de noviembre de 1941, Moscú, publicado en *Pravda* , 7 de noviembre de 1941, 1, 2, cita: 2.
50 Edele, M., 2016, 342-379.
51 Bidermann, G. H., 2000, 58.
52 Hill, A., 2006, 289-294.
53 Achkasov, V. I. (ed.), 1980, 184.
54 Zhúkov, G. K, 2002, vol. 1, 181.
55 Sutskov, N. P. *et al* ., 1985, 149. La cifra de 1 millón es para todo el periodo 1941-1945.
56 Chuikov, V. I., 1981, 198.
57 Richard Sorge, reportes transmitidos por radio a Moscú, 12 y 15 de agosto de 1941: RA/VO 18-17, n.° 1, 191.
58 Apanasenko y Iakovlev al mando militar del Lejano Oriente, 15 de agosto de 1941, RA/VO 18-17, n.° 1, 235.
59 Drea, E. J. y Ven, H, van de, 2011, 41.
60 Richard Sorge, reportes de los días 23 de agosto, 14 de septiembre, 23 de septiembre, 3 y 4 de octubre de 1941: RA/VO 18-17, n.° 1: 192-194.
61 Achkasov, V. I. (ed.), *op. cit* ., 184 (tabla 7).
62 Acerca de la reacción de Churchill al pacto Hitler-Stalin, *vid* . Capítulo 3 . Acerca de Stalin y el Komintern, *vid* . Dallin, A. y Firsov, F. I. (eds.), 2000, 226-253.
63 Burds, J., 2007, 267-314, en particular págs. 292, 302.
64 Maclean, F., 2009, 263.
65 Hellbeck, J., 2012, 337-38, 330, 361, 359, 370.
66 Glantz, D. M y House, J. M., 2009b, 542.
67 *Ibid* ., 399, 462, 464, 465, 463.
68 El relato más conocido de la batalla es el de Beevor, A., 1998.
69 Leonhard, S., *op. cit* ., 294, 258.
70 Evgenii Antonovich Karpovich, *Memorias* , mecanografiado inédito, Bakhmeteff Archive, Columbia University, 107.
71 Transcripción de la entrevista con Anna Malginova, 4 de septiembre de 1979, William E. Wiener Oral History Library of the American Jewish Committee: *Oral Histories of Recent Soviet Emigres in America* , New York Public Library, Dorot Jewish Division, 38-40.
72 Djilas, M., 1990, 75-76.
73 Kravchenko, V., 1947, 412.
74 Goldman, W. Z., *op. cit* ., 56-61.
75 Harrison, M., *op. cit* ., 263.
76 Vyltsan, M. A., *op. cit* ., 29-30.
77 Kim, V., 2002, 61-71, en particular pág. 69.
78 Filtzer, D., 2015, 265-338, cita en pág. 266.
79 Vyltsan, M. A., *op. cit* ., 26.

80 Bidlack, R. y Lomagin, N., 2012, 1 (cifras), 36 (cita), 52-53 (Shostakóvich). Existen otros volúmenes excelentes del sitio: entre ellos Reid, A., 2011 y Yarov, S., 2017. Acerca del avance finlandés: Tuunainen, P., 2012, 139-188, en particular págs. 153-159.
81 Akhmatova, A., 1990, vol. II, 182-183.
82 Bidlack, R. y Lomagin, N., *op. cit* ., 68.
83 A. Akhmatova, «Valor», *Pravda* , 8 de marzo de 1942, 3.

CAPÍTULO 6

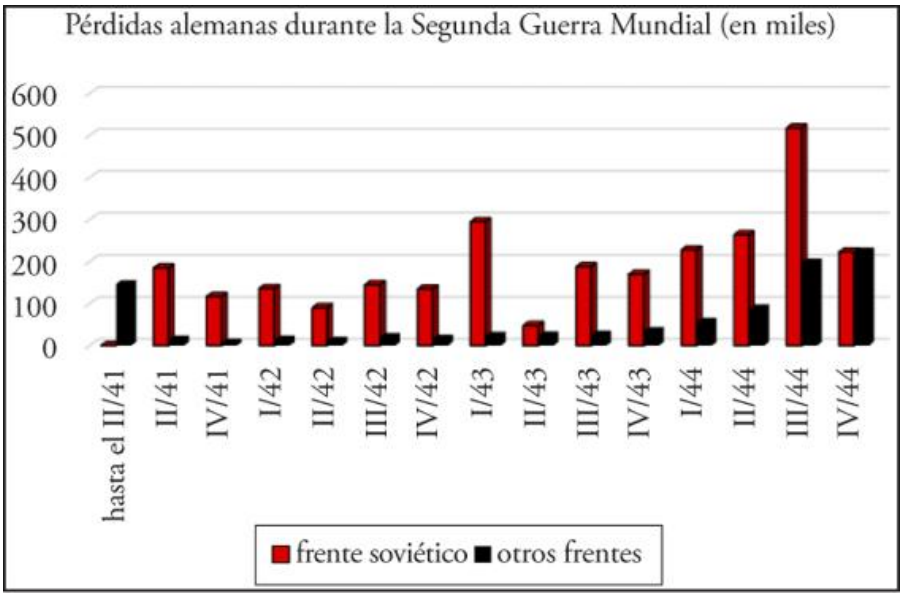
Triunfo, 1943-1945

LA CONTRIBUCIÓN SOVIÉTICA A LA VICTORIA

Entre el 19 de noviembre de 1942 y el 9 de mayo de 1945, la Unión Soviética venció en la guerra europea. Estas dos fechas constituyen hitos decisivos: en la primera, el Ejército Rojo inició su contragolpe en las estribaciones de Stalingrado (Operación Urano), el cual copó al Sexto Ejército alemán y culminó con la victoria soviética más asombrosa de toda la contienda; la segunda fecha fue el día de la rendición incondicional de la Alemania nazi, una vez que el Ejército Rojo hubo tomado las ruinas de Berlín. Entre esos dos momentos, la guerra estuvo jalonada por otras batallas, entre ellas la de Kursk (5 de julio-23 de agosto de 1943), la destrucción del Heeresgruppe Mitte (Operación Bagration, 22 de junio-19 de agosto de 1944), la ofensiva de Víborg-Petrozavodsk contra los finlandeses (10 de junio-9 de agosto de 1944), la cual, pese a no lograr sus objetivos, forzó a Finlandia a establecer la paz con los soviéticos en septiembre, o la batalla de Berlín (16 de abril-2 de mayo de 1945), que provocó el suicidio de Hitler. Estos, y muchos otros choques, no fueron sino episodios de una obra más extensa: el aplastamiento de la Alemania nazi a manos de un enemigo inmensamente superior. En esos años de intensos combates, el Ejército Rojo demostró un creciente dominio de la «batalla en profundidad»: la versión soviética de la guerra moderna de maniobra, basada en un sofisticado uso de operaciones de armas combinadas. Además, los soviéticos también continuaron superando en armas y efectivos al enemigo. [1]

Son cifras sobrecogedoras. El Ejército Rojo fue responsable de la muerte de tres cuartas partes de todos los soldados alemanes caídos y de todo el equipamiento militar germano capturado o destruido durante la Segunda Guerra Mundial. [2] El gráfico muestra la evolución temporal de estas pérdidas, que demuestran que el contingente que

combatió con más dureza en Europa fue el soviético y los aliados de Stalin lo sabían. «No podría haber nada peor –afirmó el presidente Franklin D. Roosevelt en una conversación privada en marzo de 1942– que un colapso ruso». A continuación, añadió algo que hubiera escandalizado a sus aliados democráticos; el presidente prefería «perder Nueva Zelanda, Australia o cualquier otra cosa». En abril volvió a hablar en términos inequívocos al primer ministro británico Churchill: «Hoy, los rusos están matando más alemanes y destruyendo más equipamiento que usted y yo juntos». [3] El propio Churchill fue aún más categórico. El 2 de agosto de 1944, se puso en pie en el Parlamento para declarar:



Fuente: Evan Mawdsley, 2016: *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945* , 2.ª ed. rev., London, Bloomsbury, 390.

> […] que los contingentes rusos habían cumplido la tarea principal de destripar al ejército germano. En el aire y en los océanos podíamos aguantar, pero no había fuerza en el mundo que hubiera podido ser creada, salvo muchos años más tarde, con la que batir y quebrar a los ejércitos alemanes, de no haber sido estos sometidos a la terrible matanza y mortandad que les infringió la fortaleza de los ejércitos de la Rusia soviética. [4]

Incluso el viejo caballo de batalla anticomunista se vio obligado a «saludar al mariscal Stalin, el gran adalid».

LOS SOVIÉTICOS Y SUS ALIADOS

El gran adalid no solo recibió saludos de los aliados: también obtuvo apoyo. A pesar de las constantes quejas del dictador de la falta de un «segundo frente» en Europa, los soviéticos nunca se enfrentaron solos a los alemanes. Polonia en 1939 y el Imperio británico en 1940-1941 habían tenido que afrontar esa soledad, en una época en la que Stalin proporcionaba suministros esenciales a Hitler. Pero no fue así para los sóviets, quienes siempre lucharon en coalición. China, desde 1937, protegió su flanco oriental al empantanar a los japoneses: a mediados de 1938, de las 34 divisiones niponas, 24 combatían en China y otras 8 guardaban Manchuria. La entrada en la contienda de Estados Unidos, en diciembre de 1941, agregó un frente marítimo que mantuvo ocupada a la armada y a la fuerza aérea japonesas. Aun así, las tropas terrestres que podrían haber invadido la Unión Soviética siguieron enfangadas en la guerra terrestre asiática. En 1942 había en China 16 divisiones niponas y más de un millón de hombres en el verano de 1945. De haber estado disponibles, estos efectivos podrían haber causado problemas de importancia. En conjunto, la lucha continental asiática y la contienda marítima del Pacífico habían salvado al Estado estalinista de la catástrofe potencial de una guerra en dos frentes. [5]

De izquierda a derecha: Stalin, Roosevelt y Churchill en Teherán, 1943. La extraña alianza entre la Unión Soviética, marxista y antiimperialista; Estados Unidos, capitalista; y el Imperio británico tuvo un papel crucial en la victoria sobre el Eje. Library of Congress.

Además, Europa tampoco era un frente tranquilo. La campaña aérea británica y estadounidense contra Alemania logró alterar la producción. «A partir de mayo de 1943 –escribió uno de los historiadores de la economía bélica germana más destacados–, los ataques nocturnos de la RAF contra el Ruhr, el corazón industrial de Alemania, empezaron a ejercer un serio impacto. El revés más importante de la producción de acero desde el inicio de la contienda detuvo en seco el rápido ascenso de la producción armamentística alemana». [6] Las industrias petrolífera y química también fueron castigadas, de modo que, hacia 1944, logró reducir de forma espectacular la capacidad germana de suministrar combustible a los aviones. [7] Esta contribución de la guerra aérea a la ralentización de la economía germana fue de particular relevancia debido a que llegó en el momento en que la producción soviética empezaba a tocar techo. La lucha en el aire también obligó a los alemanes a retirar cazas del frente soviético para defender las ciudades. Ya en 1942, esta transferencia de efectivos tuvo un impacto significativo en el número de aviones disponible contra los soviéticos y, a partir de junio de 1943, los efectivos aéreos desplegados en el este experimentaron un notable descenso. Por tanto, la ofensiva aérea contra Alemania ayudó de forma indirecta al Ejército Rojo a establecer superioridad en los cielos, una contribución esencial a la victoria. [8] Hubo más teatros de esta guerra global que influyeron en los combates en las profundidades de Eurasia. En 1941, los británicos amenazaron a Italia en el Mediterráneo, lo cual provocó el envío de unidades aéreas germanas del Heeresgruppe Mitte en apoyo de los italianos, lo cual alivió al Ejército Rojo en un momento crucial. [9] Asimismo, los desembarcos aliados en Italia en septiembre de 1943 y el enorme asalto anfibio del Día D en Normandía, en junio de 1944, redujeron la presión que sufría el frente soviético, pues ahora Alemania tenía que combatir tanto en el oeste como en el este. [10]

Carros del Ejército Rojo en las calles de Leipzig en julio de 1945. United States Holocaust Memorial Museum.

No obstante, ni la lucha aérea ni los asaltos anfibios de Italia y Francia forzaron la rendición de Alemania. No destruyeron su moral, ni provocaron un golpe o una revolución contra Hitler, tampoco pulverizaron la capacidad de resistencia germana. Al contrario que Japón, que se rindió después del lanzamiento de dos bombas atómicas, pero antes de que su territorio metropolitano fuera invadido, Alemania no abandonó la lucha hasta que efectivos terrestres tomaron Berlín en violentos combates. Esos efectivos eran soviéticos y la ofensiva aérea aliada destruyó aviones, pero no logró eliminar un porcentaje significativo de armamento terrestre. Fue el Ejército Rojo el que asumió esa tarea.

Los aliados occidentales eran perfectamente conscientes de este hecho desde mucho antes de la caída de Berlín. En enero de 1945 quedó claro que, si los soviéticos no rompían pronto el frente, la guerra se prolongaría hasta «bien entrado el verano y el otoño». Ante esta «desagradable perspectiva», los aliados reorientaron la campaña aérea para apoyar el avance del Ejército Rojo. Los embates contra Berlín, Leipzig y Dresde, escribió Churchill, «causarían gran confusión en la evacuación de civiles del este y dificultarían el movimiento de

los refuerzos [alemanes] desde otros frentes». El bombardeo incendiario de Dresde, el «más destacado» de los asaltos aéreos aliados en Europa, hecho célebre por la novela de Kurt Vonnegut *Matadero cinco* , (1969) nació a raíz de la frustración de los angloamericanos de no poder finalizar la guerra en tierra. Mas Dresde tampoco puso fin a la contienda. El Ejército Rojo tuvo que encargase de ello. [11]

PRÉSTAMO Y ARRIENDO

Así pues, las fuerzas de tierra de estadounidenses y británicos desempeñaron un papel secundario en la victoria en Europa. Cuando los aliados desembarcaron en Italia a primeros de septiembre de 1943 y en el norte de Francia en junio de 1944, el Ejército Rojo ya se había impuesto a la Wehrmacht. Sin embargo, la velocidad con la que los soviéticos pudieron progresar se debió a que, en ese momento, los alemanes combatían en múltiples frentes en Europa y a que la infantería de élite soviética disponía de más camiones con los que seguir a sus carros de combate. Estos vehículos eran, en su mayoría, estadounidenses, entregados por medio del plan de Préstamo y Arriendo; otra contribución esencial de los aliados occidentales al esfuerzo bélico soviético. [12]

Préstamo y Arriendo fue importante, aunque no esencial para la supervivencia soviética en 1941 o para sus éxitos posteriores. «Durante el paso de 1942 a 1943, el Ejército Rojo se impuso […] antes de que pudiera sentirse todo el peso de la asistencia occidental», escribe un historiador carente de simpatía alguna por el Estado estalinista. [13] «Los vehículos suministrados no significaron la diferencia entre derrota y victoria –escribe un segundo historiador–, pero, sin ellos, la victoria habría tardado mucho más en llegar». [14]

En un principio, el apoyo vino de Gran Bretaña. Esta enviaba caucho desde Malasia a Vladivostok y equipos militares por la arriesgada ruta que recorría las costas de Noruega y finalizaba en Arcángel y Múrmansk. Estas aguas, ya de por sí peligrosas, eran acechadas además por los U-Boote, los buques de superficie y los aviones alemanes apostados en las costas noruegas. En 1941, prácticamente todos los suministros (el 99,6 por ciento) llegaron por esta ruta, y un 84 por ciento en 1942. Estos abastecimientos fueron relevantes durante la crisis más grave de la guerra. A finales de diciembre de 1941, casi una cuarta parte de todos los carros medios y pesados en servicio con el Ejército Rojo había sido proporcionada por Gran Bretaña. Durante la batalla de Moscú, hasta un 40 por ciento de

todos los vehículos medios y pesados de combate que participaron en el contraataque era de procedencia británica. [15]

A partir de 1943, los envíos dejaron de partir de Gran Bretaña vía Noruega y empezaron a salir de Estados Unidos por la ruta del Pacífico. En total, más de un tercio (36 por ciento) de todo el tonelaje enviado a los soviéticos llegó vía Vladivostok, una ruta marítima posibilitada por la neutralidad soviética en la Guerra del Pacífico (resultado de la resistencia china desde 1937 y de las victorias soviéticas de 1938-1939). Casi una cuarta parte (21 por ciento) llegó por Irán, ocupado en agosto-septiembre de 1941 por Gran Bretaña (en el sur) y la Unión Soviética (en el norte). Un porcentaje algo menor (18 por ciento) procedía de la ruta noruega y el resto se distribuía entre los puertos marítimos del Báltico y del mar Negro, la derrota ártica por el este y diversas rutas aeroterrestres desde Asia, Europa y Alaska. [16] Los camiones tenían particular importancia, pues el 50-60 por ciento del inventario soviético procedía de occidente. Pero la comida –el *spam* , llamado «segundo frente» por los soldados soviéticos–, máquinas y herramientas también eran esenciales, así como equipos de comunicación que hicieron posible las operaciones de armas combinadas de las unidades de élite del ejército de Stalin. Estas entregas cubrieron significativas carencias de la producción soviética, lo cual permitió a las factorías concentrarse en la producción en masa de carros, cañones y aviones. [17]

Las humildes ovejas australianas y neozelandesas también hicieron su contribución a la victoria soviética: según una fuente, los ANZAC entregaron «unas 29 610 toneladas» de lana. La Asociación Médica Rusa y Comité de Socorro de Australia, de filiación comunista, se encargaba de recoger y enviar pieles de oveja para los capotes (*polushibki*) del Ejército Rojo. Estos materiales estaban incluidos en los 814 500 millones de rublos en concepto de «pieles sin curtir y cueros», así como 2384,1 millones de «materiales de hilar y productos acabados» y 559 000 millones de rublos en «pieles» que los soviéticos importaron entre la invasión alemana y finales de 1945. El Comité también remitió suministros médicos, que es probable que tuvieran más importancia táctica que la alfombra de piel de oveja, «autografiada con saludos» que la sección de Australia Occidental del Comité envió en 1944 al mariscal Timoshenko. No obstante, «lo que cuenta es el gesto», como escribió en diciembre de 1944 el honorable secretario de Organización del Comité, pues la alfombra expresaba «los buenos deseos de los ciudadanos del Estado de Australia occidental». En verdad, esta era una contienda global. [18]

EL FIN DE LA CONTIENDA EN ORIENTE

Con o sin el apoyo de las ovejas australianas, la contribución del Ejército Rojo a la victoria en Europa es innegable. Aunque su rol en Asia es más difícil de calibrar. Hubo intentos de crear Estados tapón que protegieran la frontera oriental. En Xinjang, en el noroeste de China, Stalin apoyó el alzamiento chino de uigures y kazajos de 1944-1945. En el verano de 1945, los rebeldes, apoyados por tropas y aviones de combate soviéticos, controlaban la mayor parte del norte de la provincia. [19]

En el Pacífico, entre tanto, los soviéticos se habían mantenido neutrales, en cumplimiento del pacto firmado con Japón en abril de 1941. Esto tuvo la extraña consecuencia de que los aviadores estadounidenses que se estrellaban en territorio soviético después de bombardear objetivos en Manchuria o Japón eran retenidos por sus aliados, los soviéticos, una vez rescatados. Con el fin de no provocar a los nipones, solo los dejaban salir en secreto, después de una intervención diplomática. [20] Stalin, fiel a su compromiso de evitar una contienda en dos frentes, resistió todos los intentos de hacerle entrar en guerra con Japón antes de haber liquidado a Hitler. En la Conferencia aliada de Teherán (noviembre de 1943) se comprometió a atacar Japón, pero solo después de vencer en la contienda contra Alemania. Poco más de un año después, en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, puntualizó que los soviéticos atacarían tres meses después de la capitulación germana. Y mantuvo la palabra dada a los aliados occidentales, aun cuando esto suponía romper el tratado con Japón, que seguía en vigor.

Las tropas soviéticas golpearon Manchuria el 9 de agosto de 1945. A esta ofensiva le siguieron desembarcos anfibios en Sajalín, las Kuriles y Corea. Hubo combates intensos, en particular en las islas Kuriles y en Sajalín. Ten San Din, cuyos intentos de presentarse voluntario habían sido rechazados una y otra vez debido a que el Ejército no quería coreanos, fue por fin movilizado en marzo de 1945 y destinado a Vladivostok, donde celebró la victoria soviética sobre Alemania. A continuación, marchó con su unidad de reconocimiento de infantes de marina al punto de partida, isla Russki, al sur de Vladivostok, donde esperaron acontecimientos. El 9 de agosto de 1945 se enteró del inicio de la guerra con Japón. «Me sentí desbordado por la emoción cuando escuché la noticia. Mis camaradas estaban confusos por mi reacción: oye, me dijeron, estamos cansados de guerra y queremos la paz, pero tú lo celebras […] pero yo estaba feliz, pues

por fin había llegado la hora de ajustar cuentas con el enemigo de mi patria [Corea]». Los infantes de marina fueron enviados a la península de Corea, que estaba siendo sometida a un intenso bombardeo artillero. El 11 de agosto desembarcaron de seis buques torpederos. Cada hombre iba equipado con un fusil automático, pistola, cuchillo, dos granadas de mano y 30 kilos de munición. «¡Cómo pesaba!», dijo al recordar todo lo que tenía que acarrear. El grupo de Ten San Din empezó a avanzar en dirección sur; la mitad de sus compañeros cayó por el camino. Ten San combatió 24 días hasta que, al fin, la guerra terminó. El 3 de septiembre, recibió la medalla «Por la victoria sobre Japón». [21]

Lo que Ten San Din no mencionó en su entrevista era que, detrás de los combatientes de primera línea venían las fuerzas de seguridad, que arrestaron a miles de émigrés rusos que habían cooperado con los japoneses. También fueron detenidos campesinos que, a principios de la década de 1930, habían huido al otro lado de la frontera para escapar de la colectivización, así como líderes políticos e intelectuales de la diáspora rusa. Acusados de traición y colaboracionismo, fueron enviados al gulag. [22]

En ese momento, los estadounidenses, habían logrado fabricar la bomba atómica. Habían dejado caer una sobre Hiroshima el 6 de agosto y una segunda sobre Nagasaki el mismo día que las tropas soviéticas iniciaron la marcha. Tal coincidencia fue motivo de controversia. Muy pocos historiadores niegan que la entrada soviética en la guerra tuviera un impacto sobre la decisión de rendirse de los japoneses. Pero no están de acuerdo en la importancia relativa del asalto soviético y de las bombas atómicas. Lo que podemos afirmar con certeza es que tanto la bomba como los soviéticos era lo que tenía en mente el emperador nipón durante los días finales de conflagración, aunque optó por subrayar a uno u otro en función de su audiencia. También está claro que la primera bomba, la del 6 de agosto sobre Hiroshima, no provocó la rendición, pero sí que «aturdió e inmovilizó» al Gobierno japonés. Acto seguido, el 8 de agosto, a las 23.00, hora de Tokio, los soviéticos les declararon la guerra y, en la madrugada del 9, el Ejército Rojo inició la ofensiva. Ese mismo día, la segunda bomba fue lanzada sobre Nagasaki. Solo entonces «se desatascaron los mecanismos de decisión de Japón». Mas todavía giraban con lentitud: «Dos bombas nucleares, cada una de las cuales había destruido una ciudad, y la declaración de guerra de la Unión Soviética, no fue suficiente para producir un consenso en torno a la rendición». El empate fue roto por la «decisión sagrada» del

emperador, el 10 de agosto, que no hizo referencia ni a la bomba, ni a los sóviets. En una segunda intervención, el día 14, también guardó silencio con respecto a esta cuestión, pues se limitó a afirmar que «la continuación de la guerra solo promete una destrucción renovada […] la muerte de decenas, quizá centenares de miles de personas. Toda la nación quedará reducida a cenizas». Su Edicto Imperial, comunicado ese mismo día al pueblo japonés, fue más explícito: «el enemigo ha comenzado a emplear una nueva y cruel bomba, cuyo poder para la destrucción es ciertamente incalculable, que ya se ha cobrado numerosas vidas inocentes». Sin embargo, no hacía mención alguna a los soviéticos; un segundo edicto de fecha 17 de agosto, dirigido al Ejército, no menciona la bomba, sino que declara: «La Unión Soviética ha entrado en guerra, por lo que, en vista de la situación presente, tanto aquí como en el extranjero, consideramos que la prolongación de la lid no servirá más que para aumentar el mal y podría acabar resultando en la pérdida de los mismos cimientos sobre los que se asienta el imperio». [23]

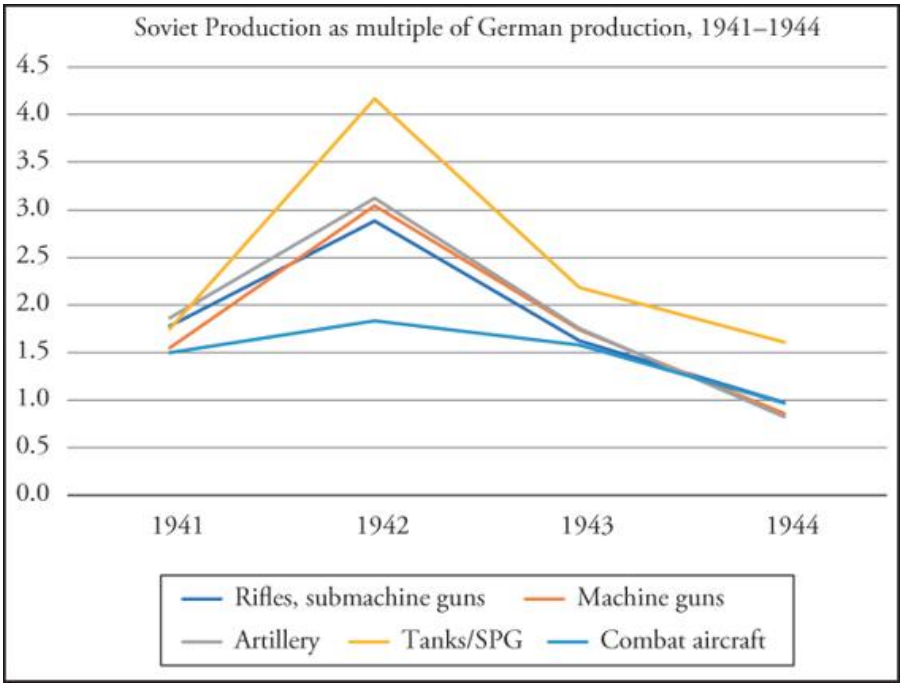
Por tanto, es imposible desentrañar la entrada en guerra soviética del impacto de la bomba atómica. Lo que sí es evidente es que los roles estaban cambiados con respecto al oeste. Si en Europa los soviéticos eran el protagonista principal y Estados Unidos y Gran Bretaña tenían un rol secundario, en el Pacífico y en Asia Estados Unidos y China eran las fuerzas principales. Para Stalin, no obstante, la victoria contra Japón era tan necesaria como el triunfo sobre Alemania. Por fin, después de todos esos años inquietantes, se había logrado neutralizar la amenaza de una guerra en dos frentes contra la cuna del socialismo. [24]

LA ECONOMÍA DE GUERRA

¿Cómo pudo el Estado estalinista ganar la guerra en Europa? La respuesta breve es económica: desde el inicio de la contienda, la Unión Soviética tenía más hombres, y muchas más máquinas, caballos y cañones (*vid* . gráfico pág. 88). Solo una rápida victoria en 1941 habría podido salvar a Alemania de la derrota. Una vez que la Operación Barbarroja fracasó en su objetivo de destruir al Ejército y al Estado soviéticos, los alemanes habían perdido la contienda. [25] Hasta 1944, la economía soviética superó con creces la producción germana para reemplazar pérdidas y equipar nuevas divisiones. Las cifras de la Tabla 1 muestran que, en 1942, los soviéticos producían dos veces más aviones de combate, tres veces más fusiles, subfusiles,

ametralladoras y piezas de artillería y cuatro veces más carros y cañones de asalto que los alemanes. Con el tiempo, la capacidad germana fue en aumento y las ratios descendieron, pero, incluso en 1944, la producción alemana de ametralladoras y artillería solo superaba ligeramente a la soviética, mientras que ambas cadenas de producción suministraron el mismo número de fusiles y aviones de combate. La excepción más notable fueron los carros, pues aquí los soviéticos mantuvieron la ventaja (*vid* . gráfico pág. 140).

La economía centralizada y dirigida que había construido el equipo de Stalin en los años treinta del siglo XX no era muy eficiente, pero sin duda era efectiva. No funcionó como habían ideado los entusiastas de la economía planificada (*vid* . Capítulo 5), pero produjo no solo en mayores cantidades, sino también un equipamiento mucho más estandarizado que la Europa bajo ocupación nazi. Los alemanes y sus aliados invadieron la URSS con una variopinta fuerza que incluía carros alemanes, franceses y checos. Las máquinas alemanas tenían una inverosímil variedad de modelos. Si uno se averiaba no era fácil repararlo canibalizando otro Panzer fuera de combate. Suministrar piezas de repuesto a este complejo parque automovilístico en las profundidades de Eurasia planteaba terribles problemas. Por el contrario, el Ejército Rojo estaba dotado de grandes cantidades de un número limitado de modelos, lo cual hacía mucho más fácil el reemplazo y mantenimiento.



Fuente: Evan Mawdsley, 2016: *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945* , 2.ª ed. rev., London, Bloomsbury, 43.

La superioridad económica soviética quedó demostrada de forma palpable durante 1941. En la segunda mitad del año, la producción se desplomó, pues buena parte de la industria bélica soviética estaba destruida, en manos alemanas o viajaba desmantelada en trenes rumbo al este. En noviembre, el enemigo había ocupado territorios que albergaban dos quintas partes de la población de preguerra y generaba un tercio de la producción industrial, que incluía al menos la mitad de armamentos. Aun así, ese año, los soviéticos produjeron entre 1,5 y 2 veces más equipamiento, si bien la mayoría antes del ataque germano (*vid. supra* gráfico). Al año siguiente, una vez recuperó la capacidad productiva, la industria bélica de la Unión Soviética remontó el vuelo (*vid* . Tabla 1). [26]

Tabla 1: Producción bélica alemana y soviética, 1941-1944 (en miles)

	Alemania 1941	URSS 1941	Alemania 1942	URSS 1942	Alemania 1943	URSS 1943	Alemania 1944	URSS 1944
Fusiles, subfusiles*	1359	2421	1602	4619	2509	4081	3085	3006
Ametralladoras	96	149	117	356	263	458	509	439
Artillería	22	41	41	128	74	130	148	122
Carros/cañones de asalto	4	7	6	25	11	24	18	29
Aviones de combate	8	12	12	22	19	30	34	33

*1941 solo fusiles

Fuente: Evan Mawdsley, 2016: *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945* , 2.ª ed. rev., London, Bloomsbury, 43.

Por ello, podemos ver que la evacuación de personas y máquinas, que tanto habían contribuido al caos de 1941, fue la medida que ganó la guerra, a pesar de todas las pérdidas, el despilfarro y la resistencia que encontraron los equipos de desmantelamiento. Las 2593 empresas que en diciembre de 1941 habían sido despachadas al este supusieron, a la postre, «un traslado permanente al Este del centro de gravedad de la industria soviética de defensa». En el primer año de la contienda, el porcentaje de las regiones orientales en la producción bélica pasó del 19 al 76 por ciento. Hacia marzo de 1942 producían tanto equipo militar como el conjunto de la economía soviética antes del ataque alemán. Pero hubo otras industrias que también se trasladaron al este. Hacia 1942, todo tipo de productos, desde acero a tractores o electricidad eran producidos en el oriente del imperio. Esta reordenación geográfica fue «un logro indispensable, sin el cual el Ejército Rojo no habría tenido nada con que luchar en 1942». [27]

Una vez reensamblados suficientes equipamientos evacuados, movilizada nueva capacidad productiva, debido a la conversión de industrias civiles en factorías de armamento, y construidas nuevas empresas, la producción industrial soviética superó múltiples veces a la de Alemania hasta estabilizarse en 1943. Con la población cada vez más exhausta a causa de la malnutrición, las graves pérdidas y las duras condiciones de vida y trabajo la economía soviética tocó techo. En 1944 la producción empezó a declinar justo en el momento en que Alemania y la Europa bajo su control había por fin emprendido la movilización bélica total.

Si los soviéticos pudieron producir tanto se debió al tamaño del país y de su población, así como a la abundancia de recursos y al sistema industrial instaurado en la década de 1930. Pero lo que

consiguió lograrlo fue el sistema dictatorial asociado a la economía dirigida: el liderazgo soviético podía conseguir niveles de movilización de trabajo y de supresión de consumo civil inconcebibles en ningún otro lugar. Podía obligar a la gente a trabajar a pesar de los tremendos sufrimientos y el hambre generalizada. La escasez de alimentos obligaba a las personas a participar en el esfuerzo bélico: si entre el 68 y el 79 por ciento de las calorías necesarias para mantenerse con vida procedía de las reservas bajo administración central, y si las cartillas de racionamiento necesarias para acceder a esos bienes esenciales estaban vinculadas al empleo, en verdad era irrelevante si uno estaba de acuerdo o no con el régimen, la ideología, o los objetivos bélicos. O participabas del esfuerzo de guerra como soldado u obrero o morías de hambre. [28]

LA CRISIS ALIMENTARIA

De hecho, en 1944, en el momento en que la economía de guerra soviética empezó a declinar, «los trabajadores varones de defensa, los civiles mejor alimentados del país, estaban empezando a morir de inanición». [29] ¿Cómo pudo ocurrir esto? Primero, el sistema de granjas colectivas era terriblemente improductivo. A consecuencia de la colectivización de inicios de la década de 1930 los niveles de consumo habían sufrido un descenso masivo. Mientras duró la dictadura de Stalin, el pueblo soviético no volvió a comer tan bien como en 1928. Los rusos que crecieron durante dicha década eran de estatura más baja que sus homólogos nacidos antes de la Primera Guerra Mundial. Los niños nacidos bajo Stalin pesaban menos que los neonatos en el reinado del último zar. En general, las personas consumían menos calorías e ingerían menos grasas y proteínas de origen animal que antes, o que consumieron a partir de finales de la década de 1950. [30] El sistema agrario del estalinismo era un fracaso incluso con arreglo a las estimaciones. En 1928, Stalin declaró que, en caso de guerra, el país necesitaba almacenar grano para medio año, por lo que establecer dicha reserva era uno de los objetivos de la colectivización. Sin embargo, en el verano de 1941, a pesar de que toda la agricultura había sido colectivizada, tan solo disponía de un mes de suministros. [31]

Las decisiones políticas personales del camarada Stalin empeoraron aún más la situación. Primero, los alimentos exportados a Alemania durante el pacto con Hitler de 1939-1941 aumentaron la escasez que había creado el sistema económico. Los pésimos preparativos bélicos del dictador permitieron a los alemanes ocupar las regiones más

fértiles del país a pesar de la superioridad material del Ejército Rojo. Los territorios perdidos producían la mitad del grano, el 86 por ciento de la remolacha azucarera, el 70 por ciento de las patatas y el 60 por ciento de todos los huevos; en ellos se criaba el 68 por ciento de los cerdos soviéticos y la mitad de las vacas. [32] La decisión de Stalin de emplear tácticas de tierra quemada para ralentizar el avance enemigo prolongó la crisis alimentaria después incluso de la liberación de los territorios soviéticos. Debe tenerse en cuenta también el transcurrir de la contienda, que destruía de forma sistemática alimentos y capacidad productiva, pues los alemanes primero saqueaban y luego quemaban todo lo que podían cuando se vieron obligados a retirarse. La decisión de movilizar caballos y tractores para el Ejército Rojo también provocó un descenso de la productividad, de igual modo que la desaparición de los hombres sanos camino del frente. Las granjas colectivas –improductivas e impopulares ya antes de la guerra– devinieron en lugares de inmenso sufrimiento, trabajos forzados y malnutrición.

EL GULAG EN GUERRA

El gulag era el caso extremo de la suma de supresión del consumo y trabajos forzados. «Las porciones alimentarias de los prisioneros dependían de lo que trabajasen cada día. Los que no cumplían el 100 por cien de la cuota que se les ordenaba, recibían, para un periodo de veinticuatro horas, un total de 300 gramos […] de pan y un bol de sopa aguada». Así es como resumía un antiguo guarda de prisiones la conexión entre hambre y producción bélica en los campos: «Por tanto, para no morir de hambre, todo el mundo trataba de cumplir el plan». [33]

Las autoridades consideraban el extenso sistema de campos un elemento sistémico de la economía bélica estalinista. En el verano de 1941, un grupo de jóvenes guardias de campo trataron de alistarse voluntarios al Ejército, pero el oficial de reclutamiento les recordó que «el campo del gulag era un elemento integral de la industria de guerra, y con tono sombrío los sermoneó por querer dejar sus puestos en un momento tan crucial y peligroso. Les dijo que volvieran al trabajo de inmediato». Y, en verdad, la contribución de Fiódor Vasilievich Mochulski y los prisioneros del gulag que vigilaban la defensa de la capital soviética fue probablemente primordial, pues construyeron una línea de ferrocarril desde Vorkutá, una aldea del gulag al norte del círculo polar ártico, hasta cerca del puerto de

Múrmansk. Esta vía suministró carbón de las minas de los campos de concentración con los que repostar a los buques británicos que traían suministros de guerra, como los carros británicos, que desempeñaron un papel esencial en la fuerza ofensiva soviética durante la batalla de Moscú. [34] De forma más general, el gulag produjo cantidades masivas de carbón, madera, petróleo y otras materias primas, pero también un alto número de uniformes militares, proyectiles de artillería o máscaras de gas. Los internos construyeron carreteras, líneas de ferrocarril, aeródromos y factorías, entre ellas la Factoría 153 de Aviación «Chkalov», de la cual salió el 12 por ciento de todos los aviones de caza que los soviéticos fabricaron durante la contienda. En Novosibirsk, por citar un ejemplo extremo, hasta el 20 por ciento de la fuerza laboral de las empresas de defensa se componía de trabajadores forzosos. [35] Sin embargo, en lo concerniente a Mochulski y sus prisioneros, es improbable que los sufrimientos contribuyeran de forma directa a la defensa de Moscú. Los primeros envíos por la línea principal del Pechora septentrional que construyeron empezaron a finales de 1941. En el momento en que la línea estuvo acabada, en septiembre de 1943, las entregas de Préstamo y Arriendo ya habían pasado al Pacífico. [36]

En los demás territorios, no obstante, tampoco cabe sobreestimar el rol del gulag. El sistema de campos y colonias de trabajo contaba con casi 2,3 millones de personas. A pesar de la represión en masa del inicio de la guerra, esta cifra se desplomó hasta 1,2 millones en enero de 1944. No todas esas personas trabajaban y el conjunto de la economía empleaba a 27,3 millones de personas en 1941, cifra que se recuperó al final de la contienda después de haber descendido a 18,4 en 1942. Fue esta fuerza laboral, compuesta en gran parte por mujeres y jóvenes, la que fabricó la mayor parte de carros y cañones, aviones y proyectiles que lograron la victoria soviética. El porcentaje de trabajo forzoso del conjunto de fuerza laboral se mantuvo constante en un 2 por ciento durante todo 1941, antes y después de la contienda, y en 1941-1943 los campos de concentración produjeron menos del 2 por ciento del PIB soviético. Los evacuados y sus factorías tuvieron un impacto mucho mayor sobre la economía bélica. Al contrario que la Alemania nazi, «la Unión Soviética no se apoyó más en su sistema de campos en tiempos de guerra que en época de paz». [37]

En los tres primeros años de guerra, 2,9 millones de personas dejaron campos y colonias y llegaron 1,8 millones de nuevos reclusos, lo cual cambió la composición del gulag. Además de las liberaciones regulares de prisioneros no políticos, se tomó una decisión crucial: la

transferencia de internos a las fuerzas armadas «para saldar su culpabilidad con sangre», como dice la máxima. En total, casi un millón de hombres salió de los campos para ir al frente. También fueron liberados centenares de miles de otros grupos, tales como mujeres embarazadas, madres de niños pequeños, discapacitados y condenados por «crímenes sin importancia». Entre los recién llegados, por su parte, se incluían muchas mujeres arrestadas por robo o deserción del frente del trabajo, con lo que la población del gulag se feminizó. Hacia el 1 de enero de 1945, el 24 por ciento de las internas en los campos y el 38 de las reclusas de las colonias eran mujeres. La represión contra las «naciones enemigas» no rusas también contribuyó a la nueva población. A principios de 1945 casi un tercio de los internos de las colonias de trabajo eran alemanes, finlandeses, coreanos, húngaros y tártaros de Crimea. [38]

Los recién llegados se incorporaban a un entorno de alta letalidad. Entre julio y septiembre de 1941, la tasa de mortalidad de campos y colonias se triplicó con creces debido a que no era posible alojar, vestir o alimentar a todos los nuevos reclusos. [39] En 1942 la mortandad rozó la cuarta parte. «Si puede afirmarse que el gulag era una especie de sistema de campos de exterminio –escribe un historiador–, el gulag de la época de la guerra […] es sin duda lo que más se le parece». [40] Otro especialista resume la situación: «los prisioneros tenían que trabajar más duro por menos comida –y– recibían castigos más severos por no cumplir los objetivos de producción». El resultado fue «inanición en masa». [41] Los campos se convirtieron en repositorios de seres humanos enfermos y moribundos. Los hombres sanos eran liberados para ir a combatir y las nuevas incorporaciones venían agotadas por el viaje desde las prisiones, lo cual hizo que el porcentaje de internos trabajadores se desplomase desde un 80 por ciento en el verano de 1941 al 65 por ciento al inicio de 1943. Casi una cuarta parte fue considerada demasiado enferma para trabajar (23 por ciento). [42] Muchos nunca se recuperaron. Si en 1939 la administración del gulag registró 47 000 fallecimientos de internos, en 1941 este número se disparó hasta 101 000 y alcanzó su cifra máxima en 1942, con 249 000. A partir de entonces, el número de cadáveres empezó a disminuir, aunque no volvió a niveles anteriores a 1941 hasta el año 1945. [43] Dada la omnipresencia de enfermedad y muerte, el trabajo del gulag era «increíblemente ineficiente –y, como mucho–, de utilidad marginal». [44]

COERCIÓN LABORAL

Lo cierto es que las entregas masivas de internos a las fuerzas armadas o a la industria de defensa demuestran que el gulag no era esencial para el correcto funcionamiento de la economía bélica estalinista. Lo que sí que era necesario era la coerción en el trabajo. El modelo laboral del gulag se extendió a otros sectores del régimen de movilización. Ya lo hemos visto en el ejército de trabajo, el cual se superponía de forma importante con el sistema de campos: el 55 por ciento de todos los trabajadores movilizados por este «sirvieron» en campos del gulag o lugares de construcción asociados; el resto fue asignado a trabajar bajo la supervisión de otros comisariados (nombre que recibían los ministerios hasta 1946). [45] Es más, los obreros vivían bajo un estricto régimen en todas partes. Desde el 26 de junio de 1940, llegar tarde al trabajo, ausentarse o cambiar de empleo sin permiso podía ser castigado con un máximo de cuatro meses en prisión. Entre julio de 1940 y finales de 1945 fueron condenadas 7,3 millones de personas a reducciones de sueldo y 1,4 millones a penas de cárcel. Eran sentencias relativamente benignas con arreglo a los estándares estalinistas, aunque rebajar la paga de un trabajador en una cuarta parte podía dejar a sus familias «al borde de la supervivencia». En diciembre de 1941, las regulaciones se endurecieron en la industria de guerra, cuyos trabajadores podían recibir sentencias de entre cinco y ocho años. El término «industria de guerra» se definía de forma muy amplia, pues no solo incluía factorías de armamento, sino también empresas de transporte, carbón, químicas, gasolina e incluso textiles. Hacia finales de 1945, casi 900 000 trabajadores cometieron infracciones contra esta normativa. Les siguieron más, ya que esta legislación permaneció en vigor hasta 1948. [46]

Estas leyes draconianas no solo explican algunos de los cambios de la población del gulag. También tuvieron consecuencias terribles para los individuos. Iakob Glasse, de Rostov del Don, anotó en su diario los días 6 y 7 de junio de 1941, pocos días antes del ataque germano:

> La limpiadora de mi centro de trabajo, una mujer de 60 años, llegó 10 minutos tarde al trabajo a causa de los caminos inundados. En la entrada, miembros de la Liga de Juventudes Comunistas controlan la hora de llegada de los empleados. Ya la habían pillado una vez que llegó cinco minutos tarde. Por tanto, con arreglo a la ley, fue procesada por llegar tarde al trabajo de forma reiterada. [47]

A la vista de tales leyes y de la coerción que esta suponía, calificar a la Unión Soviética de «un campo único de trabajos forzados» solo es una leve hipérbole. [48] Sin embargo, la metáfora del gulag que abarca todo el país ignora las muchas formas en que los trabajadores de fuera de los campos podían escapar a la coerción. Los cambios de trabajo y bajas no autorizadas siguieron siendo un fenómeno de masas y muchos «desertores del frente de trabajo» evitaron el procesamiento. Dada la persistente falta de trabajadores, los escapados siempre podían encontrar a un director de compañía que miraba hacia otro lado y los contrataba a pesar de sus poco claros papeles laborales. [49] En última instancia, el patriotismo, el odio al enemigo, el racionamiento y el hambre eran, como veremos con más detalle en el Capítulo 7 , unos elementos motivadores mucho mejores para la participación en la economía bélica que la ley.

Sin embargo, la imagen del campo de concentración que abarca a toda la nación es válida en un aspecto: una población hambrienta, aterida, sufriente y reprimida que trabajó jornadas extenuantes bajo condiciones a menudo horribles y produjo los armamentos necesarios para aplastar a la Wehrmacht. «Recibía en la cara tanto aire caliente y gases que se me quemaron las cejas […] como puede usted ver», recordó un operario de altos hornos que producía en los Urales ferrocromo para los carros de combate.

> Aún peor: a veces nos desmayábamos, principalmente hacia el final del día (o de la noche). Una vez vi cómo después de cargar y cerrar los hornos para iniciar el proceso de fundición, la pesada tapa cedió a la presión del gas y del calor interior y el reluciente metal fundido y el carbón salieron como una erupción volcánica. Hubo bastantes bajas. Otro problema fue que de frente te llegaba un calor enorme, que te soplaba en la cara […] mientras que tenías la espalda expuesta a unos 45-50 grados bajo cero de frío siberiano. No resulta sorprendente que una neumonía letal –si es que era eso– azotase nuestros barracones y se llevara a la gente de forma repentina y rápida durante la noche. [50]

En el transcurso de la guerra, las enfermedades castigaron sin cesar a la Unión Soviética. La población, debilitada y ambulante, propagaba las afecciones a lo largo y ancho del país. La respuesta de las autoridades de salud pública, rudimentaria pero efectiva, logró evitar lo peor, pero no pudo contener una epidemia de tifus que arrancó en

1942 con 368 000 casos y alcanzó el pico máximo dos años más tarde, con 614 000 casos registrados. Anteriormente, la disentería había llegado a la cota máxima, con 485 000 casos en 1941 y 390 000 en 1942, aunque a partir de entonces fue disminuyendo. [51]

El sufrimiento, las privaciones y la desesperación también se hicieron extensivos a las fuerzas armadas. A pesar de estar en la cúspide de la cadena de abastecimiento de los soviéticos corrientes, los soldados del Ejército Rojo pasaban hambre a menudo y carecían de jabón, uniformes o tabaco. El suministro de vodka era más habitual, a razón de 100 gramos (más tarde 200) para los soldados de primera línea y en cantidades más pequeñas para otros. Además, la guerra les proporcionó sobradas oportunidades para encontrar más, una vez los soldados de Stalin franquearon las fronteras soviéticas. Fue este ejército de combatientes harapientos, bebidos y desesperados el que se abrió paso en Europa en 1944-1945; sin embargo, también estaba muy bien armado. Ambos extremos de la ecuación –la pobreza de las clases de tropa y la abundancia de equipamiento militar– eran el resultado del Estado bélico totalitario edificado en los años treinta del siglo XX por el equipo de Stalin. [52]

APRENDER A COMBATIR

Con el paso del tiempo, el Ejército Rojo aprendió a gestionar los recursos de modo más eficiente. Los avances eran lentos y dolorosos, no cabe duda, pero había un progreso. Primero, Stalin dejó de microgestionar el esfuerzo bélico y empezó a confiar en sus profesionales. A consecuencia del Gran Terror, al inicio de la guerra las fuerzas soviéticas estaban dirigidas por incompetentes militares versados en política. De forma lenta pero segura, estos fueron reemplazados por profesionales como Gueorgui Zhúkov o Vasili Chuikov. Eran hombres duros que empleaban la coerción sin tapujos y no titubeaban a la hora de sacrificar a los subordinados. Mas también sabían que un soldado muerto no podía combatir. «Exijo –escribió Zhúkov en marzo de 1942, cuando estuvo al mando del Frente Oeste–, que toda pérdida de vida no normal sea investigada a fondo en un plazo de 24 horas». Decretó que la «actitud temeraria» de los comandantes «con respecto a la conservación de recursos humanos», debía finalizar. Los ataques debían planearse de forma adecuada y no se podía lanzar a la infantería contra ametralladoras atrincheradas. Era necesario dejar fuera de combate los reductos enemigos antes de que los soldados de a pie trataran de tomarlos. [53] Incluso Stalin acabó

por aceptar tal idea. En mayo de 1942 advirtió a los mandos político-militares del Frente Sudoeste que el país no tenía «nuevas divisiones dispuestas para la batalla». Enviar al combate efectivos sin entrenar equivalía a entregar la victoria al enemigo. «¿No es hora de que aprendan a combatir de forma que pierdan poca sangre, como los alemanes?». [54] También suspendió la práctica de ejecutar a los generales que habían fracasado en combate, como hacía en 1941. En lugar de ello, los reemplazaba por militares más competentes.

En los puestos inferiores de la jerarquía castrense surgió una nueva generación de comandantes que fue ascendiendo mientras aprendía el oficio. Estos nuevos oficiales ganaron más autoridad y mayor capacidad de tomar decisiones una vez que el Partido Comunista renunció a interferir en el mando y empezó a apoyar el mando profesional. Durante la catástrofe de 1941, Stalin había reintroducido el mando dual, explícitamente basado en el precedente de la Guerra Civil: cada jefe militar sería vigilado por un oficial político (llamado «comisario militar») en divisiones y formaciones superiores; y por el «jefe político» (o *politruk*) en compañías, baterías o escuadrones. Estos oficiales, lejos de limitar su trabajo a la propaganda, debían «asumir la responsabilidad de la labor militar en el frente» y ejercer de «padres» de la unidad. Apoyaban al comandante y al mismo tiempo reportaban acerca de él a las autoridades superiores. Toda orden debía ser ratificada por el comisario o *politruk* . [55] Dado que los mandos políticos solían ser civiles movilizados por el partido para servir en el Ejército, este sistema no solo menoscababa la autoridad de los mandos, sino que también interfería de forma activa en numerosas decisiones críticas. «Le explicaré un caso –comentó un antiguo jefe divisionario, militar de carrera y veterano de la batalla de Stalingrado, entrevistado durante la posguerra–:

> Recibí orden del mando del ejército de iniciar un ataque contra los alemanes a las seis de la mañana. Esta llegó la víspera del momento en que debía iniciarse el asalto, con lo que trabajé toda la noche en el plan de ataque […] nos quedaba muy poco tiempo, pero el comisario no estaba allí [para confirmar la orden]. Decidí darle curso y remitirla a la unidad. El comisario se enteró, tomó de inmediato un vehículo y se presentó a los puestos de mando del regimiento […] «¿Va usted a ejecutar esta orden?». El comandante respondió: «¿Qué otra cosa voy a hacer, si viene del jefe de división?». «¿Ve usted mi firma?». El comandante del regimiento me llama y me informa de lo

> ocurrido. Le digo: «Cumpla la orden». El comisario se pone al teléfono y le digo: «Solo quedan dos horas, por tanto, le pido que no suspenda la orden, luego se la explicaré y usted la firmará, pero mientras tanto permita a la unidad comenzar el ataque». El comisario empezó a levantar la voz y a gritar por el auricular: «¿Y para qué cree que estoy aquí? ¿Cree que solo soy un idiota?». [56]

Stalin comprendió por fin el daño que este sistema podía infligir a la capacidad combativa del Ejército. Además, la falta de comandantes también hacía que los comisarios más competentes sirvieran como militares, no como políticos. El 9 de octubre de 1942 se reinstauró el mando único y se degradó la autoridad de los oficiales políticos. Estos, renombrados «comandantes adjuntos para asuntos políticos» estaban ahora subordinados al comandante y sus tareas tenían una orientación más clara hacia la educación política y el adoctrinamiento ideológico de la tropa. Los mejor preparados pasaron a ser oficiales y asumieron el puesto de sus camaradas caídos. [57]

Los demás contribuían a mantener la moral, explicar la cambiante línea política y a menudo asegurar el suministro de comida, armas, vodka o tabaco a los efectivos del frente. Pronto fue evidente que la moral de la tropa estaba determinada por la provisión de estos elementos prosaicos de la vida cotidiana, más que por los discursos ideológicos motivadores. «Cuando llegué a la unidad lo primero que quise conocer fue de la vida diaria de los soldados, si se les daba de comer –recordó el teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin, comandante adjunto de Asuntos Políticos de la 308.ª División de Fusileros, entrevistado recién finalizada la batalla de Stalingrado–. La primera cosa que hacía era preguntar al soldado si recibía comida suficiente, si le daban su vodka y luego pasaba a hablar de política». Cuando había comida y tabaco en abundancia, los soldados combatían bien: cuando escaseaba, había casos de deserción. [58]

El cambio de rol del Partido Comunista –de líder del pueblo soviético a apoyo de los militares– también se reflejó en la militancia. Entre 1941 y 1945, la gran mayoría de los nuevos miembros del partido vino del Ejército. En los dos primeros años de la «Gran Guerra Patriótica», 2,4 millones de personas pasaron a ser candidatos a militantes, de los cuales casi todos –un 83 por ciento– ingresaron mientras estaban en filas. Así, a pesar de que había muerto o desaparecido en acción casi un millón de comunistas, en el verano de 1943, esos «jóvenes comunistas» componían dos terceras partes de los

incondicionales del partido. [59] Las nuevas normativas facilitaron el proceso, pues se acortó el tiempo de espera para ser miembro pleno, además de reducirse la cifra de recomendaciones necesarias para unirse a los elegidos. El 19 de agosto de 1941, un decreto del Comité Central permitió el ingreso de soldados con una hoja de servicios particularmente buena, que contasen con tres recomendaciones de miembros que conocieran al nuevo candidato desde hacía menos de un año y que llevasen en el partido un mínimo de doce meses. Este procedimiento contrastaba con la norma anterior, que determinaba que solo miembros con tres años de militancia podían recomendar a un nuevo candidato al que conocieran desde al menos un año. Además, el 9 de diciembre, el tiempo necesario para demostrar la valía como «miembro candidato» fue reducido a tres meses. [60] Esto dio lugar a una expansión en masa de la militancia. En septiembre de 1943, el partido contaba con 4,6 millones de candidatos y militantes, más de un millón con respecto al récord precedente de 1933 (3,5 millones). «Nunca antes –señaló un informe interno–, el Partido había contado con una cifra tan alta de comunistas». [61]

El ingreso en el partido de combatientes de primera línea también formaba parte de lo que se ha descrito como «estrategia de héroes»: el uso de gestas individuales para inspirar a los demás. [62] Entre finales de 1942 y enero de 1948 se concedieron 10,3 millones de condecoraciones militares al valor. Una cifra similar de medallas conmemorativas de las principales victorias pendía de los torsos de los veteranos. [63] Cerca de la mitad de los soldados condecorados no eran miembros del partido o del Komsomol y un 49 por ciento eran del arma de infantería. [64] La militancia en el partido era más exclusiva, puesto que se convirtió en el premio a una hoja de servicios sobresaliente. El Partido Comunista se convirtió en una orden de exterminadores de alemanes y la preparación ideológica pasó a segundo plano.

Así pues, el profesionalismo del Ejército aumentó, si bien la distribución era desigual. El grueso del Ejército Rojo siguió estando formado por reclutas campesinos armados con fusiles y apoyados por transporte hipomóvil. Hacia el 1 de mayo de 1942, las fuerzas armadas de Stalin disponían de un total de 9000 carros, 364 000 camiones y casi 40 000 tractores. Sin embargo, la movilidad de la mayoría de los 10,9 millones de hombres y mujeres uniformados la garantizaba 1,3 millones de caballos. [65] Al contrario que los ejércitos estadounidense o británico, pero de igual modo que la Wehrmacht germana, el Ejército Rojo siguió siendo hipomóvil hasta el fin de la

contienda. El crecimiento del parque automovilístico fue equilibrado por la incorporación de humanos a filas, con lo que la ratio de personas por máquina se mantuvo constante. En 1944, durante la Operación Bagration, uno de los grandes ejemplos de una exitosa operación de «batalla en profundidad», el 43.er Ejército, como observó con enfado el estudio del Estado Mayor General, «se vio obligado a mover la artillería divisionaria con caballos». Este organizó un «batallón de 1000 carretas» con el fin de mantener su movilidad. Cuando los contingentes soviéticos se lanzaron contra Europa, la infantería tuvo que requisar carros a los campesinos para poder seguir las vanguardias motorizadas. Incluso en la última campaña, cuando los soviéticos se disponían a unirse a la guerra contra Japón, transportaron por el Transiberiano 2000 vehículos de combate y 17 000 a motor de otro tipo, pero también 36 000 caballos. [66]

Los camiones, carros de combate y subfusiles de los que disponía el Ejército Rojo estaban concentrados en las unidades mecanizadas de élite, reclutadas en las ciudades, no en el campo. Era de estas formaciones de élite de las que procedía la inmensa mayoría de los nuevos militantes del Partido Comunista. [67] Este apoyaba al 20 por ciento de unidades móviles que constituían la «rauda espada» del Ejército soviético, no el 80 por ciento de soldados de a pie que conformaban su «imponente maza». [68] De aquí que el ingreso en el partido durante la contienda se concentrase en soldados con cualificación de trabajadores no manuales. El porcentaje de estos creció del 34 por ciento en julio de 1941 al 45 por ciento dos años más tarde. Mientras tanto, los obreros descendieron del 44 al 37 por ciento y los campesinos del 22 al 18 por ciento. [69]

Con todo, fueron las unidades de élite las que se encargaron de ejecutar el concepto de guerra móvil de armas combinadas, desarrollada por los planificadores de preguerra con el nombre de «batalla en profundidad» y que Zhúkov había tratado de implementar en Jaljin Gol en 1939. Sin embargo, las tácticas de buena parte de la infantería de Stalin seguían siendo relativamente rudimentarias, si bien el mando aprendió a emplear la fuerza de combate de forma más efectiva y a apoyar a los infantes con enormes preparaciones artilleras (tal y como Zhúkov había exigido). El Ejército Rojo nunca llegó a aprender a luchar «como los alemanes», tal y como Stalin había reclamado en 1942, pero llegó a minimizar mucho sus pérdidas. Así, las cifras de muertos de ambos bandos empezaron a igualarse. En 1941 hacían falta 10 soldados soviéticos muertos o heridos para matar a un alemán. En 1942, esta ratio descendió a 6:1 y siguió

disminuyendo durante el año siguiente, hasta 3:1. Hacia 1944, la tasa comparativa estaba casi igualada. [70]

_____

NOTAS

1 Un excelente resumen de la historia operacional de esos años es la obra de Mawdsley, E., 2016, capítulos 9-13.
2 Krivosheev, G. F. y Filimoshin, M. F., 2001, 19-39, en particular pág. 21.
3 Reynolds, D. y Pechatnov, V. (eds.), 2018, 94, 95-96.
4 Churchill a la Cámara de los Comunes, 2 de agosto de 1944, Debates parlamentarios (Hansard 1803-2005), Cámara de los Comunes, 2 de agosto de 1944, vol. 402, col. 1474.
5 Drea, E., 2009, 198, 228, 250. Con respecto al millón en 1945, *vid* . Haruo, T., 2011, 423-445, en particular pág. 439.
6 Tooze, A., 2008, 193; Tooze, A., 2006, capítulo 18, en particular figura 22 y pág. 600.
7 Bergen, D., 2008, 241.
8 *Vid* . las tablas en O'Brien, Ph. P., 2015, 290.
9 Mawdsley, E., 2016, 110.
10 Fritz, S. G., 2004.
11 Biddle, T. D., 2015, 485-526, en particular págs. 517-519.
12 Existen varias buenas introducciones a la cuestión del Préstamo y Arriendo. Estas incluyen Mawdsley, E., 2016, 182-199 y Hill, A., 2009, 163-192 (que además incluye una lista de lecturas adicionales en inglés).
13 Davies, N., 2006, 35.
14 Jukes, G., 2011, 222.
15 Hill, A., 2007, 773-808, en particular págs. 782, 785, 788, 791. Acerca de las entregas de caucho malayo en agosto de 1941, *vid* . Reynolds, D. y Pechatnov, V. (eds.), *op. cit* ., 34. Acerca de los primeros envíos, *véase también* Lytton, A., 2013, 673-704, en especial págs. 691 y 694. La ruta noruega solo empezó a experimentar pérdidas elevadas en 1942. *Vid* . Mawdsley, E., 2019, 264-270. La obra de referencia en torno a la ayuda británica es el estudio de Beaumont, J., 1980.
16 Malkov, P. V. (ed.), 2020, 195.
17 Jukes, G., *op. cit* ., 220-223. Número de camiones importados: Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 188.
18 Acerca de la lana de los ANZAC: Alexander, J. A., 1949, 156. Exportación de pieles de oveja: archivo ASIO de Jessie Street: National Archives of Australia (NAA): A6119/360: 48-49, 62, 63, 88-91, 117, 118. Estadísticas de importaciones en rublos: Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 187. Acerca de la alfombra para Timochenko: de Irene Greenwood al Ministerio de Asuntos Exteriores de Australia, Dr. H. V. Evatt (4 de diciembre de 1944). NAA: A989/1944/845/5/2/26. Acerca de la ayuda médica: «Ayuda médica de Australia para la Unión Soviética», *Pravda* , 23 de septiembre de 1944.
19 Radchenko, S., 2012, 99-116, en particular pág. 101.
20 Larson, G. A., 2012, 24-31.
21 Entrevista a Ten San Din (27 de febrero de 2015) [https://iremember.ru/

memoirs/razvedchiki/ten-san-din/].
22 Manchester, L., 2007, 353-388, en particular págs. 357-358.
23 Kort, M., 2007, 67, 69, 70, 323-324, 327-328, 330-331, 334.
24 Para un análisis equilibrado de las contribuciones de la bomba y de la entrada soviética en guerra, *vid* . Frank, R. B., 2013, vol. 1, 387-401.
25 *Vid* . Stahel, D., 2009; y Tooze, A., 2006.
26 Acerca del catastrófico descenso de producción de la segunda mitad de 1941 *vid* . Erickson, J., 1975, 233. Acerca de las cifras de los territorios ocupados, *vid* . la nota siguiente.
27 Harrison, M., 1994, 253-254. Cifras: Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1990, 14-15; Kumanev, G. A., 1998, vol. 1, 385-395, en particular pág. 394.
28 Acerca de los porcentajes: *vid* . Goldman, W. Z., 2015, 55.
29 Filtzer, D. y Goldman, W. Z., 2015, 1-43, en particular pág. 43. Énfasis añadido.
30 Wheatcroft, S. G., 1999, 27-60.
31 Capítulo 1 .
32 Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), *op. cit* ., 22.
33 Mochulsky, F. V., 2011, 80.
34 *Ibid* ., 76-77.
35 Surzhik, D. V., 2016, 33-39; Beria a Stalin (alto secreto, no anterior al 5 de noviembre de 1944), reproducido en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), 2004, vol. 3, 210-216; Bell, W. T., 2018. 64 (fábrica de Chkalov), 65 (sobre la fuerza de trabajo de defensa de Novosibírsk).
36 Barenberg, A., 2014, 3637; B.B.R, «The North Pechora Railway and the Development of the Pechora Coalfields», *Polar Record 4* , n.° 29 (1945), 236-2388; «SZhD v gody voiny» [SZD durante la Guerra] [https://szd.rzd.ru/static/public/ru?STRUCTURE_ID＝7269].
37 Bell, W. T., *op. cit* ., 51 (cita), 76 (2 por ciento de la fuerza laboral, comparativa con la evacuación). Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), *op. cit.* , 5 (número de personas empleadas en la economía). Barnes, S. A., 2000, 239-260; en particular pág. 245 (1.9 por ciento del PIB de 1941-1943).
38 Acerca de excarcelaciones y nuevas llegadas: Nasedkin a Beria, reporte de los trabajos de la administración principal de los campos y colonias de trabajo durante la Gran Guerra Patriótica (17 de agosto de 1944), reproducido en *Novaia i noveishaia istoriia 5* [Historia nueva y reciente 5] (1996), 133-150, en particular págs. 134, 135; Acerca de género: Zemskov, V. N., 1991, 10-27, en particular pág. 23; nacionalidades reprimidas: reporte secreto de la administración del gulag, 10 de mayo de 1945, en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., vol 4, 101-102. Acerca de las cifras y categorías de excarcelaciones, B. Bochkov a Stalin *et al* ., 11 de febrero de 1942, Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., vol. 1, 434-435.
39 G. Safonov a A. A. Andreev, reporte secreto (4 de noviembre de 1941), reproducido en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., 424-425.
40 Bell, W. T., *op. cit* ., 50.
41 Alexopoulos, G., 2017, 24.
42 Reporte secreto de la administración del gulag, 10 de marzo de 1945,

Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., vol. 4, 98-101, en particular págs. 99-100.

43 Tabla estadística, no posterior al 1 de enero de 1948, en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), *op. cit* ., vol. 4, 111.

44 Bell, W. T., *op. cit* ., 77, 78.

45 Nasedkin a Beria, 17 de agosto de 1944, *Novaia i noveishaia istoriia 5* [Historia nueva y reciente 5], *op. cit* ., 142.

46 Khlevniuk, O. V., 2019, 481-504, cita: 484.

47 Iakob Glasse, diario inédito, mecanografiado hacia 1950. Archivo Bakhmeteff, Columbia University, 157a.

48 Berkhoff, K. C., 2012, capítulo 3.

49 Khlevniuk, O. V., *op. cit* ., 492, 496; Kragh, M., 2011, 1253-1273.

50 Paul Buskovitch, «[entrevista a] Moshe Lewin», en Abelov, H., Blackmar, B., Dimock, P. y Schneer, J. (eds.), 1983, 281-308, en particular pág. 285.

51 Cifras extraídas de: Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 230. Acerca de medidas de salud pública: Filtzer, D., 2010.

52 Glantz presenta un buen resumen de la vida y abastecimiento en el Ejército Rojo. *Vid* . Glantz, D. M., 2005, 554-590. Más detalles en el libro de Merridale, C., 2006.

53 Directiva del Consejo Militar del Frente Oeste a todos los jefes y comisarios de división y brigada. Firmado: Zhúkov y Kholkhov (30 de marzo de 1942), reproducido en Knyshevskii, P. N., 1992, 228-229.

54 Cit. en Danilov, V. D., 1996, 136-156, en particular pág. 154.

55 Decreto del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS del 16 de julio de 1941: «Sobre la reorganización de los órganos de propaganda política y la introducción del cuerpo de comisarios militares en el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos», *Vedomosti Verkhovnogo Soveta SSSR* [Declaraciones del Sóviet Supremo de la URSS], n.° 33 (148) (26 de julio de 1941), 1.

56 Harvard Project on the Soviet Social System. Schedule A, vol. 13, case 175 (entrevistador A.P., tamaño A4). varón, 50, ruso, oficial del Ejército. Widener Library, Harvard University, 14-15 [http://nrs.harvard.edu/urn-3:FHCL:950845]. El entrevistado confundió la fecha del episodio, pues la dató a principios de 1943, fecha en la que los *politruks* ya habían sido abolidos.

57 Decreto del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS (9 de octubre de 1942): «Sobre el establecimiento de un mando único completo y la abolición del cuerpo de comandantes militares en el Ejército Rojo», *Vedomosti Verkhovnogo Soveta SSSR* [Declaraciones del Sóviet Supremo de la URSS], n.° 38 (1942), 200-201.

58 Edele, M., 2017, 103. Citas de Svirin: Hellbeck, J., 2015, 183, 184.

59 Informe interno de los cambios de composición del Partido Comunista durante los dos primeros años de guerra, 1 de julio 1941-1 de julio de 1943, RGASPI f. 17, op. 122, d. 56, l. 38-39.

60 De Vinogradov a M. A. Suslov (16 de julio de 1947), RGASPI f. 17, op. 122, d. 199, l. 109.

61 De Shamberg a Andreev, Malenkov, Zhdanov, Shcherbakov (23 de octubre de 1943); RGASPI f. 17, op. 122, d. 56, l. 42-44, en particular pág. 42.

62 Hellbeck, J., *op. cit* ., 47-50.

63 GARF f. r-7523, op. 40, d. 358, l. 12.

64 GARF f. r-7523, op. 40, d. 358, l. 17-18; 13.

65 Glantz, D. M y House, J. M., 2009, 47.
66 Hill, A., 2009, 232, 239, 235, 237; Temkin, G., 1998, 139, 189-190.
67 T Rigby, T. H., 1968, 253. Acerca del reclutamiento urbano de las unidades de élite, *vid* . Erickson, J., 1997, 233-248, en particular pág. 234.
68 Glantz, D. M., *op. cit* ., 618-619.
69 Reporte estadístico secreto de cambios en la militancia del partido, 1943, RGASPI f. 17, op. 122, d. 56, l. 45-77, en particular pág. l. 55.
70 Overmans, R., 1999, 277; Krivosheev, G. F., 1997, 94. Las pérdidas masivas alemanas durante el periodo final de la contienda, sumadas a las bajas infligidas por los aliados, nivelaron aún más la relación de pérdidas, hasta situarla en 1 a 1,29 para el conjunto de la contienda (Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 273).

CAPÍTULO 7

Guerra de ideologías

EL APOYO AL RÉGIMEN

A medida que el Ejército Rojo aprendía a combatir, también iba siendo respaldado por segmentos cada vez más amplios de la población. Al comienzo de la guerra, hubo muchos que apostaron por más de una opción. ¿Quizá el régimen soviético estaba acabado? ¿Tal vez los alemanes venían como libertadores? En el verano de 1941, la población civil recibió a los invasores con el pan y la sal (el símbolo tradicional de bienvenida). Se arrojaron flores y las jóvenes besaban a sus «libertadores».

No obstante, desde el principio hubo disonancias, como revela un reporte de la policía secreta de campaña del 3. Panzergruppe, en el área de operaciones del Heeresgruppe Mitte:

> En las regiones ocupadas por el 3. Panzergruppe, el trato de la población con los soldados alemanes es amistoso en todas partes. Entregan comida de buen grado, si es que tienen algo. En todas partes se dice que la población está contenta de haber escapado al sistema bolchevique. No obstante, ha habido protestas contra la conducta de algunos soldados germanos. La gente se queja de requisas indiscriminadas, sacrificio de ganado y destrucción del interior de viviendas.

Es más, los crímenes contra la propiedad no eran el único problema. «También hemos recibido protestas –añade lacónico el mismo informe– porque soldados alemanes tratan de entrar en las casas por la noche, para violar mujeres». [1]

A pesar de este primer anticipo de lo que sería la vida bajo la ocupación, en general los alemanes fueron recibidos de forma amistosa en todas las tierras fronterizas occidentales que acababan de

padecer el terror rojo que caracterizó a la primera ocupación soviética. Este recibimiento de buen grado tampoco faltó en otros lugares: en una localidad cercana a Leningrado, el autor de un diario se preguntó el día de la invasión si la «liberación» estaba cerca. Era imposible que los alemanes fueran peores que la dictadura del país. [2] En Siberia, recordó un testigo, un grupo de jóvenes movilizados «cantaban en voz alta, anunciando alegres que iban a rendirse». [3] Incluso en la lejana Taskent la gente esperaba a los alemanes. «La mayoría de los uzbekos está firmemente convencido de que serán libres cuando llegue Hitler», recordó un evacuado. Estos «serían liberados del comunismo […] aunque es una pena que tenga que morir toda esa gente [judía] tan amable que ha venido». [4] En los campos de la República de Komi, en el Extremo Norte, la expectativa de que Hitler liberase a los prisioneros se mantuvo viva hasta bien entrado 1944. [5]

El régimen fue salvado por una importante minoría que acudió en defensa de la bandera roja. Este grupo fue creciendo con el transcurso de la contienda. El 22 de junio de 1941, una estudiante de secundaria de 17 años de edad reseñó en su diario el estallido de la guerra. Hasta ese momento, sus escritos personales habían sido ocupados en exclusiva por angustia adolescente, problemas con chicos, preocupación por exámenes de trigonometría y anhelos de amistad y belleza vital. Pero, entonces, ella escribió:

> A las 12 en punto escuché por la radio la alocución de Mólotov. ¡Alemania está bombardeando nuestra tierra! […] El país está en peligro. ¡Cuánto me conmovió este discurso! Mi corazón me salía del pecho de la emoción. El país moviliza sus fuerzas. ¿Me quedaré tan tranquila en casa? ¡No! Una debe ser útil a la madre patria. Ayudarla en su hora de necesidad con todo lo que se pueda. La victoria debe ser nuestra. [6]

Ina Konstantínova se incorporó a un ambulatorio médico para ayudar a cuidar soldados heridos mientras continuaba los estudios. Poco después, fue evacuada con su madre a Perm, en los Urales, pero regresó el 9 de febrero de 1942. A su vuelta, supo que su novio había muerto a causa de las heridas sufridas en combate. Ese mismo día, la afligida joven se presentó voluntaria para el frente. La carta que remitió a la oficina de reclutamiento militar decía:

> ¡Querido camarada!

> Acudo a usted con una petición, la cual espero pueda satisfacer. Le pido que me acepte en las filas del ejército de campaña. Deme cualquier trabajo, cualquier tarea, haré todo lo posible por justificar la confianza que deposite en mí. Pronto cumpliré dieciocho años. He completado los cursos de auxiliar médico. He trabajado todo el otoño en el hospital. Soy buena tiradora.
> ¿No me necesitan en el frente? ¿Quizá pueda trabajar en un hospital de campaña? O envíeme a una unidad partisana. Solo deme una oportunidad de combatir a los alemanes.

El 8 de abril, su espera impaciente terminó. «¡Qué felicidad! –anotó en su diario. –¡¡Qué feliz soy, qué feliz, qué feliz, feliz, feliz!! ¡La vida nunca ha sido tan bella! Hoy me han admitido para operar tras las líneas alemanas. ¡Estoy en el cielo! ¡Oh, qué feliz soy!». Menos de dos años más tarde, el 4 de marzo de 1944, Ina Konstantínova tuvo una muerte heroica mientras cubría la retirada de sus camaradas de una emboscada del enemigo. Tenía 19 años de edad. [7]

Su determinación para derrotar al enemigo no era un caso excepcional. Las jóvenes acudían a los centros de reclutamiento en masa a intentar alistarse en defensa de la patria socialista, al igual que los hombres, tanto los jóvenes como los viejos. Los adolescentes que eran rechazados por los oficiales de reclutamiento se incorporaban a brigadas de bomberos, organizaban unidades de defensa civil y trataban de presentarse voluntarios en el Ejército. Había niños que se unían a las unidades del Ejército en retirada, que los «adoptaban» como mascotas. [8]

Los habitantes de Moscú eran optimistas. «Hitler no ha calculado bien –observó el obrero Mineev durante los primeros días del conflicto–, pues toda la gente trabajadora está dispuesta a defender la Unión Soviética. Todos los obreros combatirán por la victoria sobre el fascismo». Por su parte, los soldados del frente y los oficiales resistieron la embestida de la Wehrmacht con tenacidad y obstinación, a menudo en circunstancias desesperadas. Las diferencias de preguerra parecían haber quedado olvidadas; el país se había fusionado en uno. Era lo que un historiador denominó «cristalización» de la conciencia nacional rusa. [9]

Es indudable que Rusia desempeñó un papel fundamental en el esfuerzo bélico. De los nuevos comunistas que se incorporaron al partido desde el Ejército, los rusos estaban sobrerrepresentados, con un 71 por ciento, cuando estos solo eran el 52 por ciento del conjunto de la población. Esta preeminencia reflejaba, por un lado, la

sobrerrepresentación de rusos en el Ejército Rojo, provocada por la amputación de las regiones occidentales en 1941 y, por otro, cierta reticencia a permitir la presencia en el frente de hombres de los confines occidentales. En la república rusa, el Ejército reclutó al 19 por ciento de la población en 1941-1945; en Asia Central y Transcaucasia a un 17 por ciento, un 13 por ciento en Ucrania y un 12 por ciento en Bielorrusia. Por otro lado, la sobrerrepresentación de Rusia en la nueva militancia del partido también reflejaba la mayor identificación de muchos rusos con el imperio que defendían. Desde la década de los años treinta del siglo XX, en un intento a la desesperada de consolidar apoyo popular, la Unión Soviética había remarcado su «rusianidad». Esta propaganda daba ahora sus frutos, como observó un destacado historiador del Ejército Rojo: «Los rusos tendían más a seguir luchando y mantener su motivación». Ellos constituían parte del «núcleo» dedicado que sostuvo al Ejército. Y el régimen los recompensó, no solo con el ingreso en el partido, sino también con medallas al valor, que, en su gran mayoría (71 por ciento), fueron concedidas a rusos. De los cerca de 6000 Héroes de la Unión Soviética –la condecoración castrense más alta– el 67 por ciento eran rusos. [10]

Por supuesto, también hubo miembros de otras nacionalidades que contribuyeron a la destrucción del nazismo. De todos ellos, los más obvios eran los judíos. Ellos también están sobrerrepresentados entre los poseedores de distinciones al valor, con cerca del 2 por ciento de soldados condecorados y 59 Héroes de la Unión Soviética (un poco menos del 1 por ciento). Eran judíos algo más del 3 por ciento de todos los militantes del partido en secciones militares del partido. Estos fueron admitidos en este en cantidades desproporcionadas: durante la guerra, su porcentaje en el Ejército fue del 1,5 por ciento. Un total de 142 500 soldados judíos murieron combatiendo a los nazis en las filas del Ejército Rojo. [11]

Estas cifras desmienten el mito de los «partisanos de Taskent», esto es, el rumor antisemita que circuló durante la guerra de que los judíos estaban escondidos en retaguardia mientras los rusos luchaban. La valentía de muchos combatientes judíos del Ejército Rojo se basaba en una combinación de patriotismo soviético con la conciencia renovada de su condición judía, provocada tanto por el Holocausto como por el antisemitismo de muchos militares rusos y ucranianos. «Queridísima madre –escribió desde el frente un joven judío completamente secularizado; apenas comprendía la tradición religiosa hebrea y se había casado con una gentil–. Cuando me casé con Nadia […] me preguntaste si seguiría siendo fiel a mis orígenes judíos». Tras relatar

un encuentro con evidencias de la Shoá, concluyó: «Hoy, más que nunca, soy tuyo, ¡y sé muy bien quiénes son los míos!». [12]

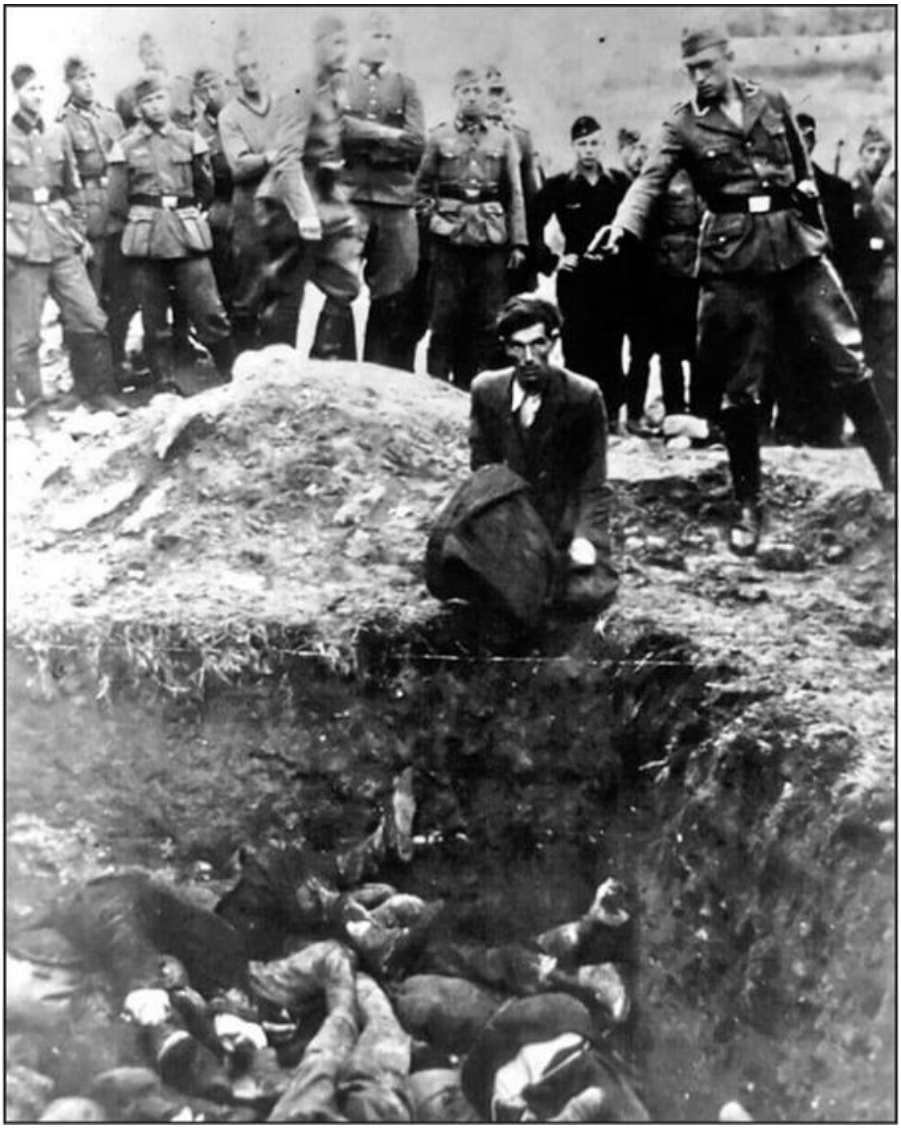
En última instancia, las autoridades comprendieron que no podrían ganar esta guerra solo a base de patriotismo ruso, dado que cerca de la mitad de la población no pertenecía a ese grupo étnico. Al final de la contienda habían sido reclutados unos 8 millones de militares de origen no eslavo. [13] En 1942, los órganos propagandísticos emprendieron una campaña para movilizar al resto de pueblos de forma más eficiente. Su tarea era dar respuesta a una pregunta simple pero profunda: «¿por qué debía un uzbeko arriesgar su vida para defender a la población de Leningrado, o un armenio para liberar a la de Minsk?». La respuesta a esta cuestión fue una celebración del aspecto positivo de la política soviética de nacionalidades: un activo apoyo estatal al desarrollo de las culturas no rusas, así como remarcar las tradiciones guerreras de esos pueblos. Resulta difícil calibrar si esta estrategia funcionó, o no, pero el simple hecho de que los mandos recibieran de los superiores el mensaje de que las vidas de estos pueblos fueran notables marcó la diferencia. Al igual que sus camaradas rusos, ucranianos o judíos, uzbekos y armenios combatían mejor si eran bien abastecidos en lugar de ser ignorados, amenazados o insultados por los superiores. Muchos aprendieron ruso, lo cual les resultó de ayuda, tanto durante la contienda como en la vida de posguerra. [14] Incluso los kirguises, que se habían rebelado en el verano de 1942 y que «en realidad […] solo podían ser movilizados por medio de la fuerza bruta», empezaron, poco a poco, a identificarse con el esfuerzo bélico soviético. Esta sovietización fue, en parte, el resultado de tener hombres en el Ejército, lo cual suscitó cierto grado de identificación con el Estado por parte de la familia que dejaban en casa; y en parte porque los kirguises se sentían superiores a las muchas «naciones deportadas» arrinconadas en su país. Estos recién llegados eran molestos e inoportunos para los lugareños y estaban considerados claramente inferiores por el Estado para el que combatían los reclutas kirguises. Además, los soviéticos, pese a su aparente debilidad en 1942, lograron ganar la guerra y suprimir la insurrección local. [15]

EL HOLOCAUSTO

De este modo, poco a poco fue creciendo el grupo de ciudadanos soviéticos que combatían o trabajaban con cierta motivación real por la defensa del Estado estalinista, ya fueran rusos, judíos, coreanos o

kirguises. Los reajustes ideológicos del régimen desempeñaron un papel en este proceso, pero hubo algo mucho más importante: la ira, el odio y la venganza que impulsaban a segmentos cada vez mayores de la población. Cada día que pasaba, se hacía más evidente la brutalidad descarnada de la ocupación alemana. Como señaló un informe de la policía secreta en Letonia, la expectativa original de ser liberados del bolchevismo «pronto se agotó por sí sola, una vez la población comenzó a experimentar la realidad de los "encantos" de sus amos alemanes», que incluían «el robo descarado» de los bienes de las ciudades y los alimentos del campo. [16]

El Holocausto es mucho más conocido. Los dirigentes alemanes habían ido adoptando medidas cada vez más extremas para «solucionar» su supuesto «problema judío». Pero fue la Unión Soviética el primer lugar donde «solución final» significó exterminio. Aunque en la imaginación popular Auschwitz y las cámaras de gas son los símbolos del Holocausto, los historiadores saben desde hace mucho que un elevado porcentaje de las víctimas murió fusilado. [17] En el tórrido verano de 1941, fuerzas de la policía y de las SS, los llamados *Einsatzgruppen* , [grupos especiales] entraron en la Unión Soviética, siguiendo la estela del avance de la Wehrmacht. Estos grupos ejecutaron judíos desde el primer día de su guerra. Durante el verano y el otoño las prácticas fueron haciéndose más radicales: pasaron de ejecutar solo hombres en edad militar a liquidar toda mujer, hombre o niño que caía en sus manos. [18]



«El último judío de Vinnitsa». Un miembro del Einsatzgruppe D se dispone a ejecutar a un judío. Ucrania, 1941. El fusilamiento en masa de judíos fue el peor aspecto de un régimen de ocupación profundamente criminal.

Sin embargo, estas atrocidades germanas no podían emplearse para motivar a la población soviética y movilizarla para que prestara apoyo al Estado soviético. Pues, si bien alentó a muchos combatientes judíos, en otros hizo el efecto contrario: una minoría significativa estaba a favor de la exterminación en masa de judíos, con lo que estos crímenes no servían para fomentar el odio contra los alemanes. De hecho, en 1941 algunos habitantes de los territorios recién adquiridos en Ucrania, Letonia y Lituania, participaron con entusiasmo en las

masacres. [19] Este sentimiento no estaba en absoluto ausente en el *hinterland* soviético. Los historiadores han subrayado su particular violencia en los lugares de destino de los evacuados. [20] Así, por ejemplo, a primeros de 1942 los incidentes antisemitas en Kazajistán se multiplicaron debido a que las tensiones sociales por la falta alojamiento y otros recursos se intensificaron con la llegada en masa de los que huían del contingente hitleriano. «¡Que nadie vaya al frente hasta que todos los judíos estén muertos! –gritaba en Zhambyl un grupo de soldados borrachos que se dedicaba a apalear a judíos evacuados–. ¡Matad a los judíos, salvad a Rusia!». [21] No obstante, el antisemitismo no solo era una respuesta a la tensión social provocada por la aparición de un gran número de nuevos residentes en las ciudades abarrotadas de la periferia. Era un sentimiento que ya existía y que estaba muy extendido por toda la Unión Soviética. En Rusia también hubo una minoría significativa de antisemitas que vio una oportunidad en la contienda. Los moscovitas se alegraron de la llegada del largamente esperado apocalipsis, pues creían que «los fascistas matan a judíos y comunistas, pero a los rusos no los tocan». [22]

El antisemitismo en Leningrado está particularmente bien documentado. En julio y agosto, los soplones del partido y de la policía reportaron un marcado incremento de comentarios antisemitas. «Hay que derrotar a los judíos –exigió un leningradense–. Dadles una paliza, aplastadlos, iré al frente, venceré a los judíos». Otro residente de la ciudad de Lenin añadió el ajado cliché de que los judíos evitan servir en el Ejército: «No hay judíos en el frente, el día de mañana venceremos a los judíos […] los judíos bebieron nuestra sangre, pero en tres días nos emborracharemos con la suya». En septiembre, se encontraron numerosos panfletos que hacían un llamamiento a un pogromo contra la gran comunidad hebrea de la ciudad. En octubre, alguien dejó una hoja manuscrita en un refugio antibombas de Leningrado. «¡Todos contra Stalin!», proclamaba, en nombre de «la nacionalidad del pueblo ruso». El líder soviético era un «judío georgiano, o tártaro, o gitano» que debía ser eliminado. «¡Abajo el convicto! ¡Pan y paz!». Ni el Partido Comunista ni el Ejército Rojo eran inmunes. «Los judíos son traidores y solo cabe despreciarlos», afirmó en octubre de 1941 un funcionario del partido al que la bebida le había soltado la lengua. «Mi hija de siete años estaba tumbada en la cama, medio sorda –escribió un soldado del Ejército Rojo que fue a visitar a su hambrienta familia en noviembre–. La niña se puso a llorar cuando me vio, pero pronto se quedó dormida, debilitada por el hambre», observó con tristeza. Aunque no acusó de la hambruna a los

alemanes, o ni siquiera a las autoridades soviéticas, sino a los judíos: «El odio hacia los comerciantes judíos está creciendo. Cada día que pasa insultan más a la gente, que se ve obligada a correr de una tienda a otra». Su diario estaba impregnado de antisemitismo: para este ruso, el poder soviético suponía el sometimiento de los eslavos a los judíos; esperaba con júbilo el momento de la venganza, que creía cercano; no se creía lo que le decía su «*politruk* judío».

En esa época, el antisemitismo preexistente se fusionó con la propaganda alemana lanzada sobre Leningrado. La visibilidad de los hebreos entre la élite de la ciudad enfureció aún más a quienes no fueron evacuados. «Los judíos pueden irse, les dan vagones de tren separados –se quejó uno–, pero los rusos tienen que ir allí donde encuentren asiento y van a cualquier parte. Los judíos han sido derrotados, pero solo un poco. Tendrían que castigarlos más». Las ensoñaciones del fin de la hambruna se entremezclaban con fantasías violentas: «Los alemanes vendrán y nos darán salchichas y patatas –fantaseaba un habitante de Leningrado–, solo matarán a judíos y comunistas». Los rusos más instruidos tampoco eran inmunes a ese resentimiento. «Aquí los judíos tienen todos los derechos […] son la clase dirigente y nosotros los rusos estamos por debajo, ocupamos un segundo lugar», afirmó un catedrático. Otro añadió: «La gente no puede entender que los alemanes vienen a liberarnos de judíos y comunistas y de la Rusia Soviética y crear la verdadera Rusia». [23]

Las noticias de las ejecuciones en masa complacieron a los antisemitas del interior no ocupado: «¡Mira lo que Hitler les está haciendo a los judíos!», exclamó en 1943 un lector de diario con ojos «brillantes de satisfacción». Stalin conocía el Holocausto desde el verano de 1941, pero también era consciente del antisemitismo de la población. Siempre pragmático en lo referente a cuestiones de propaganda, en 1942 Stalin decidió ser práctico y no hacer énfasis en las víctimas judías. No es cierto que los medios soviéticos nunca mencionaran los sufrimientos de los judíos, pero la pauta mayoritaria fue ocultar su nacionalidad. Los cadáveres judíos pasaron a ser «pacíficos ciudadanos soviéticos […]» víctimas universales de los ocupantes fascistas. [24]

Los reportes secretos en relación con los crímenes germanos ilustran que esta fue una medida práctica, más que un imperativo ideológico: las autoridades sabían con exactitud lo que estaba sucediendo, pues no ocultaban nada en las comunicaciones internas. Un estudio de 1943 de la situación en la Letonia ocupada observó que «judíos y gitanos» (junto con «comunistas y miembros de las

juventudes comunistas») estaban siendo ejecutados en masa. [25] En la ciudad letona de Daugavpils, rezaba otro informe,

> […] grupos de entre 500 y 2000 judíos eran sacados del gueto y fusilados. Por norma no se disparaba a los niños, sino que los verdugos los agarraban por las piernas y les golpeaban la cabeza contra un muro o contra el pavimento y luego los arrojaban a la fosa. Los fascistas tenían un lema: no malgastar balas en niños. La población hebrea de Riga, continuaba el mismo reporte, había sido «liquidada por completo» a principios de 1944. De los 43 000 judíos de Riga, solo sobrevivieron 170, «escondidos por letones y rusos». [26]

A puerta cerrada, en las salas de interrogatorio, los fiscales tampoco escatimaban palabras a la hora de perseguir a colaboradores y criminales de guerra con ciudadanía soviética: «¿Su comando de guardias SS ejecutó y arrestó a ciudadanos de nacionalidad soviética?», interpeló un investigador a uno de ellos. Este contestó en voz pasiva: «Sí…. Se fusilaron judíos», con lo que siguió presionando: «Háblenos de la ejecución de judíos que usted llevó a cabo». [27] Finalizada la guerra, hubo una caza intensiva de estos verdugos que habían hecho parte del trabajo sucio de los alemanes. Entre 1943 y 1953, 257 000 ciudadanos soviéticos fueron procesados por traición y colaboración, 152 000 por complicidad, 63 000 por ser policías alemanes y otros agentes punitivos, 28 000 por prestar otro tipo de ayudas a los ocupantes, 4000 por crímenes de guerra y casi 30 000 por participar en organizaciones financiadas por los alemanes. Pese a ello, un número significativo de los 1,6 millones de colaboradores militares y policiales escaparon de la justicia. [28]

«LA REALIDAD DE LA POLÍTICA RACIAL ALEMANA»

El Holocausto, no obstante, no era más que la versión más extrema de una ocupación criminal. Un estudio estadístico reciente del coste humano de las ocupaciones germanas suma, además de 2,1 millones de ciudadanos soviéticos que nunca regresaron de trabajos forzados en Alemania y 7,4 exterminados de forma deliberada por los ocupantes, otros 4,1 millones más víctimas de las «condiciones crueles del régimen de ocupación (hambre, enfermedades infecciosas, falta de atención médica, etc.)». [29] Estas elevadas cifras no fueron un accidente. Los planes alemanes, desde el mismo inicio, habían

asumido que el Ejército viviría sobre el terreno. Los civiles alemanes no debían sufrir a causa del esfuerzo bélico, el Ejército nunca había mostrado mucho interés por la logística y las distancias eran tales que incluso si se hubiera prestado más atención a este aspecto crucial de las operaciones militares, el reabastecimiento habría sido casi imposible. Por tanto, un ejército cuyos miembros habían sido absueltos de toda responsabilidad por crímenes contra civiles se vio en una situación en la que las unidades debían obtener sus propias provisiones. La ideología empeoró aún más las cosas. En la jerarquía racial nazi, los judíos estaban en el escalafón inferior, pero ucranianos o rusos, y no digamos los centroasiáticos, no estaban muy por encima. La invasión nunca tuvo intención de liberarles del bolchevismo, a pesar de que algunos oficiales alemanes siguieron diciéndose a sí mismos que eso era lo que estaban haciendo. Al contrario, la Operación Barbarroja buscaba someterlos a una forma de colonialismo genocida de particular violencia. Era necesario dejar morir de inanición a las «bocas inútiles» y que el resto fuera explotado por la superior raza germana. Los eslavos debían convertirse en esclavos y sus alimentos, carbón, petróleo y hierro tenían que enviarse a Alemania para sostener el esfuerzo bélico. En el futuro, los colonos germanos ocuparon las vastas extensiones del este. De hecho, para los genocidas más visionarios, el Holocausto no era más que un primer ensayo de futuros exterminios a mucha mayor escala. [30]

Carteles en la pared de una casa durante el sitio de Leningrado en 1941. La propaganda representó un papel esencial en la movilización soviética. Funcionaba, entre otras cosas, porque la experiencia vivida la confirmaba.

La realidad no le iba muy a la zaga a esos planes. Los prisioneros de guerra soportaban condiciones letales en los campos germanos, que al principio solían consistir en simples cercados a cielo abierto. Los soviéticos pronto vieron que con este trato «los alemanes nos están ayudando». [31] Al cabo del tiempo, incluso el Ejército germano comprendió este simple hecho. La necesidad de mano de obra prisionera, una vez la guerra de movimiento se transformó en una contienda de desgaste, llevó a la Wehrmacht a modificar su enfoque. A partir de 1942, se puso a trabajar a los prisioneros, en condiciones de elevada mortalidad y bajo unos jefes brutales. Su esperanza de unirse a los alemanes para liberar la patria de la represión estalinista «se deshizo de inmediato en los ingenuos corazones soviéticos, una vez vieron la realidad de la política racial germana», como dijo un hombre al recordar su propio proceso de revelación. Incluso los campesinos rusos, sin dejar de odiar a Stalin, acabaron por convertirse, a su pesar, en «patriotas soviéticos». Como observó este mismo veterano, «aunque Stalin no mataba menos gente que Hitler, allí [bajo los bolcheviques]

nadie apaleaba a la gente a plena luz del día y delante de todos». [32]

Las noticias de la prensa soviética de crímenes alemanes contra civiles y prisioneros fueron acogidas en un principio con escepticismo. Pero pronto fueron confirmadas por fuentes independientes. «Resulta difícil creer todo lo que se ha escrito acerca de las atrocidades alemanas. A veces pienso que estos reportes son exagerados. ¡Mas todo es cierto! –exclamó uno de los escépticos–. Hace poco he recibido una carta de mi hermana de la provincia de Kalinin. Ella me explicó cómo los fascistas humillan a la población civil, cómo ahorcan y fusilan a gente del todo inocente». [33] Los combatientes soviéticos, una vez comenzaron a liberar territorio bajo control alemán, pudieron ver con sus propios ojos lo que hacían los nazis. A medida que el Ejército Rojo recuperaba una región tras otra en 1942, 1943 y 1944, los lugareños explicaban sus sufrimientos a los soldados: «Me robaron una vaca y un ternero, se llevaron mis gallinas, y me vaciaron el cofre de mi cabaña. ¡Malditos ladrones!», se quejó una mujer de 62 años de edad. Esta conminó a los soldados que la habían liberado: «¡Dadles duro, muchachos!». [34]

La interacción no siempre era tan dramática como en este caso. «Los locales, por algún motivo, no vienen a saludarnos –escribió un veterano antiestalinista al narrar su experiencia de liberar tierras soviéticas de la ocupación–. Los pocos que encontramos […] están presos de sentimientos encontrados: felicidad y temor. Nos tienen miedo. Es obvio que saben que traemos pocas cosas buenas». Pero incluso a soldados como este, críticos contra el régimen soviético, que todavía albergaban esperanzas de que la guerra pudiera abrir una vía de escape al estalinismo, el método alemán de control de las vidas y del trabajo de la población ocupada les resultaba chocante.

> En una de las aldeas intento hablar con una mujer, la cual lleva un pedazo de tela con un número en el pecho […] ¿Qué es esto? Digo, señalando el número. «Es mi número de trabajo –contesta con timidez–. Trabajo en el aserradero […] el jefe alemán nos llama por el número. Todos nos lo cosimos en la ropa porque el jefe así lo ordenó».

En lo más profundo de mi alma empezó a hervir el rencor. De forma involuntaria, me acordé de la cría de ganado. Vi bueyes marcados con números de aluminio. Qué parecido más impactante. ¿De verdad ven a nuestra gente como si fuera ganado que trabaja? El régimen soviético nos ha convertido a todos en animales. Pero no ha

dejado de dirigirse a nosotros como personas. [35]

TIERRA QUEMADA

Muchos combatientes vieron situaciones aún peores. El 23 de enero de 1944, Vitali Novikov, partisano soviético que operaba en la región de Leningrado, anotó en su diario: «De camino hacia la base. Terrible: todas las aldeas calcinadas hasta los cimientos, la gente expulsada y sometida a la esclavitud alemana. Los fascistas dan palizas a niños pequeños. Fusilan a los viejos». [36] Lo que había presenciado era la tierra quemada por la retirada germana, que no solo destruía todo lo que quedaba atrás, sino que también «evacuaba», eufemismo empleado por las fuentes de la Wehrmacht, a los civiles. En los casos más extremos, estas operaciones se llevaban a todos los civiles que podían ser trasladados. Un oficial alemán se jactó de que cuando tuvo que retirarse, en marzo de 1942, sus efectivos solo dejaron atrás a unos pocos casos de tifus y prisioneros amputados y de que obligaron a todos los demás a marchar. [37] Pero lo más frecuente era que solo la población sana y en edad de trabajar fuera deportada, lo cual provocaba escenas horrendas: «Madres separadas de sus hijos; familias desgarradas; los hombres que se negaban a irse eran tratados como prisioneros o ejecutados allí mismo». [38] Novikov fue testigo de una de las evacuaciones más brutales. «Aldeas calcinadas por todas partes –anotó el 2 de febrero–, los fascistas se llevan a la población a Alemania y prenden fuego a las aldeas. Es una escena horrible». [39]

En Letonia, en octubre de ese año, el Ejército Rojo encontró una población que ya había sido desplazada una vez por los invasores, que los habían deportado de las provincias de Leningrado y Kalinin durante una retirada anterior. Esta vez habían dejado atrás a mujeres, ancianos y niños, aunque buena parte de la población masculina joven había sido movilizada por el Ejército germano o deportada para trabajar en Alemania (colaboradores y fascistas habían partido por propia iniciativa, añade el informe). [40] Ese mismo año, Vilna, en la vecina Lituania, fue evacuada:

> En relación con su retirada, los ocupantes ejecutan desplazamientos en masa de la población y extracción de propiedades. Los habitantes del lugar son hacinados en las prisiones de Lukia y Stafanovska, desde donde son enviados cada día por tandas a Alemania. Parte de la población es retenida para construir fortificaciones en la ciudad de Vilna.

También se están acometiendo razias entre la población de las aldeas. [41]

Tales prácticas de deportación y tierra quemada eran una forma radicalizada de una de las políticas que puso a la gente corriente en contra de los ocupantes: el servicio de trabajo obligatorio en Alemania. En un principio, el reclutamiento de «trabajadores del Este» (*Ostarbeiter*) había sido voluntario, pero el suministro de voluntarios se agotó una vez se filtraron en los territorios ocupados noticias del atroz tratamiento recibido. Esto llevó a las autoridades alemanas a movilizar jóvenes a la fuerza, por medio de métodos que asemejaban una cacería humana. En agosto de 1943, los alemanes rodearon un parque de Riga y detuvieron a todas las personas que encontraron. Un día más tarde, liberaron a una mujer, pero se llevaron a todos los hombres. [42]

A medida que se multiplicaban estos episodios en los territorios ocupados, los afectados se echaron al monte, donde se unieron a grupos partisanos. La movilización para combatir en el bando alemán, llevada a cabo en Letonia y Lituania, tuvo efectos similares. Como reportó en 1943 la dirección del partido en Letonia, «las medidas de movilización total […] causaron un fuerte incremento del número de unidades partisanas gracias a todos los que escapaban a la movilización fascista». [43]

EL ATRACTIVO DEL ÉXITO

Las medidas de los alemanes contra el crecimiento de la guerrilla irregular soviética, los llamados partisanos, incrementaron aún más las tensiones entre ocupantes y ocupados. En un principio, la amenaza partisana era más bien reducida. En 1941, los ineficaces grupos partisanos «conspiraban, excavaban refugios, se embarraban, les crecía la barba e inventaban pseudónimos para que la población no pudiera identificarlos como activistas soviéticos», se quejó un oficial político. [44]

A pesar de ello, desde el inicio, las fuerzas de seguridad alemanas emprendieron una guerra antipartisana de suma brutalidad. La «contrainsurgencia» germana, acometida por combatientes dispersos, mal abastecidos y aterrados en una tierra que imaginaban repleta de bolcheviques traicioneros y sedientos de sangre, fue, en realidad, una guerra contra los civiles. [45] Ya en abril de 1942, el ministro de Propaganda de Hitler, el doctor Goebbels, señaló en su diario que semejante conducta no ayudaba a ganar los corazones y las mentes. La

actitud acogedora del principio «ha cambiado por completo en cuestión de meses». ¿Por qué? Porque «les hemos dado a los rusos, y en especial a los ucranianos, demasiado duro en la cabeza». [46]

Por último, las victorias soviéticas en el campo de batalla –lo que un historiador ha denominado «el atractivo del éxito»– ayudaron al crecimiento del movimiento partisano: la gente apoyaba al bando ganador, con independencia de las preferencias ideológicas. En 1941, ese bando parecía ser Alemania; a partir de 1943, cada vez estaba más claro que los soviéticos vencerían. [47] En la región de Leningrado, donde combatió Novikov, solo empezaron a incorporarse en número significativo a partir del otoño de 1943, cuando la victoria soviética se atisbaba cierta. [48] En Bielorrusia, también la gran mayoría de partisanos se unió al movimiento en 1943 o 1944: se limitaron a elegir el bando ganador. [49] En Letonia, la cifra de partisanos se duplicó durante los cuatro primeros meses de 1944, de tan solo 738 a 1387, con otros 1481 «en reserva» porque no había armas suficientes. [50] En el conjunto de la Unión Soviética, la cifra pasó de 30 000 en enero de 1942 a 120 000 un año más tarde, alcanzó casi los 139 000 en junio de 1943 y 181 000 a principios de 1944. [51]

CONSOLIDACIÓN INTERNA

De forma lenta pero segura, el estalinismo resultó ser el mal menor. Los números en la ropa o el robo de gallinas era lo de lo menos. Los campesinos liberados explicaban que los ocupantes violaban mujeres y concluían que «todo lo que se decía de ellos en los periódicos era verdad. Iban a una cabaña donde había una chica y la tomaban y decían que era suya durante dos horas. Luego se iban». [52] La estela de destrucción que dejaron las prácticas nazis de tierra quemada, sumadas a los muchos muertos, a los ejecutados y a los enviados a Alemania a un destino desconocido, conformó una estampa de terror absoluto. Los horrores del «nuevo orden» germano, denunciados una y otra vez por la propaganda que recibían los soldados, resultaron ser ciertos. «Por más graves que sean las atrocidades descritas en los periódicos –escribió un oficial a su esposa–, la realidad es mucho peor». [53]

Juntos, el atractivo del éxito, la experiencia de la barbarie alemana, su explotación por una hábil propaganda y los métodos de movilización del Estado soviético lograron unir a los partidarios y a las víctimas del estalinismo. La experiencia bélica de Elena Kozhina es un ejemplo de este proceso. La niña, de 8 años de edad, estaba al

borde de la muerte por inanición cuando llegó a la aldea cosaca de Koshevka, a 80 kilómetros de Rostov del Don. Superviviente de una familia que había soportado primero el asedio de Leningrado, la huida a través del lago de Ládoga congelado y, por fin, un viaje letal en vagones de ganado por la Unión Soviética devastada, Elena estaba al límite de sus fuerzas. Un carro llevó a los evacuados de la estación de tren a la casa de una mujer cosaca que se suponía que debía acogerla. Kozhina a duras penas pudo arrastrarse hasta la entrada de la cabaña.

> Cuando llegué al dintel de la puerta y traté de franquearla, no pude. Sorprendida, casi avergonzada, miré aquella pequeña valla de madera sobre la cual no podía levantar el pie. Lo intenté de nuevo, me tambaleé, tuve que agarrarme al marco de la puerta. En el interior de la casa, en un banco apoyado en la pared, estaban sentadas una hilera de viejas cosacas: todas rectas e imperturbables, con rostros severos y hostiles, extrañamente oscuros bajos los pañuelos blancos. Me miraban con frialdad. [54]

Al igual que el padre de Kozhina, los hijos y los maridos de esas mujeres estaban en el frente, combatiendo en las filas del Ejército Rojo contra los invasores nazis. Sin embargo, no expresaban ninguna simpatía hacia la harapienta leningradense que les habían enviado. Para ellas, un niño hambriento no era ninguna novedad: las cosacas ya lo habían visto antes, durante la gran hambruna de 1932-1933. Entonces habían sido los niños del campo, sus hijos, los que se derrumbaban a causa de la malnutrición. Y los últimos vagones de ganado que habían visto no iban llenos de gente de ciudad, sino de familiares de *kulaks* exiliados al norte, donde muchos murieron durante los años de la guerra de Stalin contra el campesinado, en 1929-1932. La estación de Kusheva había sido punto de tránsito de esos trenes cargados de infortunados como las mismas mujeres cosacas: aldeanos, campesinos, gente de la tierra. Algunos de ellos eran vecinos, parientes, amigos. ¿Por qué deberían ahora las cosacas sentir compasión por esa gente de la ciudad? Los de Leningrado, en el mejor de los casos, eran necios. «¿Por qué apoyáis a vuestros malditos bolcheviques?», decían las lugareñas.

Imagen propagandística, con un niño en primera fila, de partisanos soviéticos después de una operación exitosa en 1943. Después de la guerra, los éxitos de los partisanos fueron celebrados como ejemplos de la lucha unida del pueblo soviético contra los ocupantes, así como el papel dirigente del Partido Comunista en esa lucha. A menudo, la realidad era muy diferente.

> Mira, ellos dejaron morir de hambre a toda tu ciudad y los que sobrevivieron fueron arrojados a vagones como ganado y enviados a viajar durante meses para que el hambre os rematara por el camino. Y por fin os descargan aquí, sin ni siquiera un mendrugo de pan. Si quieres obedecer a esa gente, adelante, pero nosotros pensamos de otra forma. Recordamos nuestra libertad cosaca.

Para los lugareños, los de la ciudad eran cómplices de «los bolcheviques». De hecho, el padre de Kozhina era comunista y oficial, esto es, uno de esos malditos individuos que habían impuesto a los cosacos los koljozes del demonio. [55]

Con el paso del tiempo, Kozhina y su madre se integraron en la vida de la aldea. Aunque nunca se convirtieron en lugareñas, sí que eran al menos invitadas respetables. Los nuevos amos –los alemanes ocuparon Kusheva el 31 de julio de 1942, en vísperas del noveno cumpleaños de Elena– no trajeron ni la libertad cosaca ni la abolición de las granjas colectivas. Los aldeanos les recibieron con el pan y la sal, pero no tardaron en odiarlos por explotadores, invasores y asesinos. Bajo la presión de su miseria compartida, la brecha entre los leningradenses comunistas y sus reticentes anfitriones empezó a cerrarse. La población local «cambió de forma notable –escribió Kozhina en sus memorias–, tanto en su conducta hacia nosotros como en general. Nos preguntaban con más frecuencia y con más interés de nuestras vidas y estaban más dispuestas a hablar de las suyas. Sus comentarios acerca de los alemanes son cada vez más hostiles». Después de la liberación, en febrero de 1943, los dos mundos se unieron por fin en una experiencia común: las cartas del frente que llegaban para las leningradenses y las cosacas. La lectura conjunta estableció un nuevo vínculo entre personas que, en un principio, se habían sentido «separadas por barreras desprovistas de entradas o de salida». [56]

GUERRA CIVIL EN EL OESTE

Mientras en el corazón del territorio soviético iban cristalizando cada vez más los cimientos entre los grupos sociales y el Estado, en las recién adquiridas tierras fronterizas del oeste del imperio el régimen se enfrentaba a grupos ideológicos que competían por la lealtad de la población local. En los antiguos territorios polacos de Ucrania y Bielorrusia, así como en Letonia, Lituania y Estonia, la resistencia

nacional a los soviéticos (considerada ocupación «rusa»), se combinó con el sueño de liberar la nación de elementos foráneos, el cual encajó bien en la pesadilla nazi del Holocausto, aunque que ahora adoptó un tono decididamente antisoviético. En estos territorios, la pacificación tuvo que esperar a una última serie de brutales deportaciones, las del año 1949, que roturaron el suelo en el que arraigaba la insurgencia.

Ucrania fue el escenario del proyecto nacional más excluyente. La Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), y su brazo militar, el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), aspiraba a construir una Ucrania independiente libre de judíos, polacos, rusos y alemanes. El genocidio nazi de 1941-1942, apoyado e instigado por colaboracionistas locales, «resolvió» la «cuestión judía». En 1943, unidades del UPA, muchas de las ellas formadas por numerosos colaboradores nazis, masacraron a unos 50 000 polacos en una bacanal de violencia. Los polacos, para encontrar apoyo y poder vengar a los asesinados, se echaron al monte para unirse a los partisanos soviéticos o acudieron a las ciudades a alistarse en las tropas auxiliares germanas. Estalló una guerra a tres bandas entre insurgentes ucranianos, fuerzas antipartisanas alemanas y guerrillas soviéticas que, a partir de 1944, pasó a ser una brutal contienda de contrainsurgencia una vez el Ejército Rojo empujó hacia el oeste a los alemanes. [57]

En Letonia, Lituania y Estonia, la violencia también continuó después de la retirada alemana de 1944. «Para los Estados bálticos –escriben dos historiadores–, la Segunda Guerra Mundial no finalizó hasta principios de la década de 1950». Lo que en otros lugares fueron años de posguerra, allí fueron «años de odio y privaciones», cuyas emociones violentas perduraron largo tiempo. [58] Aquí también habían desaparecido casi todos los judíos, ejecutados por los genocidas nazis y sus aliados locales; en ocasiones asesinados de una paliza por sus vecinos bálticos, como ocurrió en el truculento pogromo de Kaunas de junio de 1941. [59] Algunos nacionalistas se jactaron de sus triunfos bélicos: «Cuando los alemanes empezaron a avanzar hacia el este, nuestros partisanos dispersaron a los bandidos judíos rojos y limpiaron de ellos el país. Es por ello que el Ejército alemán marchó tan rápido hacia el este», decía un panfleto lituano. Sin embargo, en épocas posteriores la intolerancia étnica fue mucho menos pronunciada en este país que en Ucrania. «Los nacionalistas ucranianos –escribe el historiador de la contrainsurgencia soviética más destacado – consideraban enemigos a rusos, judíos y polacos, con independencia de lo que pensasen del comunismo, pero la resistencia báltica no atacó

a civiles rusos, bielorrusos ni polacos» solo a causa de su etnicidad. [60] Como veremos en el Capítulo 8 , en la guerra que siguió a la guerra sí que se mataron numerosos civiles. Al igual que en otros territorios de la Segunda Guerra Mundial soviética, la mayoría de la población tuvo que sortear un terreno terrible en el que había minorías armadas con armamento letal e ideologías no menos mortíferas.

NOTAS

1 Reporte de actividades n.° 703 de la policía secreta de campaña correspondiente al periodo 1-31 de julio de 1941, BA-MA RH 21-3/437, folio 333-339.
2 Budnitskii, O. V. (ed.), 2019, 65.
3 Protassewicz, I., 2019, 128.
4 Alexander Meystel, transcripción de entrevista (24 de diciembre de 1979), William E. Wiener Oral History Library of the American Jewish Committee: *Oral Histories of Recent Soviet Emigres in America Dorot Jewish Division* , New York Public Library, 7.
5 Leonhard, S., 1968, 259, 302.
6 Konstantínova, I., 1974, 50.
7 *Ibid* ., 50, 68, 73, 9-10, 153.
8 Braithwaite, R., 2006, capítulo 6; Kucherenko, O., 2011, 122-123, 151-153.
9 Boletín informativo del NKGB-NKVD, 23 de junio de 1941, Bukov, K. I. (ed.), 1995, 49; Glantz, D. M., 2005, 3-36, 93-170; Shneer, A., 2005, 93-172; Hosking, G., 2002, 162-186.
10 Cifra de nuevas admisiones al partido: RGANI f. 77, op. 1, d. 3; porcentajes de reclutamiento: Krivosheev, G. F. y Filimoshin, M. F., 2001, 19-39, en particular pág. 34. Citas: Reese, R., 2011, 253, 312; condecoraciones: *Bloknot agitatora Krasnoi Armii* [Cuaderno del agitador del Ejército Rojo], n.° 3 (enero de 1945), 28.
11 Edele, M., 2008, 137-138; Budnitskii, O. V., 2014b, 57-84, en particular pág. 60.
12 Altshuler, M., 2014, 16-35, en particular pág. 25.
13 Glantz, D. M., *op. cit* ., 549-550.
14 Schechter, B. M., 2012, 109-133, cita: 119.
15 Florin, M., 2016, 495-516, cita: 496.
16 Reporte secreto del NKVD de la situación económica y política en la Letonia bajo ocupación alemana (enero de 1943), LVA PA-101.5.6, l. 8-19ob, en particular pág. l. 8; acerca de los sentimientos antisoviéticos: l. 8ob.
17 El estudio clásico de 1961 de Raul Hilberg, donde se describe este proceso en detalle, estima un porcentaje de víctimas ejecutadas del 27 por ciento. Según investigaciones más recientes, al menos el 40 por ciento de las víctimas del Holocausto judío pereció fusilado. El término «Holocausto a balazos» fue popularizado por el padre Desbois. *Vid* . Hilberg, R., 1973, 177-256, 767. United States Holocaust Memorial Museum, «Holocaust by Bullets» [https://www.ushmm.org/information/exhibitions/online-exhibitions/special-focus/

desbois]. Longerich, P., 2010, capítulos 10-13. Arad, Y., 2009.

18 Longerich, P., *ibid* . Arad, Y., *ibid* .

19 Una buena introducción a la gran producción existente en torno a esta cuestión es el artículo de Lower, W., 2011, 217-246.

20 Fitzpatrick, Sh., 2017, 133-160.

21 Carmack, R. J., 2019, 83.

22 Barber, J., 1991, 5-18, en particular págs. 13-14, cita: 14.

23 Bidlack, R. y Lomagin, N., 2012, 225, 223-224, 338, 340, 339, 342. El diario del soldado del Ejército Rojo fue capturado por los alemanes: BA-MA RH 19 III/444, folio 239-246. Citas: entrada del 27 de noviembre de 1941 (folio 239); entrada del 30 de noviembre de 1941 (folio 241). Acerca del antisemitismo ya existente en Leningrado, *vid* . Davies, S., 1997, 82-90.

24 Berkhoff, K. C., 2009, 61-105.

25 Reporte secreto del NKVD de la situación económica y política en la Letonia bajo ocupación alemana (enero de 1943), LVA PA-101.5.6, l. 8-19ob, en particular pág. 10ob.

26 «Sobre las atrocidades de los ocupantes germano-fascistas en el territorio de la RS de Letonia» (sellado «secreto», noviembre de 1944), LVA PA-101.6.20, l. 5-10, en particular pág. 5, 7.

27 Extracto del protocolo del interrogatorio de I. S. B., Astrakán, 20 de noviembre de 1947, Archivos del FSB, vía USHMM RG-06.025*22, d. 1371, ll. 229-239, en particular pág. 233.

28 Edele, M., 2017, 141.

29 Malkov, P. V. (ed.), 2020, 274. Los que no regresaron de Alemania fueron los que evitaron ser repatriados, ya fuera porque les gustaba más la vida en el oeste o porque temieran las represalias soviéticas.

30 Un interesante resumen es el libro de Hartmann, Ch. 2013. Acerca del Holocausto como ensayo para genocidios más ambiciosos, *vid* . Gerwarth, R., 2011.

31 Werth, A., 2000, 422.

32 G. Bujantsov, memorias mecanografiadas, inéditas y sin título (*ca* . 1953). Archivo Bakhmeteff, Columbia University, 6-7 (cita), 34-36 (cita: 36).

33 Boletín de información del estado de ánimo de la población de Leningrado (16 de abril de 1943), en Dzeniskevich, A. R. (ed.), 1995, 476-479, en particular pág. 477. Otras manifestaciones de incredulidad en la pág. 478

34 Dzhenalaev, I. K., 1970, 51.

35 «V boiakh za Rodinu i za Stalina» [En las batallas por la patria y por Stalin], memorias anónimas inéditas, mecanografiado, Archivo Bakhmeteff, Columbia University, 355.

36 Diario del comandante partisano Vitalii Vsil'evich Novikov (1944), Archivo Estatal de Estonia, ERA f. 5039, op. 1, d. 4, l. 9.

37 AOK 4, Ia. Nr. 6201/42. geh., «Die Kämpfe der 4. Armee im ersten Kriegsjahr gegen die Sowjets. 22 Juni 1941-22 Juni 1942» (8 de octubre de 1942), Archivos Militares Federales de Alemania, Friburgo de Brisgovia, (BA-MA) RH 20-4/337, folio 39-40.

38 Pohl, D., 2011, 327.

39 Diario de Novikov, *op. cit* ., 2 de febrero de 1944, l. 11.

40 A. Lobachev a Shcherbakov, con sello «secreto» (octubre de 1944), LVA f. PA-101, op. 6, d, 8, l. 21-31, en particular pág. 21.

41 Reporte secreto del NKGB, julio de 1944, LYA f. K-41, op. 1, d. 9, l. 31.
42 Reporte de reconocimiento partisano, 15 de octubre de 1943, LVA PA-101.5.5: 114-119; en particular pág. 119.
43 Jan Kalnberzin y V. Lapis al secretario del Comité Central Malenkov (junio de 1943), LVA f. PA-101, d. 5, l. 5: 36-36ob.
44 Musial, B., 2009, 70.
45 Shepherd, B., 2004.
46 Lochner, L. P. (ed.), 1948, 135.
47 Budnitskii, O. V., 2014, 767-797, en particular pág. 796.
48 Hill, A., 2005, 150.
49 Musial, B., *op. cit* ., 322.
50 Reporte de las actividades del movimiento partisano letón, de enero a mayo de 1944.LVA PA-101.6.11, l. 97-106, en particular pág. l. 98.
51 Slepyan, K., 2006, 28, 35, 51.
52 Budnitskii, O. V., 2014, 796.
53 Merridale, C., 2006b, 305-324, en particular pág. 319.
54 Kozhina, E., 2001, 3.
55 *Ibid* ., 11-16.
56 *Ibid* ., 1, 10, 11, 80, 83-87.
57 Snyder, T., 2003, 197-234.
58 Wolff, D. y Moullec, G., 2005, 42.
59 Klee, E., Dreßen, W. y Rieß, V., 1988, 35-44.
60 Panfleto de la Resistencia lituana (agosto de 1944), en Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), 2008, 177; Statiev, A., 2010, 113.

CAPÍTULO 8

La guerra después de la guerra, 1944-1949

VENGANZA

Mientras el Ejército Rojo perseguía a los alemanes hasta Berlín, Michael Goldberg, Adam Broner y otros supervivientes de la guerra en la Unión Soviética regresaron a su antiguo país, en lo que antes habían sido los países bálticos o la Polonia oriental. Otros judíos, muy pocos, como Markus Lecker, habían sobrevivido a la ocupación alemana y al Holocausto escondidos en los bosques, o con habitantes locales dispuestos a asumir ese riesgo. Ambos grupos encontraron que sus seres queridos, y toda la comunidad, habían sido asesinados. Muchos reaccionaron abandonando aquel territorio, que se había convertido en la tumba de su sociedad. Hubo otros que lograron cruzar ilegalmente la frontera y otros fueron arrestados. Y un tercer grupo se quedó para asegurarse de que los asesinos no escapasen. [1]

Nachman Dushanski pertenecía a este último grupo. Había experimentado una contienda llena de vicisitudes cuando regresó, arma en mano, a su tierra natal: Lituania. Después de la dura retirada descrita en el Capítulo 4 , contribuyó a la protección del Kremlin de Moscú; luego pasó un tiempo en un campamento maderero, donde los efectivos de seguridad del Báltico eran tratados como si fueran miembros del ejército de trabajo. En la primavera de 1942 fue transferido a una escuela especial en la que recibió entrenamiento adicional (uno de sus maestros fue Wilhelm Pieck, el comunista que se convirtió en el primer presidente de la RDA, el satélite alemán de los sóviets).

En el otoño de 1943, el destacamento de élite de Dushanski fue enviado al frente. Primero se dedicó a la caza y captura de oficiales alemanes que sirvieran de «lenguas» a las que «ordeñar» información.

Después, el objetivo pasó a ser el «gobierno local» de los territorios ocupados: «el jefe de policía, el comandante alemán del distrito, los jefes de las unidades policiales punitivas y alimañas similares». Ambas maniobras requerían operar detrás de las líneas enemigas, a veces en coordinación con partisanos soviéticos. También liquidaban «traidores que no habían logrado escapar con los alemanes» del avance del Ejército Rojo. Los colaboradores eran juzgados y con frecuencia ejecutados *in situ* por un tribunal militar ambulante, a veces con la participación activa de la población local.

Dushanski contribuyó a la liberación de Vilna, en competencia con los grupos partisanos del Ejército Interior Polaco (Armia Krajowa, o AK) que pretendían que Wilno [nombre polaco de Vilna] volviera a ser polaca. Un grupo de guerrilleros judíos de los bosques de la zona de Vilna apoyó a las fuerzas especiales soviéticas contra los irregulares polacos y contra las tropas alemanas en retirada. Durante los combates por las calles de la capital de Lituania, Dushanski encontró a supervivientes del genocidio del pueblo romaní.

En Kaunas halló a judíos supervivientes, una experiencia que le llevó a pasar de identificarse como «chekista de origen judío» a «judío que trabaja para la Cheká». Esta reafirmación de su judaísmo, provocada por el Holocausto, fue muy común (aunque no universal) entre los judíos soviéticos. Dushanski se sintió obligado a vengar a su familia y comunidad de origen (solo un hermano había sobrevivido a la guerra):

> Fui al noveno fuerte, donde los alemanes habían exterminado a muchas decenas de miles de judíos y prisioneros de guerra soviéticos. Ese día, mientras contemplaba las fosas comunes, me juré que no descansaría, que no dejaría nunca de destruir a esos asesinos y matarifes, hasta que hubiera vengado a mi familia perdida y a todos los judíos lituanos asesinados. Hasta ese día, yo me había considerado en primer lugar un chekista, un oficial y un comunista, y solo después de eso un judío. Pero eso cambió. Me dije: soy un judío antes que nada y todo lo demás ya no tiene ninguna importancia. Me prometí que nunca dejaría de vengar a los míos, que en Lituania solo habían sobrevivido unos pocos. No descansaría hasta que el último de esos verdugos yaciera en la tumba o se pudriera en las nieves de Kolimá.

Dushanski era hombre de palabra. Y su cargo de representante de los servicios de seguridad de Stalin le proporcionaba los medios para

dar rienda suelta a su justa ira: estuvo muchos años a cargo del departamento de combate del bandidaje del Ministerio de Seguridad del Estado (MGB) de Lituania, nombre que recibió una de las secciones de la policía secreta estalinista después del enésimo cambio de nombre. Durante una década, combatió a los partisanos lituanos (los Hermanos del Bosque) y procesó a sus líderes («mi guerra no terminó hasta diez años después de la Victoria»). «De hecho, esta fue una contienda civil –le dijo a su entrevistador– en la que, en nuestro bando, combatía gente que tenía un profundo convencimiento de la justicia de nuestra causa y la pureza de nuestros ideales». Al otro lado de la línea de frente, solo veía «en su mayor parte, a antiguos verdugos y miembros de las fuerzas punitivas que organizaron los alemanes». Por descontado, los lituanos emboscados que operaban en la clandestinidad lo veían de otro modo. Su punto de vista, se quejó Dushanki, se había convertido en la memoria oficial de la Lituania actual: los medios de hoy presentan esta guerra desde una «única y falsa perspectiva», en la que «los malvados soviéticos y los monstruos ruso-judíos del NKVD estrangularon al pueblo lituano». Esto no se parece en nada a lo que sucedió en realidad. [2]

RESCATE

Lo que sí que era cierto es que Dushanski emprendió una guerra contra los asesinos de su pueblo, una lucha que coincidió con el enfrentamiento soviético contra colaboracionistas y guerrillas nacionalistas. Dushanski, de hecho, fue mucho más allá de una alianza tácita con el Estado soviético, algo habitual durante la contienda, como ocurrió con numerosos ciudadanos soviéticos con cuentas que saldar, personales, familiares o nacionales. Dushanski, por su parte, actuaba tanto como agente del Estado estalinista como en calidad de combatiente de la resistencia judía.

En el verano de 1945, durante la primera oleada de deportaciones que vino con la resovietización, infringió por primera vez la ley soviética para salvar judíos:

> […] todos los alemanes de Lituania y de la región de Klaipėda fueron expulsados a la región de Krasnoiarsk, al igual que los elementos criminales y antisociales: ladrones profesionales, prostitutas y sujetos similares. Se anunció que estas expulsiones serían temporales. En toda Lituania, 6000 personas sufrieron la deportación, de las cuales unas 600 de Kaunas. Llegué a casa del

trabajo y vi a mi mujer, estudiante de medicina, sentada con dos de sus amigas estudiantes. Todas lloraban. Por lo general estudiaban juntas, las cuatro, pero una de ellas no estaba y las otras estaban arrasadas por las lágrimas. Le pregunté a mi mujer: «Pero ¿dónde está Nadia? ¿Qué ha pasado?». «¿No lo sabes? Se la han llevado con toda su familia […] y los van a deportar a Siberia. ¡Resulta que ahora son alemanes!». «Pero ¿qué clase de alemanes son? ¡Ella estuvo en el gueto! ¡Y tiene un nombre completamente judío!». «¡Su madre es alemana y por tanto los envían a todos al exilio!». Llamé a dos camaradas. De uniforme y armados con fusiles automáticos, condujimos a la estación de tren. Toda la estación estaba rodeada de la milicia y de soldados del NKVD, pero les mostramos nuestros papeles que impedían que nadie nos detuviera. Encontré a la familia de Nadia en el vagón junto con los deportados de Kaunas. Ordené a la familia que nos siguiera, pero un mayor con un destacamento armado nos siguió: «¿Qué derecho tiene?». «Este: departamento de lucha contra el bandidaje. ¡Ahora, son nuestra responsabilidad!».

Le extendí un recibo por cuatro personas, hice subir al vehículo a toda la familia y la llevé de vuelta a casa. Su apartamento había sido saqueado a fondo por sus vecinos lituanos […] les dije: «Id a Vilna. Encontrad a este hombre (les dije un nombre) en la sinagoga, él os ayudará». Ese hombre estaba en contacto con la organización «Bricha». [3]

Dushanski había tenido conocimiento de Bricha («huida», en hebreo), la organización clandestina que pasaba ilegalmente judíos de Europa a Palestina, por antiguos camaradas con los que se había criado. Estos habían sobrevivido a la guerra con los partisanos o con el Ejército Rojo y ahora trataban de salvar lo que se pudiera de la comunidad judeo-lituana, en otro tiempo vibrante. Le pidieron que se uniera a ellos en Palestina para combatir por un hogar nacional judío, pero «en 1945 yo no podía hacer eso. No quería ser un desertor. Aunque lo importante era otra cosa: tenía que vengarme de los colaboracionistas con los alemanes. Este era mi principal objetivo en la vida. Además, todavía creía en el partido y en el régimen soviético». De igual modo, ayudó a la organización con documentos falsos y entregó otros de criminales de guerra alemanes que fueron enviados ilegalmente al oeste para continuar allí la persecución de los que habían escapado de la justicia soviética.

De haber sido atrapado en esa tarea, habría tenido suerte si lo hubieran condenado a diez años de gulag. Era consciente de ello, pero no lo detuvo. Unos pocos meses después, volvió a abusar de su autoridad para salvar judíos de la persecución soviética. En noviembre de 1945, su cuartel general se llenó de supervivientes del Holocausto de Kaunas que habían intentado cruzar la frontera con Polonia para desde allí seguir a Palestina. Cruzar la frontera de forma ilegal estaba considerado un delito de traición. Se aseguró de que mujeres y niños fueran puestos en libertad y de que a los once hombres restantes se les acusara de una falta menor: entrar de forma ilegal en una zona fronteriza. De su entrevista se deduce que estas no fueron sus únicas acciones.

Por tanto, los intereses del judío renacido Dushanski se superponían con los del Estado soviético, aunque no eran idénticos: esta es una de las muchas complejidades que no encajan en los enfoques antisemitas. Por desgracia, en ciertas partes del este de Europa ha resurgido el relato de los «chekistas judíos» y de una supuesta «conspiración judeo-bolchevique». Pero la autorrepresentación de Dushanski, si la aceptamos como la verdad histórica inalterada, también es defectuosa. Al fin y al cabo, él fue un ejecutor fiel y convencido de la ocupación estalinista y la sovietización de Lituania. Puede añadirse, sin embargo, un giro más a esta historia: en los años de posguerra, el mismo Estado soviético al que servía Dushanski se tornó antisemita debido a la campaña contra el «cosmopolitismo desarraigado». Este se libró porque se ocultó en provincias una vez que el panorama se puso caliente, pero, a largo plazo, solo se salvó gracias a la oportuna muerte de Stalin, en 1953. [4]

EN LOS BOSQUES

Dados los recursos soviéticos, ninguno de los grupos nacionalistas de resistencia de Ucrania, Bielorrusia, Letonia, Lituania y Estonia tuvieron nunca la menor posibilidad en combate abierto contra el Ejército Rojo o las fuerzas de seguridad. [5] Los hombres de Dushanski disponían de «numerosos expartisanos y guardias fronterizos con prolongado servicio, gente con mucha experiencia de combate y un gran entrenamiento. Por tanto, las unidades de este regimiento constituían una fuerza de combate seria». Era un grupo multinacional de comunistas: lituanos, rusos étnicos de Lituania, unos pocos judíos y un tártaro. Los comunistas veteranos estaban bien representados, en particular antiguos soldados de unidades de reconocimiento o de

contrainteligencia militar. Recibieron entrenamiento especializado para su nueva misión en una escuela secreta de policía de Kaunas, donde aprendieron «muchos aspectos de la "guerra antipartisana", desde orientación nocturna en el bosque a la organización de emboscadas».

Sus adversarios estaban mucho peor entrenados, organizados y equipados. En 1944 puede que hubiera 33 000 guerrilleros lituanos, además de unos 25 000 efectivos del AK polaco que operaban en la zona de Vilna. [6] Los insurgentes lituanos tenían mucho menos experiencia militar. Unos pocos habían servido durante la contienda en unidades alemanas, pero muchos más habían eludido el servicio en las fuerzas germanas por los mismos motivos patrióticos que ahora les llevaba a oponerse a sus nuevos amos soviéticos. [7] «Algunos de los que se unieron a los partisanos –escribe un historiador lituano–, nunca habían empuñado un arma». [8] Sufrieron mucho contra las unidades de seguridad soviéticas, no mucho más numerosas, pero mucho mejor equipadas, entrenadas y comandadas: unas 17 000 según Dushanski y entre 7000 y 11 000 auxiliares policiales, los «batallones de destrucción». No eran bastantes para barrer a los insurgentes, pero sí suficientes para reducir la cantidad y mantener al resto confinado en búnkeres subterráneos y otros escondrijos. [9]

Entre la liberación de Lituania, en julio de 1944, y el 25 de abril de 1946, los soviéticos mataron a 12 809 insurgentes y arrestaron a 15 309. [10] Otros abandonaron los bosques y legalizaron su situación, dada su condición desesperada: más de 6000 en 1945. [11] En el verano de 1945, los soviéticos estimaban que solo quedaban unos 6200 guerrilleros lituanos y, un año más tarde, los nacionalistas habían quedado reducidos a unos 4500 combatientes. Les habían infligido una derrota militar definitiva. Esto los llevó a reorganizarse y formaron pequeñas células ocultas en búnkeres en zonas boscosas que empleaban tácticas diferentes. [12] El resto de territorios de la frontera oeste (Estonia, Letonia, Bielorrusia y Ucrania) siguió una pauta similar. Hacia el verano de 1946, la confrontación militar estaba finiquitada. A partir de entonces, los grupos clandestinos recurrieron a tácticas terroristas y la mayoría había sido liquidada a finales de 1949, si bien hubo quien continuó la lucha hasta principios de la década de 1950. Podemos pues considerar el año 1949 como el momento de finalización de esta guerra después de la guerra y, con este, el fin de la Segunda Guerra Mundial soviética.

A pesar de la derrota militar inicial, la resistencia lituana demostró un aguante notable, pues no dejó de alistar nuevos reclutas: en total,

entre 1944 y 1950 cerca de 100 000 lituanos formaron parte de las unidades guerrilleras. [13] Dushanski achacaba esta tenacidad al discurso de 1946 de Winston Churchill, el del «telón de acero». Es cierto que los combatientes clandestinos nacionalistas resistieron contra todo pronóstico, con la vana esperanza de que Estados Unidos y Gran Bretaña acudieran en su ayuda, que la Segunda Guerra Mundial contra el fascismo se transformaría en la Tercera Guerra Mundial contra el bolchevismo y que combatirían junto con estadounidenses y británicos (¿y tal vez también los alemanes?) por la liberación de su país y la destrucción del comunismo. Todo esto no era más, por supuesto, que castillos en el aire, aunque compartidos por amplios sectores del campesinado ucraniano y ruso. Corrían rumores de que una nueva conflagración liquidaría las odiadas granjas colectivas. Mas los nacionalistas también lograron reclutar combatientes porque había vuelto a iniciarse la terrible resovietización. Muchos se emboscaron para no ser movilizados por el Ejército Rojo y otros para escapar a la deportación y deskulakización. [14]

Lo que les esperaba en los bosques distaba de ser heroico. Los activistas pasaban la mayor parte del día sin hacer gran cosa, salvo esconderse, escapar de las fuerzas de seguridad soviéticas, cada vez más numerosas, y, en ocasiones, perpetrar actos terroristas contra los partidarios del poder soviético. Uno de estos activistas dejó un diario, que fue hallado después de que uno de sus camaradas fuera arrestado en su escondite por los hombres de Dushanski. El diario es la crónica de un tiempo malgastado. De hecho, el motivo principal por el que parece haber sido escrito es combatir al aburrimiento enloquecedor de permanecer en un agujero en el suelo, solo o con unos pocos camaradas, en espera de que el enemigo los encontrara. Al inicio del diario, «Tigras», o tigre, como se llama a sí mismo con modestia, combatía con un grupo de tamaño razonable, 33 personas, según la entrada del 18 de febrero de 1945. «La mayoría de los hombres no ha participado en los combates del frente durante la guerra y ni siquiera han estado en el ejército», observa con cierta rabia. Había unos pocos veteranos que habían servido con los alemanes, los cuales asumían el liderazgo en combate. Ese día, perdieron ocho hombres en un encuentro con las fuerzas de seguridad soviéticas, masacrados en un enfrentamiento desigual por el fuego de ametralladora del enemigo. Los supervivientes, ayudados por la población local, lograron llegar con un familiar que los ocultó. Por fin, se reunieron con otros tres supervivientes, pero pronto volvieron a dividirse en grupos más reducidos. Los dos heridos se quedaron con lugareños que cuidaron de

ellos. Sobrevivieron al invierno como pudieron. [15]

Hacia el verano de 1945, el grupo había crecido hasta los 16 miembros. Para sobrevivir, asaltaban granjas colectivas para obtener comida. Salvo dichas incursiones –robos, en realidad, legitimados por el hecho de que los granjeros a los que atracaban trabajaban para los koljozes soviéticos–, la única operación que llevaron a cabo fue la ejecución de un soldado ruso que había saqueado a los locales. Por lo demás, estaban en constante huida. Un problema persistente eran los aviones de reconocimiento, que detectaban a los partisanos. Entonces, de improviso, un gran grupo de soviéticos –unos 100 hombres de las fuerzas de Dushanski– surgió de repente sobre los desprevenidos partisanos, que mató a 6 en otro combate desigual. En otras dos ocasiones, lugareños –o «traidores» en palabras del autor del diario– revelaron el escondrijo del grupo. Acumularon nuevas bajas. En otra situación, un espía descubrió dónde se ocultaban 4 partisanos y 300 efectivos de seguridad llegaron para aniquilarlos. Se hicieron fuertes en una granja, pero los soviéticos la prendieron fuego y entre las llamas perecieron. [16]

Tigras estaba obsesionado por la presencia de traidores entre la población local: una joven del Konsomol que trabajaba de enfermera, cuyo hermano (miembro de un batallón de destrucción) había sido ejecutado por la resistencia clandestina; un antiguo vecino que se había hecho comunista y que pasaba información de las guerrillas, *etc.* A pesar de que creían contar con el apoyo de la mayor parte de la población, él y sus hombres vivían aislados y temerosos del entorno. De pasada, el autor del diario menciona palizas a los comunistas del pueblo, los cuales tomaban represalias. Los intentos de obtener ayuda de la población local eran cada vez más infructuosos. El diario relata la lucha desesperada por mantenerse vivos: esconderse, escapar a las fuerzas de seguridad y los batallones de destructores (o «aniquiladores», como se conocía a los miembros de estas milicias prosoviéticas), evitar a los espías. Cada vez era más difícil moverse o conseguir suministros. Ya no les quedaba mucha energía para el combate. Tigras sobrevivió al invierno de 1945-1946 encerrado en un búnker clandestino construido cerca de la granja solitaria de un viejo amigo. [17]

Hacia el verano de 1946, Tigras y sus camaradas operaban en grupos muy reducidos –de dos o tres– y sufrían una presión constante de las tropas de Dushanski. Su vida era un constante esconderse y escapar, esconderse y escapar, siempre preocupados por los espías, que parecían estar por doquier entre la población civil. Hicieron

planes para liquidar a algunos «aniquiladores» pero fracasaron debido a que sus objetivos fueron advertidos por uno de los omnipresentes informadores. Por fin, lograron matar a un «bolchevique», el cual, escribió con teatralidad, cayó «sobre suelo lituano». La mayoría de las otras iniciativas fracasó. Así, por ejemplo, Tigras y sus compañeros trataron de robar una estación de tren para poder comprar armas y munición, pero solo consiguieron 30 rublos y algunos cigarrillos. Entre estos desastres, Tigras nos deja estampas que ilustran su visión del mundo: la estación estaba llena de pordioseros rusos que habían venido a Lituania a explotar a la población local; en las paredes había grandes retratos de Stalin y de «otros judíos bolcheviques»; los ocupantes bolcheviques eran «mongoles». [18]

DEPORTACIONES

Tigras resistió hasta la primavera de 1949: aburrido hasta la desesperación en su búnker la mayor parte del tiempo y el resto hambriento, acosado y obsesionado con los espías. En marzo, empezaron a llegarle rumores persistentes de que la deportación era inminente. Los partisanos lo escucharon, pero no hicieron nada por impedirlo. Permanecieron en su escondite y se quejaban de que no hubiera mujeres en la cabaña: no había nadie que cocinase. El 25 de marzo, Tigras se despertó con la noticia de que la población estaba siendo deportada. Habían llegado numerosos camiones; en cada uno de ellos había dos o tres familias, vigiladas por fuerzas de seguridad soviéticas; seis camiones partieron en caravana hacia la estación de tren, donde esperaba un convoy de transporte. Los partisanos observaron furiosos, pero no hicieron nada. A las dos de la tarde, hubo otro convoy de diecisiete camiones. Mujeres y niños lloraban. Los hombres, taciturnos, miraban al vacío. Más tarde hubo otro convoy de doce camiones, y luego otro de diez. Los partisanos se fueron, pues ya no podían seguir mirando. Creían que el objetivo de la deportación era el exterminio del pueblo lituano, una interpretación errónea que pervivió en el futuro en la idea de que los bolcheviques intentaron un «genocidio» en los países bálticos. [19]

El verdadero motivo de estas medidas inhumanas era la contrainsurgencia: desde la colectivización y deskulakización del núcleo central soviético, en los inicios de los años treinta del siglo XX, las fuerzas de seguridad soviéticas habían descubierto que la mejor manera de detener un alzamiento era desplazar a los potenciales grupos problemáticos y sus familias. Durante su prolongada Segunda

Guerra Mundial habían perfeccionado esta técnica, que empezó por los coreanos en 1937 y después con las muchas «operaciones nacionales» relatadas en otros capítulos del presente libro. El que a menudo deportasen a las personas equivocadas –debido a que las seleccionaban con arreglo a criterios «objetivos» (clase social o nacionalidad)– no quiere decir que la táctica no funcionase: cuando se amenazó con el traslado a todo aquel que se negara a incorporarse a las granjas colectivas, la popularidad de la colectivización aumentó de forma repentina en los territorios fronterizos occidentales. Los granjeros colectivizados podían controlarse mucho mejor, tanto en lo económico como en lo político, que las familias individuales a cargo de su propia tierra y su medio de producción. Como observó resignado Tigras el 29 de marzo de 1949, mientras escribía en un búnker lleno de civiles que habían escapado de la deportación, la agitación de los «aniquiladores» a favor de la incorporación a los koljozes obtenía ahora muchos mejores resultados: la gente temía ser deportada, por lo que se unía a ellos. [20]

GUERRA SUCIA

Ocho meses más tarde, le llegó el turno a Tigras: el 20 de noviembre de 1949, Albinas Milchukas, pues ese era su verdadero nombre, fue detenido por los sóviets. Sobrevivió a la captura y fue sentenciado a veinticinco años de trabajos forzados en un campo de reeducación (la pena de muerte había sido abolida en 1947). Cumplió su sentencia en Karlag, Kazajistán, y regresó a Lituania. [21] Uno de sus últimos actos antes de ser arrestado fue aterrorizar a los granjeros de los koljozes. «Pasamos casi todo el día debatiendo qué hacer con la aldea de T., donde casi toda la población se ha unido al koljoz», escribió el 6 de abril. En particular, los activistas que se incorporaron primero suponían un problema, pues debían dar ejemplo al resto. «Pensamos mucho qué hacer y, por fin, decidimos ir a visitar a esos degenerados». Al anochecer, y algo ebrios después de haber bebido después de la cena, se echaron las armas al hombro y marcharon bajo la lluvia y el viento hasta la cabaña de los activistas de la aldea. «Estos caballeros no esperaban recibir semejantes invitados […] pensaban que los partisanos les dejarían tranquilos y construir el koljoz en paz […] los asustamos un poco […] prometieron abandonar el koljoz». [22]

El objetivo de estas «charlas» no era, por supuesto, los «ocupantes rusos», ni siquiera los «judíos bolcheviques», sino sus compatriotas lituanos, que habían decidido unirse a la granja colectiva para evitar

ser deportados. Estos, al igual que los «espías» que pasaban información a las autoridades, se incluían en la categoría de «traidores», esto es, colaboradores con el ocupante. Sin embargo, como admite un historiador lituano, «perecieron civiles inocentes a causa de esta actividad partisana». [23] Esto es un eufemismo. Como ha señalado un segundo historiador, las «víctimas principales» de las guerrillas –tanto en Lituania como en el resto de los países bálticos o en Ucrania– eran «objetivos fáciles, los campesinos que encajaban en su definición de colaborador». [24]

Las estadísticas son inequívocas. En Lituania, las fuerzas de seguridad mataron en 1944 a 1826 partisanos a cambio de tan solo 93 bajas propias. Por su parte, los partisanos mataron a 582 partidarios de los soviéticos, de los cuales un 43,5 por ciento eran activistas del partido o del Gobierno y un 42,8 por ciento otros civiles. Solo el 13,7 por ciento pertenecía a los efectivos de seguridad, policía o personal militar. El porcentaje de bajas de las operaciones de la contrainsurgencia soviética se mantuvo inamovible durante los años siguientes: en las operaciones antipartisanas, desde 1944 hasta 1948, solo caía un combatiente de las fuerzas de seguridad por cada 10 partisanos muertos. No obstante, a las guerrillas se les daba mejor liquidar civiles. En 1945, ejecutaron a 1630 civiles y 575 activistas; en 1946 la cifra correspondiente fue de 2029 y 432. Así, después de la derrota militar, eliminaban más gente que durante la confrontación abierta contra las tropas de ocupación. La ratio cambió a favor de los insurgentes: si en 1945 morían 3 partidarios de los ocupantes por cada 10 partisanos, en 1946 la cifra fue de 15 y en 1948 de 16 soviéticos por cada decena de combatientes de la resistencia lituana. Aunque todas las pérdidas «soviéticas» eran civiles locales. En ese aspecto, la guerrilla lituana no era especial: a pesar de diferencias menores, en particular el tamaño de las insurgencias (mayor en Ucrania, menor en Estonia), las cifras similares son muy parecidas tanto en Letonia como en Estonia, Bielorrusia o Ucrania. En su lucha por liberar al país de lo que consideraban una ocupación «rusa» o «judeo-comunista», los nacionalistas mataban sobre todo a su propia gente. [25]

La contrainsurgencia soviética combinaba operaciones secretas, infiltración, misiones de información y operaciones de búsqueda y destrucción, con ofertas de amnistía y la amenaza de deportar a los familiares. Los insurgentes tenían la opción de entregarse y colaborar con los soviéticos o de ser destruidos por un adversario que contaba con una potencia de fuego aplastante y además deportaría a sus seres queridos. Estas tácticas tuvieron éxito. Sembraban disensiones

internas, aislaban a los insurgentes del entorno social y les forzaban a elegir entre la lealtad a la causa o a la familia. Las deportaciones en particular –que padecieron unas 203 737 personas en Ucrania occidental y 190 658 en las tres repúblicas bálticas– roturaron el suelo en el que la insurgencia arraigaba: quienes podían apoyar la resistencia ya no estaban, se habían unido a las granjas colectivas o temían ser enviados a Siberia, por lo que evitaban a los insurgentes como a la peste. Fue así como se pacificaron las tierras fronterizas. [26]

Las unidades de contrainsurgencia de las tierras de la frontera occidental cometieron numerosos crímenes: violaciones, asesinatos indiscriminados, robo y destrucción. Así, por ejemplo, el 22 de octubre de 1944, un destacamento de contrainsurgencia que operaba en Ucrania fusiló a 10 campesinos inocentes e incendió 45 cabañas para vengar la pérdida de 3 soldados. [27] El 13 de marzo de 1945, un grupo arrestó a un hombre sospechoso de militar en la resistencia clandestina. El sospechoso no podía caminar, pues padecía tuberculosis, pero los soviéticos lo ejecutaron igualmente. Dos días más tarde, un segundo destacamento entabló un tiroteo contra guerrillas nacionalistas. Capturaron a uno de los supervivientes, pero el soldado que debía sacarlo del bosque para arrestarlo optó por rematar al herido y regresar con los demás. El 8 de abril, una unidad entró en una aldea después de un combate con «bandidos»; decidieron quemar cuatro casas. [28] La noche del 10 de enero de 1946, la 10.ª División Mecanizada fue tiroteada por «bandidos desconocidos» a su paso por una aldea ucraniana. Los soldados respondieron prendiendo fuego a 23 cabañas. Varios habitantes murieron en el incendio. «Durante el fuego, los soldados de esta unidad robaron la propiedad de la población, violaron mujeres y apalearon y mataron a ciudadanos de la aldea», según el informe policial del incidente. Esta violencia indiscriminada afectó también a inválidos de guerra y a familias de veteranos del Ejército Rojo. [29]

El que esta violencia fuera perpetrada por agentes uniformados del Estado soviético no significa que formase parte del programa totalitario de reconstrucción social. Como explica el historiador de la contrainsurgencia soviética más destacado, «los altos mandos del partido y los jefes de la policía comprendían que la violencia arbitraria y la corrupción de las fuerzas de seguridad causaban un perjuicio inmenso a la pacificación». [30] De aquí que, en 1944, se juzgase en Ucrania a 518 funcionarios del NKVD, por, entre otros cargos, uso ilegal de armas, saqueo y robo. Entre los condenados había dos que habían quemado una cabaña, que acabó con la vida de la

mujer e hijo de un combatiente clandestino, por lo cual recibieron una sentencia de diez años de trabajos forzados. [31] En 1945 fueron juzgados un total de 391 miembros de la seguridad, [32] algunos de ellos sospechosos de torturar. [33] El empleo en los interrogatorios de «métodos ilegales de investigación», esto es, palizas y otras formas de tortura podían ocasionar la expulsión del Partido Comunista y poner fin a extensas carreras en la Cheká. [34] Así pues, los dirigentes estatales y del partido «nunca dieron carta blanca a las agencias de seguridad durante la campaña de contrainsurgencia en las tierras fronterizas –remarca este mismo historiador–. Querían que la represión fuera centralizada y selectiva». [35]

¿LIBERACIÓN U OCUPACIÓN?

Por otra parte, semejante violencia convenció a los lugareños de que el regreso de los sóviets no constituía ninguna «liberación», sino más bien una nueva «ocupación». El caso de Estonia es instructivo al respecto. La pequeña nación báltica había padecido terribles sufrimientos durante el primer año de ocupación soviética, en 1940-1941, y con los alemanes sufrió menos que otros territorios. «En comparación con otras regiones de la Unión Soviética –escriben dos destacados especialistas–, en Estonia la ocupación alemana de 1941 a 1944 fue relativamente suave. Murieron asesinados unos 8000 habitantes –señalan–, entre ellos casi todos los judíos que quedaban y buena parte de la población romaní». Los estonios étnicos «recibieron mejor trato que otros europeos del este». Es más, el país perdió muchos más habitantes a causa de los soviéticos: bajo arresto, durante la deportación, en asentamientos especiales, en el gulag, en batallones de trabajo, asesinados por los soviéticos en retirada durante la bacanal de violencia del verano de 1941, víctimas de las operaciones de contrainsurgencia tras el retorno o a causa de la hambruna de 1946-1947. En conjunto, pereció al menos el 7,2 por ciento de la población de Estonia, la mayoría a resultas de la ocupación y sovietización consiguiente. Muchas de estas muertes, por supuesto, no eran intencionadas: los soviéticos no pretendían matar gente en los trenes de deportación, ni dejarla perecer de inanición en 1946-1947, pero lo cierto es que los estonios tuvieron que sufrir esos efectos de la ocupación. A muchos, los nazis les parecían el mal menor. En 1944, un asombroso porcentaje de la población, el 7 por ciento, combatió junto con la Wehrmacht contra el Ejército Rojo y 70 000 escaparon al oeste con las unidades alemanas en retirada. [36]

Los que se quedaron tuvieron que soportar más de lo mismo. Durante los años 1944-1952, la represión en las tierras de la frontera occidental alcanzó niveles estremecedores: los soviéticos arrestaron, deportaron o mataron en operaciones de contrainsurgencia a casi un millón de personas de Ucrania occidental y los países bálticos. Estas cifras, en comparación con el conjunto de los habitantes de dichas regiones, significan que un 6 por ciento de la población anterior a Barbarroja de Ucrania occidental, Letonia y Estonia pereció víctima de esas tres formas de represión. En Lituania, el porcentaje alcanzó la increíble cifra del 9 por ciento. Son porcentajes impactantes. La «vieja» Unión Soviética vivió una guerra contra la población solo comparable a la colectivización y deskulakización de los primeros años de Stalin. [37]

Además de las operaciones militares contra las guerrillas clandestinas, las fuerzas de seguridad soviéticas también se dedicaban a un detallado trabajo policial contra los colaboracionistas con los alemanes, incluidos los perpetradores del Holocausto. Les ayudaba el hecho de que los crímenes de guerra hubieran tenido lugar a plena luz del día: había numerosos testigos del arresto y fusilamiento de los judíos y de la falta de atención y ejecución de prisioneros de guerra. Los soviéticos también habían capturado archivos germanos que permitían demostrar, fuera de toda duda, la participación de alguien en la policía auxiliar organizada por los alemanes o en formaciones militares, así como en la administración civil de los ocupantes. La mayor parte de historiadores que han trabajado en los procedimientos soviéticos de juicios por crímenes de guerra ha concluido que dichas investigaciones, si bien no faltaron torturas ni otras irregularidades procesales (como reconoció incluso el propio Dushanski) en su gran mayoría sentenció a verdaderos criminales de guerra y no, como ocurrió en 1937-1938, a enemigos imaginarios del poder soviético. En la posguerra, muchos de estos criminales de guerra se habían convertido en combatientes por la libertad y Dushanski mezclaba a ambos grupos de forma sistemática. A esta visión, los nacionalistas lituanos, estonios, letones y ucranianos opusieron, tanto entonces como hoy, una celebración igualmente unidimensional de la resistencia. [38]

La realidad sobre el terreno era mucho más compleja. Ni todo combatiente de la resistencia fue un antiguo colaborador nazi, ni todos los criminales de guerra fueron luchadores por la libertad. Los alemanes reunieron en los Estados bálticos unos 180 000 colaboradores armados: policías, tropas de la Wehrmacht y de las SS,

paramilitares y auxiliares, *etc.* [39] Muchos de ellos no sobrevivieron a la contienda o se retiraron con los soldados de Hitler. Después de la guerra, en las operaciones de contrainsurgencia de los soviéticos, se arrestaron a más de 248 000, esto es, una cifra un 40 por ciento superior al total de combatientes que sirvió con el uniforme alemán. Este cálculo no incluye a los más de 23 000 caídos en operaciones de contrainsurgencia, por no mencionar a los 190 000 deportados al *hinterland* soviético por ser familia de *kulaks* y nacionalistas «emboscados», o acusados de ayudar y fomentar la resistencia antisoviética. [40]

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Al mismo tiempo, no debe confundirse resistencia con el conjunto de la población. Según los historiadores lituanos, cerca de un 4 por ciento de la población «participaba de forma directa (como partisanos) o indirecta (como apoyo) en la resistencia armada antisoviética». El que esta suma «duplicase al porcentaje de personas implicadas en la guerra partisana de Vietnam», puede ser cierto; pero no dejaba de ser solo un 4 por ciento. [41]

La espectacular confrontación entre efectivos de seguridad soviéticos y la guerrilla local puede hacernos olvidar con facilidad que los partidarios incondicionales del poder soviético (como Dushanski) y sus acérrimos oponentes (como «Tigras») constituían una minoría. Como observó Dushanski con toda justicia, «una gran parte del pueblo lituano quería vivir y trabajar en paz y no participó en la clandestinidad ni en la guerra "del bosque"». Se adaptaron al nuevo régimen, con mayor o menor entusiasmo, y se quejaban en secreto. Soñar con ser liberados por Estados Unidos era una cosa; tomar las armas y jugarse la existencia –y, lo más importante, la vida de su familia– era otra bien distinta. [42]

Como han remarcado cada vez más historiadores, esta idea también era verdad de forma más general y durante toda la contienda: había fuertes minorías que apoyaban o se oponían al régimen estalinista. Los extremos de colaboración directa con los ocupantes alemanes y de resistencia a la ocupación germana están bien documentados. Tanto los partisanos prosoviéticos como las guerrillas nacionalistas antisoviéticas eran grupos minoritarios en los territorios bajo ocupación alemana. La mayoría de la población trataba de escapar como podía de la violencia de estos grupos, así como de la de los ocupantes. En el territorio bajo control soviético, por otro lado, los

voluntarios eran minoría entre los reclutas del Ejército Rojo, al igual que también lo eran quienes evadían el servicio militar o desertaban. A la mayoría no se le pidió consentimiento para reclutarla para combatir o para trabajar. [43]

De igual modo, después del retorno del poder soviético a las tierras de la frontera oeste, la población se enfrentó a dilemas casi imposibles. «Los simples campesinos estaban en la peor situación –escribe un historiador de la sovietización de los Estados bálticos–. Se vieron "entre la espada y la pared": si saboteaban las campañas estatales, serían represaliados por el Estado; pero si participaban en estas campañas, serían castigados por los "hermanos del bosque"». Tratar de decidir qué represión era más legítima, continua el citado especialista, era irrelevante: «Para los campesinos no había la posibilidad de elegir entre "mejor" y "peor"». [44]

OLA DE CRÍMENES

Así pues, en última instancia, la mayoría de la población quería vivir en paz, alimentar a la familia, sobrevivir y quizá incluso prosperar en la vida. Se alinearía con quien quiera que monopolizase los medios de violencia y estableciera, por tanto, una situación más o menos predecible. No era una tarea fácil, pues proliferaban la violencia y el crimen y no solo en las tierras de la frontera oeste. «Ya no se puede salir a la calle –se quejaba un residente de Moscú a finales de 1945–. Temo más por mi vida ahora que durante la guerra», añadió. «No se puede vivir por culpa de ladrones y vándalos –se lamentaba un segundo–. ¿Por qué no pueden tomar medidas más drásticas contra estos para proteger la vida de los ciudadanos pacíficos?». [45] En 1945-1949, la única fuerza que podía proteger a los ciudadanos de la violencia de hombres armados, en Moscú y en el resto de Eurasia, era el Estado soviético. Este se esforzó por contener la orgía delictiva provocada por la guerra. Las estadísticas secretas soviéticas nos revelan su geografía: en 1946, los servicios de seguridad liquidaron a 1196 grupos de resistentes nacionalistas, casi todos ellos en las fronteras occidentales, pero también destruyeron o detuvieron a los miembros de 2895 bandas criminales, el 84 por ciento de las cuales había operado en el corazón de la «vieja» Unión Soviética, no en los nuevos territorios. [46]

La ley contra el robo de 1947 constituye un elemento jurídico central en este contexto. Se imponían castigos terribles por apropiación indebida, tanto de la propiedad del Estado como de los

ciudadanos (denominada «propiedad personal», pues, por motivos ideológicos, la «propiedad privada» no podía existir en la Unión Soviética). Esta legislación era la clásica aplicación de mano dura para solucionar un problema real: el robo persistente de grano en las granjas colectivas, de pan en tiendas o a individuos y artículos de uso cotidiano tanto a empresas como a ciudadanos. Esta ley castigaba el robo a un individuo con cinco a seis años en un campo de trabajo. Si era perpetrado por una banda organizada o de forma reiterada, la condena era de seis a diez años. Los atracos eran penados con diez a veinte años en el gulag, en función del nivel de violencia y organización del delito. Además, el Estado les confiscaba sus propiedades. El decreto que protegía la propiedad de las empresas estatales y granjas colectivas imponía castigos aún más severos: de cinco a ocho años por apropiación indebida de bienes de granjas colectivas y de siete a diez por robo a empresas y organizaciones estatales. En ambos casos existía la posibilidad de confiscar las propiedades del responsable. De ocho a veinte años, con incautación de propiedades, si la apropiación indebida afectaba a grandes cantidades, era reiterada o perpetrada por un grupo organizado. [47] A resultas de estas leyes, entre 1946 y 1947, los juicios por robo de propiedad del Estado pasaron de 378 000 en 1946 a más de medio millón en 1947. En los años posteriores se procesó a menos personas: 275 000 en 1948 y 234 000 en 1949, debido a la reducción de la cifra de delitos durante esos años. [48] Por otra parte, esta legislación infló la cifra de prisioneros del gulag. Si en enero de 1945 los campamentos, prisiones y colonias de trabajo albergaban a 1,7 millones de personas, hacia marzo de 1953 esta población había crecido hasta los 2,5 millones. De estos, casi la mitad cumplía sentencia por robo. Muchas eran madres que habían robado pan para sus hijos hambrientos; en ese momento, las mujeres constituían el 17 por ciento de la población del gulag. [49]

¿Fue necesaria tan dura legislación? La Tabla 2 resume las estadísticas, de alto secreto en su época, de la oleada de crimen de la guerra y la posguerra. Las cifras nos muestran que el crimen alcanzó el punto álgido durante la guerra en el oeste de 1939-1940, cuando se anexionaron los territorios de la frontera occidental. Cayó en 1941, pero luego aumentó de forma constante hasta 1944, tras lo cual experimentó un notable descenso con un breve movimiento al alza en 1946, momento en que la desmovilización y repatriación en masa estaba en el apogeo en un marco de hambre de posguerra. Los hurtos alcanzaron el máximo en 1944, mucho antes de que existieran las

severas leyes contra el robo. Por otra parte, en el transcurso de la guerra contra Alemania, los crímenes se tornaron cada vez más violentos. El atraco combinado con asesinato, así como el vandalismo alcanzaron máximos en 1946. Los asesinatos continuaron aumentando en 1947, cuando el resto de tipos de crimen presentaba un marcado descenso. Así pues, la percepción de los ciudadanos soviéticos de estar viviendo tiempos violentos está justificada. No obstante, el «puño de hierro» del Estado contra la ola de robos fue una reacción desproporcionada a una crisis temporal desencadenada por la hambruna y los movimientos masivos de población de 1945-1946: repatriación, desmovilización, retorno de ciudadanos evacuados y transferencia de efectivos del teatro de operaciones europeo al asiático.

Tabla 2: Estadísticas criminales de la Unión Soviética, 1939-1949 (casos reportados)

	Asesinato	Robo	Robo con asesinato	Hurto	Vandalismo	Otros (violaciones incluidas)	Total
1939	-	9005	9005	402 788	166 643	-	578 436
1940	8086	18 758	26 844	518 270	14 473	282 681	842 268
1941	2735	9758	12 493	230 154	12 234	235 105	489 986
1942	4485	7932	12 417	312 861	5991	186 734	518 003
1943	5595	12 295	17 890	418 180	8418	179 395	623 883
1944	9935	18 259	28 194	481 191	15 731	150 773	675 889
1945	8656	22 971	31 627	378 211	24 586	124 488	558 912
1946	10 304	29 427	39 731	355 996	87 603	122 856	606 186
1947	11 154	22 508	33 662	353 211	40 891	56 033	483 797
1948	5514	9761	15 275	162 320	45 559	19 460	242 614
1949	5403	8742	14 145	114 905	40 867	5844	175 761

Nota: El análisis de estadísticas criminales presenta notables problemas. Estas no representan necesariamente la realidad sobre el terreno, pues son tanto infra como suprarreportadas en función de la capacidad policial. También experimentan cambios de categorización, como vemos en esta tabla, pues la ausencia de «asesinatos» en 1939 (que ese año se incluyeron en la categoría de «atracos») y la extraña ausencia de «violaciones» ese mismo año. «Vandalismo», un delito que define actitudes de desafío a las normas sociales, experimentó dos redefiniciones durante el periodo: en 1940 la categoría fue endurecida, pues a partir de entonces solo se contaron los casos en los que hubo violencia física grave. A partir de 1947, la categoría volvió a rebajarse, lo cual hace aún más destacable el descenso en esta categoría entre los años 1946 y 1947. Las cifras de la tabla excluyen los casos registrados por la policía de transportes. Dado que los trenes eran el escenario de una elevada criminalidad, estas cifras son estimaciones a la baja.
Fuente: reporte secreto del Ministerio del Interior, 13 de abril de 1955, reproducido en E. Zubkova y T. Iu. Zhúkova (eds.), 2010: Na'kraiu' sovetskogo obshchestva.

Sotsial'nye marginaly kak ob'ekt gosudarstvennoi politiki. 1945-1960-e gg. [En los límites de la sociedad soviética. Los marginados sociales como objeto de política de Estado. 1945-1960], Moskva, Rosspen, 175-176, 184.

Por tanto, con la salvedad de la frontera occidental, hacia 1946-1947 el reguero delictivo provocado por la guerra estaba bajo control. ¿Qué provocó tal ola de crímenes? En lo concerniente al robo, la causa de fondo más habitual fue la absoluta pobreza y desesperación que experimentó después de la victoria la mayoría de los ciudadanos soviéticos. La URSS nunca había sido un país rico y la revolución desde arriba de Stalin de los primeros años de la década de 1930 redujo aún más los niveles de consumo civil. Además, la Segunda Guerra Mundial en general, y la contienda germano-soviética en particular, provocaron que la situación pasara de mala a catastrófica. Esto fue así a causa de las destrucciones bélicas, pero también por la obsesión del Estado estalinista por concentrar todos los recursos «por el frente, todo para la victoria», por citar una omnipresente frase propagandística. Aunque los ciudadanos soviéticos siempre habían robado –ya fuera de la empresa o granja colectiva en la que trabajaban, o entre ellos–, la emergencia total de la guerra incrementó este fenómeno en una situación en la que casi todo el mundo sufría la falta de los elementos más básicos de subsistencia. Al mismo tiempo, la población soportaba un control policial menos férreo, primero debido a que la expansión occidental del imperio aumentó los territorios que controlar para las fuerzas de seguridad existentes y, segundo, después del 22 de junio de 1941 la policía fue movilizada para combatir la invasión. [50] Hacia 1946, según un experto en la policía soviética, «la policía sufría una peligrosa falta de efectivos, la mayor desde principios de los años treinta [del siglo XX]». [51]

Muchos de los que acabaron en el gulag a causa de las nuevas leyes antirrobo fueron sentenciados por llevarse algo que estaba, como dice la expresión rusa, «tirado de cualquier manera». Pero otros fueron condenados por crímenes de extrema violencia. Las numerosas armas disponibles facilitaron las actividades del gansterismo surgido durante la contienda. Las autoridades tomaron medidas coordinadas para recuperar dichas armas. El 1 de marzo de 1945, las fuerzas de seguridad en misión de limpieza tras el frente de combate habían confiscado 1506 ametralladoras, 1895 armas automáticas, más de 29 000 fusiles, miles de pistolas, decenas de miles de granadas de mano y más de 23 000 piezas de munición de mano de 96 000 personas, las cuales habían escapado todas al control de las autoridades. Entre los

armamentos no autorizados «extraídos» había 45 morteros, 16 piezas de artillería y 1524 bombas, proyectiles y minas. [52] Un arsenal de ese tamaño no podía ocultarse con facilidad, pero, aun así, algunas armas llegaron al *hinterland* soviético. Ni siquiera la capital era inmune. En 1945, la policía moscovita confiscó 64 ametralladoras, 365 armas automáticas, 975 fusiles, 9997 revólveres y 98 900 piezas de munición militar. [53] Al año siguiente, las autoridades registraron 11 860 casos de bandidaje armado por toda la Unión Soviética. Esta categoría incluye ataques nacionalistas contra activistas, tropas militares o de seguridad en los territorios fronterizos occidentales, pero también atracos armados a gran escala a trenes, granjas colectivas o empresas. Más de la mitad de esos casos «no políticos» tuvo lugar en el «antiguo» núcleo central soviético. [54]

¿Quiénes perpetraban estos crímenes? Los jóvenes y niños sin hogar, desplazados y desarraigados por el cataclismo bélico formaban uno de los grupos más importantes. Así, de todos los arrestados y juzgados en la provincia de Vladímir en 1946, entre el 65 y el 70 por ciento eran jóvenes, mientras que en el conjunto de la Unión Soviética cerca de la mitad eran jóvenes, a menudo miembros de bandas criminales. [55] Otro grupo destacado eran los soldados. «Con la connivencia de los mandos, algunos militares cometen atracos, hurtos y vandalismo», informó un alto cargo del partido en un reporte de la situación del país en febrero de 1947. [56] Tales sucesos eran una continuación de la coyuntura bélica. En 1939-1945, y en el oeste también en 1945-1949, las tropas soviéticas estaban mal controladas y con frecuencia cometían delitos. Las víctimas eran muy diversas: civiles y soldados soviéticos, civiles enemigos y de países liberados, así como combatientes enemigos, en particular en el lugar de captura.

UNA CULTURA DE VIOLENCIA

Esta brutalidad de los soldados hacia los no militares era la exteriorización de la cultura de violencia omnipresente en el Ejército Rojo. «El talante y la moralidad de muchos jefes militares –escribe un historiador–, no eran diferentes a los de Stalin». El «método favorito» de mando de Stalin era amenazar con ejecutar a los subordinados. Poco después de la batalla de Stalingrado, Vasili Chuikov explicó orgulloso a unos historiadores cómo había empleado esta misma amenaza. [57] En los puestos inferiores de la jerarquía, los mandos daban puñetazos «en la cara» a los soldados y estos, a su vez, hacían lo propio con los subordinados. De este modo, se establecía, como

observó alarmado un corresponsal de guerra, una «jerarquía de puñetazos». [58] Otros iban más allá: blandían la pistola y amenazaban con fusilar a los soldados que no avanzaban bajo el fuego. «Nuestro jefe de compañía, nada más llegar, nos advirtió de que, si nos echábamos a tierra, nos mataría a todos. Y eso hizo, disparó a algunos –según el informe de uno de los subalternos–. Después de eso, nunca más volvimos a tirarnos al suelo», añadió lacónico. [59] En el transcurso de la batalla de Stalingrado, un destacamento de uzbekos se negó a lanzar un ataque suicida. «Todo el grupo fue ejecutado –reportó el comandante, sin darle mayor importancia–. El jefe de sección los levantaba del cuello uno por uno y los mataba de un tiro». [60]

Con el devenir de la contienda, esta cultura de brutalidad quedó institucionalizada en pequeñas bandas de hombres armados, unidas entre ellas por rituales de violencia. Tales grupos existían en las fuerzas militares y policiales empleadas en el control del *hinterland* , en el seno de las guerrillas, tanto soviéticas como antisoviéticas, y en bandas criminales. El objetivo no era solo la supervivencia de los miembros, sino también proyectar violencia contra otros. Mientras no fueran desarticuladas –por medio de desmovilización, contrainsurgencia y acción policial– estos colectivos continuarían violentando a otros.

Además de rendir tropas enemigas y guerrillas antisoviéticas, el objetivo principal de esa violencia eran las mujeres: las que formaban parte de las fuerzas armadas, las partisanas, las enfermeras encargadas de acompañar a inválidos de vuelta a casa o mujeres civiles, ya fueran ucranianas, yugoslavas u *ostarbeiter* liberadas. Se reportaron violaciones y otras atrocidades en Polonia en 1939, en Yugoslavia en 1944, en Manchuria en 1945 y, por supuesto, en Alemania y Austria al final de la contienda, donde fueron particularmente abundantes. En este último caso, la venganza contra la violencia sexual de los alemanes en la Unión Soviética se combinó con la rabia generalizada contra su conducta criminal. Aquí, se mezcló la venganza con el impulso, frecuente en hombres armados, de castigar al enemigo violando «a sus mujeres». Tal cóctel tóxico de emociones violentas fue agitado aún más por una despiadada campaña propagandística de odio cuyo objetivo era motivar a las exhaustas tropas para que continuasen combatiendo una vez liberado el territorio soviético. No obstante, la bacanal de Alemania no era sino una forma extrema de un problema más generalizado: los batallones de castigo del Ejército Rojo aplicaban igual barbarie a los aldeanos soviéticos liberados. En algunos casos, es muy posible que los perpetradores fueran violentos

criminales procedentes del gulag, pero, en otros ejemplos del *hinterland* soviético, la conducta de los soldados regulares del Ejército Rojo, veteranos desmovilizados o incluso estudiantes de academias militares no era muy diferente. La explosiva mezcla era reforzada por partidas de desertores, emboscados y antiguos colaboracionistas. [61]

Estos brutales colectivos regresaron a la Unión Soviética durante los preparativos para la guerra contra Japón y la desmovilización posterior. [62] En mayo de 1945, los hombres de Dushanski hallaron a una familia lituana que había sido asesinada en su cabaña. Las investigaciones concluyeron que los responsables de estos actos no habían sido ni soldados locales ni guerrillas nacionalistas. «No lejos de la cabaña pasaba una línea de ferrocarril», recordó Dushanski tiempo después. Por esta vía:

> Pasaban escalones de tropas, uno tras otro, de camino hacia el este, para la próxima guerra con Japón. Indagamos qué trenes habían pasado por Kaunas ese día y enviamos un telegrama encriptado al departamento de transportes de la seguridad del Estado. Los asesinos fueron encontrados apenas dos semanas más tarde, ya más allá de los Urales. Era una banda de siete militares. [63]

Más al este, los servicios de seguridad reportaron en junio de ese mismo año «casos de conducta brutal por parte de militares, tanto clases de tropa como oficiales, que viajan por el ferrocarril siberiano hacia el Este». Estos, proseguía el informe, vendían botín procedente de Alemania, bebían profusamente, lo más probable que gracias a los beneficios obtenidos de tales ventas, y participaban en tiroteos. Saqueaban y violaban por el camino. [64] Durante la desmovilización generalizada que tuvo lugar después del verano de 1945 se reportaron casos similares. [65]

El tamaño habitual de los crueles colectivos que merodeaban por el imperio soviético a mediados de la década de 1940 era de alrededor de siete hombres –el tamaño, por cierto, de los grupos primarios espontáneos que se formaban en el Ejército Rojo, los cuales hacían la vida soportable y la supervivencia posible–. Participar en actos violentos era un elemento central de los rituales que formaban y conformaban tales grupos. Pudieron proliferar gracias a que el control estatal sobre la población, su capacidad de vigilar las vastas extensiones y los millones de hombres y mujeres armadas que había en ellos había experimentado una severa merma. [66]

Mijaíl Yegórov y Melitón Kantaria sostienen una bandera en la azotea del Reichstag el 9 de mayo de 1945. Aunque esta no fue la primera bandera roja que se izó en el Reichstag, fue la que se convirtió en la Bandera de la Victoria.

Esta violencia de posguerra hundía las raíces en la ruptura del monopolio de la fuerza del Estado. El grado de esta ruptura queda ilustrado por aquellos casos en los que un grupo de representantes uniformados del Estado soviético atacaba a un segundo grupo similar: soldados contra policías era la combinación más común. El 7 de julio de 1946 sucedió uno de tales incidentes en la localidad de Viljandi, en el sur de Estonia, donde unas 6000 personas celebraban una festividad en el parque principal del lugar. Hacia las seis de la tarde, dos hombres se enzarzaron en una pelea y uno le «cortó» la cara al otro con un vidrio. Había corrido la sangre y ambos hombres fueron arrestados por la policía. Pero un capitán borracho de una unidad local de anticarros, que había presenciado el arresto, abordó a los policías y exigió que liberase a uno de los hombres, no sin antes golpearlos. Cuando la policía trató de detener al vándalo uniformado, este empuñó su Browning (un arma de propiedad ilegal) y amenazó al policía. Luego le volvió a golpear y salió del cuartel. Acto seguido, organizó una patrulla de siete hombres que, provistos de armas automáticas, fueron por las fuerzas de la milicia y del Ministerio de Asuntos Internos (MVD) presentes en el parque. Hacia las nueve de la noche asaltaron a tres oficiales del MVD y, más tarde, a un miembro de la milicia; el capitán ebrio gritaba: «¡Atizad a los chekistas!».

Después, le arrebató la pistola a otro miembro del MVD, al que también golpeó sin piedad, y vació el cargador disparando al aire. El jefe local del Ministerio de Asuntos Internos llamó al comandante militar para que arrestase al responsable, aunque solo logró hablar con la esposa del primero, quien replicó: «el comandante ha bebido y no lo despertaré». Una semana más tarde, el asunto seguía sin resolver, a pesar de que el MVD conocía el nombre del cabecilla. [67]

Este fue un incidente relativamente menor. Unos meses antes, durante el Día de la Victoria (9 de mayo), se habían desatado unos sucesos más graves en una pequeña localidad de Estonia. Un marinero de la Armada soviética y su novia decidieron culminar las celebraciones haciendo el amor. Dado que no tenían un lugar al que ir, forzaron la puerta de una casa y empezaron a copular en la cocina. El propietario del inmueble los sorprendió en el acto. Los amantes tuvieron la mala suerte de que este fuera un policía de la milicia, el cual les dijo que su cocina no era ningún burdel y exigió ver los papeles de la mujer. Por toda repuesta, los amantes maldijeron al policía, que llamó a la milicia para que los detuvieran. Mas había subestimado al marinero, pues este consiguió que acudieran en su ayuda algunos de sus camaradas, que golpearon al policía. Este trató de escapar, pero lo dispararon. Los marinos lo atraparon delante del edificio de la policía, le dieron una salvaje paliza y lo arrojaron a una zanja. A continuación, atacaron a un segundo funcionario de seguridad que trataba de llegar al edificio. Logró evitarlos y entró en el cuartelillo gritando: «¡Me quieren matar! ¡Id por vuestras armas!». Un policía disparó al aire y dispersó a los incontrolados militares.

La historia podría haber terminado aquí de no ser porque los veinte marineros se toparon en su retirada con uno de sus comandantes, un mayor. Este, que no estaba sobrio, les dijo que volvieran y emprendieran un nuevo asalto contra el edificio, que dirigió él mismo. Rompieron la puerta donde se escondían los policías, a uno lo golpearon en la cabeza con la culata de un fusil automático y forzaron el almacén que custodiaba las pruebas, de donde sacaron seis botellas de licor casero y un fusil automático. No se hubieran ido de no ser por la llegada de un oficial de rango superior, que les espetó que se largaran de allí. [68]

Podríamos relatar muchas más historias similares, procedentes de los archivos de Letonia, Lituania, Estonia, Ucrania y Rusia. La Alemania ocupada es una fuente particularmente rica de estos incidentes, todos los cuales pueden resumirse como sigue: un montón de hombres armados, a menudo ebrios, cometen toda clase de

tropelías por la Eurasia de posguerra. Eran leales sobre todo unos a otros, esto es, a los camaradas más inmediatos. Casi todas las historias guardan un asombroso paralelismo: ira, alcohol, brutalidad descarnada. Hubo choques entre las diferentes armas del Estado soviético (las peleas entre Ejército y policía eran muy frecuentes), entre unidades militares rivales y entre bandas de hombres armados y la población civil. En estos se entremezclaba a menudo la destrucción indiscriminada, ataques por diversión, robos, atracos y violencia sexual. La agresividad, pulsión sexual, alcohol y la satisfacción de necesidades materiales, todo ello se consolidó en un conglomerado de rituales violentos de vinculación masculina a grupos reducidos. [69]

EL FIN DE LA GUERRA DESPUÉS DE LA GUERRA

El problema, por tanto, no era el embrutecimiento de individuos, sino de grupos y que la contienda había reducido la capacidad estatal de vigilar los vastos espacios y los millones de personas bajo su supuesto control. Hubo que esperar hasta 1948-1949 para que el Estado estalinista pudiera restablecer el dominio perdido: sobre el espacio, sobre las personas, sobre las armas, sobre la violencia. La desmovilización constituyó una parte esencial de este proceso: era necesario disolver y trasladar a casa a un contingente de millones de efectivos y hacer que los hombres y mujeres que lo formaban fueran transferidos al mundo laboral y reintegrados en la sociedad civil. El motivo principal de la desmovilización, no obstante, no era pacificar el imperio, sino la economía: no era posible mantener un Ejército de semejante tamaño. La economía bélica estaba al borde del colapso y el país, las ciudades, aldeas, fábricas y granjas colectivas, debían reconstruirse después de la devastación. Esto requería mano de obra, por lo que los soldados tenían que volver a ser civiles. La desmovilización, aunque a veces suscitó violencia, a largo plazo rompió los brutales colectivos que habían desencadenado estos excesos. [70]

Sin embargo, en sus primeros momentos, la desmovilización incrementó los niveles de movilidad poblacional, ya de por sí elevados, del final de la guerra, lo cual expandió aún más la violencia. Durante los primeros años de la posguerra, todo el mundo estaba en movimiento. En los años que van de 1945 a 1948, además de los 8,5 millones de soldados devueltos a la vida civil y muchos millones más que regresaron de la evacuación a lo que quedaba de su hogar (a menudo ocupados por otros desplazados por la guerra), también

fueron repatriados 5,4 millones de antiguos prisioneros de guerra o trabajadores esclavos de los alemanes, los cuales fueron comprobados por los servicios de seguridad y enviados a casa (58 por ciento), alistados al Ejército (19 por ciento), al ejército de trabajo (15 por ciento) o entregados a la policía, acusados de traición o crímenes de guerra (7 por ciento). [71] Mientras tanto, se animó a más de un millón de personas a instalarse al otro lado de las nuevas fronteras con Finlandia y Polonia; y, si no lo hacían de forma voluntaria, se les obligaba. Estos intercambios de población formaban parte del «desbatimiento» de la tortilla etnográfica, que se inició con el pacto Hitler-Stalin de 1939, pero que en ese momento servía para fortificar las nuevas fronteras con líneas de demarcación étnicas. Entre 1944 y 1946, 483 000 ucranianos se mudaron a la Ucrania soviética desde los territorios devueltos a Polonia, mientras que 790 000 polacos (y judíos polacos) viajaban en dirección opuesta. En 1947, los polacos, en la denominada «acción del Vístula», apresaron y deportaron a Ucrania a los 150 000 ucranianos que aún quedaban. [72]

Reasentamiento de ucranianos de Nowosielce a la Unión Soviética en 1946. En el marco de la consolidación de las fronteras del imperio soviético entre Polonia y la Unión Soviética, de acuerdo con una composición étnica más homogénea, se trasladó a polacos desde la Unión Soviética y a ucranianos en dirección opuesta. En esta fotografía, un grupo de ucranianos reasentados espera en una estación de tren que ha sido destruida por partisanos nacionalistas ucranianos que combatían tanto la sovietización como la polonización de regiones que consideraban ucranianas.

En el norte, el final de la «Guerra de Continuación» supuso la

recuperación de la frontera de 1940 entre Finlandia y la Unión Soviética, con algunos territorios extra anexionados por Stalin. Cerca de 400 000 finlandeses fueron reasentados en otras regiones del país; sus casas fueron ocupadas por colonos voluntarios llegados del interior soviético. [73] En dirección opuesta, devueltos hacia la Unión Soviética, marcharon unos 56 000 finlandeses de Ingria, antiguos súbditos soviéticos que habían pasado toda o parte de la contienda al otro lado del frente. Dado que habían permanecido durante la guerra en el lado finlandés, se les consideraba poco fiables. Los que no fueron enviados a confines remotos de la Unión Soviética fueron expulsados de la región de Leningrado en 1947 y se les prohibió residir en ninguna gran ciudad de la Unión. [74]

En el sur, el año 1944 fue testigo de la deportación de pueblos enteros, unas 750 000 personas en total: chechenos e ingusetios, balkarios, tártaros y griegos de Crimea, búlgaros y armenios y toda una serie de grupos étnicos de la Georgia meridional. [75] En 1946, los azeríes iraníes se pasaron al lado soviético de la frontera después de que Stalin abandonase su alzamiento y el Ejército Rojo se retirase del norte de Irán. [76] Durante los tres años siguientes, se les unieron unos 100 000 armenios de la diáspora que habían decidido instalarse en su «patria soviética», así como más de 11 000 comunistas griegos que llegaron a Georgia en 1949, tras caer derrotados en la Guerra Civil griega. Estos últimos fueron enviados a Taskent, donde se les alojó en campos recién vaciados de prisioneros de guerra y reclusos. [77]

Una familia ingusetia deportada llora a su hija muerta. Kazajistán, 1944. La deportación de los supuestos «enemigos de clase» y «países enemigos» fue un elemento central del modo estalinista de hacer la guerra. Estas expulsiones infligieron incontables sufrimientos a millones de personas.

En oriente, en 1947-1948 se repatrió desde Shanghái y Tientsin a poco más de 6000 rusos emigrados, provenientes de otro país que libraba su propia guerra civil. Fueron enviados a diversas regiones de Siberia, así como a las repúblicas autónomas de baskires y tártaros. Muchos de ellos fueron arrestados, al igual que centenares de «adolescentes ingenuos de Manchuria» que habían cruzado la frontera de forma ilegal para retornar a su patria victoriosa. [78] Además de todos estos movimientos, centenares de miles de enemigos del poder soviético, reales o supuestos, fueron deportados, como ya hemos visto, desde las fronteras occidentales al *hinterland* soviético. Los supervivientes no retornaron hasta después de la muerte de Stalin.

En una fase posterior, durante los años cincuenta del siglo XX, hubo algunos movimientos adicionales de población, pero, en general, 1948-1949 constituyó el fin de este periodo de fluctuaciones, violencia y desplazamientos y el inicio de cierta estabilidad. La normalidad también regresó en otros aspectos: en 1947 acabó la última hambruna soviética, el racionamiento fue suspendido a finales de ese mismo año y hubo una reforma monetaria que confiscó buena parte del efectivo acumulado durante la guerra por los campesinos y vendedores del mercado negro; las draconianas leyes laborales de 1940-1941 fueron

derogadas en 1948. El ejército de trabajo fue desmantelado por fases entre 1945 y 1949 y se permitió el retorno a casa de los «soldados trabajadores» (como ocurrió con los estonios). Estos obreros fueron reconvertidos en trabajadores ordinarios de empresas (en el caso de los rusos) o en pobladores especiales (en el caso de los alemanes). Los últimos días del año 1949 pusieron fin, por tanto, a la Segunda Guerra Mundial de los soviéticos. [79]

_____

NOTAS

1 *Vid* . un ejemplo de arresto de un grupo de ocho judíos que trató de cruzar la frontera lituana para emigrar a Palestina vía Polonia en el reporte secreto del NKVD, 1946, Lietuvos ypatingasis archyvas (Archivo Lituano del KGB, LYA) f. K-41, op. 1, d. 111, l. 11.

2 Entrevista de G. Koifman a Nachman Dushanski, primera parte (23 de enero de 2008) [https://iremember.ru/memoirs/nkvd-i-smersh/dushanskiy-nakhman-noakhovich/].

3 Este fragmento y los siguientes han sido extraídos de la segunda parte de la entrevista, publicada dos años después de la muerte de Dushanski. G. Koifman, entrevista a N. Dushanski (4 de marzo de 2020) [https://iremember.ru/memoirs/nkvd-i-smersh/dushanskiy-nakhman-noakhovich-prodolzhenie/].

4 Acerca de la campaña antisemita de los años finales de Stalin, *vid* . Kostyrchenko, G. V., 1995.

5 Salvo que se indique lo contrario, este párrafo se basa, sobre todo, en los siguientes estudios de referencia: Burds, J., 2000, 169-188; Zubkova, E., 2008; y Statiev, A., 2010.

6 Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), 2008, 146.

7 Acerca del boicot a la movilización germana: reporte secreto de la inteligencia soviética de la Lituania ocupada, 15 de abril de 1943, LYA f. k-41, op. 1, d. 6, l. 9.

8 Terleckas, V., 2014, 92.

9 Cifras extraídas de la segunda parte de la entrevista a Dushanski. Los historiadores lituanos dan una cifra ligeramente superior de efectivos en 1945: 20 000. *Vid* . *ibid* ., 96. En suma, en los años 1944-1945 en todos los territorios fronterizos del oeste combatieron menos de 70 000 efectivos de las fuerzas de seguridad: Statiev, A., *op. cit* ., 7-8. Las pérdidas soviéticas en el conjunto de operaciones de contrainsurgencia del periodo 1940-1956 ascendieron a 6000: Krivosheev, G. F., 2001, 594.

10 Ministro de Seguridad del Estado de Lituania, Efimov, reporte secreto de los resultados de las operaciones de liquidación de grupos de bandidos en la RSS de Lituania (10 de mayo de 1946), LYA f. K-41, op. 1, d. 201, l. 244-247, en particular pág. l. 245.

11 Zubkova, E., 2008, 246.

12 Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), *op. cit* ., 147; Terleckas, V., *op. cit* ., 99.

13 Statiev, A., *op. cit* ., 111.

14 Zubkova, E., 2008, capítulo 4; Zubkova, E., 1998, 61-62; Edele, M., 2011, 152-154.
15 Diario del acusado Albinas Milchuk, alias «Tigras», LYA f. K-1, op. 3, d. 336, l. l. 7-9, 10-15. [a partir de ahora: Diario de Milchuk].
16 *Ibid* ., l. 17-23, 58.
17 *Ibid* ., l. 32, 52-53, 63-64.
18 *Ibid* ., l. 24, 66.
19 *Ibid* ., l. 92-95.
20 *Ibid* ., l. 96.
21 «Mil'chukas Albinas», entrada del índice onomástico del museo virtual del gulag [http://www.gulagmuseum.org/].
22 Diario de Milchuk, entrada del 6 de abril de 1949, l. 101.
23 Terleckas, V., *op. cit* ., 103.
24 Statiev, A., *op. cit* ., 128.
25 Cifras de Lituania: Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), *op. cit* ., 151 (datos correspondientes a 1944-1946) y LYA f. K-41, op. 1, d. 278, l. 1, 35, 66, 71, 73, 75, 77, 79, 81, 84, 86, 154, 162 (cifras de 1947 y 1948). Cifras para las otras regiones del periodo 1944-1946: Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), *op. cit* ., 154 (Letonia), 156 (Estonia), 142-143 (Ucrania) y 145 (Bielorrusia).
26 Cifras de deportados de 1944-1952: GDA SBU f. 42, op. 1, dl. 97, l. 3; Zubkova, E., 2008, 257.
27 Reporte del comisario adjunto de la RSS de Ucrania, Kal'nenko (9 de enero de 1945), TsDAGO f. 1, op. 23, d. 2410, l. 1-3.
28 Reporte secreto del teniente general Strokach (27 de mayo de 1945), TsDAGO f. 1, op. 23, d. 2410, l. l. 89-96; en particular p. l. 91-92.
29 Del comisario de Seguridad del Estado de Ucrania, Savchenko, a N. S. Jrushchov, GDA SBU f. 16, op. 1, d. 562, l. 15-17, cita: l. 15.
30 Statiev, A., *op. cit* ., 273.
31 Reporte secreto del NKVD de procesos a miembros del NKVD en Ucrania en 1944, 28 de marzo de 1945, TsDAGO f. 1, op. 23, d. 2410, l. 22-26.
32 Reporte estadístico secreto, 22 de diciembre de 1945, TsDAGO f. 1, op. 23, d. 2410, 1. 27-31; en particular: l. 27.
33 Decreto secreto del Buró del Obkom [comité provincial] de Ternopil del KP(b)U [Partido Comunista de Ucrania] (4 de junio de 1945), TsDAGO f. 1, op. 23, d. 2383, l. 2-5.
34 Decreto secreto del Buró del Gorkom [comité de la ciudad] de Stanislav del KP(b)U [Partido Comunista de Ucrania] (25 de mayo de 1945), reproducido en Artizov, A. N. (ed.), 2012, vol. 2, 661-663.
35 Statiev, A., *op. cit* ., 308.
36 Mertelsmann, O., 2012, 70-71, 73; Mertelsmann, O. y Rahi-Tamm, A., 2009, 307-322, en particular págs. 310, 311, 314, 316, 322 n. 74.
37 Las cifras de arrestados, asesinados y deportados en los tres Estados bálticos han sido extraídas de Zubkova, E., 2008, 256; población previa a Barbarroja: Rogachevskaia, L. S. y Kabuzan, M. V., 2001, vol. 2: 16; estadísticas de la represión en Ucrania occidental: GDA SBU f. 42, op. 1, d. 97, l. 2, 3, 16; estadísticas de población: TsDAGO f. 1, op. 23, d. 3970, l. 1. La comparación con la guerra contra el campesinado de principios de la década de 1930 es de Gorlanov, O. A. y Roginskii, A. B., 1997, 77-113, en particular págs. 82, 96. Emplear la población de 1941 como cifra de referencia es una opción

conservadora: a causa de las pérdidas de guerra, la población de 1945 era menos numerosa, lo cual daría lugar a porcentajes aún más elevados.

38 De todos los numerosos estudios que se están publicando de los procesos soviéticos a criminales de guerra, hay dos que destacan por encima de los demás: Dumitru, D., 2014, 142-157; y Voisin, V., 2015.

39 Müller, R.-D., 2010, 242.

40 Cifras del periodo 1944-1952 extraídas de Zubkova, E., 2008, 256.

41 Kuodyte, D. y Tracevskis, R., 2019, 34. Otros historiadores presentan estimaciones mucho más bajas: entre el 0,5 y el 1 por ciento de la población de las repúblicas bálticas participó de forma activa en la insurgencia: Zubkova, E., 2008, 198.

42 Dushanski, entrevista, segunda parte.

43 La historiografía resumida en este párrafo se trata en Edele, M., 2017, 173-178. Para un texto más reciente, *véase también* Gavrilov, P., 2020, 70-95.

44 Zubkova, E., 2008, 242-243.

45 Reporte de los funcionarios del comité de la ciudad de Moscú, 2 de noviembre de 1945, reproducido en *Moskva poslevoennaia. 1945-1947. Arkhivnye dokumenty i materialy* [Moscú en posguerra. 1945-1947. Documentos y materiales de archivo], 2000, 453-454, en particular pág. 454.

46 Zubkova, E., 2008, 210.

47 Decretos del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS de 4 de junio de 1947, «Sobre el reforzamiento de la protección de la propiedad personal de la ciudadanía» y «Sobre la responsabilidad criminal de los delitos de robo de propiedad pública y estatal». Ambos decretos publicados en *Pravda* , 5 de junio de 1947, 1.

48 Reporte del ministro de Justicia de la URSS, K. P. Gorshenin a Stalin, 5 de junio de 1950. Reproducido en Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), 2004, 564-568, en particular pág. 564.

49 Zemskov, V. N., 1991b, 151-165, en particular pág. 152, 153 (cifras de 1945); L. P. Beria a G. M. Malenkov, 26 de marzo de 1953, alto secreto. Reproducido en Naumov, V. P. y Sigachev, Iu. (eds.), 1953, 19-21, en particular págs. 19, 20 (número y porcentaje de mujeres en 1953).

50 Shelley, L. I., 1996, 35.

51 Shearer, D. R., 2009, 410.

52 Reporte secreto del NKVD, Beria a Stalin, 3 de marzo de 1945, reproducido en Khaustov, V. N. *et al* . (eds.), 2006, 490-493, cita: 493.

53 Reporte estenográfico de la sesión del comité de la ciudad de Moscú, 1 de diciembre de 1945, reproducido en *Moskva poslevoennaia. 1945-1947. Arkhivnye dokumenty i materialy* [Moscú en posguerra. 1945-1947. Documentos y materiales de archivo], *op. cit* ., 455-462, en particular pág. 456.

54 Zubkova, E., 2008, 211.

55 Reporte del plenipotenciario de la comisión de control del partido en la provincia de Vladimir, A. M. Skol'nikov a G. M. Malenkov (12 de marzo de 1946), reproducido en Zubkova, E., Kosheleva, L. P., Kuznetsova, G. A., Miniuk, A. I. y Rogovaia, L. A. (eds.), 2003, 194-201, en particular pág. 195. Para el conjunto de la URSS, *vid* . Archivo especial de Mólotov, GARF f. r-9401, op. 2, d. 168, l. 349.

56 Reporte del aumento del vandalismo y el crimen, por el jefe del departamento de control de los órganos del partido del Comité Central, I. I.

Pozdniak a N. S. Patolichev, 10 de febrero de 1947, reproducido en Zubkova, E., Kosheleva, L. P., Kuznetsova, G. A., Miniuk, A. I. y Rogovaia, L. A. (eds.), *op. cit* ., 202-206, en particular pág. 203.

57 Cherepanov, V., 2006, 486. Acerca de Chuikov, *vid* . capítulo 4.

58 Beevor, A. y Vinogradova, L. (eds.), 2006, 69-70.

59 Extraído del informe político del VIII Cuerpo de Fusileros de la Guardia, cit. en Glantz, D. M., 2005, 585.

60 Transcripción de la entrevista con el general de división Aleksandr Ilich Rodímtsev, Stalingrado, 7 de enero de 1943. Reproducido en Hellbeck, J., 2015, 309.

61 Edele, M. y Slaveski, F., 2016, 1020-1035, en particular págs. 1023-1026; Edele, M., 2015b, 489-494. Acerca de la violencia contra las tropas enemigas que se rendían: Edele, M., 2016, 342-379. La obra de referencia de la violencia sexual del Ejército Rojo en Alemania es el libro de Naimark, N. M., 1995, capítulo 2. *Vid* . un estudio comparativo de las violaciones como arma de guerra en la Segunda Guerra Mundial, en Edele, M., 2021.

62 Acerca de Ucrania, *vid* . Reporte del NKVD a Jrushchov, 24 de agosto de 1945, TsDAGO f. 1, op. 23, d. 3905, l. 1-10.

63 Dushanski entrevista, segunda parte.

64 Shamarin a Beria, 23 de julio de 1945, alto secreto, GARF f. r-9401, op. 2, d. 98, l. 11-12, en particular pág. l. 11.

65 Edele, M., 2008, 26-28.

66 Edele, M. y Slaveski, F., *op. cit* ., 1022-1027; Edele, M., 2015b, 489-494; acerca de los grupos primarios en el Ejército Rojo, *vid* . Reese, R., 2011, 216-227.

67 Del capitán Laas al MVD de Estonia, reporte secreto (13 de julio de 1946) ERAF f. 17SM, op. 4, d. 36, l. 196-197.

68 ERAF, f. 1, op. 2, d. 10, l. 38ff.

69 Acerca de Alemania: Slaveski, F., 2013.

70 Edele, M., 2008, 21-78.

71 La cifra total de repatriados en 1944-1948 procede de GARF f. r-5446, op. 50a, d. 6723 l. 20. Los porcentajes de repatriaciones corresponden al 1 de marzo de 1946, momento en el que ya había vuelto cerca del 96 por ciento de todos los repatriados: Zemskov, V. N., 1990, 26-41, en particular pág. 36. Las últimas investigaciones de la repatriación incluyen los siguientes trabajos: Voisin, V., 2007, 34-55; y Bernstein, S., 2018, 193-226.

72 Stadnik, K., 2009, 165.

73 Melnikova, E., 2016, 437-461, en particular págs. 447-448.

74 Reporte secreto de la repatriación y recepción de los finlandeses de Ingria, Gólikov a Malenkov, 20 de enero de 1945, GARF f. A-327, op. 1, d. 8, l. 66-72: cifras en l. 66; acerca de la expulsión de 1947, *vid* . la orden secreta del Ministerio del Interior de la Unión Soviética, S. N. Kruglov, 21 de mayo de 1947, reproducido en Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005, 634-635.

75 *Vid* . tabla en Edele, M., 2015, 17-40, en particular pág. 26.

76 Wolff, D., 2011, 273.

77 Laycock, J., 2012, 103; Pohl, J. O., 1999, 124.

78 Manchester, L., 2007, 353-388, en particular págs. 354, 358. Un ejemplo de estos arrestos es el caso de un hombre nacido en 1926 que llegó a Vladivostok desde Shanghái en octubre de 1946 y recibió una condena de diez años al gulag

a primeros de 1948. *Vid* . la carta de su padre en la que solicita información del paradero y la respuesta de las autoridades de fecha 11 de enero de 1949. Ambos documentos están en GARF f. A-327, op. 1, d. 421, l. 31-32. Con respecto al destino de los «retornados»: Dmitrev a Gritsenko, 18 de noviembre de 1947, GARF f. A327, op. 1, d. 21, l. 67.

79 Acerca del fin del ejército de trabajo, *vid* . Edele, M., 2008, 118-120; y German, A. A., 2014, 41.

CAPÍTULO 9

Impacto y consecuencias

ATORMENTADOS, ENFERMOS Y AGOTADOS

Mientras proseguían los combates en las fronteras occidentales y la violencia bélica seguía afectando a la sociedad de posguerra en toda la Unión Soviética, numerosos ciudadanos soviéticos, exhaustos y agotados, celebraron el triunfo del Ejército Rojo. «Se ha impuesto un ejército torturado, enfermo y mortalmente cansado. Demacrado, tosiendo. Con lesiones en la espalda y artritis y úlceras gástricas […] así es como recuerdo la victoria», observó uno de ellos. [1] En la retaguardia, el final de la contienda también se caracterizó por el sufrimiento. Raban Idiev, veterano de guerra, volvió en julio de 1945 a su granja colectiva de Uzbekistán. Al llegar, encontró que su esposa, dos de sus hijos y sus dos hermanas no habían sobrevivido a la guerra y que su hijo superviviente, de 6 años, estaba cubierto de llagas. Vivía en una tienda de campaña rota. [2]

No eran experiencias aisladas: los archivos rebosan de historias similares, reflejo de la desolación absoluta en la que el imperio estalinista se hallaba en 1945. La Unión Soviética había pagado un oneroso precio por la victoria. Cerca del 12 por ciento de la población de preguerra había perecido. Rusia era el país que más hombres había sacrificado en el frente: 66 por ciento de los muertos militares eran rusos, que antes del ataque alemán habían constituido cerca del 52 por ciento de la población soviética. Los ucranianos, cuya república había sido ocupada por completo y que solían ser apartados del frente porque el régimen no confiaba en ellos, estaban infrarrepresentados en las cifras de bajas militares. En 1941, representaban casi el 18 por ciento de la población, pero su porcentaje de víctimas castrenses fue del 16 por ciento. Los bielorrusos, casi un 4 por ciento de la población, experimentaron cifras inferiores, con un 3 por ciento. La infrarrepresentación de los judíos, un 2,6 por ciento de la población,

pero el 1,6 de pérdidas militares, se explica porque muchos de ellos residían en las regiones ocupadas y también por la reticencia soviética a permitir la presencia en primera línea de los «nuevos soviéticos» de los territorios anexionados. [3]

Por otra parte, en lo relativo a pérdidas civiles, los rusos estaban infrarrepresentados: un 38 por ciento, mientras que los ucranianos, sometidos a la ocupación germana, habían alcanzado una cifra desproporcionada. Sumaban el 36 por ciento de pérdidas civiles y los bielorrusos el 9 por ciento. Aunque los más afectados fueron los judíos soviéticos. De una población en 1940 de unos 5 millones, perecieron asesinados en el Holocausto entre 2,5 y 2,6 millones, además de unos 142 500 caídos en el frente. Así pues, al menos el 52 por ciento de los judíos no sobrevivió a la guerra, sin contar a los que perecieron en el *hinterland* soviético, murió de inanición en el sitio de Leningrado o fue ejecutado por la policía secreta de Stalin.

Los supervivientes habitaban una tierra devastada. Miles de localidades e infinidad de aldeas habían sido bombardeadas, calcinadas y reducidas a escombros. En términos absolutos, fue Ucrania la que sufrió el mayor coste bélico, seguida de Rusia y Bielorrusia. En conjunto, había sido destruida casi una tercera parte de la riqueza nacional soviética. Era necesario reconstruir bloques de apartamentos, fábricas y granjas colectivas de las zonas de frente; además, las del interior padecían abandono, falta de mantenimiento y hacinamiento. Millones de personas se habían quedado sin techo, muchos millones más estaban enfermas y discapacitadas, o bien traumatizadas por años de horror y miseria constantes. Recorría el país un elevado número de huérfanos. Para empeorar aún más las cosas, en 1946-1947 una terrible hambruna azotó a la población, ya de por sí debilitada por la contienda. Esta fue mucho más generalizada que los casos puntuales de inanición de los años precedentes, pues mató a entre 1 y 1,5 millones de personas. [4]

Los dirigentes soviéticos eran conscientes del nivel de destrucción y trataron de reconstruir el país y la economía con la mayor rapidez posible. La tarea halló dificultades en la decisión estadounidense de interrumpir el Préstamo y Arriendo tras la derrota de Japón, en septiembre de 1945. Por ello, la Unión Soviética tuvo que hacerlo por sí sola, con la única ayuda de los bienes que confiscó en los países liberados (o «robó», según los habitantes), desde Manchuria a Corea, de Polonia a Checoslovaquia y Hungría. Solo en Alemania, donde el desmantelamiento de infraestructuras fue particularmente sistemático, podía considerarse que se estaban llevando compensaciones de guerra.

REORGANIZACIÓN

La presencia de tropas soviéticas en tales territorios, además de ser indicativa de sus triunfos bélicos, también constituía un problema. Las victorias del Ejército Rojo habían extendido demasiado los dominios de Stalin. A finales de 1945, la Unión Soviética alcanzó su máxima extensión de todos los tiempos. Había reconquistado todo lo perdido en los avances germanos de 1941 y 1942. Las anexiones de 1939-1940 en el oeste habían vuelto a manos de Stalin: los Estados bálticos, Polonia oriental y una franja de territorio finlandés volvían a ser parte del imperio rojo. Pero había más: las tropas soviéticas ocupaban buena parte del este de Europa y algunos territorios asiáticos. Estaban presentes en Manchuria y Corea del Norte, en las islas Kuriles, en las puertas de Japón, en el extremo septentrional de Noruega y en el norte de Irán. En el sur, los soviéticos anexionaron en 1944 la antaño república independiente de Tuva e incluso estaban presentes en la isla danesa de Bornholm. Así pues, el poder de Stalin se extendía desde Berlín, Praga y Viena en el oeste a Tabriz en el sur, Pionyang en el este y Finnmark al norte.

Este giro inesperado de la fortuna, esta expansión del imperio rojo, parecía justificar todo lo que Stalin había acometido desde su ascenso al poder, a finales de la década de 1920: colectivización, deskulakización, planes quinquenales, el hambre, el terror y todos los sufrimientos, decepciones y muerte que habían causado; las apuestas arriesgadas de su política exterior de finales de los treinta del siglo XX, incluso el malhadado pacto con Hitler. Semejante valoración, por supuesto, requería el olvido de todos los fracasos vividos, en particular la catástrofe de 1941. Mas los dictadores pueden olvidar sus reveses con mucha mayor facilidad que los políticos de las sociedades abiertas. La victoria en la Segunda Guerra Mundial se convirtió no solo en la gesta más célebre de Stalin, sino también en el núcleo de la identidad soviética durante la posguerra y, hasta hoy, ha tenido una presencia constante en Rusia y en los Estados sucesores de la Unión Soviética.

En 1945, no obstante, esta increíble expansión estuvo muy cerca de desbordar la capacidad gubernamental del Estado soviético. La situación de finales de 1945 no era sostenible. Los costes de mantener los niveles de movilización militar habían destruido la capacidad de reconstruir la maltrecha economía. El porcentaje de gasto militar

dentro del presupuesto estatal se había hinchado desde una cifra ya muy alta, el 33 por ciento en 1940, hasta casi el 60 por ciento en 1943. En 1945 se mantenía en un 43 por ciento y se hacía necesario reducirlo con rapidez; había que liberar recursos para la reconstrucción civil. El imperio de Stalin estaba demasiado extendido y exhausto después de su prolongada Segunda Guerra Mundial. Era evidente la necesidad de reorganizar territorios y desprenderse de algunos de los países conquistados. Para los que se quedasen en la órbita soviética, se planteó la cuestión del grado de integración en el imperio: ¿anexión o control indirecto? Esta reorganización de territorios tuvo lugar en paralelo al proceso de desmovilización y pacificación. [6]

A la hora de decidir qué territorios quedaban dentro y cuáles fuera de las fronteras de la Unión Soviética de posguerra, Stalin hizo gala de una flexibilidad notable. [7] La excepción fueron los avances obtenidos en 1939-1940, cuya legitimidad aceptaron los aliados occidentales, a regañadientes, durante los años de lucha en común contra Hitler. Estos territorios no eran negociables, pero había otros que eran prescindibles si los aliados insistían o si se podía llegar a un acuerdo. Así, por ejemplo, Hokkaido, la isla septentrional de Japón, estaba en la lista de territorios para ocupar de Stalin; pero se echó atrás cuando Estados Unidos se opuso, un retroceso remarcable dado que Japón había ejercido en oriente una amenaza similar a la que suponían en el oeste primero Polonia y después Alemania. Sin embargo, Stalin no disponía de tropas en Hokkaido y no quería poner en peligro la aquiescencia occidental a la ocupación de las Kuriles y de Sajalín en el este, así como de buena parte del este de Europa en el oeste. [8]

Stalin llegó incluso a retirarse de territorios que su ejército había logrado conquistar. En 1945 y 1946 se desprendió de Noruega septentrional y la isla danesa de Bornholm, aunque estas eran piezas relativamente menores. También cedió trofeos de mayor entidad: el norte de Irán, Xinjiang y Manchuria. En Irán no solo disponía de efectivos, sino también de una insurgencia local que exigía la incorporación del territorio al Azerbaiyán soviético. Stalin titubeó algún tiempo, pero al final se retiró: no valía la pena combatir por ese confín del mundo, a pesar de la posibilidad de sondear pozos petrolíferos. Las tropas soviéticas se marcharon en 1946 y las fuerzas iraníes aplastaron sin contemplaciones la insurrección. También parecía que Xinjiang podía convertirse en satélite soviético, toda vez que los contingentes estalinistas habían apoyado a los rebeldes uigures y kazajos en 1944-1945. Con sus colosales cadenas montañosas y los

vastos desiertos que la separaban del resto de China, Xinjiang podría haber sido, como ha señalado un experto, «el Estado colchón que necesitaba Stalin para proteger su flanco vulnerable, el Asia Central soviética». Pero, una vez que el líder nacionalista chino Chiang Kai-shek aceptó la existencia de una república mongola «independiente» (léase: satélite soviético) Stalin se olvidó del asunto y abandonó a sus aliados de Xinjiang tal y como hizo poco después con los insurgentes de Irán. Llegó incluso a acordar no apoyar al Partido Comunista chino en su incipiente conflicto con las fuerzas de Chiang y, más tarde, obligó a su líder, Mao Zedong, a negociar con Chiang. [9]

Estas negociaciones fracasaron, pero es evidente que esa no era la intención de Stalin: quería asegurar el frente oriental, pero no sabía cómo. Al igual que en Europa en 1939, definió su política sobre la marcha, ajustando la táctica según evolucionaran los acontecimientos. Los altibajos y giros de la posición soviética en Asia han proporcionado no pocos quebraderos de cabeza a los historiadores, que han tratado de buscar un designio ideológico claro en la conducta soviética, a poder ser una explicación expansionista y agresiva. Los hechos demostrados hacen difícil sostener semejante interpretación. Sin embargo, esto no quiere decir que debamos descartar del todo la idea de que las decisiones de Stalin tuvieran una base ideológica. El dictador soviético era un estadista revolucionario: su visión mundial de conjunto seguía una estructura marxista-leninista, pero su ideología era tan flexible como las ideas de su maestro Lenin. La Unión Soviética era el bastión del socialismo; estaba ganando la guerra, pero también había sufrido pérdidas y destrucción extrema; la seguridad de este bastión de la futura revolución mundial era lo único que debía tenerse en cuenta. Esta «fusión de los intereses nacionales soviéticos con los de la revolución mundial –escribió un historiador–, dejó al Kremlin manos libres para llevar a cabo la *Realpolitik* más cínica, justificada, en último término, por nobles y utópicos fines». [10]

Dar apoyo a un aliado ideológico como Mao, cuyas unidades campesinas no parecían tener ninguna posibilidad de vencer la contienda civil contra las tropas de Chiang, habría sido de un idealismo imperdonable. Los bolcheviques eran realistas. Stalin era partidario de un «marxismo creativo». Esto significaba, cada vez más, salvaguardar por encima de todo a la Unión Soviética, la cual empezó a comportarse como un imperio que buscaba la estabilidad y no como un Estado revolucionario obcecado por desestabilizar el mundo exterior. [11]

Tener buenas relaciones con Chiang era pragmatismo, pero también

lo era debilitarlo: ¿a quién le interesaba ser vecino de una China fuerte una vez que las negociaciones para incluir a los comunistas en el gabinete habían fracasado? A partir de septiembre de 1945, el mando del Ejército Rojo en Manchuria empezó a permitir que las fuerzas de Mao tomasen el control de áreas estratégicas y les informaron de que, en caso de retirada soviética, los comunistas se harían cargo de las regiones abandonadas. No obstante, Stalin estaba preocupado por los choques entre comunistas y tropas estadounidenses, pues no quería verse arrastrado a un conflicto con sus antiguos aliados. En consecuencia, en noviembre ordenó al Ejército Rojo ayudar a las tropas de Chiang a hacerse con el control de las ciudades antes de retirarse. [12] Así, cuando el Ejército Rojo se replegó, de una forma más bien súbita, en mayo de 1946, había hecho entrega de una notable cantidad de armas japonesas a las fuerzas de Mao, un alto número de las cuales se había ido infiltrando de manera clandestina en el norte de China. [13]

Así pues, pese a su neutralidad oficial en la incipiente guerra civil, una vez fracasaron las negociaciones entre comunistas y nacionalistas, Stalin contribuyó a atizar la contienda. Estaba continuando la estrategia seguida desde 1937: enzarzar en un enfrentamiento a los potenciales adversarios para proteger la frontera oriental. En 1937 esto quería decir China contra Japón, mientras que, después de la rendición de este último, se apoyó a la facción comunista en la Guerra Civil china. Mientras China estuviera en guerra, no podría amenazar el frente oriental soviético. Por tanto, durante la fase crítica de transición de la guerra a la paz, la táctica que seguir para guardar el flanco oriental de la Unión Soviética sería mantener a los bandos de la contienda civil china en una confrontación continua, impidiendo la victoria de uno de ellos.

Sin embargo, como ya había ocurrido en Europa en 1939, Stalin se equivocó. Chiang perdió la guerra y los comunistas de Mao se alzaron con la victoria en 1949. Stalin se enfrentaba ahora a otro líder comunista con sólidas credenciales para dirigir el movimiento en Asia y puede que en todo el globo. Al principio, trató de poner a Mao en su lugar al tratarlo como a un pariente pobre cuando este visitó Moscú en diciembre de 1949. Aunque pronto se aseguró de que Mao estuviera ocupado en otros asuntos. El dictador animó a su satélite Kim Il-Sung –quien, tras pasar los años de la guerra en el exilio soviético, se había convertido en el líder de la Corea comunista– a que invadiera el sur capitalista del país y logró que China lo apoyase. Era una jugada increíblemente arriesgada, no muy diferente a algunas de las

maniobras de Stalin de la década de 1930. La Guerra de Corea (junio de 1950-julio de 1953) llevó a los soviéticos al borde de una confrontación directa con Estados Unidos, que había pasado de aliado a competidor en la Guerra Fría. Este conflicto enfrentaba a los dos grandes vencedores de la segunda conflagración mundial: Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos nuevas superpotencias de un mundo bipolar. La Guerra de Corea deshizo buena parte de la desmovilización de la economía: volvieron a desviarse recursos a la defensa, se movilizaron reservistas y el Ejército fue expandido en masa. Esta guerra se prolongó durante los años finales de Stalin y sus sucesores solo pudieron darla por terminada tras la muerte del dictador, en 1953. [14]

En el oeste, Stalin también fue improvisando sobre la marcha. Preocupado por el aumento de las tensiones nacionales de su imperio multiétnico, se abstuvo de engullir Polonia, antiguo dominio zarista. Se concedería al país el estatus de Estado nación independiente y amigo de los soviéticos. Para seguir con la misma lógica empleada para justificar la invasión de Polonia en 1939, las fronteras fueron establecidas sobre líneas etnográficas: las regiones con grandes poblaciones ucranianas o bielorrusas pasaron a ser soviéticas. Polonia se desplazó hacia el oeste y se hizo más polaca. Polacos y judeo-polacos fueron transferidos desde la Unión Soviética, ucranianos y bielorrusos fueron enviados al este.

Los germanos fueron expulsados de las regiones occidentales con las que se compensó al nuevo Estado polaco por los territorios cedidos a los soviéticos en el este. Pero Stalin no le concedió todo a Polonia. La antigua región prusiana de Königsberg –una región de importancia estratégica situada al sudoeste de Lituania– fue anexionada en 1946, purgada de alemanes y repoblada con soldados desmovilizados del Ejército Rojo y otros ciudadanos soviéticos, en su gran mayoría rusos. El hecho de que lo que ahora conocemos como región de Kaliningrado fuera un enclave extraterritorial de la República rusa era un hecho de relativa poca importancia: dado que Bielorrusia, Lituania, Letonia y Rusia formaban parte de la Unión Soviética, Kaliningrado estaba integrado en un territorio continuo. Pero, en la actualidad, después de la independencia de las antiguas repúblicas de la URSS, se ha convertido en una gran anomalía y en una potencial fuente de problemas para el este de Europa: un territorio ruso con acceso al mar Báltico, aunque desconectado del centro de Rusia. [15]

Hubo otros ajustes adicionales en las fronteras soviéticas: la anexión de la región de Klaipėda (que pasó a formar parte de la RSS

de Lituania), en el norte la incorporación de territorios finlandeses (Karelia, Petsamo, Salla), las Kuriles y el sur de Sajalín en el este y áreas de Checoslovaquia y Rumanía en el oeste. Sin embargo, la principal consecuencia de la reorganización territorial de posguerra en el oeste de la Unión Soviética fue la creación de un cinturón de satélites de Estados teóricamente independientes. En un primer momento, Stalin se conformó con dejar a cada uno seguir su propio camino, mientras los respectivos partidos comunistas asumían cada vez más control. Esta era una prueba más de que la guerra no se había terminado de verdad: era una continuación de la política de la época bélica de mantener buenas relaciones y, allí donde fuera necesario, de llegar a compromisos con los aliados occidentales. Pero, después del discurso de Churchill de 1946 en torno al «Telón de acero» (que animó a continuar la resistencia de las guerrillas bálticas y ucranianas, a pesar de su situación desesperada), Stalin empezó a perder la paciencia. En septiembre de 1947 llegó el momento de recrear el Komintern (clausurado en 1943), ahora con el nombre de «Buró de Información Comunista» (o «Kominform»). Desde ese momento hasta el final de la crisis de Berlín de 1949, el dictador impuso dictaduras estalinistas uniformes a todos los países que, en 1955, pasaron a constituir el Pacto de Varsovia, el principal rival de la OTAN capitalista. El pacto incluía a Alemania Oriental, un país de pleno derecho desde 1949. Ese año, por tanto, tuvo lugar la reorganización final de los territorios ganados durante la guerra y finalizó la Segunda Guerra Mundial soviética no solo en las fronteras occidentales, ahora pacificadas, sino también en el conjunto del este de Europa. [16]

LA DESESTALINIZACIÓN DURANTE LA GUERRA

Si el periodo 1944-1949 fue testigo de la pacificación de las fronteras occidentales, y los años 1945-1949 vieron la creación de un cinturón de satélites en el oeste, así como la victoria de los comunistas chinos en el este, en esos mismos años también tuvo lugar una reorganización del estalinismo en el corazón soviético. Hacia 1945, el sistema soviético había experimentado una significativa evolución con respecto al totalitarismo con el que había entrado en guerra. En las regiones del país que había permanecido toda la contienda bajo control soviético, los campesinos habían privatizado de forma discreta un porcentaje de tierras colectivas superior al permitido por la ley. Aún peor desde el punto de vista gubernamental: en algunas regiones bajo ocupación alemana después de 1941, las granjas colectivas

habían sido disueltas. Y en buena parte de los territorios recién anexionados (los países bálticos y territorios de Ucrania occidental), la colectivización nunca había llegado a implementarse. Esto hizo que la propiedad y la producción agrícola privada aumentasen en relación con 1939. En las ciudades, muchos habían accedido a parcelas de jardín con las que alimentar a la familia, lo cual eliminó uno de los principales incentivos para quedarse en el pueblo: la posibilidad de cultivar su propia comida en una economía de escasez extrema. El mercado negro había invadido las prerrogativas de la economía dirigida por el Estado y había alcanzado su punto álgido. En la cúspide, el entorno de Stalin había ganado capacidad decisoria durante la dirección del esfuerzo bélico y en el interior los funcionarios locales también habían probado el poder inherente a un sistema más descentralizado. La *intelligentsia* también estuvo atada menos en corto, pues experimentó durante la guerra una etapa de libertad. Esto llevó a muchos a albergar la esperanza de que el fin de la conflagración trajera la reconstrucción del país devastado y una reforma de la estructura política que cumpliera las esperanzas de los años de la guerra. [17]

Este fermento era intelectual y también social. Los principales mandatarios se plantearon transferir recursos de las fuerzas militares, y de la industria pesada de la que dependían estas, a la producción de bienes de consumo. Asimismo, debatieron suavizar la dictadura con el fin de permitir el desarrollo de una «democracia socialista». De haber sido acometidos, estos planes habrían supuesto una importante deconstrucción del Estado bélico estalinista para premiar a la población por la victoria. En los puestos inferiores de la jerarquía circulaban ideas aún más radicales. Los funcionarios estatales empezaron a pensar que podría ser buena idea legalizar el mercado negro para gravarlo con impuestos, la *intelligentsia* aspiraba a una liberalización de la producción cultural y, en el extremo inferior de la jerarquía, corrían rumores de la inminente disolución del sistema de koljozes, tanto en el Ejército en proceso de desmovilización como en el campo, al que regresó la mayoría de los excombatientes. Muchos de estos soldados habían conocido la vida fuera de la Unión Soviética durante la contienda y explicaban lo fácil que era la vida en otros países y a veces incluso reportaban la libertad política que había «en el extranjero» (*za granitsei* ; literalmente, «al otro lado de la frontera»). [18]

LA RECONSTRUCCIÓN ESTALINISTA

Esas aspiraciones estaban condenadas a sufrir un amargo desengaño. Es cierto que el Estado encabezó una reconstrucción impresionante del país. El número de personas empleadas en la construcción, que se había hundido de 1,7 millones en 1940 a solo 828 000 en 1943, había vuelto a crecer hasta 1,5 millones en 1945. Esta mano de obra construyó cerca de 31 millones de metros cuadrados de espacio habitable en 1944 y 1945, la mayoría (19,5 millones) en las regiones que habían sufrido la ocupación. A principios de 1945 ya había más carreteras pavimentadas para mejorar el traslado por carretera que en 1941. El rendimiento del transporte pasó de 259,7 mil millones de kilómetros-tonelada en 1942 a 374,8 mil millones en 1945. En 1945, el transporte ferroviario alcanzó el 67 por ciento de las cifras de bienes transportados y el 63 por ciento de pasajeros. La producción de electricidad llegó a los niveles de 1940 en 1946, la de carbón en 1947, acero en 1948 y petróleo en 1949. Ese mismo año, la industria soviética produjo la misma cantidad de jabón que en 1940. Sin embargo, alimentos como el azúcar o la carne, y toda la producción agraria, necesitaron margen hasta 1950 para igualar los niveles de los años previos al ataque alemán. Ciertos bienes de consumo, como zapatos o diversos tipos de tela para la confección de ropa, tuvieron que esperar hasta 1951. [19]

Aun así, dado el nivel de destrucción, el esfuerzo de reconstrucción del Estado estaba lejos de ser suficiente. No solo en las antiguas regiones del frente había casas dañadas o destruidas. En el interior también había viviendas faltas de mantenimiento, en mal estado, sin agua corriente, en las que vivía hacinada una humanidad sufriente. Veinticinco millones de personas carecían de techo y al menos 2 millones vivían en refugios subterráneos. Los que no tenían acceso a las abarrotadas habitaciones de los apartamentos comunales residían en tiendas de campaña, dormitorios, dormían en cocinas o pasillos. La gran mayoría de las nuevas casas fueron construidas por ciudadanos particulares, no por empresas, organizaciones estatales o cooperativas de vivienda: el 60 por ciento en 1941-1946, cifra que se elevó al 64 por ciento en 1946-1950. [20]

La atención del Estado a las necesidades de la población pronto fue desviada por cuestiones más acuciantes. La incipiente Guerra Fría sofocó el intento de estimular la industria de bienes de consumo. La vida, tanto en las ciudades superpobladas como en el campo, siguió siendo dura en extremo incluso después de la hambruna de 1946-1947. El régimen de los *koljoz* fue reforzado en 1946 (y reimpuesto en los territorios ocupados en los que había sido

suprimido). En la región no colectivizada de Ucrania occidental, a partir de 1947 se impuso la colectivización al campesinado; a continuación, se llevó a cabo una campaña para la supresión de «parásitos» en las aldeas de toda la Unión Soviética; y desde 1949 se impuso la colectivización en masa en las repúblicas bálticas. De este modo, se reconstruyó un pilar central de la revolución desde arriba estalinista en la «vieja» Unión Soviética anterior a 1939 y se exportó, en forma de «revolución desde fuera», a los nuevos territorios soviéticos. [21]

Este retorno al orden político y económico estalinista conllevó el control del mercado negro y una reforma monetaria que confiscó la riqueza acumulada por la «especulación». La *intelligentsia* fue metida en vereda por medio de una campaña contra toda «sumisión a occidente». La «campaña anticosmopolita» se suele considerar antisemita, lo que es cierto. Pero era mucho más que eso, pues iba dirigida contra todo aquel que tuviera, o que valorase, vínculos con el mundo exterior, más allá de la Unión Soviética. El sistema político fue centralizado de nuevo y, para que nadie se creciera, los esbirros de Stalin volvieron a amenazar con el terror al dictador, para que todos vieran quién mandaba. [22]

Este proceso también incluyó una renovación del Partido Comunista, médula espinal del régimen y herramienta principal para la gestión de personas con ambición y aspiraciones de ascenso social. La guerra había traído al santuario del estalinismo a individuos de dudosa lealtad y escasa firmeza ideológica. Durante la contienda, muchos cuadros veteranos del partido perecieron en el frente y los nuevos reclutas eran seleccionados, sobre todo, por la hoja de servicios militares. Había cierta preocupación por la falta de preparación política y pureza ideológica de muchos de los nuevos militantes que habían ingresado en el partido en el frente. Se acometió una gran purga (sin sangre) junto con una campaña educativa para los «jóvenes comunistas». En 1946-1948, la mayoría de comunistas que fueron excluidos de las estructuras civiles del partido se había incorporado a este durante la lucha contra Alemania (56 por ciento, 171 000 personas). En el periodo siguiente (1949-1951) este porcentaje ascendió hasta el 62 por ciento, nada menos que 188 000 individuos. [23]

En una palabra: era necesario deshacer el impacto de la conflagración y reconstruir el estalinismo de preguerra, para así retornar a una extraña suerte de «normalidad». [24] El dictador impulsó esta reconstrucción. Para Stalin, la guerra era la prueba de que su

revolución desde arriba había sido correcta: la colectivización había mantenido a raya al campesinado, la industrialización había producido las armas necesarias y el Gran Terror había liquidado a enemigos que podrían haber derrocado el Estado durante la contienda. Esta convicción de que todos los crímenes y todo el sufrimiento de los años treinta del siglo XX habían constituido una necesidad histórica había quedado ocultada durante la guerra por eslóganes patrióticos que pretendían movilizar a una población que no mostraba mucho entusiasmo por defender un sistema que explotaba sin piedad a la mayoría de ellos. A pesar de ello, quien tuviera el oído agudo podría captar el sentido del discurso de Stalin en el desfile del Ejército soviético en la plaza Roja del 7 de noviembre de 1941. Este afirmó que «hoy la situación de nuestro país es mucho mejor que veintitrés años atrás», al inicio de la Guerra Civil. «Nuestro país es varias veces más rico en industria, alimentos y materias primas que hace veintitrés años». No dijo que esta situación fuera consecuencia de la revolución estalinista, pero claramente lo sugería. [25] Dos años después fue más explícito, al proclamar que «los trabajadores de la Unión Soviética» habían edificado «una industria socialista muy desarrollada y poderosa», que constituía el cimiento de su heroísmo bélico. De nuevo era evidente que su alusión a «los años de pacífica construcción» hacían referencia a los años de la industrialización estalinista de la década de 1930, no tan pacíficos. [26] Un año más tarde, de nuevo durante el aniversario de la Revolución de octubre, el dictador se extendió aún más en el tema, pues sostuvo que «el sistema soviético» y el «Estado soviético» permitieron suministrar al Ejército incluso después de la ocupación de algunas de las regiones más ricas del país. Afirmó que este sistema había nacido en la Revolución de octubre, pero que todos recordarían que el sistema soviético en vigor en aquel momento había sido creado por la revolución estalinista de principios de la década de 1930. [27] Durante toda la contienda había dejado caer alusiones similares y su célebre brindis de 1945 por la gente corriente, los «“pequeños tornillos” del gran mecanismo del Estado», también sugería que lo que había ganado la guerra era la maquinaria totalitaria que Stalin había edificado en esa década, que obligó a todo el mundo a convertirse en un funcionario del Estado bélico. [28] La guerra había acabado. El estalinismo había triunfado.

LA EVOLUCIÓN DEL SISTEMA IMPULSADA POR LA CONTIENDA

De este modo, si la victoria en la guerra fijó la estructura general del sistema económico soviético, los años de reorganización que siguieron a la contienda convencional también fueron testigos de una evolución sutil de la administración estatal. Stalin, aunque envejecido, conservaba un poder dictatorial, pero bajo su mandato totalitario se había desarrollado una dirección colegiada y una burocracia más estandarizada. Como ya hemos visto en los capítulos precedentes, el terror de la década de 1930 redujo a la insignificancia a los colaboradores inmediatos del líder, el «equipo Stalin». Después del Gran Terror de 1937-1938, este se convirtió en un verdadero «dictador totalitario» al cual ni siguiera su séquito más inmediato podía contener. Sin embargo, la guerra fue un problema demasiado complejo para seguir operando de ese modo, por lo que los esbirros de Stalin ganaron considerable autonomía dentro del sistema de gestión de las crisis bélicas. Esto supuso un reforzamiento del equipo Stalin, algo que el dictador trató de deshacer después de la conflagración, aunque no lo logró del todo. Bajo la superficie subyacía un trabajo en equipo, con lo que, una vez muerto Stalin, sus antiguos lugartenientes pudieron tomar el poder como grupo. [29]

Esta evolución del sistema soviético impulsada por la contienda, que lo apartó del dominio totalitario de un solo hombre y lo condujo hacia una dirección colegiada, halló su equivalente en los peldaños inferiores de la jerarquía. En esta, una burocracia más y más profesional, si bien a menudo corrupta, trabajaba conforme a normas y reglamentos en un sistema de apariencia cada vez más moderna. Por el momento, este sistema fue contenido, al igual que el equipo Stalin, por los caprichos del dictador. Pero, tras el fallecimiento de Stalin, en 1953, pudo emerger, de forma más o menos instantánea, una dictadura más predecible. [30]

En parte, estos cambios precedieron a la guerra. El Gran Terror retiró (a menudo liquidándolos) a la vieja generación de gestores del sistema soviético y los reemplazó por una nueva raza de funcionarios, cuyas credenciales no eran revolucionarias, sino profesionales. Sin embargo, lo que permitió el ascenso de estos tecnócratas fue la emergencia bélica. La descentralización parcial del sistema político que tuvo lugar durante la guerra les dio la libertad necesaria para tomar decisiones y resolver problemas con menos control que antes. De este modo, al igual que había ocurrido en el Ejército, una vez finalizada la contienda los administradores, gestores y directores civiles estaban menos vigilados. [31]

La profesionalización del Estado abarcó incluso los servicios más

íntimamente conectados con el totalitarismo estalinista: la policía. En la esfera civil, el terror fue reemplazado de forma gradual por una acción policial dura, pero dentro de la legalidad. Se continuó ejerciendo un terror selectivo contra la élite política entre la guerra y la muerte de Stalin, cuyo ejemplo más espectacular fueron los hechos de Leningrado, en los que se sentenció a muerte a seis destacados líderes del partido y un elevado número de supuestos partidarios fueron expulsados de la ciudad, enviados al exilio o encarcelados. Muchos murieron. En general, durante los años de posguerra fueron arrestados por traición entre 300 000 y 600 000 personas. Además, unos 20 000 viejos enemigos (miembros de partidos o facciones socialistas rivales, contrarrevolucionarios «blancos») y centenares de miles de enemigos del poder soviético, reales o supuestos, fueron deportados de los territorios recién adquiridos en el oeste. Aun así, las purgas políticas ya no eran la tarea principal de las operaciones de seguridad, en particular en la «vieja» Unión Soviética (dentro de las fronteras de 1939). Tras el fin del dominio de Stalin, en 1953, casi la mitad de los internos en el extenso sistema del gulag eran víctimas de las increíblemente duras leyes antirrobo de 1947, no de cargos políticos inventados, como había ocurrido durante el Gran Terror. Tanto la «filtración» de ciudadanos repatriados como la comprobación de las poblaciones que habían vivido bajo la ocupación alemana, fueron bastante diferentes y, en general, se atenían al imperio de la ley. [32]

La guerra impartió lecciones de importancia a los dirigentes soviéticos. Una de ellas fue que la represión total era indeseable cuando se libraba una lucha por la supervivencia. Pronto fue evidente que considerar traidores a todos y cada uno de los prisioneros de guerra era absurdo, contraproducente y un despilfarro. Solo una minoría se pasó de forma voluntaria o colaboró con el enemigo. Esa carne de cañón era necesaria para trabajar y combatir, por lo que las legislaciones draconianas del inicio fueron rebajadas y reemplazadas por una «criba», esto es, un intento de descubrir a quienes habían apoyado de forma activa al enemigo, una minoría. Los líderes políticos tenían dolorosa constancia de las pérdidas inmensas de los años de conflicto, lo cual les llevó a gestionar con más cuidado los recursos humanos. Tras el fallecimiento de Stalin, esta conciencia también se extendió al gulag, que fue parcialmente desmantelado y sometido a una profunda reforma. Un historiador ha establecido una relación directa entre este cambio y la devastación experimentada durante la Segunda Guerra Mundial. [33]

En ciertos aspectos, hubo una conexión explícita entre la guerra y la normalización inicial de la represión. Uno de ellos fue la amnistía anunciada en el decreto de fecha 7 de julio de 1945. Titulado «Sobre la Amnistía en relación con la victoria sobre la Alemania hitleriana», este documento indultaba a varias categorías de presos no políticos, «en conmemoración de la conclusión triunfal de la guerra», [34] lo cual supuso «la mayor liberación de presos» de toda la era Stalin. [35] Dos años más tarde se abolió la pena de muerte, una decisión motivada por «la victoria histórica del pueblo soviético sobre el enemigo». Este triunfo demostraba, según el decreto del 26 de mayo de 1947, no solo el poder del Estado soviético, sino también «la excepcional devoción de toda la población de la Unión Soviética a la patria y al Estado soviéticos». [36]

LA CONMEMORACIÓN DE LA GUERRA Y DEL SISTEMA SOVIÉTICO

El argumento en el que insistió Stalin tras la contienda –esto es, que se consiguió ganar la guerra gracias al sistema estalinista creado en la década de 1930 y que todos eran leales a este modelo y a su líder– fue reafirmado por todos los sucesores. Incluso el «discurso secreto» de Nikita Jrushchov de 1956, con todas sus críticas al difunto dictador y su Culto a la Personalidad, insistía en que la línea política siempre había sido correcta. Sin la colectivización y la industrialización forzosas, escribió, «hoy no tendríamos una poderosa industria pesada, ni granjas colectivas, estaríamos débiles e indefensos contra el cerco capitalista». [37] Las reformas jrushchovianas de los años cincuenta y primeros sesenta del siglo XX permanecieron dentro de los límites de las ideas debatidas por los dirigentes soviéticos durante la posguerra, pero no habían podido implementarse porque Stalin no aceptó ninguna de esas ideas modernas. «El liderazgo jrushcheviano –escribió un historiador–, preservó casi por completo la estrategia de construcción comunista formulada durante el periodo de la inmediata posguerra». [38]

La victoria del sistema estalinista fue celebrada por un culto a la guerra que se convirtió en uno de los pilares principales del orden cultural y social tardosoviético. Este no solo conmemoraba la contienda, sino también la victoria del sistema soviético. Bajo el mandato de Leonid Brézhnev, sucesor de Jrushchov en el cargo de primer secretario (más tarde secretario general) del Partido Comunista, el culto bélico aumentó en intensidad y propagó su

mensaje de forma aún más ruidosa. La guerra se convirtió en el gran triunfo de la Unión Soviética y empezó a desplazar a la revolución de la categoría de mito fundacional. Aquello que había hecho posible ganar la contienda –el sistema soviético– pasó a ser sacrosanto. La victoria, por tanto, era la prueba de que la revolución de Stalin había sido correcta y remarcar este último punto era una de las misiones del culto bélico soviético. [39]

Por supuesto, para los soviéticos, «la guerra» significaba la Gran Guerra Patriótica (*Velikaia Otechestvennaia voina*), esto es, la victoriosa contienda defensiva contra Alemania de los años 1941-1945. Las otras etapas más problemáticas de la Segunda Guerra Mundial soviética fueron ignoradas, en particular, el tiempo que permanecieron en el mismo bando que la Alemania hitleriana, en 1939-1941. Este relato también requería suprimir los recuerdos de ocupación, no de liberación, todavía presentes en los países bálticos y en los antiguos territorios polacos, los errores colosales de Stalin en 1941, la represión, el hambre, la explotación y la brutalidad, así como aquellos casos en los que los soldados soviéticos fueron agresores y no víctimas, criminales de guerra y no defensores heroicos de mujeres y niños. Todas estas historias desafiaban y ensombrecían el relato oficial, pero hasta la década de 1980 quedaron circunscritas a conversaciones en voz baja con familia y amigos íntimos y a memorias e historias impresas fuera de la órbita soviética (que podían ser calificadas, si alguien tenía acceso a ellas, de propaganda antisoviética).

El relato oficial tenía variantes locales, pero todas seguían una misma pauta. [40] Este experimentó una serie de alteraciones en estricta correlación con la evolución del clima político. Con Jrushchov (1953-1964) se eliminó el rol dirigente de Stalin, que fue cuidadosamente reinsertado en la etapa de Brézhnev (1964-1982). Durante el secretariado general de este, el culto bélico alcanzó nuevas cotas de pomposidad. Con Mijaíl Gorbachov (1985-1991) el relato fue desestabilizado por la atmósfera de mayor libertad, que permitió que se oyeran voces críticas. De hecho, durante esos años y los que siguieron, emergió un contramito integral, que solo subrayaba los aspectos oscuros y el carácter criminal del esfuerzo bélico soviético. [41]

Esos años, y en particular las tres décadas que siguieron al desmembramiento de la Unión Soviética (1991), fueron testigos de un resurgir de la memoria reprimida de las regiones. En los países bálticos y en Ucrania se rememoraron los crímenes soviéticos de la ocupación de 1939-1941 y los que vinieron a partir de 1944, con el

restablecimiento del poder soviético y la «liberación»; las luchas de los Hermanos del Bosque, la OUN y el UPA; la participación de los locales en el genocidio de los judíos y en la limpieza étnica de polacos o ucranianos. De igual modo, hubo muchos en Rusia que, con el decidido apoyo del Estado, trataron de salvar la vieja historia de la gesta heroica de la Gran Guerra Patriótica, aunque en ese momento como una hazaña del pueblo ruso, no del sistema soviético. Otros, en Ucrania, Letonia, Lituania y Estonia, también con el respaldo de sus respectivos Gobiernos, así como de historiadores y activistas extranjeros, construyeron relatos nacionales basados en su papel de víctimas de Hitler y Stalin y en la resistencia nacional contra el totalitarismo. En el sentido técnico de la palabra, la mayoría de tales historias, salvo alguna que otra falsificación descarada, no eran «incorrectas». Pero todas estaban incompletas, pues solo se centraban en los aspectos de la guerra soviética útiles para los propósitos políticos del momento presente. En cierto modo, este libro es un intento de restablecer, al menos en parte, la complejidad de la historia real de la Segunda Guerra Mundial soviética. Por tanto, rechaza tomar partido en las contiendas historiográficas actuales que ponen en peligro las relaciones pacíficas entre las naciones de Eurasia. [42]

VETERANOS

Uno de los aspectos asociados a la preeminencia de la Gran Guerra Patriótica en la sociedad soviética durante los años de posguerra fue el ascenso de los veteranos como grupo social de gran prestigio y privilegios especiales. Este fenómeno no estaba predeterminado, sino que fue el resultado de luchas políticas. La atención a los veteranos, tras una fase inicial durante la desmovilización (1945-1948), prácticamente desapareció. Los lisiados de guerra conservaron unos derechos sociales muy básicos pero insuficientes, pues todo estaba orientado a movilizarlos para el trabajo. Para muchos veteranos, el regreso a casa supuso un amargo desengaño. [43]

¿Por qué el Estado soviético fue tan mezquino con quienes le habían salvado de la destrucción? Parte de la respuesta es ideológica: para los dirigentes soviéticos, formados para pensar en términos marxista-leninistas, no tenía sentido dar privilegios especiales a los veteranos. El socialismo aspiraba a mejorar la vida de las masas trabajadoras, no de los excombatientes. Dar ayudas sociales a los veteranos desprendía cierto olor a fascismo y, de hecho, este fue uno de los motivos por los que la Unión Soviética no permitió durante los

años de entreguerras el movimiento de veteranos. Como explicó uno de los custodios de la pureza ideológica, los movimientos de veteranos del mundo capitalista eran «imperialistas y antisoviéticos», además de «reaccionarios». En la Unión Soviética, una organización de veteranos no era necesaria, pues el Gobierno cuidaba del conjunto de la ciudadanía. Así pues, pontificaba el ideólogo del aparato del Comité Central, «la pretensión de aislar una sección del pueblo soviético (los que habían estado en el Ejército) del resto (los que no habían estado)», era «absolutamente innecesaria». [44]

Y también estaba la cuestión del dinero. En 1945 vivían en la Unión Soviética entre 20 y 25 millones de veteranos. El Estado, simple y llanamente, no podía permitirse conceder un sistema de bienestar a un grupo tan numeroso, como descubrieron, para su sorpresa, los funcionarios estatales que revisaron las pensiones asociadas a las condecoraciones de guerra (con lo que tuvieron que suprimir las medallas pensionadas). Hubo que esperar hasta finales de la década de 1970, después de que hubiera fallecido un número suficiente de viejos soldados, para que las ayudas a los veteranos fueran factibles desde el punto de vista financiero. E incluso entonces, cuando tan solo quedaban unos 9 millones de combatientes de la Segunda Guerra Mundial, los activistas veteranos que presionaban a favor de un sistema de ayudas eran muy conscientes de que esta no era «una cuestión simple, ni fácil, ni barata. Seguimos necesitando dinero», insistió el funcionario, para «garantizar el poder de nuestro Estado». [45]

Por ello, en 1978, los veteranos obtuvieron privilegios recogidos por ley. Este nuevo estatus era el resultado de un complejo proceso político que combinó varios factores: la presión insistente de los veteranos, tanto dentro como fuera de la nueva organización creada en 1956; la mayor receptividad de Brézhnev, que se las daba de héroe de guerra; y la menor oposición del Ministerio de Finanzas, pues ahora el número de supervivientes de la contienda era mucho más manejable que en 1945. [46] Sin embargo, la decisión de concederles una posición especial suscitó un dilema ideológico: ¿cómo podía explicarse, desde una perspectiva ideológica coherente, la existencia de veteranos de guerra como grupo social? La respuesta requirió un hombre de talento, Gorbachov, secretario general desde 1985. Su solución fue ingeniosa: añadió a los veteranos –que ahora existían abiertamente como grupo sociolegal– a la lista de colectivos sociales marxista-leninistas que, según Stalin, formaban los pilares fundamentales de la sociedad soviética: obreros, campesinos colectivizados, *intelligentsia* . Era evidente que los veteranos eran

diferentes a todos estos colectivos, como también lo era otra categoría problemática del pensamiento marxista-leninista: naciones y nacionalidades. Para integrar a los veteranos en esta sociología, Gorbachov los trató como una «generación», lo cual tenía cierto sentido a principios de los años ochenta del siglo XX, cuando los combatientes más viejos estaban muertos y los privilegios de los veteranos de guerra se habían ido extendiendo, poco a poco, a los antiguos trabajadores del *hinterland* . Así, en 1987, el secretario general afirmó que la sociedad soviética estaba constituida por clase social («la clase obrera, el campesinado de los *koljoz* , la *intelligentsia* »), sexo («mujeres y hombres»), etnicidad («naciones y nacionalidades») y generación («veteranos y jóvenes»). Los viejos combatientes habían encontrado un puesto legítimo en el orden oficial del universo. [47]

VICTORIA Y BIENESTAR

En la Unión Soviética, por tanto, los veteranos no ejercieron de vanguardia del estado del bienestar como habían hecho en otros lugares. Solo después de que el estado del bienestar soviético despegase durante la década de 1950 los veteranos adquirieron un estatus especial, sancionado por ley en 1978. De hecho, en lugar de premiar solo a los veteranos, los dirigentes soviéticos trataron de recompensar a toda la población por el esfuerzo bélico. Esta filosofía de bienestar generalizado tenía pleno sentido a múltiples niveles. Primero, era mucho más fácil darle encaje ideológico que a un régimen especial para veteranos. El socialismo pretendía dotar de una vida mejor a las masas trabajadoras, no a los excombatientes, lo cual era una prioridad propia de fascistas. Al proporcionar bienestar social al conjunto de la población, el régimen cumplió al fin la promesa de la Revolución de construir una vida mejor para la gente trabajadora. Es más, también remarcaba el hecho de que los soldados del frente no habían sido los únicos que soportaron el sufrimiento de la guerra. De hecho, en la contienda murieron más civiles soviéticos que personal castrense. Los civiles fueron movilizados para uno de los esfuerzos bélicos más totales de la historia: en muchos aspectos, la vida civil estaba tan reglamentada como la vida en el Ejército y las condiciones de vida y trabajo eran de una dureza extrema. [48]

De este modo, era muy lógico que toda la población –con la salvedad de unos pocos traidores que habían hecho causa común con el enemigo– se mereciera un estado del bienestar. De hecho, este

constituía el otro aspecto de la frase de Stalin acerca de los «tornillitos» que componían el Estado: sin ellos, señaló, no podría haber ganado la contienda. En un discurso anterior, del 24 de mayo de 1945, había sido aún más explícito: reconoció que «el Gobierno», esto es, Stalin en persona, había cometido «unos cuantos errores» al inicio de la guerra contra Alemania. Estos errores fueron tan graves que podrían haberle costado el cargo. [49]

Stalin no fue el único que reconoció a la gente común su contribución a la victoria. Los funcionarios de rango medio que tenían que decidir quién debía acceder a vivienda y a otros recursos escasos consideraban que los veteranos eran uno de los colectivos que más lo merecían. Aunque no solo se reconocieron los logros de los veteranos. El sufrimiento universalizado de los años bélicos hizo que se dejase de considerar a los receptores de ayudas sociales como individuos que escurrían el bulto, como ocurrió durante el periodo de entreguerras. La discapacidad, que con anterioridad había sido una preocupación menor, quedó ahora asociada al sacrificio de guerra, lo cual mejoró su consideración. De este modo, el estalinismo tardío fue testigo de un resurgir del discurso soviético de bienestar social de la década de 1920, que fue abandonado en la posterior de 1930. Si bien la política general solo cambió tras el fallecimiento de Stalin, esas reformas ya habían sido conceptualizadas durante los años finales de la vida del dictador, bajo el impacto de la guerra y de la victoria. [50]

De hecho, uno de los programas de bienestar social más emblemáticos de Jrushchov –la campaña de construcción en masa de viviendas de los años cincuenta y sesenta del siglo XX– fue una respuesta directa a la destrucción bélica, que había dejado sin techo a una cifra de personas sin precedentes. En el mandato de Stalin, una parte significativa del esfuerzo de reconstrucción quedó en manos de la iniciativa privada. En 1940, 154 millones de metros cuadrados de vivienda urbana eran propiedad privada; en 1950 eran 173 millones, más de un tercio del total. Resultados impresionantes para un país en el que cualquier actividad privada tenía que superar obstáculos increíbles, pero que no fueron suficientes para cubrir las necesidades. Así pues, con Jrushchov se emprendió un programa de construcción en masa que dio lugar a lo que se llamó en el futuro «barriadas Jrushchov», pero que, en la época, constituyó «el programa de vivienda más grande del mundo». [51]

Igual importancia tuvo la reforma de las pensiones de 1956, que en 1964 se hizo extensiva a la población rural. Estos dos cambios formaban parte de un programa ambicioso –y sumamente utópico–

para garantizar «una abundancia de valores materiales y culturales al conjunto de la población», esto es, «la construcción de la sociedad comunista», según se desprendía del programa de 1961 del Partido Comunista. Las líneas maestras habían sido trazadas ya en 1947, pero había sido archivado por imposible. Se implementó a partir de mediados de la década de 1950. [52]

LOS CULTIVOS DE LA VICTORIA

Los resultados de la guerra, las exigencias desde abajo y las medidas desde arriba no siempre se entrelazaban con tanta facilidad como en el caso de los programas sociales jrushchovianos. Ya hemos visto cómo una de las consecuencias de la contienda –el nuevo grupo social de los veteranos de guerra– embarrancó en unos bajíos ideológicos que no fueron eliminados hasta mucho más tarde por Brézhnev y Gorbachov. Esto mismo ocurrió con el cultivo de huertos, otro de los fenómenos de masas derivados de la guerra. Se trató de la respuesta, de individuos, familias y empresas, a la reducción del consumo urbano que provocó la guerra europea de 1939-1941. En esencia, la horticultura urbana supuso extender a las ciudades los cultivos privados que se permitía tener a los granjeros colectivizados. En 1939, más de un millón de habitantes de las ciudades participaba en estas actividades de autoaprovisionamiento; en sus parcelas, privadas o de empresa, se criaba cerca de una tercera parte de todos los cerdos y vacas soviéticos. En 1940, el Gobierno central se vio obligado a regular lo que ya era una realidad: la distribución de tierras de cultivo en ciudades y pueblos. Después del ataque germano, empezó a incentivar activamente este fenómeno, una vez quedó claro que el sistema de racionamiento no sería capaz de librar a los obreros de la inanición. Estos cultivos, por tanto, garantizaron la supervivencia de los civiles, para que así el Estado central pudiera dirigir toda la atención en aprovisionar a las fuerzas armadas. [53]

El surgimiento de este «Estado horticultor» –un Estado que fomentaba la horticultura y la formación de hortelanos– fue, por tanto, un compromiso ideológico engendrado por la guerra. Esta política, con el foco implícito en la familia, en la autosuficiencia y en el cultivo de huertos que no dejaban de ser privados, olía a ciertas tendencias «pequeñoburguesas». De ahí que no fuera ninguna sorpresa que durante los años más puristas del utópico mandato de Jrushchov el Estado volviera a castigar tal práctica. Sin embargo, los años de Brézhnev, además de testimoniar el reconocimiento definitivo a los

veteranos, también trajeron la capitulación final del Estado ante sus ciudadanos-horticultores. Cuando, durante los años setenta del siglo XX, volvieron a escasear los alimentos, el régimen pasó de «aceptar los huertos privados a regañadientes a apoyarlos con entusiasmo». Hasta tal punto que la constitución «Brézhnev» de 1977 no solo garantizó el derecho de los ciudadanos a cultivar para alimentar a la familia, sino que llegó incluso a declarar que «el Estado y las granjas colectivas deben ayudar a los ciudadanos a cuidar sus parcelas privadas». Esta cultura horticultora tuvo amplias repercusiones más allá de la historia de la Unión Soviética. Fueron los alimentos cultivados en los huertos de los ciudadanos corrientes lo que permitió a la población de Rusia, Ucrania y otras regiones sobrevivir al catastrófico colapso económico de los primeros años de la década de 1990. Un perverso retorno, en época de paz, a la crisis bélica que había dado origen a la horticultura de masas. [54]

EL DÍA DE LA VICTORIA, 1945-2045

Hay otros ejemplos de procesos similares. Los ciudadanos soviéticos podían regodearse en la gloria de la victoria y recordar a los caídos el Día de la Victoria (9 de mayo), una de las festividades principales del calendario soviético. En los años de desmovilización fue un festivo no laborable, pero eso quedó suspendido en 1947. Después de esa fecha, hubo salvas de artillería y desfiles en numerosas ciudades, paradas, discursos en la prensa y celebraciones formales e informales por todo el país. Aunque la gente tenía que trabajar (si bien la cantidad de trabajo terminado ese día ya era otra cuestión). [55] Esta situación peculiar, de «festivo laborable», se mantuvo hasta 1965, cuando se reinstauró un día de fiesta en el sentido adecuado del término, esto es, una jornada no laborable. La nueva categoría de la fecha fue señalada con un desfile militar en la plaza Roja, al igual que en 1945. Aún hoy, el Día de la Victoria sigue siendo la festividad cívica más importante de la Rusia postsoviética. [56]

Con la recuperación, en 1965, de la condición de festivo no laborable del Día de la Victoria, el régimen daba respuesta a presiones «desde abajo»: el Día de la Victoria era muy popular y a la población le costaba entender por qué debía trabajar en una fecha tan señalada. Puede decirse lo mismo de otros premios a la victoria que habían sido postergados. El pueblo soviético quería dachas, pensiones y viviendas. Los veteranos exigían respeto y ayudas sociales. Los «tornillitos» consideraban que ellos habían ganado la guerra, con lo que el

Gobierno acabó cediendo a tales exigencias. Sin embargo, la decisión de qué petición popular atender estaba en manos del gabinete. Los habitantes de la Unión Soviética también soñaban con elecciones libres, viajar al extranjero y la abolición de las granjas colectivas, aunque esas demandas fueron ignoradas y los ilusos perseguidos. [57] Construir un Estado socialista del bienestar, algo que encajaba en su ideología de conjunto, era una cosa; pero alterar los principios fundamentales del orden político-económico autoritario era otra bien distinta. Así pues, el impacto de la guerra acabó por agotarse por sí mismo dentro del sistema vigente desde la década de 1930. [58]

Estos grilletes no fueron retirados hasta 1991. La disolución de la Unión Soviética dio paso a una nueva era, posimperial, en las tierras antaño regidas por los Románov y después por el Partido Comunista de la Unión Soviética. El que este autoritario socialismo de Estado, que había causado tanto sufrimiento, pero que también se había impuesto en la guerra contra Hitler, hubiera desaparecido no implicaba que toda su historia fuera irrelevante. La guerra, de hecho, se convirtió en piedra de toque de muchas de las luchas después de 1991, tanto en el seno de cada uno de los quince Estados sucesores de la Unión Soviética como entre muchos de ellos. Esta conflagración sigue muy viva en las tierras que habían estado dominadas por Stalin. Es más, sus ecos reverberan mucho más allá de la región. Los cambios no se limitaron a desplazar las fronteras soviéticas, sino, como hemos visto una y otra vez en este libro, las trascendieron. Los polacos deportados se marcharon a Irán en 1942 con el Ejército de Anders; las poblaciones desplazadas rusas, ucranianas, lituanas, letonas y estonias evitaron la repatriación y permanecieron en occidente; los judíos polacos y bálticos que regresaron a su país desde la Unión Soviética volvieron a irse cuando vieron que se habían convertido en una tumba antisemita y se llevaron consigo sus relatos bélicos al nuevo hogar en Australia, Canadá, Estados Unidos, Latinoamérica o Israel. Quienquiera que enseñe la historia de esta contienda en alguno de estos lugares se encontrará con regularidad con estudiantes que se interesaron en ella a causa del pasado familiar: la historia de un abuelo o abuela, la de la familia, la comunidad. No podemos predecir lo que será de nuestro mundo desde hoy hasta 2045, año del centenario de la victoria sobre Alemania y Japón. Pero sí que podemos vaticinar con seguridad que la Segunda Guerra Mundial soviética seguirá siendo recordada, aunque de forma diferente, y por personas distintas. [59]

NOTAS

1 Alexievich, S., 2016, 127.

2 Reporte del plenipotenciario de la comisión de control del partido en Uzbekistán de la desmovilización (24 de agosto de 1945), RGASPI f. 17, op. 122, d. 102, l. 96-104, en particular pág. 98.

3 Estos cálculos, y los de los siguientes párrafos, están basados en Verbitskaia, O. M., 2001, 128-165, en particular pág. 129; Rogachevskaia, L. S. y Kabuzan, M. V., 2001, vol. 2, 6-18, en particular pág. 15; Krivosheev, G. F., 2001, 238 (tabla 121); Rybakovskii, L. L., 2010, 95, 91; Konstantinov, V., 2007, 33 (tabla 1.1); Arad, Y., 2009, 252.

4 El número de víctimas de la hambruna está extraído de Ellman, M., 2000, 603-630.

5 Edele, M., 2015b, 487-506, en particular págs. 497-500.

6 Cifras presupuestarias: Malkov, P. V. (ed.), 2020, 165.

7 *Vid* . un excelente resumen en Wolff, D., 2011, 273-291.

8 Radchenko, S., 5 de agosto de 2015 [https://foreignpolicy.com/2015/08/05/stalin_japan_hiroshima_occupation_hokkaido/].

9 Radchenko, S., 2012, 99-116, en particular págs. 101-103, cita: 101. Acerca de las negociaciones: Radchenko, S., 2017, 84-114.

10 Pechatnov, V., 2010, vol. 1, 90-111, en particular pág. 91.

11 Acerca de la oposición entre marxismo «creativo» y «dogmático», *vid* . la réplica de Stalin a Preobrazhensky, VI Congreso del VKP (b), 3 de agosto de 1917. Stalin, I. V., 1952, vol. 3, 200.

12 Radchenko, S., 2017, 109-110.

13 Acerca de las armas: Sheng, M. M., 1997, 110-111.

14 Gorlizki, Y. y Khlevniuk, O., 2004, 97-101.

15 Acerca del reasentamiento en la región de Kaliningrado, *vid* . el reporte del responsable de la administración de reasentamiento, D. Dmitriev, del cumplimiento del plan de reasentamiento para la región de Kaliningrado, 15 de noviembre de 1946, GARF f. A-259, op. 6, d. 3805, l. 15-26; *véase también* el reporte anual de la administración de reasentamiento, 1947, GARF f. A-327, op. 1, d. 19.

16 Naimark, N. M., 2010, vol. 1, 175-197, presenta un buen resumen; *vid* . una serie de estudios de casos individuales en Naimark, N. M., 2019.

17 Zubkova, E., 1998.

18 Pyzhikov, A. V., 2002, 33-43; Hessler, J., 1998, 516-542; Hessler, J., 2001, 445-471; Edele, M., 2009, 159-182; Johnston, T., 2011, 74-75, 136. Edele, M., 2006, 167-191.

19 Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1990, 153, 154, 155, 157, 172, 219, 220-222.

20 *Velikaia Otechestvennaia voina 1941-1945. Kniga 4: Narod i voina* [Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Libro 4: Pueblo y Guerra], 1999, 294; Filtzer, D., 2006, 81-102; Smith, M. B., 2008, 283-305. Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1972, 365.

21 Filtzer, D., 2002; Filtzer, D., 2010; Levesque, J., 2006; Zubkova, E., 2008, 165-190; Gross, J. T., 2002.

22 *Vid* . los reportes de los servicios de seguridad de la liquidación de la especulación en 1947 en los archivos especiales de Stalin (*Osobaia Papka*), GARF f. r-9401, op. 1, d. 171, ll. 444-464, 471-486, 499-509; acerca de la reforma monetaria: Zubkova, E., Kosheleva, L. P., Kuznetsova, G. A., Miniuk, A. I. y Rogovaia, L. A. (eds.), 2003, 553-581; anticosmopolitismo: Kostyrchenko, G. V., 2003; Starr, F. S., 1994, capítulo 10; Krementsov, N., 1997; Tomoff, K., 2006, capítulo 6; Fürst, J., 2010, 78-86; acerca del sistema político: Gorlizki, Y. y Khlevniuk, O., *op. cit* ., capítulo 1; Fitzpatrick, Sh., 2015, capítulos 7 y 8.

23 («Sostav iskliuchennykh po partstazhu, po periodam (territorial'nykh partorganizatsii)») [La composición de los expulsados por el partido, por periodos (organizaciones territoriales del partido)], RGANI f. 6, op. 6, d. 25, l. 5.

24 Fitzpatrick, Sh., 1985, 129-156.

25 «Discurso de Stalin con ocasión del aniversario de la Revolución de octubre», *Pravda* , 8 de noviembre de 1941, 1.

26 «Discurso de Stalin, 6 de noviembre de 1943», *Pravda* , 7 de noviembre de 1943, 1-2.

27 «Discurso de Stalin, 6 de noviembre de 1944», *Pravda* , 7 de noviembre de 1944, 1-2, en particular pág. 1.

28 «Recepción en el Kremlin en honor de los participantes en la parada de la victoria», *Pravda* , 27 de junio de 1945, 2.

29 Wheatcroft, S. G., 2003, 79-107; Fitzpatrick, Sh., 2015.

30 Gorlizki, Y., 2002, 699-736; acerca de la corrupción: Heinzen, J. W., 2016.

31 Berliner, J. S., 1957.

32 Shearer, D. R., 2009, capítulo 12; Pikhoia, R. G., 2000, 50-54; Penter, T., 2008, 341-364; Edele, M., 2017, 140-141; Zubkova, E., 2004, 144-145; Pikhoia, R. G., *op. cit* ., 35-43, 50-54, 56-58; Davies, R. W., 1998, 49; Naumov, V. P. y Sigachev, Iu. (eds.), 1999, 19; Boeckh, K., 2007, 291-327; Govorov, I. V., 2008, 365-382; Voisin, V., 2015.

33 Acerca de la revelación de que la mayoría de prisioneros soviéticos no colaboró de forma voluntaria con los alemanes, *vid* ., por ejemplo, Reporte de la administración política del Primer Frente de Bielorrusia, 21 de marzo de 1945. RGASPI f. 17, op. 125, d. 323, ll. 37-42. Acerca de la gestión de recursos humanos: Nakachi, M., 2006, 167-191; Nakachi, M., 2006b, 40-68. Hardy, J. S., 2016, 8.

34 *Ukaz Prezidiuma Verkhovnogo Soveta SSSR* [Decreto del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS], «Ob amnistii v sviazi s pobedoi nad gitlerovskoi Germaniei» [Sobre la amnistía en relación con la victoria sobre la Alemania nazi], 7 de julio de 1945, *Pravda* , 8 de julio de 1945, 1.

35 Alexopoulos, G., 2005, 274-306, en particular pág. 278.

36 *Ukaz Prezidiuma Verkhovnogo Soveta SSSR* [Decreto del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS], «Ob otmene smertnoi kazni» [Sobre la abolición de la pena de muerte], 26 de mayo de 1947, *Pravda* , 27 de mayo de 1947, 1. La pena de muerte fue reintroducida en 1950.

37 Jrushchov, N. S., 1959, 9.

38 Pyzhikov, A. V., *op. cit* ., 41.

39 Tumarkin, N., 1994; Weiner, A., 1996, 638-660; Weiner, A., 2000.

40 Kirschenbaum, L. A., 2006; Qualls, K., 2009; Davis, V., 2018.

41 Davies, R. W., 1989, en especial págs. 100-114 y Davies, R. W., 1997;

Youngblood, D. J., 2007; Sherlock, Th., 2007; Koposov, N., 2011; Norris, S. M., 2012, capítulo 6; Jones, P., 2013.

42 Acerca de Rusia y Ucrania, *vid* . Edele, M., 2020b, capítulos 8 y 9. *Vid* . una guía incompleta de la literatura de las guerras de la memoria en los Estados sucesores de la URSS en Edele, M., 2020, 1039-1062.

43 Edele, M., 2008, capítulo 8. *Vid* . un enfoque comparativo en Crotty, M., Diamant, N. y Edele, M., 2020.

44 G. Aleksandrov a A. A. Zhdanov (1946), Archivo estatal Ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), f. 17, op. 125, d. 391, l. 74-76. Acerca de la prohibición de organizaciones de veteranos durante los años de entreguerras: Fitzpatrick, Sh., 1989, 385-398, en particular pág. 393.

45 Pavel Ivanovich Batov, presidente del Comité de Veteranos de Guerra (SKVV), reporte estenográfico del pleno del SKVV, 23 de octubre de 1977, GARF f. r-9541, op. 1, d. 1484, l. 132; Edele, M., 2008, 217, 191-194.

46 Edele, M., 2011b.

47 Reporte de Gorbachov al pleno del Comité Central, 27 de enero de 1987, *Pravda* , 28 de enero de 1987, 1-5, en particular págs. 2-3.

48 Edele, M., 2011c, 18-33.

49 Discurso de Stalin, *Pravda* , 25 de mayo de 1945, 1.

50 Shaw, C. L., 2017, capítulo 3; Zubkova, E., 2004, 134-152; Galmarini-Kabala, C., 2016.

51 Smith, M. B., 2010, 21. Cifras: Malkov, P. V. (ed.), *op. cit* ., 240.

52 Smith, M. B., 2015, 129-148; *Programme Kommunisticheskoy Partii Sovetskogo Soyuza: Utverzhdena XXII s'yezdom KPSS, 31 oktyabrya 1961 g.* [Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética: aprobado por el XXII Congreso del PCUS, 31 de octubre de 1961], 1961; Pyzhikov, A. V., *op. cit* ., 33-43, en particular págs. 41-42.

53 Lovell, S., 2003, 163-178; Edele, M., 2011, 57-58. Una aportación más reciente es el artículo de Cardona, E. Ch. y Markwick, R. D., 2019, 47-59.

54 Hachten, P. Ch., 2006, 65-82, cita: 74-76; Pikhoia, R. G., *op. cit* ., 173-176; Lovell, S., 2003, 178-185; Shlapentokh, V., 1989, 161.

55 *Vid* ., por ejemplo, *Pravda* , 9 de mayo de 1949, 1; 9 de mayo de 1950, 1; 9 de mayo de 1951, 1-2. Todavía no se ha escrito un estudio detallado de las celebraciones del Día de la Victoria entre 1947 y 1965.

56 Norris, S. M., 2011, 201-229.

57 Edele, M., 2006, 167-191; Kozlov, V. A. y Mironenko, S. V. (eds.), 1999.

58 La obra de Lowell es un importante estudio del impacto de la guerra. *Vid* . Lovell, S., 2010.

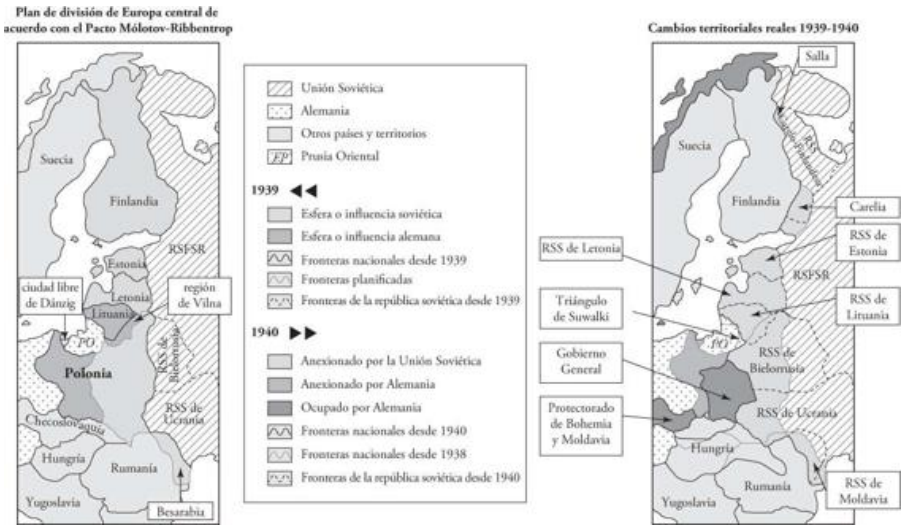
59 *Vid* . un estudio de la ruta polaca hacia Australia en Warlik, W., 2019.

APÉNDICE

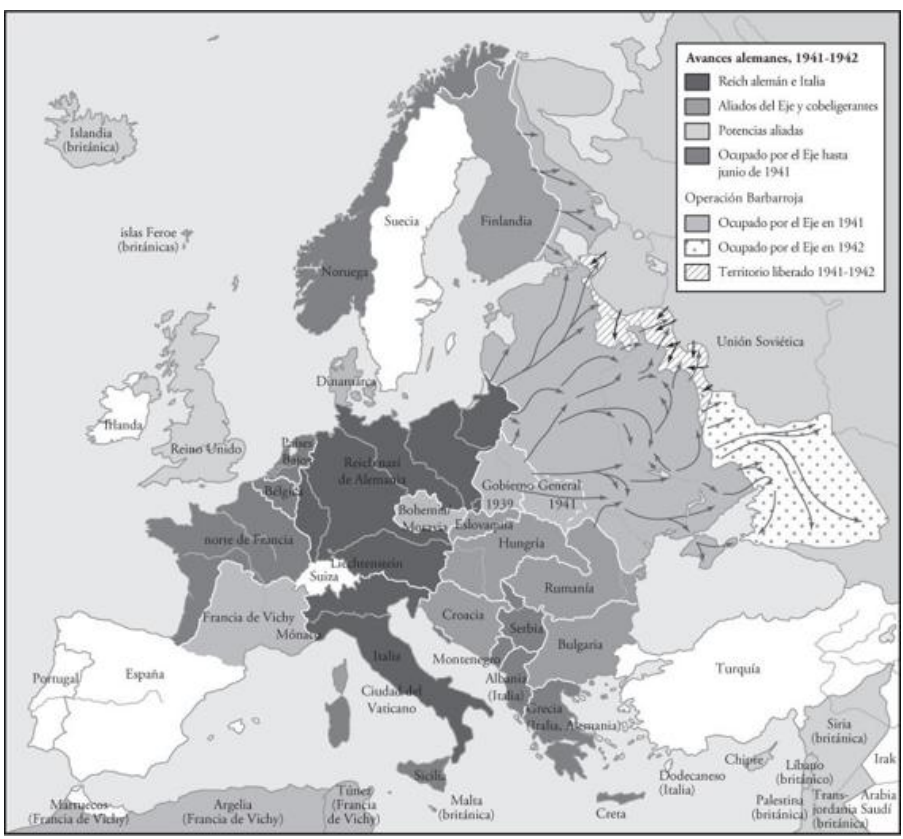
Mapas

Mapa 1. La Unión Soviética en 1937.

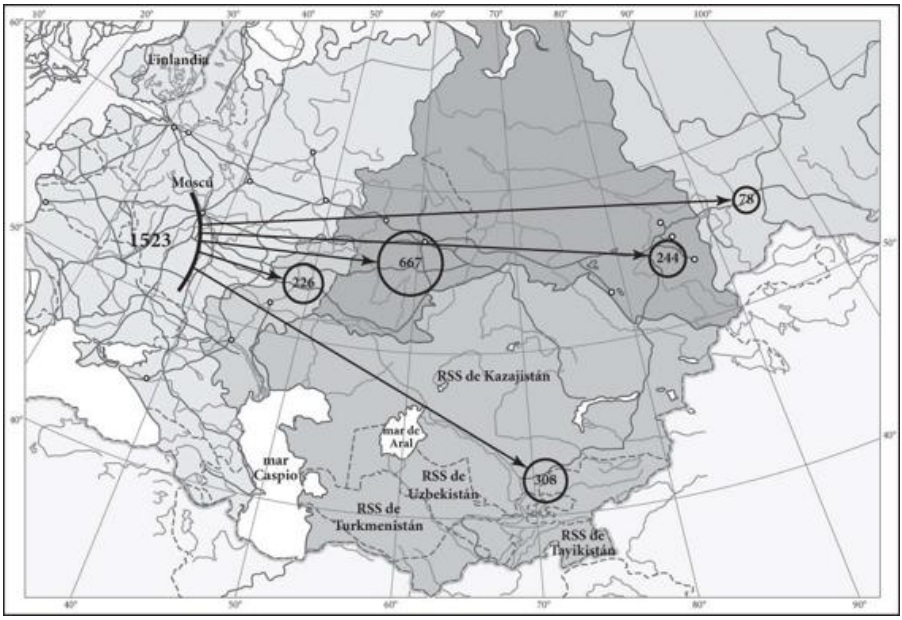
Mapa 2. El frente oriental, 1938-1939. Lejano Oriente, lago Jasán, Jaljin Gol.



Mapa 3. El frente oeste, 1939-1941.

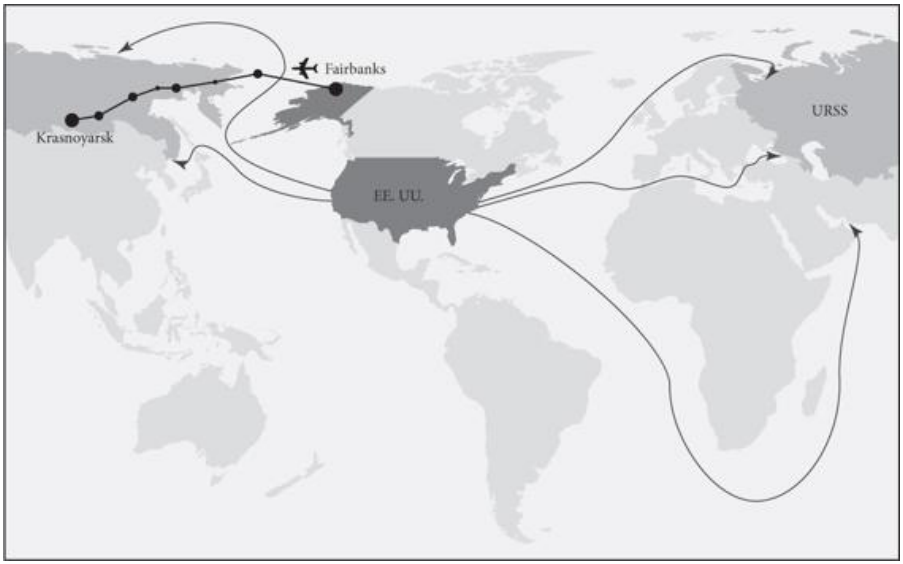


Mapa 4. La línea de frente, 1941-1942.



Mapa 5. Evacuaciones. Destino de las 1523 empresas más grandes evacuadas al inicio de la guerra germano-soviética. Incluyendo plantas más pequeñas, se reubicó un total de 2500 empresas.

Mapa 6. Éxitos soviéticos en el oeste, 1943-1944.



Mapa 7. Rutas del Préstamo y Arriendo.

Mapa 8. El imperio soviético en el oeste después de la guerra.

Mapa 9. El frente oriental: Manchuria, Corea del Norte, Sajalín.

Bibliografía

Abelov, H., Blackmar, B., Dimock, P. y Schneer, J. (eds.), 1983: *Visions of History: Interviews by Marho the Radical Historians Organization* , Manchester, Manchester University Press.

Achkasov, V. I. (ed.), 1980: *Istoriia Vtoroi Mirovoi voiny 1939-1934* [Historia de la Segunda Guerra Mundial 1939-1934], vol. 11: *Porazhenie militaristskoi Iaponii. Okonchanie Vtoroi Mirovoi voiny* [Derrota del Japón militarista. Fin de la Segunda Guerra Mundial], Moskva, Voenizdat.

Addison, P. y Calder, A. (eds.), 1997: *Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West 1939-1945* , London, Plimco.

Adler, E., 2020: *Survival on the Margins: Polish Jewish Refugees in the Wartime Soviet Union* , Harvard, Massachusetts Harvard University Press.

Afanas'ev, Iu. N. (ed.), 1996: *Drugaia voina 1939-1945* [Otra guerra 1939-1945], Moskva, RGGU.

Afanas'ev, Iu. N. (ed.), 2004: *Konets 1920-kh-pervaia polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh* [Finales de la década de 1920-primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], Moskva, Rosspen.

Akhmatova, A., 1990: «Pervyi dal'noboinyi v Leningrade (First Long-Range Firing on Leningrad) (September 1941)», en R. Reeder (ed.), *The Complete Poems of Anna Akhmatova* , J. Hemschemeyer (trad. rus.), Somerville, Zephyr Press [ed. en cat.: *Poesia completa* , J. Creus (trad. y ed.), Barcelona, Edicions de 1984, 2009].

Alexander, J. A., 1949: *In the Shadow: Three Years in Moscow* , Melbourne, The Herald and Weekly Times Ltd.

Alexievich, S., 2016: *Secondhand Time: The Last of the Soviets* , New York, Random House [ed. en esp.: *El fin del «Homo Sovieticus»* , J. Ferrer Díaz (trad.), Barcelona, Acantilado, 2016].

Alexievich, S., 2017: *The Unwomanly Face of War* , London, Penguin [ed. en esp.: *La guerra no tiene rostro de mujer* , Z. García González (trad.), Barcelona, Debate, 2015].

Alexopoulos, G., 2005: «Amnesty 1945: The Revolving Door of Stalin's Gulag», *Slavic Review 64* , n.° 2.

Alexopoulos, G., 2017: *Illness and Inhumanity in Stalin's GULAG* , New Haven, Yale University Press.

Altman, I. y Terushkin, L., 2007: *Sokhrani moi pis'ma…: Sbornik pisem i dnevnikov evreev perioda Velikoi Otechestevenoi voiny* [Salvar mi dogma…: Colección de cartas y diarios de judíos durante la Gran Guerra Patriótica], Moskva, MIK.

Altshuler, M., 2014: «Jewish Combatants of the Red Army Confront the Holocaust», en H. Murav y G. Estraikh (eds.), *Soviet Jews in World War II: Fighting, Witnessing, Remembering* , Boston, Academic Studies Press.

Andreev-Khomiakov, G., 1997: *Bitter Waters: Life and Work in Stalin's Russia. A Memoir* , Boulder, Westview Press.

Aniskov, V. T., 2003: *Krest'ianstvo protiv fashizma 1941-45. Istoriia i psikhologiia podviga* [El campesinado contra el fascismo 1941-45. Historia y psicología del logro], Moskva, Pamianiki istoricheskoi mysli [Monumentos del pensamiento histórico].

Apolinary, H., 1981: «My Experiences in Russia», en I. Grudzinska-Gross y J. T. Gross (eds.), *War Through Children's Eyes: The Soviet Occupation of Poland and the Deportations, 1939-1941* , Stanford, Hoover Institution Press.

Aptekar', P., 2004: *Sovetsko-finskie voiny* [Guerras soviético-finlandesas], Moskva, Eksmo Iauza.

Arad, Y., 2009: *The Holocaust in the Soviet Union* , מַיְלְשׁוּרי, Yad Vashem.

Artizov, A. N. (ed.), 2012: *Ukrainskie natsionalisticheskie organizatsii v gody Vtoroi mirovoi voiny. Dokumenty* [Organizaciones nacionalistas ucranianas durante la Segunda Guerra Mundial. Documentos], Moskva, Rosspen.

Artizov, A. N. *et al* . (eds.), 2003: *Rebilitatsiia: Kak eto bylo. Fevral' 1956-nachalo 80-kh godov* [Reconstrucción: cómo fue. Febrero de 1956-principios de los 80], Moskva, Demokratiia.

Artizov, A. N. *et al* . (eds.), 2014: *Vooruzhennyi konflikt v raione reki Khalkhin-Gol. Mai-sentiabr' 1939 g. Dokumenty i materialy* [Conflicto armado en la zona del río Jaljin-Gol. Mayo-septiembre de 1939. Documentos y materiales], Moskva, Novalis.

Astaf'ev, G. (ed.), 1974: *Vospominaniia i ocherki o nei* [Memorias y ensayos sobre ella], Moskva, Moskovskii rabochii.

Astakhova, M. S., Gorskaia, G. V., Kirillova, N. A., Sorokin, A. K. y Khlevniuk, O. V., 2015: *Gosudarstvennyi Komitet Oborony SSSR. Postanovleniia i deiatel>nost' 1941-1945 gg. Annotirovannyi katalog v dvukh tomakh* [Comité de Defensa del Estado de la URSS. Decretos y actividades 1941-1945. Catálogo comentado en dos tomos], Moskva, Rosspen.

Banac, I. (ed.), 2003: *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949* , New Haven/London, Yale University Press.

Barber, J., 1991: «Popular Reactions in Moscow to the German Invasion of June 22, 1941», *Soviet Union/Union Soviétique 18* , n.° 1-3.

Barber, J., 1995: «The Moscow Crisis of October 1941», en J. Cooper, M. Perrie y E. A. Rees (eds.), *Soviet History, 1917-53: Essays in Honour of R. W. Davies* , Houndmills, MacMillan.

Barber, J. y Harrison, M., 1991: *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II* , London, Longman.

Barenberg, A., 2014: *Gulag Town, Company Town: Forced Labor and Its Legacy in Vorkuta* , New Haven, Yale University Press.

Barnes, S. A., 2000: «All for the Front, All for Victory! The Mobilization of Forced Labor in the Soviet Union during World War Two», *International Labor and Working-Class History 58* .

Bartrop, P. R. (ed.), 2021: *The Routledge History of the Second World War* , London, Routledge.

Beaumont, J., 1980: *Comrades in Arms: British Aid to Russia 1941-1945* , London,

Davis-Poynter.
Beevor, A., 1998: *Stalingrad* , London, Penguin [ed. en esp.: *Stalingrado* , M. Chocano Mena (trad.), Barcelona, Crítica, 2015].
Beevor, A., 2003: *The Fall of Berlin 1945* , New York, Penguin [ed. en esp.: *Berlín. La caída: 1945* , D. León (trad.), Barcelona, Crítica, 2015].
Beevor, A. y Vinogradova, L. (eds.), 2006: *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army 1941-1945* , London, Plimco [ed. en esp.: *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945* , J. Madariaga (trad.), Barcelona, Crítica, 2015].
Begin, M., 1957: *White Nights: The Story of a Prisoner in Russia* , London, Macdonald.
Bell, W. T., 2018: *Stalin's Gulag at War: Forced Labour, Mass Death, and Soviet Victory in the Second World War* , Toronto, University of Toronto Press.
Belsky, N., 2014: «Encounters in the East: Evacuees in the Soviet Hinterland during the Second World War», tesis doctoral, The University of Chicago.
Bergen, D., 2008: «Occupation, Imperialism, and Genocide, 1939-1945», en J. Caplan (ed.), *Nazi Germany* , Oxford, Oxford University Press.
Berkhoff, K. C., 2004: *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule* , Cambridge/London, The Belknap Press of Harvard University Press.
Berkhoff, K. C., 2009: «Total Annihilation of the Jewish Population: The Holocaust in the Soviet Media, 1941-45», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 10* , n.° 1.
Berkhoff, K. C., 2012: *Motherland in Danger: Soviet Propaganda during World War II* , Cambridge, Harvard University Press.
Berliner, J. S., 1957: *Factory and Manager in the USSR* , Cambridge, Harvard University Press.
Bernstein, S., 2016: «Rural Russia on the Edges of Authority: Bezvlastie in Wartime Riazan', November-December 1941», *Slavic Review 75* , n.° 3.
Bernstein, S., 2017: *Raised under Stalin: Young Communists and the Defense of Socialism* , Ithaca/London, Cornell University Press.
Bernstein, S., 2018: «Ambiguous Homecoming: Retribution, Exploitation and Social Tensions during Repatriation to the USSR, 1944-1946», *Past & Present 242* , n.° 1.
Biddle, T. D., 2015: «Anglo-American Strategic Bombing, 1940-1945», en J. Ferris y E. Mawdsley (eds.), *The Cambridge History of the Second World War* , vol. 1. *Fighting the War* , Cambridge, Cambridge University Press.
Bidermann, G. H., 2000: *In Deadly Combat: A German Soldier's Memoir of the Eastern Front* , Lawrence, University Press of Kansas.
Bidlack, R. y Lomagin, N., 2012: *The Leningrad Blockade, 1941-1944: A New Documentary History from the Soviet Archives* , New Haven, Yale University Press.
Blackwell, M. J., 2016: *Kyiv as a Regime City: The Return of Soviet Power after Nazi Occupation* , Rochester, University of Rochester Press.
Boeckh, K., 2007: *Stalinismus in der Ukraine. Die Rekonstruktion des sowjetischen Systems nach dem Zweiten Weltkrieg* , Wiesbaden, Harrassowitz Verlag.
Boikova, E. V. (ed.), 2013: *Khalkhin-Gol: vzgliad na sobytiia iz XXI veka. Sbornik statei* [Jaljin-Gol: una mirada a los acontecimientos del siglo XXI. Compendio de artículos], Moskva, Institut vostokovedeniia RAN.
Bondarenko, A. P. (ed.), 1990: *God krizisa 1938-1939* [Año de la crisis 1938-1939], vol. 2, *2 iiunia 1939 g-4 sentiabria 1939 g. Dokumenty i materialy* [2 de junio de 1939, septiembre de 1939. Documentos y materiales], Moskva, Politicheskaia literatura [Literatura política].

Bosworth, R. y Maiolo, J. (eds.), 2015: *The Cambridge History of the Second World War* , vol. II, *Politics and Ideology* , Cambridge, Cambridge University Press.

Braithwaite, R., 2006: *Moscow 1941: A City and Its People at War* , New York, Knopf [ed. en esp.: *Moscú, 1941. Una ciudad y su pueblo en guerra* , G. G. Djembé y F. Fernández (trads.), Barcelona, Crítica, 2006].

Brandenberger, D., 2011: *Propaganda State in Crisis: Soviet Ideology, Indoctrination, and Terror under Stalin, 1927-1941* , New Haven/London, Yale University Press.

Broner, A., 2007: *My War against the Nazis: A Jewish Soldier with the Red Army* , Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Budnitskii, O. V. (ed.), 2019: «Svershilos. Prishli nemtsy!» [Está hecho. ¡Llegaron los alemanes!], en *Ideinyi kollaboratsionizm v SSSR v period Velikoi Otechestvennoi voiny* [El colaboracionismo ideológico en la URSS durante la Gran Guerra Patriótica], Moskva, Rosspen.

Budnitskii, O. V., 2014: «The Great Patriotic War and Soviet Society: Defeatism, 1941-42», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 15* , n.° 4.

Budnitskii, O. V., 2014b: «Jews at War: Diaries from the Front», en H. Murav y G. Estraikh (eds.), *Soviet Jews in World War II: Fighting, Witnessing, Remembering* , Boston, Academic Studies Press.

Budnitskii, O. V., 2009: «The Intelligentsia Meets the Enemy: Educated Soviet Officers in Defeated Germany, 1945», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 10* , n.° 3.

Budnitskii, O. V., 2019: «The Great Terror of 1941: Toward a History of Wartime Stalinist Criminal Justice», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 20* , n.° 3.

Budnitskiiy, O. y Novikova, L. (eds.), 2014: *SSSR vo Vtoroi mirovoi voine. Okkupatsiia. Kholokost. Stalinizm* [La URSS en la Segunda Guerra Mundial. Una ocupación. Holocausto. estalinismo], Moskva, Rosspen.

Bukhantsov, G., *ca* . 1953: sin título, memorias mecanografiadas, Bakhmeteff Archive, Columbia University.

Bukov, K. I. (ed.), 1995: *Moskva voennaia 1941-1945. Memury i arkhivnye dokumenty* [Militares de Moscú 1941-1945. Memorias y documentos de archivo], Moskva, Mosgorarkhiv.

Burds, J., 2000: «Bor'ba s banditizmom v SSSR v 1944-1953 gg» [La lucha contra el bandolerismo en la URSS en 1944-1953], *Sotsial'naia istoriia* [Historia social].

Burds, J., 2007: «The Soviet War against 'Fifth Columnists': The Case of Chechnya, 1942-4», *Journal of Contemporary History 42* , n.° 2.

Buriakova, A. M. y Shinin, O. V., 2013: *Deiatel'nost' organov bezopasnosti na Dal'nem Vostoke v 1922-1941 godakh* [Actividades de las agencias de seguridad en el Lejano Oriente en 1922-1941], Moskva, Kuchkovo pole.

Bushkovitch, P., 1983: «Moshe Lewin», en H. Abelov, B. Blackmar, P. Dimock y J. Schneer (eds.), *Visions of History: Interviews by Marho the Radical Historians Organization* , Manchester, Manchester University Press.

Caplan, J. (ed.), 2008: *Nazi Germany* , Oxford, Oxford University Press.

Cardona, E. Ch., 2019: «Dvizhenie ogorodnichestva v sovetskom tylu v 1941-1945 gg.» [Movimiento de horticultura en la retaguardia soviética en 1941-1945], en B. Fieseler y R. D. Markwick (eds.), *Sovetskii tyl 1941-1945. Povsednevnaia zhizn' v gody voiny* [Retaguardia soviética 1941-1945. Vida cotidiana durante los años de la guerra], Moskva, Rosspen.

Cardona, E. Ch. y Markwick, R. D., 2019: «The Kitchen Garden Movement in the

Soviet Home Front, 1941-1945», *Journal of Historical Geography 64* .
Carmack, R. J., 2019: *Kazakhstan in World War II: Mobilization and Ethnicity in the Soviet Empire* , Lawrence, University Press of Kansas.
Cerovic, M., 2018: *Les enfants de Staline. La guerre des partisans soviétique (1941-1944)* , Paris, Éditions du Seuil.
Chatterjee, Ch. y Petrone, K., 2008: «Models of Selfhood and Subjectivity: The Soviet Case in Historical Perspective», *Slavic Review 67* , n.° 4.
Cherepanov, V., 2006: *Vlast' i voina. Stalinskii mekhanizm gosudarstvennogo upravleniia v Velikoi Otechestvennoi voine* [Poder y guerra. El mecanismo estalinista de la administración estatal en la Gran Guerra Patriótica], Moskva, Izvestiia.
Cherniavskii, U. G., 1964: *Voina i prodovol'stvie. Snabzhenie gorodkogo naseleniia v Velikuiu Otechestvennuiu voinu (1941-1945 gg.)* [Guerra y comida. Abastecimiento de la población urbana en la Gran Guerra Patriótica (1941-1945)], Moskva, Nauka.
Chervinsky, J., Kreiswirth, A., Reines, L. y Gitelman, Z. (eds), 2011: *Lives of the Great Patriotic War: The Untold Stories of Soviet Jewish Soldiers in the Red Army during World War II* , Nueva York, Blavatnik Archive.
Chuikov, V. I., 1981: *Missiia v Kitae. Zapiski voennogo sovetnika* [Misión en China. Notas de un asesor militar], Moskva, Glavnaia redatktsiia vostochnoi literatury [Editorial de literatura oriental].
Chukhrai, G., 2001: *Moia voina* [Mi guerra], Moskva, Algoritm.
Cienciala, A. M., Lebedeva, N. S. y Materski, W., 2007: *Katyn: A Crime Without Punishment* , New Haven, Yale University Press.
Conze, S., 2001: «Women's Work and Emancipation in the Soviet Union, 1941-50», en M. Ilic (ed.), *Women in the Stalin Era* , Houndmills, Palgrave.
Cooper, J., Perrie, M. y Rees, E. A. (eds.), 1995: *Soviet History, 1917-53: Essays in Honour of R. W. Davies* , Houndmills, MacMillan.
Coox, A. D., 1985: *Nomonhan: Japan against Russia, 1939* , Stanford, Stanford University Press.
Coox, A. D., 1998: «The Lesser of Two Hells: NKVD General G.S. Lyushkov's Defection to Japan, 1938-1945, Part I», *The Journal of Slavic Military Studies 11* , n.° 3.
Crotty, M., Diamant, N. y Edele, M., 2020: *The Politics of Veteran Benefits in the Twentieth Century: A Comparative History* , Ithaca, Cornell University Press.
Dale, R., 2015: *Demobilized Veterans in Late Stalinist Leningrad. Soldiers to Civilians* , London, Bloomsbury Academic.
Dallin, A. y Firsov, F. I. (eds.), 2000: *Dimitrov and Stalin 1934-1943: Letters from the Soviet Archives* , New Haven/London, Yale University Press.
Danilenko, V. y Kokin, S. (eds.), 2009: *Radians'ki orhany derzhavnoi bezpeky u 1939-chervni 1941 r. dokumenty GDA SB Ukrainy* [Relación de autoridades y seguridad del Estado en 1939-1941 r. Documentos de la Administración Estatal del Consejo de Seguridad de Ucrania], Kyiv, Kijevo-mogilians'ka akademiia [Academia Mohyla de Kiev].
Danilov, V. D., 1996: «Stalinskaia strategiia nachala voiny: plany i real'nost'» [La estrategia de Stalin para iniciar la guerra: planes y realidad], en Iu. N. Afanas'ev (ed.), *Drugaia voina 1939-1945* [Otra guerra 1939-1945], Moskva, RGGU.
Danilov, V. D. *et al* . (eds.), 1999: *Tragediia sovetskoi derevni: kollektivizatsiia i raskulachivanie. Dokumenty i materialy, 1927-1949* [La tragedia del campo soviético: colectivización y desechos. Documentos y materiales, 1927-1949], 5

vols., *Rossiiskaia politicheskaia entsiklopediia* [Enciclopedia política rusa], Moskva, Rosspen.

David-Fox, M., Holquist, P. y Martin, A. M. (eds.), 2014: *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses* , Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Davies, N., 2006: *No Simple Victory: World War II in Europe, 1939-1945* , London, Penguin [ed. en esp.: *Europa en guerra, 1939-1945* , Barcelona, Planeta, 2008].

Davies, R. W., 1989: *Soviet History and the Gorbachev Revolution* , Houndmills, Macmillan.

Davies, R. W., 1996: *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933* , Houndmills, Palgrave.

Davies, R. W., 1997: *Soviet History in the Yeltsin Era* , Houndmills, Macmillan.

Davies, R. W., 1998: *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev* , Cambridge, Cambridge University Press.

Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018: *The Industrialisation of Soviet Russia 7: The Soviet Economy and the Approach of War, 1937-1939* , London, Palgrave Macmillan.

Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), 1994: *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945* , Cambridge, Cambridge University Press.

Davies, S., 1997: *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda, and Dissent, 1934-1941* , Cambridge/New York/Melbourne, Cambridge University Press.

Davis, V., 2018: *Myth Making in the Soviet Union and Modern Russia: Remembering World War II in Brezhnev's Hero City* , London, I. B. Tauris.

Derevianko, A. P. (ed.), 1997: *Politicheskie repressii na Dal'nem vostoke (20-50-3 gg.). Pervaia Dal'nevostochnaia nauchno-prakticheskaia konferentsiia* [Represiones políticas en el Lejano Oriente (20-50-3). Primera Conferencia Científica y Práctica del Lejano Oriente], Vladivostok, Iz-vo Dal'nevostochnogo universiteta [Universidad del Lejano Oriente].

Deutscher, I., 1967: *Stalin: A Political Biography* , 2.ª ed., New York, Oxford University Press [ed. en esp.: *Stalin: biografía política* , J. Verde i Aldea (trad.), Barcelona, Edició de Materials, 1967].

DiNardo, R. L., 1991: *Mechanized Juggernaut or Military Anachronism? Horses and the German Army of World War II* , New York, Greenwood Press.

Dixon, S. (ed.), 2015: *The Oxford Handbook of Modern Russian History* (version online), Oxford, Oxford University Press [DOI: 10.1093/ oxfordhb/9780199236701.013.028].

Djilas, M., 1990: *Conversations with Stalin* , San Diego, Harvest Books [ed. en esp.: *Conversaciones con Stalin* , M.ª Rosa Viros y J. A. González Casannova (trads.), Barcelona, Seix Barral, 1962].

Documents on Polish-Soviet Relations 1939-1945 , 1961: London, Heineman.

Dokumenty vneshnei politiki SSSR [Documentos de la política exterior de la URSS], 1974: Moskva, Politicheskaia literatura [Literatura política].

Dokumenty vneshnei politiki XXII (1939) [Documentos de política exterior XXII (1939)], vol. 2, septiembre-diciembre 1939, 1992: Moskva, Mezhdunarodnye otnosheniia [Relaciones internacionales].

Drea, E., 2009: *Japan's Imperial Army: Its Rise and Fall, 1853-1945* , Lawrence, University Press of Kansas.

Drea, E. J. y Ven, H, van de, 2011: «An Overview of Major Military Campaigns during the Sino-Japanese War, 1937-1945», en M. Peattie, E. Drea y H. van de

Vee (eds.), *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945* , Stanford, Stanford University Press.
Dugin, A. N. (ed.), 1999: *Neizvestnyi Gulag. Dokumenty i fakty* [Gulag desconocido. Documentos y hechos], Moskva, Nauka.
Dumitru, D., 2014: «An Analysis of Soviet Postwar Investigation and Trial Documents and Their Relevance for Holocaust Studies», en M. David-Fox, P. Holquist y A. M. Martin (eds.), *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses* , Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
Duranty, W., 1949: *Stalin & Co. The Politburo-The Men Who Run Russia* , New York, William Sloane.
Dzeniskevich, A. R. (ed.), 1995: *Leningrad v osade. Sbornik dokumentov o geroicheskoi oborone Leningrada v gody Velikoi Otechestvennoi voiny 1941-1944* [Leningrado bajo asedio. Colección de documentos sobre la heroica defensa de Leningrado durante la Gran Guerra Patriótica 1941-1944], Sankt-Peterburg, Liki Rossii.
Dzeniskevich, A. R. (ed.), 2006: *Iz raionov oblasti soobshchaiut… Svobodnye ot okkupatsii raiony Leningradskoi oblasti v gody Velikoi Otechestvennoi voiny 1941-1945. Sbornik dokumentov* [Informes de las regiones de la región… Regiones de la región de Leningrado libres de ocupación durante la Gran Guerra Patriótica de 1941-1945. Colección de documentos], Sankt-Peterburg, Dmitrii Bulganin.
Dzhenalaev, I. K., 1970: *Pod gravdeiskim znamenem* [Bajo el estandarte de la Guardia], Alma-Ata, Izd-vo ‘Kazakhstan.
Edele, M., 1999: «Paper Soldiers: The World of the Soldier Hero According to Soviet Wartime Posters», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas 47* , n.° 1.
Edele, M., 2006: «More Than Just Stalinists: The Political Sentiments of Victors 1945-1953», en J. Fürst (ed.), *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention* , London/New York, Routledge.
Edele, M., 2008: *Soviet Veterans of the Second World War: A Popular Movement in an Authoritarian Society, 1941-1991* , Oxford, Oxford University Press.
Edele, M., 2009: «Veterans and the Village: The Impact of Red Army Demobilization on Soviet Urbanization, 1945-1955», *Russian History 36* , n.° 2.
Edele, M., 2011: *Stalinist Society 1928-1953* , Oxford, Oxford University Press.
Edele, M., 2011b: «Collective Action in Soviet Society: The Case of War Veterans», en K. Tomoff, J. Hessler y G. Alexopoulos (eds.), *Writing the Stalin Era: Sheila Fitzpatrick and Soviet Historiography* , New York, Palgrave.
Edele, M., 2011c: «Veterans and the Welfare State: World War II in the Soviet Context», *Comparativ. Zeitschrift für Globalgeschichte und vergleichende Gesellschaftsforschung 20* , n.° 5.
Edele, M., 2013: «Militaries Compared: Wehrmacht and Red Army, 1941-1945», en Th. W. Zeiler y D. M. DuBois (eds.), *A Companion to World War II* , Oxford, Wiley-Blackwell.
Edele, M., 2013b: «“What Are We Fighting For?” Loyalty in the Soviet War Effort, 1941-1945», *International Labor and Working-Class History 84* .
Edele, M., 2014: «The New Soviet Man as a “Gypsy”: Nomadism, War, and Marginality in Stalin’s Time», *REGION: Regional Studies of Russia, Eastern Europe, and Central Asia 3* , n.° 2.
Edele, M., 2015: «The Second World War as a History of Displacement: The Soviet Case», *History Australia 12* , n.° 2.
Edele, M., 2015b: «Soviet Liberations and Occupations, 1939-1949», en R. Bosworth y J. Maiolo (eds.), *The Cambridge History of the Second World War* , vol. II, *Politics*

and Ideology , Cambridge, Cambridge University Press.
Edele, M., 2015c: «The Impact of War and the Costs of Superpower Status», en S. Dixon (ed.), *The Oxford Handbook of Modern Russian History* (version online), Oxford, Oxford University Press [DOI: 10.1093/ oxfordhb/9780199236701.013.028].
Edele, M., 2016: «Take (No) Prisoners! The Red Army and German POWs, 1941-1943», *The Journal of Modern History 88* .
Edele, M., 2016b: «Not an Ordinary Man: Ivan Nikitich Kononov and the Problem of Frontline Defection from the Red Army, 1941-1945», *Australian Journal of Politics and History 62* , n.° 4.
Edele, M., 2017: *Stalin's Defectors: How Red Army Soldiers Became Hitler's Collaborators, 1941-1945* , Oxford, Oxford University Press.
Edele, M., 2019: «Why Did Ukrainian Red Army Men go over to the Germans? The Case of Defectors to the Wehrmacht's 296 Infantry Division, 1942-1943», *Ukrains'kyi istorychnyi zhurnal* , n.° 5.
Edele, M., 2019b: *The Soviet Union: A Short History* , Hoboken, Wiley Blackwell.
Edele, M., 2019c: «The Soviet Culture of Victory», *Journal of Contemporary History 54* , n.° 4.
Edele, M., 2020: «Who Won the Second World War and Why Should You Care? Reassessing Stalin's War 75 Years after Victory», *Journal of Strategic Studies 43* , n. ° 6-7.
Edele, M., 2020b: *Debates on Stalinism* , Manchester, Manchester University Press.
Edele, M., 2021: «Crimes against Humanity», en P. R. Bartrop (ed.), *The Routledge History of the Second World War* , London, Routledge.
Edele, M., 2022: «Towards a History of Trauma in Central and Eastern Europe After World War II: A Coda», en P. Leese y V. Kivimäki (eds.), *Trauma, Experience and Narrative in Europe after World War II* , Cham, Palgrave Macmillan.
Edele, M. y Slaveski, F., 2016: «Violence from Below: Explaining Crimes against Civilians across Soviet Space, 1943-1947», *Europe-Asia Studies 68* , n.° 6.
Edele, M. y Warlik, W., 2017: «Saved by Stalin? Trajectories and Numbers of Polish Jews in the Soviet Second World War», en M. Edele, Sh. Fitzpatrick y A. Grossmann (eds.), *Shelter from the Holocaust: Rethinking Jewish Survival in the Soviet Union* , Detroit, Wayne State University Press.
Edele, M., Fitzpatrick, Sh. y Grossmann, A. (eds.), 2017: *Shelter from the Holocaust: Rethinking Jewish Survival in the Soviet Union* , Detroit, Wayne State University Press.
Edgerton, D., 2011: *Britain's War Machine: Weapons, Resources, and Experts in the Second World War* , Oxford, Oxford University Press.
Ellman, M., 2000: «The 1947 Soviet Famine and the Entitlement Approach to Famines», *Cambridge Journal of Economics 24* , n.° 5.
Ellman, M. y Maksudov, S., 1994: «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies 46* , n.° 4.
Engelstein, L., 2018: *Russia in Flames: War, Revolution, Civil War, 1914-1921* , Oxford, Oxford University Press.
Enstad, J. D., 2018: *Soviet Russians under Nazi Occupation: Fragile Loyalties in World War II* , Cambridge, Cambridge University Press.
Erickson, J., 1975: *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany: Volume One* , New Haven, Yale University Press.
Erickson, J., 1997: «Red Army Battlefield Performance, 1941-45: The System and the

Soldier», en P. Addison y A. Calder (eds.), *Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West 1939-1945* , London, Plimco.
Ferris, J. y Mawdsley, E. (eds.), 2015: *The Cambridge History of the Second World War* , vol. 1. *Fighting the War* , Cambridge, Cambridge University Press.
Fieseler, B. y Markwick, R. D. (eds.), 2019: *Sovetskii tyl 1941-1945. Povsednevnaia zhizn' v gody voiny* [Retaguardia soviética 1941-1945. Vida cotidiana durante los años de la guerra], Moskva, Rosspen.
Figes, O., 2007: *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia* , New York, Metropolitan Books [ed. en esp.: *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin* , M. Rosenberg (trad.), Barcelona, Edhasa, 2017].
Filtzer, D., 1986: *Soviet Workers and Stalinist Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941* , Armonk/New York, M. E. Sharpe.
Filtzer, D., 2002: *Soviet Workers and Late Stalinism: Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War II* , Cambridge, Cambridge University Press.
Filtzer, D., 2006: «Standard of Living versus Quality of Life: Struggling with the Urban Environment in Russia during the Early Years of Postwar Reconstruction», en J. Fürst (ed.), *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention* , London/New York, Routledge.
Filtzer, D., 2010: *The Hazards of Urban Life in Late Stalinist Russia. Health, Hygiene, and Living Standards, 1943-1953* , Cambridge/New York, Cambridge University Press.
Filtzer, D., 2015: «Starvation Mortality in Soviet Home-Front Industrial Regions during World War II», en W. Z. Goldman y D. Filtzer (eds.), *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during World War II* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press 2015.
Filtzer, D. y Goldman, W. Z., 2015: «Introduction: The Politics of Food and War», en W. Z. Goldman y D. Filtzer (eds.), *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during World War II* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press 2015.
Fitzpatrick, Sh., 1979: «Stalin and the Making of a New Elite, 1928-1939», *Slavic Review 38* , n.° 3.
Fitzpatrick, Sh., 1979b: *Education and Social Mobility in the Soviet Union 1921-1934* , Cambridge, Cambridge University Press.
Fitzpatrick, Sh., 1985: «Postwar Soviet Society: The "Return to Normalcy", 1945-1953», en S. J.
Linz (ed.), *The Impact of World War II on the Soviet Union* , Totowa, Rowman & Allanhead.
Fitzpatrick, Sh., 1989: «The Legacy of the Civil War», en W. Rosenberg, D. P. Koenker y R. G. Suny (eds.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War: Explorations in Social History* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.
Fitzpatrick, Sh., 1994: *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization* , Oxford, Oxford University Press.
Fitzpatrick, Sh., 1999: *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s* , New York/Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *La vida cotidiana durante el estalinismo* , A. Bello (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI, 2019].
Fitzpatrick, Sh., 2015: *On Stalin's Team: The Years of Living Dangerously in Soviet Politics* , Melbourne, Melbourne University Press [ed. en esp.: *El equipo de Stalin.*

Los años más peligrosos de la Rusia soviética de Lenin a Jruschov , G. García (trad.), Barcelona, Crítica, 2016].

Fitzpatrick, Sh., 2017: «Annexation, Evacuation, and Antisemitism in the Soviet Union, 1939-1946», en M. Edele, Sh. Fitzpatrick y A. Grossmann (eds.), *Shelter from the Holocaust: Rethinking Jewish Survival in the Soviet Union* , Detroit, Wayne State University Press.

Fitzpatrick, Sh. (ed.), 1984: *Cultural Revolution in Russia 1928-1931* , Bloomington, Indiana University Press.

Fitzpatrick, Sh., Rabinowitch, A. y Stites, R. (eds.), 1991: *Russia in the Era of Nep: Explorations in Soviet Society and Culture* , Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.

Fleischhauer, I., 1991: *Diplomatischer Widerstand gegen «Unternehmen Barbarossa»: die Friedensbemühungen der Deutschen Botschaft Moskau 1939-1941* , Berlin/Frankfurt am Main, Ullstein.

Florin, M., 2016: «Becoming Soviet through War: The Kyrgyz and the Great Fatherland War», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 17* , n.° 3.

Frank, R. B., 1999: *Downfall: The End of the Imperial Japanese Empire* , New York, Random House.

Frank, R. B., 2013: «Ending the Pacific War: The Hew History», en Th. W. Zeiler y D. M. DuBois (eds.), *A Companion to World War II* , Chichester, Wiley-Blackwell.

Fritz, S. G., 2004: *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich* , Lexington, University Press of Kentucky.

Fürst, J., 2010: *Stalin's Last Generation: Soviet Post-War Youth and the Emergence of Mature Socialism* , Oxford, Oxford University Press.

Fürst, J. (ed.), 2006: *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention* , London/New York, Routledge.

Galmarini-Kabala, C., 2016: *The Right to Be Helped: Deviance, Entitlement, and the Soviet Moral Order* , DeKalb, Northern Illinois University Press.

Ganin, N. I., 2013: «"Neob" 'iavlennaia voina» [«Guerra no declarada], en E. V. Boikova (ed.), *Khalkhin-Gol: vzgliad na sobytiia iz XXI veka. Sbornik statei* [Jaljin-Gol: una mirada a los acontecimientos del siglo XXI. Compendio de artículos], Moskva, Institut vostokovedeniia RAN [Instituto de Estudios Orientales].

Ganson, N., 2010: «Food Supply, Rationing and Living Standards», en D. R. Stone (ed.), *The Soviet Union at War, 1941-1945* , Barnsley, Pen & Sword.

Gatagova, L. S. (ed.), 2012: *Sovetskaia etnopolitika, 1930-40-e gody. Sbornik dokumentov* [Etnopolítica soviética, 1930-40. Colección de documentos], Moskva, Institut rossiiskoi istorii [Instituto ruso de historia].

Gatrell, P., 2013: *The Making of the Modern Refugee* , Oxford, Oxford University Press.

Gatrell, P. y Harrison, M., 1993: «The Russian and Soviet Economies in Two World Wars: A Comparative View», *Economic History Review 46* , n.° 3.

Gatrell, P. y Baron, N., 2009: «Violent Peacetime: Reconceptualizing Displacement and Resettlement in the Soviet-East European Borderlands after the Second World War», en P. Gatrell y N. Baron (eds.), *Warlands: Population Resettlement and State Reconstruction in the Soviet-East European Borderlands, 1945-50* , New York, Palgrave Macmillan.

Gatrell, P. y Baron, N. (eds.), 2009b: *Warlands: Population Resettlement and State Reconstruction in the Soviet-East European Borderlands, 1945-50* , New York, Palgrave Maxmillan.

Gavrilov, P., 2020: «"Naselenie stanovitsia ne za nas, a protiv nas": partizany Leningradskoi oblisti, sovetskaia identichnost' i natsistskaia okkupatsiia» [«La población no está con nosotros, sino contra nosotros»: partidarios de la región de Leningrado, identidad soviética y ocupación nazi], *Neprikosnovennyi zapas 131* , n.° 3.

Geldern, J. von y Stites, R., 1995: *Mass Culture in Soviet Russia: Tales, Poems, Songs, Movies, Plays and Folklore, 1917-1953* , Bloomington, Indiana University Press.

Gellately, R., 2013: *Stalin's Curse: Battling for Communism in War and Cold War* , New York, Knopf [ed. en esp.: *La maldición de Stalin: la lucha por el comunismo en la Guerra Mundial y en la Guerra Fría* , Barcelona, Pasado y Presente, 2014].

German, A. A., 2006: «Sovietskie nemtsy v lageriakh NKVD v gody Velikoi Otechestvennoi voiny: vklad v pobedu» [Alemanes soviéticos en los campos de la NKVD durante la Gran Guerra Patriótica: contribución a la victoria], en *Voenno-istoricheskie issledovaniia v Povolzh'e. Vypusk* [Investigación histórico-militar en la región del Volga] *7* , Sarátov, Nauchnaia kniga.

German, A. A., 2014: «Nemtsy SSSR na spetsposelenii» [Alemanes de la URSS eliminados], *Izvestiia Saratovskogo universiteta. Novaia seriia. Seriia Istoriia. Mezhdunarodnye otnosheniia* [Noticias de la Universidad de Saratov. Nueva serie. Serie Historia. Relaciones Internacionales] *14* , n.° 2.

German, A. A. y Kurochkin, A. N., 1998: *Nemtsy SSSR v trudovoi armii (1941-1945)* [Alemanes de la URSS en el ejército de trabajo (1941-1945)], Moskva, Gotika.

Gerwarth, R., 2011: *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich* , New Haven/London, Yale University Press [ed. en esp.: *Heydrich. El verdugo de Hitler* , J. Alonso (trad.), Madrid, La Esfera de los Libros, 2013].

Gerwarth, R., 2016: *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-1923* , London, Allan Lane [ed. en esp.: *Los vencidos: por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)* , A. Pradera Sánchez (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

Getty, J. A. y Manning, R. T. (eds.), 1993: *Stalinist Terror: New Perspectives* , Cambridge, Cambridge University Press.

Gimel'farb, N., 1999: *Zapiski opal'nogo direktora* [Notas del director caído en desgracia], Buffalo, Natan Gimel'farb [https://natan.gimelfarb.com/PART1.pdf].

Glantz, D. M., 2003: *The Soviet Strategic Offensive in Manchuria, 1945: August Storm* , Portland, Frank Cass.

Glantz, D. M., 2005: *Colossus Reborn: The Red Army at War, 1941-1943* , Lawrence, University Press of Kansas.

Glantz, D. M. y House, J. M., 1995: *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler* , Lawrence, University Press of Kansas [ed. en esp.: *Choque de titanes* , H. Cañete (trad.), Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2017].

Glantz, D. M y House, J. M., 2009: *The Stalingrad Trilogy* , vol. 1, *To the Gates of Stalingrad* , Lawrence, University Press of Kansas [ed. en esp.: *Tetralogía de Stalingrado* , vol. I, *A las puertas de Stalingrado* , H. Cañete (trad.), Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2017].

Glantz, D. M y House, J. M., 2009b: *The Stalingrad Trilogy* , vol. 2, *Armageddon in Stalingrad* , Lawrence, University Press of Kansas [ed. en esp.: *Tetralogía de Stalingrado* , vol. II, *Armagedón en Stalingrado* , H. Cañete (trad.), Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2019].

Goldberg, M., s.f.: «Memories of a Generation», United States Holocaust Memorial Museum (USHMM) RG-10.120.

Goldman, S. D., 2013: *Nomonhan, 1939: The Red Army's Victory That Shaped World War II* , Annapolis, Naval Institute Press.

Goldman, W. Z., 2015: «Not by Bread Alone: Food, Workers, and the State», en W. Z. Goldman y D. Filtzer (eds.), *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during World War II* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.

Goldman, W. Z. y Filtzer, D. (eds.), 2015: *Hunger and War: Food Provisioning in the Soviet Union during World War II* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.

Gorbunov, E. A., 2010: *Vostochnyi rubezh. OKDVA protiv iaponskoi armii* [Frontera oriental. Ejército Especial del Extremo Bandera Roja contra el Ejército japonés], Moskva, Veche.

Gorlanov, O. A. y Roginskii, A. B., 1997: «Ob arestakh v zapadnykh oblastiakh Belorussii i Ukrainy v1939-1941 gg.» [Arrestos en las regiones occidentales de Bielorrusia y Ucrania en 1939-1941], en A. E. Gur'ianov (ed.), *Repressii protiv poliakov i pol'skikh grazhdan* [Represión contra polacos y ciudadanos polacos], Moskva, Zven'ia.

Gorlizki, Y., 2002: «Ordinary Stalinism: The Council of Ministers and the Soviet Neopatrimonial State, 1946-1953», *The Journal of Modern History 74* , n.° 4.

Gorlizki, Y. y Khlevniuk, O., 2004: *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953* , Oxford/New York, Oxford University Press.

Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1972: *Narodnoe khoziaistvo SSSR 1922-1972. Iubileinyi statisticheskii ezhegodnik* [La economía nacional de la URSS 1922-1972. Anuario Estadístico de Aniversarios], Moskva, Statistika.

Goskomstat SSSR [Comité Estatal de Estadísticas de la URSS] (ed.), 1990: *Narodnoe khoziaistvo SSSR v Velikoi Otechestvennoi voine, 1941-1945 gg. Statisticheskii sbornik* [La economía nacional de la URSS en la Gran Guerra Patriótica, 1941-1945. Compendio estadístico], Moskva, Informationno-idatel'stkii tsentr [Centro de información y datos].

Govorov, I. V., 2008: «Fil'tratsiia sovetskikh repatriantov v 40-e gg. xx v. Tseli, metody i itogi» [Filtración de repatriados soviéticos en los años 40. Objetivos, métodos y resultados], *Cahiers du Monde russe 49* , n.° 2.

Graffenried, J. de, 2014: *Sacrificing Childhood: Children and the Soviet State in the Great Patriotic War* , Lawrence, University Press of Kansas.

Graziosi, A., 1996: *The Great Soviet Peasant War. Bolsheviks and Peasants, 1917-1933* , Cambridge, Harvard University Press.

Greene, Th. J., 1999: «The End of the World Must be at Hand: The Collective Farm Peasantry and the Soviet State during the Great Patriotic War, 1941-1945», tesis doctoral, The University of Toronto.

Gross, J. T., 2002: *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia* , Princeton, Princeton University Press.

Grudzinska-Gross, I. y Gross, J. T., 1981: *War through Children's Eyes: The Soviet Occupation of Poland and the Deportations, 1939-1941* , Stanford, Hoover Institution Press.

Gur'ianov, A. E. (ed.), 1997: *Repressii protiv poliakov i pol'skikh grazhdan* [Represión contra polacos y ciudadanos polacos], Moskva, Zven'ia.

Hachten, P. Ch., 2005: «Property Relations and the Economic Organization of Soviet Russia, 1941-1948», tesis doctoral, The University of Chicago.

Hachten, P. Ch., 2006: «Separate yet Governed: The Representation of Soviet

Property Relations in Civil Law and Public Discourse», en L. Siegelbaum (ed.), *Borders of Socialism: Private Spheres of Soviet Russia* , New York/Houndsmills, Palgrave Macmillan.
Hagenloh, P., 2009: *Stalin's Police: Public Order and Mass Repression in the USSR, 1926-1941* , Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
Hardy, J. S., 2016: *The Gulag after Stalin: Redefining Punishment in Khrushchev's Soviet Union, 1953-1964* , Ithaca/London, Cornell University Press.
Harris, J. R., 2016: *The Great Fear: Stalin's Terror of the 1930s* , Oxford, Oxford University Press.
Harrison, M., 1994: «The Second World War», en R. W. Davies, M. Harrison y S. G. Wheatcroft (eds.), *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945* , Cambridge, Cambridge University Press.
Harrison, M., 1998: «The Economics of World War II: An Overview», en M. Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison* , Cambridge, Cambridge University Press.
Harrison, M., 2004: «World War II», en J. R. Millar (ed.), *Encyclopedia of Russian History* , New York, Macmillan.
Harrison, M., 2010: «Industry and the Economy», en D. R. Stone (ed.), *The Soviet Union at War, 1941-1945* , Barnsley, Pen & Sword.
Harrison, M. (ed.), 1998: *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison* , Cambridge, Cambridge University Press.
Harrison, M. y Davies, R. W., 1997: «The Soviet Military-Economic Effort During the Second Five-Year Plan (1933-1937)», *Europe-Asia Studies 49* , n.° 3.
Hartmann, Ch. 2013: *Operation Barbarossa: Nazi Germany's War in the East, 1941-1945* , Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *Operación Barbarroja: la guerra alemana en el este (1941-1945)* , J. Alonso López (trad.), Madrid, La Esfera de los Libros, 2018].
Haruo, T., 2011: «The Strategic Correlation between the Sino-Japanese and Pacific Wars», en M. Peattie, E. Drea y H. van de Vee (eds.), *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945* , Stanford, Stanford University Press.
Hasanli, J., 2006: *At the Dawn of the Cold War: The Soviet-American Crisis of over Iranian Azerbaijan, 1941-1946* , Lanham, Rowman & Littlefield.
Hasegawa, T., 2011: «Soviet Policy toward Japan During World War II», *Cahiers du monde russe 52* , n.° 2-3.
Hasegawa, T. (ed.), 2007: *The End of the Pacific War: Reappraisals* , Stanford, Stanford University Press.
Haslam, J., 1985: *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1939* , London, Macmillan.
Haslam, J., 1992: *The Soviet Union and the Threat form the East, 1933-1941: Moscow, Tokyo and the Prelude to the Pacific War* , Basingstoke, Macmillan.
Heinzen, J. W., 2016: *The Art of the Bribe: Corruption under Stalin, 1943-1953* , New Haven, Yale University Press.
Hellbeck, J., 2006: *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin* , Cambridge/ London, Harvard University Press.
Hellbeck, J., 2012: *Die Stalingrad Protokolle. Sowjetische Augenzeugen berichten aus der Schlacht* , Ch. Körner y A. Nitschke (trads. al.), Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag [ed. en esp.: *Stalingrado. La ciudad que derrotó al Tercer Reich* , A. Pradera y V. E. Gordo del Rey (trads.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

Hellbeck, J., 2015: *Stalingrad: The City that Defeated the Third Reich* , New York, Public Affairs [ed. en esp.: *Stalingrado. La ciudad que derrotó al Tercer Reich* , A. Pradera y V. E. Gordo del Rey (trads.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

Hellbeck, J. (ed.), 1996: *Tagebuch aus Moskau, 1931-1939* , München, Taschenbuch Verlag.

Hessler, J., 1998: «A Postwar Perestroika? Toward a History of Private Trade Enterprise in the USSR», *Slavic Review 57* , n.° 3.

Hessler, J., 2001: «Postwar Normalisation and Its Limits in the USSR: The Case of Trade», *Europe-Asia Studies 53* , n.° 3.

Hessler, J., 2004: *A Social History of Soviet Trade: Trade Policy, Retail Practices, and Consumption, 1917-1953* , Princeton, Princeton University Press.

Hilberg, R., 1973: *The Destruction of the European Jews* , New York, New Viewpoints [ed. en esp.: *La destrucción de los judíos europeos* , C. Piña Aldao (trad.), Madrid, Akal, 2020].

Hill, A., 2005: *The War behind the Eastern Front: The Soviet Partisan Movement in North-West Russia 1941-44* , London/New York, Frank Cass.

Hill, A., 2006: «British "Lend-Lease" Tanks and the Battle for Moscow, November-December 1941-A Research Note», *Journal of Slavic Military Studies 19* , n.° 2.

Hill, A., 2007: «British Lend-Lease Aid and the Soviet War Effort, June 1941-June 1942», *The Journal of Military History 71* .

Hill, A., 2009: *The Great Patriotic War of the Soviet Union, 1941-45: A Documentary Reader* , London, Routledge.

Hill, A., 2017: *The Red Army and the Second World War* , Cambridge, Cambridge University Press.

Hill, F. y Gaddy, C. G., 2013: *Mr Putin. Operative in the Kremlin* , Washington, Brookings Institution.

Holloway, D., 2007: «Jockeying for Position in the Postwar World. Soviet Entry into the War with Japan in August 1945», en T. Hasegawa (ed.), *The End of the Pacific War: Reappraisals* , Stanford, Stanford University Press.

Holmes, L. E., 2012: *War, Evacuation, and the Exercise of Power: The Center, Periphery and Kirov's Pedagogical Institute, 1941-1952* , Lanham, Lexington Books.

Holmes, L. E., 2017: *Stalin's World War II Evacuations: Triumph and Troubles in Kirov* , Lawrence, University Press of Kansas.

Horvath, R., 2013: *Putin's «Preventive Counter-Revolution»: Post-Soviet Authoritarianism and the Spectre of Velvet Revolution* , Milton Park, Routledge.

Hosking, G., 2002: «The Second World War and Russian National Consciousness», *Past and Present 175* .

Hürter, J., 2014: *A German General on the Eastern Front: The Letters and Diaries of Gotthard Heinrici, 1941-1942* , Ch. Brocks (trad. eng.), Barnsley, Pen & Sword.

Ilic, M. (ed.), 2001: *Women in the Stalin Era* , Houndmills, Palgrave.

Istoriia Vtoroi Mirovoi voiny 1939-1945 [Historia de la Segunda Guerra Mundial 1939-1945], 1974: Moskva, Voeznidat.

Ivkin, V. I., 1999: *Gosudarstvennaia vlast' SSSR. Vysshie organy vlasti i upravleniia i ikh rukovoditeli. 1923-1991. Istoriko-biograficheskii spravochnik* [Poder estatal de la URSS. Autoridades supremas y administración y sus líderes. 1923-1991. Guía histórica y biográfica], Moskva, Rosspen.

Jacobsen, H.-A. (ed.), 1965: *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachführungsstab)* , vol. 1, *1. August 1940-31 Dezember 1941* , Frankfurt am Main, Bernard & Graefe Verlag für Wehrwesen.

James, R. R. (ed.), 1974: *Winston S. Churchill. His Complete Speeches 1897-1963* , New York/London, Chelsea House Publishers.

Jasny, N., 1961: *Soviet Industrialization, 1928-1952* , Chicago, The University of Chicago Press.

Jlevniuk O., 2000: «The Reasons for the "Great Terror": The Foreign-Political Aspect», en S. Pons y A. Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars* , Milano, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.

Johnston, T., 2011: *Being Soviet: Identity, Rumour, and Everyday Life under Stalin 1939-1953* , Oxford, Oxford University Press.

Jolluck, K. R., 2002: *Exile & Identity: Polish Women in the Soviet Union during World War II* , Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Jones, J. W., 2008: Everyday Life and the «Reconstruction» of Soviet Russia During and after the Great Patriotic War, 1943-1948, Bloomington, Slavica Publishers.

Jones, P., 2013: *Myth, Memory, Trauma: Rethinking the Stalinist Past in the Soviet Union, 1953-70* , New Haven, Yale University Press.

Jrushchov, N. S., 1959: *Doklad na zakrytom zasedanii XX s'ezda KPSS. «O kul'te lichnosti i ego posledstviiakh»* [Informe en sesión privada del XX Congreso del PCUS. «Acerca de la cultura de la personalidad y sus consecuencias»], Moskva, Gospolitizdat [ed. en esp.: *Informe Secreto al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética* , Buenos Aires, Gure, 1956].

Jrushchov, N. S. (ed.), 2004: *Memoirs of Nikita Khrushchev* , vol. 1, *Commissar (1918-1945)* , University Park, The Pennsylvania State University Press.

Jukes, G., 2011: *Stalingrad to Kursk: Triumph of the Red Army* , Barnsley, Pen & Sword.

Junge, M. y Binner, R., 2001: «Wie der Terror "gross" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl 00447», *Cahiers du Monde russe 42* , n.° 2/4.

Kenez, P., 1985: *The Birth of the Propaganda State: Soviet Methods of Mass Mobilization, 1917-1929* , Cambridge/New York, Cambridge University Press.

Kershaw, I., 2011: *The End: Hitler's Germany, 1944-45* , London, Allen Lane [ed. en esp.: *El Final. Alemania, 1944-1945* , Barcelona, Península, 2013].

Khaustov, V. N., Naumov, V. P. y Plotnikova, N. S. (eds.), 2004: *Stalin i Glavnoe Upravlenie Gosbezopasnosti NKVD 1937-1938* [Stalin y la Dirección Principal de Seguridad del Estado de la NKVD 1937-1938], Moskva, Demokratiia.

Khaustov, V. N. *et al* . (eds.), 2006: *Lubianka. Stalin in NKVD-NKGB-GUKR 'SmerSh' 1939-mart 1946* [Lubianca. Stalin en NKVD-NKGB-GUKR «SmerSh» 1939-marzo 1946], Moskva, Demokratiia.

Khlevniuk, O. V., 1995: «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en J. Cooper (ed.), M. Perrie y E. A. Rees, *Soviet History, 1917-53: Essays in Honour of R. W. Davies* , New York, St. Martin's Press.

Khlevniuk, O. V., 2000: «The Reasons for the "Great Terror": The Foreign-Political Aspect», en S. Pons y A. Romano (eds.), *Russia in the Age of Wars* , Milano, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.

Khlevniuk, O. V., 2015: *Stalin: New Biography of a Dictator* , New Haven/London, Yale University Press.

Khlevniuk, O. V., 2018: «Decentralizing Dictatorship: Soviet Local Governance during World War II», *The Russian Review 77* , n.° 3.

Khlevniuk, O. V., 2019: «Deserters from the Labor Front: The Limits of Coercion in the Soviet War Economy», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 20* , n.° 3.

Kim, A., 2002: «Zheltye kholmy Kazakhstana» [Colinas amarillas de Kazajistán], en A. Kim (ed.), *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.

Kim, A. (ed.), 2002: *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.

Kim, S. I., 2002: «O nashei sem'e», en A. Kim (ed.), *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.

Kim, V., 2002: «V eshelon» [El escalón], en A. Kim (ed.), *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.

Kinnunen, T. y Kivimäki, V. (eds.), 2012: *Finland in World War II: History, Memory, Interpretations* , Leiden/Boston, Brill Academic Publishers.

Kirby, D., 2006: *A Concise History of Finland* , Cambridge, Cambridge University Press.

Kirsanov, N. A. y Drobiazko, S. I.: 2001: «Velikaia Otechestvennaia voina 1941-1945 gg: Natsional'nye i dobrovol'cheskie formirovaniia po raznye storony fronta» [La Gran Guerra Patriótica de 1941-1945: formaciones nacionales y voluntarias en lados opuestos del frente], *Otechestvennaia istoriia* [Historia nacional], n.° 6.

Kirschenbaum, L. A., 2000: «"Our City, Our Hearths, Our Families": Local Loyalties and Private Life in Soviet World War II Propaganda», *Slavic Review 59* , n.° 4.

Kirschenbaum, L. A., 2006: *The Legacy of the Siege of Leningrad, 1941-1995: Myth, Memories, and Monuments* , Cambridge/New York, Cambridge University Press.

Klee, E., Dreßen, W. y Rieß, V., 1988: *«Schöne Zeiten». Judenmord aus der Sicht der Täter und Gaffer* , Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag.

Knyshevskii, P. N., 1992: *Skrytaia pravda voiny: 1941 god. Neizvestnye dokumenty* [La verdad oculta de la guerra: 1941. Documentos desconocidos], Moskva, Russkaia kniga.

Kokuriny, A. I y Petrov, N. V. (eds.), 2000: *GULAG (Glavnoe upravlenie lagerei) 1917-1960* [GULAG (Dirección Principal de Campamentos) 1917-1960], Moskva, Demokratiia.

Konstantinov, V., 2007: *Evreiskoe naselenie byvshego SSSR v XX veke (sotsial'no-demograficheskii analiz)* [La población judía de la antigua URSS en el siglo XX (Análisis sociodemográfico)], סִילְשׁוּרִי, LIRA.

Konstantínova, I., 1974: «Devushka iz Kashina. Dnevnik i pis'ma Iny Konstantinovoi» [Una chica de Kashin. Diario y cartas de Iniy Konstantinova], en G. Astaf'ev (ed.), *Vospominaniia i ocherki o nei* [Memorias y ensayos sobre ella], Moskva, Moskovskii rabochii.

Koposov, N., 2011: *Pamiat' strogogo rezhima. Istoriia i politika v Rossii* [Memoria del régimen estricto. Historia y política en Rusia], Moskva, Novoe literaturnoe obozrenie [Nueva reseña literaria].

Korotaev, V. I., 2005: «Reaktsiia Zapada na voennyi konflikt u ozera Khasan (po dokumentam inostrannogo proiskhozhdeniia RGVA)» [La reacción de occidente al conflicto militar cerca del lago Jasán (según documentos de origen extranjero de la RGVA], en N. I. Reznik (ed.), *Na granitse tuchi khodiat khmurno' (k 65-letiiu sobytii u ozera Khasan): analiticheskie materialy* [La sombra se cierne en las nubes (65 aniversario de los hechos en el lago Jasán): materiales para analizar],

Moskva, Kuchkovo pole.
Korotkov, A. V., Chernev, A. D. y Chernobaev, A. A. (eds.), 2008: *Na prieme u Stalina. Tetrady (zhurnaly) zapisei lits, priniatykh I. V. Stalinym (1924-1953 gg.)* [Admitidos por Stalin. Cuadernos (diarios) de registros de personas aceptados por I. V. Stalin (1924-1953)], Moskva, Novyi khronograf.
Kort, M., 2007: *The Columbia Guide to Hiroshima and the Bomb* , New York, Columbia University Press.
Koshelev, A. (ed.), 2005: *Ia dralsia s samuraiami. Ot Khalkhin-Gola do Port-Artura* [Luché contra samuráis. De Jaljin-Gol a Port Arthur], Moskva, Iauza, Eksmo.
Kostyrchenko, G. V., 1995: *Out of the Red Shadows: AntiSemitism in Stalin's Russia* , Amherst, Prometheus Books.
Kostyrchenko, G. V., 2003: *Tainaia politika Stalina. Vlast' i antisemitism* [La política secreta de Stalin. Poder y antisemitismo], Moskva, Mezhdunarodnye otnosheniia [Relaciones internacionales].
Kovalchuk, V. M., 2000: «Evakuatsiia naseleniia Leningrada letom 1941 goda» [Evacuación de la población de Leningrado en el verano de 1941], *Otechestvennaiaistoriia 3* .
Kozhina, E., 2001: *Through the Burning Steppe: A Memoir of Wartime Russia, 1942-1943* , New York, Riverhead Books.
Kozlov, V. A. y Mironenko, S. V. (eds.), 1999: *Nadzornye proizvodstva Prokuratury SSSR po delam ob antisovetskoi agitatsii i propaganda. Annotirovannyi katalog mart 1953-1991* [Procedimientos de supervisión de la Fiscalía de la URSS en casos de agitación y propaganda antisoviética. Catálogo comentado marzo 1953-1991], Moskva, Demokratiia.
Kragh, M., 2011: «Stalinist Labour Coercion during World War II: An Economic Approach», *Europe-Asia Studies 63* , n.° 7.
Krasnov, V., 2005: *Zhukov. Marshal velikoi mperio. Lavry i ternii polkovodtsa* [Zhúkov. Mariscal de un gran imperio. Laureles y espinas del comandante], Moskva, Olma Press.
Kravchenko, V., 1947: *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official* , London, Robert Hale [ed. en esp.: *Yo escogí la libertad* , Madrid, Ciudadela Libros, 2008].
Krementsov, N., 1997: *Stalinist Science* , Princeton, Princeton University Press.
Krivosheev, G. F., 1997: *Soviet Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century* , London, Greenhill Books.
Krivosheev, G. F., 2001: *Rossiia i SSSR v voinakh xx veka. Poteri vooruzhennykh sil. Statisticheskoe issledovanie* [Rusia y la URSS en las guerras del siglo XX. Pérdidas de las fuerzas armadas. Estudio estadístico], Moskva, Olma Press.
Krivosheev, G. F., 2001b: «O dezertirstve v Krasnoi Armii» [Sobre la deserción en el Ejército Rojo], *Voenno-istoricheskii zhurnal* [Revista de historia militar] *6* .
Krivosheev, G. F. y Filimoshin, M. F., enero de 1945: «Poteri vooruzhennykh sil SSSR v Velikoi Otechestvennoi voine» [Pérdidas de las fuerzas armadas de la URSS en la Gran Guerra Patriótica], en *Bloknot agitatora Krasnoi Armii* [Cuaderno del agitador del Ejército Rojo], n.° 3.
Krivosheev, G. F. y Filimoshin, M. F., 2001: «Poteri vooruzhennykh sil SSSR v Velikoi Otechestvennoi voine» [Pérdidas de las fuerzas armadas de la URSS en la Gran Guerra Patriótica], en Iu. A. Poliakov (ed.), *Naselenie Rossii v xx veke. Istoricheskie ocherki* [La población de Rusia en el siglo XX. Ensayos históricos], vol. 2, *1940-1959* , Moskva, Rosspen.

Kucherenko, O., 2011: *Little Soldiers: How Soviet Children Went to War 1941-1945* , Oxford, Oxford University Press.

Kucherenko, O., 2016: *Soviet Street Children and the Second World War: Welfare and Social Control under Stalin* , London, Bloomsbury Academic.

Kumanev, G. A., 1998: «Voennaia perestroika ekonomiki» [Reestructuración militar de la economía], en V. A. Zolotarev y G. N. Sevost'ianov (eds.), *Velikaia Otechestvennaia voina 1941-1945. Voenno-istoricheskie ocherki* [La Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Ensayos de historia militar], Moskva, Nauka.

Kumanev, G. A., 2005: *Govoriat stalinskie narkomy* [Los comisarios de Stalin hablan], Smolensk, Rusich.

Kuodyte, D. y Tracevskis, R., 2019: *The Unknown War: Armed Anti-Soviet Resistance in Lithuania in 1944-1953* , Vilnius, Tsentr issledovaniya genotsida i rezistentsii zhiteley Litvy [Centro de Investigación de Genocidio y Resistencia de Lituania].

Kurdriashov, S. V. (ed.), 2018: *Vestnik Arkhiva Prezidenta Rossiiskoi Federatsii: Sovetskaia armiia: gody reform i ispytanii* [Boletín de los Archivos del Presidente de la Federación Rusa: Ejército soviético: años de reformas y pruebas], Moskva, IstLit.

Kuznetsov, N. G., 2003: *Kursom k pobede* [El camino a la victoria], Moskva, Olma Press.

Laar, M., 1992: *War in the Woods: Estonia's Struggle for Survival 1944-1956* , Washington, The Compass Press.

Larionov, A. E., 2015: *Frontovaia povsednevnost' Velikoi Otechestvennoi voiny* [La vida cotidiana de primera línea de la Gran Guerra Patriótica], 2 vols., Moskva, Zolotoesechenie.

Larson, G. A., 2012: «American Airmen Held as POWs in Far East Russia during World War II», *Air Power History 59* , n.° 2.

Laycock, J., 2012: «Armenian Homelands and Homecomings, 1945-9: The Repatriation of Diaspora Armenians to the Soviet Union», *Cultural and Social History 9* , n.° 1.

League of Nations Treaty Series: Treaties and International Engagements Registered with the Secretariat of the League of Nations (1937-1938) , 1938: London, Harrison & Sons.

Lecker, M., s.f.: «I Remember: Odyssey of a Jewish Teenager in Eastern Europe, 1939-1946», USHMM RG-02.

Leffler, M. P. y Westad, O. A. (eds.), 2010: *The Cambridge History of the Cold War* , Cambridge, Cambridge University Press.

Lenoe, M. E., 2010: *The Kirov Murder and Soviet History* , New Haven, Yale University Press.

Leonhard, S., 1968: *Gestohlenes Leben. Schicksal einer politischen Emigrantin in der Sowjetunion* , 5.ª ed. rev., Herford, Nicolaische Verlagsbuchhandlung Herford.

Leonhard, W., 1958: *Child of the Revolution* , Chicago, Henry Regnery Company.

Levesque, J., 2006: «Exile and Discipline: The June 1948 Campaign Against Collective Farm Shirkers», *The Carl Beck Papers in Russian & East European Studies 1708* .

Li, G. N., 1997: «Deportatsiia koreitsev v 1937 g. i ee posledstviia na primere kolkhoza "Kantonskaia kommuna" Spasskogo raiona Primorskogo kraia» [La deportación de coreanos en 1937 y sus consecuencias en el ejemplo de la «granja colectiva comunal» de Kantonskaya en el distrito Spassky de Primorsky Krai], en A. P. Derevianko (ed.), *Politicheskie repressii na Dal'nem vostoke (20-50-3 gg.).*

Pervaia Dal'nevostochnaia nauchno-prakticheskaia konferentsiia [Represiones políticas en el Lejano Oriente (20-50-3). Primera Conferencia Científica y Práctica del Lejano Oriente], Vladivostok, Iz-vo Dal'nevostochnogo universiteta [Universidad del Lejano Oriente].

Liber, G. O., 2016: *Total Wars and the Making of Modern Ukraine, 1914-1954* , Toronto, University of Toronto Press.

Lieberman, S. R., 1985: «Crisis Management in the USSR: The Wartime System of Administration and Control», en S. J. Linz (ed.), *The Impact of World War II on the Soviet Union* , Totowa, Rowman & Allanheld.

Linz, S. J. (ed.), 1985: *The Impact of World War II on the Soviet Union* , Totowa, Rowman & Allanhead.

Livshin, A. Ia. y Orlov, I. B. (eds.), 2003: *Sovetskaia povsednevnost' i massovoe soznanie 1939-1945* [Vida cotidiana soviética y conciencia de masas 1939-1945], Moskva, Rosspen.

Lochner, L. P. (ed.), 1948: *The Goebbels Diaries* , London, H. Hamilton [ed. en esp.: *Joseph Goebbels, diario. Compilación e introducción por Louis P. Lochner* , Barcelona, Los libros de nuestro tiempo, 1949].

Longerich, P., 2010: *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews* , Oxford, Oxford University Press.

Lovell, S., 2003: *Summerfolk: A History of the Dacha, 1719-2000* , Ithaca/London, Cornell University Press.

Lovell, S., 2010: *The Shadow of War: Russia and the USSR 1941 to the Present* , Oxford, Wiley-Blackwell.

Lower, W., 2011: «Pogroms, Mob Violence and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941: Varied Histories, Explanations and Comparisons», *Journal of Genocide Research 13* , n.° 3.

Lytton, A., 2013: «In the House of Rimmon: British Aid to the Soviet Union, June-September 1941», *The Journal of Slavic Military Studies 26* , n.° 4.

MacKinnon, S. R., 2008: *Wuhan, 1938: War, Refugees, and the Making of Modern China* , Berkeley, University of California Press.

Maclean, F., 2009: *Eastern Approaches* , London, Penguin.

Malkov, P. V. (ed.), 2020: *Velikaia Otechestvennaia voina. Iubileinyi statisticheskii sbornik* [La Gran Guerra Patriótica. Compilación de estadísticas del aniversario], Moskva, Rossstat, 2020.

Manchester, L., 2007: «Repatriation to a Totalitarian Homeland: The Ambiguous Alterity of Russian Repatriates from China to the USSR», *Diaspora 16* , n.° 3.

Manley, R., 2009: *To the Tashkent Station: Evacuation and Survival in the Soviet Union at War* , Ithaca/London, Cornell University Press.

Manne, R., 1974: «The British Decision for Alliance with Russia, May 1939», *Journal of Contemporary History 9* , n.° 3.

Manne, R., 1981: «Some British Light on the Nazi-Soviet Pact», *European Studies Review 11* , n.° 1.

Manning, R., 1993: «The Soviet Economic Crisis of 1936-1940 and the Great Purges», en J. A. Getty y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives* , Cambridge, Cambridge University Press.

Marples, D. R., 2007: *Heroes and Villains: Creating a National History in Contemporary Ukraine* , Budapest, Central European University Press.

Martin, B., 1969: *Deutschland und Japan im Zweiten Weltkrieg. Vom Angriff auf Pearl Harbor bis zur deutschen Kapitulation* , Göttingen, Musterschmidt Verlag.

Martin, T., 1998: «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *The Journal of Modern History 70* , n.° 4.
Martin, T., 2001: «Stalinist Forced Relocation Policies: Patterns, Causes, Consequences», en M. Weiner y Sh. Stanton Russell (eds.), *Demography and National Security* , New York, Berghahn Books.
Mawdsley, E., 2003: «Crossing the Rubicon: Soviet Plans for Offensive War in 1940-1941», *The International History Review 25* , n.° 4.
Mawdsley, E., 2009: *World War II: A New History* , Cambridge, Cambridge University Press.
Mawdsley, E., 2012: *December 1941: Twelve Days that Began a World War* , New Haven/London, Yale University Press.
Mawdsley, E., 2016: *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945* , 2.ª ed. rev., London, Bloomsbury.
Mawdsley, E., 2019: *The War for the Seas: A Maritime History of World War II* , New Haven, Yale University Press.
Megowan, E. T., 2016: «For Fatherland, for Culture: State, Intelligentsia and Evacuated Culture in Russia's Regions, 1941-1945», tesis doctoral, Georgetown University.
Mel'tiukhov, M. I., 2005-2006: «9 dnei boevogo puti krasnoarmeitsa Bunina i ego razmyshleniia o poriadkakh v armii (1941 god)» [9 días del viaje militar del soldado del Ejército Rojo Bunin y sus reflexiones acerca del orden en el ejército (1941)], *Voenno-istoricheskaia antropologiia* [Antropología histórica militar].
Mel'tiukhov, M. I., 2009: *17 sentiabria 1939. Sovetsko-pol'skie konflikty. 1918-1939* [17 de septiembre de 1939. Conflictos polaco-soviéticos. 1918-1939], Moskva, Veche.
Mel'tiukhov, M., 2008: *Upushchennyi shans Stalina. Skhvatka za Evropu. 1939-1941 gg (dokumenty, fakty, suzhdeniia)* [La oportunidad perdida de Stalin. Lucha por Europa. 1939-1941 (documentos, hechos, sentencias)], Moskva, Veche.
Melnikova, E., 2016: «Making "Former" the Former Finnish Karelia», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas 64* , n.° 3.
Merridale, C., 2006: *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945* , New York, Metropolitan Books [ed. en esp.: *La Guerra de los Ivanes* , F. J. Ramos Mena (trad.), Barcelona, Debate, 2007].
Merridale, C., 2006b: «Culture, Ideology and Combat in the Red Army, 1939-45», *Journal of Contemporary History 41* , n.° 2.
Mertelsmann, O., 2012: *Everyday Life in Stalinist Estonia* , Frankfurt am Main, Peter Lang.
Mertelsmann, O. y Rahi-Tamm, A., 2009: «Soviet Mass Violence in Estonia Revisited», *Journal of Genocide Research 11* , n.° 2-3.
Mezhdunaronye otnozheniia [Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS] (ed.), 1974: *Dokumenty v neshnei politiki SSSR* [Documentos en la política exterior de la URSS], Moskva, Politicheskaia literatura [Literatura política].
Mil'bakh, V. S., 1 de diciembre de 2003: «Repression in the Red Army in the Far East, 1936-1939», *The Journal of Slavic Military Studies 16* , n.° 4.
Millar, J. R. (ed.), 2004: *Encyclopedia of Russian History* , New York, Macmillan.
Miner, S. M., 2018: «"Things Must Be Bad at the Front": Women in the Soviet Military during WWII», *MCU Journal 9* , número especial.
Mitsuro, H., 2011: «The Japanese Air Campaigns in China, 1937-1945», en M. Peattie, E. Drea y H. van de Vee (eds.), *The Battle for China: Essays on the Military*

History of the Sino-Japanese War of 1937-1945 , Stanford, Stanford University Press.

Mochulsky, F. V., 2011: *Gulag Boss: A Soviet Memoir* , Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *El jefe del gulag* , S. Chaparro (trad.), Madrid, Alianza, 2012].

Moskoff, W., 1990: *The Bread of Affliction; the Food Supply in the USSR During World War II* , Cambridge, Cambridge University Press.

Moskva poslevoennaia. 1945-1947. Arkhivnye dokumenty i materialy [Moscú en posguerra. 1945-1947. Documentos y materiales de archivo], 2000: Moskva, Mosgorarkhiv.

Moskva prifrontovaia 1941-1942. Arkhivnye dokumenty i materialy [Moscú cerca del frente 1941-1942. Documentos y materiales de archivo], 2001: Moskva, Mosgorarkhiv.

Mukerjee, M., 2010: *Churchill's Secret War: The British Empire and the Ravaging of India during World War II* , New York, Basic Books.

Müller, R.-D., 2010: *An der Seite der Wehrmacht. Hitlers ausländische Helfer beim 'Kreuzzug gegen den Bolschewismus' 1941-1945* , Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag.

Murav, H. y Estraikh, G. (eds.), 2014: *Soviet Jews in World War II: Fighting, Witnessing, Remembering* , Boston, Academic Studies Press.

Musial, B., 2009: *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit* , Paderborn, Schöningh.

Naimark, N. M., 1995: *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* , Cambridge, Harvard University Press.

Naimark, N. M., 2010: «The Sovietization of Eastern Europe, 1944-1953», en M. P. Leffler y O. A. Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War* , Cambridge, Cambridge University Press.

Naimark, N. M., 2019: *Stalin and the Fate of Europe: The Postwar Struggle for Sovereignty* , Cambridge, Belknap Press.

Nakachi, M., 2006: «Population, Politics and Reproduction: Late Stalinism and Its Legacy», en J. Fürst (ed.), *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention* , London/New York, Routledge.

Nakachi, M., 2006b: «N. S. Khrushchev and the 1944 Soviet Family Law: Politics, Reproduction, and Language», *East European Politics and Societies 20* , n.° 1.

Naumkin, V. V. *et al* . (eds.), 2010: *SSSR i strany vostoka nakanune i v gody Vtoroi Mirovoi voiny* [La URSS y los países del Este en vísperas y durante la Segunda Guerra Mundial], Moskva, IV Ran.

Naumov, V. P. (ed.), 1998: *1941 god: v 2 kn. Kn. 2* [Año 1941: en 2 libros. Libro. 2], Moskva, Demokratiia.

Naumov, V. P. y Sigachev, Iu. (eds.), 1999: *Lavrentii Beriia. 1953. Stenogramma iiul'skogo plenuma TsK KPSS i drugie dokumenty* [Lavrenty Beria. 1953. Transcripción del pleno de julio del Comité Central del PCUS y otros documentos], Moskva, Demokratiia.

Nevezhin, V. A. (ed.), 2003: *Zastol'nye rechi Stalina. Dokumenty i materialy* [Los discursos de Stalin. Documentos y materiales], Moskva, AIRO-XX.

Noormets, T., 2008: «Estonians in Russian Armed Forces», en L. Õispuu (ed.), *Estonians in Russian Armed Forces in 1940-1945* , Tallinn, The State Archive of Estonia.

Norris, S. M., 2011: «Memory for Sale: Victory Day 2010 and Russian Remembrance», *Soviet & Post-Soviet Review 38* , n.° 2.

Norris, S. M., 2012: *Blockbuster History in the New Russia: Movies, Memory, Patriotism* , Bloomington, Indiana University Press.
O'Brien, Ph. P., 2015: *How the War Was Won: Air-Sea Power and Allied Victory in World War II* , Cambridge, Cambridge University Press.
Õispuu, L. (ed.), 2008: *Estonians in Russian Armed Forces in 1940-1945* , Tallinn, The State Archive of Estonia.
Osborn, P. R., 2000: *Operation Pike: Britain versus the Soviet Union, 1939-1941* , Westport, Greenwood Press.
Osokina, E., 1999: *Za fasadom 'stalinskogo izobiliia'. Raspredelenie i rynok v snabzhenii naseleniia v gody industrializatsii 1927-1941* [Detrás de la fachada de la «abundancia estalinista». Distribución y mercado en el abastecimiento de la población durante la industrialización de 1927-1941], Moskva, Rosspen.
O'Sullivan, Ch. D., 2013: «Colonialism in Asia», en Th. W. Zeiler y D. M. DuBois (eds.), *A Companion to World War II* , Chichester, Wiley-Blackwell.
Overmans, R., 1999: *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg* , München, R. Oldenbourg Verlag.
Overy, R., 1997: *Russia's War* , New York, Penguin.
Paine, S. C. M., 2012: *The Wars for Asia 1911-1949* , Cambridge, Cambridge University Press.
Pak, B. D. y Bugai, N. F., 2004: *140 let v Rossii. Ocherk istorii rossiiskikh Koreitsev* [140 años en Rusia. Ensayo acerca de la historia de los coreanos rusos], Moskva, IV RAN.
Pak, M., 2002: «Podlezhat vyseleniiu», en A. Kim (ed.), *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.
Patrushev, N. P. (ed.), 2000: *Organy Gosudarstvennoi Bezopasnosti SSSR v Velikoi Otechestvennoi voine. Sbornik dokumentov* [Órganos de la Seguridad del Estado de la URSS en la Gran Guerra Patriótica. Colección de documentos], Moskva, Rus'.
Peattie, M., Drea, E. y Vee, H. van de (eds.), 2011: *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945* , Stanford, Stanford University Press.
Pechatnov, V., 2010: «The Soviet Union and the World, 1944-1953», en M. P. Leffler y O. A. Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War* , Cambridge, Cambridge University Press.
Penter, T., 2008: «Local Collaborators on Trial: Soviet War Crimes Trials under Stalin (1943-1953)», *Cahiers du Monde russe 49* .
Peri, A., 2017: *The War Within: Diaries from the Siege of Leningrad* , Cambridge, Harvard University Press.
Person, R. y McFaul, M., 2022: «What Putin Fears Most», *Journal of Democracy 33* , n.° 2.
Perventsev, A. A., 2011: *Dnevniki. 1941-1945* [Diarios. 1941-1945], Moskva, Veche.
Pikhoia, R. G., 2000: *Sovetskii Soiuz: Istoriia vlasti. 1945-1991* [Unión Soviética: Historia del poder. 1945-1991], Novosibírsk, Sibirskii khronograf.
Pikhoia, R. G. (ed.), 1999: *Katyn. Plenniki neob'iavlennoi voiny* [Katyn. Prisioneros de una guerra no declarada], Moskva, Demokratiia.
Pliev, I. A., 1976: *Pod gvardeiskim znamenem* [Bajo el estandarte de la Guardia], Ordzhonikidze, Izdatel'stvo 'Ir'.
Plokhy, S., 2011: «The Call of Blood: Government Propaganda and Public Response to the Soviet Entry into World War II», *Cahiers du monde russe 52* , n.° 2-3.

Pobol, N. L. y Polian, P. M., 2005: *Stalinskie deportatsii 1928-1953. Dokumenty* [Deportaciones estalinistas 1928-1953. Documentos], Moskva, Demokratiia.

Pohl, D., 2011: *Die Herrschaft der Wehrmacht: Deutsche Militärbesatz und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944* , Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag.

Pohl, J. O., 1999: *Ethnic Cleansing in the USSR, 1937-1949* , Westport, Greenwood Press.

Pokrovskii, K. M., 1989: «V efire Kitaia» [Al descubierto en China], en *Po dorogam Kitaia. 1937-1945. Vospominaniia* [En las carreteras de China. 1937-1945. Memorias], Moskva, Nauka.

Poliakov, Iu. A. (ed.), 2001: *Naselenie Rossii v XX veke. Istoricheskie ocherki* [La población de Rusia en el siglo XX. Ensayos históricos], 2 vols., Moskva, Rosspen.

Poliakov, Iu. A. *et al* . (eds.), 2007: *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1937 goda: obshchie itogi. Sbornik dokumentov i materialov* [Censo de población de toda la Unión de 1937: resultados generales. Documentos y materiales], Moskva, Rosspen.

Pons, S., 2002: *Stalin and the Inevitable War 1936-1941* , London, Frank Cass.

Pons, S. y Romano, A. (eds.), 2000: *Russia in the Age of Wars* , Milano, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.

Potemkina, M. N., 2006: *Evakuatsiia v gody Velikoi Otechestvennoi voiny na Urale: Liudi i sud'by* [Evacuación durante la Gran Guerra Patriótica en los Urales: personas y destinos], Magnitogorsk, MaGU.

Programme Kommunisticheskoy Partii Sovetskogo Soyuza: Utverzhdena XXII s'yezdom KPSS, 31 oktyabrya 1961 g. [Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética: aprobado por el XXII Congreso del PCUS, 31 de octubre de 1961], 1961: Moskva, Izdatel'stvo inostrannoy literatury [Ediciones en lenguas extranjeras] [ed. en esp.: *Programa del Partido Comunista de la Union Sovietica: aprobado por el XXII Congreso del PCUS, el 31 de octubre de 1961* , Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, 1961].

Protassewicz, I., 2019: *A Polish Woman's Experience in World War II. Conflict, Deportation and Exile* , London, Bloomsbury.

Putin, V., 18 de junio de 2020: «The Real Lessons of the 75th Anniversary of World War II», *The National Interest* [https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lessons-75th-anniversary-world-war-ii-162982].

Pyzhikov, A. V., 2002: «Sovetskoe poslevoennoe obshchestvo i predposylki khrushchevskikh reform» [Sociedad soviética de posguerra y condiciones previas para las reformas de Jruschov], *Voprosy istorii* [Cuestiones de historia], n.° 2.

Qualls, K., 2009: *From Ruins to Reconstruction: Urban Identity in Soviet Sevastopol after World War II* , Ithaca/London, Cornell University Press.

Radchenko, S., 2012: «The Soviet Union and Asia, 1940s-1960s», en U. Tomohiko (ed.), *Empire and After: Essays in Comparative Imperial and Decolonization Studies* , Sapporo, Slavic Research Center.

Radchenko, S., 5 de agosto de 2015: «Did Hiroshima Save Japan from Soviet Occupation?», FP, [https://foreignpolicy.com/2015/08/05/stalin_japan_hiroshima_occupation_hokkaido/].

Radchenko, S., 2017: «Lost Chance for Peace: The 1945 CCP-Kuomintang Peace Talks Revisited», *Journal of Cold War Studies 19* , n.° 2.

Ree, E. van, 2002: *The Political Thought of Joseph Stalin: A Study in Twentieth-Century Revolutionary Patriotism* , London/New York, Routledge Curzon.

Reeder, R. (ed.), 1990: *The Complete Poems of Anna Akhmatova* , J. Hemschemeyer

(trad. rus.), Somerville, Zephyr Press [ed. en cat.: *Poesia completa* , J. Creus (trad. y ed.), Barcelona, Edicions de 1984, 2009].
Rees, E. A. (ed.), 2003: *The Nature of Stalin's Dictatorship: The Politburo, 1924-1953* , Houndmills, Palgrave.
Reese, R., 1996: *Stalin's Reluctant Soldiers: A Social History of the Red Army 1925-1941* , Lawrence, University Press of Kansas.
Reese, R., 2005: *Red Commanders: A Social History of the Soviet Army Officer Corps, 1918-1991* , Lawrence, University Press of Kansas.
Reese, R., 2008: «Lessons of the Winter War: A Study in the Military Effectiveness of the Red Army, 1939-1940», *The Journal of Military History 72* , n.° 3.
Reese, R., 2011: *Why Stalin's Soldiers Fought: The Red Army's Military Effectiveness in World War II, Lawrence* , University Press of Kansas, 2011.
Reid, A., 2011: *Leningrad: Tragedy of a City under Siege, 1941-44* , London, Bloomsbury [ed. en esp.: *Leningrado* , R. Marqués García (trad.), Barcelona, Debate, 2022].
Rentola, K., 2013: «Intelligence and Stalin's Two Crucial Decisions in the Winter War, 1939-40», *The International History Review 35* , n.° 5.
Reynolds, D. y Pechatnov, V. (eds.), 2018: *The Kremlin Letters: Stalin's Wartime Correspondence with Churchill and Roosevelt* , New Haven, Yale University Press.
Reznik, N. I. (ed.), 2005: *Na granitse tuchi khodiat khmurno' (k 65-letiiu sobytii u ozera Khasan): analiticheskie materialy* [La sombra se cierne en las nubes (65 aniversario de los hechos en el lago Jasán): materiales para analizar], Moskva, Kuchkovo pole.
Rieber, A. J., 2003: «Civil Wars in the Soviet Union», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 4* , n.° 1.
Rieber, A. J., 2015: *Stalin and the Struggle for Supremacy in Eurasia* , Cambridge, Cambridge University Press.
Rigby, T. H., 1968: *Communist Party Membership in the U.S.S.R. 1917-1967* , Princeton, Princeton University Press.
Roberts, G., 2006: *Stalin's Wars: From World War to Cold War, 1939-1953* , New Haven, Yale University Press.
Roberts, G., 2012: *Stalin's General: The Life of Georgy Zhukov* , New York, Random House.
Rogachevskaia, L. S. y Kabuzan, M. V., 2001: «Naselenie i territoriia SSSR i RSFSR nakanune Velikoi Otechestvennoi voiny» [La población y el territorio de la URSS y la RSFSR en vísperas de la Gran Guerra Patriótica], en Iu. A. Poliakov (ed.), *Naselenie Rossii v xx veke. Istoricheskie ocherki* [La población de Rusia en el siglo XX. Ensayos históricos], vol. 2, *1940-1959* , Moskva, Rosspen.
Rosenberg, W., Koenker, D. P. y Suny, R. G. (eds.), 1989: *Party, State, and Society in the Russian Civil War: Explorations in Social History* , Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press.
Rossman, J. J., 2005: *Worker Resistance under Stalin: Class and Revolution on the Shop Floor* , Cambridge/London, Harvard University Press.
Rossolinski-Liebe, G., 2014: *Stepan Bandera. The Life and Afterlife of a Ukrainian Nationalist. Fascism, Genocide, and Cult* , Stuttgart, ibidem.
Rubtsov, I., 1999: *Alter ego Stalina. Kniga sozdana na osnove rassekrechennykh dokumentov iz arkhivnykh fondov* [El *alter ego* de Stalin. Redactado sobre la base de documentos desclasificados de fondos de archivo], Moskva, Zvonnitsa-MG.
Rudakova, D., 2018: «Civilian Collaboration in Occupied Ukraine and Crimea,

1941-1944: A Study in Motivation», tesis doctoral, The University of Western Australia.

Russkii arkhiv/Velikaia Otechestvennaia [Archivo ruso/Gran Guerra Patriótica], 1997: Moskva, Terra.

Rybakovskii, L. L., 2010: *Liudskie poteri SSSR i Rossii v Velikoi Otechestvennoi voine* [Pérdidas humanas de la URSS y Rusia en la Gran Guerra Patriótica], 2.ª ed. rev. Moskva, Ekon-Inform.

Ryoichi, T., 2011: «The Japanese Eleventh Army in Central China, 1938-1941», en M. Peattie, E. Drea y H. van de Vee (eds.), *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945* , Stanford, Stanford University Press.

Rzheshevskii, O. A. (ed.), 2000: «Liubimov, Aleksandr Vasil'evich», en *Kto byl kto v Velikoi Otechestvennoi voine 1941-1945. Liudi. Sobytiia. Fakty. Spravochnik* [Quién fue quién en la Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Personas. Desarrollos. Datos. Directorio], Moskva, Respublika.

Samuelson, L., 2000: *Plans for Stalin's War Machine. Tukhachevskii and Military-Economic Planning, 1925-1941* , New York, St. Martin's Press.

Sanchez-Sibony, O., 2014: *Red Globalization: The Political Economy of the Soviet Cold War from Stalin to Khrushchev* , New York, Cambridge University Press.

Schechter, B. M., 2012: «"The People's Instructions": Indigenizing the Great Patriotic War Among "Non-Russians"», *Ab Imperio 3* .

Schechter, B. M., 2019: *The Stuff of Soldiers: A History of the Red Army in World War II through Objects* , Ithaca, Cornell University Press.

Schlögel, K. (ed.), 2006: *Russian-German Special Relations in the Twentieth Century: A Closed Chapter?* , Oxford/New York, Berg.

Schulte, T. J., 1989: *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia* , Oxford/ New York, Berg.

Semiriaga, M. I., 1992: *Tainy stalinskoi diplomatii. 1939-1941* [Secretos de la diplomacia de Stalin. 1939-1941], Moskva, Vysshaia shkola.

Seniavskaia, E. S., 1995: *1941-1945. Frontovoe pokolenie. Istoriko-psikhologicheskoe issledovanie* [1941-1945. Generación en primera línea. Investigación histórica y psicológica], Moskva, Institut vostokovedeniia RAN [Instituto de Estudios Orientales].

Shaw, C. L., 2017: *Deaf in the USSR: Marginality, Community, and Soviet Identity, 1917-1991* , Ithaca/London, Cornell University Press.

Shaw, L. G., 2003: *The British Political Elite and the Soviet Union, 1937-1939* , London, Frank Cass.

Shearer, D. R., 2009: *Policing Stalin's Socialism: Repression and Social Order in the Soviet Union, 1924-1953* , New Haven/London, Yale University Press.

Shelley, L. I., 1996: *Policing Soviet Society: The Evolution of State Control* , London/ New York, Routledge.

Sheng, M. M., 1997: *Battling Western Imperialism: Mao, Stalin, and the United States* , Princeton, Princeton University Press.

Shepherd, B., 2004: *War in the Wild East: The German Army and Soviet Partisans* , Cambridge/London, Harvard University Press.

Sherlock, Th., 2007: *Historical Narratives in the Soviet Union and Post-Soviet Russia: Destroying the Settled Past, Creating an Uncertain Future* , New York, Palgrave.

Shikheeva-Gaister, I., 1998: *Semeinaia khronika vremen kul'ta lichnosti 1925-1953* [Crónica familiar del culto a la personalidad 1925-1953], Moskva, N'iudiamed-

AO.
Shklarov, S. (ed.), 2010: *Voices of resilience = Golosa stoikosti* , Calgary, Jewish Family Service Calgary.
Shlapentokh, V., 1989: *Public and Private Life of the Soviet People: Changing Values in Post-Stalin Russia* , New York/Oxford, Oxford University Press.
Shneer, A., 2005: *Plen. Sovetskie voennoplennye v Germanii, 1941-1945* [Cautiverio. Prisioneros de guerra soviéticos en Alemania, 1941-1945], Moskva/ מוסדי תרבות, Mosty kultury.
Shneer, D., 2011: *Through Soviet Jewish Eyes: Photography, War, and the Holocaust* , New Brunswick, Rutgers University Press.
Shoigu, S. K. (ed.), 2015: *Velikaia Otechestvennaia Voina 1941-1945 godov* [Gran Guerra Patriótica 1941-1945], 12 vols., Moskva, Kuchkovo pole.
Shtemenko, S. M., 1975: *The Soviet General Staff at War. 1941-1945* , 2.ª ed., Moskva, Progress Publishers [ed. en esp.: *El Estado Mayor General soviético durante la guerra* , Moskva, Progreso, 1985].
Siegelbaum, L. (ed.), 2006: *Borders of Socialism: Private Spheres of Soviet Russia* , New York/Houndsmills, Palgrave Macmillan.
Siegelbaum, L. y Moch, L. P., 2014: *Broad Is My Native Land: Repertoires and Regimes of Migration in Russia's Twentieth Century* , Ithaca/London, Cornell University Press.
Simmons, C. y Perlina, N., 2002: *Writing the Siege of Leningrad: Women's Diaries, Memoirs, and Documentary Prose* , Pittsburgh, University of Pittsburgh Press [ed. en esp.: *Escritos de mujeres desde el sitio de Leningrado* , J. Fernández-Valdés Roig-Gironella y G. Deza Guil (trads.), Segovia, La Uña Rota, 2014].
Slaveski, F., 2013: *The Soviet Occupation of Germany: Hunger, Mass Violence, and the Struggle for Peace, 1945-1947* , Cambridge, Cambridge University Press.
Slavinskii, B. N., 1995: *Pakt o neitralitete mezhdu SSSR i Iaponiei: diplomaticheskaia istoriia, 1941-1945 gg* . [Pacto de Neutralidad entre la URSS y Japón: historia diplomática, 1941-1945], Moskva, Novina.
Slepyan, K., 2006: *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II* , Lawrence, University Press of Kansas.
Smele, J. D., 2015: *The «Russian» Civil Wars, 1916-1926: Then Years That Shook The World* , Oxford, Oxford University Press.
Smith, M. B., 2008: «Individual Forms of Ownership in the Urban Housing Fund of the USSR, 1944-64», *Slavonic and East European Review 86* , n.° 2.
Smith, M. B., 2010: *Property for Communists: The Urban Housing Program from Stalin to Khrushchev* , DeKalb, Northern Illinois University Press.
Smith, M. B., 2015: «The Withering Away of the Danger Society: The Pensions Reform of 1956 and 1964 in the Soviet Union», *Social Science History 39* , n.° 1.
Smith, S. A., 2017: *Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890 to 1928* , Oxford, Oxford University Press.
Snegireva, L. I., 2005: *Vo imiapobedy: evakuatsiia grazhdanskogo naseleniia v Zapadnuiu Sibir> v dokumentakh i materialakh* [En nombre de la victoria: la evacuación de la población civil a Siberia occidental en documentos y materiales], 3 vols., Tomsk, Izd-vo TGPU.
Snyder, T., 2003: «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing 1943», *Past & Present 179* .
Sontag, R. J. y Beddie, J. S. (eds.), 1948: *Nazi-Soviet Relations 1939-1941: Documents*

from the Archives of The German Foreign Office as Released by the Department of State , New York, Didier.

Sparrow, J. T., 2011: *Warfare State: World War II Americans and the Age of Big Government* , Oxford, Oxford University Press.

Stadnik, K., 2009: «Ukrainian-Polish Population Transfers, 1944-46: Moving in Opposite Directions», en P. Gatrell y N. Baron (eds.), *Warlands: Population Resettlement and State Reconstruction in the Soviet-East European Borderlands, 1945-50* , New York, Palgrave Maxmillan.

Stahel, D., 2009: *Operation «Barbarossa» and Germany's Defeat in the East* , Cambridge, Cambridge University Press.

Stalin, I. V., 1943: *Problems of Leninism* , Moskva, Foreign Languages Publishing House.

Stalin, I. V., 1952: *Works* , Moskva, Foreign Languages Publishing House [ed. en esp.: *Trabajos* , Moscú, Progreso, 1954].

Stalin, I. V., 1955: «The Tasks of the Business Executives: Speech Delivered at the First All-Union Conference of Leading Personnel of Socialist Industry, February 4, 1931», en I. V. Stalin, *Works* , vol. 13, *July 1930-January 1934* , Moskva, Foreign Languages Publishing House.

Starr, F. S., 1994: *Red and Hot: The Fate of Jazz in the Soviet Union 1917-1991* , New York, Limelight Editions.

Stalin, I. V., 2002: *O Velikoi Otechestvennoi voine Sovetskogo soiuza* [Acerca de la Gran Guerra Patriótica de la Unión Soviética], Moskva, Kraft.

Statiev, A., 2005: «The Nature of Anti-Soviet Armed Resistance, 1942-44: The North Caucasus, the Kalmyk Autonomous Republic, and Crimea», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 6* , n.° 2.

Statiev, A., 2010: *The Soviet Counterinsurgency in the Western Borderlands* , Cambridge, Cambridge University Press.

Statiev, A., 2018: *At War's Summit: The Red Army and the Struggle for the Caucasus Mountains in World War II* , Cambridge, Cambridge University Press.

Stites, R. (ed.), 1995: *Culture and Entertainment in Wartime Russia* , Bloomington/ Indianapolis, Indiana University Press.

Stone, D. R., 2000: *Hammer and Rifle: The Militarization of the Soviet Union, 1926-1933* , Lawrence, University Press of Kansas.

Stone, D. R. (ed.), 2010: *The Soviet Union at War, 1941-1945* , Barnsley, Pen & Sword.

Stotland, D., 2010: «Ideologues and Pragmatists: World War II, New Communists, and Persistent Dilemmas of the Soviet Party-State, 1941-1953», tesis doctoral, University of Maryland.

Surzhik, D. V., 2016: «Rol GULAGa v gody Velikoi Otechestevennoi voiny: k istorii odnogo stereotipa» [El papel del gulag durante la Gran Guerra Patriótica: acerca de la historia de un estereotipo], *«Belye piatna» rossiiskoi i mirovoi istorii* [«Puntos en blanco» en la historia rusa y mundial], n.° 6.

Sutskov, N. P. *et al* ., 1985: *Krasnoznamennyi dal'nevostochnyi. Istoriia Krasnoznamennogo Dal'nevostochnogo Voennogo Okruga* [Bandera Roja del Lejano Oriente. Historia del Distrito Militar Bandera Roja del Lejano Oriente], 3.ª ed. rev., Moskva, Voennoe izdatel'stvo [Editorial militar].

Suturin, A., 1991: *Delo kraevogo masshtaba. O zhertvakh stalinskogo bezzakonia na Dal'nem Vostoke* [Una cuestión de escala regional. Las víctimas de la anarquía de Stalin en el Lejano Oriente], Khabarovskiy, Khabarovskoe knizhnoe izdatel'stvo.

Sword, K., 1991: «Soviet Economic Policy in the Annexed Areas», en K. Sword (ed.), *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-41* , New York, St. Martin's Press.

Sword, K. (ed.), 1991: *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-41* , New York, St. Martin's Press.

Taubman, W., 2003: *Khrushchev: The Man and His Era* , New York/London, W. W. Norton & Co. [ed. en esp.: *Kruschev: el hombre y su época* , P. Gil Quindós (trad.), Madrid, La Esfera de los Libros, 2005].

Taylor, J., 2009: *The Generalissimo: Chiang Kai-Shek and the Struggle for Modern China* , Cambridge, Harvard University Press.

Temkin, G., 1998: *My Just War: The Memoir of a Jewish Red Army Soldier in World War II* , Novato, Presidio.

Ten, K., 2002: «V studenuiu poru» [En la estación fría], en A. Kim (ed.), *Tuda, gde konchaetsia solntse. Vospominaniia, svidetel'stva, dokumenty* [Donde se pone el sol. Memorias, testimonios, documentos], Moskva, Druzhba narodov.

Terleckas, V., 2014: *The Tragic Pages of Lithuanian History 1940-1953* , Vilnius, Petro ofsetas.

Thurston, R. W. y Bonwetsch, B. (eds.), 2000: *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union* , Urbana/Chicago, University of Illinois Press.

Tischler, C., 2006: «German Emigrants in Soviet Exile: A Drama in Five Acts», en K. Schlögel (ed.), *Russian-German Special Relations in the Twentieth Century: A Closed Chapter?* , Oxford/New York, Berg.

Tochenov, S. V., 2004: «Volneniia i zabastovki na tekstil'nykh predpriiatiiakh Ivanovskoi oblasti osen'iu 1941 goda» [Disturbios y huelgas en las empresas textiles de la región de Ivanovo en el otoño de 1941], *Otechestvennaia istoriia* [Historia nacional], 3.

Tochilin, S., 26 de marzo de 1942: «Short results of trade of the USSR with Germany in 1941» *Russian State Archive of the Economy* (RGAE) f. 413, op. 12, d. 5515, l.

Tomoff, K., 2006: *Creative Union: The Professional Organization of Soviet Composers, 1939-1953* , Ithaca, Cornell University Press.

Tomoff, K., Hessler, J. y Alexopoulos, G. (eds.), 2011: *Writing the Stalin Era: Sheila Fitzpatrick and Soviet Historiography* , New York, Palgrave.

Tomohiko, U. (ed.), 2012: *Empire and After: Essays in Comparative Imperial and Decolonization Studies* , Sapporo, Slavic Research Center.

Tooze, A., 2006: *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* , New York, Viking.

Tooze, A., 2008: «The Economic History of the Nazi Regime», en J. Caplan (ed.), *Nazi Germany* , Oxford, Oxford University Press.

Treitman, L., 2010: «The School of My Life», grabación de Zina Ovis, Irena Karshenbaum (trad.), en S. Shklarov (ed.), *Voices of resilience = Golosa stoikosti* , Calgary, Jewish Family Service Calgary.

Tucker, R. C., 1977: «Stalinism as Revolution from Above», en R. C. Tucker (ed.), *Stalinism: Essays in Historical Interpretation* , New York, W. W. Norton & Company.

Tucker, R. C. (ed.), 1977: *Stalinism: Essays in Historical Interpretation* , New York, W. W. Norton & Company.

Tumarkin, N., 1994: *The Living & the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia* , New York, BasicBooks.

Tupper, H., 1965: *To the Great Ocean. Siberia and the Trans-Siberian Railway* , Boston, Little, Brown & Co.

Tuunainen, P., 2012: «The Finnish Army at War: Operations and Soldiers, 1939-45», en T. Kinnunen y V. Kivimäki (eds.), *Finland in World War II: History, Memory, Interpretations* , Leiden/Boston, Brill Academic Publishers.

Ulam, A. B., 1989: *Stalin. The Man and His Era* , ed. aumentada, Boston, Beacon Press [ed. en esp.: *Stalin. El hombre y su época* , 2 vols., Barcelona, Noguer, 1975].

Ulkoasiainministeriö [Ministerio de Asuntos Exteriores de Finlandia] (ed.), 1940: *The Development of Finnish-Soviet Relations during the Autumn of 1939: Including the Official Documents* , London, George G Harrap.

Umland, A. y Yurchak, Y., 2017: *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 3* , n.° 2. Umland, A. y Yurchak, Y., 2018: *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 4* , n.° 2. Umland, A. y Yurchak, Y., 2020: *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 6* , n.° 2.

Umland, A. y Yurchak, Y., 2021: *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 7* , n.° 1.

Umland, A. y Yurchak, Y., 2021b: *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society 7* , n.° 2.

Urban, Th., 2015: *Katyn 1940. Geschichte eines Verbrechens* , München, C. H. Beck.

Valentinov, V., s.f.: «Wie ich, Kollaborateur 'wurde», manuscrito mecanografiado, Bakhmeteff Archive, Columbia University.

Vasilevski, A. M., 1978: *Delo vsei zhizni* [Cuestión de vida], Moskva, Politizdat.

Velikaia Otechestvennaia voina 1941-1945. Kniga 4: Narod i voina [Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Libro 4: Pueblo y Guerra], 1999: Moskva, Nauka.

Verbitskaia, O. M., 2001: «Liudskie poteri v gody Velikoi Otechestvennoi voiny. Territoriia i naselenie posle voiny» [Pérdidas humanas durante la Gran Guerra Patriótica. Territorio y población después de la guerra], en Iu. A. Poliakov (ed.), *Naselenie Rossii v xx veke. Istoricheskie ocherki* [La población de Rusia en el siglo XX. Ensayos históricos], vol. 2, *1940-1959* , Moskva, Rosspen.

Vinogradov, V. K. *et al* . (eds.), 2002: *Lubianka v dni bitvy za Moskvu. Po rassekrechennym dokumentam FSB RF* [Lubyanka durante la batalla de Moscú. Según documentos desclasificados del FSB de la Federación Rusa], Moskva, Zvonnitsa.

Viola, L. (ed.), 2005: *The War against the Peasantry, 1927-1930* , New Haven, Yale University Press.

Vladimirtsev, N. I. y Kokurin, A. I. (eds.), 2008: *NKVD-MVD SSSR v bor'be s banditizmom i vooruzhennym natsinalisticheskim podpol'em na Zapadnom Ukraine, v Zapadnoi Belorussii i Pribaltike (1939-1956)* [La NKVD-MVD de la URSS en la lucha contra el bandolerismo y la clandestinidad nazi armada en Ucrania occidental, Bielorrusia occidental y los Estados bálticos (1939-1956)], Moskva, MVD Rossii.

Vneocherednaia piataia sessiia Verkhovnogo Soveta SSSR, 31 oktiabria-2 noiabria 1939 g. Stenograficheskii otchet [Quinta Sesión Extraordinaria del Soviet Supremo de la URSS, del 31 de octubre al 2 de noviembre de 1939 Transcripciones], 1939: Moskva, Izdanie Verkhovnogo Soveta SSSR.

Voennyi sovet pri narodnom komissare oborony SSSR. 1938, 1940 gg.: Dokumenty i materialy [Consejo Militar dependiente del Comisario de Defensa del Pueblo de la URSS. 1938, 1940: Documentos y materiales], 2006: Moskva, Rosspen.

Voisin, V., 2007: «Retribute or Reintegrate? The Ambiguity of Soviet Policies Towards Repatriates: The Case of Kalinin Province, 1943-1950», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas 55* , n.° 1.

Voisin, V., 2015: *L'URSS contre ses traîtres. L'épuration Soviétique (1941-1955)* , Paris, Publications de la Sorbonne.
Volkogonov, D. A., 1991: *Stalin: Triumph and Tragedy* , London, Weidenfeld and Nicholson.
Vonnegut, K., 1969: *Slaughterhouse-Five* , New York, Dell [ed. en esp.: *Matadero cinco* , Barcelona, Blackie Books, 2021].
Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1939 goda. Osnovnye itogi. Rossii [Censo de población de toda la Unión de 1939. Resultados principales. Rusia], 1999: Moskva, Blits.
Vyltsan, M. A., 1995: *Krest'ianstvo Rossii v gody bol'shoi voiny 1941-1945. Pirrova pobeda* [El campesinado de Rusia durante los años de la gran guerra de 1941-1945. Victoria pírrica], Moskva, Rossiiskii nauchnyi fond [Fundación Rusa de Ciencias].
Warlik, W., 2019: «Displacement and the Second World War: Polish Refugees in Africa», tesis doctoral, The University of Western Australia.
Weinberg, G. L., 2005: *A World at Arms: A Global History of World War II* , 2.ª ed., New York, Cambridge University Press [ed. en esp.: *La Segunda Guerra Mundial: una historia esencial* , L. Noriega (trad.), Barcelona, Crítica, 2016].
Weiner, A., 1996: «The Making of a Dominant Myth: The Second World War and the Construction of Political Identities within the Soviet Polity», *The Russian Review 55* .
Weiner, A., 2000: *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution* , Princeton/Oxford, Princeton University Press.
Weiner, A., 2000b: «Saving Private Ivan: From What, Why, and How?», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 1* , n.° 2.
Weiner, M. y Stanton Russell, Sh. (eds.), 2001: *Demography and National Security* , New York, Berghahn Books.
Werth, A., 2000: *Russia at War, 1941-1945* , 2.ª ed., New York, Carroll & Graf [ed. en esp.: *Rusia en la guerra (1941-1945)* , Barcelona, Bruguera, 1972].
Werth, N. *et al* . (eds.), 1994: «Smiatenie oseni sorok pervogo goda. Dokumenty o volneniiakh ivanosvkikh tekstil'shchikov» [La confusión del otoño del cuarenta y uno. Documentos de los disturbios de los trabajadores textiles de Ivanovo], *Istoricheskii arkhiv* [Archivo histórico] *2* .
Werth, N. y Mironenko, S. V. (eds.), 2004: *Istoriia Stalinskogo Gulaga: Konets 1920-kh-pervaia polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh* [Historia del Gulag de Stalin: finales de 1920-primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], vol. 1, *Massovye repressii v SSSR* [Represión masiva en la URSS], Moskva, Rosspen.
Wheatcroft, S. G., 1999: «The Great Leap Upwards: Anthropometric Data and Indicators of Crises and Secular Change in Soviet Welfare Levels, 1880-1960», *Slavic Review 58* , n.° 1.
Wheatcroft, S. G., 2003: «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en E. A. Rees (ed.), *The Nature of Stalin's Dictatorship: The Politburo, 1924-1953* , Houndmills, Palgrave.
Wheatcroft, S. G. y Davies, R. W., 1994: «Population», en R. W. Davies, M. Harrison y S. G. Wheatcroft (eds.), *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945* , Cambridge, Cambridge University Press.
Whitewood, P., 2015: *The Red Army and the Great Terror: Stalin's Purge of the Soviet Military* , Lawrence, University Press of Kansas.
Wilson, S., 2001: «Rethinking the 1930s and the "15-Year War" in Japan», *Japanese*

Studies 21 , n.° 2.
Wolff, D., 2011: «Stalin's Postwar Border-Making Tactics», *Cahiers du monde russe 52* , n.° 2-3.
Wolff, D. y Moullec, G., 2005: *Le KGB et les pays Baltes 1939-1991* , Paris, Belin.
Woodward, Ll., 1970: *British Foreign Policy in the Second World War* , London, Her Majesty's Stationary Office.
Yarov, S., 2017: *Leningrad 1941-42: Morality in a City under Siege* , Cambridge, Polity Press.
Youngblood, D. J., 2007: *Russian War Films: On the Cinema Front, 1914-2005* , Lawrence, University Press of Kansas.
Zeidler, M., 1996: *Kriegsende im Osten. Die Rote Armee und die Besetzung Deutschlands östlich von Oder und Neisse 1944/45* , München, Oldenbourg.
Zeiler, Th. W. y DuBois, D. M. (eds.), 2013: *A Companion to World War II* , Oxford, Wiley-Blackwell.
Zemskov, V. N., 1990: «K voprosu o repatriatsii sovetskikh grazhdan 1944-1951 gg» [Acerca de la cuestión de la repatriación de ciudadanos soviéticos 1944-1951], *Istoriia SSSR* [Historia de la URSS] *4* .
Zemskov, V. N., 1991: «Gulag (Istoriko-sotsiologicheskii aspekt), chast' 1» [Gulag (Aspecto histórico y sociológico), parte 1], *Sotsiologicheskie issledovaniia* [Investigación sociológica] *6* .
Zemskov, V. N., 1991b: «Zakliuchennie, spetsposelentsy, ssyl'noposelentsy, ssyl'nye i vyslannye» [Prisioneros, colonos especiales, colonos exiliados, exiliados y deportados], *Istoriia SSSR* [Historia de la URSS] *5* .
Zhang, B., 2011: «China's Quest for Foreign Military Aid», en M. Peattie, E. Drea y H. van de Vee (eds.), *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945* , Stanford, Stanford University Press.
Zhúkov, G. K, 2002: *Vospominaniia i razmyshleniia* [Memorias y reflexiones], 2 vols., Moskva, Olma Press [ed. en esp.: *Memorias y Reflexiones* , I. Pozo Sandoval (trad.), Moskva, Progreso, 1990].
Zhuravlev, S. V. (ed.), 2017: V kladuchenykh-istorikov v sokhranenie istoricheskoi pamiati o voine. Na materialakh Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny AN SSSR, 1941-1945 gg. [Los investigadores-historiadores en la preservación de la memoria histórica de la guerra. Basado en los materiales de la Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica de la Academia de Ciencias de la URSS, 1941-1945], Moskva, Tsentr gumanitarny khinitsiativ [Centro de Iniciativas Humanitarias].
Zima, V. F., 2000: *Mentalitet narodov Rossii v voine 1941-1945 godov* [La mentalidad de los pueblos de Rusia en la guerra de 1941-1945], Moskva, Institut vostokovedeniia RAN [Instituto de Estudios Orientales].
Zolotarev, V. A. (ed.), 2015: *Velikaia Otechestvannaia voina 1941-1945 godov, 12 vols, vol. 2: Proiskhozhdenie i nachalo voiny* [La Gran Guerra Patriótica de 1941-1945, 12 vols, vol. 2: El origen e inicio de la guerra], Moskva, Kuchkovo pole.
Zolotarev, V. A. y Sevost'ianov, G. N. (eds.), 1998: *Velikaia Otechestvennaia voina 1941-1945. Voenno-istoricheskie ocherki* [La Gran Guerra Patriótica 1941-1945. Ensayos de historia militar], Moskva, Nauka.
Zubkova, E., 1998: *Russia after the War: Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945-1957* , H. Ragsdale (trad. eng.), Armonk, M. E. Sharpe.
Zubkova, E., 2004: «The Soviet Regime and Soviet Society in the Postwar Years: Innovations and Conservatism, 1945-1953», *Journal of Modern European History 2*

.

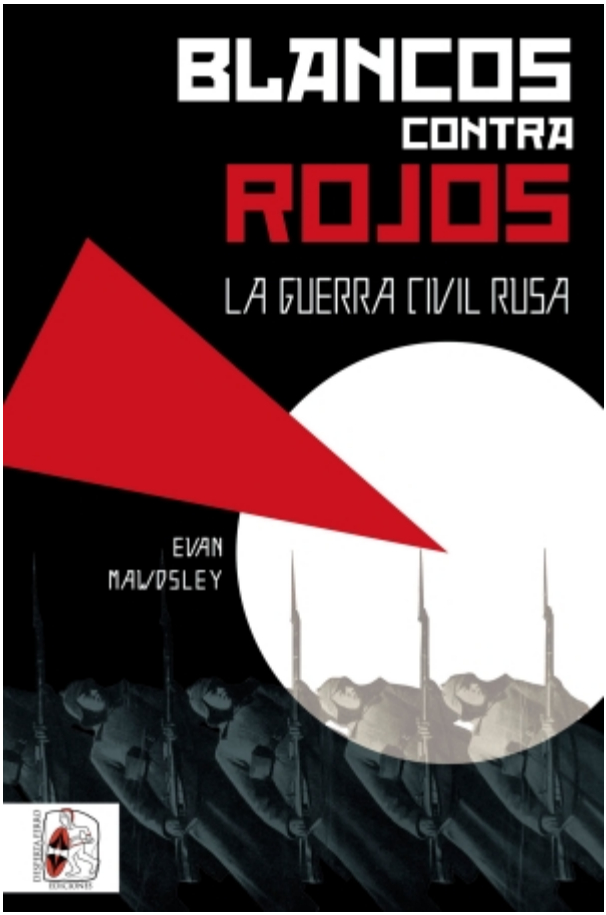
Zubkova, E., 2008: *Pribaltika i Kreml'* [Los Estados bálticos y el Kremlin], Moskva, Rosspen.

Zubkova, E., Kosheleva, L. P., Kuznetsova, G. A., Miniuk, A. I. y Rogovaia, L. A. (eds.), 2003: *Sovetskaia zhizn' 1945-1953* [Vida soviética 1945-1953], Moskva, Rosspen.

Zubkova, E. y Zhúkova, T. Iu. (eds.), 2010: *Na'kraiu' sovetskogo obshchestva. Sotsial'nye marginaly kak ob'ekt gosudarstvennoi politiki. 1945-1960-e gg* . [En los límites de la sociedad soviética. Los marginados sociales como objeto de política de Estado. 1945-1960], Moskva, Rosspen.

La cuestión de un nuevo
reparto del mundo
por medio de la guerra
ha sido puesta
al orden del día.

Stalin, *Informe ante el XVIII Congreso del partido sobre la labor del C.C. del P.C.(b) de la URSS, 10 de marzo de 1939.*



Blancos contra rojos

Mawdsley, Ewan 9788412168754
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Revolución de Octubre de 1917 constituyó uno de los hitos sobre los que giraría el devenir del mundo contemporáneo, un acontecimiento axial que, sin embargo, no puede entenderse en todo su significado sin tener en cuenta la guerra civil que desencadenó a continuación.
En ***Blancos contra rojos: la Guerra Civil rusa*** , el profesor Evan

Mawdsley ofrece una interpretación exhaustiva de este vasto y complejo periodo, que asoló el antiguo imperio de los zares, alzó a los bolcheviques con la victoria y **marcó el nacimiento de la Unión Soviética** . Mawdsley ha conseguido con esta obra una de las síntesis más completas hasta la fecha sobre las operaciones militares de la contienda, pero su análisis no se detiene ahí, sino que incorpora otros factores decisivos como la lucha por el poder político, la disputa por los recursos del país, el papel del campesinado, las tensiones regionales entre centro y periferia rusas o las implicaciones internacionales del conflicto. Sus conclusiones, originales e incisivas, van más allá de las causas de la victoria bolchevique y plantean la relación entre la tradición autocrática rusa, el proceso revolucionario y la guerra civil para comprender el inmediato advenimiento del estalinismo y la posterior evolución de la Unión Soviética.

Cien años después del comienzo de la lucha de blancos contra rojos, podemos disfrutar, por fin en castellano, de **un libro de referencia sobre el acontecimiento que marcaría todo el siglo XX: la Guerra Civil rusa** .

Cómpralo y empieza a leer

Ladrones de libros

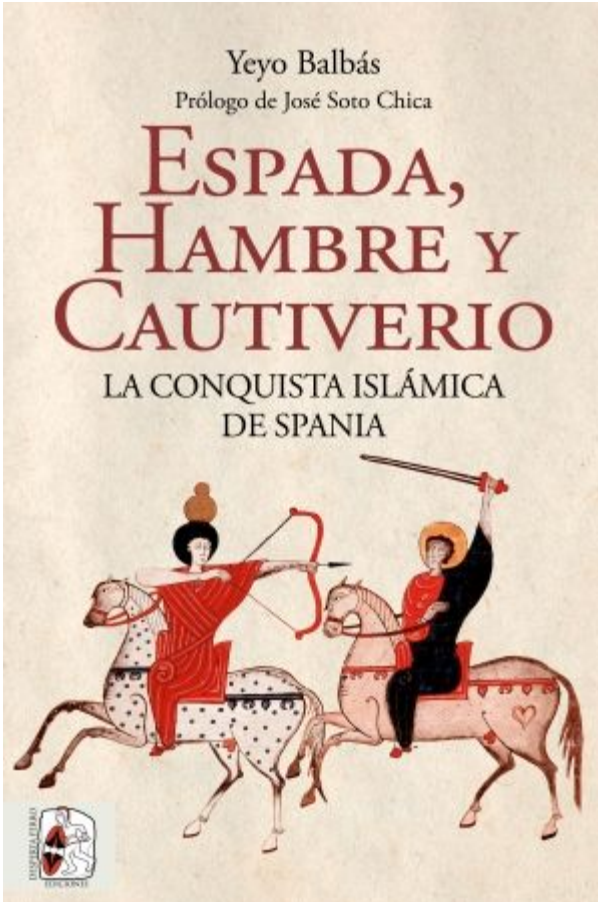
Rydell, Anders 9788412496406
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Mientras Berlín se iluminaba fantasmagóricamente con las **piras donde ardían libros prohibi** dos, los nazis llevaban a cabo un crimen cultural de proporciones aún mayores. A través de una pormenorizada investigación, Anders Rydell ha documentado el **saqueo de biblioteca** s, privadas y particulares, y librerías que, a lo largo y ancho de la Europa ocupada, llevaron a cabo las tropas alemanas. Los

anaqueles de judíos, comunistas, políticos liberales, activistas por los derechos LGTB, católicos, masones y de cualquiera que entrara en la larga lista de enemigos del régimen, fueron expoliados y las obras que contenían esgrimidas como armas intelectuales contra sus dueños. Pero, en paralelo, esta es la historia cuasi detectivesca de cómo un heroico puñado de bibliotecarios, y con ellos el propio autor, han emprendido la tarea de devolver estos libros a sus dueños legítimos. Para ello, han peinado las bibliotecas públicas de Berlín con el fin de tratar de identificar los volúmenes robados y han intentado dar con los familiares de aquellos que fueron despojados. En muchos casos, estos libros son el único objeto que los descendientes de víctimas del Holocausto podrán tener entre las manos como un recuerdo. La **Segunda Guerra Mundial** fue también un **conflicto cultur** al y el estudio y refutación de toda la literatura «degenerada» que los nazis expoliaron pretendía justificar el deseo de Alemania de dominar el mundo y derrotar a sus enemigos con la «ciencia», así como sentar las bases intelectuales sobre las que descansaría el Reich de los mil años. Un Reich que se levantaría no solo sobre sangre y piedra, sino también sobre palabras.

Cómpralo y empieza a leer



Espada, hambre y cautiverio

Balbás, Yeyo
9788412381764
632 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

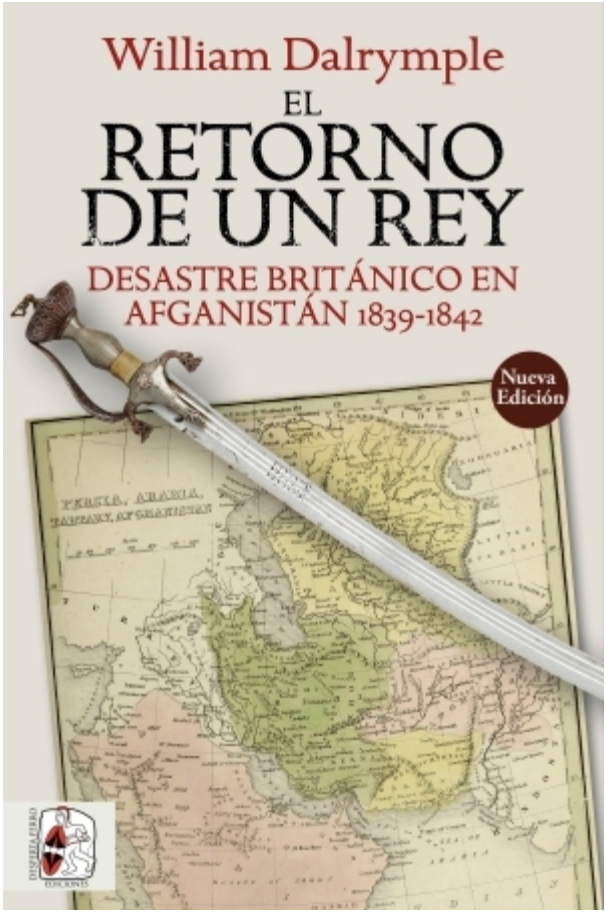
«De este modo arrasa con la espada, el hambre y el cautiverio no solamente la Spania Ulterior, sino también la Citerior […] Arruina hermosas poblaciones, entregándolas al incendio, condena al suplicio a los ancianos y a los potentados, mata a puñaladas a los jóvenes y niños de pecho, e infundiendo de esta

manera en todos el terror».

Con estas terribles palabras describía la conquista islámica de la península ibérica, de Spania, el anónimo redactor de la Crónica Mozárabe, coetáneo de los hechos. Una conquista que culminaba la expansión hacia Poniente del pujante islam, un proceso que había comenzado menos de cien años antes y que había llevado a los seguidores del Profeta a extender su fe y sus dominios desde el Atlántico hasta el corazón de Asia. Y, como cualquier conquista, se hizo por la espada y acarreó hambre y cautiverio.

Yeyo Balbás, investigador experto en el periodo y autor de novelas históricas como *El reino imposible* –que precisamente versa sobre la caída del reino de Toledo–, *Pax romana* o *Pan y circo* , escribe, con oficio de historiador y prosa de novelista, una documentada y completa narración del final de la Spania visigoda y del proceso de implantación musulmana. Frente a los relatos tradicionales, a menudo ideologizados, lastrados por una lectura acrítica de las fuentes o con un foco muy cerrado en la península ibérica, esta obra integra la conquista dentro del proceso de expansión islámica por el Mediterráneo, un análisis global que precede y proporciona muchas claves para entender lo que aconteció en la Península tras la –mal llamada– batalla de Guadalete.
Espada, hambre y cautiverio. La conquista islámica de Spania hace hincapié, además, en las cuestiones bélicas, habitualmente ausentes en la historiografía, y cuyo estudio es necesario para explicar lo que fue una ocupación manu militari. Se analizan ejércitos y combatientes, estrategias y tácticas, aunando una renovada lectura de las fuentes con los aportes que proporciona la arqueología, para iluminar aspectos como el cruce del Estrecho, el derrumbe cual castillo de naipes del reino godo o la resistencia en las montañas asturianas, con la batalla de Covadonga, de la que acaso este año –dudas penden sobre su datación– se cumplen mil trescientos años. **Porque hasta allí llega este libro, hasta explicar cómo un «asno salvaje» llamado Pelayo pudo articular un foco de resistencia en el septentrión peninsular que constituyó el germen de lo que ha venido a llamarse Reconquista.**

Cómpralo y empieza a leer



El retorno de un rey

Dalrymple, William 9788412207958
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En la primavera de 1839, **tropas británicas invadían por primera vez Afganistán** para exorcizar la fantasmal amenaza rusa sobre la India que angustiaba a políticos incompetentes y entusiasmaba a lobistas sin escrúpulos y que se vino a definir como **El Gran Juego** . Encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cerca de 20 000 soldados de la Compañía

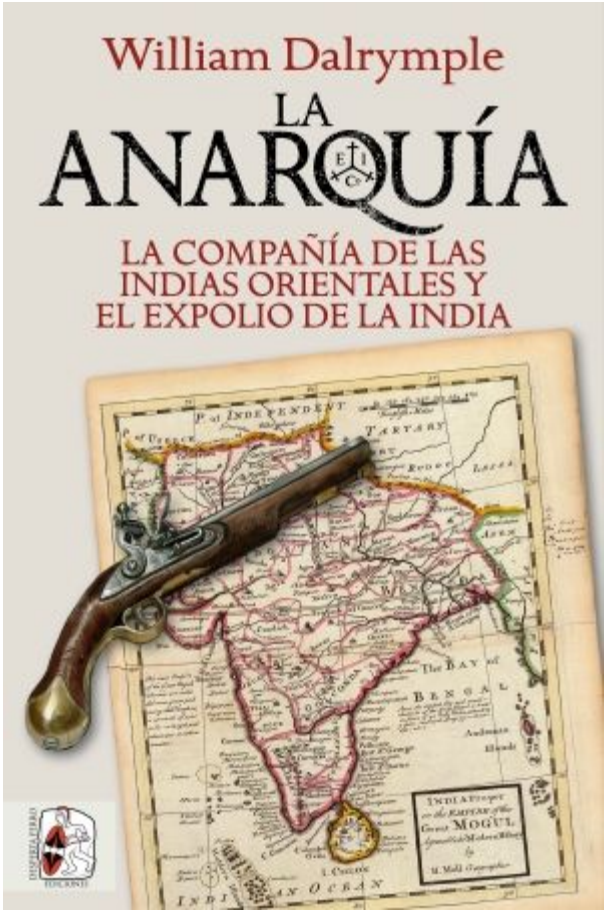
Británica de las Indias Orientales cruzaron los pasos de alta montaña y restablecieron en el trono al Shah Shuja al-Mulk, dando comienzo a la **Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842)** .

La barbarie de la destrucción que siguió y la perplejidad de muchos de los agentes de inteligencia envueltos en estas misiones, tanto de los rusos como de los británicos, cuyas vidas novelescas, plagadas de aventuras y tribulaciones suponen un aliciente más para leer esta obra, reflejan los distintos puntos de vista de los implicados en el Gran Juego y aportan nuevas perspectivas tanto para los historiadores y expertos en el tema como para los legos que deseen conocer algo más de la historia en la región.

Los británicos enfrentaron poca resistencia por el camino, pero tras dos años de ocupación, el pueblo afgano se levantó en respuesta a la llamada a la yihad y el país estalló en una violenta rebelión, como una miríada de incendios. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero de la entonces nación más poderosa del mundo emboscado en retirada y totalmente destrozado por remotas y mal equipadas tribus de harapientos montañeses.

El retorno de un rey , **contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato de la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que el galardonado y exitoso historiador William Dalrymple** conjuga fuentes persas, urdus y por vez primera afganas para marrar con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial. Un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo, las intrigas diplomáticas y la aventura.

Cómpralo y empieza a leer



La anarquía

Dalrymple, William 9788412221367
560 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En 1765, la **Compañía de las Indias Orientales** derrocó al joven emperador mogol y puso en su lugar un gobierno controlado por mercaderes ingleses que extorsionaba impuestos merced a su ejército privado. Fue este el momento que señaló la transformación de la Compañía de las Indias Orientales en algo muy distinto a una empresa: una corporación internacional pasó a ser un agresivo poder

colonial. Durante el siguiente medio siglo, la Compañía continuó extendiendo su poder hasta que prácticamente toda la India al sur de Delhi era controlada desde un despacho londinense.

William Dalrymple , autor del aclamado *El retorno de un rey* , cuenta en *La anarquía. La Compañía de las Indias orientales y el expolio de la India* cómo el Imperio mogol, que había dominado el comercio y la manufactura mundiales, y que poseía recursos casi ilimitados, se derrumbó y fue reemplazado por una corporación multinacional enclavada a miles de kilómetros al otro lado del mundo.

Una corporación que respondía a unos accionistas que jamás habían estado en la India y que no tenían la menor idea del país cuya riqueza les reportaba jugosos dividendos. A partir de fuentes inéditas, Dalrymple narra la historia de la Compañía de las Indias Orientales como nunca se ha hecho: una historia sobre los devastadores resultados que puede tener el abuso de poder por parte de una gran corporación, y que resuena amenazadoramente familiar en nuestro siglo XXI de todopoderosas empresas transnacionales.

Cómpralo y empieza a leer